

# HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA  
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA

POR

**Ludovico Pastor**

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

**P. José Monserrat**

de la Compañía de Jesús

---

**Volumen XVIII**

(Pío V)

(1566 - 1572)

---

BARCELONA

**GUSTAVO GILI, EDITOR**

CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45

**MCMXXXI**

# HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO  
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS

POR

**Ludovico Pastor**

CONSEJERO REAL E IMPERIAL  
PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK  
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

---

**Tomo VIII**

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA Y  
RESTAURACIÓN CATÓLICA: Pío V  
(1566 - 1572)

---

BARCELONA  
GUSTAVO GILI, EDITOR  
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45  
MCMXXXI

/8

**NIHIL OBSTAT**

*El Censor,*  
**DR. JOAQUÍN SENDRA PASTOR**  
CANÓNIGO

*Barcelona, 27 de mayo de 1931.*

---

**IMPRÍMASE**

**MANUEL, OBISPO DE BARCELONA**

*Por mandato de S. S. I.*  
**DR. RAMÓN BAUCELLS SERRA**  
CANCILLER - SECRETARIO

## **IV. Actitud de Pío V respecto de Felipe II. La lucha del Papa contra la ingerencia del Estado español en los asuntos eclesiásticos**

### **I**

Los conatos regalistas que desde fines de la edad media reinaban en España, habían llegado a tal punto ya en tiempo de Pío IV, que el presidente del Consejo de Castilla, Figueroa, se atrevió a decir en sesión pública, que para España no había Papa (1). La consecuencia fué que las relaciones de la Santa Sede con el rey católico se hacían cada vez más tirantes. Felipe II y más todavía sus consejeros consideraban sus pretensiones a mandar aun en los asuntos eclesiásticos del reino de España, fundadas en privilegios y costumbres, como derechos inalienables de la corona, y querían todavía aumentarlas; pero la Sede Apostólica veía en estas pretensiones una grave violación de los más santos derechos de la Iglesia. De esta manera había de empeorar más la situación, cuando con Pío V subió a la Silla de San Pedro un Papa que más a conciencia que muchos de sus predecesores y «con más admirable consecuencia» (2) examinaba y decidía las cuestiones que en esta materia se ofrecían.

La firme voluntad de Pío V de hacer valer en todas partes la independencia de la Iglesia, y en especial de librar la jurisdicción e inmunidad eclesiástica de todo menoscabo por parte del poder civil, condujo repetidas veces a serios conflictos con el gobierno español. Si a pesar de esto se evitó lo extremo, un completo rom-

(1) Cf. *Corresp. dipl.*, I, 23, nota y 444.

(2) Herre, *Política europea*, I, 58.



verdadero estado de las cosas presentaba como segura la inminente introducción violenta de la Inquisición española, y con esto, como amenazados el bien y la libertad del país (1). Para entender la general irritación que de este modo se provocó, hay que atender a que, aun los que se mantenían fieles a la Iglesia católica, fuera de muy raras excepciones, estaban enteramente contra todo castigo violento de los novadores: los unos, porque eran indiferentes en materia de religión, los otros, porque seguían las ideas de Erasmo y Casandro, otros a su vez, porque tenían perjuicios para el comercio de Flandes, y todos, porque veían en la Inquisición, ora se presentase en la forma que le dió Carlos V, ora como en España, un grave peligro para las libertades y privilegios del país, que celosamente guardaban. En este sentido aun los católicos flamencos, que formaban entonces la inmensa mayoría de la población, eran *mendigos*, pero sólo «mendigos políticos» que pretendían fines relativos al gobierno del Estado, a diferencia de los «mendigos religiosos» o calvinistas, los cuales procuraban una absoluta libertad de religión para sí, y al mismo tiempo una entera opresión y exterminio del mortalmente odiado culto católico, como «idolatría romana». Si la gobernadora se hubiese esforzado en resistir con energía, los adalides de esta minoría, los predicantes calvinistas, habrían sido dispersados a todos los vientos (2). Pero Margarita se intimidó de tal suerte, que no se atrevió a oponer ninguna resistencia. Estaba enteramente sin consejo a vista de aquel movimiento, que tomaba formas cada vez más peligrosas.

La débil actitud de la gobernadora, que se imaginaba apaciguar a los mendigos religiosos con la mitigación de los edictos, no hizo más que espolear a los predicantes calvinistas a proceder con

su pertinacia en la herejía. V. W. Wilde, *Merkwaardige cijfers betreffende de Geloofsvervolgingen in Nederland tijdens de 16<sup>e</sup> eeuw*, Utrecht, 1893, 37 s.; Claessens, *L'inquisition dans les Pays-Bas*, Turnhout, 1886, 259 s.; v. d. Haeghen, *Du nombre des protestants exécutés dans les Pays-Bas*, 1889; Rutgers, *Calvyns invloed op de Reformatie in de Nederlanden*, 141 s.; Hoog, *Onze Martelaars*, en el *Nederl. arch. voor boekgesch.*, I, Leyden, 1899, 82 ss.

(1) V. Rachfahl, II, 2, 554 s.; cf. *ibid.*, 560 sobre el hecho de que Felipe II no quería introducir ninguna novedad, sino sólo que se ejecutasen rigurosamente los edictos existentes.

(2) V. Blok, III, 46 s.; Pirenne, III, 542 s., 551, 558, 565. En todo el país, como juzgaba un católico italiano, el arquitecto Marchi, no había veinte personas que desearan sinceramente la conservación de la Inquisición; v. Cauchie en las *Annales pour servir à l'hist. ecclés. de la Belgique*, XXIII (1892), 26.

más osadía. Conforme a la resolución de un sínodo congregado en Amberes, se dió comienzo en todas las provincias a una activa propaganda en favor del calvinismo. Hacía mucho tiempo que el terreno estaba favorablemente preparado para éste en aquellas comarcas donde dominaban los grandes comerciantes e industriales, es a saber, en Amberes y los demás puertos, así como en los distritos industriales de la Flandes occidental. Allí había un numeroso proletariado obrero, que se adhirió al nuevo movimiento, lo mismo que muchos que no tenían ocupación, pordioseros y vagabundos, parte por deseo de hacer oposición, parte para mendigar limosnas (1). Pero juntamente la doctrina de Calvino tenía también sus partidarios en las clases elevadas, principalmente entre los comerciantes ricos, abogados, magistrados y los nobles, los cuales suplían con su apasionamiento y audacia lo que todavía faltaba a aquel movimiento en extensión. Cuán poco firmes raíces hubiese echado la nueva religión, habíalo mostrado el hecho de que en 1563 bastó un solo envío de tropas para restablecer el antiguo estado de cosas en Valenciennes, Tournai y la región marítima de Flandes (2). Los más puestos a riesgo habían entonces emigrado; pero ahora volvieron en gran número, y aun de Ginebra, Francia, Alemania e Inglaterra acudieron presurosos muchos predicantes para conquistar metódicamente para su secta a las clases populares. Desde fines de mayo de 1566 hiciéronse predicaciones furiosas contra la «*idolatría romana*», a campo raso, ante millares de oyentes, en su mayor parte armados. Al mismo tiempo se esparcieron por las ciudades y aldeas innumerables pasquines mordaces, libelos infamatorios y denigrantes contra la Iglesia y también contra el rey. Junto con los predicantes extranjeros aparecieron en todas partes otros indígenas, muchas veces sacerdotes apóstatas, y también zapateros y sastres, todos unidos y conformes en azuzar al pueblo contra la «*fantasmagoría*» de la antigua Iglesia. Las autoridades acobardadas lo dejaban pasar todo; hasta en Bruselas se pudo predicar el calvinismo en dos sitios. Las provincias del norte se vieron asimismo invadidas por aquel movimiento; los focos principales eran Amberes y toda Flandes. En Tournai los novadores procuraron ya obligar a los católicos con amenazas a escuchar sus injuriosas predicaciones. Utilizáronse todos los medios: los revolu-

(1) V. Pirenne, III, 530 s.; Rachfahl, II, 2, 525 s., 530 s.

(2) V. Pirenne, III, 538.

cionarios mostraban en los pueblos del sur de Flandes cartas con el sello real falsificado, que excitaban al saqueo de las iglesias. Precisamente allí se colocaron secretamente listas para inscribir a los que querían pelear a campo abierto por las nuevas doctrinas (1).

En agosto de 1566 el combustible esparcido por todas partes se inflamó en vivas llamas (2). El 10 de agosto, a impulso y bajo la dirección de los predicantes, comenzaron los horrores de la destrucción de las imágenes en los distritos industriales de la Flandes occidental, donde el calvinismo desde hacía largo tiempo tenía numerosos adeptos entre los proletarios. En las ciudades como en los pueblos, turbas furiosas penetraban repentinamente en los templos para destruir «los ídolos», contra los que tan ardorosamente habían predicado los ministros de su secta. Con horror veían los católicos sus iglesias devastadas, y hasta el Santísimo Sacramento pisoteado. En las comarcas entre Dunkerque, Yprés y Armentières se manifestó de este modo por primera vez el espíritu que se había infundido en las muchedumbres. El movimiento se propagó por Flandes como un rápido incendio; sólo quedaron libres de estos tumultos Brujas, Cambray, Douai y algunas otras ciudades, donde los católicos se animaron a una resistencia armada. Desde Flandes la fiera tormenta se extendió también a Zelanda, Holanda y Frisia, cometiendo en todas partes las mismas maldades de destrucción. Cayeron sacrificados a ella irreparables tesoros de arte. Con el grito de «¡Vivan los mendigos!» los

(1) Además de Pirenne, III, 559-570, v. especialmente Rachfahl, II, 2, 636 s., 643 s., 646 s., 673 s., 703 s.

(2) J. Kaufmann (Sobre los principios de la alianza de los nobles y de la destrucción de las imágenes, Bona, 1889, 36 s.) intenta demostrar, que un sínodo celebrado en Amberes por julio de 1566 había decretado la destrucción de las imágenes, pero que su ejecución había sido dejada al juicio de las comunidades. Rachfahl (II, 2, 713; cf. apéndice, 74) rechaza esta opinión como no fundada en fuentes auténticas, pero a la vez hace hincapié resueltamente en lo que sigue: «Eran los frutos de la predicación contra la idolatría, que ahora llegaron a su madurez, y en este concepto la destrucción de las imágenes es realmente obra del calvinismo, del espíritu que la doctrina del reformador de Ginebra había infiltrado con irresistible fuerza en los corazones de sus secuaces. No era consecuencia de una resolución generalmente valedera, tomada mucho tiempo antes, que obligaba a las comunidades en todas partes; pero la idea estaba, por decirlo así, en el ambiente. Ya hacía bastante tiempo que se iba fomentándola; no había sido de nuevo discutida sino en la asamblea de Saint-Trond. Y ahora se tomó de veras su ejecución.»

iconoclastas, entre ellos hasta individuos de las mejores clases sociales, corrían de iglesia en iglesia, de monasterio en monasterio, persuadidos de que hacían una obra agradable a Dios aniquilando «los ídolos romanos». Con rabia frenética maltrataban a los sacerdotes, frailes y monjas, destruían estatuas, cuadros, vidrieras, cálices, custodias y casullas, quemaban libros y manuscritos y hasta profanaban las sepulturas. De la confederación de los nobles sólo algunos, como el publicista Felipe de Marnix, aprobaron esta obra de destrucción. Cooperó el conde de Culemburg, el cual en una iglesia «purificada» a instigación suya se sentó a la mesa con su cuadrilla y para divertirla dió de comer a un papagayo hostias consagradas. Orange, que seguía con recelo los furiosos progresos del democrático calvinismo que no le era agradable, y aunque asistía todavía a los actos del culto católico, oculta-mente favorecía a los luteranos, mantúvose sagazmente reservado. Por eso permaneció tranquila también Amberes, mientras él estuvo allí; sólo cuando el 19 de agosto se trasladó a Bruselas para tener parte en la asamblea de los caballeros del Toisón de Oro, se llegaron a cometer en Amberes las mismas atrocidades que en otras partes. En toda esta gran ciudad no quedó iglesia, ni capilla, ni monasterio, ni hospital incólume. Los daños causados en la catedral, el más hermoso y rico templo del país, se evaluaron en 400000 florines de oro. El número de las iglesias y monasterios devastados subía ya en 27 de agosto a 400 sólo en Flandes. En una gran parte del país había cesado el culto católico; sólo habían quedado exceptuadas las provincias de Namur, Artois, Henao y Luxemburgo (1).

La noticia de estos horrores y sacrilegios llegó mucho antes a Roma que a la corte de España, y confirmó a Pío V en su opi-

(1) V. Pirenne, III, 570 ss.; Blok, III, 58 s.; Rachfahl, II, 2, 709 s.; Kronen, *Maria's Heerlijkheid in Nederland*, VII, Amsterdam, 1911, 78 s. Cf. también las copiosas obras especiales sobre esta materia citadas por Piot en las notas a *Renom de France*, I, 131 s. El sacrilegio del conde de Culemburg está asegurado con varios testimonios (v. Corresp. de Philippe II, tomo I, 471, 480); por tanto no es exacto lo que dice Rachfahl (II, 2, 716), que no se halla atestiguada la cooperación ni siquiera de individuos particulares de la confederación de los nobles. Una lista de las iglesias e inapreciables obras de arte destruidas puede verse en Rathgeber, *Anales de la pintura flamenca*, Gotha, 1844, 196 ss. El daño para el conocimiento de los comienzos del arte de Juan van Eyck, lo pone de realce Weizsäcker en la *Revista General*, 1900, Suplemento, n.º 161.

nión enteramente verdadera y compartida por todos los conoedores de las circunstancias, de que el más eficaz y el único remedio contra el incendio levantado en los Países Bajos era la presencia personal del rey de España en las provincias amotinadas.

Apenas elegido, el Papa había expresado este parecer en una carta a Felipe II, de 21 de febrero de 1566; repitiólo en marzo decididamente hablando con Requeséns (1). En abril de 1566 fué luego enviado a los Países Bajos el excelente arzobispo de Sorrento, Esteban Pavesi, miembro de la Orden dominicana, para obtener noticias ciertas sobre las circunstancias religiosas de dicho país (2). Felipe II, conformemente a su proceder lento y desconfiado, había procurado impedir esta misión, pero cedido al fin cuando en Roma se resolvieron a efectuar el envío del modo menos ruidoso. La prudencia y reserva de Pavesi contentaron al rey. El arzobispo tomó exactas informaciones sobre el estado de la religión, no sólo de la gobernadora y de su consejero Viglio, sino también de Morillón, vicario general de Granvela, de los teólogos de Lovaina, los obispos y otros eclesiásticos eminentes. Con Orange tuvo asimismo una entrevista; la cual transcurrió de un modo enteramente satisfactorio, pues este astuto político llevaba entonces todavía la máscara de católico. Los novadores se reportaron mientras Pavesi permaneció en Bruselas (desde el 21 de mayo hasta el 16 de junio). La gobernadora procuró hacer ver al enviado del Papa, que se había hecho en favor de la religión todo lo posible en el estado en que se hallaban entonces las cosas (3). No obstante, Pavesi no se forjó ilusiones sobre la gravedad de la situación. Pío V, por medio

(1) V. Corresp. dipl., I, 131, 157.

(2) Las credenciales de Pavesi para la gobernadora, de 18 de marzo de 1566, pueden verse en Laderchi, 1566, n. 465. En el Museo Británico, Addit. 26865, se hallan las minutas originales de varios breves semejantes para Carlos de Lorena y numerosos obispos de los Países Bajos. En un principio estuvo destinado Pavesi a ir como legado a la corte de Maximiliano II; v. en los números 19-22 del apéndice los \*breves de 1.º y 21 de marzo de 1566. El nuncio no partió hasta abril. Sobre su misión cf. Corresp. de Philippe II, tomo I, 422, nota; Corresp. de Granvelle, éd. Pouillet, I, 245, nota; Holzwarth, I, 328 s., 459; Cauchie, Sources manusc. de l'hist. belge à Rome, Bruxelles, 1892, 43 s.; Brom, Archivalia, I, 197, 827; Rachfahl, II, 2, 630 s.; Corresp. dipl., I, 149, 156, 189, 194, 229, 233, 239, 246, 263 s., 280, 290, 302, 369; Dengel, V, 94. Sobre Pavesi mismo cf. Capece, 30 s. y Maldacca, Storia di Sorrento, II, 188. En una \*carta de Delfino a Maximiliano II es elogiado Pavesi como huomo molto dotto e di buon vita. *Archivo público de Viena*, Corresp. palatina, 6.

(3) V. Rachfahl, II, 2, 630 s.

del nuncio de España, instaba desde mayo a que don Felipe emprendiese el viaje a los Países Bajos (1), y también en cada audiencia que daba a Granvela, ponía de realce la necesidad de semejante paso (2). Después que hubieron llegado las noticias de Pavesi y las nuevas de otros (3), en una conferencia tenida en julio con Requeséns, indicó el Papa con palabras graves y con toda energía, que la situación era mucho más peligrosa de lo que se suponía en Madrid, y que la tardanza de la partida del rey traería en pos de sí las peores consecuencias para la religión (4). El 12 de julio Pío V se dirigió al rey mismo en una decidida carta (5); el 3 de agosto escribió al nuncio de España, que Felipe II habría de dar un día cuenta de la pérdida de tantas almas, pues sólo su personal presencia podía poner remedio (6).

Contra esto el 12 de agosto de 1566 encargóse a Requeséns exponer al Papa que su señor se sentía del todo inocente. Que tocante al viaje las intenciones de su majestad coincidían con los deseos de Su Santidad; pero que si se había de conseguir un buen suceso, el rey debía presentarse con un ejército, no sólo para la defensa de su persona, sino también para poder manifestarse muy poderoso contra los rebeldes flamencos y sus amigos de Francia, Alemania e Inglaterra. Que para semejante armamento era necesario tiempo, y sobre todo faltaba el dinero conveniente, que por lo demás el Papa podía facilitar concediendo subsidios eclesiásticos. Don Felipe hizo además asegurar por Requeséns con la mayor determinación, que cuando se hubiesen hecho todos los preparativos, su majestad emprendería el camino de los Países Bajos, sin arredrarse por los peligros que allí amenazaban. El rey de España se expresó también de un modo semejante hablando con Castagna. Este apremió asimismo de todas maneras y recordó aquella sen-

(1) V. Corresp. dipl., I, 233.

(2) V. Corresp. de Granvelle, éd. Pouillet, I, 318.

(3) V. Laderchi, 1566, n. 470.

(4) V. Corresp. dipl., I, 279 s.

(5) En Laderchi, 1566, n. 471. Cf. Corresp. dipl., I, 279, nota, sobre la fecha. De un cotejo con \*Brev. Pii V del *Archivio segreto pontificio*, Arm. 44, t. XII, n. 96, se saca, que en Laderchi después de illic están omitidas las palabras siguientes: in extremo discrimine versatur. Sed si religio catholica illic etc. También ha de leerse oppressa en vez de perpressa.

(6) Corresp. dipl., I, 299. Cf. también Brom, Archivalia, I, 197.

tencia: mientras en Roma se delibera, Sagunto es conquistada; pero nada pudo saber acerca del viaje del rey (1).

No hay duda que Felipe II se entregó a una funesta ilusión sobre las cosas de Flandes, al considerar que su presencia personal no era tan urgentemente necesaria como juzgaba el Papa, el cual quería que este asunto se antepusiese a todos los otros. Después que llegaron las relaciones sobre los horrores de la destrucción de las imágenes, creyó Pío V poder declarar con razón, que había amonestado y prevenido a tiempo inútilmente (2). Todavía enteramente bajo la impresión de las espantosas noticias se resolvió ahora al envío de Pedro Camaiani a España, que tanto asombró.

Camaiani debía de nuevo instar enérgicamente a emprender el viaje y hacer notar que aun el reclutamiento de tan grande ejército para los Países Bajos nada aprovecharía sin la presencia del rey en persona. En la instrucción para el nuncio se dice, que Felipe II era responsable de todas las consecuencias que se habían de originar de una nueva dilación; pues no sólo se perderían los Países Bajos para la Iglesia y para España, sino también era indefectible la peor repercusión en las circunstancias religiosas de Francia e Inglaterra (3).

El conflicto a que ahora se llegó entre Felipe II y Pío V, fué acarreado no sólo por el áspero proceder de Camaiani, sino prescindiendo enteramente de las otras diferencias entre Roma y España, por la circunstancia de que el rey se sintió muy ofendido a causa de la duda expresada por el Papa, sobre la seriedad de sus intentos de efectuar el viaje (4). Esto lo prueban precisamente las enfáticas expresiones con que Felipe II hizo certificar la prontitud de voluntad con que estaba decidido a ir personalmente a Flandes. En realidad pensaba tan poco en ponerse él mismo en camino, como en prestar oídos a la amonestación del Papa, de que antes de emplear la fuerza de las armas, hiciese de nuevo una tentativa de blandura con los flamencos. En diciembre del año 1566, fecundo en acontecimientos, decidióse don Felipe a que el duque de Alba vengase con hierro y sangre los crímenes cometidos en los Países Bajos por alta traición contra Dios y contra el rey. Pero

(1) V. Corresp. dipl., I, 301, 318 s.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 474.

(3) V. Corresp. dipl., I, 357 s.

(4) V. Rachfahl, II, 2, 839.

juntamente mantuvo el engaño, haciendo parecer como si estuviese resuelto seriamente a ir en persona y usar de clemencia, y el duque no fuese enviado delante sino para preparar su llegada (1). El 11 de enero de 1567 recibió Requeséns la orden de participar oficialmente al Papa, en este sentido, los intentos del rey (2).

Entre tanto se había suscitado en Roma el temor de que el gabinete español intentase someter primero los Países Bajos sólo en el concepto político, tolerando provisionalmente las novedades religiosas. Contra tal proceder opuso Pío V la más resuelta protesta (3), recordando las consecuencias que había traído en pos de sí una conducta semejante de Carlos V en Alemania. Añadíase en el escrito que el Papa, que desde el principio sólo tenía fija la vista en el aspecto religioso de la cuestión de Flandes, juzgaba que éste debía ponerse sobre todos los otros, que se había de proceder con toda la fuerza, y que esto se debía hacer por el rey en persona. Que ningún representante podía sustituirle, pues en tales empresas frecuentemente en brevísimo tiempo hay que tomar las más importantes resoluciones. Que como el monarca había de estar allí personalmente para usar de clemencia o castigar con su suprema autoridad, tampoco se recomendaba enviar delante de él un representante; que si esto se hacía, nunca más se creería en la venida de don Felipe, y esto aumentaría la audacia de los rebeldes.

El Papa conoció claramente de cuánta importancia sería también una victoria de los novadores en Flandes para el desenvolvimiento de las cosas en Francia, Inglaterra y Alemania. Por eso no se cansó en exhortar siempre de nuevo a don Felipe a que se presentase rápidamente en las provincias amenazadas, para reprimir allí inmediatamente el movimiento herético y restablecer en todas partes el culto católico. Decíale que con esto se prestaría también el mejor servicio a la dominación política de España en los Países Bajos, pues de las novedades religiosas procedía el fuego de la rebelión (4).

Felipe II declaró que ésta era también su opinión. Rechazó toda idea de tolerancia del calvinismo; sólo quería no poner la cuestión religiosa tan en primer término como el Papa. Además

(1) Cf. *ibid.*

(2) V. *Corresp. dipl.*, II, 16.

(3) Cf. *ibid.*, 25 s., 52 s.

(4) V. *ibid.*, 47.



persistía en enviar delante al duque de Alba. Su viaje a Flandes lo anunció como cierto, pero evitó señalar para él un tiempo determinado (1). Así pasó el mes de mayo de 1567, y llegó junio, mientras el rey permanecía todavía en España, a pesar de la amonestación que le dirigió el Papa por un nuevo breve de 17 de mayo de 1567. Los preparativos para su viaje continuaban haciéndose. El 23 de junio escribió Felipe II a Roma a Granvela, que los que no creían en su viaje, verían presto lo contrario de lo que con tanta malignidad difundían. En julio fué un correo de Madrid a Roma, para notificar al Papa la pronta partida de don Felipe. Cuando el nuncio preguntó si debía permanecer en Madrid o acompañar al rey a Flandes, advirtió don Felipe, que le sería muy grato tenerle en su séquito (2). El 15 de julio repitió el rey su mandato de acelerar los preparativos para el viaje, y seis días más tarde, en la publicación de los decretos de las cortes, declaró que la conducta de los Países Bajos le obligaba a trasladarse allá (3).

A pesar de esto iban a tener razón los que desde el principio habían puesto en duda que don Felipe iría personalmente a Flandes. El 11 de agosto de 1567 también Castagna hubo de comunicar a Roma: nadie cuenta ya en Madrid con el viaje del rey, para el cual ya se han hecho todos los preparativos hasta en los más mínimos pormenores. A principios de septiembre el nuncio expresó al rey, aunque con el debido respeto, su más profunda pena por el cambio de parecer de éste, y habló del dolor que sentía el Papa, y del juicio desfavorable que formaría el mundo. El 20 de septiembre efectuóse la publicación oficial de que el viaje se había diferido para la primavera siguiente. Por un correo se indicó a Requeséns, que expusiese al Papa los motivos que habían determinado a tomar esta resolución. Asegurábase en Madrid, que el rey persistía en el proyectado viaje. Espinosa declaró al nuncio, que sólo la muerte o el fin del mundo serían capaces de retener a su majestad el próximo marzo (4).

(1) Cf. arriba, p. 12.

(2) Cf. Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo I, CLIV, 550, 564 y *Bibl. de Madrid*, 100 s.; Holzwarth, II, 1, 31 s. En Holzwarth hay también una investigación de los motivos por los cuales no quería ir Felipe II a los Países Bajos. Cf. además *Corresp. dipl.*, II, LV s.

(3) V. Ranke, *Estudios Hist.-biogr.*, 522.

(4) V. las relaciones de Castagna en Gachard, *Bibl. de Madrid*, 100-105, y *Corresp. dipl.*, II, 177 s., 184 s., 189 s., 203 s., 205 s.

El Papa, que todavía en agosto de 1567 había rogado diariamente en la santa misa por la feliz travesía del rey, y hecho también rogar por ella a todo el clero romano (1), hubo de sentir muy dolorosamente la dilación del viaje, del cual esperaba la única salvación de los Países Bajos, como asimismo un rumbo favorable de la causa católica en Francia e Inglaterra. Dijo francamente a Requeséns, que el rey, el cual le había escrito de su propia mano, le había engañado; que tratándose de la religión hubiera debido dejar todo lo demás, pues en último resultado Dios es el que cuida de todo. Requeséns y Granvela disculparon al rey lo mejor que pudieron; con todo el Papa quedó muy enojado (2). El 15 de julio había otorgado (3) al rey, en atención a la prometida intervención en Flandes, el cobro del llamado excusado (4). ¿No debía ahora creer, que las promesas de don Felipe no habían pretendido otro fin que el de obtener esta tan importante concesión? (5) Dijeran lo que quisiesen los amigos de España en la curia, Pío V siguió creyendo que había sido engañado por Felipe II. Sólo el proceder enérgico del duque de Alba en los Países Bajos le volvió a tranquilizar y le dió nueva esperanza de que los intereses católicos no padecerían por la dilación del viaje (6).

Pío V conoció claramente la falta que cometió don Felipe con la retardación y definitiva renuncia de su personal presencia en los Países Bajos, tan temida de los novadores (7). En cambio no

(1) V. la \*relación de Arco, de 23 de agosto de 1567, *Archivo público de Viena*. En 2 de agosto había Bonelli escrito en cifra a Castagna, que el Papa deseaba que don Felipe partiese lo más pronto posible, y expuesto de nuevo las razones de ello. Corresp. dipl., II, 175 s.

(2) V. las \*relaciones de Arco, de 6, 13 y 20 de septiembre de 1567, *Archivo público de Viena*, y la carta de Granvela, de 16 de septiembre de 1567, Corresp. de Philippe II, tomo I, 577. Cf. Corresp. dipl., II, 198.

(3) La bula se halla en la Corresp. dipl., II, 524 s. Según ella hay que corregir a Philippson, 310, y asimismo a Gams, III, 2, 519.

(4) El excusado era un impuesto, por el cual el rey en todas las parroquias recibía de cada tercera casa el diezmo íntegro, que estas casas por otra parte habían de pagar a la Iglesia, pero de cuya tributación a la misma estaban ahora exentas (excusado). Cf. Desdevises du Dezeit, *L'Espagne de l'ancien régime*. Les institutions, París, 1899, 370.

(5) Requeséns juzgaba en 1566, que el excusado valdría un Perú (Colec. de docum. inéd., XCVII, 376). Cf. además la relación de Dietrichstein en Koch, *Fuentes para la historia de Maximiliano II*, Leipzig, 1857, 200.

(6) V. Corresp. dipl., II, LIX s., 191, 198, 200 s., 204 s., 212, 216 s., 253. Cf. Corresp. de Philippe II, tomo I, 580 s.

(7) V. Corresp. dipl., II, XLVIII.

entendió que el envío del duque de Alba era otra equivocación todavía mucho peor. El duque, español de cuerpo entero, y sin conocimiento del carácter extranjero, era sumamente odiado en Flandes, de suerte que el mismo Felipe II pensó un instante en revocar el funesto nombramiento. Y si al fin no dió este paso, no poca parte tuvo en ello el partido cortesano hostil al duque y que trabajaba por alejarle. Entonces alcanzó Ruy Gómez influjo decisivo con don Felipe, lo cual se dejó sentir en Roma aun en la posición del cardenal Pacheco (1).

Cuando el ejército del duque de Alba se reunió en la Italia superior, Pío V expresó el deseo de que en su marcha a los Países Bajos acometiese a Ginebra, centro del calvinismo. Felipe II rechazó semejante desvío del camino derecho (2). Tampoco dió oídos a otra propuesta del Papa. Pío V pensaba poner al lado del duque de Alba un plenipotenciario para los asuntos eclesiásticos (3), o enviar a Flandes un nuncio (4). Ni lo uno ni lo otro agradó al rey: no quería verse impedido en sus planes por Roma. Estos iban enderezados no sólo a castigar a los herejes, sino también a aniquilar los enojosos privilegios de los Países Bajos y convertir el país en provincia española. Supresión de los privilegios, sustitución de los magistrados de las ciudades por funcionarios reales, construcción de ciudadelas en Amberes, Valenciennes, Flesinga, Amsterdam y Maestricht, confiscación de bienes, imposición de tributos sin aprobación de las cortes o Estados generales, éste era el programa de don Felipe, como ya lo había expuesto a la gobernadora el 31 de mayo de 1567 (5). Para su ejecución era el duque de Alba el hombre a propósito.

En agosto de 1567 presentóse el duque con sus tropas escogidas en Flandes, donde después de la devastación de las iglesias los nobles católicos, reconociendo su engaño, se habían retirado del Compromiso y también en muchas ciudades se había efectuado

(1) V. *ibid.*, XLVII s.

(2) Cf. Cramer, I, 165 s., II, 208 s. Varias posteriores excitaciones de Pío V a proceder contra Ginebra tuvieron igualmente poco buen éxito; v. *ibid.*, II, 219 s., 223.

(3) V. la \*relación de Arco, de 19 de julio de 1567, *Archivo público de Viena*.

(4) V. *ibid.* la \*relación de Arco, de 23 de agosto de 1567: el nuncio, con poderes de legado, debía despacharlo todo gratuitamente.

(5) Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo I, 542.

una mudanza desfavorable a los novadores (1). La quietud del país dejaba ciertamente todavía mucho que desear, aun después de vencida la rebelión de los calvinistas que estalló a principios de 1567; a pesar de lo cual una política prudente hubiera debido ahora contentarse con el castigo de los cabecillas, conceder amnistía a los extraviados y atraerse los elementos fieles al rey. Por eso Pío V aconsejaba con tanta instancia que don Felipe se presentase allí personalmente, y antes de emplear la fuerza de las armas, intentase de nuevo volver con blandura al buen camino a los descarriados. Pero en vez de esto se envió al duque de Alba con el encargo, no sólo de reprimir las novedades religiosas, sino también de introducir una manera de gobierno que aniquilaba las libertades políticas y debía convertir en enemigos de España a todos, aun a los católicos fieles al rey. Los soldados del duque, que procedían como en país conquistado, hicieron lo demás para llenar a la población de desesperación y odio a España. Al principio todos se inclinaron atemorizados ante el capitán general del monarca español. La gobernadora se despidió ya a fines de 1567. Pero el duque sobrepujo a cuanto se temía: a la prisión de Egmont y Horn siguió la institución de un tribunal extraordinario, el llamado Consejo de los tumultos o Tribunal de la sangre, la incoación del proceso contra el príncipe de Orange, que en abril de 1567 había huido a Alemania y pasádose abiertamente al luteranismo, y contra los demás conspiradores; luego, desde febrero de 1568, ejecuciones en masa y confiscaciones de bienes. Millares de personas huyeron (2). Orange y su hermano se pusieron en armas para defenderse, confiando en la ayuda de los príncipes luteranos de Alemania, de los caudillos de los hugonotes en Francia y de la reina Isabel de Inglaterra, con la cual ya desde muy atrás estaban en relaciones. Alba contestó el 5 de junio de 1568 con la ejecución de los condes de Egmont y de Horn. Después salió a campaña contra los rebeldes. Venció a Luis de Nassau el 21 de julio en Jemgum junto al Ems inferior, y luego se dirigió contra Guillermo de Orange, que en septiembre procuró penetrar en los Países Bajos con un ejército desde la comarca de Tréveris, por el Mosa, como campeón de la «libertad de la patria»; pero Alba maniobró tan felizmente, que su adversario se hubo de retirar en

(1) V. Rachfahl, II, 2, 769 s., 801 s.

(2) V. Pirenne, IV, 10 s.

precipitada fuga (1). El de Orange huyó a Dillenburg. Sólo los mendigos marítimos continuaron todavía peleando. El triunfo de Alba parecía completo. La misma Isabel de Inglaterra dió la enhorabuena a Felipe II por su victoria sobre los rebeldes (2). El duque anunció a Madrid, que en todas partes reinaba tranquilidad. A pesar de esto prosiguió su obra de terror y de sangre, como si fuese su cometido llenar de rencor aun a los fieles partidarios del rey y de la antigua religión. Antes bien ahora comenzó propiamente a «someterlo todo a los pies de España» (3). Con la imposición de exorbitantes tributos (4), injustos por su naturaleza y su forma, se hizo enemigos aun a los católicos. Estos a vista de las confiscaciones de bienes habían conocido ya muy bien que «no se atendía para nada al cuidado de las almas» (5). Cuando algunos jesuitas combatieron el impuesto del décimo maravedí como una manifiesta injusticia, el duque de buena gana los hubiera desterrado de Flandes (6). Trató con altivez a los obispos que intercedieron por el pobre pueblo (7). Toda su manera de gobierno, que no era otra cosa sino una dictadura militar, pesaba gravemente sobre todos; en vez de apaciguar al país, no hizo sino irritarlo aún más.

El gobierno español tenía gran interés en que la curia romana no viese en las turbulencias flamencas nada más que una rebelión de los calvinistas. Fácil le fué difundir esta idea en Roma, pues en los países extranjeros era sumamente difícil apreciar justamente las complicadas cosas de Flandes, y reconocer el elemento político y nacional que influyó decisivamente desde el principio en todo aquel movimiento. También la conducta del duque de Alba en los Países Bajos fué presentada en Roma por la embajada española de tal suerte, como si en ella estuviesen en primer término, no los intereses políticos, sino los religiosos. Con esto esperaban los españoles alcanzar que el Papa daría su asentimiento,

(1) C. Bor, *Lodewijk v. Nassau*, 160 s.; Franz, *Frisia oriental y los Países Bajos*, Emden, 1875, 24 s.; Teubner, *La campaña de Guillermo de Orange contra Alba en el otoño de 1568*, Halle, 1892.

(2) V. Blok, III, 96.

(3) *Tout réduire au pied d'Espagne*. Morillón a Granvela en 28 de abril de 1572, *Corresp. de Granvelle*, éd. Piot, IV, 207.

(4) V. Pirenne, IV, 28 s.; Blok, III, 101 s.

(5) *Corresp. de Granvelle*, éd. Piot, IV, 292.

(6) V. *ibid.*, 155, 157.

(7) V. Pirenne, IV, 9.

hasta entonces inútilmente solicitado, a la imposición de nuevos tributos eclesiásticos para obra tan laudable como la destrucción de los calvinistas (1).

Como Felipe II había rehusado el nombramiento de un nuncio para Flandes, Pío V, fuera de las noticias privadas, se hallaba en lo esencial dependiente de las relaciones del gobierno español sobre las cosas de aquel país. Requeséns y más tarde Zúñiga no dejaban de informarle sobre cuanto acontecía. Los sucesos de Flandes eran tratados de parte de los españoles con gran secreto, de modo que corrían los más absurdos rumores (2); por lo cual se escuchaban con tanto mayor avidez en Roma las palabras de los representantes oficiales de Felipe II. Sus declaraciones eran tan persuasivas, que el Papa en su juicio sobre los asuntos de Flandes quedó del todo cautivo del criterio español y consideraba las empresas del duque de Alba como una suerte de cruzada contra los herejes, con la que se contendría a sus correligionarios de Francia y Alemania (3). Que se trataba en los Países Bajos para los católicos de ser o no ser, creía Pío V haberlo de sacar también de las comunicaciones del dominico Juan Straetmann, residente en Bruselas, el cual a 22 de febrero de 1568 relatava horribles pormenores sobre el asesinato de veinticinco sacerdotes católicos, cometido por los calvinistas en las cercanías de Yprés (4).

La notificación que el duque de Alba hizo al Papa, de la ejecución de los condes de Egmont y de Horn, se explicó por Zúñiga y Pacheco de tal manera que Pío V hubo de aprobarla enteramente (5). No tenía barrunto ninguno de la injusticia de la pena impuesta a Egmont; pues la sentencia de muerte contra ambos condes que el duque le envió, decía que habían sido convictos de rebelión y de alta traición por favorecer a los herejes y fomentar la

(1) V. Corresp. dipl., II, 437.

(2) Así se hablaba de un decreto de Felipe II, compuesto con autoridad de la Inquisición española, por el cual se condenaba a muerte a la mayor parte de los flamencos. Ya Prescott, *Philipp II*, tomo II (1867), 105, expresó sus dudas sobre este dato, admitido sin titubear por Tuano y Meteren. Recientemente Blok en las *Bijdragen van vaderlandsche geschiedenis*, 4 serie, t. VI, 3, se ha declarado con razón contra la autenticidad de este decreto.

(3) Cf. principalmente la relación de Zúñiga a Felipe II, fechada en Roma a 21 de julio de 1568, Corresp. dipl., II, 414.

(4) V. Laderchi, 1568, n. 173. Sobre la correspondencia de Straetmann con el cardenal Bonelli v. Anal. p. s. à l'hist. ecclés. de la Belgique, XXV (1895), 55 s.

(5) V. Corresp. dipl., II, 402, 403 s.; Legaz. di Serristori, 452.

conjuración del príncipe de Orange. Fuera de esto quedó el Papa todavía confirmado en su concepto de que con dicha ejecución habían hallado su merecido castigo verdaderos crímenes, al ver que un monarca tan sospechoso en materia de religión como Maximiliano II desaprobó el proceder de Alba (1). Cuando después aparecieron en la arena Luis de Nassau, aliado con los mendigos marítimos, y Guillermo de Orange, abiertamente separado de la Iglesia católica, con su ejército formado de luteranos alemanes, hugonotes franceses y calvinistas flamencos, temió Pío V una matanza de los católicos en los Países Bajos, caso que las tropas del de Alba fuesen derrotadas. Luego que se presentaron, habían las feroces bandas de Luis de Nassau comenzado a saquear iglesias y matar clérigos. Las noticias sobre esto, así como sobre la composición del ejército de Orange, habían de afianzar en Pío V la persuasión de que Alba peleaba en primera línea contra los enemigos de Dios y de la Iglesia, y sólo en segundo término contra los rebeldes a su rey, y que por tanto peleaba las batallas del Señor para el restablecimiento de la religión católica (2).

Con ansiedad concebible seguía el Papa los sucesos de la guerra. En la tarde del 4 de agosto de 1568 una carta del duque de Alba anunció su victoria sobre Luis de Nassau. Pío V ordenó que se hiciesen fogatas en señal de alegría y procesiones (3), para dar gracias a Dios, y también para pedirle que continuase otorgando su auxilio, pues todavía amenazaba a la Iglesia un gran peligro por parte de Orange, cuyas tropas saqueaban en todas partes iglesias y monasterios. El 29 de agosto hizo Pío V la visita de las siete iglesias principales de Roma para suplicar al Señor protegiese la religión en los Países Bajos (4). Acrecentóse su cuidado

(1) Cf. Corresp. dipl., II, 414 s., 498; Legaz. di Serristori, 452.

(2) En los breves a Alba (Laderchi, 1568, n. 179; Brognoli, I, 266) está esto expresado muy claramente.

(3) Además de Firmano, Diario, en Bonanni, I, 301, v. la \*relación de Arco, de 7 de agosto de 1568, en el *Archivio pubblico de Viena*, la carta de Zúñiga, de 13 de agosto, en la Corresp. dipl., II, 437 y la \*relación de B. Pía, fechada en Roma a 14 de agosto de 1568 (en todas partes se han ordenado paces de acción de gracias por buoni successi di Fiandra contra Ugonotti), *Archivio Gonzaga de Mantua*. La relación de Alba a Pío V de 25 de julio, y los breves gratulatorios del Papa, de 7 y 26 de agosto de 1568, pueden verse en Laderchi, 1568, n. 178-179.

(4) \*Relación de B. Pía, de 30 de agosto de 1568, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

cuando se anunció que los protestantes alemanes y franceses apoyaban al de Orange (1). El 29 de octubre volvió el Papa a visitar las siete iglesias dichas y rogó por la victoria del duque de Alba (2). El 18 de noviembre con la publicación de un jubileo se exhortó a los fieles a orar por el abatimiento de los enemigos de la Iglesia en Francia y en Flandes (3). El 7 de diciembre vino finalmente a librar al Papa de sus graves cuidados: Alba había obligado a Orange a emprender la fuga. El júbilo en Roma fué tanto mayor, cuanto las anteriores noticias de la victoria no se habían confirmado (4). El año siguiente el duque fué honrado con el envío de una espada y un sombrero bendecidos, y su esposa recibió la rosa de oro (5).

Lo mismo que muchos otros, también Pío V había aconsejado que se otorgase una amnistía general después de la victoria del duque de Alba. El mismo concedió las dispensas necesarias para abreviar todas las formalidades que pudiesen retardar la nueva admisión de los protestantes arrepentidos en la Iglesia (6). Felipe II conoció asimismo la necesidad de una amnistía; pero con su acostumbrada tardanza, hasta el 16 de noviembre de 1569 no firmó el documento correspondiente, y todavía con muchas limitaciones. El de Alba dejó de publicar este decreto, como también la bula pontificia, hasta julio de 1570! (7) No era el hombre a propósito para ejercer clemencia (8).

(1) V. Corresp. dipl., II, 457.

(2) V. Firmano, \*Diario, XII, 31, *Archivio segreto pontificio*. De la gran inquietud de Pío V por el curso de las cosas en los Países Bajos \*da cuenta B. Pía en 6 de noviembre de 1568, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Firmano, \*Diario, loco cit.

(4) V. *ibid.*, así como la \*relación de B. Pía, de 8 de diciembre de 1568, según la cual Alba notificó su victoria por carta de 25 de noviembre de 1568. Pía dice en ella: Il Papa tutto pieno di allegrezza non fa altro che pregare et far pregare Dio (*Archivio Gonzaga de Mantua*). V. también el breve a Alba de 12 de diciembre de 1568, en los Documentos del Archivo Alba, Madrid, 1891, 183 s.

(5) Además de Laderchi, 1569, n. 204 y Brognoli, I, 271, v. también Firmano, \*Diario, XII, 32, p. 78<sup>b</sup>, *Archivio segreto pontificio*, el \*Avviso di Roma de 21 de marzo de 1569, Urb., 1041, p. 38, *Biblioteca Vatic.*, y un \*Avviso di Roma de 26 de marzo de 1569 en el *Archivio público de Viena*.

(6) Cf. la \*relación de Cusano, de 19 de febrero de 1569, *Archivio público de Viena*.

(7) V. Gachard, Corresp. de Philippe II, tomo II, 63, 680; Holzwarth, II, 1, 398 s.; Renom de France, I, 392 s. Cf. Alberdingk Thijm en el Anuario Hist., VII, 284 s. y Gossart, L'établissement du régime espagnol dans les Pays-Bas, Bruxelles, 1905, 293.

(8) Cf. su carta a Pío V en la Corresp. dipl., III, 73, nota 1.



Contribuyó no poco a mantener la favorable opinión que en Roma se tenía del duque, el apoyo que éste prestó a la completa ejecución de la nueva organización de las diócesis. Los deseos del Papa coincidieron en este asunto enteramente con los del gobierno español. En julio de 1564 Felipe II había condescendido con la oposición, queriendo desistir de la erección de un obispado en Amberes, y de la incorporación de las abadías de Brabante, en cambio del pago de una renta perpetua. La Santa Sede no había otorgado su aprobación a esta forzada indulgencia. Este asunto había pasado a segundo término por las revueltas que luego estallaron. Después del «restablecimiento del orden» por el duque de Alba, debía arreglarse definitivamente. De acuerdo con Felipe II quiso el duque apoyar aparentemente las peticiones de los estamentos de Brabante, de que se confirmase en Roma el anterior convenio, pero en secreto aconsejar al Papa lo contrario (1). Confióse este cometido en octubre de 1568 a Hernando Delgadillo, secretario de Alba. El enviado halló en Pío V tanto menores dificultades, cuanto el Papa siendo cardenal había pertenecido a la comisión para la erección de los nuevos obispados y estaba persuadido de la necesidad de llevar enteramente a efecto esta disposición. Entre tanto sobrevino una nueva demora, cuando el duque de Alba retuvo todavía por algún tiempo las bulas relativas a los obispados, en vista de la excitación provocada por los tributos que había impuesto. Sólo después de haber conseguido la aquiescencia de los Estados provinciales para la contribución del décimo y vigésimo maravedí, dió su pláacet a las bulas. Las dificultades que todavía ahora quedaban, eran de orden secundario y fueron superadas. En diciembre de 1570 se dió al fin cima a este negocio: efectuóse la incorporación de las abadías, y asimismo se establecieron los obispos en aquellas ciudades donde hasta entonces no habían sido admitidos (2).

En la elección de los nuevos obispos se había ido con gran cuidado. Así su ortodoxia como su conducta no dejaban nada que desear; todos tenían la mejor voluntad para la ejecución de las reformas decretadas en el concilio tridentino. Pero la mayor parte eran más bien sabios que hombres de acción. Intimidados

(1) V. Marx, Estudios, 405.

(2) V. Gachard, Corresp. de Philippe II, tomo II, 40 s., 50, 65, 73, 79, 84, 105 s., 122, 133, 150, 163 s.; Brom, Archivalia, I, 721 s.

por la difícil situación, no se atrevieron a proceder con tanta decisión como habría sido necesario (1), por lo cual les dirigió Pío V una admonición el 2 de julio de 1571 (2). Sólo formaba una excepción Lindano, el cual desde 1569 trabajó con grandísimo celo como obispo de Roermond (3). Pero tampoco él pudo suplir el vacío que había producido la partida de Granvela, natural adalid del episcopado de Flandes. Fué también perjudicial para la actividad religiosa y reformatoria de los obispos la dominación enérgica del duque de Alba; el odio al régimen español los comprendió también a ellos, en los cuales se veía solamente instrumentos de Felipe II y de su duque (4). Y no obstante eran cabalmente los obispos los que amonestaban con libertad a Alba, que procediese con más benignidad. Con todo el duque de hierro no se movió por ello; los obispos, decía, no entendían nada en este negocio.

Como en el terreno político, así también en el eclesiástico era Alba incondicional partidario del sistema de Felipe II, según el cual los eclesiásticos eran más funcionarios del Estado que de la Iglesia. Sin miramientos usó el plácet para las bulas pontificias, sin cuidarse de que con ello ponía a veces obstáculos hasta a los esfuerzos tan saludables de Pío V por conseguir la reforma del clero de Flandes (5). Demuestra bien a las claras los designios regalistas de Alba el haber exigido éste en 1570, que se dejase tener parte en las deliberaciones del primer sínodo provincial, celebrado en Malinas, a un miembro de su Consejo como comisario real (6). Del mismo sistema regalista tuvo origen la no disimulada aversión del duque a los jesuitas (7) y una disposición de Felipe II,

(1) V. Pirenne, IV, 483. Holzwarth (II, 1, 336 ss.) da noticias exactas sobre cada uno de los obispos y sus trabajos de reforma.

(2) V. Laderchi, 1571, n. 34. Una carta anterior, de 5 de julio de 1568, en la que se exhorta a la reforma, puede verse en Goubau, 91 s.

(3) V. A. Havensius, Vita Lindani, Coloniae, 1609; Foppens, Bibl. Belgica, I, 410 s.; Annuaire de l'univ. de Louvain, 1871; El Católico, 1871, I, 702 s., II, 89 ss., 442 ss., 659 ss.

(4) V. Pirenne, IV, 33, 484.

(5) V. Holzwarth, II, 1, 368.

(6) Cf. de Ram, Synodicon Belg., I, Mechlin., 1828; Holzwarth, II, 1, 368 ss. Cuando el arzobispo de Tréveris hizo visitar en 1570 el arcedianato de Longuyn, un comisario de Alba asistió a la sesión de la comisión de visita; v. Heydinger, Archidiaconatus tit. S. Agathes in Longuono descriptio, Aug. Trev., 1884.

(7) V. Imago primi saeculi Soc. Iesu, Antverpiae, 1640, 745; Pirenne, IV, 496. Cf. Cappelletti, I Gesuiti e Venezia, Venezia, 1873, 40. Alba fué confirmado en esta aversión por su confesor; v. Corresp. de Granvelle, éd. Piot, IV, 604.

de 1571, que imponía la pena de destierro del país a los que difundiesen bulas pontificias sin permiso del gobierno (1).

Así Alba como su rey estaban ciegos, no sólo para no ver el daño que causaban a la causa católica con su regalismo, sino también para no advertir que su régimen político de rigor venía a ser la mejor arma para el príncipe de Orange y para todos los rebeldes. El 1.º de abril de 1572 lograron los mendigos marítimos, estrechamente relacionados con Orange, ganar un importante punto de operaciones con la toma de la fuerte ciudad de Briel al sur de Holanda. Conforme al genuino modo de obrar de los calvinistas las iglesias de Briel fueron saqueadas y los clérigos asesinados. Atrocidades semejantes cometían los mendigos marítimos dondequiera que podían (2).

La única defensa contra tales horrores estaba en las armas del duque de Alba. A pesar de las intrusiones que así éste como su rey se permitían en el terreno eclesiástico, Pío V se vió obligado por la dura necesidad a acudir al poder español. Los impuestos eclesiásticos que concedió a Felipe II en mayo de 1571, otorgólos expresamente en atención a los gastos del rey para la conservación de la religión católica en los Países Bajos y «en otras naciones» (3), con las cuales palabras se significaban Francia e Inglaterra.

## II

Pío V consideraba necesario para la salvación de Francia, que se hiciese la más rigurosa resistencia a la herejía, que se le quitase el pábulo con la reforma de los abusos eclesiásticos, y se robusteciese de nuevo la fuerza de los católicos. Enteramente contrarios eran los designios de Catalina de Médicis. Indiferente para la religión a que pertenecía, pensaba con su acostumbrado modo de obrar, oponer unos a otros los intereses de los partidos que sañudamente se combatían, y valerse de ellos alternativamente para

(1) V. Van Espen, *Opera omnia canonica*, VI, 86.

(2) V. Altmeyer, *Les Jeux de mer et la prise de la Brielle*, Bruxelles, 1863; Holzwarth, II, 1, 497, 505 s.; Janssen-Pastor, IV 15-16, 337; Gaudencio, 152; *Corresp. de Granvelle*, éd. Piot, IV, 603.

(3) V. Laderchi, 1571, n. 31 (en vez de 11 léase 21 de mayo).

asegurar de esta manera su propio poder y el de su hijo Carlos IX (1).

Semejante política había de desagradar sumamente a un Papa como Pío V, que estaba lleno de ardiente celo de la conservación de la religión católica. Su actitud se deduce clara y manifiestamente de la instrucción, compuesta en 6 de abril de 1566, para el nuevo nuncio de Francia, el conde Miguel de la Torre, obispo de Ceneda. En sentidas frases expresa aquí sus temores por el rumbo que iban tomando las cosas de Francia. El nuncio debía amonestar enérgicamente al rey y a su madre, que dejaran a un lado todos los respetos humanos, para conservar en sus súbditos la pureza de la fe. Especialmente se le encargaba que instase la publicación y ejecución de los decretos tridentinos, y que exigiese también la remoción del escándalo que daba el cardenal Odet de Châtillon, depuesto por sus herejías, el cual continuaba vistiendo la púrpura, a pesar de haberse casado. El Papa dejaba entrever juntamente que no otorgaría más la dignidad cardenalicia a ningún prelado francés, antes de la ejecución de esta exigencia. Además debía indicar de la Torre, que el rey había de pedir un nuevo privilegio a la Santa Sede para ejercitar sus derechos de provisión en la Provenza y Bretaña, y oponerse a los abusos en la colación de cargos y beneficios eclesiásticos (2). Una instrucción especial contenía aún encargos respecto a Aviñón, donde el legado cardenal Borbón dejaba mucho que desear en su celo contra la penetración de las herejías; si no mejoraba allí el estado de cosas, el nuncio debía dar a entender que el Papa privaría al cardenal de la legación (3).

(1) V. Baumgarten, *La noche de S. Bartolomé*, 25, y v. Bezold en la *Revista Hist.*, XLVII, 561 s. Cf. nuestros datos del vol. XVI, 131.

(2) \**Instruttione per il nuntio di Francia* (il vesc. di Ceneda), en *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 319-320, 322, y de nuevo p. 510-513, *Archivio segreto pontificio*. Cf. Catena, 58 s. y Brognoli, II, 27 s. El litigio por causa del derecho de nombramiento en la Bretaña todavía no estaba compuesto en 1571; v. la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 29 de septiembre de 1571, *Archivio Gonsaga de Mantua*. El nombramiento de un nuevo nuncio francés lo anunció ya Arco en su \*relación de 19 de enero de 1566, *Archivio público de Viena*; efectuóse el 25 de marzo de 1566; v. Biaudet, 119.

(3) V. *Varia polit.*, 81 (ahora 82) en el *Archivio segreto pontificio*, p. 322<sup>b</sup> a 327 y de nuevo p. 514-518: \**Instruttione per il medesimo nuntio intorno alle cose d'Avignone*. Indicase que el peligro viene especialmente del principato d'Orangeo, que estaba rodeado de territorio pontificio. Además había de advertirse a los cardenales Borbón y Armagnac, que alcuni ministri loro

Lo que sin duda influyó en primer lugar para que se nombrase a de la Torre nuncio de Francia, fué la circunstancia de que había desempeñado ya la nunciatura francesa en tiempo de Paulo III y al principio del reinado de Julio III (1); por consiguiente estaba familiarizado con las cosas de dicha nación. A esto se agregaban sus buenas relaciones con Catalina de Médicis.

Enérgicas amonestaciones pontificias enviáronse primero al nuevo nuncio, otras siguieron luego dirigidas a Carlos IX, Catalina de Médicis y los obispos. Pío V exigía en ellas sobre todo la publicación y ejecución de los decretos tridentinos, principalmente la observancia de la obligación de residir, la erección de seminarios por parte de los obispos y la supresión de los escandalosos abusos en la colación de los beneficios eclesiásticos, los cuales muchas veces habían ido a poder de mujeres o de protestantes, por falta de conciencia del gobierno. Estas advertencias no quedaron sin buen suceso. Varios obispos procuraron ejecutar las disposiciones reformatorias del concilio. El gobierno, a la verdad, rehusó constantemente la aceptación oficial de los decretos, pero favoreció la difusión del Catecismo Romano, el cual fué traducido al francés, y expidió asimismo una circular sobre la observancia de la obligación de residencia por parte de los obispos (2). En cambio fueron aún necesarias reiteradas amonestaciones para remover el escándalo que daba Châtillon (3).

También en otras materias se dió al Papa causa suficiente para quejarse, principalmente por parte de Catalina de Médicis. En una carta al nuncio, de 17 de agosto de 1566, se querella Pío V, de que Catalina se rodeaba casi únicamente de herejes, llegaba hasta otorgarles beneficios eclesiásticos y los favorecía también

favorecían a los herejes, de lo cual se citan algunos casos. De qué manera el cardenal Armagnac, como legado juntamente con Borbón, procuró remediar lo que motivaba las quejas del Papa, se saca de su relación de 24 de julio de 1566, que se halla en las *Mél. d'archéol.*, XXII, 116 s. Sobre Armagnac cf. *Revue des quest. hist.*, XVI, 566 s. Pueden verse cartas suyas en la *Revue hist.*, II, 529 ss.

(1) V. nuestros datos del vol. XIII, 94, 98. Cf. el \*breve a Carlos IX, de 25 de marzo de 1566, en los núms. 19-22 del apéndice, *Archivo de breves de Roma*.

(2) V. Catena, 59 s. También España instaba la aceptación de los decretos del concilio; v. *Corresp. dipl.*, I, 150, 181.

(3) V. la \*relación de Arco, fechada en Roma a 17 de agosto de 1566, *Archivo público de Viena*.

de otras maneras. En un breve dirigido a ella misma se la exhorta a no justificarse por más tiempo con solas palabras, sino con un proceder católico (1). En lo exterior se mantuvo ciertamente a pesar de estas quejas un trato amistoso con la corte francesa: al cardenal Tournón, enviado a Roma en el otoño para calmar al Papa y prestarle obediencia, se le hizo un recibimiento muy benévolo (2), y a fines de noviembre, se remitieron presentes pontificios a la familia real de Francia (3). Pero algunas expresiones privadas del Papa demostraban cuánto dudaba de la ortodoxia de la reina madre, cuyo Consejo era en sus tres cuartas partes hugonote. Ya en la primavera de 1567 reinaba en Roma el temor de que el débil Carlos IX abrazaría el protestantismo y se casaría con una princesa alemana luterana (4).

Muy dolorosamente sintió Pío V que el gobierno francés apoyase a los obispos culpables de herejía, contra los cuales había ya procedido Pío IV (5). Sin cuidarse de que la corte de Francia continuaba haciendo valer las libertades galicanas en este asunto, Pío V en un consistorio de 11 de diciembre de 1566, publicó la sentencia definitiva, que deponía por herejes de todas sus dignidades a seis de los obispos inculpadlos: Juan de Chaumont, de Aix, Juan de Montluc, de Valence, Luis d'Albret, de Lescar, Carlos Guillart, de Chartres, Juan de Saint-Gelais, de Uzés, y Claudio Regín, de Olorón (6). Con todo, sólo el obispo de Aix dejó su

(1) Cf. Philippson, *La curia romana*, 111.

(2) Junto con *Lettres de Cath. de Médicis*, II, 388, 392, cf. la \*relación de Fr. Strozzi a Maximiliano II, fechada en Roma a 28 de septiembre de 1566, *Archivo público de Viena*. La \*respuesta al discurso de obediencia de Tournón, compuesta por Ant. Florebello, la cual lleva la fecha de 10 de octubre de 1566, se halla en el Arm. 44, t. XII, n. 118; *ibid.*, n. 119 hay un \*breve a Carlos IX, de 17 de octubre de 1566, sobre la obediencia. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Los regalos consistían en magníficos rosarios de iapislázuli; v. la \*relación de Strozzi, de 29 de noviembre de 1566, *Archivo público de Viena*.

(4) Cf. Legaz. di Serristori, 431; Herre, *El papado*, 148; Philippson, *loc. citato*. Una relación más exacta del estado de Francia dió el cardenal Santa Croce, que se volvió a Roma el 27 de agosto de 1566 (v. la \*carta de C. Luzzara, fechada en Roma a 28 de agosto de 1566, *Archivo Gonzaga de Mantua*). Cuán descontento estuvo el Papa desde el principio, de la actitud del gobierno francés en los asuntos religiosos, se saca también de las relaciones de Requeséns, que se hallan en la Corresp. dipl., I, 325, 370, II, 191.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XVI, 159 s.

(6) V. Laderchi, 1566, n. 425; Corresp. dipl., I, 435 s.; Degert, 99 s. Cf. la \*relación de Strozzi, de 30 de noviembre de 1566, *Archivo público de Viena*, y \*la de Luzzara, de 11 de diciembre de 1566, *Archivo Gonzaga de Mantua*. A

cargo; en los otros la sentencia quedó sin efecto, porque el gobierno francés y naturalmente también la reina de Navarra la consideraron como no publicada, y por tanto no había que pensar en su ejecución. Pero los depuestos demostraron con su ulterior conducta cuán justificada era la sentencia del Papa (1).

La gran condescendencia del gobierno francés con los hugonotes no logró contentarlos. Se quejaban de la infracción del edicto de Amboise, que ellos mismos no observaban, y perfeccionaban su robusta organización político-militar (2). Su último fin iba mucho más allá de la tolerancia o igualdad de derechos. El poder real debía estarles sujeto y así establecerse su dominio universal. La ocasión parecía favorable a esto cuando el gobierno francés en sus disposiciones de precaución, motivadas por la expedición militar del duque de Alba a los Países Bajos, se apoyó en los hugonotes. Estos esperaban ahora tomar en sus manos el mando supremo del ejército para hacer estallar después la guerra contra el rey de España, aun cuando Felipe II no se permitía ningún acto hostil o ingerencia en los negocios interiores de Francia (3). Pero Catalina de Médicis, que no quería ser dominada, desbarató sus intentos. Los hugonotes, que se vieron defraudados en sus esperanzas y temían una alianza del gobierno con España, procuraron entonces alcanzar su fin por otro camino, de acuerdo con el príncipe de Orange e Inglaterra. Con una acometida repentina, cual ya se había intentado años atrás contra Francisco II, pensaron apoderarse de la corte en su residencia de Monceaux cerca de Meaux a fines de septiembre de 1567, prender a la reina y a su hijo, y reducir a la impotencia a los adversarios, sobre todo al cardenal Guisa. Todo el plan estaba muy bien preparado y guardado cuida-

este lugar pertenece el borrador de un breve \**Capitulis quibusdam Franciae: Deposito propter nefandum haereticarum pravitatis crimen eo, qui vester quidem episcopus dicebatur, sed commissi sibi gregis erat desertor ac proditor, os exhortamos a cuidar interinamente de la administración de la diócesis. Arm. 44, t. XII, n. 97, Archivo secreto pontificio.*

(1) V. Degert, 101 s., donde hay más particulares noticias sobre cada uno de los depuestos. A Degert se le han pasado por alto dos breves pertenecientes a este lugar. El \*primero, dirigido al arzobispo de Sens, de 30 de julio de 1567, exhorta a éste a proceder contra el obispo hereje de Chartres (*Archivo de breves de Roma*), el \*segundo, de 19 de noviembre de 1569, v. en el n.º 6 del apéndice, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. Corroero, 183 s.

(3) V. Segesser, Pfyffer, I, 420. Cf. Marcks, Bayona, 290.

dosamente en secreto (1). En la corte real nadie barruntaba que era inminente un levantamiento de los hugonotes en todo el país, y menos que ninguno Catalina, que había despreciado todos los avisos de semejantes maquinaciones; quedó completamente sorprendida. Tampoco el canciller L'Hôpital quería creer en una sublevación de los hugonotes. Fué por tanto casi un milagro que la familia real lograra todavía en el último momento escapar a Meaux y, defendida por los seis mil suizos que corrieron en su auxilio, llegar a París el 29 de septiembre de 1567 (2).

Por segunda vez se encendió ahora la guerra civil y religiosa en Francia. El rey fué sitiado en su capital, y en todas las provincias se levantaron los hugonotes. Cuál fuese la suerte que amenazaba a los católicos, mostrólo la atrocidad conocida con el nombre de la Michelade, que se cometió en Nîmes, donde los hugonotes, el 29 de septiembre (día de San Miguel), mataron sin enjuiciarlos a ochenta de los más principales católicos y arrojaron sus cadáveres a un pozo (3).

Ambos partidos buscaron subsidios y aliados fuera de Francia. La corte, en su apuro, envió a Roma a Aníbal Rucellai con la petición de presto socorro. Las noticias que llevó Rucellai, fueron oídas con espanto en la curia (4). Pío V, como se deja entender, estuvo presto a dar apoyo a vista de la duramente amenazada situación de los católicos franceses, pero en sus encargos al nuncio no pudo dejar de hacer serias reconvenciones. Recordaba en ellas que ya había predicho los hechos de los rebeldes; decía que ahora era menester hacerles frente con ánimo varonil. Que si se fiaban

(1) Cf. Correro, 183.

(2) V. *ibid.*, 182 s.; *Lettres de Cath. de Médicis*, III, ix s., 61 s.; Segesser, Pfyffer, I, 421 s., 436 s., 447 s., 472 s.; Soldan, II, 257 s. Cf. Marcks, Bayona, 291 s., 294; Geuer, M. de L'Hospital, 49 s.; H. de la Ferrière, *La seconde guerre civile*, en la *Revue des quest. hist.*, XXXVII, 125 s.; Thompson, 319 s.

(3) Modelo horroroso de los asesinatos de septiembre de 1792, dice Soldan (II, 275). Cf. Polenz, III, 705 s.; Mesnard, *Hist. de Nîmes*, tomo 5; Rouquette, *Les Saint-Barthélemy calvinistes*, París [1906]. V. también Gratiani *Epist.*, 309.

(4) Según Firmano (\**Diario*, XII, 31, p. 197, *Archivo secreto pontificio*) Rucellai llegó a Roma die sabbati 11 dicti mensis (Octobris, no Septembris, como indica Lämmer, *Para la historia eclesiástica*, 141), y dió cuenta de la conjuración de Amboise. Ex isto malo novo maximus terror fuit incussus omnibus in curia. Ordenáronse al punto rogativas. Según Gratiani *Epist.*, 312, Rucellai no llegó hasta el 13. Concuerdan con esto la indicación de Bonelli, que está más abajo, p. 96, nota 3, y Corresp. dipl., II, 226 s.



de nuevo de los que habían sido infieles a su Dios, se vería en breve plazo la ruina de la dinastía y la destrucción del reino. A la reina le representaba en una carta, que había llegado ahora el tiempo oportuno para alejar de la corte a todos los hugonotes, que no eran sino espías de los rebeldes. Que no debía entregarse en manos ni del canciller L'Hôpital, ni de ambos Montmorency; que los que la habían movido a despedir al cardenal Guisa, le habían aconsejado mal (1).

Tan sin miramientos reprendía con esto la política que hasta entonces había seguido el gobierno francés, tan amplios auxilios quería prestar él mismo y obtener de otros, ahora que se había declarado guerra abierta a los hugonotes. En su carta a la reina había prometido aprestar inmediatamente tres mil soldados de infantería. El 16 de octubre de 1567 escribió al nuncio, que se esforzaría por elevar este número al duplo (2).

El gobierno francés deseaba ante todo auxilios pecuniarios. Rucellai no pedía menos de 300000 escudos. El Papa estaba dispuesto a todo auxilio posible, pero sólo para el caso de que no se volviese a ajustar pronto un convenio con los herejes rebeldes (3).

(1) Cf. Philippson, *La curia romana*, 111 s.; *Corresp. dipl.*, II, 225; *Catena*, 65 s.

(2) V. la \*carta citada abajo, nota 3, que se halla traducida en Philippson, loco cit., 112.

(3) En una instrucción de Bonelli, de 16 de octubre de 1567, a M. de la Torre (per corriere espresso) se dice: Por cartas de Lyon que llegaron el 11, el Papa ha tenido noticia de la general conjuración contra los católicos y el rey; estuvo con grandísima inquietud, hasta que vino el 13 Anibal Rucellai con lettere di loro Maestà, que notificaban la salvación de Carlos IX. A richiesta di esso A. Rucellai havemo concesso che si possino essigere la metà de frutti di tutti i benefici etiandio di cardinali; ne adimandava anchora di potere alienare parte de beni mobili delle chiese, ma ricordandosi che per l'altra resolutione furono alienati in notabile somma è parso di non concederlo se prima non vediamo che S. M. Christ<sup>ma</sup> facci da dovero perchè in tale caso venderessimo anco la propria persona. *Archivio segreto pontificio*, Nunziat. di Francia, 282, p. 4-5; ibid. hay una \*carta de 18 de octubre de 1567, con la que fué enviada la bolla della metà de frutti di tutti i benefici ecc<sup>ci</sup>. En dicha carta se halla esta adición hecha por el mismo Papa: \*V. S. sia ben'avvertita d'intendere se vi fusse speranza d'accordo dico di S. M<sup>ta</sup> con i ribelli et in tale caso ne espidirete un corriero a posta ne gli darete essa bolla; ma quando siate chiaro che si facci da dovero non solo li darete la bolla, ma riscuoterete 25<sup>ma</sup> scudi. Cf. además *Corresp. dipl.*, II, 229 s. Rucellai emprendió la vuelta el 19 de octubre. En Venecia pidió ayuda inútilmente (v. *Corresp. dipl.*, II, 239 s.). Arco notifica en 25 de octubre de 1567, que el Papa había dado a Rucellai una letra de cambio de 50000 escudos, per quanto s'intende.

Le fué a la verdad muy difícil hacerse con el dinero, pues ya había tenido que sacar grandes sumas de su erario para los armamentos contra los turcos (1), y le era muy desagradable imponer tributos a sus súbditos. A pesar de lo cual estaba resuelto a juntar los fondos necesarios y hacer todo lo que estaba en su mano. En los meses de octubre y noviembre procuró reunir dinero por medio de un especial impuesto en los Estados pontificios y con las contribuciones de los monasterios de Italia (2). Al mismo tiempo se esforzaba arduosamente por alcanzar también en otras partes auxilios. Escribió apremiantes cartas al rey Felipe II, al duque de Nevers, Ludovico Gonzaga, que se hallaba en el Piamonte, y al duque Manuel Filiberto de Saboya (3). A Lorena fué enviado como legado especial Piersanti con el encargo de instar el cierre de la frontera contra las tropas del conde palatino calvinista Juan Casimiro, que iban a ayudar a los hugonotes (4). Pedro Donato Cesi, obispo de Narni, se dirigió por encargo del Papa a los gobiernos de los Estados italianos, para exhortarles ahincadamente a que prestasen una pronta y poderosa ayuda. La instrucción que se le dió, pinta la rebelión de los hugonotes, sus sacrilegios y las atrocidades cometidas contra los católicos, el apuro de Carlos IX y el peligro que resultaría de una victoria del calvinismo en el reino de Francia. Dícese en ella que la situación de Francia, rodeada de España, Inglaterra, los Países Bajos, Alemania e Italia, mostraba que allí se habían de decidir los destinos de Europa, no sólo en el concepto religioso, sino también en el político. Que si los calvinistas con sus conatos revolucionarios llegaban a dominar en Francia, la consecuencia sería también una revuelta política en las naciones vecinas. Que de ella estaba amenazada asi-

(1) Cf. el breve a L. Gonzaga de 16 de octubre de 1567, en Goubau, 54 y Laderchi, 1567, n. 139.

(2) V. los \**Avvisi di Roma* de 19 y 25 de octubre, 1.º y 8 de noviembre de 1567, Urb., 1040, p. 452, 454, 458<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Cf. la \*relación de Serristori, de 17 de octubre de 1567, *Archivo público de Florencia*, Medic., 3287.

(3) V. Goubau, 50 s. Cf. Corresp. dipl., II, 243, 252.

(4) Cf. la \**Instructio data d. Petrosancto iur. utr. dr. a S. D. N. ad ill. princip. Carolum ducem Lotharingiae destinato*, fechada en Roma a 8 de noviembre de 1567, *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 398-401 y de nuevo p. 564-567, *Archivo secreto pontificio*. En el dorso de la p. 567 se lee: \**Instruttione consignata a m. Piersanti... a 10 di Novembre 1567*; en la p. 568 hay un \**Aggiunto* que dice, que si el cardenal de Lorena está en lugar cercano, ha de irle a buscar y comunicarle la instrucción. Cf. Laderchi, 1567, n. 156.

mismo Italia, y por eso los Estados italianos tenían la obligación de prestar ayuda en tan importante negocio (1).

Es significativo de la santidad de Pío V el que recurriese también a la oración, publicando un jubileo general el 16 de octubre de 1567 (2). Abriólo en Roma en la última semana de octubre con la celebración de tres grandes procesiones, en las cuales fué él mismo a pie. Estas procesiones salieron de San Pedro, y se dirigieron el primer día a Santa María de la Minerva, el segundo a San Jerónimo de los españoles, y el tercero a San Luis de los franceses (3). Pero además del auxilio espiritual, tampoco descuidó el Papa el temporal, como se ve por las providencias que tomó simultáneamente. Así una congregación de cardenales decretó un impuesto general para todos los Estados pontificios (4). A principios de diciembre se suspendió el pago de los 2000 escudos que se solían dar anualmente a los cardenales necesitados, de lo cual quedaron exceptuados solamente cinco cardenales enteramente pobres (5). De los fondos reunidos con todo apresuramiento asignáronse 25000 escudos a Ludovico Gonzaga, y 10000 al duque de Saboya (6). El nuncio de la Torre había de antemano recibido el encargo de entregar los subsidios pecuniarios al gobierno francés sólo cuando estuviese cierto de que no se trabajaba bajo mano en ajustar un convenio con los hugonotes (7). Esta inquietud, que dominaba al Papa ya en octubre, se acrecentó de tal modo,

(1) V. Catena, 68 s.; Laderchi, 1567, n. 144; Brognoli, II, 39 s., 46 s., 49 s., 54 s. De un modo enteramente semejante al de Pío V juzgaban también el veneciano Correrio (p. 193 s.) y A. Contarini (p. 252) los peligros que había de traer en pos de sí la victoria del calvinismo en Francia. Sobre Cesi v. Garraffi, 298.

(2) V. la bula *In eminenti* en los \**Editti* de la *Bibl. Casanatense de Roma*, p. 222. Cf. Bonanni, I, 301.

(3) V. las \**relaciones* de B. Pía, fechadas en Roma a 19 y 25 de octubre de 1567, *Archivo Gonzaga de Mantua*. En su \**relación* de 1.º de noviembre (ibid.) pone Pía de rcalce la gran participación del pueblo en estas prácticas piadosas. Cf. Gratiani Epist., 313.

(4) Además de la \**relación* de B. Pía, de 1.º de noviembre de 1567 (loco citato), v. el \**Avviso di Roma* del mismo día, Urb., 1040, p. 456<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*, y el breve de 28 de octubre de 1567, a Barthol. Barrottus thesaur., en los \**Editti* de la *Bibl. Casanatense de Roma*, loco cit. Cf. además Gratiani Epist., 312 s., 322 s.; Laderchi, 1567, n. 141.

(5) V. el \**Avviso di Roma* de 6 de diciembre de 1567, Urb., 1040, p. 457<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(6) V. Catena, 65; Goubau, 56.

(7) V. arriba, p. 96.

que escribió al nuncio el 25 de diciembre, que temía una reconciliación del gobierno francés con los rebeldes, porque Catalina de Médicis nunca procedía sinceramente con Dios y la religión católica, y confiaba más en su propia astucia que en el auxilio divino (1). De una manera semejante se juzgaba también en Madrid la situación, como lo notificó Castagna el 21 de diciembre (2).

Cuán justificadas eran las dilaciones de Pío V (3) en entregar los socorros de dinero al gobierno francés, y su desconfianza de la política del mismo (4), se iba a mostrar muy presto. El 23 de marzo de 1568, después de una guerra hecha flojamente, se concluyó en Longjumeau por segunda vez una paz que desaprovechaba una situación militar relativamente favorable (5). Catalina no quería ahora más que antes, una victoria decisiva de los Guisas y del partido católico en general. Siguiendo solamente su propio interés con vista muy limitada, se esforzaba por conseguir cierto equilibrio de los partidos. Por la paz de Longjumeau, ajustada por ella a pesar de la contradicción del nuncio y del embajador español, alcanzaron los hugonotes la renovación del edicto de Amboise tan favorable para ellos, en cambio de lo cual prometieron restituir al

(1) V. las \*instrucciones de Bonelli a M. de la Torre, de 22 de diciembre de 1567, semejantes a las de 18 de octubre de 1567, Nunziat. di Francia, 282, p. 9, *Archivio segreto pontificio*. La instrucción de 25 de diciembre de 1567 se halla traducida en Philippson, La curia romana, 113.

(2) V. Corresp. dipl., II, 279.

(3) Cf. la \*relación de Arco, fechada en Roma a 3 de enero de 1568, *Archivio pubblico de Viena*, y Corresp. dipl., II, 304. El 10 de noviembre de 1567 había escrito Carlos IX desde París al cardenal Ricci: \*Vi prego di fare le più vive istanze presso il S. Padre afin che il soccorso promesso non sia solo in parole, ma in effetto. De un modo semejante escribió también Catalina de Médicis al cardenal Ricci el 10 de noviembre de 1567. Entrambas \*cartas se hallan en el *Archivio Ricci de Roma*.

(4) \*El Papa ha così poca buona opinione del governo delle cose di Francia ch'essendo entrato l'imbasciatore nelle due ultime audienze che ha havute in voler giustificare le actioni et il procedere del Re et della Regina con lunghe et spetiose parole S.<sup>ta</sup> non gli ha dato mai altra risposta se non che ha sorriso sempre. El Papa deniega una pequeña gracia para la hermana del rey. L'imbasciatore sta mezzo disperato (relación de Cipriano Saracinello al cardenal Farnesio, escrita desde Roma el 6 de marzo de 1567, *Archivio pubblico de Nápoles*, C. Farnes., 763). Cf. Corresp. dipl., II, 309, 326.

(5) La noticia oficial de la paz, que el 11 de abril no se había recibido todavía (v. Gratiani Epist., 382), llegó la noche siguiente; v. Firmano, \*Diario, XII, 31, al 12 de abril de 1567, *Archivio segreto pontificio*. Sobre el dolor y los temores del Papa respecto a una posible irrupción de los hugonotes en Italia v. Colec. de docum. inéd., XCVII, 426; Corresp. dipl., II, 337 s., 351.

rey las ciudades que tenían en su poder. Con todo, esta condición no se cumplió. Tampoco pensaban los hugonotes en renunciar a sus relaciones con Inglaterra y los rebeldes de los Países Bajos. Por otra parte también el gobierno real quebrantó muchas veces la nueva paz. Pudo hacerlo, porque era apoyado por la opinión pública. Pues los hugonotes con su rebelión y sus constantes violencias habían irritado de tal manera contra sí la masa de la población, que al fin los partidarios del protestantismo en Francia disminuyeron en número visiblemente, al paso que los católicos se levantaron para oponer una vigorosa resistencia. Como ya desde 1562 a 1563 y en 1567, se formaron ahora también otras ligas de la nobleza y del clero para la conservación de la religión católica (1).

Pero fué decisivo el que Catalina de Médicis y Carlos IX, que no habían olvidado la sorpresa de septiembre de 1567, se declarasen ahora contra los hugonotes con inequívoca hostilidad. El cardenal Guisa volvió a obtener influencia, y el canciller L'Hôpital al contrario, el perpetuo abogado de un acomodamiento, fué despedido (2). Su caída tenía conexión con las condiciones que puso Pío V para permitir la enajenación de bienes eclesiásticos, la cual había alcanzado el gobierno francés por medio de Aníbal Rucellai y Carlos d'Angennes, obispo de Mans, sucesor de Tournón en la embajada de Roma. Pues cuando el Papa por bula de 1.º de agosto de 1568 accedió a semejante enajenación hasta el importe anual de 150000 francos, determinó que este dinero no se emplease sino para la defensa del rey y de la religión católica y hasta su uso efectivo quedase depositado en una persona de confianza (3).

El nuevo rompimiento de las hostilidades efectuóse ya en agosto con la tentativa de prender violentamente a Condé y

(1) V. Serment des associés de la ligue chrestienne et royale de la Champagne de 25 de enero de 1568, en el Journal de Henry III, tomo III (1744), 31. Cf. Capefigue, Ligue, II, 374 s.; Philippson en la Historia universal de Flathe, VII, 372; Ranke, Historia de Francia, I, 276 s.; Lavissee-Mariéjol, VI, 1, 101 s.; Thompson, 354 s. (cf. 212 s. y 352 s. sobre las anteriores confederaciones de este género, que fueron precursoras de la liga).

(2) Cf. Anquetil, 183 s.; d'Aumale, Hist. des princes de Condé, II, Pièces et docum., 349 s.; Segesser, Pfyffer, I, 499 s.

(3) Cf. Legaz. di Serristori, 451 s. y Charrière, III, 34. La bula de 1.º de agosto de 1568 puede verse en Laderchi, 1568, n. 165. La partida de Rucellai de Roma la notifica un \* Aviso di Roma de 17 de julio de 1568, Urb., 1040, p. 549, *Biblioteca Vatic.* Sobre sus negociaciones v. los \* documentos del *Archivo secreto pontificio* que están en los núms. 4-5 del apéndice.

Coligny en Noyers, donde procuraban formar un centro de poder protestante para alargar la mano al príncipe de Orange. Ambos escaparon a la fortaleza de La Rochela y juntaron allí un numeroso ejército. En favor de ellos se levantaron al punto en muchas provincias los hugonotes. La corte contestó a esto con el edicto de septiembre que ordenaba lo siguiente: Después que todos los favores otorgados a los hugonotes nada han aprovechado, se prohíbe en adelante todo culto no católico, so pena de muerte y confiscación de bienes; a los predicantes del protestantismo se les da un plazo de quince días para salir de Francia (1).

El gozo de Pío V por esta actitud resuelta fué tanto mayor, cuanto la debilidad del gobierno francés en la paz de Longjumeau apenas dejaba esperar ya semejante mudanza (2). El obispo de Cajazzo, Fabio Mirto Frangipani, que debía sustituir a de la Torre en la nunciatura, fué encargado de llevar la bula de 1.º de agosto de 1568 (3).

La tercera guerra civil y religiosa (4), que fué hecha por *ambas* partes con grandísima crueldad y coraje (5), transcurrió en su primera parte sin ninguna notable acción de guerra, pues los ejércitos enemigos eran casi iguales en número y cada uno sólo quería empeñar la batalla decisiva en una posición que le fuese favorable. La situación de los hugonotes mejoró presto por los socorros que les llevaron. Isabel de Inglaterra envió copioso dinero y buques de guerra, y cerca del Rin juntó el conde palatino Wolfgang de Zweibrücken un poderoso ejército auxiliar. A pesar de lo cual y del apuro en que se hallaba el gobierno francés, por el gran temor que de continuo tenía a la preponderancia de Felipe II no quiso aceptar socorros españoles sino en limitada medida. En cambio, además de los diez mil suizos que estaban a su sueldo, consiguió todavía la ayuda de cinco mil jinetes alemanes (6).

(1) V. Serrano, IX, 222; Thuanus, l. 44; Thompson, 366.

(2) Cf. Legaz. di Serristori, 448 s.; Tiépolo, 188.

(3) V. Laderchi, 1568, n. 166. El \*breve de recomendación de Frangipani para Cosme I, a quien debía visitar, con fecha de 2 de agosto de 1568, se halla en el *Archivo público de Florencia*. El \*breve sobre el llamamiento a Roma de Torre, con fecha de 12 de agosto de 1568, está en el Arm. 44, t. XIII, p. 247<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. la circunstanciada exposición de Gigón, *La troisième guerre de religion*, París, 1911. Cf. también Mél. d'archéol., XXXIII, 245 s.

(5) Cf. Anquetil, 223 s.

(6) V. Segesser, Pfyffer, I, 529 s., 548 s. Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 292 s.

A fines de enero de 1569 se renovó la guerra por Enrique de Anjou y el mariscal de Tavannes, después de una breve interrupción que impuso el extraordinario frío del invierno. Cuánta importancia tenía su éxito, por ventura nadie lo conocía tan claramente como Pío V; con todo anduvo precavido en prestar sus auxilios, después de la experiencia que había adquirido, del gobierno francés. Los dineros, cuya recaudación le costó gran trabajo (1), se debían también emplear efectivamente en la guerra (2), no, como antes, en otros fines. Demás de esto se formó un cuerpo auxiliar para Francia (3). Y el Papa no desistió de armarlo convenientemente aun cuando un correo le anunció la victoria ganada por los católicos en Jarnac el 13 de marzo (4). Las tropas auxiliares, según su juicio, debían dirigirse ahora contra el duque de Zweibrücken (5). Fué nombrado general de ellas el joven conde Sforza de Santa Flora. Eran cuatro mil soldados de infantería y quinientos jinetes (6). A mediados de abril, después que el duque

(1) Cf. el \*Avviso di Roma de 4 de septiembre de 1568, Urb., 1040, p. 574, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. Legaz. di Serristori, 454 y Correro, 208. Un \*Avviso di Roma de 6 de noviembre de 1568 notifica el envío de 100000 escudos a Francia (Urb., 1040, p. 597<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*). Otros 50000 fueron sacados del tesoro del castillo de San Angel a fines de febrero de 1569, para el sueldo del cuerpo auxiliar (ibid.). Cf. el facsímile del mandato pontificio en Lichatschev, Una carta del Papa Pío V al zar Iván el Terrible, San Petersburgo, 1906 (en lengua rusa), lámina 5. Sobre la continua desconfianza de Pío V v. Charrière, III, 35, nota.

(3) Además de la \*relación de Cusano, de 22 de enero de 1569 (*Archivio pubblico de Viena*), v. los \*Avvisi di Roma de 1.º y 29 de enero, 5 y 26 de febrero de 1569, Urb., 1041, p. 1<sup>b</sup>, 11, 18<sup>b</sup>, 22, *Biblioteca Vatic.* Cf. también la carta de Pío V, de 30 de enero de 1569, en Lichatschev, loco cit., lámina 12.

(4) La noticia llegó a Roma el 27 de marzo hora 17; v. Firmano, \*Diarrio, XII, 32, p. 79<sup>b</sup>; ibid., p. 81, se hallan las Orationes dictae pro gratiarum actione pro victoria regis Franciae (*Archivio secreto pontificio*). Cf. Laderchi, 1569, n. 102; Charrière, III, 43. V. también la \*relación de B. Pia, fechada en Roma a 1.º de abril de 1569, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Sobre la batalla de Jarnac v. Whitehead, G. de Coligny, 204 s., y la monografía de Gigón en el Bulletin de la Soc. hist. de la Charente, 1896.

(5) V. el \*Avviso di Roma de 2 de abril de 1569, Urb., 1041, p. 49<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*, y Lettres de Cath. de Médicis, III, 232. Cf. también la carta de M. Soriano, de 2 de abril de 1569, quien menciona el rumor de que Pío V pensaba en una empresa contra Ginebra (Cramer, II, 223). Por abril de 1569 recibió Anjou una espada bendecida que le envió el Papa; v. Lettres de Cath. de Médicis, X, 254.

(6) V. Corresp. dipl., III, 38 (donde hay que corregir 1568 por 1569) y el \*Avviso di Roma de 26 de febrero de 1569, Urb., 1041, p. 22, *Biblioteca Vatic.* Por qué se dilató el envío de las tropas, consta por una \*carta ex vrbe

de Saboya hubo permitido el paso por sus tierras, mandó Pío V su marcha acelerada (1). En Toscana se les debían juntar todavía mil soldados de infantería y cien jinetes que aprontó Cosme I a petición del Papa (2).

Entre tanto el 23 de abril llegaron doce estandartes de caballería hugonotes, tomados al enemigo en Jarnac, entre ellos dos blancos de Condé y Navarra. Pío V rodeado de todo el colegio cardenalicio recibió estos trofeos en la Sala de Constantino. Entre lágrimas de alegría declaró que este regalo del rey cristianísimo era el más valioso que había podido hacer a la religión, a la Santa Sede y a él personalmente; que rogaba a Dios que pronto pudiesen ser enviadas también las demás banderas y todos los enemigos de su majestad fuesen reducidos a la obediencia y a la fe católica. Las banderas fueron luego llevadas a San Pedro, donde el patriarca de Jerusalén después de un tedéum las hizo colocar en la nueva capilla de los reyes de Francia (3).

Ya a la primera noticia de la victoria de Jarnac había Pío V dado el parabién al monarca francés, y excitándole a que tomase ahora también los lugares fuertes del reino de Navarra, y continuase la lucha hasta el aniquilamiento de los hugonotes. Decíase en la carta, que debía extirpar las raíces y aun las raicillas más

5 Martii 1569: Expectatur adhuc responsio ducis Mantuae et gubernatoris Mediolanensis status circa concessionem loci in quo milites mittendi in Galliam congregari debeant, qua habita mox sonabunt timpanae. *Archivo de Wittin-gau*, Hist., 4751.

(1) V. el \*Avviso di Roma de 16 de abril de 1569, Urb., 1041, p. 54, *Biblioteca Vatic.* Un breve de 6 de marzo de 1569 había anunciado a Carlos IX el envío del cuerpo auxiliar, y exhortándole al más riguroso castigo de los hugonotes. Después de recibido el mensaje de la victoria, se expidieron en 28 de marzo nuevos breves de semejante contenido a Carlos IX y Catalina (en Goubau, 151 s.), y además también otros \*breves para duci Andegav. y duci Nivern. (Arm. 44, t. XIV, p. 48<sup>b</sup>-49, *Archivo secreto pontificio*); a los cuales siguieron en 13 de abril los breves para Catalina, Enrique de Anjou, el cardenal de Lorena, Carlos IX (en Goubau, 156 s.) y diversos grandes que tuvieron parte en la victoria. Estos últimos \*breves todavía inéditos se hallan en el Arm. 44, t. XIV, p. 60 ss., *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Adriani, XX, 4; Palandri, 120.

(3) Además de Firmano en Bonanni, I, 302 y en Lämmer, Para la historia ecles., 142, v. las relaciones del embajador francés en Charrière, III, 44 s., Zúñiga en la Corresp. dipl., III, 61 s., los dos \*Avvisi di Roma de 23 de abril de 1569 (Urb., 1041, p. 60<sup>b</sup>, 66<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*, donde hay una lista de las insegue tomadas al enemigo) y la \*carta de Cusano de 23 de abril de 1569, *Archivo público de Viena*.



pequeñas del mal. Parecidas exhortaciones a combatir paladina y abiertamente al enemigo hasta aniquilarlo, recibieron Catalina de Médicis, los dos Guisas, el duque de Montpensier y el duque de Nevers (1). Después que hubieron llegado por medio del nuncio noticias más exactas sobre la batalla (2), se enviaron nuevas cartas el 13 de abril a Carlos IX, Catalina de Médicis, Enrique de Anjou, a los dos Guisas y al duque de Montpensier (3). En ellas se exhortaba a ejecutar un severo castigo aun en los rebeldes y herejes prisioneros y proseguir hasta su completo aniquilamiento. Repetidamente se reitera en estas cartas la amonestación de no seguir el ejemplo de Saúl, que a pesar del mandato divino perdonó al rey de los amalecitas y por eso fué privado por Samuel de su reino y últimamente de su vida (4).

Se ve con qué acerbidad se peleaba; por ambas partes se hacía una guerra sin cuartel (5). En Roma se temió repetidas veces seriamente que los hugonotes se volvieran contra Italia (6). A esto

(1) V. Goubau, 151 s., 154; Laderchi, 1569, n. 103 s. Cf. además la disertación de Türke, 17.

(2) V. la relación del nuncio en Brognoli, II, 60 s., donde con todo está la fecha equivocada.

(3) V. Goubau, 156 s.; Laderchi, 1569, n. 110 s.

(4) V. los pasajes publicados por Goubau, 152 ss., 157 ss., 168.

(5) V. Catena, 75. Cf. Ranke. Los Papas, II<sup>8</sup>, 43.

(6) El temor de una irrupción de los hugonotes en Italia era muy grande, singularmente en la primavera de 1568. Arco \*notificó el 13 de marzo de 1568, que como después de una nueva paz con los hugonotes podrían éstos volverse contra Roma, se pensaba en la terminación de las fortificaciones del castillo de San Angel y del Borgo (*Archivopúblico de Viena*). Cf. además la relación de Arco, de 20 de marzo de 1568, en Schwarz, Correspondencia, 105, la carta de Zúñiga, de 7 de abril de 1568, en la Corresp. dipl., II, 337, y la relación de B. Concini, escrita desde Roma a 11 de abril de 1568, en Palandri, 117 ss. Ya antes habían estado angustiados en Roma por otros planes de los hugonotes. Un \*Avviso di Roma de 10 de enero de 1566 refiere la captura de dos hugonotes, que confesaron en el tormento, que habían querido dar muerte al Papa (Urb., 1040, p. 167, *Biblioteca Vatic.*). Por marzo de 1568 fué de nuevo advertido Pío V de una conjuración de los hugonotes (v. Corresp. dipl., II, 316). Un \*Avviso di Roma de 1.º de enero de 1569 notifica que en el Casaletto, la villa de Pío V, había sido detenido un forajido con dos arcabuces, y que se creía que esto era una conspiración de los hugonotes (Urb., 1041, p. 1, *Biblioteca Vatic.*). También del mozo de tahona, que quería procurarse ganancias, dándose por hijo de Pío V, se creyó que había sido sobornado por los hugonotes. El mozo de tahona quedó convicto de la calumnia, y fué condenado a galeras perpetuas (v. Catena, 139 ss. y los Ricordi di Filippo Eduardo Fugger, tirada aparte de un artículo del Archivio storico Italiano, 5.ª serie, XLII, 10). Acerca de los temores que tenían en Roma por el verano de 1568, de que los hugono-

se añadió la indignación por los sacrilegios y crueldades que cometían en todas partes los secuaces de Calvino, destruyendo, donde conseguían el poder, imágenes, crucifijos, altares, iglesias y monasterios, hasta sacando con violencia los cadáveres de las sepulturas y matando con exquisita crueldad a sacerdotes, religiosos y aun a indefensas monjas (1).

El cuerpo auxiliar pontificio se había unido con el ejército florentino en la comarca de Massa el 14 de mayo de 1569, y luego había emprendido por Turín la marcha hasta Lyon. Llegó a esta ciudad el 2 de junio. Ya el 4 siguió adelante; pero las tropas avanzaban despacio, pues en el país esquilado por la guerra había falta de vituallas; presto las enfermedades aflojaron la disciplina, y los enemigos no parecían al principio por ninguna parte (2). Después que el cuerpo auxiliar hubo alcanzado en agosto al ejército real cerca de Tours, tuvo parte con buen éxito en la defensa de Poitiers, y el 3 de octubre en la batalla decisiva de Moncontour. La gran pelea, en que se señalaron especialmente las tropas pontificias y florentinas, terminó con una completa derrota de los hugonotes, los cuales dejaron en el campo de batalla cerca de 10000 muertos (3).

Pío V que tenía fija la atención en la guerra de Francia con

tes fraguasen conspiraciones en Italia, v. Corresp. dipl., II, 367 s., 369, 374, 376, 379, 392, 411. Que los mismos hugonotes se gloriaban de tener relaciones en Italia, lo dice expresamente Correro (p. 194). A. Zibramonti \*refiere en 13 de enero de 1571, que los Ribelli di Montorio estaban en relación con los hugonotes. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) En los breves a Enrique de Anjou, al cardenal Borbón y a Carlos IX (Goubau, 160, 163, 166), hace Pío V expresa referencia a semejantes atrocidades. Sobre éstas mismas cf. Gratiani Epist., 314, 332, 357; Picot, I, 15 ss.; Gaudencio, 108 ss., 119 ss.

(2) Las noticias que trae Fouqueray, I, 625 s., procedentes de las cartas de los jesuitas que acompañaban a las tropas como capellanes castrenses, son sustancialmente completadas por la \*Narratione della guerra di Francia, 1569, todavía no utilizada hasta ahora, que se halla en el Barb. 5040, p. 77 s., donde a modo de diario se describe el curso de la expedición del cuerpo auxiliar. El mismo manuscrito contiene, p. 1 s. y 15 s., dos \*Vite di Sforza conte di S. Fiora. *Biblioteca Vatic.*

(3) V. Davila, l. 5; Thuanus, l. 45; Segesser, Pfyffer, I, 580 s., 585 s.; Thompson, 388 s. Sobre el comportamiento de los italianos, además de Adriani, XX, 4, v. Petrucci en Desjardins, III, 603 y Amodei en Fouqueray, I, 627; v. también Sereno, 45. De Faenza se había señalado Guzzo di Guzzi; v. Bernardino Azzurini, \*Libro de fatti moderni occorsi nella città di Faenza dal 1546, *Bibl. de Faenza*.

tanto mayor solicitud (1), cuanto que también Aviñón estaba amenazada por los hugonotes (2) y temía de nuevo que la corte francesa mudase la dirección de su conducta (3), respiró cuando llegaron a Roma las primeras nuevas de la brillante victoria. Al principio no se quería creer la noticia, pero ulteriores relaciones la confirmaron. El 17 de octubre de 1569 arribó un secretario del nuncio con exactos informes. El Papa se dirigió por ello con los cardenales a San Pedro para dar gracias a Dios. Durante tres días hizo repicar todas las campanas de Roma, desde el castillo de San Angel tronaban los cañones y en todas partes llameaban fogatas en señal de alegría. El 22 de octubre se dirigió una solemne procesión desde Santa María de la Minerva hacia Santa María la Mayor, el 23 desde Araceli hacia San Juan de Letrán, y el 24 desde San Pedro hacia San Luis de los franceses (4). Como testigos fehacientes de la eficacia de la oración de Pío V (5) y de la valentía de sus soldados, llegaron todavía treinta y siete estandartes tomados a los hugonotes; fueron colocados en Letrán y debajo

(1) Cf. Charrière, III, 48 s., 50 s.; Corresp. dipl., III, 139.

(2) La solicitud por Aviñón, que ya había ocupado vivamente al Papa en los años anteriores (v. Laderchi, 1568, n. 171), se aumentó en 1569 (v. ibid., 1569, n. 176 s.). Santa Flora; en su \*instrucción de 9 de marzo de 1569, recibió el especial encargo de tener cuidado de Aviñón. En un \*breve a *communitatibus comit. Venaissini*, fechado a 2 de mayo de 1569, se exhorta a la constancia en la fe católica; se les dice, que su fidelidad había sido probada como oro en el crisol, pero que las asechanzas eran grandes; y que por eso habían de cuidar de que no penetrase la herejía. Siempre pensamos en la salud de vuestras almas y rogamos a Dios por vosotros. Arm. 44, t. XIV, p. 88, *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. la relación de A. Médicis, escrita desde Roma el 3 de agosto de 1569, en Palandri, 121. Por ella se explican los breves de 1.º de agosto de 1569, publicados por Laderchi, 1569, n. 145 s., en los que se deniegan más auxilios.

(4) V. la \*carta de A. Médicis, fechada en Roma a 18 de octubre de 1569, *Archivio público de Florencia*, y las \*relaciones de B. Pía, fechadas en Roma a 17, 18, 22 y 29 de octubre de 1569, *Archivio Gonsaga de Mantua*. En la relación de 18 de octubre se dice: \**L'allegrezza in che S. Stà si trova è tale che confessa di non haverla mai più havuto simile et tutta questa corte giubila*. Cf. además Firmano en Laderchi, 1569, n. 166; Bonanni, I, 302; Corresp. dipl., III, 175 s. y los \**Avvisi di Roma* de 19 y 22 de octubre de 1569, Urb., 1041, p. 167 y 179, *Biblioteca Vatic.* La derrota de los hugonotes fué también celebrada en otras partes, por ejemplo, en Venecia; v. la carta que se halla en el escrito gratulatorio de Breslau para la universidad de Basilea (1860), p. 11.

(5) El Papa, refiere un \**Avviso di Roma* de 23 de julio de 1569, desde hace algunos días, después de la misa reza especiales oraciones por Francia. Urb., 1041, p. 118, *Biblioteca Vatic.*

de ellos se fijó en el muro una lápida de mármol con una inscripción conmemorativa (1).

En la carta gratulatoria que Pío V envió a Carlos IX el 20 de octubre de 1569, le advertía que no volviese a dar ahora lugar a una falsa compasión ni se ladease a una y otra parte; pues nada había más cruel que usar de compasión con los impíos y los que habían merecido la pena de muerte. El 5 de noviembre el Papa volvió a dar el parabién al rey y le concedió dispensa para su matrimonio con la hija de Maximiliano II (2). También tuvo ahora por llegada la ocasión de inducir a Carlos IX a que no se interesase en adelante por los obispos herejes de Chartres, Valence y Lescar, sino designase para sus sedes a varones de indudable ortodoxia. Con todo, esta exhortación no surtió efecto (3).

Cuán poco pensaba el gobierno francés en una eficaz prosecución de las victorias conseguidas, se había ya mostrado después de la batalla de Jarnac. Dejó pasar asimismo la gran jornada de Moncontour sin sacar de ella utilidad ninguna. Cuando los representantes de Pío V instaron a la reina madre a que se aprovecharan las favorables circunstancias, recibieron por respuesta, que su hijo tenía la edad suficiente para no necesitar consejos de príncipes extranjeros (4).

(1) V. el *Avviso di Roma* de 7 de enero de 1570 en Lanciani, IV, 28. Cf. Firmano en Laderchi, 1570, n. 165 s. y Bonanni, I, 302; Catena, 74 s.; Forcella, VIII, 37. La inscripción, que se conserva aún actualmente, puede verse en Spezi, 78. De las banderas se halla todavía una en el crucero de la basílica. Cf. C. Maes, *Le bandiere degli Ugonotti a S. Giovanni in Laterano*, Roma, 1885.

(2) V. el texto en Goubau, 240 ss., 247 s. Un \*breve de 7 de noviembre para el duque de Anjou es la respuesta a su parabién por la victoria. Otro \*breve de 9 de noviembre alaba al duque de Guisa por su valor contra los hugonotes que sitiaban a Poitiers, y le exhorta a continuar. Una \*exhortación semejante es dirigida el mismo día al arzobispo de Sens, Nicolás de Pellevé, cuyo celo y prudencia en aconsejar al rey durante la guerra, son elogiados. Arm. 44, t. XIV, p. 283b-285, *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. el \*breve de 19 de noviembre de 1569 en el n.º 6 del apéndice, *Archivio segreto pontificio*.

(4) Quando dopo la battaglia ultima di Moncontour essendo il tempo apparito proprio del venire a dar castigo a chi lo meritava, come ricordavano li ministri di N. Sre per parte sua che era tempo di fare et ne mostravano il modo, fu risposto loro dalla Reina propria con parole assai espresse, come il Re si ritrovava in età d'autorità et con forze et prudentia di sapere governare lo stato suo da se senza havere a pigliare consiglio ne legge da principi esterni, onde meritamente da quel tempo in qua è parso a S. S<sup>ta</sup> di volere andare un poco più consideratamente non giudicando che se li convenisse di doversi ingerire in cosa di altri più oltre di quel che fosse grato alli padroni. Así Frangipani en la memoria citada más abajo, 115, nota 1.

Mas ¿qué hizo Carlos IX cuando varios de sus propios consejeros le recomendaban guerrear vigorosamente después de la victoria de Moncontour? Envidioso de su hermano Anjou, que había tenido el mando supremo en esta acción, se decidió por la guerra de sitios, en vez de aniquilar completamente los restos del ejército de Coligny, y disolvió su ejército luego que se le rindió Saint-Jean-d'Angely el 3 de diciembre (1). Las tropas italianas, que desde el comienzo padecían mucho de la envidia de los franceses (2) y se habían quedado muy debilitadas por las luchas y por las enfermedades, fueron llamadas por Pío V hacia fines de octubre, pero ya antes se volvieron a su patria (3). Carlos IX no podía

(1) V. Segesser, Pfyffer, I, 607.

(2) V. la relación de Petrucci en Desjardins, III, 601.

(3) \*El conde de Santa Flora había enviado el 6 de octubre un mensajero a Carlos IX, que le rogara en su nombre, dejara ahora después de la victoria, retirarse las tropas a su país. El rey quería retenerlas todavía, en vista de lo cual Santa Flora le representó personalmente, que el cuerpo auxiliar se veía forzado a volver a su patria, por los casos de muerte y enfermedades que sobrevenían. Carlos IX expresó en esta ocasión la esperanza de recibir más auxilios del Papa, reconociendo al mismo tiempo que el cuerpo auxiliar le había sido de mucha utilidad. Santa Flora que estaba con calenturas, se despidió ahora malissimo sodisfatto della natura de' Francesi, onde dipoi diceva spesso che mai più tornarebbe in Francia con gente, perche il proceder de' Francesi è stravagante tanto in le osservazioni militari, che conosceva che l'huomo che li serve corre del continuo grosso pericolo in la dignità et in l'honore, perche, se le cose succedono bene, vogliono esser stati loro li esecutori, et se male, ogni cosa buttano volentieri adosso al compagno, et in somma guerreggiano di maniera, almeno di presente, che del continuo si sta più per perdere che guadagnare; et se l'ammiraglio fosse stato soldato di altra natione che francese, Dio sa come le cose fossero passate... Quando il sigr conte si cognobbe in stato col male che non posseva caminar con la gente, ordinò al vescovo di Fermo commissario generale che, condotta la gente a Lione, la pagasse del mese di novembre, et in tanto desse aviso al Papa per corrier proprio in diligenza [di] quanto che passava, et chiedesse ordine a Sua St<sup>a</sup> di quel che s'havesse per l'inzani da far con la gente, la qual si condurrebbe per il Delfinato alle spese del re. Ma inteso poi il sigr conte dal detto suo segretario come il Papa intendeva pagar la gente sino fosse condotta in Italia, scrisse al vescovo non ispedisse più al Papa, et che lo attendesse in Lione et sollecitasse il far pagar la gente di già condotta in Lione, dove ne moriva assai et di dove ne partiva assai per la strada diritta della Savoia, non curando d'aspettar paga alcuna: talmente a molti era venuto a noia il tardar più in quelle bande, dove non si vedeva che mallatia e morte. Santa Flora, por su enfermedad, no pudo cumplir el mandato de proteger a Aviñón. El último día de febrero de 1570 dió cuenta verbalmente a Pío V de cuanto le había acaecido en su expedición. Todos estos datos, hasta ahora desconocidos, los tomo de la \*Narratione della guerra di Francia, que se halla en el Barb. 5040, p. 167 ss., *Biblioteca Vatic.* Por la relación que trae Fouqueray, I, 627 s.,

esperar nuevos auxilios. El nuncio Frangipani dice en su memoria, que después de aquella respuesta de Catalina de Médicis el Papa había tenido que tomar una actitud reservada; que muchos le habían ya antes declarado, que los auxilios en tropas y dinero empleados en favor de Francia, se echaban a la calle (1). Mientras los Guisas y Tavannes se retiraban de la corte y del ejército, volvían a adquirir influencia «los sagaces y fríos políticos, que sin principios ni convicciones vivían sólo para la conveniencia del momento presente» (2). Por su mediación, ya a fines del año 1569, se hicieron proposiciones de paz en La Rochela. Los católicos quedaron de nuevo en peligro de ver sacrificados sus intereses a una ventaja del momento sin fianza ninguna para lo por venir. La corte real creyó al principio tener en sus manos las condiciones de la paz, pues todavía producía su efecto la batalla de Moncontour y los hugonotes no tenían entonces que esperar gran cosa de los países extranjeros. Principalmente esto era verdad respecto a Alemania, donde sólo los reformados estaban por una intervención armada, al paso que los luteranos se retraían. En algunos sitios, como, por ejemplo, en la Sajonia de la dinastía Ernestina, el pueblo oía predicar desde los púlpitos luteranos, que los hugonotes, así como los mendigos flamencos, eran rebeldes, sacramentarios e iconoclastas, a los que se debía exterminar (3).

Cuando corrió el rumor cada vez más determinado de una inminente paz, dirigióse el Papa al mismo rey en una carta de 29 de enero de 1570. «La obligación de nuestro cargo, se dice en ella, y nuestra paternal solicitud no nos permiten dejar de llamar la atención de vuestra majestad; considere bien y reflexione lo que va a hacer. Si Nos viésemos que entre vuestra majestad y sus enemigos pudiera alguna vez subsistir una paz que o favoreciese a la causa de la religión católica, o de alguna manera ofreciese quietud al país, agotado por largas guerras, no olvidaríamos ciertamente el cargo de que hemos sido investidos, ni desconoceríamos nuestro deber hasta el punto de que no

se puede ver cómo el Papa tuvo cuidado de la vuelta a Italia de las tropas, y cómo los jesuitas atendieron a los enfermos que quedaron en Lyon. Según Adriani, XX, 4, sólo una tercera parte del cuerpo auxiliar volvió a su patria.

(1) Cf. la memoria arriba citada.

(2) Juicio de Baumgarten, La noche de San Bartolomé, 26.

(3) Así lo refiere Guillermo de Orange a Juan de Nassau en 29 de diciembre de 1569. Groen v. Prinsterer, III, 334; Soldan, I, 380.

hiciésemos valer todo[nuestro celo y toda nuestra autoridad, para lograr que la paz se ajustase lo más presto posible. Pero como sabemos personalmente, y como también lo ha experimentado ya mil veces vuestra majestad, que no puede haber concordia ninguna entre la luz y las tinieblas, que aquí no es posible ningún convenio sino tal que no sea más que aparente y lleno de lazos, hemos de temblar necesariamente por vuestra persona, así como por el bien común de la sociedad cristiana y la conservación de la fe católica.» Cartas semejantes se escribieron a Catalina de Médicis y a Enrique de Anjou (1).

Para no dejar nada sin intentar, Pío V, en abril de 1570, envió al hijo predilecto de la reina de Francia, Enrique de Anjou, por el conde Jerónimo de Rozdradow el sombrero y espada bendecidos en la dominica Laetare (2). Rozdradow recibió el encargo de expresar, solo o junto con el nuncio, el dolor del Papa por estarse negociando sin cesar sobre una paz con aquellos que abiertamente se levantaron contra Dios y la corona de Francia. Había de indicar que si el rey quería partir su reino con los rebeldes, se exponía a la ruina y al desprecio de su persona. Finalmente, Rozdradow debía disuadir de toda alianza con los turcos, y recordar al rey los deberes que le incumbían en la provisión de los obispados (3).

Cuando a fines de abril se dijo que estaba ya ajustada la paz con los hugonotes, Pío V dirigió de nuevo una severa carta al rey y le previno contra los malos consejeros (4). Breves de igual contenido recibieron Catalina de Médicis y los cardenales Guisa y Borbón (5).

Todos estos pasos fueron tan inútiles como los que dió en la misma dirección Felipe II. La corte francesa perseveraba en el

(1) V. Goubau, 266 ss., 269 s., 272 s.; Laderchi, 1570, n. 168 s. Sobre cómo Catalina procuró tranquilizar al Papa, cf. *Lettres de Cath. de Médicis*, III, 306 s.

(2) V. el \*breve a Enrique de Anjou, de 30 de marzo de 1570, Arm. 44, t. XV, p. 50, *Archivo secreto pontificio*; *ibid.*, p. 48<sup>b</sup>-49<sup>b</sup> se hallan los \*breves correspondientes a Carlos IX y Catalina de Médicis, del mismo día. Cf. Gratiani Epist., 459. Sobre J. Rozdradow (idéntico a Rasdrakhoff que se lee en Schwarz, Correspondencia, 77) v. Jungnitz, M. Gerstmann, Berlín, 1898, 41 ss., 60 s., 65; Canisii Epist., VI, 367.

(3) \*Instruttione per Francia al conte Hieronimo Rosreshof [sic] a 27 di Marzo, 1570, Varia polit., 81 (ahora 82), p. 463 ss., *Archivo secreto pontificio*.

(4) Breve de 23 de abril de 1570, en Goubau, 274 s. y Laderchi, 1570, n. 177.

(5) \*Todos llevan la fecha de 23 de abril. Arm. 44, t. XV, p. 94<sup>b</sup>, 96<sup>b</sup>, 98, *Archivo secreto pontificio*.

camino una vez tomado, pues no sólo la falta de dinero y la situación militar que se había hecho desfavorable, aconsejaban la paz, aun con indignas condiciones, sino también semejante convenio era el único terreno apropiado para la política de transacciones que Catalina de Médicis continuaba como antes prefiriendo. A esto se añadía su antiguo temor al rey de España, que tanto se interesaba por los católicos franceses, a quien sería provechosa la continuación de la guerra. Si la conclusión de la paz se retardó aún mucho tiempo, esto dependió de que los hugonotes se retraían con tanto mayor tenacidad, cuanto más impaciente estaba la corte (1).

El 8 de agosto de 1570 Carlos IX depuso las armas ante sus enemigos en Saint-Germain. Las condiciones de esta paz fueron para los hugonotes más favorables que nunca. Consiguieron completa amnistía y libertad de conciencia, ejercicio de su culto sin obstáculo ninguno en los territorios de los nobles y en cierto número de ciudades, excepto París y el lugar donde residiese la corte; además la entrada en todos los cargos públicos, así como el derecho de recusar seis jueces en todo Parlamento; finalmente por dos años cuatro plazas de seguridad: La Rochela, La Charité, Montauban y Cognac. Por tanto se creaba un Estado formal en el Estado (2). En un artículo secreto prometió Carlos IX además una compensación por los dos millones de libras que los hugonotes habían gastado para sus mercenarios de Inglaterra y Alemania (3)

Pío V estaba persuadido de que esta «vergonzosa paz dictada al monarca francés por los enemigos de Dios vencidos», había de provocar en Francia una perturbación todavía mayor que antes (4).

(1) V. Baumgarten, *La noche de San Bartolomé*, 16.

(2) V. Soldan, I, 396 ss.

(3) Kervyn de Lettenhove, II, 209. Lo ignominioso de esta paz lo pinta bien A. Contarini (p. 249 ss.). Cf. los juicios de los nuncios francés y alemán en la *Corresp. dipl.*, IV, 4, nota 1.

(4) Además de la \*instrucción para Bramante (abajo, p. 113, nota 1) y *Lettres de Cath. de Médicis*, III, 330, nota, cf. también en Goubau, 276 ss., 282 ss., los breves a los cardenales Guisa y Borbón, de 14 de agosto y 23 de septiembre de 1570, en que el Papa expresa sus quejas. V. además el \*breve al cardenal Guisa, de 11 de septiembre de 1570, Arm. 44, t. XV, p. 212b, *Archivo secreto pontificio*; ibid. hay \*cartas semejantes de 23 de septiembre de 1570, a los cardenales Strozzi, Pellevé y Armagnac. Cusano \*refiere en 8 de noviembre de 1570, cuánto deploraba el Papa la paz como damnosa et vituperosa para Carlos IX. *Archivo público de Viena*.



Su dolor fué tanto más intenso, cuanto entonces tuvo también por amenazada a Aviñón (1). Se encargó al nuncio que presentase decididamente sus reparos (2). Fuera de esto resolvió Pío V enviar al punto con todo secreto un legado a Francia en la persona del notario pontificio Francisco Bramante, quien debía procurar hacer revocar lo acordado (3). Las instrucciones para Bramante fueron dictadas por el mismo Papa el 14 de agosto bajo la inmediata impresión de la noticia de la paz, se retocaron el 19 de septiembre, y no se entregaron al enviado hasta el 25. Se indicaba en ellas a Bramante, que recordase al rey con la debida moderación y prudencia los gloriosos tiempos de sus antepasados, los cuales gozaron de la obediencia de sus vasallos, de la tranquilidad del país, del florecimiento y poderío de su Estado, mientras estuvo asegurada la unidad religiosa. Que el convenio de Saint-Germain, que llevaba el hermoso nombre de paz, destruía esta unidad, y por eso dentro de breve tiempo acarrearía la definitiva ruina de Francia, pues dicho tratado no tenía ninguna cuenta con la religión, menoscababa la autoridad real y aumentaba el ánimo de los enemigos, que volverían pronto a sus antiguos planes con mucho mayor ardor. Que era inconcebible que gentes que querían quitar al rey la vida y la soberanía, pudiesen alguna vez hacerse sus amigos, y que los que hasta entonces habían quebrantado la fidelidad, la guardarían en lo por venir. Que el Papa, que no quería hacer cargo al rey de lo antes sucedido, en atención a su edad juvenil, era por eso de opinión, que sólo se había consentido la paz para desarmar a los rebeldes y con el tiempo proceder contra ellos por sí mismo y según él juzgase. Que si esto estaba en el plan de Carlos IX, debía Bramante confirmarle en ello, trayéndole a la memoria el ejemplo de su padre y del predecesor de éste, así como los manejos de los herejes tan peligrosos para el Estado, y asegurarle el apoyo del Papa. Dícese luego a continuación, que todo el mundo sabía que los hugonotes, que se daban por reformadores de la religión, no sólo maquinaban la ruina de la religión, sino también del

(1) Cf. Corresp. dipl.. IV, 41.

(2) Cf. la \*memoria que se halla en el Barb. 4698, p. 205, *Biblioteca Vatic.*

(3) La misión de Bramante ha sido desconocida de todos los investigadores que ha habido hasta ahora. Los \*breves credenciales expedidos para él el 25 de septiembre de 1570 y dirigidos a Carlos IX y otros personajes franceses, se hallan en el Arm. 44, t. XV, p. 230<sup>b</sup>, 237-251, *Archivo secreto pontificio*.

Estado. Que ahora despojaron las iglesias de Francia para enriquecer a sus secuaces. Que como su fin era derribar la religión y la monarquía, era menester oponérseles de manera que el rey permaneciese rey (1).

Un encargo especial de Bramante concernía a las tropas pontificias enviadas la primavera anterior bajo el mando de Torcuato Conti para proteger a Aviñón (2). Tenía que declarar que como el peligro había sido tan inminente, no se había podido enterar al rey de antemano. Que su deseo de sacar de allí ahora aquellas tropas, que sólo servían para la defensa, a fin de no dar a los hugonotes ningún pretexto para romper la paz, era tan irrealizable como la tolerancia de la herejía en Aviñón. Finalmente el enviado debía expresar también la esperanza de que Francia se uniría a la proyectada liga contra los turcos (3).

Las representaciones del Papa, de su nuncio (4) y de Bramante (5) fueron del todo ineficaces, principalmente por la actitud antiespañola de la corte francesa, que se manifestaba cada vez más violenta después de la paz de Saint-Germain. Esta disposición de ánimo, nacida de múltiples motivos, había conducido ya en julio casi a un abierto rompimiento. Carlos IX, como Catalina de Médicis, se desataron entonces en las más vehementes invectivas contra Felipe II. Las causas eran la ambición dinástica, el sentimiento de

(1) La \*Instruttione prima a Mon<sup>r</sup> Bramanti a 14 d'Agosto 1570 dettata da N. S<sup>re</sup>, consignata a 25 di Settembre 1570, puede verse en las Varia polit., 81 (ahora 82), p. 264-269. Síguese en la p. 266: \*Instruttione seconda a Mons. Bramanti dettata da N. S<sup>re</sup>, consignata a 25 di Settembre, y en las págs. 267-268 hay algunas \*modificaciones y adiciones a esta instrucción; p. 269: \*Instruttione terza a Mons. Bramanti a di 19 di Settembre, rescritta et consignata a 25 Settembre 1570; p. 269b: \*Aggiunta alla terza Instruttione. *Archivio segreto pontificio*.

(2) Cf. sobre eso el \*Avviso di Roma de 8 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 257b, *Biblioteca Vatic.*; Laderchi, 1570, n. 195 s.; Catena, 64. V. también Arch. d. Soc. Rom., XXXI, 481; Marocco, XI, 35. Sobre el cuidado del Papa v. Charrière, III, 54 s. La \*Instruttione al S. Torquato Conti Aprile 1570, se halla en las Varia polit., 81 (ahora 82), p. 270 s., *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. \*Varia polit., 81 (ahora 82), p. 419 s., *Archivio segreto pontificio*.

(4) V. los \*Ultimi ragionamenti havuti con le MM<sup>te</sup> Christ<sup>me</sup>, sin fecha, en Barb., 4698, p. 205-212 (cf. Philippson, loco cit., 113) y la \*\*Cifra di Francia di 30 Agosto 1570, Nunziat. di Francia, IV, 33, *Archivio segreto pontificio*. Sobre cómo Catalina procuraba engañar al nuncio, diciendo que con la paz no haría sino ganar la religión católica, cf. Desjardins, III, 637. V. también las relaciones venecianas en la Revista Hist., L, 386 s.

(5) Sobre las negociaciones de Bramante v. en los núms. 8-9 del apéndice las \*Memorias tomadas del *Archivio segreto pontificio*.

su dignidad lastimado y las esperanzas de brillantes conquistas para Francia (1). El apartamiento de España produjo necesariamente una aproximación a los caudillos de los hugonotes, a los rebeldes de los Países Bajos y a Isabel de Inglaterra. Cualesquiera escrúpulos en este respecto estaban muy lejos del ánimo de Catalina de Médicis. Ante el nuncio pontificio llegó hasta permitirse observaciones burlonas. «¿Qué diréis, dijo en octubre al representante del Papa, si veis aquí muy presto al cardenal Châtillon con la púrpura?» Semejante expresión acerca de un desertor de la fe católica, despojado por el Papa de su dignidad a causa de su pública apostasía, había de quitar al nuncio toda esperanza en Catalina. «Esta reina, dijo, no cree en Dios, ni ninguno de los que ahora rodean a ella o al rey.» (2) Frangipani compuso por este tiempo una memoria sobre las cosas de Francia, que es notable en muchos conceptos. Juzga que se debería intentar abrir los ojos por lo menos al rey. Que los hugonotes siempre le serían hostiles, pues el ofensor nunca perdona. Que sólo procuraban engañar al rey; que cuando tuviesen ocasión propicia, promoverían de nuevo como antes una conjuración o una sedición. Que todavía era tiempo de anticipárseles. Que las fuerzas de los católicos eran mayores que las de los hugonotes. Que el rey podía tener tantas tropas auxiliares de Suiza e Italia cuantas quisiese. Que ciertamente antes habían de ser alejados de su derredor los traidores. Que éstos querían envolverle en una guerra contra la católica España. Que si se llegase a esto, el Papa debería ejercer su cargo y formar una liga contra la Francia hugonote. Que se había mostrado claramente, que no se podía tener confianza ninguna en Catalina de Médicis, extranjera y mujer. Pero que si tampoco era de esperar nada del rey, sería menester dirigirse a los grandes católicos del reino que se hallaban en estado de obligar al rey a reconocer su

(1) V. Baumgarten, *La noche de S. Bartolomé*, 27 ss.

(2) Relación del embajador español Álava, de 11 de octubre de 1570, en Baumgarten, loco cit., 33 s. Cf. además la \*Cifra di Francia, 1570, Settembre 30, en la que se dice: Per mio giuditio excettuato solamente il re, che io lo ho per un buon giovane, se bene hoggi non ha ne discorso ne valore ne cuore di re, tutti li altri sono a un modo pieni di ogni sorte di passione et interesse del mondo et vacui di ogni religione, della quale io per me credo, che cosi li heretici, come quelli che si dicomo cattolici, dico de nobili, se ne servano solamente per pretesto, ma che in verità non hanno religione. Nunziat. di Francia, IV, 52, *Archivio segreto pontificio*.

error. Que los grandes católicos, del mismo modo enteramente que lo habían hecho los hugonotes, podrían unirse y formar firmes alianzas bajo los gobernadores de las provincias, los cuales habían de estar dirigidos por un caudillo de confianza, dependiente del Papa. Que si esto no se hacía, los hugonotes arrastrarían a sí seguramente a todo el reino (1).

Semejante peligro se aproximaba visiblemente con los planes de casamiento que Catalina urdía por aquel tiempo para sus hijos. Su hijo predilecto Enrique de Anjou se había de desposar con Isabel de Inglaterra, y su hija Margarita, contra el deseo del Papa, no con el rey de Portugal, sino con el príncipe hugonote Enrique de Navarra (2). Por parte de los protestantes se fundaban las mayores esperanzas en un matrimonio de Isabel con el de Anjou. El ministro inglés Cecil preveía ya la caída del papado, y el embajador inglés en París contaba ya con que Carlos IX abrazaría el protestantismo (3). Como quiera que fuese, María Estuardo y los católicos ingleses quedaban a merced de su enemiga mortal, si llegaba a efectuarse aquel enlace.

Otra no menos grave vulneración de los intereses católicos significaba un matrimonio mixto con el hijo de la reina de Navarra, la cual se había señalado por la más violenta persecución de los católicos (4). A todo esto se agregaba todavía que el 12 de septiembre de 1571 Coligny, que un año antes había sido desterrado

(1) Esta memoria, al fin de la cual propone Frangipani el envío de hombres de confianza a Carlos IX y también a Felipe II, tiene por título: *Discorso sopra gli humori di Francia di Monsignor Nazaret*. Ranke (*Historia de Francia*, I, 301-302) tomó de ella sólo el pasaje sobre las asociaciones católicas. Utilizó un manuscrito de la Biblioteca Barberini, y señala con acierto el año 1570 como tiempo de su composición. Pero la copia tiene que ser más reciente, pues Frangipani no obtuvo el obispado de Nazaret hasta el 5 de noviembre de 1572. Falta en Ranke, como tan frecuentemente, la signatura del manuscrito; después de larga búsqueda, la hallé finalmente en el Barb. 5269, p. 63 s., *Biblioteca Vatic.* Otra \*copia conserva la *Biblioteca de Carlsruhe*, Cód. Durl., 44, p. 173 s. Como veo posteriormente, Thompson en el apéndice, p. 548 s., ha impreso esta memoria según el manuscrito de la Biblioteca Barberini, pero sin señalar concretamente su autor; también en el texto utiliza sólo el pasaje que ya era conocido por Ranke.

(2) Cf. Soldan, I, 408 s., 413 s.; Baumgarten, loco cit., 41 ss., 60 ss.; Tanzin, *Le mariage de Marguerite de Valois*, en la *Revue des quest. hist.*, LXXX, 446 s.

(3) V. Kervyn de Lettenhove, II, 270.

(4) Cf. los datos que trae Dubarat, *Le protestantisme en Béarn*, Pau, 1893.

como reo de lesa majestad y ahorcado ya en efígie (1), apareció en la residencia real de Blois, donde pronto fué alcanzando una influencia cada vez mayor (2).

No es maravilla que se originase en Roma la mayor excitación a vista de estos acaecimientos. El Papa declaró que mientras Enrique de Navarra fuese hugonote, no le concedería por ningún caso la dispensa del parentesco para casarse con la princesa Margarita. El temor que desde largo tiempo tenía, de que el joven rey rodeado de hugonotes vacilase en la fe, parecía ahora haberse convertido en certidumbre (3). Acerca del hombre a quien Catalina quería dar su hija, se había referido al Papa cómo había amenazado con la muerte a los que hiciesen resistencia a la predicación protestante (4), y profanado de la manera más ultrajante el Santísimo Sacramento junto con un crucifijo (5). Respecto a Coligny estaba todavía fresca la memoria de que en Angulema había sido tan cruel, que como otro Nerón había hecho quemar vivos a los católicos para que sirviesen de antorchas (6). Ahora este hombre fué colmado por el rey de regalos, y hasta de beneficios eclesiásticos, y volvió a ocupar su lugar en el Consejo. Hizo impresión en el joven rey, el cual prestaba oídos ávidamente a sus extensos planes. Su blanco era una alianza con Inglaterra y una guerra contra España. A este fin tenía relaciones en Inglaterra, en la Suiza protestante y en Alemania, y no menos también en Constantinopla y entre los cabecillas de los moriscos de España. No sólo habían de ser apoyados los enemigos de Felipe II en los Países Bajos, sino también cegadas las fuentes de la riqueza española en las Indias occidentales. Carlos IX soñaba ya en grandes conquistas. No puede causar maravilla, que con tal disposición de

(1) V. Soldan, I, 365. A esto se refieren los severos breves de Pío V, de 12 de octubre de 1569, que trae Goubau, 231 ss.

(2) Cf. Soldan, I, 420 s.; Baumgarten, loco cit., 87 ss.; Kervyn de Lettenhove, II, 331 s.

(3) V. Tiépolo, 188; Catena, 176; Palandri, 153 s. Cf. Arch. d. miss. scientif., 2.<sup>a</sup> serie, II, 444 s.

(4) Cf. Intermédiaire des chercheurs, 1901, Déc. 15; Merki, Coligny, 390, nota 1.

(5) \*E bene stato affermato per vero a S. S<sup>ta</sup> chel figlio della regina di Navarra ha fatto gettare per terra il santo sacramento dell'Eucharistia e ha fatto strascinare per terra un crucifisso con la corda al collo. Relación de Arco, fechada en Roma a 1.º de mayo de 1568, *Archivo público de Viena*.

(6) V. Corresp. dipl., II, 372.

ánimo fuese recibida friamente en la corte de Francia la noticia de la brillante victoria de Lepanto (1).

Para Pío V el buen éxito decisivo contra los turcos fué un nuevo estímulo para intentarlo todo a fin de impedir un ulterior perjuicio de la causa católica en Francia. Redobló los esfuerzos que hasta entonces había hecho contra el matrimonio con Navarra. Catalina por su parte agotó sus artificios para conseguir la dispensa pontificia para aquel enlace. Pero Pío V permaneció inmovible, aunque se le amenazó con la separación de Francia de la Iglesia. Dijo que cesaría en cierto respecto de ser Papa, si favoreciese a un hereje obstinado. Que la dispensa no la concedería, aun cuando estuviese en Roma un ejército francés; que si a pesar de eso se efectuase el casamiento, declararían bastardos a los hijos. Sin embargo de esto, Catalina se lisonjeaba con la esperanza de hacer mudar de parecer al Papa, ofreciendo la entrada de Francia en la liga contra los turcos, si Pío V daba la dispensa (2). Hizo esto, porque sabía bien cuán a pechos tomaba el noble Papa la defensa de la cristiandad.

A mediados de diciembre de 1571 Pío V había enviado a Francia como nuncio extraordinario a Antonio María Salviati (3), el cual estaba emparentado por los Médicis con la casa real de Francia, y ya en la primavera de 1571 había residido en la corte francesa a causa de la prisión de Juan Galeazzo Sanseverino, acusado ante la Inquisición (4). Salviati recibió primero el encargo

(1) V. Soldan, I, 423; Kervyn de Lettenhove, II, 326, 331 ss.; Baumgarten, loco cit., 96 ss.; Blok, III, 116 s.; Janssen-Pastor, IV 15-16, 331 ss.

(2) V. las relaciones de Petrucci en Desjardins, III, 695, 702 ss., 714 ss., 719 ss., 723 ss., 730, 735 ss., 740; Baumgarten, loco cit., 113 ss.; Palandri, 162 ss. Cf. también Revista Hist., L, 389 s. Después de la noche de San Bartolomé Catalina se refa de que se hubiese creído en Roma su entrada en la liga contra los turcos. V. Theiner, Annales eccl., I, 332.

(3) V. Laderchi, 1571, n. 135; Garampi, Osservaz., 315.

(4) V. la \**Instruttione per mons. Salviati*, fechada en Roma a 5 de febrero de 1571, en las *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 117 s.; cf. *ibid.*, p. 277 s., 638 s., 640 s., *Archivo secreto pontificio*. Sobre el buen éxito de los trabajos de Carlos IX y del cardenal Rambouillet (antes obispo de Mans y embajador en Roma) para poner en libertad al conde J. G. Sanseverino, que estaba al servicio de Francia y había sido preso por la Inquisición como hugonote, v. la \**relación de Arco*, de 17 de febrero de 1571, *Archivo público de Viena*. En este resultado favorable tuvo parte muy principal el entonces enviado a Roma Juan de Vivonne; cf. Guy de Bremond, J. de Vivonne, París, 1884, 27 s.; además Amabile, I, 303 s.

de mover a Carlos IX a entrar en la liga contra los turcos (1). Juntamente tenía que manifestar el gran disgusto del Papa por haber enviado el rey precisamente ahora al obispo de Aix, depuesto por herejía, a Constantinopla a negociar con el enemigo del nombre cristiano, con lo cual se desvanecía a los pobres cristianos del Imperio turco la confianza de verse libres de una tiranía insoporable, a consecuencia de la batalla ganada en Lepanto. Además debía quejarse el nuncio de los continuados esfuerzos por casar a Enrique de Navarra con Margarita, para volverle tal vez al gremio de la Iglesia, lo cual era sin duda una falsa esperanza. Finalmente había de indicar que extrañaba mucho el Papa, que se hubiese vuelto a conceder tan grande influencia a Coligny, y que Carlos IX permitiese a los hugonotes propagar sus errores en el margraviato de Saluzzo, pues esto era contrario a la paz de Saint-Germain (2).

Salviati en su viaje a Francia visitó las ciudades de Florencia, Luca y Génova, y al duque de Saboya, donde por encargo del Papa entabló negociaciones sobre la Santa Liga (3). En enero de 1572 llegó a la corte francesa, que se hallaba en Blois; su comisión tuvo que ser apoyada por breves exhortatorios dirigidos a Carlos IX, los cuales, a pesar de todo lo que había ocurrido, están redactados en tono de paternal benignidad (4). Poco después de él, el 7 de febrero (5), se presentó el cardenal legado Bonelli, el cual en diciembre había obtenido en Lisboa del rey don Sebastián pro-

(1) Sobre eso había ya negociado F. Bramante; v. su \*Cifra de 8 de noviembre de 1570, Nunziat. di Francia, IV, 73, *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. la \*Instrucción para Salviati, fechada en Roma a 15 de diciembre de 1571, en las Varia polit., 33 (ahora 34), p. 49 s. V. ibid., 81 (ahora 82), p. 283 s., el primer bosquejo (cf. ibid., 116 [ahora 117], p. 114 s.), *Archivio segreto pontificio*. Cf. también la carta de Pío V a Catalina, de 15 de diciembre 1571, en Catena, 301 s. y Corresp. dipl., IV, 549 s., 551 s. Una carta anterior menciona Arco en su \*relación de 3 de noviembre de 1571: Il Papa si duole grandemente della regina madre del rè come quella che principalmente favorisse l'ammiraglio et ha l'animo volto del continuo a diverse novità et perciò Sua Santità gl'ha scritto un breve in colera. *Archivio pubblico de Viena*.

(3) V. la carta del dux de Génova a Pío V en Goubau, 436 ss. Cf. las importantes observaciones de Laderchi (1571, n. 135) contra Graciano (Epistulae, 465).

(4) Breve de 25 de enero de 1572, en Goubau, 439 s. (cf. además Türke, 22), y de 6 de febrero [1572], en Catena, 298 s.

(5) V. la \*carta de Bonelli al cardenal Rusticucci, fechada en Blois a 9 de febrero de 1572, Cód. 33-G-24, p. 576, *Bibl. Corsini de Roma*.

mesas relativas a su entrada en la Liga contra los turcos y a su casamiento con Margarita de Valois (1).

El cardenal, que en su viaje por Francia había visto en todas partes las ruinas de las iglesias destruidas por los hugonotes, no se formó ninguna ilusión sobre las dificultades que se oponían en la corte francesa a la consecución de sus encargos; pues había de agenciar el casamiento de Margarita con el rey de Portugal y la entrada de Francia en la liga contra los turcos, y además impedir la alianza defensiva que Isabel de Inglaterra acababa de ofrecer al gobierno francés. El 9 de febrero llegó también a Blois el general de los jesuitas, San Francisco de Borja, el cual, provisto por Felipe II de una instrucción especial, debía apoyar al legado. Ambos no dejaron ningún lugar a duda que el Papa nunca concedería la dispensa para el matrimonio con el de Navarra. Y combatieron este enlace, tanto como recomendaron el casamiento portugués. Pero todos sus esfuerzos quedaron sin resultado ninguno. Aun respecto de la liga contra los turcos, ni siquiera consiguió Bonelli la promesa de que Francia no pondría obstáculos a la empresa de la cruzada. Tocante a la alianza con Inglaterra, logró que le asegurasen que no se quería con ella más que mantener con este reino las buenas relaciones de vecindad, pero que no se había intentado nada contra España (2).

(1) El cardenal Bonelli, que hizo su entrada en Lisboa el 3 de diciembre de 1571, dió cuenta desde allí el 5 y 13 de diciembre de 1571, de las generales promesas del rey respecto de la liga (v. las \*cartas de Bonelli en el Cód. 33-G-24, p. 34 s., 40<sup>b</sup> s., *Bibl. Corsini de Roma*). En la \*carta de 13 de diciembre se habla de la buena disposición del rey tocante a su casamiento con Margarita de Valois, tan deseado por Pío V: *mi disse voler per dote dal Re di Francia ch'entri ancor esso in lega* Bonelli, que el 11 de diciembre presentó al rey una memoria (se halla en Lämmer, *Para la historia eclesiástica*, 135), volvióse el 14 de diciembre a Madrid y de allí partió para Francia. En Miranda recibió una carta del rey de Portugal a Pío V, de 20 de diciembre de 1571, con la promesa en términos muy generales, de que el rey pelearía contra los turcos, sarracenos y luteranos (*Corpo dipl. Portug.*, X, 427).

(2) V. las \*cartas de Bonelli, dirigidas a Rusticucci desde Blois el 9, 19 y 22 de febrero de 1572, a las que se junta una escrita a Felipe II desde Roma el 30 de marzo de 1572, en el Cód. 33-G-24, p. 57<sup>b</sup> de la *Bibl. Corsini de Roma*, de todas las cuales pueden verse extractos en Gachard, *Bibl. Corsini*, 52 ss. Cf. Baumgarten, *La noche de San Bartolomé*, 118 ss., 126, y Philipppson, *Curia Romana*, 116 s., donde son también utilizadas las declaraciones de los embajadores español, florentino y veneciano y de San Francisco de Borja. Motivó una larga controversia un pasaje de la carta de Bonelli, de 6 de marzo de 1572, escrita desde Lyon al cardenal Rusticucci, donde se dice que en los asuntos



Sin embargo todas estas eran palabras vacías, lo mismo que las aseveraciones de afecto especial al Papa, que se hacían en las cartas enviadas a Pío V por el rey y la reina a 22 de febrero

de la liga y del casamiento con el de Navarra no había logrado alcanzar nada, pero: con alcuni particolarí ch'io porto, dei quali ragguaglierò Nostro Signore a bocca, posso dire di non partirmi affatto mal expedito.

Ranke, que fué el primero en citar este pasaje en su Revista Hist.-polít., II, 598, infirió de él con mucha precipitación, que al legado «si no le fué comunicado directamente, a lo menos le fué indicado un intento secreto en favor de los católicos». Contra esto advirtió Soldan (Manual Hist., 1854, 219): «Ya puede esto concederse, con tal que no se refiera a la Noche de San Bartolomé, como lo hace Ranke. Pues ¿no era más natural que se lisonjeara al legado con la conversión del prometido, que era de esperar, como asimismo lo cuenta Gabucio? También al Papa se le había hablado ya en este sentido». A pesar de lo cual persistió Ranke en su opinión (Historia de Francia, I, [1856], 320). De la parte católica Gandy en 1856 en la Revue des questions historiques y después en la Civiltà Cattolica (6.ª serie, tomos VIII-XI), impugnó resueltamente la suposición de que la matanza de los hugonotes, efectuada en la noche de San Bartolomé, fué un hecho mucho antes meditado, del que Pío V había sido informado de antemano. En vez de refutar estas circunstanciadas disquisiciones, un íntimo amigo de Döllinger, lord Acton, cuando ardía furiosa la lucha a causa de la definición de la infalibilidad pontificia, lanzó de nuevo la acusación, que un año antes había presentado como demostrada Michelet (Hist. de la revolut. franç., I, 36), y procuró apoyarla con extenso material (North British Review, 1869, October, Nr. 101, artículo traducido por Gar, La strage di S. Bartolomeo, Venecia, 1870). Con su apasionada excitación dejó de ver Acton todas las razones contrarias. Otro amigo de Döllinger, Juan Huber, hizo lo mismo. A ambos hizo vigorosa oposición Hergenröther (La Iglesia y el Estado, 656). Cuando Wuttke (Historia de los hechos antecedentes a la Noche de San Bartolomé [1879], 177) asentó de nuevo como «cosa indudable», que Pío V tuvo noticia de la matanza proyectada para la noche de San Bartolomé, tampoco faltaron investigadores católicos que lo impugnaron (v. Funk en la Revista Literaria, 1880, 169). Un sabio de todo en todo protestante, Baumgarten, demostró luego dos años más tarde en una exposición serena y objetiva (La Noche de San Bartolomé, 130 ss.; cf. el suplemento de la Revista Hist., I, 396 s.) lo insostenible de la tesis establecida por Acton y Wuttke. A él se adhirieron v. Bezold (Revista Hist., XLVII, 563), Schott (Gaceta general, 1882, suplemento, n.º 67), Philippson (Curia Romana, 116 ss.) y Alfredo Stern (El origen de la Noche de San Bartolomé, en los cuadernos mensuales de Westermann, 5.ª serie, tomo IV).

Con todo, tanto a Baumgarten como a Philippson y Stern se les ha pasado por alto enteramente, que ya en el año 1880 otro sabio protestante, Carlos Türke, en una disertación publicada en Chemnitz, había examinado tan minuciosa como cuidadosamente las cuestiones que aquí se debaten. El resultado de Türke es, que a Pío V, «como quiera que sea, se le ha de absolver de una directa participación en el plan de una insidiosa matanza de los hugonotes, supuesto que semejante plan en general nunca fué determinadamente trazado» (p. 15). Las explicaciones de Türke, a las que asiente Schott en la Revista de historia eclesiástica, V, 114 s., conservan también su valor al lado de las de Baumgarten; así este juicio: «aunque el odio de Pío V a los herejes

de 1572 (1). Ya el 19 de abril se concertó la alianza entre Inglaterra y Carlos IX; poco antes se habían firmado también las capitulaciones matrimoniales entre Margarita y Enrique de Navarra, sin atención a si el Papa concedería o denegaría la dispensa. Al mismo tiempo corrían rumores acerca de secretos armamentos, que indicaban una empresa dirigida contra Felipe II (2). Mientras Carlos IX procuraba engañar al rey de España con protestas de amistad y tranquilizar al nuncio pontificio, que se había mostrado desconfiado, escribió el 11 de mayo a su embajador cerca de la Sublime Puerta: «Todos mis pensamientos van dirigidos a oponerme a la grandeza de España... He mandado armar en mis puertos un buen número de naves con un ejército de doce a quince mil hombres, que ya a fines de este mes estará preparado para hacerse a la vela con el pretexto de guardar mis costas de los piratas, pero en realidad con el intento de inquietar al rey católico y ani-

nada dejaba que desear», con todo su mismo carácter excluía «su participación en vastas intrigas, tramadas con disimulo». Es también muy acertada la observación, de que habla contra un tan importante concierto secreto entre Pío V y la corte francesa, la tirantez de relaciones que había entre los dos, especialmente en el tiempo posterior (págs. 23-25). Respecto de los alcuni particulari de que Bonelli, según su carta de 6 de marzo de 1572, quería dar cuenta circunstanciada verbalmente, opina Türke, que se habrían referido a la aceptación de los decretos del concilio de Trento y a cosas semejantes; y que seguramente no se habría tratado de secretos importantes, en favor de lo cual habla también la vuelta muy lenta del legado (págs. 23-25). Las otras explicaciones de Türke (p. 26 s.) sobre la misión de Bonelli, sobre la carta del cardenal D'Ossat, de 22 de septiembre de 1599 y el código 164 del marqués Capponi, utilizado sin crítica por Acton, completan y confirman las investigaciones de Baumgarten contra los sostenedores de la teoría de premeditación. Acerca de los datos del código Capponi ya en 1871 había hecho notar Alfredo Maury en el *Journal des Savants* (p. 422), que aun cuando procediesen del que fué más tarde Clemente VIII, que acompañó a Bonelli en su viaje, se había con todo de tomar en cuenta, que la corte francesa con sus promesas y misteriosas indicaciones pretendía atraer al Papa para obtener la dispensa (cf. nuestros datos de arriba, p. 115). Tampoco en otras partes se hallan seguros puntos de apoyo para la afirmación defendida por Acton y sus repetidores. Cf. Türke, 34 s., donde se aprecian conforme a la crítica las narraciones de Catena y Gabucio. Demás de todo esto, en 1884 Kervyn de Lettenhove (*Huguenots*, II, 43) dió a conocer un despacho del embajador español en Roma, de 19 de mayo de 1568 (cf. abajo, p. 131, nota 2), que muestra cuán falsamente ha comprendido Acton, y cuán justamente Türke, el carácter del Papa y su actitud respecto de semejantes planes como la Noche de San Bartolomé.

(1) Se hallan impresas en la 2.<sup>a</sup> edición de Catena, de 1587, p. 343 s.

(2) V. Kervyn de Lettenhove, II, 364, 366 s.; Baumgarten, loco cit., 144 s., 146 s.

mar a los rebeldes de los Países Bajos, para que se muevan, como ya lo han hecho, pues se han apoderado de toda Zelandia y producido notables alteraciones en Holanda. He ajustado una alianza con la reina de Inglaterra y envío allá a mi primo, el duque de Montmorency, lo cual llena a los españoles de extraordinaria envidia, así como las relaciones que tengo con los príncipes de Alemania» (1).

El volver a entrar la política francesa por el camino de los hugonotes y de sus aliados trajo consigo grandes peligros para los católicos de Francia. Pero no tenían todavía que desalentarse; porque durante las arduas luchas que hubieron de sostener por su existencia, había comenzado su interior fortalecimiento.

Pío V había intervenido también en esto con celo apostólico. No sólo estaba incesantemente solícito por la conservación de la pureza de la fe en Francia (2), sino asimismo por la renovación de la vida católica y la supresión de los abusos en el terreno eclesiástico. Luego al principio de su pontificado instó la ejecución de los decretos tridentinos y el recto ejercicio del derecho de nombramiento para las sedes episcopales, concedido por el concordato al gobierno francés. En Aviñón dió él mismo ejemplo de cómo se debían poner en práctica las reformas del concilio tridentino (3). Con todas las personas ilustradas reconoció también él, que un rigor sanguinario quedaría al fin sin resultado, si no se suprimía el perverso estado de cosas que se iba engendrando, especialmente con el abuso de las facultades del concordato (4). El 8 de marzo

(1) Kervyn de Lettenhove, II, 354 s. De Noailles, Henry de Valois, I, París, 1867, 9.

(2) Además de la acción contra los obispos herejes, de que se ha hablado ya arriba, página 93, merecen también notarse, fuera de los breves de Pío V publicados por Laderchi (v. especialmente 1567, n. 160, 169), los siguientes inéditos: \*Cardi Crequy, de 17 de julio de 1566 (Arm. 44, t. XII, n. 96), \*Honorado de Sabaudia, comiti Tendae, de 7 de agosto de 1566: contra la herejía en la Saboya francesa (ibid., n. 99), \*Cardi de Armcniaco, dc 10 de febrero de 1568 (ibid., t. XIII, p. 147), \*Communit. comit. Venaissini, de 2 de mayo de 1569, Episc. Vertudonensi, de 7 de mayo de 1569 (loco cit., t. XIV, p. 107), \*Comiti Tendae, de 30 de diciembre de 1569 (ibid., p. 320), *Archivo secreto pontificio*. La propagación de la herejía en Francia la bosqueja A. Contarini (p. 242) en febrero de 1572, de esta manera: las regiones más inficionadas son la Guayana, Gascuña y el Poitou, y las menos contagiadas Borgoña, la Champagne y la Isla de Francia.

(3) V. Ciaconio, III, 1020.

(4) Cf. especialmente las explicaciones de J. Corroero (p. 189 ss., 192), que muestran que en este respecto andaban las cosas tan mal como antes (v. nuestros datos del vol. XIII, 201). Corroero hace notar muy bien, que si no

de 1566 escribía el Papa a Carlos IX y Catalina de Médicis, que para desarraigar la herejía era ante todo necesario que se proveyesen bien las sedes episcopales, y que sus poseedores, como los demás que tenían cura de almas, guardasen la residencia según los decretos del concilio de Trento (1). Por algún tiempo pareció que Carlos IX tomaba en consideración las palabras del Papa, pero presto se mostró que a pesar de todas las ulteriores exhortaciones persistía sin previsión en el antiguo sendero, que era tan cómodo y tantos provechos materiales ofrecía. Con mordaz ironía describe el embajador Juan Correro en su relación de junio de 1569, cómo los cargos y bienes de la Iglesia se dejaban abandonados a la codicia del rey. Dice que parecía a su majestad una cosa agradable distribuir 106 obispados, 17 arzobispados, de 600 a 700 abadías y otros tantos prioratos, y con esto, sin abrir su bolsa, pagar sus deudas, recompensar a sus grandes y dotar a sus hijas. Que el abuso practicado de esta manera había llegado a tal punto, que en la corte francesa se comerciaba con obispados y abadías como en otras partes con pimienta y canela. Que el desorden era tan notorio, que todo el mundo escribía sobre él y confesaba que estaba aquí la raíz del mal. Que todas las promesas de la reina de atajar este abuso habían sido vanas palabras (2).

Tales promesas se hicieron también al cardenal Bonelli todavía en 1572; pero no se efectuó ninguna mudanza. Como el Papa estaba atado por el concordato, no le quedaba sino aguardar para no empeorar todavía más la situación (3). Pero cuando podía hacer oposición con probabilidades de buen éxito, se negaba a confirmar a alguno nombrado por el rey (4).

Que nada absolutamente se podía esperar de la corte real para la interior transformación de la Iglesia en Francia, demostró todavía con más claridad el amparo que prestó a los obispos depuestos por herejías, y al en otro tiempo cardenal Châtillon, que abiertamente se había pasado a los calvinistas, y casándose el 1.º de

se tenía cuidado de que hubiese buenos obispos que enseñasen la reforma con la palabra y el ejemplo, era todo inútil, aun cuando se procediese a sangre y fuego. V. también A. Contarini, 243.

(1) V. en el n.º 1 del apéndice el \*breve tomado del *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. Correro, 192-193.

(3) Cf. A. Contarini, 251, 267; Türke, 24.

(4) Puede verse un ejemplo en Laderchi, 1569, n. 149.

diciembre de 1564 (1). El proceder del Papa contra estos preladados olvidados de su deber estaba tan completamente justificado desde el punto de vista católico, que en este asunto se podía esperar con razón el apoyo del hijo primogénito de la Iglesia (2). Pero éste en mayor estima tenía las llamadas libertades de la Iglesia galicana y sus fines políticos, e hizo poco caso de todas las representaciones del Papa. Sin embargo Pío V no decayó de ánimo. Todavía en un breve de 14 de octubre de 1570 lamentaba la «ignominia» de que Juan de Montluc, depuesto en 1566, continuase poseyendo el obispado de Valence (3). El nuncio Frangipani dijo a Carlos IX en su cara, a causa de haberse puesto de parte de Châtillon, que se exponía con ello al peligro de adquirir fama de ser un rey cismático (4).

Al terrible daño que se causó a la Iglesia católica de Francia con esta actitud del gobierno, añadiéronse todavía las enormes pérdidas materiales que le acarrearón las guerras de religión. Opinaba un embajador, que en diez años no se podría volver a construir el gran número de iglesias destruídas, las cuales aun en sus ruinas excitaban todavía admiración. Según el juicio de Correro, el clero estaba arruinado, pues prescindiendo de los bienes eclesiásticos vendidos por orden del Papa, desde 1561 había tenido que dar más de doce millones de escudos, lo cual era sin embargo una nadería en comparación del perjuicio que le habían causado los soldados, así de los enemigos como de los amigos (5).

A pesar de lo cual esta terrible tribulación tuvo también sus ventajas para los católicos franceses. Ya durante la primera guerra de religión, las violencias y crímenes de los hugonotes produjeron una mudanza: la vista de las iglesias destruídas y altares derribados, el despojo y asesinato de indefensos sacerdotes, frailes y monjas, perpetrados en nombre de la nueva religión, persuadieron a muchos que se habían dejado deslumbrar por la

(1) Cf. Merki, Coligny, 342.

(2) Juicio de Polenz (II, 301).

(3) Este \*\*breve, que se conserva en el *Archivio segreto pontificio*, se le ha pasado inadvertido a Degert (p. 105).

(4) \*In quel di Ciattiglione mi sono aperto a dirne amorevolmente al Re insino al pericolo che incorre di acquistarsi nome di Re scismatico in vece di quel che ha di Christianissimo. Carta fechada en París a 30 de septiembre de 1570, Nunziat. di Francia, IV, 48, *Archivio segreto pontificio*.

(5) V. Correro, 186. Cf. H. Furgeot, L'aliénation des biens du clergé sous Charles IX, en la Revue des quest. hist., XXIX, 448 s.

apariencia de mayor austeridad y piedad del calvinismo, de que éste era todo lo contrario, y les mostraron de nuevo el camino de la Iglesia católica. La segunda guerra de religión tuvo por consecuencia que las ciudades más importantes no quisieron tolerar más predicaciones calvinistas, a pesar de las determinaciones de la paz de Longjumeau. Los católicos comenzaron a defenderse enérgicamente (1). Dice Correro, que antes se habían intimidado, no por haber sido inferiores en número, pues del pueblo sencillo apenas la treintava parte era hugonote, y de la nobleza positivamente la tercera parte, sino porque los hugonotes estaban organizados y unidos admirablemente, al paso que los católicos divididos y negligentes lo esperaban todo del gobierno. Que cuando quedaron libres de esta ilusión por la actitud lamentable de la corte, se habían unido como despertando del sueño y opuéstose briosamente al enemigo. Que el decurso de la misma guerra había privado a los hugonotes de la superioridad moral, prescindiendo de que habían perdido en ella a Condé, Anelot, Wolfango de Zweibrücken y otros caudillos (2). Contra los hugonotes, que aun en la vida civil se apartaban del modo de ser nacional, se sublevó además, al principio inconscientemente, la propensión a la unidad profundamente arraigada en el carácter del pueblo francés (3). Fué también de influencia en la mudanza de los ánimos el que Pedro de Ronsard, fundador del clasicismo francés, se pusiese resueltamente de parte de la antigua Iglesia, y en sus escritos

(1) Cf. la memoria de Frangipani citada arriba, p. 115, nota 1; A. Contarini, 244; Bauer, T. Beza, II, Leipzig, 1851, 611; Picot, I, 15 s., 19. Todavía hoy se pueden reconocer en muchas partes las huellas de la devastación que acabó con innumerables obras de arte. Entre las bibliotecas destruídas la más valiosa fué sin duda la de Cluny. Cuanto a la cambiada disposición de ánimo del pueblo cf. *Chanson populaire contre les Huguenots* (1566) en el *Bull. de la Soc. d'hist. de France*, I, 2 (1834), 165 ss. Sólo de la Orden de los franciscanos enumeráanse por su nombre en Francia para el tiempo que corre desde 1560 hasta 1580, unos doscientos mártires (v. Gaudencio, 110). De hecho el número fue todavía mayor, porque muchas veces eran destruídos monasterios enteros—cuéntanse de ellos unos ciento—y pasados a cuchillo sus moradores, sin que se anotasen sus nombres (v. Holzapfel, 480).

(2) Correro, 186-187. Los datos numéricos de Correro sólo tienen naturalmente relativa importancia. Con todo dice también Frangipani en su memoria citada arriba, p. 115, nota 1: *Per due Ugonotti che siano nel regno si ode calcolare che si ha da contraporre più di otto cattolici.*

(3) Cf. Elkan, *Die Publizistik der Bartholomäusnacht*, Heidelberg, 1905, 16, 141 s., y Platzhoff en los *Anuarios Prusianos*, CL, 54 s.

combatiese abiertamente a los hugonotes como a falseadores de la religión cristiana y enemigos del Estado (1).

El perspicaz Correro hizo aún otra observación tocante al cambio de actitud de los católicos franceses respecto del Papa, el cual, según él, había más ganado que perdido durante las últimas revueltas; pues antes de la escisión religiosa, prosigue Correro, era en la generalidad de los franceses muy poca la inclinación a Roma, porque consideraban al Papa más como a un gran príncipe italiano que como a cabeza de la Iglesia y su Pastor común. Pero luego que se presentaron los hugonotes, comenzaron los católicos a venerarle de nuevo y reconocerle como a verdadero Vicario de Jesucristo, en lo cual se afirmaban cada día más, cuanto más violentamente era despreciado y combatido por los calvinistas. Hasta los muchos que se cuidaban poco de la religión, y sólo querían ser buenos servidores del rey, honran ahora más que de costumbre al Papa, para mostrarse adversarios de los hugonotes. Muy extraordinariamente ha contribuido a aumentar la autoridad de la Santa Sede la vida y conducta del Papa actual. Las reformas efectuadas en Roma agradan extraordinariamente. Se admira también como algo no oído desde muchos años, la moderación de Pío V con sus parientes, a los cuales no quiso elevar a condes, marqueses o duques, sino los dejó en su anterior modesta posición. Sólo esto bastaba para hacerle parecer al pueblo como hombre santo que no pretende ningunos fines particulares, sino únicamente el bien común, cuyos pensamientos van sólo dirigidos a extirpar las herejías, suprimir los abusos de la Iglesia y reducir a los sacerdotes a una vida sencilla y laudable. Los mismos hugonotes nada hallan que poder vituperar en este Papa, y dicen que Su Santidad tiene buena conciencia. Tan grande es la impresión que causa la pureza de su vida, que se granjea elogios hasta de sus enemigos (2).

(1) V. especialmente su *Rémonstrance au peuple de France*, 1563. Cf. Baumgartner, *Historia de la literatura universal*, V, 265; Perdrizet, R. et la réforme, Paris, 1903. Es célebre el pasaje en que Ronsard hace responsable a Beza de las horribles devastaciones, preguntándole cómo se atrevía a predicar:

Un Christ tout loircy de fumée  
 Portant un morion en teste et dans la main  
 Un large coutelas rouge de sang humain.

V. Kervyn de Lettenhove, I, 79.

(2) Correro, 207.

Esta elevación del crédito pontificio, como en general la renovación de la Iglesia católica en Francia, que lentamente comenzaba, tenía estrecha relación con la callada, pero perseverante actividad de las nuevas Ordenes religiosas (1). Además de los capuchinos, que en 1568 procuraron establecerse en Francia (2), ofrécese aquí a la consideración sobre todo los jesuitas. Favoreciéles a éstos el haber poseído en Edmundo Auger, Antonio Posevino y Oliverio Manareo, varones apostólicos que se consagraron con extraordinario fruto al trabajo de misionar. Las noticias acerca de la labor de sus ministerios dan testimonio de que aun aquellos que estaban ya notablemente influidos por las novedades religiosas, corrían a pesar de esto presurosos a oír sus sermones, y se rendían a la razón con relativa facilidad. En 1566 Auger fué invitado por las autoridades a ir a Tolosa; los más calificados varones de la ciudad y unos mil estudiantes de la universidad, muchos de los cuales se inclinaban al calvinismo, seguían sus conferencias con extraordinaria atención, la universidad quiso nombrarle doctor, y el cabildo le convidó a predicar la próxima cuaresma en la catedral (3). Felices éxitos parecidos alcanzó en París. Las iglesias estaban llenas hasta rebosar en sus sermones, se le invitó a hablar delante de la corte, y las personas más elevadas de la nación aceptaban la dedicatoria de sus opúsculos (4). En Dieppe por la influencia de Inglaterra había conseguido el protestantismo casi completo dominio. Las iglesias estaban destruidas, excepto una sola, en la que sin embargo habían sido hechos pedazos los altares, las cruces y las imágenes de los santos. Después de los sermones de Posevino en 1570 se presentaron a pesar de esto pocos días más tarde dos mil quinientos hugonotes, solicitando su admisión en la antigua Iglesia, y el sucesor de Posevino,

(1) Ya han hecho notar esto Ranke (Los Papas, II<sup>a</sup>, 95 s.) y Polenz (II, 287 s.). Cf. también Baudrillart en *La France chrét.*, París, 1895, 363. De las antiguas Ordenes religiosas procuró Pío V reformar y regenerar especialmente a los dominicos; v. su \*breve a Carlos IX, en el que ruega a éste, que apoye al general de los dominicos en su labor emprendida en Francia. Arm. 44, tomo XVI, p. 183, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Documents pour servir à l'histoire de l'établissement des Capucins en France, 1568-1585, París, 1894, 1 ss. El Titre de fondation du couvent des Capucins de la rue St. Honoré de París, fechado en 4 de septiembre de 1568, se halla en el Bulletin de la Soc. d'hist. de París, 1889, Nov.-Déc.

(3) Fouqueray, I, 533 ss.

(4) Ibid., 535.



Manareo, pudo conceder la admisión a cuatro mil calvinistas; en pocos meses habían los dos predicadores cambiado enteramente el aspecto religioso de la ciudad (1).

Muchísimo contribuyó a estos buenos sucesos el que Posevino y Auger no sólo estuviesen dotados de muy sólida formación teológica y del entonces tan apreciado conocimiento de las lenguas antiguas, sino también edificasen con toda su manera de proceder y con su celo religioso, y mostrasen principalmente con su cuidado de los enfermos, pobres y desamparados, que tenían el verdadero espíritu del cristianismo. Auger predicaba en París preferentemente en las cárceles y hospitales (2). En Lyon, donde convirtió casi a dos mil hugonotes, fundó una asociación de doscientas señoras, que dos veces por semana iban a los hospitales para servir a los enfermos (3). Poco después acompañó al duque de Anjou en su expedición militar, haciéndose cargo de la asistencia espiritual de los soldados (4). Posevino, que predicó en 1568 en la catedral de Marsella, visitaba al mismo tiempo el orfanotrofio de la ciudad y enseñaba a los niños los principios elementales de la religión. Edificaba singularmente el interés que tomaba por los galeotes enteramente desamparados (5). Auger contrajo un mérito imperecedero con la Francia católica publicando sus dos catecismos, los cuales alcanzaron para su patria una importancia parecida a la de los de San Pedro Canisio para Alemania (6).

También el docto Maldonado dejó entonces su cátedra del colegio de los jesuitas de París para predicar y catequizar con otros cinco hermanos de religión en el Poitou, una de las regiones más infestadas de hugonotes. Sobre su actividad poseemos circunstanciadas relaciones (7), que nos permiten conocer maravillosamente el estado de espíritu de muchísimos protestantes. Juzgaba Maldonado, que la secta de los hugonotes se había extendido tanto en la capital de la región, Poitiers, sólo porque faltaba instrucción

(1) Fouqueray, I, 545 ss.

(2) Ibid., 535.

(3) Ibid., 536.

(4) Ibid., 537.

(5) Ibid., 543 s.

(6) V. F. J. Brand, P. Edm. Augerio, Cléveris, 1903; El mismo, Los catecismos de Edm. Augerio S. J., Friburgo, 1917.

(7) Maldonado a Borja en 29 de marzo de 1570, en Prat, Maldonat, 577; al colegio de Clermont en 1.º de abril de 1570, ibid., 582 ss.; al cardenal de Lorena en 18 de abril de 1570, ibid., 585 ss.; a Posevino (?) en 10 de mayo de 1570, ibid., 588 ss.

religiosa por culpa del clero; creía él que la gente era hugonote, porque no sabía cosa alguna ni de la una, ni de la otra religión (1). Escribía a Roma que se tenía por señal de ser uno católico el oír la santa misa, pero que mientras se asistía a ella, se rezaban oraciones que había enseñado un predicante calvinista, disfrazado de clérigo católico. Que las conferencias religiosas que daban en Poitiers diariamente mañana y tarde dos de los jesuitas, así como dos lecciones diarias de Maldonado para personas doctas y para estudiantes, lograban una gran concurrencia y producían un «efecto increíble», según el juicio de toda la ciudad. A menudo oían los predicadores decir, que desde hacía diez años las iglesias no habían estado llenas de aquella manera. En Semana Santa acudieron tantos penitentes a confesarse, que los jesuitas no hubieran podido dar abasto a las confesiones, aunque hubiesen sido cincuenta. Muchos volvían a la antigua Iglesia, y algunos de ellos tan de buen grado que se veía claramente que eran herejes por falta de haber quien les enseñase (2). El gobernador de Poitiers ayudó ciertamente a la buena disposición de los ánimos con algunas ordenaciones en favor de la religión católica, pero, según la opinión de Maldonado, por efecto de la guerra estaban tan aburridos de los hugonotes que, principalmente en el pueblo sencillo, muchos deseaban que se diese una orden de hacerse todos católicos (3).

De importancia todavía mayor que la actividad de los jesuitas hubiera sido para la reorganización de la vida católica en Francia la ejecución de los decretos tridentinos de reforma. Pero dada la actitud del gobierno, no había que pensar en esto. Donde Pío V podía mandar por sí mismo, como en Aviñón y en el Venesín, tomó a pechos con el mayor ardor introducir la observancia de los decretos tridentinos. A impulso suyo el arzobispo Feliciano Capitone celebró concilios provinciales en Aviñón en 1567 y 1569 (4), y dispuso una visita de todo el territorio (5). Afanábase el Papa por

(1) Son hugonotes porque no entienden la una religión, ni la otra. A Borja, loco cit., 578.

(2) que se vee claramente que eran herejes por falta de aver quien les enseñase. Ibid.

(3) ut omnes haeretici, praesertim populares, nihil aliud optare videantur, quam ut compellantur intrare. Al cardenal de Lorena en 18 de abril de 1570, *ibid.*, 586.

(4) Hay copias de las \*actas en la *Biblioteca municipal de Aviñón*.

(5) Cf. el \*breve al arzobispo de Aviñón, de 17 de julio de 1569, Arm. 44, tomo XIV, p. 150, *Archivo secreto pontificio*.

la reforma de los abusos eclesiásticos aun en medio de los tumultos de la guerra (1). Apenas en 1570 terminó ésta, instó también el nuncio pontificio la celebración de concilios provinciales, conforme a los decretos de Trento, poniendo delante el ejemplo de Italia y España (2). Sobre el impulso que recibió la vida católica, pudo Frangipani ya en el otoño de 1570 comunicar a Roma desde París noticias satisfactorias; aseguraba que en los predicadores y teólogos había mayor celo en defender la religión católica y condenar las herejías (3), y en el pueblo una creciente asistencia a las iglesias. Esto se había manifestado claramente en la fiesta de San Dionisio (4). Cuando a principios de noviembre se celebró en París el jubileo, todas las iglesias estaban como nunca repletas de fieles. El número de los que recibieron los sacramentos de la penitencia y eucaristía, fué tan grande, que parecía que era tiempo de pascua. Los párrocos confesaban que desde hacía cien años no había el pueblo mostrado tanta piedad como ahora (5). Una cosa parecida se observó también en otras ciudades, por ejemplo, en Soissons. En un viaje que hizo Francisco Bramante en noviembre desde París a Mézières, notó en todas partes una disminución de los hugonotes; opinaba que por cada mil católicos no había ahora más que cuatro herejes (6). Las esperanzas de Bramante se aumentaron cuando el cardenal Pellevé le participó en secreto, que Carlos IX intentaba hacer asesinar a Coligny y a algunos otros cabe-

(1) Cf. los breves en Laderchi, 1567, n. 161 s., 1569, n. 192.

(2) V. la \*relación de Frangipani al cardenal Rusticucci, fechada en París a 16 de agosto de 1570, Nunziat. di Francia, IV, 18, *Archivio segreto pontificio*.

(3) \*Si vedde hoggidi neî nostri padri et predicatori et theologi tutti un zelo et un animo grande nella difesa della religione catholica et in detestatione di heretici, non solo della dottrina, ma della pace et commertio con essi, tanto che per esperienze, che m'ho fatto in alcuni contrarii, che vi son occorsi, che per gratia di Dio sin qui si son superati tutti, io vi ho trovato tanta constanza, che dico certo, che se il re istesso volesse, non bastarebbe superarla che veramente si vede esser opra di Dio. Carta fechada en París a 3 de octubre de 1570, loco cit., 54.

(4) V. la \*carta de Frangipani, de 8 de octubre de 1570, loco cit., 58.

(5) \*Et per fare un poco di più dolce fine, non voglio di mancare di dire a N. S. per sua consolatione che nell'altra settimana, che si è fatto qui il giubileo, si è visto una devotione et una frequenza di popolo così grande in tutte le chiese in processione et oratione et confessarsi et comunicarsi che è parso veramente la settimana santa e il dì di Pasqua, et i preti parochiali mi han detto di non haver di cento anni memoria di una frequenza et divotione così grande di popolo. Carta escrita desde París a 6 de noviembre de 1570, loco citato, 72.

(6) V. el n.º 10 del apéndice, *Archivio segreto pontificio*.

cillas de los hugonotes, después de lo cual ¡sus partidarios serían aniquilados en tres días! Escribe a 28 de noviembre, que estas palabras le agradaban; que sin embargo no descansaría hasta que se hubiese revocado la vergonzosa paz de Saint-Germain y los herejes fuesen quemados en todas partes, como en tiempo de los anteriores reyes de Francia (1).

También Pío V quería que se procediese con el mayor rigor contra los herejes, pero no que se quitase de en medio a sus caudillos de un modo ilegal. El embajador español Zúñiga refiere en mayo de 1568, que había oído del Papa, que los gobernantes franceses tenían el plan de dar muerte a traición a Condé y Coligny; pero que el Papa no había ocultado que esto no lo podía ni aprobar ni aconsejar, ni podía conciliarlo con su conciencia (2).

(1) V. la \*relación cifrada del n.º 11 del apéndice, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Una cosa que él no podía aprobar ni aconsejar, ni aun le parecía que en conciencia se podía hacer. Relación de Zúñiga, fechada en Roma a 19 de mayo de 1568, Corresp. dipl., II, 372 (en Kervyn de Lettenhove, II, 43 y en las Lettres de Cath. de Médicis, IV, xxvi, se pone equivocadamente esta relación en el año 1567).—Sin hacer caso del testimonio de Zúñiga, que anda ya impreso desde 1884, y con entero desconocimiento de todas las obras citadas arriba, p. 119, nota 2, escribe el exjesuita Hoensbroech en su libelo «El Papado» (tomo I, Leipzig, 1901, p. 204): «El mismo Pío V, que entre los medios para defender el papado admitió el asesinato, tuvo gran parte en la preparación de la matanza de París [la Noche de San Bartolomé]». Para prueba de esto se remite Hoensbroech a las cartas de Pío V a Carlos IX y Catalina de Médicis de 6 de marzo, 13 de abril y 20 de octubre de 1569, relativas al aniquilamiento de los herejes franceses, las que se han citado arriba al narrarse la tercera guerra de religión. Pero entre estas cartas hay también una a Catalina, de 28 de marzo de 1569, en que Pío V exhorta a combatir a los hugonotes abierta y libremente (aperte et libere; Goubau, 155), de tal manera que queda excluido de esta lucha todo fraude e insidioso disimulo. Ya el protestante Túrke en su estudio, desconocido asimismo naturalmente de Hoensbroech, indicó esto mismo con la atinada observación siguiente: «No eran por tanto evidentemente cosa suya [de Pío V] artificios y amaños diplomáticos; solía ir a su fin por el camino recto» (p. 17).—Es satisfactorio el ver que Hoensbroech no ha hallado ningún eco entre los investigadores *serios* de la parte protestante. G. Krüger, al tratar de la disertación de Vacandard Les papes et la Saint-Barthélemy (impresa en los Études de critique et d'hist. relig., París, 1905, 217-292), escribe así en la Revista de literatura teológica de Harnack, 1906, 382: «No sé si es necesario refutar de nuevo el reproche de que los Papas ejercieron influjo en la preparación de la Noche de San Bartolomé. Vacandard mismo alega el juicio de Soldan, de que las fuentes auténticas suministran la demostración de que los acontecimientos del 24 de agosto se ejecutaron fuera del campo de influencia de la curia, y difícilmente podrá citar un historiador serio que pueda contradecirlo».

## VI. La revolución religiosa en Escocia, Inglaterra e Irlanda. María Estuardo e Isabel

### I

Arroja viva luz sobre la oprimida situación de los católicos de Escocia un suceso que acaeció en la última pascua antes de la ascensión al trono de Pío V. En Edimburgo un sacerdote había sido sorprendido celebrando la santa misa. Revestido con los sagrados ornamentos y el cáliz en la mano, fué en medio del mercado atado con cadenas a la cruz del mismo, y durante una hora entera el populacho le arrojó basura y otros «huevos de pascua». Hasta el día siguiente no logró ser oído y juzgado. El reo hubo de permanecer otra vez cuatro horas sujeto a la cruz del mercado, donde de nuevo «le regalaron diez mil huevos», y cuando por fin lo llevaron a la cárcel, una banda de tres a cuatrocientos hombres le habría muerto a garrotazos, si el preboste no se hubiese puesto de por medio con las más severas amenazas. Pero se apoderó del azuzado populacho la mayor excitación cuando María Estuardo mandó indultar a los dos católicos que habían asistido a la misa, y por ello habían sido condenados a perder su hacienda (1).

María, después de su victoria sobre los rebeldes, estaba resuelta a poner término a tal estado de cosas, y restituir a la religión católica su antigua posición, a lo menos hasta equipararla en derechos con el protestantismo. Pío V, en su ascensión al trono, creía que ya había ella restablecido el culto católico en

(1) Alejandro Clerk a Randolph en 22 de abril y Bedford a Cecil en 28 de abril de 1565, en Stevenson, VII, n. 1111, 1; n. 1123, 2; Fleming, 350 s. There is now greater rage amongst the faithful than ever the writer has seen since her Grace came into Scotland. Clerk, loco cit., p. 341. Cf. Bain, n. 169, 171.

todo su reino, y la exhortaba a llevar adelante la obra comenzada, en la carta por la cual anunciaba su elección a los reyes de Escocia (1). Todavía antes que este breve exhortatorio viniese a manos de María, llegó el 27 de enero de 1566 un enviado del cardenal de Lorena, el cual le aconsejó que confiscase la hacienda de los rebeldes y se dirigiese de nuevo al Papa pidiéndole subsidios pecuniarios (2). En vista de esto encargó de hecho la reina a su anterior embajador en Roma, el obispo Chisholm de Dunblane, que fuese otra vez a la Ciudad Eterna. Decíase en la carta credencial de Chisholm (3), que las circunstancias de Escocia no eran desesperadas, pero sí muy peligrosas. Que los enemigos de la reina vivían ciertamente en el destierro, o estaban en su mano, pero que el furor y la pobreza los empujaban a intentar el último extremo.

Chisholm no había andado todavía mucho en su viaje, cuando llegaron a sus oídos rumores de nuevos terribles sucesos acaecidos en Escocia. María había abierto el Parlamento el 7 de marzo y presentado dos proyectos para que se deliberase sobre ellos; el uno permitía a los obispos y párrocos el pleno ejercicio de la antigua religión, y el otro exigía el castigo de los sediciosos (4). Los lores rebeldes procuraron prevenir la pérdida inminente de sus posesiones con una nueva conjuración para derribar a la reina; para ello hallaron un dócil instrumento en la inmediata proximidad de María. El joven, incapaz y, como quiera que sea, todavía poco maduro Darnley, se sentía profundísimamente herido en su soberbia, porque María no le había concedido la llamada corona matrimonial, que le hubiera igualado a su esposa en el ejercicio del poder real (5). El joven príncipe falto de seso se dejó deslumbrar por la promesa de los conjurados de elevarlo a la categoría de verdadero rey hereditario, y accedió a aliarse con aquella gente que hacía poco tiempo había tomado las armas contra él. Sirvió de preparación para el proyectado crimen el asesinato del secreta-

(1) Carta de 10 de enero de 1566, en Philipppson, *Règne de Marie Stuart*, III, 483; cf. Pollen, 232 s.

(2) Pollen, *ci.*

(3) de 30 de enero de 1566, en Laderchi, 1566, n. 336; Labanoff, VII, 8.

(4) One allowing the bishops and rectors of churches the full exercise of their ancient religion, and the other punishing the leaders of the conspiracy. Leslie en Forbes-Leith, 108.

(5) Sobre la significación de la corona matrimonial v. Brosch, VI, 508.

rio particular de la reina, David Riccio, al cual se atribuía la actitud favorable a los católicos de la reina (1). Sin atención a su esposa ni a su hijo, que María llevaba ya en su seno hacía siete meses, el desnaturalizado padre y esposo, en la noche del 9 de marzo de 1566, condujo a los conjurados al aposento de la reina, que estaba sentada a la mesa con Riccio y algunas personas de su confianza. Allí asieron los conjurados al secretario, que se había guarecido detrás de su señora, y comenzaron a herirle con sus espadas por encima de los hombros de María, mientras uno más atrevido ponía al pecho a la misma reina una pistola amartillada. Riccio fue arrastrado afuera y muerto, y María quedó presa en sus propias habitaciones. Los lores expulsados volvieron del destierro.

Como solía comúnmente en el peligro, la reina mostró también ahora gran resolución y presencia de ánimo. Inmediatamente después del asesinato se hizo Darnley sospechoso a los salvajes cómplices del homicidio; fué a buscar de nuevo a su esposa a quien había hecho traición, y con su ayuda pudo María alejar a los guardias y huir. Una vez en libertad, había ganado su causa; los conjurados apelaron otra vez a la fuga.

Si los acontecimientos reales eran ya bastante terribles, habían de crecer naturalmente de un modo enorme los rumores que acerca de ellos se difundieron en los países extranjeros. Decíase que Darnley había dado muerte a la reina y abrazado el protestantismo (2). Por esta causa el obispo Chisholm en su viaje a Roma se detuvo algunos días en Lyón, hasta haber tenido noticias ciertas sobre la salvación de la reina. A fines de abril llegó a Roma, informó al Papa en un largo discurso sobre los peligros en que

(1) Que Riccio hubiese sido un «agente del Papa» (Bekker, María, 12), no está demostrado y es improbable; el Archivo Vaticano no conserva ninguna carta de él o dirigida a él (Pollen, CIII). Ciertamente it is unquestionable that... the Protestant lords longed for Riccio's murder as Mary's zealous adviser in her efforts to restore the old religion (Bain, II, xv). Entre los consabidores de la conjuración se hallan también Knox y el predicante Craig (Bain, loco cit. y n. 363, p. 270). — No puede decirse que fuese «Riccio un cantor hermoso». Según todas las relaciones era feo, y según casi todas — la única excepción Labanoff, VII, 86, puede fundarse en una falta de escritura — ya estaba bastante entrado en años. Más pormenores sobre la conjuración pueden verse en Cardauns, 5-19.

(2) Álava a Felipe II en carta fechada en Moulins a 29 de marzo de 1566, en Pollen, 473. Requeséns a Felipe II en 18 de abril de 1566, Corresp. dipl., I, 188. La apostasía de Darnley la \* motifica también C. Luzzara desde Roma a Mantua en 17 de abril de 1566, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

había estado su soberana, y con esto juntó la petición de que se dignase apoyarla eficazmente (1).

En Roma halló Chisholm el terreno preparado de la manera más favorable para su misión precisamente por los recientes acaecimientos (2). Pío V derramaba lágrimas al oír referir la situación apurada de la reina, y al ver que no tenía manera de remediarla (3). Sin embargo de esto hizo lo que pudo. Limitó el Papa sus gastos domésticos y hasta su propia mesa para tener el consuelo de acudir en auxilio de María con su sacrificio personal (4). El 2 y el 5 de mayo escribió a los reyes de España y Francia a fin de conseguir socorro para María Estuardo (5).

Si las cosas hubiesen ido conforme a su deseo, las dos grandes potencias católicas se habrían aliado contra Isabel o a lo menos habrían prohibido a sus súbditos el comercio con Inglaterra y herido así el nervio vital del reino del norte (6). Por un breve de

(1) Pollen, *civ.* El discurso se halla en Bellesheim, II, 448 ss. (con la fecha inexacta de 11 de abril). Cf. también Corresp. dipl., I, 253 y la \*relación de Arco (con un Aviso adjunto), fechada en Roma a 27 de abril de 1566, *Archivo público de Viena*.

(2) Según una \*carta de Arco, de 18 de mayo de 1566, fueron apoyadas sus diligencias por el cardenal de Lorena. *Archivo público de Viena*.

(3) ... dicen que suspiraba y le salían las lágrimas de los ojos, y diciéndole alguno que Su Santidad no se fatigase tanto, respondíole, como quereis que no me fatigüe viendo en tal estado aquel reyno y no teniendo la manera que querría para poderle ayudar. Carta de Polanco fechada en Roma a 30 de abril de 1566, en Anal. Boll., VII (1888), 55; cf. Requeséns a Felipe II en 31 de mayo y 4 de julio de 1566, Corresp. dipl., I, 254, 281.

(4) Polanco en 17 de junio de 1566, en Anal. Boll., VII, 59.

(5) Laderchi, 1566, n. 369. La carta a Felipe II está fechada falsamente en la nueva edición de Laderchi (Pollen, 236). Ya en 18 de abril de 1566 había hecho escribir Pío V a don Felipe en el mismo sentido por medio del embajador español Requeséns (Corresp. dipl., I, 188). El breve de 2 de mayo fué enviado al nuncio de Madrid, Castagna, con una carta adjunta de Bonelli (*ibid.*, 228). Llega allá el 24 de mayo (*ibid.*, 258) y es entregado el 7 de junio por Castagna, como éste lo notifica a Bonelli en igual día (*ibid.*, 261). Felipe II promete hacer cuanto le sea posible (*ibid.*).

(6) Tiépolo al dux en 4 de mayo de 1566, Pollen, 236.—Ya hacía mucho tiempo que se habían esparcido entonces rumores «por la fama general en toda Europa», de que existía una liga de las potencias católicas contra el protestantismo (Susta, I, 235). Sólo hay en ello de verdad, que Pío IV y Pío V habían deseado semejante liga. En tiempo de Pío IV fué el nuncio francés Gualtierio quien en 8 de septiembre de 1561, propuso al Papa una liga para la defensa de la religión católica en Francia (*ibid.*, 252, 255 s.). Pío IV hasta habló una vez de conceder al rey de España el derecho de ceñir las coronas de Francia e Inglaterra, para el caso de que fuese necesaria la excomunión y deposición de los soberanos de entrambas naciones (*ibid.*, 280). Sobre la tenta-



12 de mayo de 1566 puso en conocimiento de María los pasos que había dado cerca de Carlos IX y Felipe II; díjole que pronto seguiría un subsidio pecuniario; que ciertamente no podía ser tan grande como él deseaba, pues, como los turcos el verano siguiente iban a atacar al emperador por tierra y a Malta por mar, había ya dispuesto de sus caudales para alejar estos peligros (1).

Pronto se puso de manifiesto con toda certidumbre, que el peligro de los turcos no era tan grande, y ahora prometió también Pío V enviar al punto a María toda la suma que había destinado para Maximiliano II y los sanjuanistas (2).

A fines de mayo volvióse Chisholm a París (3). Sin duda con la esperanza de que más fácilmente se podría confiar un considerable socorro de dinero a un elevado dignatario eclesiástico, había propuesto el envío de un nuncio a Escocia, y Pío V lo había hecho esperar a la reina en su carta de 12 de mayo (4). En su contestación (5) María manifestó alegrarse por la resolución pontificia; no obstante, se puede poner en duda si dadas las complicadas circunstancias de Escocia, era útil para ella un enviado pontificio. También el provincial de los jesuitas, Manareo, cuyos súbditos Edmundo Hay y Tomás Darbishire habían sido elegidos

tiva de Pío V de unir a los príncipes católicos contra los protestantes franceses, cf. Catena, 68 s. Con todo eso, en la correspondencia política de aquel tiempo no se han hallado hasta ahora más que semejantes deseos y excitaciones, y como ahora están tan generalmente extendidas las ediciones de estas correspondencias, debe tenerse por seguro que no se llegó entonces al efectivo concierto de una liga católica, y que la suposición opuesta aun de algunos historiadores modernos se funda en un error. Cf. Pollen, xxxviii-xlIII y The Month, XCVII (1898), 258 ss.; Rachfahl, II, 1, 190. No hay rastro alguno de una entrada de María en una liga semejante. Hosack, I, 124-129; Philippson, loco citato, III, 117; cf. Fleming, 124, 379.

(1) Laderchi, 1566, n. 370.

(2) El emperador se quejó de ello; cf. Laderchi, 1566, n. 275 ss.; Schwarz, Correspondencia, 23, 30. La respuesta del Papa, de 12 de julio de 1566, se halla ibid., 33.

(3) Pollen, 239.

(4) Laderchi, 1566, n. 370. Arco \*escribe a Viena en 15 de junio de 1566, que Laureo iría a Escocia el 17, più per mostrare chel Papa tien conto di quella Regina, che per aiutarla con effetti contra gli ribelli. Añade que otra razón de su envío era también la noticia de que la reina había perdonado a una gran parte de los rebeldes. *Archivio pubblico de Viena*.

(5) Edimburgo 17 de julio de 1566, en Labanoff, I, 356. En 21 de julio de 1566, Darnley y María escribieron en común al Papa, para proponerle a Alejandro Campbell para la sede episcopal de Brechin. Bain, II, n. 414. Pollen, 262.

para acompañar al nuncio, se permitió hacer llegar a Roma sus reparos (1). Decía él que a la reina María le eran muy necesarios ciertamente consejeros hábiles y de sentimientos religiosos; pero debían ser escoceses, no extranjeros, y menos que todo legados de la Santa Sede, a la cual aborrecían en Escocia más que a Satanás. Que según su opinión, se haría bien en inducir al embajador de María en París, el arzobispo Beaton de Glasgow, a que volviese a Escocia, para que allí exhortase a los obispos y a los nobles católicos a la fidelidad para con Dios, la Iglesia y la reina; que se le podrían agregar algunos jesuitas como familiares y consejeros, hasta que se ofreciese coyuntura para más amplia actividad. También Hay manifestó por el mismo tiempo (2) su temor de que los subsidios pontificios serían de poca utilidad en Escocia por la falta de ánimo y debilidad del partido católico; que se trabajaba para que la suma fuese a parar a otras manos y el nuncio fuese retenido en Francia o se volviese a Roma sin haber desempeñado su comisión.

El prometido nuncio, Vicente Laureo, obispo de Mondovì, llegó a París el 10 de agosto de 1566, donde ya le esperaba una carta de la reina de Escocia. María expresaba en ella el deseo de que el nuncio no viniese sino después del bautizo de su hijo, nacido el 19 de junio. Decíale que el bautismo del futuro sucesor del trono pensaba hacerlo administrar de una manera solemne conforme al rito católico; que si la nobleza y el pueblo venían en ello, tampoco la venida del nuncio hallaría ya resistencia. Juntamente instaba la reina a que se le enviasen los fondos pontificios en todo o en parte; Beaton y Chisholm propusieron que se les hiciese dar una parte de la suma. Laureo respondió que conforme a sus encargos sólo podía entregar toda la suma en caso de necesidad, mas en caso contrario había de hacerse el pago en cinco plazos mensuales. Se le contestó que el caso de necesidad estaba ya presente; pero Laureo pensó pedir primero el parecer del cardenal de Lorena, antes de hacer una firme promesa (3).

En una hoja adjunta especial, en que da cuenta al secretario de Estado de su conferencia con Beaton y Chisholm, describe

(1) Monareo a San Francisco de Borja en carta fechada en París a 26 de junio de 1566, en Pollen, 497 s.

(2) Hay a Borja en carta fechada en París a 2 de julio de 1566, en Pollen, 499.

(3) Laureo al cardenal Bonelli en 21 de agosto de 1566, en Pollen, 269.

Laureo la difícil situación de la reina (1). Dice que Isabel de Inglaterra, después del nacimiento del heredero del trono estaba aún más recelosa de ella que antes, y en lo por venir apoyaría aún de mejor gana a los escoceses rebeldes; que la reina estaba desavenida con Darnley, el cual aspiraba a la posesión independiente de la corona, y que esta discordia la obligaba a buscar su apoyo en los protestantes. Que se podría lograr un mejoramiento de las circunstancias, si Felipe II fuese a Flandes con un grande ejército y María procediese con rigurosa justicia contra los cabecillas de la rebelión; que si seis de éstos sufriesen la merecida pena de muerte, en breve tiempo y sin dificultad se podría restablecer la religión católica. Según parece, inclinaron a Laureo a este modo de pensar los desterrados escoceses que había en París, los cuales no estaban suficientemente enterados de las circunstancias de su patria (2). Los seis cuyo castigo exigía Laureo, son: Murray, Argyll, Morton, Lethington y los influyentes empleados de administración Bellenden y Mac Gill; de los predicantes no se halla nadie entre ellos, ni siquiera Knox.

Como también el cardenal de Lorena recomendaba el pago de una parte de los subsidios pontificios, entregó Laureo al embajador escocés 4000 ducados, con los cuales partió de París su hermano el 9 de septiembre y llegó a Stirling el 21 (3). Sin embargo la partida del nuncio para Escocia se iba dilatando cada vez más. El bautizo del recién nacido príncipe, para cuyo mayor esplendor se quiso aguardar la presencia de los embajadores extranjeros, no se había efectuado todavía. El 6 de octubre, el Consejo privado de Escocia otorgó ciertamente las cantidades necesarias para poderlo celebrar con toda solemnidad posible, y al mismo tiempo la nobleza se declaró conforme con la venida del nuncio (4). Poco después la reina envió a París y a Roma a uno que había acompañado a Chisholm en su viaje a Roma, Esteban Wilson, para invi-

(1) Laureo al cardenal Bonelli en 21 de agosto de 1566, en Pollen, 270 s.

(2) Cf. *ibid.*, cx.

(3) Laureo al cardenal Bonelli, en carta fechada en París a 9 de septiembre de 1566, en Pollen, 279. En un breve de igual fecha \*recomienda el Papa al rey de Francia, Carlos IX, a su nuncio Vincentium Montisregalis episcopum negotiis reginae Scotiae deputatum, quem et secum de eiusdem reginae angustiis fortiter sublevandis oretenus acturum fore indicat et orat ut faveat. *Museo Británico*, Additional, 26865, p. 421.

(4) Instrucción para Wilson, n.º 2, en Pollen, 327; cf. *ibid.*, 324.

tar al nuncio a pasar a Escocia, dar gracias al Papa y excusar la tardanza en anunciarle el nacimiento del sucesor al trono (1). Pero la partida de Wilson se difirió, y hacia fines del mes María cayó en Jedburgh en una grave enfermedad, por la cual vino de nuevo a quedar todo indeciso (2).

En presencia de la muerte recibió María los sacramentos de la Iglesia católica, expresó su inquebrantable adhesión a la fe recibida en su niñez, y lamentó no haber hecho más por el servicio de Dios y la religión. La confianza de Laureo en las buenas intenciones de María se volvió ahora a levantar, pues antes no poco se había menoscabado por la larga retardación de su partida. El nuncio llegó a dar cabida a la sospecha de que el consejo de hacerle ir a Escocia había sido dado a la reina con el intento de remediar el enorme vacío del tesoro real (3). Para poder conocer claramente el estado de este asunto, a la noticia de la convalecencia de María se le enviaron el obispo Chisholm y el jesuita Edmundo Hay; éste tenía el encargo de volverse lo más pronto posible para dar cuenta de la disposición de ánimo de la reina (4).

En Roma las clases directoras habían asimismo llegado a pensar haberse exagerado el celo religioso de María. Ya el 16 de septiembre de 1566 Pío V hizo escribir al nuncio, que si su partida se retardaba todavía más tiempo, no se debía continuar con el pago de los subsidios; pero que si Laureo, después de su llegada a Escocia se cercioraba de que las sumas ya entregadas no se empleaban en bien de la religión, debía del todo suspender los pagos (5). Mas el 30 de septiembre le hizo escribir, que si su partida se demoraba indefinidamente, se volviese hasta nuevo aviso a su diócesis de Mondoví (6).

Todavía antes que el nuncio recibiese esta orden, tuvo Laureo una conferencia con el cardenal de Lorena (7). Representóle que ahora había llegado el tiempo oportuno para emprender algo de importancia en bien de la religión en Escocia. Que Pío V

(1) Ibid. Una carta de María para Morone de 9 de octubre de 1566, puede verse *ibid.*, 324 s.

(2) Pollen, 328. Fleming, 539.

(3) Laureo en 12 de noviembre de 1566, en Pollen, 311.

(4) Ibid., 313.

(5) Ibid., 284.

(6) Ibid., 286.

(7) Laureo en 12 de noviembre de 1566, en Pollen, 312.

podía mucho con Felipe II, y que el auxilio prestado por el Papa ofrecía ya por sí solo, según opinión de Beaton y Chisholm, una base suficiente para seguir adelante con más decisión. El cardenal asintió al fin a las explicaciones de Laureo, y los dos convinieron en que se enviase a la reina de Escocia uno de los nobles que rodeaban más de cerca al cardenal, y procurase determinarla al restablecimiento de la religión (1). El mismo cardenal, el obispo Chisholm y el P. Edmundo Hay eran de opinión que el mejor medio para ello era proceder con rigor contra los cabecillas de los rebeldes, lo cual ya antes había aconsejado el nuncio. Que el noble que se enviase, había de llegar a Escocia antes que se partiese de allí Wilson; que si luego la reina llamaba al nuncio a Escocia acaso por otros motivos que por el celo de la religión, la llegada del enviado y la memoria de la enfermedad de que acababa de salir, la inclinarían, como era de esperar, a seguir el piadoso y prudente consejo del cardenal.

La blandura de María, que tanto disgustó a Laureo y a los escoceses de París, tiene ciertamente algo de extraño. Mientras la reina estaba en manos de los asesinos de Riccio, supo eludir con habilidad la exigencia de conceder desde luego amnistía a los culpados (2). El 19 de marzo de 1566 Morton, Ruth de Lindsay y otros sesenta y siete fueron llamados para que compareciesen dentro del término de seis días ante el rey y la reina a fin de responder de la muerte de Riccio y la prisión de la reina (3). Pero poco a poco todos los culpados consiguieron perdón. Murray y Argyll se hallaban ya de nuevo en la corte a fines de abril, al paso que el 11 de mayo y 8 de junio se expidieron decretos contra los demás rebeldes. En los meses de junio y julio, septiembre y octubre se otorgaron nuevos indultos (4), hasta que la víspera de Navidad de 1566, se decretó un perdón general para Morton y otros setenta y cinco (5). A fines del año la mitad de los miembros del Consejo privado de la reina se componía de conspiradores perdonados, y era de prever que esta gente en la primera ocasión usarían contra la reina misma del poder que ella les había dado. Con todo, por

(1) Nada más hay conocido sobre este envío.

(2) Nau, 25 ss. Fleming, 392 ss., 403 s.

(3) Fleming, 131.

(4) Pollen en *The Month*, XCVI (1900), 243. Fleming, 406, nota 19.

(5) Se halla impreso en Fleming, 502-504.

muy extrañas que sean estas cosas, se explican sin embargo de alguna manera por las instancias que hacía Isabel para que se concediese perdón a los traidores (1), y por los esfuerzos de María, sobre todo por tranquilizar y reconciliar y poner término a las discordias que desgarraban el país (2). Fuera de esto María no tenía a nadie alrededor de sí que juntase la experiencia en los negocios de Estado con la fidelidad al rey. Así hubo de intentar hacer que los conjurados hábiles trabajasen en favor de ella, para que no volviesen su astucia contra su soberana.

Por tanto era de suyo fácil de entender que María rechazase el consejo de Laureo, también por otra parte irrealizable (3); declaró que no quería manchar sus manos con la sangre de sus súbditos (4). Pero el nuncio persistió en su opinión tanto más cuanto los terribles acaecimientos de los meses siguientes le dieron, a su parecer, razón. Escribía entonces, que por su excesiva bondad y blandura la reina se había arrojado al mayor peligro de ser esclava y presa de aquellos herejes y perder la propia vida (5).

Los políticos gobernantes cuyo castigo exigía Laureo, no sólo tenían en el fondo sentimientos hostiles a la reina, sino también estaban en alto grado irritados contra su esposo, el desdichado Darnley. A él atribuían el que después del asesinato de Riccio se hubiese frustrado la conspiración contra María. El fué quien después del sangriento hecho impidió el perdón de los matadores, proyectado por María luego al principio, y también más tarde se opuso a él. De nuevo había provocado después contra sí el odio de los asesinos desterrados, cuando, con inconcebible ceguedad, acometió la loca y arriesgada empresa de negar de un modo solemne ante el Consejo privado de la reina, toda complicidad en la muerte de Riccio, declaración que fué anunciada públicamente en la cruz del mercado de Edimburgo el 21 de marzo de 1566. Era de suyo

(1) Fleming, 131, 403.

(2) I hear say she seeks now all means to quiet her country and will «imbrace» such as are fitted for her council. It is thought she will not deal so hardly «with these noblemen» as she was minded... Randolph en 2 de abril de 1566, en Bain, II, n. 368. Así reconcilió a Murray y Bothwell, a Murray y Huntly, a Atholl y Argyll. Hosack. I, 147.

(3) Laureo en 3 de diciembre de 1566, en Pollen, 321.

(4) G. Thomson en Pollen, 406.

(5) Laureo en 12 de marzo de 1567, en Pollen, 363.

fácil de entender dadas las bárbaras costumbres de la nobleza escocesa, que los lores desterrados se vengarían en la primera ocasión derramando sangre. Entre tanto respondieron a la declaración de inculpabilidad de Darnley, enviando a la reina el documento en el cual su esposo se había aliado con los conjurados mediante su firma. Muy poco después obtuvo la reina entero conocimiento de la vil traición del hombre a quien hasta poco antes tan ardiente amor había tenido (1).

Darnley, ya cuando huyó su esposa de los asesinos de Riccio, se había portado con ella muy cobardemente y sin ninguna caballerosidad (2). Las manifestaciones de los conjurados no eran a propósito para alejar su desconfianza con él (3). Habíale ciertamente perdonado, y en general las reconciliaciones entre los dos esposos se repetían con bastante frecuencia (4), pero Darnley no renunció a sus conatos de poseer con independencia la corona, y cuando su deseo no se cumplió, el disgusto del alocado joven se manifestó de una manera que trae a la memoria la terquedad de un niño sin juicio. En la apertura del Parlamento de 1566 no se halló presente, se mantuvo alejado hasta del bautizo de su hijo, y al fin declaró que quería dejar enteramente a Escocia. En vista de esto, María, el 30 de septiembre de 1566, ante el embajador francés Ducroc y su Consejo privado instó a Darnley a que expusiese los motivos de su determinación. «Le tomó por la mano, refiere Ducroc, y le rogó por amor de Dios, que le dijese, si ella le había dado alguna causa para esta resolución; que hablase claro y no temiese ofenderla.» Darnley respondió que no se le había dado causa ninguna, pero no obstante se despidió con estas palabras: «Adiós, madama, por mucho tiempo no volveréis a ver mi rostro». Pero a pesar de ello no salió de Escocia (5).

La confesión de Darnley de que nada tenía que reprochar a su

(1) Hosack, I, 145. Fleming, 128.

(2) Nau, 29.

(3) Pueden verse en Fleming, 132 varios ejemplos de su desconfianza.

(4) Ibid., 132, 134, 135, 137.

(5) Hosack, I, 153. Fleming, 138. En el mismo día 30 de septiembre los lores del Consejo privado exhortaron al regio esposo a dar gracias a Dios, por haberle dado una esposa tan prudente y virtuosa (Fleming, 137 s.). En 15 de octubre de 1566 escribe Ducroc, que nunca había visto a María tan querida, apreciada y honrada como ahora; y que gracias a su sabia conducta reinaba la más completa armonía entre todos sus súbditos. Hosack, I, 157.

esposa, arroja mucha luz sobre las relaciones que tenía entonces María con un hombre (1) que había llegado ya a gozar de gran crédito en la corte real y muy pronto debía intervenir de la manera más funesta en los destinos de la reina de Escocia. Jacobo Hepburn, conde de Bothwell, había huido de Escocia en 1562, viéndose acusado de un plan de asesinato contra Murray (2), pero en 1565, durante la rebelión de los lores, alcanzó permiso para volver (3) y se había señalado en alto grado en sojuzgar el levantamiento (4). Como además era el único noble escocés que, a pesar de ser protestante, se había mostrado siempre fiel al rey, se explica fácilmente la predilección de María por un hombre que era, a la verdad, tosco, audaz, violento e inmoral, pero a lo menos no era hipócrita ni traidor (5). Pronto subió Bothwell a un tan grande influjo, que fué el hombre más odiado en Escocia y ya se formó una conspiración para derribarle (6).

Esta conjuración no llegó entonces a ponerse por obra; al contrario, se tramó a principios de diciembre una nueva conspiración, esta vez, según las apariencias, en favor de Bothwell; a invitación de los que hasta ahora habían sido enemigos suyos, Huntly, Argyll y Lethington, Bothwell se unió con ellos para derribar al «joven fatuo y orgulloso tirano» Darnley, el cual debía de algún modo ser quitado de en medio (7). Bothwell se había dejado inducir a aliarse con sus enemigos por la seductora promesa de que él mismo sería elevado a esposo de la reina, en lugar de Darnley (8). Según parece, Bothwell no echó de ver que se le tendía un lazo;

(1) También Fleming (loco cit.) reconoce que los lores del Consejo privado nada sabían entonces de ciertas historias escandalosas del Book of Articles, o nada creían de ellas.

(2) Hosack, I, 82.

(3) Ibid., 104, 120, 143.

(4) Labanoff, II, 35. Fleming, 115, 118, 369.

(5) Hosack, I, 152.

(6) Bedford en 12 de agosto de 1566, *ibid.*

(7) Esta conspiración fué sólo conocida por la Memoria de la reina, de junio de 1568 (Labanoff, VII, 315 ss.), y la confesión que el 13 de diciembre de 1573 hizo antes de su ejecución lord Ormiston, a quien se había invitado a tener parte en dicha conjuración. Hosack, 162 s.; cf. Fleming, 423, nota 90.

(8) They [los desterrados que habían vuelto] retained the strongest resentment against Darnley for having betrayed their plans to the Queen, and they anxiously sought an opportunity of vengeance. In a short time they disclosed their design to Bothwell, urging him to murder the King, and promising that if he consented they would persuade or compel the Queen to give her hand to him. Leslie en Forbes-Leith, 117; cf. Bekker, 28, 99 s.



pues si era asesino del rey, no podía sostenerse mucho tiempo en el usurpado trono. Como era fácil de prever, en su caída había de arrastrar consigo asimismo a la reina; y entonces quedaba finalmente logrado el intento ya dos veces acometido, de destronar a María.

Mientras se iba estrechando la red que se había armado para perder a Darnley, «el joven fatuo y orgulloso tirano», bajo la influencia de su ambicioso e imprudente padre Lennox, soñaba en nuevos planes para asegurarse la corona matrimonial por tanto tiempo pretendida (1). A fines de diciembre se volvió a separar de su esposa, y pronto se supo en Edimburgo que estaba enfermo de viruelas en Glasgow. A fines de enero de 1567 María le visitó y determinó al esposo enfermo a volver con ella a Edimburgo, donde estaba sustraído al influjo del conde de Lennox. Contra el primitivo plan de la reina, se estableció en una casa sencilla, pero situada en paraje salubre, fuera de la ciudad, que estaba apoyada al sur en la muralla de la misma (2).

No había pasado mucho tiempo, cuando el nuncio Laureo recibió de nuevo horribles noticias de Escocia. El embajador francés en Edimburgo, Ducroc, el 19 de febrero de 1567 llegó a la capital de Francia; antes de embarcarse en Dover un correo del embajador francés en Londres le había llevado el horrible mensaje de que en la mañana del domingo de carnaval se había hallado en medio de una calle a Darnley y a su padre Lennox muertos y despojados de sus vestidos (3). Esta primera comunicación fué ya muy pronto corregida y completada por otras noticias. Llegaron mensajeros de la reina de Escocia a Beaton y a la corte de Francia, y finalmente otro también al mismo Laureo. Conforme a las nuevas relaciones, la reina había visitado a su esposo disfrazada la tarde del domingo de carnaval; poco antes de medianoche se despidió de él para asistir a la boda de uno de sus cortesanos. Dos horas después el estampido de una terrible explosión de pólvora sacó a los vecinos de Edimburgo de sus camas y los atrajo a la muralla de la ciudad. La vivienda de Darnley había sido volada. El cadáver del rey se halló en un huerto próximo a la casa destruída; tenía una costilla rota, y las vísceras comprimidas y aplas-

(1) Riess en la Revista Hist., 3.<sup>a</sup> serie, XIV (1913), 272 s.

(2) En Bekker, 377-380 hay una descripción de la casa.

(3) Carta de 22 de febrero de 1567, en Pollen, 348 s.

tadas por la fuerza de la caída. Al mismo tiempo se intentó en Glasgow un atentado frustrado contra el padre de Darnley (1).

Escocia estaba acostumbrada al regicidio; refiere una memoria contemporánea, que de 105 reyes escoceses, 56 habían sido asesinados (2). Pero el reciente crimen de este género, tan cobarde e indignamente perpetrado, que fué pronto materia de las conversaciones diarias en toda Europa (3), sintióse sin embargo como una afrenta para toda la nación. Durante algún tiempo cubrió una densa oscuridad a los autores e instrumentos de este horroroso hecho. Todavía eran los menos los que sabían, que los más principales funcionarios del Estado, el supremo administrador de justicia, Argyll, el secretario de Estado, Lethington, y el canciller del reino, Huntly, eran todos ellos cómplices. Era por tanto natural, que especialmente en los países extranjeros se dirigiese la sospecha contra la infeliz reina (4), y que se le hiciese cargo de que las averiguaciones y actuaciones judiciales acerca de los culpados viniesen a ser una pura farsa.

El 12 de febrero de 1567 anunció el Consejo privado, que María había prometido en recompensa 2000 libras y otras grandes ventajas al que descubriese al autor del atentado (5). A pesar de esto no se entabló una pública acusación, pero el 16 en los principales edificios de Edimburgo se hallaron fijados carteles en que se nombraba como asesinos a Bothwell y otros tres, y se culpaba a la reina de haber estado en inteligencia con ellos; resonaron en las calles clamores nocturnos que acusaban a Bothwell; esparcieron retratos del mismo que llevaban debajo la siguiente inscripción: Este es el asesino del rey (6). El padre de Darnley, Lennox, tomó ahora por su cuenta seguir la causa, y en una carta de 17 de marzo designó asimismo a Bothwell y a otros tres como autores del regicidio (7).

(1) Cartas de Laureo, de 23 y 27 de febrero, 8, 12 y 16 de marzo de 1567, en Pollen, 352-371. Estas relaciones del nuncio son del número de aquellas que primero dieron noticia del asesinato. Muchas de las particularidades mencionadas se hallan sólo en Laureo. Cf. Pollen, *cxx* ss.

(2) Diary de Birrel en Hosack, I, 280, nota.

(3) Beaton a María en 11 de marzo de 1567, en Hosack, I, 280 s.; Fleming, 151.

(4) Beaton, loco cit.

(5) Fleming, 439.

(6) Fleming, 153.

(7) Hosack, I, 283.

La causa de Darnley apenas podía ponerse en manos menos hábiles. En vista de la acusación de Lennox, el Consejo privado fijó ciertamente en 28 de marzo el interrogatorio de Bothwell para el 12 de abril. Pero en vez de hacer ahora averiguaciones sobre el crimen en el sitio mismo donde se perpetró, juntó Lennox, en lugar de pruebas, tres mil hombres armados y se puso con ellos en camino para Edimburgo. Pero en Stirling, le faltó el ánimo; el 11 de abril escribió desde allí a la reina, que estaba enfermo; que hasta que él llegara, se encarcelase a los culpados y se le diese facultad para prender a los sospechosos. Isabel de Inglaterra apoyó, a ruegos de Lennox, estas inusitadas exigencias, que no le fueron otorgadas (1).

Al día siguiente se pudo representar la comedia de la audiencia judicial. Era presidente del jurado un pariente próximo del acusado, y del tribunal lo era Argyll, cómplice de Bothwell; acompañado de otro de los conjurados, el secretario de Estado, Lethington, y de muchos de sus partidarios, se dirigió el inculcado a caballo con gran séquito al lugar de las actuaciones, donde entró, a pesar de todo, con zozobra y desconfianza. Como por parte del inhábil acusador tampoco se presentó ni un solo testigo, era claro aun por este motivo, que las actuaciones habían de terminar con una absolución. La petición del partido contrario, de que se prolongase todavía el interrogatorio, fué denegada por razón de que el mismo Lennox había solicitado un proceso breve (2). Cuatro días después se abrió el Parlamento; los representantes de toda la nación confirmaron a Bothwell en su posición de comandante de la ciudadela de Dunbar «por sus grandes y diversos servicios», y con esto reconocieron indirectamente su absolución (3). Además este Parlamento cuidó diligentemente de asegurar a los miembros de la alta nobleza, como Huntly, Morton y Murray, la posesión de los pingües bienes que la reina les había antes otorgado. Pues el próximo diciembre María iba a cumplir los veinticinco años, pero antes de haber llegado a esta edad, podía siempre revocar sus anteriores donaciones, si un decreto del Parlamento no les había puesto el sello. Los largos documentos en los cuales se hizo ahora esta confirmación, arrojan de nuevo mucha luz sobre los motivos del

(1) Hosack, I, 283, 285, 288.

(2) Ibid., 291 s.

(3) Fleming, 155.

asesinato del rey, pnes Darnley, si todavía hubiese vivido, no habría consentido seguramente la donación de tan ricas posesiones a aquellos nobles, sus mortales enemigos (1). El mismo Parlamento suprimió todas las incapacidades legales que todavía subsistían de alguna manera contra los protestantes, y aseguró a todo escocés la libertad de vivir según su religión (2). Para que los católicos no pudiesen aprovecharse de esta «libertad», el 23 de mayo, cuando ya Bothwell era esposo de la reina, fueron derogados todos los permisos reales en favor de especiales formas de religión (3).

La noche que siguió a la clausura del Parlamento, 19 de abril de 1567, Bothwell dió un banquete a la alta nobleza en la posada de Ainslie, y en él indujo a nueve condes y doce lores a firmar un documento en el cual los lores confesaban que tenían a Bothwell por inocente en la muerte del rey, y estaban dispuestos a ampararle contra las calumnias. Decíase luego más adelante, que si María le eligiese por esposo, estaban resueltos a defenderle contra cualquiera que impidiese o turbase este matrimonio (4). Luego al día siguiente hizo Bothwell a la reina una proposición de casamiento, la cual empero fué decididamente rechazada (5).

Uno tras otro sucediéronse ahora los acaecimientos que arrastraron a María al precipicio. El 21 de abril fué la reina a Stirling para visitar a su hijo; a su vuelta en 24 de abril, fué raptada por Bothwell y oprimida hasta que consintió en unirse en matrimonio con él, que estaba ya casado. Apresuradamente hubo de disolverse ahora el primer matrimonio del futuro rey. Su esposa de hasta entonces, que era católica, sometió la causa al consistorio protestante, y el protestante Bothwell al arzobispo católico. La autoridad protestante dirimió el matrimonio, fundándose en un adulterio de Bothwell, y el tribunal del arzobispo lo declaró inválido por el próximo parentesco de los esposos, aunque el mismo arzobispo había concedido dispensa de este impedimento (6). El

(1) Hosack, I, 294 s.

(2) Bellesheim, II, 73.

(3) Ibid., 83. Pollen, 395, nota.

(4) Bain, II, n. 492. Cf. Fleming, 155; Bekker, 97 s.

(5) Labanoff, II, 37. Nau, 45 s. Bekker, 101.

(6) El instrumento de dispensa, de 17 de febrero de 1566, fué descubierto por Juan Estuardo (*A lost chapter in the history of Mary Queen of Scots recovered*, Edinburgh, 1874). Puede suscitarse la cuestión sobre si en el proceso del

15 de mayo, tres meses después del asesinato de Darnley, dió luego María la mano al violento pretendiente para la infeliz unión, que se celebró ante el obispo protestante de las islas Orcadas (1). «La parte mejor del reino», esto es, la alta nobleza, aprobó el enlace, «sea por adulación, sea con su silencio» (2).

Por qué camino fué conducida María a este funesto paso, será quizá siempre un enigma indescifrable para la investigación histórica. Según indican sus adversarios, la reina, ya en vida de su segundo esposo, mantenía relaciones adúlteras con Bothwell, y tiene la culpa principal de la muerte de Darnley. Pero no sólo la juventud de María estuvo sin mancha, sino que tampoco desde los primeros años de su presencia en Escocia, ni siquiera los ojos aguzados por el odio, de un Knox y sus partidarios pudieron descubrir en ella una mácula en lo tocante a moralidad. Además era de carácter noble y magnánimo: demuéstranlo su valor en el peligro, su fortaleza de alma en los padecimientos y la fidelidad con que se mantuvo adherida a su religión aun contra su propio interés; por lo cual no se puede entender conforme a la psicología el casi repentino despeñamiento en una abyección moral tan pro-

divorcio fué él exhibido o sustraído furtivamente, y si la sustracción se hizo sabiéndolo el arzobispo, si la dispensa fué válida, y si María tenía noticia de su existencia. En el breve por el cual ordenó Pío V en 15 de julio de 1571, que se tratase de nuevo este negocio, se dice que la dispensa fué furtivamente sustraída: Bothwell se ha atrevido violenter *aggredi* a su reina, *eamque rapere invitam et nihil minus cogitantem et captivam...* in arcem de Dumbbar *in carcerem* detrudere, *eamque ibi ac deinde in arce Edimburgensi per aliquod temporis spatium invitam similiter ac reluctantem* retinere, donec processum quemdam praetensi divortii inter ipsum comitem Iacobum eiusque uxorem praedictam instituit, ac *subtracta furtive dispensatione* apostolica supra narrata iniquissimam desuper sententiam dicti matrimonii rescissoriam omni iuris ordine ac dictamine postposito praecipitanter fulminare curavit... et in continenti omni mora postposita praedictam Mariam reginam *lugentem ac renitentem* ad comparendum coram schismatico, ut dicitur, episcopo Orchadensi et apostata ad consensum praetenso matrimonio cum eo tunc de facto contrahendo praestandum per vim et metum iniuriose compulit (Anuario Hist., VI [1885], 157). Los datos del breve se apoyan naturalmente en la exposición que envió María. Pero si el breve había de ser válido, los datos esenciales acerca de la realidad de los hechos debían estar fundados en la verdad. El docto canonista Bellesheim en su Historia de la Iglesia catól. en Escocia, II (1883), 127 s., se decide en favor de la validez del matrimonio de Bothwell con Juana Gordon, y en las Hojas Hist.-polít., CXII (1893), 579 en contra.

(1) Bellesheim, II, 80 ss.

(2) Palabras del predicante Craig, que desaprobó abiertamente el matrimonio. Ibid., 81.

funda. Su confesor, el dominico Roque Mamerot, certificaba en julio de 1567 al embajador español en Londres, que hasta los primeros pasos para su matrimonio con Bothwell, nunca había visto él una mujer de mayor virtud, valor y honradez, y estaba dispuesto a confirmar su declaración con solemne juramento (1).

Es por el contrario incontrovertible que a lo menos las apariencias hablan contra María. Su desavenencia con Darnley era generalmente conocida, y asimismo el favor que otorgaba a Bothwell; al casarse con él parecía dar razón a la peor sospecha. Pero ni aun estos motivos justifican en manera alguna la más ruin sospecha. Su discordia con Darnley no era un odio mortal; ella se acordaba siempre de nuevo de que era su esposa, y le alargaba la mano para la reconciliación. Mas no hay prueba alguna libre de objeciones, de que se apasionase por Bothwell con un amor loco. El matrimonio con él fué ciertamente un enorme desatino; pero en una mujer que se hallaba de todo en todo en manos de este hombre violento, no veía ayuda de ninguna parte, y además se sentía oprimida de padecimientos físicos y morales (2), semejante paso se puede sin embargo entender de alguna manera, aunque no justificar.

Queda muy dificultado el recto juicio por la campaña de calumnias que los descarados enemigos de María hicieron contra ella; es indudable que se la combatió, por decirlo así, según un plan premeditado, con mentiras y falsificaciones (3). Por lo cual

(1) Guzmán de Silva a Felipe II en 26 de julio de 1567, Corresp. de Felipe II, tomo II, 518; cf. Pollen, 520.

(2) Hosack, I, 275 s. En 15 de marzo de 1567, el embajador español en París, Alava, escribe a Felipe II, que María pensaba salir de Escocia y establecer su residencia en Francia. Ibid., 276. Pollen, 477.

(3) El escrito de acusación presentado contra María en la conferencia de Westminster en 1568, el Book of Articles (en Hosack, I, 522-548), está lleno de burdas calumnias (ibid., 426 ss.; cf. también Fleming, 137); la Detectio de Buchanan dió a estas calumnias la más amplia publicidad. En Westminster fueron también presentadas la declaración de Nelson, el único criado de Darnley que salió con vida de la explosión, y la de Crawford. Nelson procura producir la impresión de que Darnley fué tratado en su última enfermedad pobre y miserablemente; pero es refutado por el inventario todavía conservado de su casa (Hosack, I, 253 s.; en Fleming, 434 hay una insuficiente observación en contra), y Darnley mismo atestigua el buen tratamiento que recibió de su esposa (artículo de Riess, publicado en la Revista Hist., 3.ª serie, XIV [1913], 283). La declaración de Crawford sobre la conversación de Darnley con María en Glasgow concuerda de tal suerte con una de las cartas de la cajita, que uno de los dos documentos ha de estar copiado del otro (Bekker, 360 s.). Algunos que consideran como el original la carta de la cajita (cf. sobre eso B. Sepp, Diario de la desgraciada reina de Escocia, María Estuardo, II, Munich,

ha de nacer la sospecha de que no se la podía vulnerar demasiado con la sencilla exposición de la verdad; además hay que aceptar con suma precaución cuantas acusaciones y documentos traen sus adversarios. Esto se ha de entender también de las llamadas cartas de la cajita, esto es, de las supuestas cartas sin dirección ni firma, que se dice haber dirigido María a Bothwell, desde Glasgow antes del asesinato de Darnley, y desde Stirling antes de su rapto. En caso de que fuesen auténticas, pondrían estas cartas fuera de duda la culpabilidad de María; pero hay tantos motivos para sospechar precisamente contra su autenticidad y que han sido falsificadas, y el partido que las presenta, se ha manchado con tantas falsificaciones, que un historiador recto y de conciencia, a pesar de todas sus tentativas para salvar la autenticidad de las cartas de la cajita (1), no puede servirse de ellas por sí solas como de prueba de culpabilidad (2).

1883, 19 ss.; Riess, loco cit., 258 s.), creen poder disculpar a Crawford, diciendo que había leído atentamente la carta de la cajita «para refrescar su memoria» (Riess, loco cit., 256). Pero semejante «refrescadura» es precisamente un medio deshonesto, y Crawford no solamente refrescó la memoria, sino que copió. Entre las declaraciones que se prestaron cuando en 1568 y 1569 se hicieron averiguaciones sobre la muerte de Darnley, están falsificados los testimonios de Hay, Hepburn y Paris, a lo menos cuanto al punto de hacerles afirmar unánimemente, que la pólvora que debía hacer saltar al rey por el aire, había sido acumulada inmediatamente debajo de su aposento, en la habitación de la reina, mientras que sólo puede haberse hallado en la bodega. La falsificación era necesaria, primeramente para denigrar a María, y luego para poder achacar a Bothwell a la vez la explosión y el asesinato de Darnley, pues Bothwell dirigía la explosión *dentro* del muro de la ciudad por una puerta que por dicho muro llevaba a la bodega, pero el cadáver de Darnley fué hallado *fuera* de la ciudad (Bekker, 54 ss.). Sobre las declaraciones de Paris, que ni siquiera por Buchanan fueron utilizadas, cf. Hosack, I, 246 ss., II, 82.—Son una falsificación los dos contratos (Hosack, I, 555 ss.) por los cuales María pocas semanas después de la muerte de Darnley, promete a Bothwell casarse con él (ibid., 278).—Ya antes habían dispuesto los conjurados, que el atentado contra Riccio se ejecutase en el aposento de la reina, para poder difundir la mentira de que Darnley había sorprendido a Riccio en el adulterio con la reina, y por eso le había muerto a puñaladas (Memoria para Cosme de Médicis, en Labanoff, VII, 72). Después del hecho Cecil difundió esta calumnia por las cortes extranjeras (carta del embajador francés Pablo de Foix a Cecil, de 23 de marzo de 1565, en Hosack, II, 79), aunque muy bien sabía los verdaderos motivos del asesinato (ibid., Preface, p. ix ss.). Sobre los documentos presentados por Murray cf. Bellesheim, II, 108.

(1) La más reciente tentativa para demostrar la completa autenticidad de las cartas de la cajita, la ha hecho Riess, loco cit., 237 ss.

(2) También Fleming, que es decidido adversario de la reina de Escocia y de los «Mariólatras», prescinde enteramente de las cartas de la cajita en su

Probablemente es posible resolver la cuestión de la culpabilidad del modo siguiente: puédese absolver a María de haber sido sabedora del plan de matar a Darnley, pero hay que considerar su matrimonio con Bothwell, no sólo como una equivocación, sino también como un desliz y una culpa. Así juzgaron, prescindiendo de sus mortales enemigos del partido de la nobleza, aun algunos contemporáneos católicos, a los cuales no se puede negar conocimiento de las circunstancias. Su confesor Mamerot, que expresamente la absuelve de haber tenido alguna noticia del proyecto de asesinar a Darnley, la abandonó, después de haberse opuesto inútilmente al matrimonio con Bothwell (1). Juicios condenatorios parecidos sobre su tercer matrimonio pueden citarse del embajador de Saboya, Moretta, del embajador francés Ducroc y de otros (2). La justicia exige sin embargo hacer observar, que el matrimonio que el confesor de María condenó, fué aprobado por tres obispos (3). Por Pentecostés, 18 de mayo, pocos días después de su casamiento, recibió la reina públicamente los sacramentos conforme al rito católico, para reparar el escándalo que había dado con el casamiento protestante (4). Si hubiese tenido por inválido su matrimonio con Bothwell, semejante reparación habría sido muy afrentosa para todas las ideas católicas.

No era necesario el conocimiento de todos los terribles sucesos de Escocia para dar por definitivamente terminada la nunciatura de Laureo. A la primera noticia de la muerte de Darnley había pensado el nuncio en la posibilidad de que a lo menos ahora seguiría María su consejo y entregaría a la justicia a los sediciosos caudillos del partido protestante (5). Pero pronto le pareció

libro citado por nosotros frecuentemente. Otro tomo que anunció sobre María Estuardo, y en el que habría de examinar y discutir esas cartas, hasta ahora no ha salido a luz. La declaración auténtica de Morton, de 9 de diciembre de 1568, sobre el hallazgo de las cartas de la cajita (publicada por Henderson en 1889, y que se halla impresa en el Anuario Hist., XX [1891], 778 ss.), tampoco decide nada en este asunto, antes bien ella misma es sospechosa de falsedad. Cf. B. Sepp, La solución de la cuestión de las cartas de la cajita (contra Riess), Ratisbona, 1914, 8 s.—Dichas cartas se hallan impresas en Bain, Apéndice, II, p. 722 ss., y asimismo la declaración de Morton, *ibid.*, p. 730 ss.

(1) Pollen, 519, 521.

(2) *Ibid.*, cxxix ss.

(3) Bellesheim, II, 81.

(4) Leslie en Forbes-Leith, 123.

(5) Laureo en 8 de marzo de 1567, en Pollen, 360.



que ni siquiera iba ya mucho en esperar aun sólo la vuelta de sus enviados a Escocia, el obispo Chisholm y el jesuita Hay. Cuatro días después de Pascua pensó ejecutar, como quiera que fuese, la orden del Papa de que se volviese (1). Pero poco después de haber anunciado a Roma esta resolución, llegó Hay a París en compañía del embajador de Saboya, Moretta, con tristes noticias. Dijeron ambos que el nuncio nada podría conseguir allí dado el poder de los herejes y la terrible excitación que reinaba en Escocia. Que la reina había pensado ciertamente en enviar al lord católico Seton con tres buques para venir a buscar al nuncio, había prometido a los obispos que se regiría por los consejos de Laureo, y ellos estaban preparados a pagar los gastos del viaje y recibimiento del nuncio; pero que a pesar de esto, de ningún modo era el viaje conveniente (2).

En Roma se consideraba asimismo frustrada la misión del nuncio después de la muerte de Darnley (3). En vista de las instancias de Beaton de que a lo menos se aguardase todavía la vuelta de Chisholm, había Laureo dilatado de nuevo su partida. Las relaciones de algunos recién venidos de Escocia deshicieron no obstante sus últimas esperanzas. A mediados de abril emprendió la vuelta a Italia, no sin interceder aún con el Papa en favor de María antes de partirse; escribióle que era ciertamente mujer y se dejaba guiar por respetos políticos, como lo hacían también muchos otros príncipes cristianos, pero era católica y quería ser tenida por tal; que quizá podría restablecer otra vez la religión católica en Escocia (4).

En el apuro en que estuvo después de la muerte de Darnley, mostró María más ardiente deseo de ver a Laureo junto a sí, que en los días de su mayor poder. Al plan de llamar al nuncio a Escocia siguióse, después de la partida de éste, la súplica, transmitida por Ducroc, de que Laureo le enviase a uno de los hombres de su confianza, con el cual pudiese aconsejarse (5). Después del funesto enlace con Bothwell, se quejó al cardenal de Lorena, de

(1) Laureo en 12 de marzo de 1567, *ibid.*, 362. La orden pontificia de 17 de febrero la recibió Laureo el 10 de marzo; *ibid.*, 348.

(2) Laureo en 16 de marzo de 1567, *ibid.*, 367 s.

(3) Carta de Bonelli a Laureo de 17 de marzo de 1567, llegada a París el 7 de abril, *ibid.*, 372.

(4) Laureo en 8 de abril de 1567, en Pollen, 378.

(5) Laureo en 18 de junio de 1567, *ibid.*, 387.

que el nuncio se hubiese vuelto a Italia antes de tiempo; afirmóle que si éste hubiese ido a Escocia, la habría librado de algunas desdichas (1).

Dada la lentitud de las comunicaciones de entonces, sólo después de largo tiempo, como es natural, se tuvo en Italia noticia del matrimonio con Bothwell. Hay recibió la horrible nueva en París el 5 de junio, y la transmitió al punto a Laureo (2), que se hallaba en Mondovì, el cual por su parte anunció en seguida a Roma el 1.º de julio, que la reina no se había podido al fin contener de manifestar su demasiado grande predilección por Bothwell, y así se había llegado a este último acontecimiento, tan contrario al honor de Dios y de la misma reina (3). Ya a 18 de junio, cuando Laureo aconsejó que se satisficiera a las súplicas de María que pedía un consejero, había escrito de un modo no menos significativo, que se le enviase de nuevo al P. Edmundo Hay, porque si la reina se creía menospreciada por el Papa, podría ser que se casase con Bothwell, y esto significaría quizá su apostasía de la fe católica, pues Bothwell estaba ya casado (4).

Aunque Laureo acompañaba al mismo tiempo una carta autógrafa de la reina, que terminaba con la aseveración de que quería morir en la fe católica y favoreciendo a la Iglesia, con todo la respuesta del Papa a Laureo fué en extremo breve. Hizo escribirle por el secretario de Estado, que hasta entonces Su Santidad en ninguna ocasión había ocultado la verdad, ni tampoco ahora pensaba comenzar por ahí en una cuestión religiosa tan importante. Que por lo que concernía en particular a la reina de Escocia, su voluntad era no querer tener ya más trato con ella, a no ser que en lo por venir diese pruebas más satisfactorias de su conducta y

(1) Instrucción de Chisholm para su misión al cardenal de Lorena, *ibid.*, 399.

(2) *Ibid.*, 394.

(3) La Regina finalmente non s'è potuta contenere di mostrare la troppa affettione che porta al conte di Boduel con questo ultimo atto contrario al honor di Dio et di Sua Maestà. Laureo en 1.º de julio de 1567, *ibid.*, 392.

(4) S'aggionge a questo ch'ella per molti rispetti potria dubitare di non essere in buona opinione di Nostro Signore, talche entrando forse in sospetto d'essere disprezzata et abbandonata da Sua Santità pigliasse qualche strana deliberatione, verbi gratia, in maritarsi con il Conte di Boduel; et massime che questo stimolo può troppo nelle donne giovani et libere, il qual matrimonio non si potria eseguire senza dispreggio et forse abbandono (quod absit) della Santa Religione Cattolica etc. Pollen, 387.

religiosidad que hasta ahora (1). Con esto quedaron rotas por algún tiempo las relaciones entre Roma y Escocia. Aun después de la caída de María no quiso Pío V encargar a su nuncio en Madrid, que diese pasos en su favor, pues, según dijo, todavía no estaba claro cuál de las dos reinas era mejor, María o Isabel (2). Pasó algún tiempo antes que María recobrase la confianza de los católicos. El 21 de enero de 1569 escribe el P. Edmundo Hay a San Francisco de Borja, que ordenase oraciones por María, porque las circunstancias se podrían cambiar en favor de aquella pecadora, de manera que volviese a ejecutar grandes cosas, por más que antes no quisiese prestar oídos a los buenos consejos (3).

Si María Estuardo había faltado, tuvo presto ocasión para expiar gravemente su culpa. Todavía era lo de menos el haberse sentido ella profundamente desgraciada ya en el día de su boda (4) y durante todo el tiempo del nuevo matrimonio (5). Los lores que ya hacía tanto tiempo maquinaban derribarla, juzgaron ahora llegado su tiempo. Bajo pretexto de librar a su reina de las manos de Bothwell, juntaron un ejército y se encontraron con las tropas de Bothwell y María en Carberry Hill. No se llegó a dar la batalla. Probablemente porque consideraba demasiado débil su ejército y quería evitar derramamiento de sangre, María resolvió despedir sus tropas con la condición de que les dejaba libre la retirada, y capitular con los sediciosos (6). Bothwell pudo escapar sin riesgo, pues los caudillos de los lores, Hume y Morton, eran sus cómpli-

(1) Bonelli a Laureo en 2 de julio de 1567, en Pollen, 396.—Toda la buena voluntad que el Papa tenía á la Reyna de Scocia se le ha pasado, y está della muy mal satisfecho, pareciendole que despues de la muerte de su marido ha contemporizado mucho con los herejes. Requeséns a Felipe II en 31 de mayo de 1567, Corresp. dipl., II, 122; cf. 192: La tiene agora aborresçida. Cf. también Tiépolo en Albèri, II, 4, 188.

(2) Bonelli a Castagna en 17 de agosto de 1568, Corresp. dipl., II, 444. Por lo demás Pío V esperaba entonces la conversión de Isabel. Pollen, Engl. Cath., 125.

(3) *Fieri enim potest, ut illi peccatrici omnia in bonum aliquando coeperentur, et fiat postea magnorum operum effectrix, quae olim noluit sanis consiliis acquiescere.* En Pollen, 507.

(4) Esto lo atestiguan Ducroc, a quien dijo ella en este día, que sólo deseaba la muerte (en Hosack, I, 322); además las Memorias de Melvil (ibid.) y Leslie, que la halló el día de su boda deshecha en amargo llanto (Forbes-Leith, 123).

(5) Fleming, 463, nota 21.

(6) Hosack, I, 331.

ces, y el supuesto motivo de su expedición, el castigo del regicida Bothwell, no era más que un pretexto.

Una vez en manos de sus enemigos, la reina no era ya más que una desvalida prisionera. Como saludo a su llegada resonó de parte del ejército instigado como de una sola boca este grito contra ella: ¡Al fuego la adúltera! (1) Luego la condujeron a Edimburgo. En una bandera que ondeaba al viento delante de ella, estaba representado su asesinado esposo y a su lado su hijo con este clamor en la boca: Juzga y venga mi causa, oh Señor (2). En su capital fué escarnecida de nuevo por la muchedumbre con los más soeces improperios y pedida para la muerte por fuego o sumersión (3). En la noche del 16 al 17 de junio de 1567 la llevaron al fuerte castillo de Lochleven, situado en medio de un lago, y el 24 de julio hubo de renunciar al trono en favor de su hijo de trece meses, el cual fué coronado el 29. En el sermón que se predicó en esta solemnidad, Knox pidió la ejecución de María por adulterio y homicidio de su esposo (4).

Los enemigos de la infeliz princesa habían alcanzado una brillante victoria. Durante la menor edad de Jacobo V y de su hija María la nobleza había podido aumentar su poder considerablemente, y ahora el reinado de un niño de tan corta edad les abría de nuevo las más brillantes perspectivas de dos decenios de pacífico desenvolvimiento de su poderío.

A pesar de la severa vigilancia ejercida en Lochleven la sagacidad de María logró, con ayuda de buenos amigos, fugarse el 2 de mayo de 1568, y juntar un ejército. Pero la fortuna de las armas decidió contra ella el 16 de mayo, junto a Langside. Isabel de Inglaterra, durante la prisión de María, se había puesto enteramente de su parte con maravillosa decisión (5); confiando en el auxilio de su «buena hermana», el 16 de mayo pasó María el Solway Forth, y entró en el suelo inglés. Con esto comenzó un nuevo período de su vida llena de padecimientos.

(1) Burn the whore! Fleming, 164.

(2) Ibid. Bain, II, n. 519.

(3) Fleming, 466, nota 37.

(4) Calendar of State Papers, Foreign Ser. 1566-1568, p. 291, 293.

(5) Brosch, VI, 516-522. Lethington comprendió tan poco este celo, que expresó la sospecha de que Isabel con sus amonestaciones y amenazas no pretendía otra cosa, que ser tan cargosa a los lores escoceses, que se librasen de la molestia con el asesinato de María (ibid., 521). Pero quizá la aversión de Isabel al proceder rebelde basta para explicar su conducta.

Con la conducción de María a Lochleven el culto católico perdió en Escocia el último lugar donde todavía podía mostrarse públicamente. Lord Glencairn penetró con cómplices armados en la capilla del castillo de Holyrood y destrozó todo cuanto halló a mano; tampoco se perdonó a los muebles, vestidos y joyas de la reina (1). Murray no llevaba todavía tres semanas en la regencia, cuando comenzó a perseguir a los católicos. El 8 de septiembre de 1567 el obispo Chisholm de Dunblane fué acusado por administrar los sacramentos y tener trato con el Papa, el 22 de noviembre depuesto y privado de sus rentas (2). Fuera de esto, el Consejo privado hizo comparecer ante su tribunal a los más calificados clérigos católicos por haber celebrado la santa misa o asistido a ella; el que de ellos no pudo redimirse con dinero o hallar un sitio seguro donde refugiarse, hubo de salir de su patria (3). En 1569 cuatro sacerdotes que habían celebrado la santa misa, fueron condenados a muerte en Stirling. El regente conmutó la pena capital por el destierro del reino, pero los cuatro hubieron de estar en pie en la cruz del mercado vestidos de sus ornamentos sagrados con el cáliz en la mano, y dejar que el populacho durante una hora los cubriese de basuras e inmundicias. Escenas parecidas tuvieron efecto en otras ciudades de Escocia (4).

## II

Isabel aparentó al principio como si intentara interesarse amistosamente por la reina fugitiva (5). Pero un mes próximamente después de la llegada de María a Inglaterra, publicóse un decreto del Consejo privado (6), en que se disponía que la reina de Escocia fuese llevada desde Carlisle, donde hasta entonces había morado, al castillo de Bolton, y por tanto más al interior de Inglaterra; y que Isabel se hiciese dar cuenta de los litigios pen-

(1) Bellesheim, II, 86. Hosack, I, 348.

(2) Bellesheim, II, 92, 94.

(3) Ibid., 92 s.

(4) Ibid., 121 s. Hosack, I, 477.

(5) Hosack (I, 383 s.) cree en la sinceridad de Isabel; cf. con todo Bekker, *María*, 194.

(6) en 20 de junio de 1568; v. Hosack, I, 384; Lingard, VIII, 20; cf. Bain, II, n. 708, 709.

dientes entre los escoceses y su reina. Que no se podía hablar de apoyo, reposición, presentación personal ante la reina de Inglaterra, ni partida de esta nación, antes que se hubiese examinado su causa. María debía por tanto someterse a una especie de sentencia judicial, y no fué sino un aparente desistimiento de esta notable exigencia el que al fin se determinase el objeto de la deseada actuación en el sentido de que no la reina de Escocia, sino sus adversarios debían justificar su conducta, pues aun así el regicidio y la complicidad de María habían de formar el centro de las actuaciones (1).

Desde su conducción a Bolton María no se forjó ya ninguna ilusión sobre los hostiles intentos de Isabel (2). A pesar de esto, obligada por las circunstancias convino en las conferencias propuestas, las cuales se abrieron el 8 de octubre de 1568 en York y a fines de noviembre se trasladaron a Westminster (3).

Considerada puramente conforme a derecho, la situación de María con respecto a sus acusadores era favorable. El material probatorio de sus adversarios, como los dos pretensos contratos matrimoniales con Bothwell, el llamado Libro de artículos y las cartas de la cajita, se apoyaban, a lo menos en gran parte, en falsificaciones, o eran vehementemente sospechosos de ellas (4). Además podía ella retorcer la inculpación de regicidio contra sus acusadores, los cuales sin duda alguna tuvieron mucha complicidad en la muerte de Darnley. Por eso Murray, que había acudido personalmente a York, no se apresuró en modo alguno por presentar sus pruebas. Ya antes del comienzo de las actuaciones envió al gobierno inglés una traducción de las cartas de la cajita, y preguntó confidencialmente si las admitirían como pruebas de culpabilidad (5). Cuando a principios de octubre comenzó la conferencia de York acusando María a su hermanastro y a su partido, de haber encarcelado a su soberana y arrogádose el gobierno, res-

(1) Lingard, VIII, 21.

(2) Bekker, 211. Ya en una carta que dirigió el 4 de junio de 1568 al embajador español en Londres, dice: No dubdo que, si ellos me meten más adentro en este reyno contra mi voluntad, me podran quitar la vida. En Ker-vyn de Lettenhove, Relations, V, 725.

(3) En el espacio intermedio entre las dos conferencias se procura determinar a María a que renuncie voluntariamente al trono. Bekker, 246.

(4) Cf. arriba, p. 149. Otros dos documentos fueron sólo presentados en York, para desaparecer luego para siempre. Hosack, I, 401 s., 443.

(5) 22 de junio de 1568; v. Bain, II, n. 711; Hosack, I, 389; Bekker, 205, 244.

pondió Murray con evasivas, puesto que fundó su procedimiento, no en la participación de María en el regicidio, sino en su obstinación en mantenerse adherida a Bothwell, y bajo mano solicitó de nuevo un dictamen de los jueces árbitros sobre la fuerza probatoria de las cartas de la cajita (1). Como la culpabilidad de María era innegable, si realmente estos escritos procedieron de su mano y fueron dirigidos a Bothwell, concedía él mismo con su secreta consulta, que la autenticidad de aquellas cartas no estaba en manera alguna libre de toda duda. Sobre su adhesión a Bothwell podía la reina justificarse fácilmente, pues sus mismos actuales acusadores le habían recomendado que se casase con él.

Si entonces Murray no era adverso a un amistoso convenio con su real hermanastra, Isabel al contrario tenía otras intenciones. Los representantes de la reina prisionera debían recibir ciertamente la impresión de que en estas actuaciones se tenían los ojos puestos en la reposición de María (2). Pero en realidad las conferencias debían servir para manchar la fama de María y poner en manos de la reina de Inglaterra un arma contra su aborrecida rival (3). María obró durante un tiempo respecto de Isabel, como si no advirtiese su mala voluntad, mientras bajo mano enteraba a los príncipes extranjeros de las artimañas de Murray (4), y procuraba ganarlos para que interviniesen en su favor (5). Sólo mudó de conducta cuando después de la traslación de la conferencia a Westminster (6) Murray fué recibido públicamente por Isabel el 25 de noviembre, al paso que no se permitió a la reina de Escocia dirigirse a las cercanías de la capital. Inmediatamente hizo escribir a sus representantes, que también ella quería tener la facultad de justificarse públicamente ante la reina, ante toda la nobleza y los embajadores extranjeros. Que si Isabel no acce-

(1) Hosack, I, 394 ss. Murray mismo concedió más tarde, que su respuesta no la había dado en serio (Lingard, VIII, 23, nota). Sobre la conferencia de York cf. Bain, II, n. 839 ss.

(2) Instrucción a los enviados de Isabel, en Hosack, I, 404.

(3) Pensaba [Isabel] en lo de la justificación hacer de manera que aquello quedase en dubio. De Silva en 9 de agosto de 1568, en Bekker, 207.

(4) Memoria dirigida a todos los príncipes cristianos, en Labanoff, VII, 315-328.

(5) María a Carlos IX en 27 de julio, a Isabel de España en 24 de septiembre de 1568, en Labanoff, II, 138, 183; Bekker, 212 s.

(6) Bain, II, n. 895 ss.

día a esta demanda, quería que se rompiesen al punto las negociaciones (1).

Pero los representantes de María, el obispo Leslie y lord Herries, cometieron ahora una grave falta. En vez de insistir en una inmediata y clara respuesta de parte del gobierno inglés, y si ésta fuese denegada, declarar al punto con la mayor publicidad posible terminada la conferencia, se dejaron engañar por las ambiguas declaraciones de Isabel (2), y hablaron todavía con Cecil y Leicester de intentos de una amistosa avenencia en esta causa (3), aunque poco antes, el 26 de noviembre, Murray había acusado al fin expresamente a su hermana de haber perpetrado el asesinato de su esposo y además todavía intentado matar a su único hijo (4). El 6 de diciembre presentaron luego con todo su protesta contra las actuaciones; pero Cecil la rechazó por un pretenso defecto de forma (5), y cuando el 9 de diciembre volvieron Leslie y Herries con la protesta enmendada, el astuto secretario de Estado había entre tanto tenido tiempo de instar a Murray a exhibir sus pruebas: el libro de artículos, la deposición de María por el Parlamento escocés, las cartas de la cajita y las declaraciones de varios testigos (6). Los representantes de María se retiraron ahora de las actuaciones, las cuales se llevaron adelante en su ausencia, como si nada hubiese ocurrido.

La sentencia definitiva se reservó para una junta de seis de los más principales nobles en Hampton Court (7). Durante dos días se examinaron de nuevo los documentos justificativos, pero tampoco esta vez en manera alguna del modo atento que es indispensablemente necesario para descubrir falsificaciones hábiles (8). La sentencia final de los jueces árbitros no se metía en la culpabilidad o inculpabilidad de María, sino sólo decía que, según estaban las cosas, no se podía juzgar por conveniente, que Isabel

(1) Cartas de 22 de noviembre de 1568, a Leslie, Boyd, Herries y al abad de Killwinning, en Labanoff, II, 232-237; Hosack, I, 415; Bekker, 239.

(2) Hosack, I, 416 s.

(3) Ibid., 419. Bekker, 242.

(4) Bain, II, n. 913. Hosack, I, 418.

(5) Hosack, I, 420 s.

(6) Hosack, I, 422-443.

(7) Ibid., 447 ss. Bain, II, n. 921.

(8) Descripción del examen, hecha por Cecil, en Hosack, I, 448; Bekker, 253 ss.



admitiese en su presencia a la reina de Escocia (1). Parece que a los jueces árbitros no les había constado que María hubiese exigido una solemne presentación delante de la reina, los nobles y embajadores.

Aunque muy alejada en el castillo de Bolton del lugar de las conferencias y separada de todos sus amigos, supo a pesar de esto hallar María la única adecuada contestación al proceder de sus enemigos. De la defensiva pasó a la ofensiva. Una respuesta a las acusaciones de Murray y sus compañeros que envió a sus representantes el 19 de diciembre (2), no sólo niega con las más resueltas palabras todo conocimiento del plan de dar muerte a Darnley y toda participación en ella, sino que retuerce la terrible inculpación contra los acusadores de María (3). En vista de esto el 24 de diciembre de 1568, Murray y Morton fueron acusados de regicidio abiertamente ante el Consejo de la reina. En una nueva carta (4) aprobó María este paso de sus defensores y les encargó pedir copias de los documentos presentados contra su soberana, a fin de hacer una circunstanciada refutación. Isabel halló esta petición «muy razonable» y expresó su gozo porque «su buena hermana» quería defenderse, pero se guardó muy bien de acceder a esta muy razonable petición.

Sin embargo, de alguna manera había de llevarse al fin la causa de María. Isabel, pues, tanteó un acomodamiento (5). Sir Francisco Knollys, en cuyas manos estaba la custodia de la reina presa, se había ganado su confianza, lo mismo que lord Scrope. Trazóse, pues, el plan de que Knollys, como si fuese benévolo amigo, le sugiriera que reconociese a Murray por regente, después de lo cual se guardaría perpetuo silencio sobre todas las acusaciones presentadas contra ella. Que si respecto de este negocio pidiese ella consejo a lord Scrope, también éste debería hablar en

(1) Bain, II, n. 921, p. 581 s.

(2) Labanoff, II, 257-261.

(3) *They have falselie, traitourouslie, and meschantlie lyed; imputing unto us maliciousslie the cryme quhairof thameselfis ar authouris, inventeris, doaris, and sum of thame proper executeris* (Labanoff, II, 258; Hosack, I, 928). A la inculpación de que ella había querido también matar a su hijo después del padre, replicó María, que bastaba esta calumnia para juzgar por ella todas las otras inculpaciones que se le dirigían; pues la refutaba el amor natural de una madre a su hijo (ibid.).

(4) Labanoff, II, 262-264.

(5) Hosack, I, 454 ss. Bekker, 260 ss.

igual sentido, y en tercer lugar el obispo Leslie, que se había dejado ganar, habría de emplear su autoridad en favor de este plan (1), el cual sería también recomendado por una carta de puño y letra de Isabel. Pero la clara inteligencia de María conoció este infame juego de intrigas, que estaba destinado a inducir a la princesa oprimida y abandonada de todos sus amigos, a que deshonrase su buen nombre. Después de tomar dos días para resolverse, escribió que su última palabra en vida sería la de una reina de Escocia (2); también una nueva tentativa para moverla a renunciar a la corona fué rehusada decididamente por Leslie, pues María había dicho su última palabra en este negocio (3).

No fué ahora pequeña la perplejidad de los políticos ingleses, porque María contaba todavía con numerosos amigos aun en Inglaterra, los cuales soportaban de mala gana la violencia que se le hacía. Así, pues, las conferencias vinieron a tener un éxito enteramente inesperado. El 10 de enero de 1569 Murray fué llamado a Hampton Court y se le notificó que nada se había presentado contra él que perjudicase a su honra, pero que por otra parte nada había tampoco contra María, que pudiese dar motivo a Isabel para formar mala opinión de su buena hermana; que Murray podía por tanto partirse libremente a Escocia (4). Al día siguiente fueron citados también, además de Murray, los defensores de María, y preguntados si querían acusar a la parte contraria del regicidio cometido en la persona de Darnley. Ellos dijeron que sí, pues tenían para esto orden expresa de su señora. Añadieron que se les había asimismo encargado contestar a las calumnias de Murray; que tan pronto como se les entregasen copias de los documentos justificativos de éste, se daría la respuesta (5).

(1) Ya antes se había dicho a Leslie, que María sería declarada culpada, ora lo fuese, ora no (Bekker, 244). Quizá se puede explicar por ahí, por qué se dejó ganar.

(2) *La dernière parole que je ferai en ma vie sera d'une Roïne d'Ecosse.* En 9 de enero de 1569, Hosack, I, 460; Bain, II, n. 946.

(3) Hosack, I, 463.

(4) On the other part, there had been nothing sufficiently produced nor shown by them against the queen their sovereign, wherby the queen of England should conceive or take any evil opinion of the queen her good sister for anything yet seen. Hosack, I, 465.

(5) Ibid., 467 s.—Ya en la instrucción de 29 de septiembre de 1568 que María dió a sus defensores cuando se partían a York, se dice (n. VII): «Si afirman que poseen documentos míos que contienen algo perjudicial para mí, habéis de exigir que sean presentados los originales, y que yo misma logre

El 12 de enero Murray obtuvo el permiso formal para volverse; habíale sido asignadas cinco mil libras como premio (1). Por el contrario, los representantes de María hicieron aún varias tentativas para ver las cartas de la cajita y los demás documentos justificativos. Ya el 7 de enero se habían esforzado por conseguirlo (2); y renovaron su petición del 11 del mismo mes el día después de la partida de Murray, quejándose al mismo tiempo de que hubiesen dejado irse al regente de Escocia en el momento en que había sido acusado de regicidio (3). Cecil contestó con subterfugios. Entonces, a 20 de enero, hizo María una nueva y última tentativa cerca de Isabel, por medio del embajador francés De la Mothe Fenelón. En vista de sus representaciones prometió Isabel formalmente, que al día siguiente entregaría los papeles solicitados; pero cuando el 30 del mismo mes Fenelón recordó a la reina su promesa, respondió ella con una explosión de ira, que María en una carta a Escocia había acusado a la reina de Inglaterra de parcialidad contra ella (4). Por tanto el mismo gobierno inglés ha justificado para todos los tiempos la sospecha contra la autenticidad de aquellos escritos.

Cecil y su soberana podían triunfar después de las conferencias de York y Westminster, persuadidos de haber jugado magistralmente aquella partida. La rival de Isabel, desde hacía largo tiempo combatida y temida, estaba presa en un castillo inglés, y de las conferencias que acababan de terminarse, quedaba preparado abundantísimo material para aniquilar su crédito y su influencia en todas partes y para siempre. Pero muy presto se iba a manifestar que María, estando presa, era una peligrosa adversaria. En Escocia continuaba todavía adicto a ella un partido poderoso (5), el cual se robustecía tanto más (6), cuanto se hacía más odioso el gobierno del regente Murray (7). Para Inglaterra la pre-

verlos y me pueda justificar. Pues debéis asegurar en mi nombre, que nunca he escrito nada a nadie sobre este asunto; y que si hay tales escritos, son falsos y fingidos, y han sido forjados e inventados por ellos mismos, para deshonrarme y calumniarme. Hay personas en Escocia, hombres y mujeres, que pueden contrahacer mi letra.» Labanoff, II, 202 s.

(1) Hosack, I, 467, 468.

(2) Ibid., 462.

(3) Ibid., 468.

(4) Ibid., 469 s.

(5) Ibid., 382 s.

(6) Ibid., 479 ss.

(7) Ibid., 379 s.

sencia de María significaba una amenaza que se renovaba continuamente. En todas las clases populares estaba aún muy vivo el sentimiento de la justicia para poderse sufrir sin exacerbación la violencia hecha a una princesa ungida y coronada. A gran parte de la nobleza animaba todavía el espíritu caballeresco de la edad media, que hallaba muy natural arriesgar la hacienda y la vida por una reina e indefensa mujer. Además, según la opinión de muchos, María hubiera debido propiamente ceñir la corona en lugar de Isabel; mas, como quiera que fuese, era después de ésta, la legítima heredera del trono inglés, de la cual esperaban los patriotas más perspicaces la unión de los dos reinos de la Gran Bretaña, hacía mucho tiempo reconocida necesaria y ardientemente deseada, y los numerosos descontentos por la cuestión religiosa el restablecimiento de la antigua religión de Inglaterra. Ahora el derecho hereditario de María, así como su firmeza en la antigua fe, eran a la verdad las causas porque se impedía por la fuerza su vuelta a Escocia (1). Pero precisamente esta violencia mostróse por sus consecuencias ser una grave falta política. Por espacio de diecinueve años sucediéronse en favor de María conjuraciones a conjuraciones, levantamientos a levantamientos; por espacio de diecinueve años el primer agravio contra una princesa inerme obligó a violencias siempre nuevas, hasta que finalmente no se vió otra salida de estas intolerables circunstancias, que el regicidio ejecutado en una indefensa prisionera.

María tenía numerosos amigos principalmente en los condados ingleses del norte, en que predominaban todavía los católicos. Su fuga de Lochleven fué allí celebrada con alegres fogatas; después que hubo entrado en el suelo inglés, la nobleza corrió a Carlisle para prestarle su homenaje (2). El principal enemigo de María, Murray, después de la conferencia de Westminster, creyó haber de temer por su vida si osaba emprender la vuelta a Escocia por el norte de Inglaterra (3). Con todo supo tomar sus providencias. Hacia fines de las actuaciones de York, Lethington había hecho la propuesta de casar a la reina de Escocia con el más ilustre de los nobles ingleses, el duque de Norfolk (4). Murray hizo

(1) Pollen, *English Catholics*, 120 s.

(2) Bekker, 195. Bain, II, n. 668, 670.

(3) Hosack, I, 473.

(4) *Ibid.*, 410.

ahora como si quisiese reanudar este plan, y habló de ello con Norfolk. El duque, uno de los representantes de Isabel en las conferencias de York, aceptó el proyecto aplaudiéndolo, y por su mediación obtuvo Murray una carta de María en que indicaba a sus amigos del norte de Inglaterra, que dejasen pasar sin estorbo a Murray (1). Apenas llegado a la frontera de Escocia, Murray anunció a Cecil que su hermana no carecía en manera alguna de amigos; que nunca había habido más motivo que ahora, de atender cuidadosamente a asegurar su prisión (2).

Si Murray no había tomado en serio el nuevo matrimonio de su hermana, con tanto más ardor fué promovido por otros el mismo plan (3). La conducta poco honrada de Cecil con la reina de Escocia había excitado la indignación de muchos de la alta nobleza, la cual, independientemente de esto, sufría de mala gana al secretario de Estado por su carácter de advenedizo. Para contrariarle y arreglar al fin la cuestión candente de la sucesión al trono inglés, se aliaron ahora el duque de Norfolk y los condes de Arundel, Pembroke y Leicester; los cuales querían ver repuesta en su trono a la reina María, y que le quedase asegurada la sucesión en Inglaterra; y como el matrimonio de la princesa fugitiva con un príncipe extranjero hubiera significado un peligro para Inglaterra, debía desposarse con Norfolk. Los preparativos para el nuevo casamiento estaban ya muy adelantados. Un decreto del Consejo privado había recomendado el matrimonio de la reina de Escocia «con un noble inglés», y los condes de Bedford y Shrewsbury, así como los dos condes católicos de Northumberland y Westmoreland aprobaron el plan, al cual ni siquiera Cecil se atrevió a oponerse abiertamente. Por otra parte, María contestó a la proposición con dignidad, pero de un modo satisfactorio; el divorciarse de Bothwell no parecía ofrecer seria dificultad; sólo faltaba la aquiescencia del Parlamento escocés y el asentimiento de la reina de Inglaterra; éste se esperaba conseguir por medio del astuto Lethington, que ahora se había vuelto a pasar al partido de la reina María.

Pero el plan halló un hábil adversario en Murray. Por su

(1) Así lo cuenta el mismo Murray. Hosack, I, 473 s.; cf. Lingard, VIII, 35.

(2) Leslie en Hosack, I, 475.

(3) Para lo que sigue cf. Hosack, I, 479 ss.; Lingard, VIII, 35 ss.; Pollen en *The Month*, IC (1902), 135 ss.

influencia el Parlamento escocés rechazó las proposiciones inglesas; hasta de una disolución del matrimonio con Bothwell, sobre la que María había pedido un dictamen al Parlamento, no querían ya saber nada ahora aquellos mismos hombres que poco antes habían tomado las armas para separar a María de Bothwell. El regente impidió a su actual adversario Lethington dar pasos en favor de María, acusándole del regicidio cometido en la persona de Darnley. Lethington se hubo de retirar por algún tiempo; el comandante del castillo de Edimburgo, el Laird de Grange, que asimismo se había pasado al partido de María, le había librado de la cárcel con un acto de violencia.

Entre tanto todo este plan había sido descubierto traidoramente a Isabel. Norfolk hubo de sufrir una grave reprensión de la reina de Inglaterra, y cuando algo más tarde su conducta infundió sospechas, y Murray, que antes había ofrecido al duque su apoyo para el matrimonio, ahora se mostró dispuesto a entregar al gobierno inglés materia de cargo contra él, Norfolk fué encarcelado el 9 de octubre en la Torre de Londres, sus tres amigos, entre ellos también el conde de Leicester, desterrados de la corte, y el obispo de Ross reducido a prisión. Con todo, el interrogatorio hecho a los acusados no ofreció fundamento alguno para acusar a Norfolk de alta traición.

Ya antes del arresto de Norfolk se había ya preparado un nuevo levantamiento en favor de la reina prisionera, el cual amenazaba ser tanto más peligroso, cuanto que en parte era fomentado por el descontento de muchos en materia de religión.

### III

Era muy natural que los católicos ingleses oprimidos miraran con alguna esperanza a María, por ser su correligionaria y legítima sucesora de Isabel. No era ciertamente muy probable que se respetaran los derechos al trono de una católica (1); pero en marzo

(1) Cuando por octubre de 1562 se temía la muerte de Isabel, no fué nombrada María entre los herederos del trono sobre quienes se controvertía (Kervyn de Lettenhove, *Relations*, III, xxiv; cf. Quadra a Margarita de Parma en 17 de octubre de 1562, *ibid.*, 167). Sobre la actitud de los católicos ingleses respecto de María hasta su huida a Inglaterra cf. Pollen en *The Month*, IC (1902): 54-57; *Engl. Catholics*, 111 ss.

de 1563 juzgaba de la Quadra, que el partido católico, que deseaba la sucesión de María, era más numeroso que la parte opuesta protestante; que el matrimonio con Darnley, el cual tenía un tan próximo derecho hereditario a la corona inglesa, no podía hacer sino aumentar la probabilidad de la ascensión al trono de aquélla. Después del asesinato de Darnley y del casamiento con Bothwell, el ardoroso afecto de los católicos a la reina de Escocia estaba ciertamente amortiguado, pero volvió a encenderse en vivas llamas cuando María, a pesar de algunas aparentes vacilaciones, se negó a vender sus creencias religiosas (1), y las conferencias de York y Westminster habían terminado, a juicio de sus amigos, con una absolución.

La actitud de Pío V en la cuestión inglesa echó pronto un nuevo peso en la balanza en favor de María. Lo mismo que su predecesor (2), Pío V parece que al principio concibió alguna esperanza de la conversión de Isabel; alentó enteramente los planes y propuestas que en orden a esto le llegaron (3). Pronto con todo no pudo continuar por este camino que no ofrecía ningún buen éxito. Fuera de esto Isabel con sus constantes acometidas a la libertad de conciencia de sus súbditos y a la paz de otras naciones, no era a los ojos del Papa más que una criminal coronada que había usurpado el trono. Ya a 2 de mayo de 1566 habló de ella en un breve como de «quien se jactaba de ser reina de Inglaterra» (4), y algo más tarde la designó con claridad inequívoca como autora de las infames conjuraciones contra la vida y el trono de la reina de Escocia (5). Además era notorio que la reina de Inglaterra no podía ser ya considerada como miembro de la Iglesia universal; pero conforme a las ideas medievales sólo un miembro de la Iglesia cristiana podía reinar sobre un pueblo cristiano, y de estos modos de ver medievales participaban muchos en aquella época de transición, aun en la misma Inglaterra. En tales circunstancias Pío V pensaba cada día más en apelar al medio que en Lon-

(1) Bekker, 212, 215. Cf. la carta de María a la reina de España, Isabel, de 24 de septiembre de 1568 (Labanoff, II, 185), y la que dirigió a Felipe II en 30 de noviembre de 1568 (ibid., 239 s.).

(2) Cf. nuestros datos del vol. XVI, 179.

(3) Pollen, Engl. Catholics, 143 s.

(4) quae se pro regina Angliae gerit. Carta a Felipe II, en Laderchi, 1566, n. 369.

(5) A María Estuardo en 12 de mayo de 1566, ibid., n. 370.

dres se había temido desde largo tiempo, y desde mucho tiempo esperado en el pueblo católico, y declarar en pública bula a Isabel incurso en excomunión y desposeída del trono (1). El duque de Alba, cuyo talento estratégico admiraba el Papa, parecía el hombre a propósito para ejecutar la sentencia pontificia.

Sobre todo desde el matrimonio con Bothwell no fué sin embargo aun por mucho tiempo equivalente para Pío V la condenación de Isabel al otorgamiento de favor a su rival escocesa. Aun después que María entró como fugitiva en el suelo inglés, el Papa se portó al principio todavía muy fría y reservadamente con ella (2), a pesar de importantes intercesiones (3). No obstante su firmeza en la fe católica le volvió a ganar poco a poco aun en Roma el anterior crédito y estimación. En diciembre de 1568 exprésase todavía Pío V con cierta manera de duda; hace exhortar al embajador de María en París a que confirme a su soberana en la fe, pues el Papa se halla a veces acongojado por el temor de que bajo la presión de la dura necesidad se entibiase en su anterior adhesión a la Sede Apostólica (4). Con todo, el 9 de mayo de 1569 se escribe desde Roma al arzobispo Beaton, que María gozaba cerca del Papa de tan gran favor como podía desear (5). Las relaciones con Roma estaban enteramente restablecidas, cuando el Papa en un breve de 9 de enero de 1570 contestó a una carta de la reina de Escocia de 15 de octubre de 1569, y le hizo esperar su intercesión con los reyes de Francia y España y además todos los auxilios posibles. Díjole que estaba persuadido de que su desgracia había caído sobre ella sólo porque conservaba y defendía la fe

(1) Qué presentía el Papa de Isabel, muéstralo el hecho de haber mandado prender al coronel Megliorino Ubaldini, porque se decía que la reina le había enviado contra la religión católica. \* *Avviso di Roma* de 2 de octubre de 1568, Urb., 1040, p. 590, *Biblioteca Vatic.*

(2) La reina de España, Isabel, compañera de María en su juventud, aseguró al nuncio de Madrid, cuando se supo su huida de Lochleven, que María «había reconocido su yerro, y se había vuelto piadosa y católica» (Castagna a Bonelli en 5 de junio de 1568, *Corresp. dipl.*, II, 383). Ya antes, en 6 de febrero de 1568, escribió el arzobispo Beaton al cardenal de Lorena, que María había «comenzado (en Lochleven) a servir a Dios mejor, con más devoción y mayor fervor, que lo había hecho antes por algún tiempo». En Pollen, *Negotiations*, cxxxiii y en *The Month*, XCI (1898), 588 s.

(3) Cf. arriba, p. 153.

(4) Bonelli a Beaton en 4 (?) de diciembre de 1568, en Laderchi, 1569, n. 284. La carta pertenece evidentemente al año 1568.

(5) Pollen, *Negotiations*, cxxxiii s.



católica; que tuviese ánimo, pues Cristo llama bienaventurados a los que padecen persecución por la justicia (1). Entre tanto el 30 de noviembre de 1569, María había de nuevo escrito al Papa, protestando otra vez ser hija devotísima y obedientísima de la Iglesia católica, y vuelto a suplicar que intercediese por ella con los príncipes cristianos, para que por su mediación la reina de Inglaterra le devolviese la libertad y le permitiese el ejercicio de la religión católica. Hace notar más adelante, que no era conforme a la verdad lo que se esparció y escribió a Felipe II, que ella vacilaba en la fe católica (2). Refiere después, que por no permitírsele el culto católico, había ciertamente escuchado las oraciones que rezaba un ministro hereje, creyendo que no erraría en ello. Pero que si en esto había errado, estaba dispuesta a recibir la penitencia que el Papa le impusiera (3). Si inmediatamente después del matrimonio con Bothwell semejantes aseveraciones no hallaron ya en Roma verdadero crédito, ahora había desaparecido todo motivo de desconfianza. El 13 de julio de 1570 Pío V escribió a María, que estaba cierto de que ningunas amenazas ni promesas lograrían separarla de la comunión y obediencia de la Iglesia católica (4). En su última carta dirigida a ella, de 8 de mayo de 1571, se expresó de un modo semejante (5).

Después que renació en el Papa la confianza en los sentimientos católicos de María, sus planes para reducir a Inglaterra a la Iglesia católica pudieron tomar una forma más palpable. Cuando envió la espada bendecida al duque de Alba con un breve de 21 de marzo de 1569, le hizo preguntar al mismo tiempo, si se podría llevar a efecto un desembarco en Inglaterra mediante una alianza entre Francia y España. El de Alba respondió que no era de esperar una cooperación de Francia; que el único camino posible sería que Felipe II, o conquistase a Inglaterra para sí, o diese el reino a un noble católico que se desposase con María Estuardo (6).

(1) Goubau, 263 s.

(2) Knollys, por ejemplo, en 28 de julio y 21 de septiembre de 1568, había expresado a Cecil la esperanza de que María cambiaría su fe. Bain, II, n. 743, p. 466, n. 821, p. 510. Cf. Pollen, *Engl. Catholics*, 122 s.

(3) Labanoff, VII, 16 s.

(4) Goubau, 366. Pío V responde en este breve a una carta de María de 30 de abril de 1570.

(5) Pollen en *The Month*, XCI (1898), 576.

(6) Zúñiga a Felipe II en 13 de junio de 1569, *Corresp. dipl.*, III, 91.

Hablando con el embajador español, expresó Pío V el parecer de que la expedición se podría llevar al cabo en nombre del Papa, el cual poseía antiguos derechos feudales sobre Inglaterra (1).

El celo de Pío V recibió nuevo pábulo cuando a principios de noviembre se difundieron por la Ciudad Eterna rumores inciertos sobre algunas tentativas de Norfolk para asegurar la sucesión al trono inglés a la cautiva reina de Escocia. Consideróse este movimiento como una manifestación de vida del partido católico, y fundándose en noticias llegadas de Venecia, se pretendió saber que toda Inglaterra se levantaba contra Isabel (2). Al punto hizo escribir ahora Pío V al duque de Alba el 3 de noviembre, que protegiese según sus fuerzas la religión en Inglaterra, y si fuese posible, procurase reponer en el trono a la prisionera reina de Escocia; que el duque no podía hacer cosa más grata a Dios, que librar a María de las manos de los herejes (3). Con igual fecha se indicó al nuncio de Madrid que alcanzase de Felipe II auxilio para Inglaterra (4), y también el embajador español en Roma hubo de dirigirse a su soberano respecto al mismo negocio. Hizo representar el Papa al rey, que se debía apoyar con dinero y tropas a un católico inglés noble, el cual podría quizá casarse con María Estuardo y luego recibir a Inglaterra como feudo de manos del Papa (5).

Don Felipe, que al principio estaba disgustado, porque Pío V había escrito al duque de Alba sin hacer mención del rey, se dejó apaciguar por la habilidad del nuncio (6) y contestó afablemente, mas su carta no contenía más que la resolución del rey de dejar todo el negocio al parecer de Alba (7). Pero éste ya antes en una carta a Roma se había excusado con la falta de dinero y la consideración a Francia (8). Pío V se dió por contento con esta respuesta. Manifestó que en tales cosas había de remitirse al juicio

(1) Zúñiga a Felipe II en 13 de junio de 1569, Corresp. dipl., III, 91.

(2) Zúñiga a Felipe II en 4 de noviembre de 1569, Corresp. dipl., III, 188.

(3) En Laderchi, 1569, n. 285; Colec. de docum. inéd., IV, 514; Kervyn de Lettenhove, Huguenots, II, 386.

(4) Bonelli a Castagna en 3 de noviembre de 1569, Corresp. dipl., III, 186.

(5) Zúñiga a Felipe II en 4 de noviembre de 1569, *ibid.*, 188.

(6) Castagna a Bonelli en 14 de enero de 1570, *ibid.*, 218. Bonelli (a Castagna en 8 de marzo de 1570, *ibid.*, 258 s.) disculpa el breve dirigido a Alba.

(7) Felipe II al Papa en 20 de enero de 1570, *ibid.*, 226. Cf. la carta de Felipe II a Zúñiga, de 18 de diciembre de 1569, y la de Castagna a Bonelli, de 22 de diciembre de 1569, *ibid.*, 205, 208.

(8) Alba a Zúñiga en 5 de diciembre de 1569, en Mignet, II, 508 s.

de Alba, y confiaba en el ánimo cristiano y prudencia del duque, que no perdería la ocasión de recobrar a Inglaterra (1).

Si los esfuerzos del partido de Norfolk apenas se pueden poner en cuenta a los católicos ingleses, en cambio ya desde algún tiempo atrás se había preparado un movimiento realmente católico, ante todo de carácter puramente religioso. No sin cooperación de Pío V, los ortodoxos de Inglaterra comenzaban a sacudir su anterior inacción. Ya siendo inquisidor general en tiempo de su predecesor, Pío V había provisto de facultades a cuatro sacerdotes, entre ellos Sanders y Harding, para volver a recibir en la Iglesia a los cismáticos ingleses (2). La cura de almas entre los católicos de dicho reino septentrional se administró ahora con más rigor y consecuencia. Antes sólo se había exigido a los legos como condición previa para admitirlos a la recepción de los sacramentos de la Iglesia, que se mantuviesen alejados de la cena protestante. Ahora se exigió además, que no asistiesen tampoco a los actos del culto de los herejes. Los efectos de esta mayor severidad fueron favorables. El 11 de junio de 1567 escriben Harding y Sanders desde Lovaina a Morone (3), que se había puesto fin a las confusas vacilaciones, se rehusaba en mayor grado que antes la participación en el culto anglicano, se confesaba la fe aun ante los tribunales y se sufrían con gozo la cárcel y las prisiones. Ciertamente algunos católicos alegaban todavía, que mientras aquellos cuatro sacerdotes se apoyasen sólo en facultades concedidas verbalmente, no estaban obligados a darles crédito en este punto, y por tanto podían continuar como antes en la costumbre hasta entonces practicada (4). Pero Harding y Sanders obtuvieron un breve pontificio, de 14 de agosto de 1567, que puso fin a las dudas (5).

(1) Zúñiga a Alba en 7 de enero de 1570, Corresp. dipl., III, 214.

(2) Harding y Sanders a Morone en 11 de junio de 1567, en Meyer, 412 ss. Facultades semejantes concedió un \*breve de 18 de mayo de 1570 a Guillermo Allen, Juan Martioli y Nicolás Sanders para Inglaterra y Escocia (*Archivo de breves de Roma*). Bonelli escribe a Castagna en 9 de junio de 1568, que fuera de las facultades de absolver, concedidas a instancias de algunos jesuitas, y de las limosnas para los católicos ingleses que se enviaban cada año a Lovaina, no había ningunas relaciones del Papa con los ingleses. Corresp. dipl., II, 387.

(3) En Meyer, loco cit.

(4) Ibid.

(5) Frere, 140. De un modo especial trabajaba entonces en la misma Inglaterra según la mente del Papa Lorenzo Vaux. Dictionary of National Biography, LVIII, 191.

Noticias nada tranquilizadoras llegaron ahora a las comisiones protestantes para la visita de las iglesias. Escribían desde Chester en diciembre de 1567, que muchos miembros de la nobleza inferior de Lancashire se habían obligado con juramento a no volver a recibir la comunión protestante mientras reinase Isabel (1). En enero de 1568 por una serie de cartas llamóse la atención de las comisiones protestantes para la visita de la iglesias sobre varias tentativas de «apartar a la gente de la fidelidad a la reina y de la unidad del culto»; un mes más tarde se dió la orden de prender a ciertos eclesiásticos depuestos que todavía se ocultaban en casas particulares; seis de estos clérigos se designan por sus nombres, entre ellos Vaux y Allen (2). A fines de 1567 se escudriñaron en Londres las casas, se pidió cuenta a los habitantes acerca de su religión y la participación en el culto anglicano, y a los que habían oído misa en la embajada española, se les exigió que prestasen el juramento de supremacía (3). Desde entonces van siempre en aumento las prisiones por haber oído misa; en febrero de 1569 estaban las cárceles llenas de católicos (4), y a fines de mayo la persecución era más violenta que nunca (5).

Si en tales circunstancias los católicos de la generación adulta podían todavía lisonjearse con la esperanza de que, cuanto a sus personas, permanecerían fieles a la fe de sus padres, con todo, dada la supresión de una enseñanza católica ordenada, para nadie podía ser dudoso, que sus hijos poco a poco irían abriendo los oídos a la predicación herética. Además, desde mayo de 1568 hubieron de ver cómo era tratada del modo más injusto la legítima heredera del trono inglés, no en último término, porque se mantenía firme e inmovible en la fe católica. No se atrevían a sublevarse sin más, a ejemplo de los rebeldes franceses y escoceses, pero las arbitrariedades y atentados que clamaban al cielo, hacían que

(1) Frere, 141.

(2) Ibid., 142.

(3) De Silva a Felipe II, Corresp. de Felipe II, tomo II, 564, III, 3; Meyer, 104.

(4) Sicel... aflige bravamente á los católicos, encarcelando á muchos, y casi tiene todas las cárceles llenas. Guerau de Espés a Alba en 29 (según Kervyn de Lettenhove, Relations, VI, 301, en 20) de febrero de 1569, Corresp. de Felipe II, tomo III, 191; cf. 232.

(5) Espés a Felipe II en 23 de mayo de 1569, *ibid.*, 239. La agravación de la persecución cae cuanto al tiempo *antes* del levantamiento de 1569; no puede por tanto ser considerada con Meyer (p. 105) como su consecuencia.

poco a poco se fuese divulgando cada día más la cuestión de si estaban obligados en conciencia y ante Dios a ser silenciosos espectadores de tan atroces violencias, y si el continuar en aquella inacción podía conciliarse todavía con los conceptos del honor caballeresco. «Podemos atestiguar, escribía más tarde desde Lovaina Nicolás Sanders (1), con qué anhelo se dirigían a nosotros los nobles ingleses para saber si la Sede Apostólica no había aún publicado nada contra la reina, y además, si, aun sin tal decisión, podían con buena conciencia acometer alguna empresa arriesgada para librarse de aquella tiranía. A la primera pregunta contestábamos, que por lo que sabíamos, no había llegado acá noticia de nada de eso; sobre la otra pregunta no estaban de acuerdo los más doctos teólogos. Unos no tenían ninguna duda de que se podía defender la religión católica sin permiso de la Sede romana en aquellos puntos que por otra parte pertenecen al tesoro común de la cristiandad, pero otros tenían por necesario o a lo menos más seguro, aguardar una sentencia pontificia.»

Los últimos años habían presenciado bastantes levantamientos de carácter religioso coronados de feliz éxito en Escocia y Francia. Pero a los católicos ingleses les faltaba para triunfar no el necesario número de los descontentos, pero sí la resolución poco escrupulosa de sus vecinos de Escocia. Se meditaba la ejecución del levantamiento, pero no se atinaba con un plan útil para él. En el decurso del año 1568 Ridolfi, banquero de Florencia establecido en Londres, fué a verse con el embajador español Guerau de Espés para alcanzar socorros de Felipe II. Don Felipe tenía un juicio favorable del florentino, y el duque de Alba desfavorable, y las negociaciones no llegaron a dar resultado (2). En la primavera de 1569 se presentó en Inglaterra por encargo del Papa Nicolás Morton, antiguo prebendado de York y ahora penitenciario en San Pedro de Roma (3); su comisión era cerciorarse de qué manera sería recibida en Inglaterra la excomunión de Isabel. Por él supieron los descontentos lo que opinaba Pío V acerca de Isabel; sobre una sentencia pontificia, que hubiese quitado los escrúpulos de

(1) \* a M. A. Graziani, 15 Cal. Martii, 1570, *Archivio Graziani de Città di Castello*, Istrutt., I, 26.

(2) Lee en el Dict. of Nat. Biogr., XLVIII, 290. Laderchi, 1569, n. 270.

(3) En Laderchi, loco cit., hay un breve de recomendación en favor de él, dirigido a Alba en 13 de febrero de 1569.

conciencia respecto de un levantamiento armado, nada ciertamente pudo notificar, pero lo que después de su vuelta refirió sobre la disposición de ánimo que había en Inglaterra, fué decisivo para la resolución de Pío V de proceder contra Isabel (1).

Sin duda a principios del año 1569 las circunstancias para el levantamiento eran muy favorables, por cuanto desde diciembre de 1568 Isabel estaba envuelta en una grave discordia con España. Ciertas naves españolas con rico cargamento de oro para las tropas que tenía el duque de Alba en los Países Bajos, se habían refugiado entonces huyendo de piratas en el puerto de Southampton, y al punto el vicealmirante británico Arturo Champernowne escribió al secretario de Estado, que este tesoro subía nada menos que a 400000 libras esterlinas y era «por eso muy a propósito para su majestad» (2). Que la reina podía echarle a él mismo ante el mundo la odiosidad del robo; que lo que se quitaba a aquellos malditos españoles, era ganancia para Inglaterra (3). Parecía, por tanto, estar a las puertas una guerra con Felipe II, y su éxito no era dudoso, según opinión del embajador español en Londres. Decía él que en cualquier tiempo se podía derribar del trono a Isabel por medio de los partidarios de María Estuardo (4); que había llegado la favorable ocasión para restablecer la religión católica en Inglaterra, y por este medio pacificar a Flandes (5); que en muchas cartas anónimas se expresaba la convicción de que a la vista de la bandera española todos los católicos se levantarían (6).

(1) Lingard, VIII, 44. Pollen en *The Month*, IC (1902), 140 y *Engl. Catholics*, 143 ss. Sanders en *Spillmann*, II, 94. Sobre las relaciones de Morton con Northumberland cf. las declaraciones que este último hizo en su interrogatorio, publicadas por Green, *Addenda*, 1566-1579, p. 408, y F. Norton a Leicester y Burghley en 2 de abril de 1572, *ibid.*, 390.

(2) therefore most fytt for Her Majestie (carta de 19 de diciembre de 1568; cf. Kervyn de Lettenhove, *Relations*, V, 197). La cuantía de la suma robada es indicada diversamente. Brosch, VI, 535.

(3) Kervyn de Lettenhove, *Relations*, V, x. El vicealmirante escribió al Consejo privado en 1.º de enero de 1569, que el dinero había sido enviado por el Papa para combatir a los protestantes; *ibid.*, 205.

(4) A Alba en 30 de diciembre de 1568, *ibid.*

(5) Agora ay muy buena forma de reducir este reyno a la fee católica. A Alba en 9 de enero de 1569, Kervyn de Lettenhove, *Relations*, V, 228.

(6) A Alba en 2 de abril de 1569, *ibid.*, 356. Cf. Espés a Felipe II en 2 de abril de 1569, *ibid.*, 358: Muchos católicos me escriven cartas secretamente, que, en viendo banderas de V. M. en este reyno, se levantarán todos...

18

**NIHIL OBSTAT**

*El Censor,*  
**DR. JOAQUÍN SENDRA PASTOR**  
CANÓNIGO

*Barcelona, 27 de mayo de 1931.*

---

**IMPRÍMASE**

**MANUEL, OBISPO DE BARCELONA**

*Por mandato de S. S. I.*  
**DR. RAMÓN BAUCELLS SERRA**  
CANCILLER - SECRETARIO

## **IV. Actitud de Pío V respecto de Felipe II. La lucha del Papa contra la ingerencia del Estado español en los asuntos eclesiásticos**

### **I**

Los conatos regalistas que desde fines de la edad media reinaban en España, habían llegado a tal punto ya en tiempo de Pío IV, que el presidente del Consejo de Castilla, Figueroa, se atrevió a decir en sesión pública, que para España no había Papa (1). La consecuencia fué que las relaciones de la Santa Sede con el rey católico se hacían cada vez más tirantes. Felipe II y más todavía sus consejeros consideraban sus pretensiones a mandar aun en los asuntos eclesiásticos del reino de España, fundadas en privilegios y costumbres, como derechos inalienables de la corona, y querían todavía aumentarlas; pero la Sede Apostólica veía en estas pretensiones una grave violación de los más santos derechos de la Iglesia. De esta manera había de empeorar más la situación, cuando con Pío V subió a la Silla de San Pedro un Papa que más a conciencia que muchos de sus predecesores y «con más admirable consecuencia» (2) examinaba y decidía las cuestiones que en esta materia se ofrecían.

La firme voluntad de Pío V de hacer valer en todas partes la independencia de la Iglesia, y en especial de librar la jurisdicción e inmunidad eclesiástica de todo menoscabo por parte del poder civil, condujo repetidas veces a serios conflictos con el gobierno español. Si a pesar de esto se evitó lo extremo, un completo rom-

(1) Cf. *Corresp. dipl.*, I, 23, nota y 444.

(2) Herre, *Política europea*, I, 58.



pimiento, fué para esto decisivo por una parte el estado del mundo, que más que nunca obligaba al Papa y al rey católico a mantenerse unidos y acordes, y por otra la personalidad del hombre que durante todo el reinado de Pío V desempeñó el cargo difícil y lleno de responsabilidad, de nuncio de España. Fué éste el arzobispo de Rossano, Juan Bautista Castagna, quien con su abnegada actividad, su prudencia y su eminente habilidad diplomática supo satisfacer al celo del Papa en la defensa de los intereses de la Iglesia contra las disposiciones de Felipe II, y asimismo permanecer grato al rey a pesar de las frecuentes y vivas discusiones con él y sus ministros (1).

Castagna había llegado a Madrid el 13 de noviembre de 1565 con el cardenal legado Boncompagni, y desde Perpiñán, primer lugar español, había sido testigo del honorífico recibimiento tributado al representante del Papa. Con éste hizo su solemne entrada en la capital de España el día mencionado (2). El anterior nuncio, el cardenal Crivelli, partióse el 17 de noviembre. Las negociaciones apenas comenzadas de Boncompagni tuvieron un repentino fin por la noticia de la enfermedad y la muerte de Pío IV, en vista de la cual el cardenal legado volvióse a Roma el 29 de diciembre (3). La nueva de la elección de Pío V llegó a Madrid el 25 de enero

(1) La transmisión de las relaciones de Castagna, que fueron utilizadas primero por Lämmer (Para la historia eclesiástica, 161 s.), después por Gachard (Bibl. Corsini, 43 s. y Bibl. de Madrid, VII s., 85 s., 435 s.), y finalmente por Hinojosa (p. 173), ha sido ahora puesta en claro por Serrano, Corresp. dipl., I, xxii, xxvi s., quien ha publicado en su texto original de un modo digno de agradecerse, las cartas de 1565-1568.

(2) V. Corresp. dipl., I, 23, 25 s., 44 s. Interesantes pormenores sobre la permanencia de Boncompagni en España, refiere su acompañante Venancio de Camerino en sus \*Memorias, existentes en el *Archivo Boncompagni de Roma*, D. 5; cf. ibid., D. 7 las \*Memorias de Musotti.

(3) Cusano \*refiere en 2 de febrero de 1566, que el Papa estaba irritado con Boncompagni, 1) porque sin mandato del Sacro Colegio había salido de España (cf. para esto Bull. Hispanique, VII, 247 y Corresp. dipl., I, LIV, 116); 2) porque había aceptado de Felipe II un regalo de 5000 ducados, e più per una lettera, haveva ottenuta da S. M. C<sup>ra</sup> ai card<sup>li</sup> Farnese et Borromeo, ove lo nominava per speciale subietto suo e li pregava lo facessero Papa; 3) también finalmente, porque no quería volver a España por el negocio por cuya causa fué nombrado legado. Supo con todo Boncompagni debilitar tan bien estas reconvenciones, que, como notifica \*Cusano en 23 de febrero, fué recibido por Pío V con mucha afabilidad (*Archivo público de Viena*). Venancio de Camerino refiere en sus \*Memorias, que la orden de vuelta que dió Pío V, no se había podido ejecutar, porque no llegó sino cuando el legado había ya embarcado todas sus cosas y su comitiva, *Archivo Boncompagni de Roma*.

de 1566. En su carta de gratulación al nuevo Papa no dejó Castagna de elogiar el celo católico del rey, así como por otra parte en su carta de acción de gracias por su confirmación en el cargo de nuncio, dirigida al cardenal Reumano, hizo notar que Felipe II se había expresado de un modo muy encomiástico sobre el nuevo Papa (1).

A principios de abril Castagna pidió nuevas instrucciones respecto de los encargos que Pío IV le había dado para España. Estos concernían especialmente a la grave violación del Derecho canónico por el llamado *Recurso de fuerza*, uso que correspondía al francés *Appel comme d'abus*, por medio del cual el gobierno español juntamente con el empleo del plácet por el que se retenían las bulas pontificias, ejercía una inspección sobre todos los actos de la jurisdicción eclesiástica. Conforme a esto podía cualquiera buscar auxilio en el Consejo real por medio del *Recurso de fuerza* contra una sentencia eclesiástica que le pareciese injusta, aun cuando el juez fuera un obispo o el nuncio; sólo estaba exceptuado el tribunal de la Inquisición. Si el Consejo admitía el recurso, quedaba con esto suspendido todo ulterior procedimiento del juez eclesiástico, y los actos que a pesar de ello continuase éste ejerciendo, eran tenidos por nulos. También el que por una bula pontificia padecía o temía un violento agravio de su derecho (*fuerza*), podía solicitar la retención de la bula. Del recurso se hacía uso frecuentemente; no sólo legos y eclesiásticos, sino aun obispos echaban mano de él contra decisiones de bulas apostólicas y comisiones, si no eran de su gusto (2). A todo esto se añadían todavía otros numerosos desafueros contra la jurisdicción eclesiástica, por cuanto las autoridades civiles arrestaban a clérigos y los prendían hasta en las iglesias. Ya Pío IV se había quejado de esto.

(1) Di tale pontefice haviamo bisogno adesso, cuéntase haber dicho Felipe II (carta de Castagna, de 20 de febrero de 1566, Corresp. dipl., I, 124). La confirmación de Castagna se había hecho ya el 24 de enero de 1566; v. los números 19 a 22 del apéndice, *Archivo de breves de Roma y Museo Británico de Londres*.

(2) Cf. Phillips, II, 569 s.; Friedberg, 546 s.; Philippson, Felipe II, 273 s.; Hinschio, VI, 1, 216 s.; Isturiz en el *Annuaire de l'université de Louvain*, 1907, 384 s., donde se indican aún más obras relativas a este punto. El canonista español Diego de Covarrubias defiende vivamente el *Rekursus ad principem* en su *Practicarum quaestionum liber*, escrito en 1558, e impreso muchas veces (v. gr., Antverpiae, 1627); v. Eichmann, *El Recursus ab abusu*, Berlín, 1903, 121 s.

Los atentados del gobierno español a la autoridad de la Santa Sede y a la libertad eclesiástica tampoco se ocultaban a Castagna. Reconocía a la vez claramente, que en esta materia era muy difícil poner completo remedio; pues se trataba de costumbres ya hacía mucho tiempo arraigadas, las cuales el rey y sus ministros mantenían con tenacidad. Pero por otra parte esperaba mucho de los sentimientos católicos de Felipe II, al cual procuraba disculpar personalmente todo lo posible, atribuyendo la culpa principal a sus ministros (1).

No obstante pronto tenía que llegar a entender Castagna cuán espinoso había de ser el cargo de representante del Papa en la corte de Felipe II. Sólo las dificultades que se hallaban en las mismas cuestiones que se habían de tratar, muchas veces muy complicadas, eran ya grandísimas. Pero no eran las únicas. Así el nuncio se queja repetidas veces del lento curso de los negocios, del impenetrable secreto en que todo se envolvía, y de la costumbre de negociarlo todo, no de palabra, sino por medio de extensos escritos (2). Lo triste era en la corte de España, como más tarde juzgó el cardenal Bonelli, que todo se había de redactar en memoriales, a los cuales respondían luego los ministros lo que les parecía conveniente, sin alegar razones y sin fundamentarlo, de manera que nunca se los podía coger ni acorralar (3). A esto se añadía la proverbial irresolución del rey, el cual era maestro en retardar lo más posible toda decisión.

Había ahora una serie de cuestiones muy importantes que exigían una *rápida* decisión. Estaba en primer término el negocio del infeliz arzobispo de Toledo, fray Bartolomé Carranza, que hacía ahora ya siete años que había sido preso por la Inquisición española, mientras Felipe II percibía las pingües rentas del arzobispado. El cometido de Castagna era conseguir que en este asunto ante todo se accediese a la demanda de la Santa Sede, conforme a la cual el preso había de ser trasladado a Roma, para que su causa fuese allí al fin decidida imparcialmente con la necesaria celeridad sin la influencia de sus enemigos españoles. Felipe II opuso a esta demanda la más tenaz resistencia; y con todo, Pío V,

(1) V. Corresp. dipl., I, 179 s., 181, 363.

(2) V. Corresp. dipl., I, 289 s., 372.

(3) V. Sentis, 121.

al igual que su predecesor, hubo de persistir en que el proceso de Carranza pertenecía a su tribunal.

No costó poco trabajo hallar medio para dar una satisfactoria solución a esta cuestión. Castagna conocía muy bien dónde tenía su raíz la resistencia del gobierno español: se temía en Madrid que la autoridad de la Inquisición española, por medio de la cual el rey católico tenía sus reinos sujetos, podría padecer detrimento (1). Por eso el nuncio procuró desengañar a Felipe II hablando con él personalmente, cuando el 24 de junio le entregó una carta autógrafa de Pío V, concerniente a este negocio. Expúsole con palabras enérgicas, que el Papa estaba *sobre* la Inquisición española, que este tribunal recibía del Papa su jurisdicción, por lo cual en muchos breves la decisión final se reservaba expresamente para Roma, y que por tanto el respeto a los derechos pontificios estaba aun en el interés de la misma Inquisición española. El rey lleno de benignidad escuchó a Castagna con la mayor atención, pero creyó que en un negocio de tanta importancia no podía tomar una rápida decisión; dijo que haría tratar con el mismo Papa sobre las razones alegadas. Castagna replicó, que esto era enteramente innecesario e infructuoso; también representó reiteradamente a don Felipe, que el Papa no podía sufrir la larga orfandad del arzobispado de Toledo y se vería obligado a declarar ante todo el mundo, que no tenía culpa ninguna en la dilación de aquel asunto. Respecto a esto sólo manifestó el rey al nuncio cuán totalmente sin culpa se sentía, y persistió en que un negocio de tanto momento no se podía decidir tan pronto (2).

No menos que la conducta de Felipe II en la causa de Carranza, desagradó al Papa la noticia que entre tanto llegó de España, de que los obispos de esta nación se negaban a publicar la bula *In cena domini* sin permiso del Consejo real (3). Pero lo que mayor dolor causaba a Pío V era el atropellamiento de la

(1) V. Corresp. dipl., I, LIV s., 174, 223 s., 227 s., 243 s., II, VII s., IX s. Cf. también la \*relación de Cusano, de 26 de enero de 1566, quien señala el negocio de Carranza como la primera causa de la desconfianza que se suscitó muy pronto entre Pío V y Felipe II (*Archivo público de Viena*). Cf. vol. XVII, p. 309 ss.

(2) V. la relación de Castagna, de 30 de junio de 1566, Corresp. dipl., I, 270 s.

(3) V. la \*relación de Arco, de 13 de julio de 1566, *Archivo público de Viena*.

jurisdicción eclesiástica en España y sus posesiones, especialmente el exequátur de Nápoles. A principios de julio habló sobre esto a Requeséns con las más duras palabras. El 13 de agosto se encargó a Castagna que presentase quejas al rey por las graves usurpaciones de los derechos de la Iglesia, que eran fundadas continuamente en el privilegio de soberanía de la llamada *Monarchia Sicula*, y le dijese que le parecía al Papa muy extraño cómo en los dominios de un monarca tan piadoso y católico no se ejecutasen las saludables ordenaciones del supremo jerarca de la Iglesia, antes bien fuesen menospreciadas por las autoridades reales (1). En un consistorio celebrado por el mismo tiempo Pío V hizo también una clara alusión a aquellos príncipes católicos que se arrogaban la autoridad de la Santa Sede, lo cual se interpretó generalmente como dicho para España (2).

Durante estas penosas negociaciones se habían presentado en Roma de parte del gobierno español peticiones muy amplias, con cuyo otorgamiento tenía que remediar el nuevo Papa las dificultades rentísticas de Felipe II. En primer lugar se trataba de la renovación por otros cinco años, del tributo conocido con el nombre de *Subsidio*, impuesto al clero español (3). Pero además el marqués de Aguilar, embajador español enviado para dar la enhorabuena a Pío V por su ascensión al trono, después de haber prestado obediencia el 16 de mayo (4), procuró alcanzar también la concesión de la *Bula de la Cruzada*. El embajador español ordinario Luis de Requeséns tuvo con razón por impropio este proceder. El experto político creía que primero debían satisfacerse las *justas* quejas del Papa por las intrusiones de las autoridades españolas en el terreno eclesiástico, y previno enérgicamente que no se agenciasen los negocios en el pontificado de un «Papa tan santo» como el actual, de la misma

(1) V. Corresp. dipl., I, 285 s., 318 s., cf. 335 s. V. también Santori, Autobiografía, XII, 341.

(2) V. la \*relación de Cusano, fechada en Roma a 17 de agosto de 1566, *Archivo público de Viena*.

(3) V. las \*relaciones de Arco, fechadas en Roma a 12 de enero y 23 de marzo de 1566, *ibid*.

(4) V. Zúñiga en la Colec. de docum. inéd., XCVIII, 369; Vida de L. Requeséns en el *Bullet. Hispanique*, VII, 246 s.; Corresp. dipl., I, 127, 152, 166 s., 173, 175, 192 s., 214, 247 s. Sobre la tributación de obediencia cf. Cibrario, *Lettere ined.*, Torino, 1861, 345, y también la \*relación de Arco, de 18 de mayo de 1566, *Archivo público de Viena*.

manera o todavía peor que en la época de los Papas del Renacimiento (1).

Requeséns predicaba en desierto. Ni se dió oídos a las quejas del Papa tocante al atropello de la jurisdicción eclesiástica, ni se pudo obtener una rápida decisión del asunto de Carranza. Hasta mostróse inaccesible el gobierno español respecto de un muy limitado deseo de Pío V en favor de Bosco, su patria, el cual, como hacía observar Requeséns, nada absolutamente a aquél le costaba (2). Si ciertamente creía Requeséns que el Papa habría concedido la Cruzada, sólo con que España le hubiera cumplido aquel deseo, se equivocaba. Pío V no se dejaba determinar en sus decisiones por tales cosas. Su negativa a otorgar la Cruzada tenía únicamente por causa los numerosos abusos que con ella iban unidos (3). Lo que podía, concedió. Así ya a 16 de marzo de 1566, permitió por otros cinco años la cobranza del subsidio impuesto a los eclesiásticos, el cual rentaba al gobierno español 400000 escudos de oro (4). El Papa se allanó a ello contra el consejo de los cardenales, y sin exigir ningún donativo recíproco para el tesoro pontificio en cambio de esta importante concesión (5). ¡Qué mezquindad es en comparación de esto el que por el mismo tiempo apoyase Felipe II a los cartujos españoles que se resistían a contribuir con una cantidad a la construcción de la iglesia de Santa María de los Angeles conforme al mandato de Pío V! (6) Respecto de los dineros que

(1) V. la interesante carta de Requeséns a Juan de Zúñiga en la Colec. de docum. inéd., XCVII, 371 s. La carta no está fechada; como la partida de Aguilar se efectuó el «18 del mes pasado», esto es, de junio (v. Corresp. dipl., I, 265, nota 1), aquélla es de julio de 1566. Cf. también Corresp. dipl., I, 253, nota 2.

(2) V. la carta de Requeséns acabada de mencionar. Sobre el asunto mismo v. Corresp. dipl., I, 109, 148, 219. Cf. ibid., IV, 41 s., sobre la conducta de Felipe II con el mayordomo del Papa, Franc. de Reinoso.

(3) V. la \*relación de Arco, de 22 de mayo de 1566, *Archivo público de Viena*. Cf. la memoria de 1565 en la Corresp. dipl., I, 443 s.

(4) V. \*Índice de las concesiones que han hecho los Papas de la Cruzada, Subsidio y Escusado en el *Archivo de la embajada española en Roma*. El texto de la \*bula de la prorogatio subsidii, con fecha de 16 Martii, 1566, se halla en Borghese, I, 145-147, p. 54, *Archivo secreto pontificio*. Cf. también Corresp. dipl., I, 90, 114, 131, 149, 152, 193 s.

(5) Esto lo hace resaltar con razón Serrano (I, XLVII) como prueba de cuánto se esforzó Pío V desde el principio por mantener buenas relaciones con Felipe II.

(6) V. las \*relaciones de Castagna, de 12 de mayo y 11 de agosto de 1566, Corresp. dipl., I, 235, 302. Cf. también nuestros datos del vol. XVI, 370 s., y vol. XVII, 124.

la Fábrica de San Pedro había de recibir aún de la Cruzada del pasado año, mostróse asimismo don Felipe muy poco condescendiente (1). Pero la entrega de Carranza se iba por él difiriendo de mes en mes.

Ahora no le quedó a Pío V otro remedio que hacer valer con grandísima resolución su derecho a llevar al fin en Roma el proceso contra el arzobispo. El 30 de julio de 1566 dirigió a Castagna un breve, en el que se decía, que aunque Carranza estaba preso desde hacía siete años, todavía hoy no sabía el Papa qué era propiamente lo que se reprochaba al prelado. Que por tanto se veía expuesto a las más duras acusaciones y forzado a mandar ahora a los miembros de la Inquisición española so pena de excomunión y suspensión, que inmediatamente dejaran ir a Roma a Carranza y enviasen allí los autos del proceso seguido contra él (2). Antes que este breve llegase a España, Felipe II, como notificaba Castagna el 23 de agosto de 1566, se había resuelto a ceder al deseo enteramente justificado de Pío V y enviar a Carranza a Roma (3).

Pero fuera de esto Castagna no podía dar cuenta desde España sino de cosas desagradables, principalmente acerca de muchos obispos que ponían en movimiento el poder real para realizar sus fines contra el clero inferior. Hubo de proceder contra el obispo Diego de Simancas, porque había hecho meter en la cárcel al portador de una bula pontificia, tocante a una justa demanda de dinero. El 11 de agosto escribía el nuncio: «Hallo aquí la autoridad de la Santa Sede vulnerada en todos los puntos. Todo el mundo le es hostil, excepto los cabildos, pero también a éstos les guía sólo el egoísmo» (4).

Las desavenencias entre Roma y Madrid se aumentaron todavía con ocasión de las peligrosas revueltas que estallaron en los Países Bajos. Pues como todas las personas perspicaces, vió también Pío V, que el «último remedio contra el incendio que diaria-

(1) Cf. *ibid.*, I, 180, 195, 233, 276, 352.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 484; *Corresp. dipl.*, I, 292 s. El breve fué expedido tan secretamente, que ni siquiera el cardenal Bonelli supo nada de él; v. los núms. 19-22 del apéndice y la carta autógrafa de Pío V a Castagna de 3 de agosto, impresa en la *Corresp. dipl.*, I, 298 s., en la que le exhorta de nuevo a diligenciar enérgicamente la liberación de Carranza y el viaje de Felipe II a los Países Bajos.

(3) V. *Corresp. dipl.*, I, 330.

(4) *Ibid.*, 303.

mente se iba propagando», estaba en la personal presencia de Felipe II en las provincias amenazadas. Pero el considerado soberano de España no podía resolverse a ello. Cuando luego en septiembre de 1566 llegó a Roma la noticia de los horrores de los iconoclastas de los Países Bajos, Pío V quedó tan afectado, que aun a riesgo de disgustar profundamente a Felipe II, se resolvió rápidamente a dar un paso que causaría honda impresión. A vista de los sacrilegios cometidos por los rebeldes, tuvo por su deber sagrado hacer representar de nuevo al rey de España la necesidad de su presencia en los Países Bajos, por medio del envío de un legado extraordinario. Pedro Camaiani, obispo de Fiésole, que en tiempo de Julio III había sido nuncio cerca de Carlos V (1), fué a quien se confió esta incumbencia (2). Dícese en sus instrucciones (3), que conjure al rey por la sangre de Cristo, que no retarde más su viaje. Que con una mayor demora se perderían los Países Bajos para la Iglesia, y también para el rey, lo cual había de tener luego las peores consecuencias aun para la religión católica en Inglaterra y Francia. Que su majestad no se dejase detener por consideraciones a España; que aunque don Felipe enviase a los Países Bajos un grande ejército, éste nada conseguiría sin su presencia personal.

Fuera de esto Camaiani había de agenciar la definitiva traslación de Carranza a Roma, con cuya ocasión quiso otorgar el Papa que fuesen también en el viaje con el arzobispo algunos miembros del tribunal de la fe español para la información de la curia. Además debía hablar Camaiani del atropello de la jurisdic-

(1) V. nuestros datos del vol. XIII, 140 s. Sobre Camaiani, que durante su legación (9 de octubre de 1566; v. Gulik-Eubel, 133) fué nombrado obispo de Ascoli, además de las relaciones de nunciatura, XII, xxvi s., v. también Saggio di cose Ascolane, Teramo, 1766, App., cccxcvi; Rev. d'hist. ecclés., III, 413 s; Capponi, Mem. d. chiesa Ascolana, Ascoli-Piceno, 1898. Muchos, como todavía recientemente Rachfahl (Orange, II, 2, 839), han confundido la misión de Camaiani con la de Alejandro Casale. Este, según un \*breve de 12 de septiembre de 1566 para el archiduque de Austria, Ernesto, fué enviado a las majestades españolas, para darles el parabién de partu ipsius reginae; v. Addit. 26865, p. 496, *Museo Británico de Londres*.

(2) V. el \*breve a Felipe II de 27 de septiembre de 1566, que acredita a Camaiani. La minuta original se halla en el *Museo Británico* (cf. los números 19-22 del apéndice).

(3) V. Corresp. dipl., I, 356 s. Al editor se le ha pasado por alto, que la instrucción se halla impresa en el *Compte rendu de la Commiss. d'hist. à Bruxelles*, III, 9, 276 s.



La misma María Estuardo creía poder decir hacia fines del año 1568, que si don Felipe le daba apoyo, dentro de tres meses a lo más podría ser reina de Inglaterra (1); en julio de 1569 el apasionamiento por ella como legítima heredera del trono se había hecho tan ardoroso, que Isabel se quejaba con envidia de que ya se intentaba levantar a Absalón contra David (2). Ya algunos municipios del norte de Inglaterra comenzaron a expulsar a sus predicantes herejes (3).

Pero muy presto se disiparon todas las esperanzas. La rebelión de los moriscos y la de los Países Bajos exigían todas las fuerzas de España. Aunque los piratas ingleses robaban los buques mercantes españoles con secreta aprobación de Isabel, aunque se interceptaban las cartas del embajador español y se vigilaba su casa de Londres (4), España no se atrevía sin embargo a desenvainar la espada contra Inglaterra. Alba en los Países Bajos, a cuyo juicio don Felipe había dejado la decisión, disuadió resueltamente de una guerra contra los ingleses, y no quiso saber que los vasallos católicos de Isabel estaban alentados (5). También sobre la disposición de ánimo de los católicos ingleses Guerau de Espés se había entregado a esperanzas demasiado atrevidas. Muchos de ellos decían abiertamente, que no querían ni tomar las armas a fin de conquistar a Inglaterra para el rey de España, ni en general tener nada que ver con aquella nación (6).

A pesar de esto, María Estuardo, en el verano de 1569, recibió muchos ofrecimientos de nobles ingleses, que estaban dispuestos a sacrificar sus haciendas y vidas para ponerla en libertad. Por consejo de Norfolk rechazó estas ofertas; pero cuando el duque estuvo encarcelado en la Torre de Londres y María misma temió por su propia vida, dió noticia de ello en secreto al conde de Westmoreland, cuya esposa era hermana de Norfolk, al conde de

(1) Espés a Felipe II en 8 de enero de 1569, Corresp. de Felipe II, tomo III, 171; cf. 280.

(2) Espés a Felipe II en 25 de julio de 1569, *ibid.*, 266.

(3) Espés a Felipe II en 14 de julio de 1569, *ibid.*, 259.

(4) Espés a Alba en 9 de enero de 1569, en Kervyn de Lettenhove, *Relations*, V, 227 s.

(5) Cf. *ibid.*, xv s.

(6) Car ne veulent, à ce qu'ils disent, combattre pour conquérir ce royaume au roy d'Espagne, ny rien avoir à faire avec ceste nation-là. De la Mothe Fenelón en 17 de agosto de 1569, *ibid.*, xxi.

Northumberland y por estos dos a todos los que antes se hallaban dispuestos a su servicio (1).

Si Norfolk, en vez de someterse a la reina, hubiese llamado a las armas a los nobles, habrían obedecido seguramente a su indicación y engrosado las filas de sus partidarios. Pero esta indicación no se hizo, bien que poco después, antes de haberse efectuado los preparativos para el levantamiento, los más calificados de la nobleza católica, los condes de Northumberland y Westmoreland, se vieron de improviso puestos en la necesidad de tomar una resolución definitiva (2). Pues el conde de Sussex recibió del gobierno el encargo de invitar a ambos a York, ponerlos allí presos y enviarlos a la corte. Ahora Northumberland y Westmoreland se hubieron de resolver o a compartir la suerte de Norfolk o tomar las armas. El 7 de noviembre se dirigieron al Papa en demanda de auxilio, el 14 se desplegó de nuevo la antigua bandera con la cruz y las cinco llagas, que ya en 1536, en tiempo de Enrique VIII, había ondeado al viento en la sublevación de la llamada peregrinación de romería, y al siguiente día se dirigió una proclama al pueblo. El muy esclarecido y profundamente religioso Northumberland, modelo del noble chapado a la antigua, que hasta entonces había vivido entre sus vasallos y colonos lejos del ambiente de la corte y para nada menos valía que para faccioso e intrigante político (3), había disuadido al principio de una abierta hostilidad. El verdadero caudillo de la empresa fué Ricardo Norton, llamado por el pueblo el patriarca de la rebelión. Según parece, hay que atribuir en gran parte al influjo de una mujer y protestante, la condesa de Westmoreland, el que finalmente se encendiese en vivas llamas el combustible por largo tiempo haciendo del descontento (4).

El 15 de noviembre los condes dirigieron una proclama al pueblo. Comenzaban con la protestación de su fidelidad a Isabel; aseveraban que habían tomado las armas por el honor y seguridad de la reina, de la nobleza y del reino. Que su empresa se enderezaba solamente contra los consejeros de la reina, los cuales maqui-

(1) Lingard, VIII, 43 s.

(2) Sobre la Northern Rising cf. Cuthbert Sharpe, *Memorials of the Rebellion of 1569*, London, 1840; Green, *Addenda*, 1566-1579 *passim*; Lingard, VIII, 44 ss.; Pollen en *The Month*, IC (1902), 136 ss. y *Engl. Catholics*, 118-141.

(3) Cf. la descripción de su carácter distintivo en Hosack, II, 124 s.

(4) Pollen en *The Month*, IC, 136 s.

naban la ruina de la antigua nobleza, empujaban a la reina a dar pasos falsos y habían introducido una religión de nuevo cuño contra la palabra de Dios (1). Con todo, esta proclama no obtuvo el deseado éxito, como tampoco algunas otras parecidas que la siguieron, antes bien, muchos católicos nobles entraron en el ejército real, mandado por el conde de Sussex (2). También en otras cosas fueron los sublevados perseguidos por la desgracia. Habría sido para ellos de grande utilidad el haber libertado y llevado a su campamento a María Estuardo; su libertad era hasta el fin principal del levantamiento, del cual fin ciertamente no hicieron mención los condes en sus proclamas, ni podían hacerla sin poner en peligro la vida de María. Sin embargo, cuando en su marcha hacia el sur enviaron ochocientos jinetes a Tutbury, donde entonces se hallaba presa María, supieron éstos en el camino, que la reina de Escocia había sido ya alejada a Coventry.

Todo hubiera dependido ahora de dar rápidamente un golpe decisivo, cuyo buen éxito hubiese congregado todavía a muchos bajo la bandera de los dos condes; probablemente por esta razón evitó Sussex empeñarse en una abierta lucha. Pero cuando en los ocho primeros días no se extendió más la sublevación, se disminuyó la probabilidad de recibir del duque de Alba los esperados auxilios, y desde el sur de Inglaterra se iba acercando el conde de Warwick con un ejército, Northumberland y Westmoreland se retiraron a sus castillos y posesiones del norte. En las nuevas proclamas que ahora publicaron, no hablaban ya del restablecimiento de la antigua religión, sino insistían en la necesidad de regular la sucesión al trono; decían que a esto se habían dirigido los esfuerzos de la antigua nobleza, los cuales habían sido contrariados por algunos advenedizos del Consejo de la reina, y que por eso querían oponerse a la fuerza con la fuerza (3). La previsora inacción del conde de Sussex permitió a los dos condes obtener todavía algunas pequeñas ventajas. Pero cuando Warwick con sus tropas sólo estaba ya a una jornada de distancia, avanzó también Sussex, y ahora comenzaron los sublevados a dispersarse. La desunión de

(1) Lingard, VIII, 45 s. Green, 111. Cf. la proclama de 19 de noviembre de 1569, redactada en términos semejantes, en Spillmann, II, 97 s.; González, 343.

(2) Sadler en 26 de noviembre de 1569, en Green, 123; Lingard, VIII, 47.

(3) Lingard, VIII, 48.

los dos caudillos completó la disolución de todo el ejército, y Northumberland y Westmoreland se salvaron pasando la frontera de Escocia. Sussex había levantado su ejército en el norte católico; por tanto los católicos fueron dispersados por sus mismos correligionarios. Cecil se pudo gloriarse de que la reina había hallado apoyo en todas las clases de sus súbditos, sin diferencia de religión (1).

El sojuzgar esta sublevación no había costado una gota de sangre, pero en tanto mayor número de vidas humanas se cebó la venganza de Isabel después de alcanzada la victoria. Para intimidar, procedió la reina con extremado rigor. El que de los sublevados poseía hacienda, fué citado a juicio, mas los pobres fueron ahorcados a montones. Mientras duró el procedimiento sumario, fueron así entregados a la muerte unos novecientos; sólo en el condado de Durham Sussex condenó a la horca a trescientos catorce. Contra los demás que tuvieron parte en la rebelión, deseó luego Isabel poner en actividad los tribunales ordinarios, pero se allanó a la advertencia del abogado de la corona, de que de esta manera algunos pueblos perderían todos sus habitantes. Con todo, los indultados hubieron de prestar, no sólo el juramento de fidelidad, sino también el de supremacía (2). A pesar de este rigor, la sublevación tuvo todavía una segunda parte. En febrero de 1570 Leonardo Dacre, vástago y representante de una célebre familia aristocrática, llamó a las armas a los rústicos habitantes de las comarcas inglesas confinantes con Escocia. Sin embargo sus tres mil hombres fueron vencidos en una sangrienta batalla. Dacre huyó a Escocia y desde allí a Flandes (3).

(1) Hosack, I, 494.

(2) Lingard, VIII, 51. Spillmann, II, 99 ss. En 9 de febrero de 1570 escribe Espés a Felipe II, que el número de los ahorcados pasaba seguramente de 700; en 25 de febrero notifica que todavía continuaban las ejecuciones (Corresp. de Felipe II, tomo III, 333, 337). El conde de Sussex escribe a Cecil el 28 de diciembre de 1569: *I guess the number will be 600 or 700 that shall be executed of the common sort, besides the prisoners taken in the field. I trust to use such discretion as that no sort shall escape from example, and that the example shall be very great* (Green, Addenda, 1566-1579, p. 169). Brosch (VI, 554) juzga, que esta «obra de represión, que se efectuó por orden expresa de la reina, se ha de considerar como la mancha más negra que arrojó sobre su carácter, y como la más ignominiosa de sus acciones». Isabel escribió el 31 de marzo de 1570, cuando indultó a algunos de los más principales, que perdonaba a cuatro de ellos sólo por la ganancia que su vida podía traerle. Green, 266; cf. 183, 188.

(3) Lingard, VIII, 52 s.

La sublevación de Dacre estaba próxima a frustrarse, y sofocado hacía tiempo el levantamiento de 1569, y todavía, a lo que parece, había llegado tan poca noticia de los acontecimientos de los últimos meses aun sólo hasta Flandes, que Nicolás Sanders, residente en Lovaina, se dirigió a Roma el 14 de febrero de 1570, pidiendo que se apoyase a los sublevados (1). Escribe diciendo (2), que dos condes católicos con no pocos de la nobleza habían tomado las armas por la causa católica con la esperanza de que a lo menos Roma no los abandonaría. Que la ayuda que de allí se prometían, no consistía en otra cosa sino en que paladinamente se los absolviese de la obediencia a la reina y así pudiesen persuadir a todo el mundo de que habían apelado a las armas, no como rebeldes, sino como hijos de la Iglesia. Que de Roma no se había recibido ninguna respuesta, y que por esto se habían dirigido a Lovaina numerosas consultas sobre la licitud de acudir a las armas (3). Que en esta situación oscura y dudosa cuatro mil se habían encaminado a Escocia para aguardar allí la decisión pontificia; que hacía tres meses estaban allí esperando que el Papa diese pasos contra Isabel. Que el ejemplo de ellos sería seguido por muchos ingleses. Que finalmente, si el Papa permitía retener los bienes eclesiásticos ilegítimamente adquiridos, toda la nobleza, con muy pocas excepciones, saldría en defensa de la causa católica; pues nada los arredraba tanto como el temor de que el restablecimiento de la autoridad pontificia significase la pérdida de sus bienes; pero que por lo demás casi todos eran católicos. Que de los condes y barones éranlo con toda seguridad unos seis o siete, y de la nobleza inferior más de mil. Que el contagio de la herejía no había hecho presa más que en cinco o seis de los condes, y que la restante multitud de herejes constaba toda de unos pocos delicados palaciegos y de los artesanos de vida sedentaria; que los labriegos, la parte más numerosa de la población, eran enteramente católicos. Que por tanto dos cosas habían de procurarse en Roma: que el Papa se declarase públicamente contra Isabel, y que animase a los nobles ingleses a la defensa de la fe con la concesión de que

(1) Fueron entonces «los puertos de Inglaterra tan rigurosamente vigilados, que los católicos ingleses que residían en los Países Bajos, perdieron por algún tiempo toda comunicación con su patria». Meyer, 105.

(2) \* a M. A. Graziani, Lovanii 15 Cal. Mart. 1570, *Archivio Graniani de Città di Castello*, Istrutt., I, 26. V. el texto en el n.º 7 del apéndice.

(3) V. arriba, p. 172.

no tuviesen que restituir los bienes eclesiásticos. Que entonces, según el juicio de los hombres más perspicaces, tomarían las armas, no sólo todos los católicos hasta el último hombre, sino también todos los que vacilaban y aun algunos de los cismáticos. Que el Papa había dado un buen principio, cuando envió a Inglaterra a Morton; que no desamparase ahora a los católicos. Que de España había llegado una carta de la duquesa de Feria con la noticia de que Felipe II quería ayudar a los católicos ingleses.

La carta de Sanders se recibió en Roma el 21 de marzo; por la respuesta de Graziani del 29 (1) se descubre que allí no sabían absolutamente nada todavía sobre los últimos acontecimientos de Inglaterra. En efecto, la petición de auxilio que Northumberland y Westmoreland dirigieron a Roma el 7 de noviembre de 1569, una semana antes de su levantamiento, no llegó allá hasta el 16 de febrero de 1570 y no fué contestada hasta el 22 de febrero (2). El Papa en su carta a los dos condes los exhortaba a la constancia y a la confianza, diciéndoles que quizá habían sido elegidos por Dios para restablecer la unión de Inglaterra con la Sede Apostólica. Pero que si hubiesen de derramar su sangre por la confesión de la fe y la autoridad del Papa, era mejor llegar a la vida eterna de un vuelo con una gloriosa muerte, que servir en una vida vergonzosa a los caprichos de una mujer apasionada con perjuicio de la salud de sus almas (3). Ya antes Pío V había procurado fomentar el levantamiento de Inglaterra. El 3 de febrero de 1570 recomendó al duque de Alba a los nobles ingleses que hubiesen tomado las armas en una lucha no menos religiosa que justa para el restablecimiento de la religión católica, y expusiesen su hacienda y su vida por la causa de Dios (4). En el mismo sentido se dirigió a Felipe II antes de publicar la bula de excomunión (5). Fuera de

(1) En Mai, *Spicil. Rom.*, VIII, 456 s.

(2) Laderchi, 1570, n. 384. Goubau, 290 (con la fecha de 20 de febrero). A mediados de enero había llegado a Roma una noticia del levantamiento de los católicos, y se hacían allí continuas plegarias para que Dios ayudase a los sublevados. \*Per l'avisio della sollevatione delli catholici in Inghilterra si fanno qui di continuo orationi acciò Iddio augmenti le forze a quelli buoni spiriti. Avviso di Roma de 14 de enero de 1570, Urb., 1041, p. 217<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(3) Laderchi, 1570, n. 384.

(4) Laderchi, 1570, n. 383. Goubau, 373 s. (con la fecha de 4 de febrero).

(5) En 21 de febrero de 1570, Laderchi, 1570, n. 316.

esto mandó a Ridolfi que socorriese a los condes con dinero (1).

Como de Sanders, así también recibió el Papa consejos sobre la reducción de Inglaterra, de otros ingleses fugitivos (2), algunos de los cuales, como el obispo Goldwell de Saint Asaph y el prior de los sanjuanistas, Ricardo Shelley, vivían en la misma Ciudad Eterna y eran consultados en los asuntos de Inglaterra (3). Pero todos éstos habían perdido el estrecho contacto con su patria desde más de un decenio, y Pío V no se dejó mover a proceder contra Isabel por sus pareceres. Mas cuando Morton, a quien él mismo había enviado a Inglaterra, volvió de allí con la noticia de que había llegado el tiempo de obrar, cuando cartas de Inglaterra certificaban que los católicos de allí sólo se abstendían de tomar las armas contra Isabel, porque todavía no había sido declarada hereje y depuesta por sentencia de la Sede Apostólica (4), entonces Pío V no se detuvo más tiempo en incoar el proceso en toda forma contra la «pretensa» reina de Inglaterra (5 de febrero de 1570) (5). Doce fugitivos de Inglaterra que habitaban en Roma, fueron citados e interrogados si podían atestiguar que Isabel se había arrogado la

(1) Carta a los dos condes de 20 de febrero de 1570, en Goubau, 293.— Pío V había prometido a los católicos ingleses un subsidio de 100000 ducados (Zúñiga a Felipe II en 7 de marzo de 1570, Corresp. dipl., III, 249); como pago parcial les remitió por medio de Ridolfi 12000 escudos (Zúñiga a Felipe II en 28 de febrero de 1570, *ibid.*, 246). Ridolfi pregunta a Espés el 13 de mayo de 1570, cómo podría hacer llegar a los dos condes los dineros pontificios (Kervyn de Lettenhove, *Relations*, V, 653 s.; cf. la carta de Espés a Felipe II de igual fecha, Corresp. de Felipe II, tomo III, 352). A la pregunta de Espés (Kervyn de Lettenhove, *loc. cit.*, 655) respondió Alba, que escribiría sobre eso a Felipe II, y que entre tanto el embajador no se metiese en nada (*ibid.*, 657).

(2) Así escribe \*Caligari a Commendone en 6 de diciembre de 1567 desde Dalla Pieve, que un joven de Inglaterra le había presentado un escrito, en el cual se exponía lo que el Papa podía hacer por Inglaterra. Que muy en secreto se debía enviar alguien a Inglaterra (*Archivo secreto pontificio*). Cf. \*Discurso fatto a Pio V dal Priore d'Inghilterra Cav. Hierosolymitano [Shelley] sopra la riduzione di quel regno, en el Cód. Ottob. 2432, p. 160-178, *Biblioteca Vatic.* El \*Discurso de Shelley se halla también en el Cód. 6820, p. 199 s. de la *Biblioteca palatina de Viena*.

(3) Graziani a Sanders en 29 de marzo de 1569, en Mai, *Spicil.*, VIII, 457 s. También se hallaba en Roma en 1569 un noble de Escocia, fugitivo por causa de la fe, y recibió del Papa 300 escudos y recomendaciones. \*Avviso di Roma de 29 de junio de 1569, Urb., 1041, p. 102, *Biblioteca Vatic.*

(4) Que Pío V se determinó a expedir su bula de excomunión por las apretadas instancias de los católicos ingleses, lo expresó él muchas veces. Cf. abajo, p. 182.

(5) Hay de él un extracto en Laderchi, 1570, n. 322-345.

autoridad de cabeza de la Iglesia de Inglaterra (1), que había depuesto y encarcelado a obispos católicos, confiado el cargo de éstos a cismáticos y legos, ejercitado el derecho de visita sobre los eclesiásticos, e introducido un juramento y leyes contra la Sede Apostólica; además, si por su autoridad se predicaban herejías, si ella misma vivía como hereje, y si estaba en su poder extirpar la herejía. Estas preguntas se referían a cosas de todos conocidas, pero a pesar de ello hizose la probanza con todas las formalidades de derecho. El 12 de febrero se habían terminado los interrogatorios, y con fecha del 25 una bula pronunció solemnemente la sentencia sobre Isabel. El Papa declara en ella, apoyado en su deber de guardar a los hijos de la única verdadera Iglesia, del peligro de la perdición, y castigar a los apóstatas, y en virtud de la suprema autoridad que le ha sido dada, que Isabel es culpable de herejía y fautora de ella, ha incurrido en excomunión, y conforme a esto queda privada de su «pretensio derecho» a la corona de Inglaterra; que sus vasallos quedan desligados de su juramento de fidelidad para con ella y no pueden prestarle ninguna obediencia, so pena de excomunión (2).

(1) *Utrum regina Angliae usurpaverit auctoritatem capitis ecclesiae Anglicanae*. En ninguna parte de los autos del proceso se afirma, que Isabel se había dado el *título* de «cabeza de la Iglesia». En la declaración de Shelley se dice, que el juramento de supremacía exigía reconocer a Isabel como *principem et gubernatricem rerum tam ecclesiasticarum quam profanarum* (Laderchi, 1570, n. 329). El obispo Goldwell es sólo interrogado, si Isabel se había adjudicado «la autoridad» de cabeza de la Iglesia, y él atestigua que los obispos católicos no habían querido llamarla *gubernatricem summam ecclesiae particularis*, y que por eso habían sido depuestos (*ibid.*, n. 332). En la sentencia definitiva pontificia se dice, que el juramento de supremacía exigía no reconocer a nadie sino a la reina más que como *supremam gubernatricem tam in spiritualibus et ecclesiasticis quam temporalibus*, y ésta es la traducción objetivamente exacta del título reclamado por Isabel (cf. nuestros datos del vol. XVI, 348). Por tanto, no se puede decir (con Meyer, 68), que no se había sabido en Roma qué título eclesiástico llevaba la reina de Inglaterra, y la polémica protestante (Meyer, 69) no dió en el blanco, cuando el siguiente pasaje de la bula de excomunión: *supremi Ecclesiae capitis locum in omni Anglia eiusque praecipuam auctoritatem atque iurisdictionem monstruose sibi usurpans*, lo interpretó como si dijese: adjudicándose el *título* de «cabeza de la Iglesia». La fórmula del juramento de supremacía la tenían en Roma (Laderchi, 1570, n. 325). —En otra parte, en la carta a Felipe II de 8 de marzo de 1570 (en Goubau, 305), se dice ciertamente de Isabel: *Ipsa se.... Anglicanae ecclesiae caput appellavit*. Que Isabel tenía el mismo poder que el Papa, lo afirmaban también entonces (junio de 1571) los protestantes, así en Green, *Addenda*, 1566-1579, p. 353.

(2) Bull. Rom., VII, 810 s. Una fotografía de la bula puede verse en Pollen, *Engl. Cath.*, en la pág. 150.



Pío V certificó repetidas veces al embajador español, que había publicado la bula de excomunión a ruegos de los católicos ingleses, los cuales tenían escrúpulo de tomar las armas contra Isabel mientras no hubiese sido declarada hereje y depuesta por el Papa. Que su intención había sido darles ánimo. Que como los católicos ingleses habían pedido justicia contra Isabel, no podía en conciencia dejar de hacerla (1).

De ahí se comprende por qué el Papa no hizo publicar la bula de excomunión con las formalidades acostumbradas, sino sólo dió pasos para que fuese conocida en Inglaterra. Con un breve de 30 de marzo de 1570 se enviaron ejemplares de la bula al duque de Alba, para que los hiciese fijar en los sitios públicos de Flandes, principalmente en las ciudades marítimas (2); a causa del intenso tráfico de los comerciantes ingleses en los puertos flamencos, el conocimiento de la sentencia pontificia había de extenderse luego presto al otro lado del canal. Por los mismos motivos fué también mandada la bula a Francia (3); otras consideraciones motivaron el que también el nuncio polaco recibiese en 29 de abril el encargo de publicarla (4). Para difundir la bula en Inglaterra

(1) Así en muchas cartas de Zúñiga a Felipe II: Dixome que ellos mismos se lo pedían porque estaban en escrupulo de no tomar las armas contra ella hasta que S. S. la huviesse declarado y privado de su reyno (en 10 de abril de 1570, Corresp. dipl., III, 291). Está confiado de que los catholicos de Inglaterra han de hazer grande levantamiento este verano; y para darles animo ha ya declarado a la Reyna de Inglaterra y pribadola del reyno, aunque no lo ha publicado aquí.... No le pareció que podria dexar de hazer [la declaración contra Isabel] por la instançia que los catholicos de aquel reyno le hazian, afirmandole que havia muchos que tenían escrupulo de levantarse contra la reyna no estando declarada por S. S. (en 28 de abril de 1570, *ibid.*, 307 s.). Asseguróme mucho,... que solamente se havia movido por una carta firmada de muchos catholicos de Inglaterra, los quales le prometian, etc. (en 10 de junio de 1570, *ibid.*, 397). ... que havia hecho esta declaraçion a instançia de muchos catholicos de Inglaterra... y que no le pareçia que con su consçiençia podia dexar de hacer justia pidiendosela los catholicos... (en 11 de agosto de 1570, *ibid.*, 499). Cf. Arco a Maximiliano II en 6 de mayo de 1570, en Schwarz, Correspondencia, 160.

(2) Laderchi, 1570, n. 377. Brom (Archiv., I, 207) fecha el breve al 3 de marzo.

(3) Zúñiga a Felipe II en 10 de junio de 1570, Corresp. dipl., III, 396. Por mediación de Ridolfi recibió Espés un ejemplar enviado por el nuncio de Francia (Espés a Alba en 10 de mayo de 1570, en Kervyn de Lettenhove, Relations, V, 652). Alba indicó a Espés, que en caso dado negase tener conocimiento alguno de la bula (en 25 de mayo de 1570, *ibid.*, 657).

(4) \*Nuntiatura di Polonia, I, 64, *Archivio segreto pontificio*.

se sirvieron de la mediación del banquero Ridolfi; remitiéronse unos ochenta ejemplares impresos o manuscritos de ella para que los repartiese (1). En Roma, al contrario, se guardó la bula de excomuni6n casi como un secreto. Todavía en abril el Papa anunció al embajador espa6ol sólo como cosa inminente, que se iba a proceder contra Isabel (2), y el 15 el embajador imperial Arco informa de ello por oídas (3). Hasta mayo no apareció en Roma la bula impresa, pero súbitamente se volvió a retirar de la publicidad (4). Las acostumbradas formalidades que ordinariamente se consideraban como esenciales para la publicaci6n de documentos pontificios, nunca se observaron para esta bula de excomuni6n (5).

(1) \* Affine che li catholici con maggior fervor dessino ainto all'impresa di detto duca [Norfolk] e Regina di Scotia; e a questo effetto spedì corriero a me Ridolfi con forse ottanta di dette bolle parte in stampa e parte in penna, con ordine espresso che per quanto desiderano il servitio suo e della Sede Apostolica e di tutta la cristianità facessi opera che subito le dette bolle si spargessino e pubblicassino in Inghilterra senza haver rispetto a qualsi fussi mio interesse, perchè mi prometteva che la Sede Apostolica mi ricompensarebbe, e che del continuo tutta la cristianità, come diceva, faceva orazione per me, accioche conducessi a perfettione cotanta impresa; il che da me [sic!] con quel zelo maggiore che fusse possibile, fu eseguito, havendone di notte appicata una alla porta del vescovo di Londra et altra lassata a casa di un gentilhommo Inglese, quali la mattina riempiernono la detta città et tutta la corte con le copie che ne furono fatte di tanto spavento e romore, che con le altre appresso che havevo che furono lassate cadere in diversi luoghi del Regno, che poco mancò che non seguisse de fatto una gran sollevazione. Il che intesosi per detto duca di Northfolch e Regina di Scotia sollecitorno per mezzo mio la conclusione de le pratiche, e così in pochi giorni convennono e del parentado infra di loro e de la lega, della quale desiderandone per li aiuti che si promettevano la confirmatione, e dal Papa e dal Re catholico, parve a detta Regina di Scotia e al duca di spedire me medesimo a S. S<sup>ta</sup> e Maestà cattolica. Ridolfi al Papa (Gregorio XIII), sin fecha, *Bibl. Chigi de Roma*, Miscell., t. XLVIII, p. 39 ss.

(2) Zúñiga a Felipe II en 10 de abril de 1570, Corresp. dipl., III, 291.

(3) \* *Archivo público de Viena*.

(4) Schwarz, Correspondencia, 160.

(5) Un documento compuesto en Roma en tiempo de Gregorio XIII, con preguntas y respuestas respecto a algunas dudas de conciencia de los católicos ingleses, menciona en primer lugar, que contra la validez de la bula de excomuni6n oponen algunos la dificultad, quod non fuerit hic [en Roma] more aliarum in Campo Florae et alibi promulgata (*English Hist. Review*, VII [1892], 84).—Hanse puesto objeciones contra la jurídica validez de la bula por los protestantes, como Camden, y por de Thou (v. Laderchi, 1570, n. 366 ss.), por los galicanos, como Noel Alexandre, y recientemente por Meyer (p. 66 ss.). Con todo eso, la objecci6n de que según el derecho canónico un principe no debe ser excomulgado sino después de haber precedido una amonestaci6n, que entre la excomuni6n y la deposici6n ha de transcurir un año, y consi-

Los caminos que había escogido Pío V para dar notoriedad a la bula, no condujeron al término deseado. Alba encargó al embajador español en Roma, que hiciese decididas representaciones contra su publicación (1), ni tampoco el rey de Francia consintió en darla a conocer (2). A pesar de eso la bula halló su camino para Inglaterra (3). El 25 de mayo de 1570 vióse la por la mañana fijada a la puerta del palacio episcopal de Londres. La sospecha de tan atrevida acción recayó en Juan Felton, rico y esclarecido noble de Southwark, el cual confesóse también al punto autor del hecho, y hasta que fué cruelmente muerto por mano del verdugo, perseveró en su adhesión a las disposiciones de la sentencia pontificia (4).

Que la bula de excomunión sólo tuvo por fin ilustrar a los católicos ingleses, y por lo pronto no se pensó en hacerle dar cumplimiento por las armas de una potencia extranjera, manifiéstase principalmente en que el rey de España, a quien sin embargo había de tocar la ejecución de la sentencia, no fué absolutamente enterado del fallo pontificio. Es verdad que Arco escribe a Viena el 15 de abril de 1570, que corría la voz de que el Papa por entonces sólo había enviado la bula a España (5); pero el nuncio de Madrid, todavía el 17 de julio, sólo había sabido por rumores, que existía un decreto contra Isabel y había llegado una copia del mismo por Inglaterra a España (6). El embajador español, a quien en abril

guientemente que la bula contra Isabel es ilegal, no tiene consistencia alguna. Porque en ningún caso es *invalida* la excomunión por la omisión de tales formalidades. Según los principios católicos, la ley que prescribe o recomienda estas formalidades, la puede el Papa o abrogar enteramente y modificarla, o también dispensar de ella en un caso particular. Además en esa ley se trata de cuando se ha de excomulgar por primera vez, pero Isabel había incurrido en excomunión ya hacia mucho tiempo y de un modo muy público y notorio. Fuera de eso, ¿cómo había de hacerse la amonestación, pues no fué recibido en Inglaterra un nuncio pontificio? Contra N. Alexandre cf. Dom. Bernino, *Historia di tutte l'heresie*, VII, Venecia, 1724, 524 s.

(1) Alba a Zúñiga en 18 de mayo de 1570, en González, 415-419; cf. Mignet, II, 509 s.; Corresp. dipl., III, 396.

(2) Rusticucci a Castagna en 11 de agosto de 1570, Corresp. dipl., III, 509.

(3) Un obispo y un abad de Irlanda, que vinieron de Roma, la tenían en su poder (Espés a Felipe II en 13 de mayo de 1570, Corresp. de Felipe II, tomo III, 352). María Estuardo un mes después de la expedición de la bula, poseía un ejemplar impreso. Labanoff, IV, 52; cf. Spillmann, II, 109.

(4) Spillmann, II, 109 ss.

(5) \* *Archivo público de Viena*.

(6) Castagna a Bonelli en 17 de julio de 1570, Corresp. dipl., III, 465. Meyer, 415.

dió el Papa conocimiento de sus planes contra Isabel, opuso al punto graves reparos; dijo que no se debía aventurar semejante paso hasta que todo estuviese preparado para la ejecución de la sentencia pontificia, pues de lo contrario, no se conseguiría sino provocar a la reina al exterminio de sus vasallos católicos. Igual declaración reiteró más tarde (1). El mismo don Felipe estaba muy disgustado de que no se le hubiese antes consultado a él, que era el que estaba mejor enterado de las circunstancias de Inglaterra. Declaró que el Papa parecía creer que el celo que le movía, era prenda de buen éxito; pero que era de temer que este tan inesperado paso empeoraría la situación de los católicos ingleses (2). Zúñiga, el 15 de julio, recibió el encargo de quejarse a Pío V; había de manifestar que el no citarse en la bula el nombre de don Felipe se interpretaría como señal de que el Papa favorecía a Francia, pero que el rey de España nunca consentiría que Francia pusiese el pie en Inglaterra (3). Don Felipe escribió a Isabel, que ningún acto del Papa le había desagradado tanto como la bula de excomunión (4); ni siquiera retiró a su embajador de Londres, el cual por cierto algo más tarde fué violentamente expulsado del país por Isabel.

En junio de 1570 Zúñiga comenzó a interceder con el Papa por la mitigación o revocación de la bula de excomunión. Pío V aprobó de hecho que el duque de Alba dilatase la publicación, y pareció no estar descontento de que, dado el retraimiento de Alba y de Francia, la sentencia pontificia quizá no llegase absolutamente a conocimiento de Isabel. A otras propuestas de Zúñiga, de suspender la bula y solamente en un breve absolver a los vasallos de Isabel del juramento de fidelidad para con ella, no accedió el Papa; dijo que a lo sumo se podrían omitir en la bula las pala-

(1) Zúñiga a Felipe II en 10 y 24 de abril de 1570, Corresp. dipl., III, 291, 308.

(2) Felipe II a Espés en 30 de junio de 1570, Corresp. de Felipe II, tomo III, 367. Dice allí, que las copias de la bula y del breve a Northumberland y Westmoreland, que Espés le había enviado, eran las primeras que había visto, porque, en efecto, Su Santidad ha tomado esta deliberación sin decirme ni comunicarme cosa alguna. Felipe II atribuyó la bula al influjo del cardenal de Lorena. Kretzschmar, Proyectos de invasión, 27.

(3) Zúñiga a Felipe II en 11 de agosto de 1570, Corresp. dipl., III, 499; cf. *ibid.*, 493 la relación de Castagna a Bonelli de 4 de agosto de 1570, sobre su audiencia con Felipe II.

(4) Meyer, 64.

bras que castigaban con la excomunión a los que obedeciesen a la reina de Inglaterra (1).

No menos inútiles fueron las representaciones de Alba hechas en agosto de 1570. Escribía el duque, que, según demostraba la experiencia, la excomunión de la reina no había conseguido su fin, antes bien irrogado grave perjuicio a los católicos. Que ahora se había ofrecido un pretexto para la persecución, y que como la fidelidad a Isabel era amenazada con la excomunión, no quedaba a los católicos sino salir de su patria, con lo cual luego la fe católica se acabaría de suyo en Inglaterra. Pero al Papa le pareció que aun por tales motivos no podía anular la sentencia una vez dictada. La otra propuesta de Alba, de que a lo menos se dejasen por algún tiempo sin fuerza, mediante un breve, las amenazas de excomunión contra los católicos, tampoco obtuvo su aprobación. Juzgó que bastaría que Alba hiciese saber a los católicos ingleses, que en caso de que permaneciesen en su patria, no serían considerados por el Papa como excomulgados. El duque en cambio tuvo por insuficiente este partido, pues no podía ponerse en relación con la totalidad de los católicos ingleses, y nadie en Inglaterra estaba obligado a dar crédito a su aseveración (2).

Por este tiempo se presentó el proyecto de un mercader italiano sobre la manera cómo sin fuerza de armas se podría con todo ejecutar la bula de excomunión. Se había ésta de publicar en España, Flandes y Francia, y sobre la base de la sentencia pontificia debía luego prohibirse por los reyes de Francia y España todo comercio con Inglaterra; entonces el bloqueo comercial obligaría a Isabel a ceder. Pío V pareció complacerse en esta idea, y encargó al embajador español que escribiese sobre ella a don Felipe. Zúñiga consideró de antemano el plan como irrealizable (3). Del mismo parecer fué Felipe II, a quien lo propuso el nuncio Castagna (4).

La bula de ninguna manera dejaba de ser peligrosa para el gobierno inglés. Aunque apenas trajo en pos de sí consecuencias políticas, sin embargo había aún en el pueblo mucha efervescencia después del levantamiento del año anterior. Una orden dada a

(1) Zúñiga a Felipe II en 10 de junio de 1570, *Corresp. dipl.*, III, 396 s.

(2) Zúñiga a Felipe II en 11 de agosto de 1570, *ibid.*, 500.

(3) *Ibid.*, 500 s. Cf. el "Avviso di Inghilterra, de 1.º de julio de 1570, *Varia polit.*, 100, p. 175-177, *Archivio segreto pontificio*.

(4) Meyer, 72, 417.

los magistrados, de firmar un documento por el cual se obligaban a mantener rigurosamente las leyes sobre la asistencia al culto anglicano, halló, es cierto, exteriormente poca contradicción. Pero el obispo protestante de Durham, después de su visita en el verano de 1570, hubo de notificar que la mayor parte del pueblo acechaba ocultamente con avidez una ocasión para promover nuevos desórdenes (1). Su colega en el episcopado, Grindal de York, repitió la misma queja; juzgaba que la mayor parte de los nobles no eran afectos a la verdadera (protestante) religión (2). En Lancashire el pueblo se apartaba del protestantismo, y por efecto de la bula los hombres que daban la ley en la comarca, habían abandonado el culto anglicano y recibido paladinamente sacerdotes de Lovaina (3). También para lo por venir la bula despertó en los católicos la conciencia de que no se podía disculpar la asistencia al culto anglicano, diciendo que se obedecía a la reina.

Aunque Isabel en la apariencia hizo como si despreciase la sentencia pontificia, procuró con todo influir con el Papa por medio del emperador Maximiliano II, para que revocase la bula (4). Pío V tampoco ahora accedió a ello. Si la reina, contestó, da importancia a la bula ¿por qué no vuelve a la Iglesia? Si no se la da, ¿por qué hace caso de ella? Añadió que las amenazas de Isabel no le podían angustiar; que si él hubiese de apagar el odio de la misma con el derramamiento de su propia sangre, hallaría en ello mayor gozo que en la posesión de la dignidad pontificia (5). Isabel por

(1) Frere, 151.

(2) The greatest part of our gentlemen are not well affected to godly religion (Frere, 151). Cf. el juicio de Sadler, de 6 de diciembre de 1569 (en Green, 139; Lingard, VIII, 46): en el norte de Inglaterra no hay diez nobles, that do favour and allow of her majesty's proceedings in the cause of religion.

(3) All things in Lancashire savoured of open rebellion,... in most places the people fell from their obedience and utterly refused to attend divine service in the English tongue.... Since Felton set up the bull etc., the greatest there never came to any service, nor suffered any to be said in their houses, but openly entertained Louvanists massers with their bulls (el obispo de Carlisle, Barnes, al conde de Sussex, en 16 de octubre de 1570, en Green, 321; cf. Frere, 152). Cf. la carta de la condesa de Northumberland a Alba (a fines de octubre de 1570?), en Kervyn de Lettenhove, Relations, VI, 8: Especialmente en Lancashire algunos, après qu'ils ont eu congnoissance de l'excommunication faicte contre la personne de la Royne d'Angleterre, han restablecido en sus casas y parroquias el culto católico.

(4) Maximiliano II a Pío V en 28 de septiembre de 1570, en Schwarz, Correspondencia, 159 s.

(5) En 5 de enero de 1571, en Laderchi, 1570, n. 381; Spilimann, II, 132-134.

tanto hubo de contrarrestar de otra manera la sentencia pontificia. Ante todo se procuró ganar la opinión pública; hojas volantes, en parte «en el tono callejero más soez», hicieron todo lo posible para poner en ridículo y arrastrar por el lodo al Papa y su sentencia (1). Luego el Parlamento, que se reunió el 2 de abril de 1571, aprobó una serie de disposiciones legislativas, dirigidas en parte contra los levantamientos de los últimos años, y en parte también contra los católicos como tales (2). En lo futuro debía ser tenido por reo de alta traición el que, durante la vida de la reina, reclamase algún derecho a la corona; asimismo el que afirmase que la corona pertenecía a otro que a la reina, o que ésta era hereje, cismática, tirana, infiel, y había usurpado el trono; otro tanto se ha de decir de todos los que negasen que la sucesión al trono se determina por decreto del Parlamento. Se castiga con un año de cárcel a la primera infracción, y a la segunda con las penas del estatuto Praemunire a quien por medio de la escritura o imprenta designa como heredero del trono a una persona determinada, a menos que sea un descendiente natural de la reina. Incurrir en la pena de alta traición el que alcanza o usa una bula pontificia o cosa semejante, o en virtud de tales documentos absuelve o recibe la absolución, y en la pena del Praemunire sus cómplices y todo el que introduce en el país o recibe objetos bendecidos por el Papa. Otro proyecto de ley que obligaba a recibir la comunión anglicana, se dejó sin aprobar.

(1) Meyer, 69 ss. Ya el 12 de junio de 1570 escribe Espés a Felipe II, que los protestantes se proveían de armas contra sus enemigos y de libros contra la bula (Corresp. de Felipe II, tomo III, 353).—El escrito refutatorio de Bullinger: *A Confutation of the Pope's Bull*, London, 1572, que procuraron se imprimiese Burghley, Parker, Grindal y Cox, representa también un papel en la cuestión sobre si los obispos católicos depuestos fueron tratados por Isabel suave o inhumanamente (cf. nuestros datos del vol. XVI, 194). Pues en la página 60 dice Bullinger: «Demás de eso, se afirma en la bula desvergonzada y mentirosamente, que los obispos católicos estaban extenuados por los padecimientos en la cárcel, y terminaban sus días en la miseria... Al contrario los obispos del Papa son tratados benignamente y mucho mejor de lo que merecen.» En cambio en la página 47 se concede, que los obispos «acababan sus días miserablemente en la prisión»; pero se añade que esto sólo lo debían a su propia pertinacia. En el primer pasaje (p. 60), se efectuó la impresión modificando en Inglaterra el manuscrito de Bullinger; el otro pasaje (p. 47) se olvidaron o descuidaron de modificarlo en el mismo sentido. Cf. Bellesheim en las *Hojas Hist.-polít.*, CXXXVI (1905), 894.

(2) Lingard, VIII, 69 s.

Cuando setenta años más tarde los españoles solicitaron de Urbano VIII, que fulminase la excomuni6n contra Richelieu y Luis XIII por su alianza con los protestantes, rechaz6 el Papa esta petici6n, remiti6ndose a la falta de eficacia de semejantes pasos contra Enrique VIII e Isabel (1). En lo sucesivo la Santa Sede nunca ha vuelto a pronunciar una sentencia de deposici6n contra un prncipe reinante.

Mientras los escritores cat6licos defendían la bula como conforme con el Derecho antiguo (2), los protestantes abrieron una violenta pol6mica contra ella. Estos escritos de controversia contribuyeron muchísimo a agravar y envenenar durante siglos enteros las oposiciones religiosas entre los hijos de un mismo pueblo. Era demasiado f6cil presentar un derecho que el Papa se adjudic6 en la edad media con asentimiento de los pueblos, y que crey6 deber ejercitar de nuevo en la 6poca de transici6n del siglo XVI, como una pretensi6n cuya renovaci6n había de ser promovida todavía aun en las circunstancias, totalmente cambiadas, de los siglos posteriores, y significaba una amenaza constante para la seguridad de los prncipes. Despu6s de m6s de un siglo, la lucha contra la bula de excomuni6n formaba todavía una de las principales armas de la pol6mica protestante, y un pretexto con que se justificaba cualquiera violaci6n del derecho respecto de los s6bditos y conciudadanos cat6licos (3).

La bula con su prohibici6n de obedecer a la reina, produjo dudas y congojas entre los cat6licos ingleses, y origin6 desuni6n y divisiones por la diversidad en la interpretaci6n de la disposici6n pontificia (4). Pero todavía fu6 peor el que con la bula de excomuni6n y las leyes que le siguieron, comenzase una nueva 6poca en la historia de la opresi6n de los cat6licos ingleses. Ya habían caído como sangrientas vctimas Felton y Storey, especialmente odiado por Cecil (5). Algunos huyeron de su patria y perdieron con ello

(1) Pieper en las Hojas Hist.-polít., XCIV (1884), 481. Cauchie et Maere, 237.

(2) V. Hergenr6ther, El Estado y la Iglesia, 679.

(3) Cf. Meyer, 70 s.

(4) Cf. las preguntas y respuestas publicadas por Petriburg. (esto es, por Creighton, obispo de Peterborough), en la English Hist. Review, VII (1892), 84 ss.

(5) Spillmann, II, 109.—En 31 de julio de 1570 escribe Antonio de Guaras desde Londres, que muchos eran perseguidos por causa de la bula de excomuni6n (Corresp. de Felipe II, tomo III, 381). En 12 de agosto conceptúa de asom-



toda su hacienda, la cual se regaló o vendió a bajo precio a los partidarios de la reina. De los que se quedaron, los llamados recusantes, esto es, los que se negaban a asistir a los actos del culto anglicano, habían de estar preparados todos los días y a todas horas a que la delación de un malévolo los llevase ante el tribunal, lo que tenía por consecuencia exorbitantes multas y prisión, o para los convertidos la pérdida de sus bienes y cárcel perpetua. Ordenes del gobierno secretas y públicas, frecuentemente renovadas, que instaban una rigurosa ejecución de las leyes, cuidaban, bajo el reinado de Isabel, de que éstas no quedasen sin vigor (1). Además una proclama de 1.º de julio de 1570 había convertido el oficio de cazadores de sacerdotes y delatores de los mismos en una industria lucrativa (2). El siglo XVI se presenta, así en Inglaterra, como en otras partes, como un tiempo del peor despotismo religioso. La suprema dirección del Papa y el temor a los rayos de su excomunión han desaparecido, y por otra parte el exceso de la opresión no ha enseñado todavía a los súbditos a que por medio de la asociación y unión de las personas particulares sobre una base legal se erijan un muro de defensa que imponga respeto aun a las arbitrariedades de los tiranos. En este concepto, la bula de excomunión de Pío V ilumina vivamente, como un toque de luz, la situación religiosa del siglo XVI.

Maria Estuardo, en cuyo favor se había levantado la nobleza y en parte expedido también el Papa su bula de excomunión, no sacó de todo esto la más mínima ventaja. Juan Knox, que ya en agosto de 1569 acusó a «la insensata Escocia» de que no había obedecido a «la voz de Dios» ni castigado según su merecido a la «vil adúltera y cruel homicida de su esposo» (3), después de la victoria sobre los dos condes católicos exhortó al secretario de Estado inglés, a que diese ahora un golpe «a la raíz», pues de lo contrario, muy pronto y con mucha pujanza volverían a brotar «los retoños» (4). El mismo día escribió asimismo Murray al secretario de Estado de Inglaterra sobre «los peligrosos retoños de la rebelión»;

broso el ardor con que se procedía contra aquellos que tenían conocimiento de dicha bula; dice que muchos estaban en la cárcel y algunos corrían peligro de compartir la suerte de Felton (ibid., 393).

(1) Lingard, VIII, 138 s.

(2) Meyer, 74 s.

(3) Hosack, I, 503.

(4) Knox a Cecil en 2 de enero de 1570, ibid., 500.

dijole que como Isabel tenía en su poder a la que era fuente de todas estas turbulencias, sólo de ella sería la culpa, si ahora no se prevenía el daño (1). De hecho se andaba ya en negociaciones para que María fuese entregada a su hermanastro de Escocia (2), cuando Murray fué asesinado por la venganza privada de un ofendido noble (3).

Después de la muerte del regente el partido de María se acrecentó todavía más que antes en Escocia. Por lo cual Isabel envió tropas a la otra parte de la frontera, según decía, para castigar por sus robos a los salvajes habitantes de las comarcas aledañas, pero en realidad para perjudicar y aniquilar a los partidarios de María. De nuevo el fuego y la espada se ensañaron en aquel desgraciado país; en el valle del Teviot fueron quemados quinientos pueblos y la región quedó convertida en un desierto. Siguiéronse otras expediciones militares a Escocia, cuando las enérgicas representaciones de María en Francia y España movieron a Isabel a desistir de la empresa comenzada (4). Cuando en 1570 estaban efectuándose negociaciones sobre el casamiento de la reina de Inglaterra con el duque de Anjou, Cecil, hasta avistándose personalmente con María, ajustó con ella el 16 de octubre de 1570 el tratado de Chatsworth, según el cual la reina de Escocia debía ser repuesta en su trono. Naturalmente pusieronle duras condiciones; entre otras hubo de admitir que su hijo fuese educado en Inglaterra hasta los quince años (5). En una carta a Pío V (6) disculpase de ello María, diciendo que no había podido obrar de otro modo bajo la presión de las circunstancias, y que a pesar de esto Jacobo recibiría una educación católica.

El tratado no se le guardó a la reina de Escocia; todavía antes que se hubiese desvanecido toda esperanza de su cumplimiento, María hizo anunciar a Isabel por Leslie, que se valdría de la ayuda de príncipes extranjeros para alcanzar su reposición (7).

(1) Murray a Cecil en 2 de enero de 1570, *ibid.*, 501.

(2) *Ibid.*, 502.

(3) En 23 de enero de 1570. Cf. Lingard, VIII, 53.

(4) Hosack, II, 3 ss. Lingard, VIII, 54.

(5) Hosack, II, 17 ss.

(6) de 31 de octubre de 1570, en Laderchi, 1570, n. 403; cf. Labanoff, VII, 19-23.

(7) *Quherfor our said good sister must apercdone ws, if we se na furtheraunce to be had at her hand, nether for our restitntion nor for the releif of our saidis good subjects, that we solicit and ayde thame to procure thair*

Probablemente había ya entonces María prestado oídos a las proposiciones del banquero florentino Rodolfo Ridolfi, el cual ya antes tuvo intervención en los preparativos para el levantamiento de los católicos (1), en el otoño de 1569 se hizo sospechoso de apoyar la rebelión, pero después de un breve arresto fué de nuevo honrado con el favor de Cecil y Walsingham. Cuando se frustraron las negociaciones sobre el tratado de Chatsworth, sugirió a María que no se fiasse de las promesas de Isabel, sino que se dirigiese en demanda de socorro a los príncipes católicos (2). Por consejo de su fiel servidor, el obispo Leslie de Ross, y del embajador español Guerau de Espés, María se adhirió a esta idea y procuró ganar asimismo para ella a Norfolk, el cual el anterior otoño había sido soltado de la Torre de Londres. Ciertamente para ello el duque había tenido que prometer que sin el asentimiento de Isabel no se cuidaría más del casamiento de María; pero a pesar de esto consintió al fin en tener una secreta entrevista con Ridolfi. El florentino le expuso su plan, que consistía en que se desembarcasen en Inglaterra tropas españolas mandadas por el hijo del duque de Alba, Fadrique de Toledo, y con su ayuda fuese María puesta en libertad. Norfolk no dió un consentimiento formal, pero Ridolfi se separó de él con la impresión de que el duque se quería poner al frente de las tropas para libertar a María.

Redactóse probablemente por Leslie y el embajador español un extenso documento (3), en el cual Norfolk encargaba al florentino, que se pusiese en relación con Felipe II, el Papa y el duque de Alba. Decíase en el mismo que Alba debía enviar a Inglaterra de 6000 a 10000 hombres, y que luego Norfolk aprontaría 20000 soldados de infantería y 3000 de caballería. Que si María Estuardo permanecía en la prisión, el duque arriesgaría una batalla e intentaría libertar a María por la fuerza, y juntamente apoderarse de la persona de la reina de Inglaterra a fin de tener en ella una manera de prenda o rehenes para la seguridad de

support at other princes our frendis allyes (María a Leslie en 6 de febrero de 1571, en Labanoff, III, 175). Ya en 1570 pensó María en enviar a Leslie a Pío V; su instrucción puede verse en Labanoff, III, 57 s.

(1) V. arriba, págs. 172, 183.

(2) Hosack, II, 34.

(3) En marzo de 1571, en Labanoff, III, 234-239; un breve extracto del mismo se halla en González, 463.

la liberación de la reina de Escocia (1). Norfolk se presentaba en este documento como oculto católico, que sólo había encubierto sus verdaderas convicciones para poder así servir mejor a su patria y a toda la cristiandad. Afirmaba que su principal intento no tanto iba dirigido al casamiento con la reina cautiva, cuanto a la unificación de toda la isla bajo una sola cabeza, y al restablecimiento de la antigua religión. Que por lo demás, había él sido siempre defensor de los católicos, y sus criados y los maestros de sus hijos eran católicos (2). Se acompañaba una lista de los nobles ingleses con la designación de las creencias religiosas de cada uno de ellos (3); según la misma cuarenta barones habrían estado prestos a desenvainar la espada con Norfolk. También María Estuardo dió al florentino una instrucción especial para que en su viaje a las cortes la presentase a los monarcas (4). En ella describe la penosa situación de los católicos ingleses, cuya única esperanza era la elevación al trono de María, y pinta su propia desdicha, que la forzaba a dirigirse en demanda de ayuda a los príncipes extranjeros, principalmente al Papa y a Felipe II. Dice que no había que tener ningunos recelos contra Norfolk por su actitud religiosa observada hasta entonces; que se había interesado por ella contra sus perversos acusadores; que cuando los protestantes le aconsejaron que mudase de religión, él la había exhortado a la constancia; que poseía la confianza de los católicos, pero por lo pronto no podía descubrir sus verdaderas creencias. Al fin ruega al Papa, que examine su matrimonio con Bothwell, y lo haga declarar nulo (5).

Provisto Ridolfi con estas instrucciones, en la primavera de 1571 se encaminó primero a Bruselas, donde estaba el duque de Alba.

(1) Sono risoluto di voler tentare la fortuna di una battaglia, et far forza di cavarla di qua per forza, et insignorirmi a un tempo della propria persona della Regina d'Inghilterra per assicurarmi di quella della Regina di Scotia. Labanoff, III, 245.

(2) E dove N. S<sup>re</sup> et il Re Catholico fino a hora havessino havuto alcun dubbio di me per non mi essere dichiarato, anzi più presto mostromi protestante, gli significhere, che non è stato per mala volontà che io habbia havuto verso quella S. Sede, ma per potere quando il tempo et la occasione si appresentassi... fare quel relevato servitio a tutta questa isola et generalmente a tutta la christianità che lo effetto stesso dimostrerà. Ibid., 238.

(3) Ibid., 251-253.

(4) Ibid., 222-233; González, 463-467 (traducción española).

(5) Cf. arriba, p. 147.

Ya mucho tiempo antes María había negociado con el duque para alcanzar de él auxilio contra sus enemigos de Escocia (1). El 3 de noviembre de 1569, cuando los *mendigos* parecían abatidos de un modo duradero en Flandes, los hugonotes estaban vencidos en Francia y había justos motivos para declarar la guerra a Inglaterra después del robo del tesoro español (2), se le había dirigido también por parte de Pío V una invitación a intervenir en las cosas de Inglaterra (3). Pero Alba permaneció inactivo. Envío algunos subsidios pecuniarios a la reina de Escocia, pero cuanto a lo demás su contestación a las peticiones de María consistió en amonestarla que no se fiasse demasadamente de sus consejeros (4). María respondió que esperaba poder en breve presentar al duque de Alba determinadas propuestas, cuya ejecución obligaría, no sólo a ella misma, sino también a toda la isla, a estar eternamente agradecidas al rey de España y al duque, y que le hacía estas proposiciones no sólo en su propio nombre (5). Con esto quedaba anunciado el envío de Ridolfi; también Norfolk le proveyó de una carta de la misma fecha para el rey de España (6).

Poco después el italiano se presentó personalmente al duque en Bruselas, el cual recibió a él y sus proyectos con mucha frialdad. Al experto general parecióle el banquero florentino con su inexperiencia de las cosas de la guerra «un gran parlanchín» (7), y su plan para la conquista de Inglaterra una quimera.

(1) Cf. sus cartas a Alba de 23 y 30 de abril, 16 de mayo y 8 de julio de 1569, en Kervyn de Lettenhove, *Relations*, V, 371, 377, 385, 426.

(2) V. arriba, p. 173.

(3) V. arriba, págs. 179, 186.

(4) Carta de 11 de febrero de 1571, en Kervyn de Lettenhove, loco cit., VI, 55. Cf. la carta de Alba a Espés, de 14 de julio de 1569, *ibid.*, V, 429: De Francia me han hoy avisado que se destruye enteramente la Reina de Escocia con las pláticas que sus criados tienen con Vuestra Merced, los cuales jamás entran en su posada que no sea espiándolos, y podriale costar a la Reina la vida....

(5) María a Alba en 20 de marzo de 1571, *ibid.*, 90; Labanoff, III, 216.

(6) La carta de Norfolk puede verse en Kervyn de Lettenhove, loco cit., 90 s. Kervyn duda de su autenticidad (*ibid.*, IV), y considera a Ridolfi en general como un engañador (Huguenots, II, 387, nota 5). Lingard (VIII, 81) da sobre él un juicio semejante. Pollen (*The Month*, IC [1902], 147, nota) tiene esta sospecha por exagerada, y dice que Ridolfi era sustancialmente hombre de bien y sus libranzas totalmente seguras.

(7) un gran parlanchín (González, 359); un hombre muy vacío, que no puede guardar ningún secreto, le llama Alba en 5 de septiembre de 1571 (Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo II, 198).

De Bruselas partió Ridolfi para Roma. Su nombre no era desconocido en la curia; había comunicado allá como intermediario los deseos del partido de Norfolk y prestado al Papa importantes servicios (1). Una carta de Alba a Zúñiga, embajador español en Roma, había a la verdad predispuesto enteramente a éste contra el florentino y sonsacó también al Papa la declaración de que contra el parecer de Alba nada se podía hacer en este negocio. Pero Zúñiga juzgaba atinadamente, que los escritos de María y de Norfolk harían mudar de opinión al Papa (2).

Pío V, que se podía lisonjear con la esperanza de ver ahora ejecutada la bula de deposición, dió efectivamente al negociador una carta de recomendación para Felipe II; en ella se dice que Ridolfi presentaría al rey algo que tenía no poca relación con la gloria de Dios y el provecho de la Iglesia; que rogaba instantemente al rey que le diese crédito y le ofreciese la mano para la realización de sus planes, en cuanto fuese hacedero (3). El mismo día escribió a María, que había recibido con gozo a Ridolfi, y con mayor gozo su mensaje. Que lo demás lo había de dejar a la prudencia del rey de España y a su superior conocimiento de este asunto. Que él por su parte apoyaría los planes según sus fuerzas. Si en el verano siguiente se hiciese todavía esperar la ejecución de los mismos, exhorta a la reina a tener paciencia (4).

(1) Tres cartas de Ridolfi (de 18 de abril de 1569, 1.º de julio y 1.º de septiembre de 1570) existen todavía en el *Archivio segreto pontificio*; su contenido véase en Pollen, loco cit., 144. Una memoria de Ridolfi, de 6 de febrero de 1571, sobre la inclinación del Papa a apoyar a María, puede verse en Hosack, II, 502 s.

(2) Zúñiga a Felipe II en 30 de abril de 1571, Corresp. dipl., IV, 258 s. La carta de Alba era de 8 de abril (ibid., 259, nota). En una conferencia que tuvo con Zúñiga en 30 de abril, presentó Ridolfi la empresa como fácil, como suelen hazer los que vienen con semejantes invenciones (ibid., 258).

(3) Carta de 5 de mayo de 1571, en Laderchi, 1571, n. 6; cf. la carta de Bonelli al nuncio de Madrid, Castagna, de 11 de mayo de 1571, Corresp. dipl., IV, 274 s. Il Sommo Pontifice ha gradito ed accettato tutto ciò che è stato concluso tra V. M. e l'Illustrissimo signor Duca di Norfolk ed altri nobili del regno, ha lodato le istruzioni che gli ho mostrate, e comprovato il loro disegno; e siccome sa che ogni grazia e bene procede da Dio, non si può dire con quante calde orazioni questo Santo Pastore favorisce i loro desideri ed il buon fine dell'impresa, ed è meraviglia con quanta inclinazione e veramente paterno animo, abbraccia e desidera il bene e il comando di V. M. e dei suoi amici confederati. Ridolfi a María, en Francesco Faberi, S. Pio V, Studio storico, Sena, 1893, 107.

(4) Laderchi, 1571, n. 9. También de Norfolk presentó Ridolfi una carta; ibid.

A fines de junio llegó Ridolfi a Madrid, y el 28 presentó al rey el breve pontificio junto con las cartas de recomendación de María, de Norfolk y del embajador español en Londres (1).

Ridolfi halló un ardiente favorecedor de sus planes en el nuncio español Castagna, el cual ya antes había hecho diligencias para que don Felipe interviniese en las cosas de Inglaterra. Según opinión de Castagna, Ridolfi había venido precisamente en el tiempo más oportuno; desde luego habló de él con el rey, y por intercesión del nuncio pudo el florentino el 3 de julio de 1571 exponer al soberano sus proyectos, los cuales, al parecer, hallaron buena acogida (2). Don Felipe parecía en efecto querer dirigir ahora un golpe contra Inglaterra. Habló al nuncio sobre este negocio más larga y calurosamente de lo que ordinariamente solía; dijo que parecía llegado el momento de reducir a Inglaterra por segunda vez a la fe, que el Papa había prometido todo su apoyo; que la desconfianza de Francia podría aquietarse si la empresa se pusiese en ejecución en nombre del Papa, fundándose en la bula de excomuniación contra Isabel. Que Pío V, como certificaba Ridolfi, estaría conforme con ello. Según esto Felipe II dió también ya algunos pasos preliminares. El 12 de julio salió un correo para el duque de Alba y el embajador español en Londres, a fin de que diesen noticia a Norfolk y a la reina de Escocia de los intentos del rey; éste llamó repetidas veces a Ridolfi para obtener más minuciosos informes (3). Escribía Castagna el 23 de agosto, que todos estaban por la empresa contra Inglaterra, uno solo exceptuado (4); pero este único tenía que hablar una palabra de mucha importancia. Ya antes el nuncio había hecho referencia a él, cuando escribió que el negocio vendría sin duda a llevarse al cabo, si el duque de Alba no retenía al rey (5).

Ya mucho antes de la venida de Ridolfi había llegado a Madrid

(1) Felipe II a Espés en 13 de julio de 1571, Corresp. de Felipe II, tomo III, 477. Las recomendaciones de Espés en favor de Ridolfi a Felipe II y Zayas, de 25 de marzo de 1571, *ibid.*, 444 s. De Roma había partido Ridolfi el 20 de mayo. Corresp. dipl., IV, 338, nota.

(2) Castagna a Rusticucci en 3 de julio de 1571, Corresp. dipl., IV, 380.

(3) Castagna a Rusticucci en 9 de julio de 1571, *ibid.*, 381 s. Zayas a Zúñiga en 17 de julio de 1571, *ibid.*, 389.

(4) A Rusticucci, *ibid.*, 413.

(5) Corresp. dipl., IV, 390, nota: Se da la parte del Duca d'Alba non viene raffredato, io tengo per certo che la impresa sarà posta in opera.

un largo dictamen del duque sobre los planes de aquél (1). En la forma propuesta los proyectos del aficionado militar parecían irrealizables al experto general. Decíase en el escrito, que España no podía introducir tropas en Inglaterra sin llamar a las armas contra sí a Francia y Alemania. Que los proyectos del florentino sólo podían ser realizables después de cumplida una condición preliminar. Es el caso que Isabel se hallaba a la sazón enferma de una úlcera en la pierna que se consideraba de carácter canceroso (2). Alba escribía ahora, que si la reina de Inglaterra muriese, «o de muerte natural o de otra», o si cayese en poder del duque de Norfolk (3), no podría excitar la envidia de las otras potencias el que se diese apoyo con las armas a las pretensiones de María Estuardo al trono inglés.

Tampoco Felipe II daba en el fondo mucha importancia a los primitivos planes de Ridolfi, pero sí hizo tener el 7 de julio una consulta sobre los proyectos de Alba, y principalmente también sobre si se debía intentar «matar a la reina o apoderarse de ella» (4). Según una memoria compuesta por Ridolfi, el resultado de las deliberaciones fué, que se pusiese toda la empresa en manos del duque de Alba, que él tenía que determinar acerca del momento favorable para la ejecución y se entendería con Norfolk y Espés para apoderarse a la vez de la persona de la reina,

(1) De 7 de mayo de 1571 (llegado a Madrid el 22 de mayo), en A. Teulet, *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Écosse*, V, París, 1862, 74-87; Mignet, II, 510-518.

(2) Pollen en *The Month*, IC (1902), 145.

(3) Pero en caso que la reina de Inglaterra hubiese muerto o de muerte natural o de otra, o que ellos se apoderasen de su persona, sin que V. Md se hubiese entremetido en esto, entonces no hallaría yo dificultad. En Mignet, II, 516.

(4) Sobre esta consulta poseemos sólo apuntamientos truncados, en Mignet, II, 518-521, que en su mayor parte son tan difíciles de entender, que el voto de Velasco, por ejemplo, es interpretado por Mignet (II, 162) y Kervyn de Lettenhove (*Relations*, VI, 5) precisamente en el sentido opuesto. Los apuntamientos comienzan por esta proposición: Que convenia comenzar por ellos y matar o prender la reina. Que de otra manera luego se casaría y mataría a la de Escocia. El matar o prender lo entendió González (p. 361) como aprisionar y matar. A él siguieron muchos historiógrafos posteriores. Pero según el material publicado hasta ahora, sobre el plan de los españoles no se podrá afirmar más que lo que dice Hergenröther (*La Iglesia y el Estado*, 680): «Se tuvo el intento... de apoderarse en todo caso de su persona, y sólo en caso de extrema necesidad darle también muerte». Cf. Pollen, *Erg. Cath.*, 176. Si querían apoderarse de Isabel por un acto de violencia, hubieron de tener sin duda ante la vista la posibilidad de que en el mismo perdiese la vida.



de la Torre de Londres y de la escuadra inglesa que estaba en Rochester (1).

Lo que el rey había deseado, y Ridolfi designado como también acepto al Papa, es a saber, que la expedición contra Inglaterra se pusiese por obra en nombre del Papa y fundándose en la bula de excomunión, Pío V lo hizo ofrecer entre tanto al rey también por su parte. Dijo que toda la dirección de la empresa debía quedar ciertamente en manos del rey; pero que si se deseaba, el Papa otorgaría también la dignidad de general pontificio al comandante nombrado por don Felipe (2). Juntamente sentía Pío V que el socorro papal no podía ser sino pequeño. Manifestó que la empresa era de la mayor importancia para el servicio de Dios y el bien de la Iglesia; que a pesar de su pobreza, haría lo que se pudiese hacer, y si fuese necesario, no perdonaría ni siquiera a los cálices ni a los ornamentos pontificales (3). El Papa permitió que se emplease contra Inglaterra una parte de las rentas eclesiásticas que se habían puesto a disposición del rey para la guerra contra los turcos (4).

El proyecto de poner en ejecución la empresa contra Inglaterra en nombre del Papa, fué no obstante rechazado en el Consejo real; no se quería prestar apoyo a las pretensiones de la Sede Apostólica a las coronas de Inglaterra e Irlanda (5).

El duque de Alba se mostró poco satisfecho de la nueva incumbencia a que su rey le destinaba, y opuso serias objeciones (6). Representó de nuevo, que en caso de un mal éxito, la

(1) Kervyn de Lettenhove, *Relations*, VI, v. Por lo demás, ya en 12 de junio de 1571 había escrito Espés a Felipe II, que si al desembarcar 12000 ó 15000 hombres con la correspondiente caballería los católicos de Inglaterra se apoderasen de la persona de la reina, habría ya salido bien la mitad de la empresa. Que se debía también prender al punto a Cecil, Leicester y Bedford, y echar mano asimismo a la escuadra que había en Rochester. Esta atrevida torre de viento parecía al embajador muy fácil empresa: todo lo cual es harto fácil. *Corresp. de Felipe II*, tomo III, 354.

(2) Rusticucci a Castagna en 12 de agosto de 1571, *ibid.*, 409. Felipe II a Alba en 14 de julio de 1571, en Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo II, 187.

(3) *Ibid.*, 185.

(4) Rusticucci a Castagna en 24 de septiembre de 1571, *Corresp. dipl.*, IV, 441.

(5) Felipe II a Alba en 14 de julio de 1571, en Gachard, *loco cit.*, 187. En el consejo de 7 de julio el inquisidor general habló en favor de la propuesta pontificia, y Feria en contra. Mignet, II, 162.

(6) Kretzschmar, *Proyectos de invasión*, 37 ss.

intervención de don Felipe en los asuntos británicos podría convertir en enemigos suyos a Inglaterra, Francia y Alemania, podría estallar una guerra con Francia y padecer grave daño en los Países Bajos la religión, que se quería defender en Inglaterra; además podrían también los venecianos perder la confianza en el rey y renunciar a aliarse con él contra los turcos (1). Que fuera de esto, la empresa se hallaba en manos poco dignas de confianza. Que Norfolk estaba sin resolución y ánimo (2), Guerau de Espés se hallaba cegado por su aversión a Isabel (3), Ridolfi era un hombre muy ligero, que tenía tan poca posibilidad de guardar un secreto, que en Amberes los comerciantes hablaban paladinamente de sus proyectos (4); y que el orgullo nacional del inglés no toleraba fácilmente la ayuda de un país extranjero en general (5). Alba se burla de que Ridolfi se imaginase que se podía poner en pie de guerra un ejército para apoderarse de Isabel, y al mismo tiempo otro para libertar a María, tomar la Torre de Londres e incendiar los buques ingleses del Támesis; dice que aun cuando la misma Isabel estuviese en inteligencia con don Felipe, no se podría ejecutar todo esto de la manera como lo proponía Ridolfi (6). Por estas razones el parecer de Alba era que no se debía enviar socorro a los conjurados hasta que se hubiesen apoderado ya de la reina (7). El rey al contrario insistía en que el duque se declarase en favor de los conjurados y acudiese en su ayuda desde el momento en que las fuerzas militares que se reuniesen, hubieran llegado al número suficiente (8). Por motivos superiores, principalmente por el de la religión, creía poder prescindir de las dificultades (9), y persistió en su opinión aun cuando supo que Isabel tenía ya algún conocimiento de los proyectos de Ridolfi (10), y cuando hubieron llegado noticias de la prisión de Norfolk (11). En la carta de 14 de septiembre, que contiene

(1) En 3 de agosto de 1571, en Gachard, loco cit., 188.

(2) Tengole por flaco y de poco animo; *ibid.*, 189.

(3) En 27 de agosto de 1571, *ibid.*, 193.

(4) En 5 de septiembre de 1571, *ibid.*, 198.

(5) En 27 de agosto de 1571, *ibid.*, 193.

(6) *Ibid.*, 194.

(7) En 3 de agosto de 1571, *ibid.*, 188; en 27 de agosto, *ibid.*, 194.

(8) A Alba en 4 y 30 de agosto y en 14 de septiembre de 1571, *ibid.*, 191  
196, 200.

(9) A Alba en 14 de septiembre de 1571, *ibid.*, 198 ss.

(10) A Alba en 4 de agosto de 1571, *ibid.*, 191.

(11) A Alba en 17 de octubre de 1571, *ibid.*, 205.

la más circunstanciada exposición de su parecer, deja al fin la decisión enteramente a la prudencia de Alba. El embajador español en Londres ya el 4 y de nuevo el 30 de agosto había recibido la instrucción de no proceder en este asunto sino según las órdenes del duque (1).

En realidad llegaron ahora finalmente órdenes de Alba, pero en el sentido de que el embajador español no dejase notar de ninguna manera, ni inmediata ni mediatamente, que poseía las cartas para María, Norfolk y Leslie (2). Algunas semanas más tarde le inculcó Alba otra vez con instancia, que quemase todos los documentos que tenían relación con la misión de Ridolfi (3). Hacia fines del año le escribía que había de dejar en las manos de Dios a los católicos ingleses y sus padecimientos (4).

Mientras el de Alba vacilaba, el gobierno inglés había con efecto recogido en su mano todos los hilos de la conjuración. La historia del descubrimiento (5) ofrece una significativa imagen en miniatura de las bajezas de la vida política de aquel tiempo. Primero cayó en manos del gobierno un paquete de cartas de Ridolfi a Leslie con dirección cifrada, pero éste logró por sus relaciones trocar dichos documentos que exponían a peligro, por otros inofensivos. Con todo, el tormento arrancó al mensajero la confesión de que se había proyectado un desembarco en Inglaterra, y que el duque de Alba aprobaba este plan. Pero presto el rey don Felipe, generalmente tan precavido, se delató a sí mismo. Uno de los creadores de la escuadra inglesa, el pirata Juan Hawkins, sobre el cual pesa la infamia de haber sido el primer inglés que con el favor e intervención de Isabel ejerció comercio de esclavos (6), había perdido a algunos de su gente por haber caído prisioneros de los españoles. Para librarlos de la cárcel de Sevilla excogitó un ardid. Con aprobación de Cecil se dirigió al embajador español en

(1) Corresp. de Felipe II, tomo III, 482, 494.

(2) Alba a Espés en 30 de julio de 1571, en Kervyn de Lettenhove, *Relations*, VI, 157.

(3) En 19 de agosto de 1571, *ibid.*, 163.

(4) Alba a Espés en 12 y 15 de noviembre de 1571, *ibid.*, 216, 218. Entre tanto Ridolfi el 9 de septiembre había partido para Flandes, conforme al deseo de Alba (Castagna a Rusticucci en 9 de septiembre de 1571, Corresp. dipl., IV, 435). En 19 de noviembre aparece de nuevo en Roma (Zúñiga a Felipe II en 27 de noviembre de 1571, *ibid.*, 542).

(5) Hosack, II, 55-66; Brosch, VI, 565-568; Lingard, VIII, 78 s.

(6) Lingard, VIII, 259.

Londres y se declaró católico (1) y asimismo partidario de María Estuardo; dijo que estaba preparado a poner al servicio de los españoles los buques que tenía a su mando. Que como recompensa pedía una suma de dinero y la libertad de sus camaradas prisioneros. El embajador le remitió al duque de Alba; cuando éste no quiso meterse en nada, Hawkins envió a uno de sus oficiales, Fitzwilliams, con una carta del embajador español directamente al mismo rey de España. Don Felipe recibió favorablemente al enviado, pero exigió como condición preliminar de las negociaciones que trajese una recomendación de María Estuardo. Fitzwilliams se procuró ahora del duque de Feria, cuya esposa era inglesa, una carta para María, y la reina, fiándose del de Feria, sin tener la menor idea de lo que iba a suceder, convino en solicitar por escrito del rey de España la libertad de los prisioneros ingleses. Quedaron ahora desvanecidas las dudas de don Felipe, el cual declaró en confianza a Fitzwilliams, que proyectaba para otoño un desembarco en Inglaterra, y que Hawkins debía tener parte en la empresa con sus buques. El 10 de agosto fué firmado un tratado sobre esto por el duque de Feria y Fitzwilliams como representantes de don Felipe y de Hawkins. Fitzwilliams se volvió a Inglaterra con el título de grande de España para Hawkins y 50000 libras.

La mayor parte del plan español era ahora ya conocido del gobierno inglés, y sólo se trató de averiguar todavía quiénes eran los ingleses que querían ofrecer la mano a los españoles en su empresa. También en esto una imprevisión abrió camino al secretario de Estado. María Estuardo quiso hacer donación de una parte de la cantidad designada a ella en Francia por su viudez, a la guarnición del castillo de Edimburgo, que todavía le era fiel, y mandó enviar la suma primero por medio de un arrendatario de Norfolk, llamado Higford, a Bannister, el cual estaba asimismo en relaciones con Norfolk por ser administrador suyo. El mensajero, a quien habían dicho que llevaba plata, quedó asombrado de lo mucho que pesaba su envío; abriólo y halló oro y una carta en escritura cifrada; y al punto dió parte a Burghley. Higford hubo ahora de leer a éste lo escrito en cifra, Bannister y el secretario de Norfolk, Barker, fueron citados y confesaron todo lo que

(1) Kervyn de Lettenhove, loco cit., 434.

sabían. Más Barker sabía muchas cosas, pues había sido el intermediario entre Leslie, Ridolfi y Norfolk.

Quedó ahora puesto fin a la conjuración. Ridolfi se guardó de volver a poner los pies en Inglaterra. Norfolk fué de nuevo encerrado en la Torre de Londres el 7 de septiembre de 1571; el 2 de junio del año siguiente acabó su vida en el cadalso. Leslie alegó inútilmente los privilegios de los embajadores para evitar la cárcel, y se libró del tormento sólo con una extensa confesión. El embajador español fué expulsado, y Burghley se permitió la burla de hacer conducir a Calais, precisamente por Hawkins, al embajador que todavía nada sospechaba de lo sucedido (1). Durante toda la travesía el ladino filibustero apenas podía hartarse del cruel placer de entretener siempre de nuevo al juguete de sus enredos con protestaciones de su ilimitado afecto al monarca español (2).

Naturalmente, el político que tenía las riendas del Estado inglés, no dejó escapar la buena ocasión de arrastrar también por el polvo el honor del Papa. Cecil, desde principios del año elevado a la dignidad de par con el nombre de lord Burghley, cuidó de que la nueva de los sucesos se difundiese muy ampliamente con las necesarias exornaciones. El 13 de octubre se comunicó a los alcaldes y regidores de Londres, quienes luego a su vez reunieron a los presidentes de los gremios, por los cuales las horribles noticias fueron propagadas hasta al último individuo de los gremios. Para excitar todavía más a la plebe, se prometió dárselo a conocer todo por medio de la imprenta, de manera que las calles no resonaban con otra cosa (3) que con los planes del duque de Alba y del Papa contra la ciudad de Londres y la reina.

(1) Sobre esto pueden verse varios documentos en Kervyn de Lettenhove, *Relations*, VI, 226 ss., 242, 258, 260, 275, 283, 288, 294, 298, 337.

(2) Hosack, II, 88.

(3) de sorte que les rues ne résonnent ici autre matière (M. de Sweveghem a Alba en 16 de octubre de 1571, en Kervyn de Lettenhove, VI, 187). Modernamente se ha afirmado que también el Papa Pío V tuvo conocimiento de «los proyectos de atentado contra la vida de la reina Isabel» y de la conjuración-Ridolfi (Döllinger-Reusch, *La autobiografía del cardenal Belarmino*, Bona, 1887, 307; cf. *ibid.*, en el índice, p. vi: «El plan de un atentado contra la vida de Isabel de Inglaterra, aprobado por Pío V». Lord Acton, *Carta a The Times* de 24 de noviembre de 1874, en Gladstone, *Los decretos vaticanos*, traducción alemana, 1875, 81). Pero no hay prueba alguna de que Ridolfi hablase ante el Papa de un plan para asesinar a Isabel. Las instrucciones para Ridolfi (arriba, p. 192 s.) nada de esto contienen. Hablando con Norfolk y Maria dijo Ridolfi que quería dejar en el trono a Isabel (Hosack, II, 53 s.). Pío V rechazaba como

Quizá fué María Estuardo la que tuvo que padecer más acerbamente a consecuencia de la frustrada conjuración (1). Su vida se hallaba en grandísimo peligro. Todos sus servidores hubieron de separarse de ella, primero a excepción de dieciséis, y luego excepto diez; la princesa acostumbrada a cabalgar y cazar frecuentemente al aire libre, se vió reducida a su aposento, y cuando enfermó, ni siquiera se le concedió un médico. Ella consideró este tratamiento como prenuncio de su ejecución y pidió un sacerdote, el cual, empero, le fué denegado.

Sin embargo Burghley se contentó por entonces con aniquilar a su adversaria en la estimación del mundo. A fines de 1571 María recibió como aginaldo de Navidad, digámoslo así, un librito, el libelo infamatorio, hecho tan célebre más tarde con el nombre de *Detectio*, compuesto por el humanista Buchanan, el cual estuvo antes al servicio de María y había celebrado sus virtudes (2). Las calumnias del Libro de artículos, presentado en Westminster, se hallaban en él vestidas con clásica frase latina. Burghley cuidó de que el libelo fuera traducido y difundido. Durante siglos y

ilícito el asesinato político, sobre lo cual v. arriba, p. 131. Meyer (p. 228) da este juicio: «No hay ningún testimonio de que él [Pío V] hubiese aprobado el asesinato [de Isabel], o alabándolo como obra meritoria». —El pasaje que se halla en Gachard, *Corresp. de Philippe II*, tomo II, 185 (de la carta de Felipe II a Alba, de 14 de julio de 1571): el viaje que hace Isabel a sus casas de campo por agosto y septiembre serait une occasion de se saisir de sa personne et de la tuer (Döllinger-Reusch, p. 310), no prueba más contra Felipe II que el texto citado arriba, p. 197, nota 4, pues el viaje ofrece en realidad *ocasión* tanto para lo uno como para lo otro. Cf. en la misma carta (loco cit., 186): de tuer ou de prendre. Un pasaje equívoco de la Vida de S. Pío V, escrita por Gabucio (*Acta Sanct. Maji*, I, 661), que alega Acton, procede de Catena, y en éste es enteramente inofensivo (Pollen, *Engl. Cath.*, 125). El embajador francés en Bruselas, Mondoucet, refiere en 26 de diciembre de 1571, que habían sido enviados dos italianos, para atentar contra la vida de Isabel con veneno o de otra manera (*Bulletin de la Commiss. d'hist.*, 3ª serie, XIV, 341). Kervyn de Lettenhove, que parece dar importancia a esta noticia en *Les Huguenots*, II, 388, habla de diferente manera en *Relations*, VI, vi.

(1) Hosack, II, 66 ss.

(2) *Ibid.*, 80 s. Seis meses antes había publicado Leslie una defensa de María, en la cual, como advierte Hosack (II, 82), merecen especial atención dos afirmaciones: primera, que las cartas de la cajita son falsas y fingidas, y segunda, que París, de quien se dice haber llevado las cartas a Bothwell, y es el único testigo que inculpó directamente a María del asesinato de su esposo, inmediatamente antes de su ejecución declaró ante la reunida multitud, que nunca había llevado tales cartas, y que María era inocente: *that he never carried such letters, nor that the queen was participant*. Buchanan no opone réplica alguna a estas dos afirmaciones.

hasta los tiempos más recientes las calumnias de Buchanan han determinado el juicio sobre la desgraciada reina de Escocia (1).

Precisamente un año antes también Isabel había recibido un precioso regalo de su valido Leicester. Era una pequeña pintura, en la que se veía a Isabel sentada majestuosamente sobre un elevado trono, y ante ella a María Estuardo en cadenas e implorando perdón, mientras los reinos vecinos, España y Francia, estaban cubiertos por las olas del mar y Neptuno con muchos príncipes prestaba homenaje a la soberana de Inglaterra (2). Isabel, en efecto, había alcanzado hasta ahora sobre su rival el triunfo de la fuerza y la astucia. El tiempo futuro había de decidir de qué parte se inclinaría al fin la victoria moral.

Si a pesar de la bula de excomunión de 1570 ni en Roma ni en Madrid se preparó una expedición militar contra la reina de Inglaterra, en cambio, los intentos de sustraer al yugo de Isabel la isla vecina al occidente de Inglaterra ya no cesaron durante el reinado de Pío V (3).

Las violencias de Inglaterra en Irlanda habían creado allí poco a poco un estado de cosas intolerable. Por eso ya en 1569 los irlandeses del sur enviaron al arzobispo de Cashel, Mauricio O'Gibbon, con una memoria a Felipe II, la cual estaba firmada por los cuatro arzobispos irlandeses, ocho obispos y veinticinco nobles en nombre de los obispos, señores y ciudades. En ella se exponía que los irlandeses desde hacía más de mil años eran fielmente adictos a la Sede Apostólica, pero estaban llenos de la más profunda aversión a la dominación inglesa, la cual desde Enrique VIII saqueaba iglesias y monasterios, desterraba obispos y religiosos y lo ponía todo en desorden. Rogaban por tanto al rey de España que les diese un soberano propio de su casa (4). El 1.º de marzo de 1570 O'Gibbon escribió también al Papa. Pío V no se mostró adverso al plan, pero hizo notar al punto el modo de ver

(1) Bekker, 276 ss.

(2) Espés a Zayas en 9 de enero de 1571, Corresp. de Felipe II, tomo III, 428. Espés no deja de añadir, que con tales cosas se lisonjeaba a una princesa, que fuera dello vive en harta más soltura que la Jonás de Napoles, ni otras tales.

(3) Pollen en *The Month*, CI (1905), 69-85. Bellesheim, Irlanda, II, 161 ss., 697 ss. Kretschmar, *Proyectos de invasión*, 52 ss.; *Relación de Segá*, ibid., 194-212.

(4) Moran, *Sipicil.*, I, 59 s. Bellesheim, II, 158.

que seguía siendo norma de la política pontificia en la cuestión irlandesa, es a saber, que Irlanda era un feudo pontificio y por tanto los irlandeses no podían procurarse un nuevo señor feudal sino con la previa aquiescencia de la Santa Sede (1).

La política de don Felipe había sido hasta entonces benévola para Isabel, y bastante esquiva para la adversaria de ésta, María Estuardo, porque el encumbramiento de la reina de Escocia, afecta a los franceses, le parecía significar un fortalecimiento de Francia y por tanto un peligro para España (2). Pero Francia estaba ahora debilitada por sus guerras interiores, e Inglaterra había irritado en extremo a don Felipe con sus piratas y con el robo del oro español (3); conforme a esto comenzó a entrar por otros senderos. Verdad es que no admitió la propuesta de O'Gibbon, aunque el 26 de julio de 1570 instó el arzobispo a acelerar la empresa y representó al rey, que más tarde no se podría efectuar con cien mil hombres lo que ahora era fácil de ejecutar con diez mil (4). Pero una primera señal de un cambio de actitud fueron los favores hechos por Felipe II a un aventurero, con el cual también O'Gibbon entabló relaciones entonces en la corte de España, y cuyos fantásticos planes, aunque no todavía en tiempo de Pío V, sino más tarde, fueron funestos para Irlanda y mediatamente para los católicos ingleses.

Tomás Stukely, hijo de un noble de Devonshire, hombre sin moralidad ni principios religiosos, había hasta entonces andado por el mundo en continuos viajes, riñas y aventuras, puesto sus servicios a disposición de casi todos los reyes cristianos, acomodándose a todo cambio de religión en Inglaterra y con ello sabido siempre magistralmente sacar dinero para sus prodigalidades y excesos, pues en su primera presentación lograba Stukely ganarse a casi todo el mundo. Durante algún tiempo ejerció el lucrativo oficio de pirata en las costas de América, y después de haber sido apresado, escapó de la horca que tenía bien merecida, por la inter-

(1) Bellesheim, II, 160. Ya Felipe II y María Tudor habían reconocido los derechos de la Santa Sede sobre Irlanda, pues aceptaron la bula de Paulo IV, de 7 de junio de 1555, en la cual el Papa dice de Irlanda:... *illius dominium per Sedem praedictam* [la Sede Apostólica] *adepti sunt reges Angliae*, y luego eleva a Irlanda a reino *sine praediuicio iurium ipsius Romanae ecclesiae*. Bull. Rom., VI, 489 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XVI, 178.

(3) Cf. arriba, p. 173.

(4) Bellesheim, II, 159.



cesión de Shane O'Neill y continuó luego en Irlanda su antigua manera de vivir, provisto de recomendaciones de Cecil, Leicester y Pembroke. Isabel le favoreció al principio; y cuando le perdió el afecto, tomando Stukely una presta resolución, navegó para España a fin de consagrar su espada a la liberación de la Irlanda católica en servicio de don Felipe.

Este no pensaba en la conquista de Irlanda, pero las continuas usurpaciones de Isabel sentíalas como incesantes pinchazos; estaba por tanto muy inclinado a encenderle en desquite un fuego mayor o menor en Irlanda. Por esta causa hizo venir a Madrid a Stukely y le colmó de dinero y honores. Los efectos de esto se dejaron sentir pronto en Londres en tal grado, que don Felipe tuvo por bien hacer apaciguar a la reina por una carta de su secretario Zayas y enviar a Stukely con don Juan de Austria contra los turcos. Allí se hallaba en su lugar el temerario valentón; señalóse mucho en la batalla de Lepanto y con ello adquirió buen nombre hasta entre las personas eclesiásticas. Parecióle ahora Roma un campo fácil de beneficiar; visitó allí descalzo las principales iglesias, y al paso que antes solicitó inútilmente de Pío V que le levantase la excomunión que había bien merecido por su vida anterior, alcanzó ahora pronto en la Ciudad Eterna tanto aprecio, cuanto lo había gozado antes con Isabel o con Felipe II. El 1.º de diciembre de 1571 el cardenal secretario de Estado escribió a Bonelli, que se hallaba en Madrid, que el Papa había oído con agrado los planes de Stukely; que la responsabilidad de la empresa se había de dejar ciertamente por entero al rey de España, pero que el Papa no tenía inconveniente en que se efectuase en su nombre, si el rey no quería que se le nombrara como autor (1). Don Felipe rechazó la propuesta. Como ya antes en la carta tranquilizadora de Zayas a Isabel había hecho negar que el aventurero tuviese la capacidad y los conocimientos necesarios para la empresa de Irlanda (2), así ahora calificó otra vez de irrealizables los planes de Stukely (3). Dejóse, pues, de acometer la empresa de Irlanda durante la vida de Pío V, para volverse a intentar de una manera desgraciada siete años más tarde.

(1) Pollen, loco cit., 74 y Engl. Cath., 192 ss.

(2) Pollen en *The Month*, 1905, 72 s.

(3) Castagna en 11 de enero de 1572, *ibid.*, 74.

**VII. La política religiosa  
del emperador Maximiliano II  
y su protesta  
contra la elevación de Cosme I  
a gran duque de Toscana.  
Confusión religiosa en Austria.  
Conatos de reforma y restauración  
católica en Alemania,  
principalmente en Baviera  
y en los principados eclesiásticos.**

**I**

La actitud religiosa de Pío V, así como todo su carácter eran radicalmente distintos de los del emperador Maximiliano II. Claro, resuelto, enemigo declarado de toda simulación y falsedad, y al mismo tiempo profundamente penetrado de la verdad de la fe católica, veía el Papa la salud únicamente en la fe. Por eso velaba con inflexible severidad por la conservación de la pureza de este sumo bien. Cualquiera conciliación en cuestiones dogmáticas estaba para él excluida por sus convicciones católicas. El emperador al contrario, hábil político, versado en todas las artes de una diplomacia llena de doblez, en las cosas de la religión estaba en extremo falto de claridad, era vacilante y ambiguo (1). Con su celo por la pacificación de sus Estados se le escapaba enteramente, que el que rechaza aunque no sea más que *una sola* doctrina de la Iglesia, deja de ser católico. Maximiliano asistía ciertamente a misa y durante algún tiempo tuvo por predicador en la corte al buen católico Martín Eisengrein. Pero cuando éste terminó un

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 210 s., donde están reunidas y apreciadas las obras modernas sobre la conducta religiosa de Maximiliano.

cesión de Shane O'Neill y continuó luego en Irlanda su antigua manera de vivir, provisto de recomendaciones de Cecil, Leicester y Pembroke. Isabel le favoreció al principio; y cuando le perdió el afecto, tomando Stukely una presta resolución, navegó para España a fin de consagrar su espada a la liberación de la Irlanda católica en servicio de don Felipe.

Este no pensaba en la conquista de Irlanda, pero las continuas usurpaciones de Isabel sentíalas como incesantes pinchazos; estaba por tanto muy inclinado a encenderle en desquite un fuego mayor o menor en Irlanda. Por esta causa hizo venir a Madrid a Stukely y le colmó de dinero y honores. Los efectos de esto se dejaron sentir pronto en Londres en tal grado, que don Felipe tuvo por bien hacer apaciguar a la reina por una carta de su secretario Zayas y enviar a Stukely con don Juan de Austria contra los turcos. Allí se hallaba en su lugar el temerario valentón; señalóse mucho en la batalla de Lepanto y con ello adquirió buen nombre hasta entre las personas eclesiásticas. Parecióle ahora Roma un campo fácil de beneficiar; visitó allí descalzo las principales iglesias, y al paso que antes solicitó inútilmente de Pío V que le levantase la excomunión que había bien merecido por su vida anterior, alcanzó ahora pronto en la Ciudad Eterna tanto aprecio, cuanto lo había gozado antes con Isabel o con Felipe II. El 1.º de diciembre de 1571 el cardenal secretario de Estado escribió a Bonelli, que se hallaba en Madrid, que el Papa había oído con agrado los planes de Stukely; que la responsabilidad de la empresa se había de dejar ciertamente por entero al rey de España, pero que el Papa no tenía inconveniente en que se efectuase en su nombre, si el rey no quería que se le nombrara como autor (1). Don Felipe rechazó la propuesta. Como ya antes en la carta tranquilizadora de Zayas a Isabel había hecho negar que el aventurero tuviese la capacidad y los conocimientos necesarios para la empresa de Irlanda (2), así ahora calificó otra vez de irrealizables los planes de Stukely (3). Dejóse, pues, de acometer la empresa de Irlanda durante la vida de Pío V, para volverse a intentar de una manera desgraciada siete años más tarde.

(1) Pollen, loco cit., 74 y Engl. Cath., 192 ss.

(2) Pollen en *The Month*, 1905, 72 s.

(3) Castagna en 11 de enero de 1572, *ibid.*, 74.

**VII. La política religiosa  
del emperador Maximiliano II  
y su protesta  
contra la elevación de Cosme I  
a gran duque de Toscana.  
Confusión religiosa en Austria.  
Conatos de reforma y restauración  
católica en Alemania,  
principalmente en Baviera  
y en los principados eclesiásticos.**

**I**

La actitud religiosa de Pío V, así como todo su carácter eran radicalmente distintos de los del emperador Maximiliano II. Claro, resuelto, enemigo declarado de toda simulación y falsedad, y al mismo tiempo profundamente penetrado de la verdad de la fe católica, veía el Papa la salud únicamente en la fe. Por eso velaba con inflexible severidad por la conservación de la pureza de este sumo bien. Cualquiera conciliación en cuestiones dogmáticas estaba para él excluida por sus convicciones católicas. El emperador al contrario, hábil político, versado en todas las artes de una diplomacia llena de doblez, en las cosas de la religión estaba en extremo falto de claridad, era vacilante y ambiguo (1). Con su celo por la pacificación de sus Estados se le escapaba enteramente, que el que rechaza aunque no sea más que *una sola* doctrina de la Iglesia, deja de ser católico. Maximiliano asistía ciertamente a misa y durante algún tiempo tuvo por predicador en la corte al buen católico Martín Eisengrein. Pero cuando éste terminó un

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 210 s., donde están reunidas y apreciadas las obras modernas sobre la conducta religiosa de Maximiliano.

sermón invocando a la Madre de Dios y a los santos, el emperador se lo reprochó como cosa poco conforme al espíritu de aquella época (1). Es cierto que Maximiliano reconocía tan poco la fuerza obligatoria de los dogmas proclamados en Trento, como las consecuencias que se seguían del juramento que pronunció en su coronación. Abandonó enteramente el terreno católico, por imaginar que podría conciliar oposiciones dogmáticas inconciliables, con la esperanza de quitar fuerzas con semejante mezcla a la contienda religiosa y al fin hacerla desaparecer. Si en su política imperial hizo alguna concesión a los Estados católicos, efectuóse esto por interés. Para las verdades dogmáticas carecía enteramente de inteligencia este príncipe no dotado de gran talento (2); toda controversia religiosa parecía inútil. Los católicos fervorosos le eran tan desagradables como los calvinistas pertinaces. Su prototipo fué siempre una «religión» compuesta de elementos católicos y luteranos, cuya aceptación debía poner término a la contienda, funesta aun para los intereses políticos. El tiempo para tales planes de unión era entre tanto, desde que se publicaron los decretos del concilio tridentino, el más desfavorable que se pudiese imaginar. Carecía asimismo de probabilidades de buen éxito el otro plan del emperador, de contentar a los protestantes de sus Estados sin herir abiertamente a los católicos, por cuanto quería permitir a aquéllos con ciertas condiciones el libre ejercicio de la confesión de Augsburgo de 1530. Según sus propias declaraciones, pretendía también con esto reunir a los dos partidos, como una generación antes lo había procurado Carlos V. Entonces tales planes eran todavía de algún modo comprensibles, pero ahora estaban de antemano condenados a la esterilidad, después que el concilio había definitivamente establecido para los católicos las doctrinas controvertidas, y por parte de los protestantes se había arraigado profundamente la escisión religiosa.

Era fácil de ver que un hombre como el nuevo Papa, que siempre había combatido acérrimamente por la pureza e inviolabilidad de la fe católica, no podría ser ganado para los confusos y

(1) V. Pfleger, Eisengrein, 63.

(2) V. Götz en la Revista Hist., LXXVII, 198, quien rechaza con razón el nombre de catolicismo conciliador, y juzga tan severamente como Janssen de la hipocresía de Maximiliano.

fantásticos proyectos del emperador (1). Por eso Maximiliano estuvo muy lejos de alegrarse de la elección de Pío V (2). Pero como conocía cuán importante era la benevolencia del Papa para la concesión de los auxilios contra los turcos, tomó a pechos mantener con él una buena inteligencia. En su primera carta a Pío V, fechada el 24 de enero de 1566, y enviada a Roma por un correo especial, asegura Maximiliano: «Nunca dejaremos de prestar a Vuestra Santidad nuestra filial obediencia, ni los servicios que se han de esperar del protector y defensor de la Iglesia; nada omitiremos de todo lo que puede y debe hacerse de nuestra parte en virtud de nuestro cargo imperial para la utilidad y provecho de la cristiandad». (3)

Estas palabras no podían tener valor sino por las obras que les correspondiesen. Pues engendraba entonces poca confianza el que Maximiliano procurase impedir hasta el último momento la misión del cardenal Commendone, nombrado ya por Pío IV legado para la dieta de Augsburgo de 1566 (4).

Commendone era un personaje eminente en todos respetos. Todos los contemporáneos concuerdan en alabar sus brillantes prendas de talento y carácter. Conocía muy exactamente por sus ojos las circunstancias así religiosas como políticas de Alemania, era amigo de la casa de Habsburgo y estaba profundamente penetrado de la necesidad de que hubiese buenas relaciones entre el emperador y el Papa; pero era a la vez de ideas íntegramente eclesiásticas y no tenía aspiraciones

(1) Cuánto se diferenciaba el modo de ver de Pío V del de Maximiliano II, se ve muy claramente, entre otras cosas, por los debates que hubo en el consistorio de 18 de junio de 1571, sobre la propuesta de Madruzzo, de invitar también a los protestantes para la liga contra los turcos, en contra de lo cual se declaró resueltamente Pío V: *et quantum ad eos qui sunt Confessionis Augustanae, Sanctitas Sua credit cum b. Augustino esse magis vitandos et periculosos, qui in aliquibus nobiscum conveniunt, ut in fide Trinitatis et similibus, et in ceteris dissentiunt, quam qui in omnibus dissentiunt veluti infideles seu haeretici perditissimi, ut est Palatinus, sacramentarii, impii trinitarii et anabaptistae. Nam isti non tantum nocere possunt, cum ab omnibus vitentur veluti qui impii et manifeste infideles existimantur; sed illi, qui in aliquibus sunt haeretici, plus nocere possunt, ex eo quod nobiscum in pluribus ritibus conveniant. Studi e docum., XXIII, 339.*

(2) V. Schwarz, *Correspondencia*, 2-3; Hilliger, 151; Bibl, *Elevación*, 21. Dengel, V, 33, 34, 35.

(3) V. Schwarz, *loco cit.*, 4 s.

(4) V. *ibid.*, VII; Hopfen, 131, 232 s.; Dengel, V, 41 s.

que pudiesen hacerle anteponer sus fines personales a los de la Iglesia (1).

Luego en los primeros días de su pontificado Pío V había fijado detenidamente la atención en los asuntos de Alemania; el 12 de enero de 1566 encargó la deliberación sobre ellos a los cardenales Morone, Farnesio, Borromeo y Delfino. El 19 resolvió formar una congregación especial con los mencionados y los cardenales Galli, Marcos Sittich, Madruzzo y Reumano, así como con Truchsess, que no llegó hasta el 16. Esta congregación se decidió por el nuevo nombramiento de Commendone para legado en la dieta de Augsburgo, y Pío V lo ejecutó en el consistorio de 23 de enero (2). Un breve para Maximiliano, expedido dos días más tarde, designaba como principal incumbencia de Commendone trabajar para que en la dieta no se deliberase sobre cosas cuya decisión pertenecía únicamente a la Sede Apostólica, y que además estaban ya resueltas por los decretos del concilio de Trento, obligatorios para todos los católicos. En lugar de esto, se debía tratar sobre una alianza contra los turcos, la cual el Papa prometía favorecer y apoyar por todos los medios (3).

El 25 de enero Pío V escribió cartas enérgicas a los arzobispos de Maguncia y Tréveris, instándolos a que asistiesen personalmente a la dieta y allí impidiesen que se trajeran a deliberación negocios eclesiásticos o se menoscabaran de alguna otra manera los derechos del Papa y de los obispos. Cartas parecidas recibió todo el episcopado alemán (4).

Por poco que se alegrase Commendone de la incumbencia difícil y llena de responsabilidad que se le había asignado, cumplió con todo al punto la orden del Papa, la cual le alcanzó en el viaje de vuelta de su legación polaca. El 17 de febrero de 1566 llegó a Augsburgo, donde el emperador se hallaba desde el 20 de

(1) Una biografía de Commendone sería un trabajo muy provechoso. Para ello se halla abundante material en el *Archivio segreto pontificio*, y especialmente en el *Archivio Graziani di Città di Castello*. En los materiales allí conservados se apoya la *Vita Commendonii*, Parisiis, 1669, de A. M. Graziani (traducida al francés por Fléchier, París, 1694 y Lyon, 1702), la cual, aunque era una obra notable para su tiempo, ya no satisface a lo que exige la crítica moderna. En el *Archivio Graziani* hay una \*redacción de la *Vita Commendonii* de Graziani, diferente de la impresa.

(2) V. Schwarz, loco cit., 4; Dengel, V, 40 s.

(3) V. Schwarz, loco cit., 6 ss.; Dengel, V, 36 s.

(4) V. Laderchi, 1566, n. 222 y 223.

enero y esperaba la venida de los estamentos del Imperio, que se iban presentando lentamente (1). El 20 de febrero tuvo Commendone una audiencia con Maximiliano II, el cual le dió seguridades tranquilizadoras respecto de la cuestión religiosa. Vino muy bien al legado el deseo del emperador de obtener subsidios lo más copiosos posible para la guerra contra los turcos, sobre lo cual debía tratar en Roma Juan Khevenhüller, enviado para dar la enhorabuena al nuevo Papa (2). Commendone conoció al punto cuán útil podría ser el auxilio contra los turcos para ganar influencia sobre el emperador en la cuestión religiosa (3). Más que las exhortaciones del legado y la mala gana de los príncipes protestantes, contribuyó aquella consideración a que Maximiliano desistiese de las negociaciones acerca de una transacción religiosa, aunque éstas habían sido designadas como objeto de deliberación en la convocatoria para la dieta. El texto de los artículos de materias que se habían de presentar en la dieta, leídos públicamente el 23 de marzo, mostraba que Maximiliano había abandonado este punto; exigíanse sólo negociaciones sobre las detestables sectas que contradecían así a la religión católica como a la luterana, entre las cuales era significado el calvinismo, odiado por el emperador.

Entre tanto, el 13 de marzo de 1566 Commendone había recibido una extensa instrucción sobre su incumbencia. El portador fué Escipión Lancellotti, el cual le debía apoyar como canonista. También el conde Melchor Biglia, acreditado por Pío IV el 31 de agosto de 1565 como nuncio en la corte imperial, a quien Pío V dejó en este cargo (4), había acudido a Augsburgo. Fuera de esto el Papa tuvo cuidado de que se agregasen al legado como consejeros en los negocios eclesiásticos, algunos calificados teólogos, como los jesuitas Nadal, Ledesma, San Pedro Canisio y el inglés Sander (5).

(1) Cf. Rübsam, N. Mamerano sobre la dieta de 1566, en el *Anuario Hist.*, X, 536. El \*registro original de las relaciones de Commendone sobre su legación de 1566, lo ha descubierto el profesor Dengel en el *Archivio Graziani de Città di Castello*, y lo ha comenzado a publicar con abundantes aclaraciones en el quinto tomo de las Relaciones de nunciatura de Pío V. A Dengel pertenece el mérito de haber sido el primero en abrir a la investigación histórica el Archivo Graziani, hasta ahora inaccesible.

(2) V. Schwarz, *Correspondencia*, p. XII, 14, 20; Dengel, V, 53 s.

(3) V. Dengel, V, 74.

(4) V. *ibid.*, I s., 50 s.

(5) V. Braunsberger, Pío V, p. 6.



La instrucción para Commendone, acordada en la congregación de cardenales instituida por Pío V, había sido compuesta por el mejor conocedor de las cosas de Alemania que había en Roma, el cardenal Morone, el cual se sirvió para ello de un dictamen escrito por Truchsess (1). Como incumbencias principales señalaba: excluir de la dieta las negociaciones sobre religión, publicar y ejecutar los decretos tridentinos, en general reformar radicalmente las cosas eclesiásticas, y por fin preparar una alianza contra los turcos.

Sobre el primer punto las órdenes del Papa eran muy precisas. Decíase en ellas, que Commendone se opusiese con intrepidez a toda tentativa de tratar directa o indirectamente en la dieta sobre religión; que esto no pertenecía a los legos, y que además había demostrado la experiencia, que con tales negociaciones no se había logrado ninguna unidad, sino empeorándose todavía las cosas. Que con el mismo celo demandase el legado el apoyo del emperador para la publicación y observancia de los decretos tridentinos. Que en caso de que esto no se pudiese conseguir para todo el Imperio, instase Commendone por lo menos la publicación de estos decretos en las diócesis de Salzburgo, Constanza, Eichstätt, Augsburgo, Frisinga, Passau, Brixen y Trento, e incitase a todos los príncipes eclesiásticos a su observancia.

En relación con esto estaba la orden de exigir al electo arzobispo de Colonia, Federico de Wied, la profesión de fe católica, prescrita en Trento. Además tenía Commendone el encargo de tomar providencias para que en la vacante que se esperaba de las sedes episcopales de Magdeburgo y Estrasburgo, no cayesen éstas en manos de luteranos.

El ulterior contenido de la instrucción atestigua cuán amplios designios tenía Pío V en lo tocante a la renovación de la vida eclesiástica en Alemania. Todos los obispos debían ser exhortados a la reforma del clero secular y regular; los que todavía no estaban consagrados, habían de reparar este descuido. Se debía inducir a los obispos a que por lo menos una vez al año visitasen personalmente sus diócesis, a que impidiesen la introducción de escritos heréticos, fomentasen y difundiesen de todas maneras los libros católicos y fundasen seminarios conciliares.

(1) V. Schwarz, loco cit., 6. La instrucción, que lleva la fecha de 27 de febrero de 1566, se halla en Dengel, V, 56 s. Sobre las facultades de Commendone v. *ibid.*, 42 s. Cf. Canisii Epist., V, 576.

Para el cumplimiento de estos encargos, que representaban, por decirlo así, el programa del Papa respecto de las cosas eclesiásticas de Alemania, se indicó al legado que se ganase a los consejeros del emperador y mantuviese estrechas relaciones con el católico duque de Baviera y el embajador español.

Conforme a esto trató Commendone con exquisita cortesanía a los príncipes católicos y a los obispos. Usó de especiales atenciones con el duque de Baviera, Alberto V, estrictamente católico (1). Tampoco en lo demás descuidó nada el legado para ejecutar los encargos del Papa. Su principal cuidado se dirigió, naturalmente, en primer lugar a las negociaciones de la dieta.

Por la nueva redacción de los artículos de materias que habían de ser objeto de discusión, estaban a la verdad excluidas deliberaciones escandalosas sobre la fe católica y una mezcla de religiones, pero con esto de ningún modo parecía alejado todo peligro. No se le escapó a Commendone que los protestantes también esta vez procuraban alcanzar concesiones en materia religiosa por medio del auxilio contra los turcos. Eran por tanto necesarias vigilancia y circunspección. El legado no las escaseó y se mantuvo en estrecha relación con los católicos, especialmente con el arzobispo de Tréveris y el duque de Baviera (2).

Los protestantes en su escrito de peticiones y querellas, entregado al emperador, aparentaban hallarse unidos en la fe, a pesar de la profunda división que reinaba entre luteranos y calvinistas; decían en él, que en sus dominios ellos no conocían ninguna de aquellas sectas cuya supresión exigía el emperador en el escrito dirigido a la dieta para proponer las materias de deliberación; que estas sectas se habían de atribuir al maligno enemigo y a los papistas. Que para desterrar las «abominaciones e idolatría del Papado» pedían la convocación de un concilio nacional bajo la presidencia del emperador; que hasta entonces debía éste conceder el libre ejercicio de la religión a aquellos súbditos de los Estados

(1) V. Braunsberger, Pío V, p. 8.

(2) Prudente cautela mostró Commendone, desistiendo de entregar el breve de 13 de febrero de 1566, que iba dirigido al emperador y a todos los Estados del Imperio, aun a los protestantes, y exhortaba a la unidad de fe sobre la base de los decretos tridentinos (v. Schwarz, Correspondencia, 7-9; Hopfen, 241). También consiguió el legado alejar el peligro de que se propusiese a la dieta el negocio de la profesión de fe tridentina, del arzobispo de Colonia. Cf. Pogiani Epist., IV, 301.

católicos del Imperio que quisiesen aceptar la confesión de Augsburgo, y anular el *reservatum ecclesiasticum* (1). Si se abrogaba esta última disposición, por la que todo príncipe eclesiástico que pasaba de la fe católica al luteranismo, perdía su cargo y rentas, podían los novadores esperar con razón dar un paso más para la completa destrucción de las «abominaciones e idolatría del Papado» en el Imperio (2).

Entre tanto habíanse recibido en Roma noticias tan inquietantes sobre la actitud religiosa del emperador, que se temía allí que abrazase la confesión de Augsburgo. Por eso el 6 de abril se envió a Commendone la orden de que en este caso abandonase la dieta con una protesta. Commendone no participaba del temor de la apostasía de Maximiliano, pero había conocido claramente desde el principio, que se llegaría a una confirmación general de la llamada Paz religiosa de Augsburgo de 1555, la cual, rechazada por los Estados calvinistas, era tanto más ardorosamente promovida por el emperador, y aun por los príncipes eclesiásticos. Estos últimos tenían nuevos despojos, si se quebrantaba dicho tratado (3). La situación de Commendone era sumamente difícil. Pidió a Roma nuevas instrucciones para su conducta; y cuando a fines de abril las recibió, se halló todavía en mayor perplejidad. Pues el Papa le mandaba que si en la dieta se tomaba alguna resolución contraria a las decisiones dogmáticas del concilio de Trento, había de abandonar la ciudad haciendo una protesta (4).

Pío V rechazó la Paz religiosa de Augsburgo tan decididamente como su predecesor Paulo IV, muy semejante a él en el espíritu (5). Conforme a la situación de las cosas, estaba en el interin excluido el no confirmar este convenio, pues aun los católicos de Augsburgo abogaban por su confirmación para estar amparados contra ulteriores perjuicios. Una protesta del legado hubiera conducido, con gozo de los adversarios, a una desavenencia, no sólo con el emperador, sino también con los Estados católicos.

(1) V. Janssen-Pastor, IV 15-16, 224 ss.

(2) Cf. Kluckhohn, Cartas, I, 520, 529 s.

(3) V. la \*relación de Commendone, de 22 de abril de 1566, *Archivio Graziani de Città di Castello*.

(4) Cf. Nadal, III, 99; Canisii Epist., V, 252; Brognoli, II, 190.

(5) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 295.

En su situación sumamente angustiosa dirigióse Commendone a sus consejeros eclesiásticos, especialmente a San Pedro Canisio. A la cuestión principal que les propuso, sobre si la paz de 1555 y su confirmación se oponía a los decretos dogmáticos del concilio tridentino, respondieron los jesuitas negativamente en un dictamen, en que se decía que no se trataba de una paz en el terreno dogmático, sino en el político; que no había sido ella sino un expediente y una tregua provisional. Que la Santa Sede no podía a la verdad aprobarla expresamente, pero sí podía tolerarla hasta que viniesen tiempos mejores. Que el legado no estaba obligado a protestar. Que como en las presentes circunstancias no se podía alcanzar que en las actas de esta dieta constase un reconocimiento del concilio y de sus decretos por parte de los Estados católicos, por muy deseable que fuese, debían éstos manifestar, a lo menos en una u otra forma, la aceptación de las decisiones tridentinas (1). Sander se adhirió a la opinión de los jesuitas. Lancellotti, por el contrario, declaró que la Paz religiosa de Augsburgo y su nueva confirmación eran incompatibles con el concilio y exigió que el legado protestase (2). Con todo el cardenal Truchsess y el embajador español, lo mismo que Biglia, temían que si esto se hiciese, la dieta se disolvería y se originaría una guerra que aniquilaría todo lo que todavía quedaba de católico en Alemania (3).

En estas circunstancias resolvióse Commendone, que conocía la severidad de Pío V en materias de fe, a no hacer cosa alguna sin consultar antes a Roma (4), y envió allá a su auditor Caligari para que diese cuenta del asunto verbalmente y pidiese nuevas instrucciones (5). Si éstas al fin expresaron que el Papa lo dejaba todo al juicio del legado, y por tanto podía omitirse una

(1) V. Laderchi, 1566, n. 233-235; Nadal, III, 88-104; Canisii Epist., V, 229 a 253; Duhr, I, 828, nota 1.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 232, 233; Braunsberger, Pío V, p. 10.

(3) V. Laderchi, 1566, n. 230. Truchsess, socorrido con dinero por Pío V, había ido a Augsburgo desde Roma el 23 de febrero de 1566; v. el \*Avviso di Roma de 2 de marzo de 1566, Urb., 1040, p. 188, *Biblioteca Vatic.*

(4) V. la \*carta de Commendone a Pío V, de 1.º de mayo de 1566, y la relación de Biglia, de 3 de mayo de 1566, las cuales aparecerán impresas en el tomo V de Dengel. La situación por todos lados peligrosa la describe una carta que H. Corboli dirigió a Sirleto, fechada en Augsburgo a 27 de abril de 1566; v. Laemmer, *Analecta*, 57, 125 s.

(5) V. Brognoli, II, 191 s.

protesta, no cabe en ello poco mérito al general de los jesuitas, San Francisco de Borja, al cual habían suplicado que interviniese, los jesuitas de Augsburgo (1).

Entre tanto en la dieta los Estados católicos habían respondido al escrito de querella de los protestantes tranquila, pero resuelta-mente; respecto a la exigida supresión del *reservatum ecclesiasticum* y a la libertad de religión declararon que habían de atenerse enteramente al texto de la Paz religiosa de 1555 (2).

Commendone se dedicó ahora también más de propósito a las otras dos incumbencias que le había encomendado Pío V: a procurar que los Estados católicos se obligasen expresa y públicamente a la observancia de los decretos del concilio tridentino, y a trabajar por suprimir los abusos eclesiásticos. El 23 de mayo tuvo en su domicilio una reunión, a la cual asistieron los cardenales Truchsess y Marcos Sittich, los tres príncipes electores eclesiásticos, los duques de Baviera, Cléveris y Brunswick y los representantes de los Estados católicos. Conforme a sus instrucciones Commendone exhortó con elocuentes palabras a la publicación de los decretos conciliares y a la ejecución de las reformas necesarias. La respuesta que dió en nombre de los congregados el arzobispo de Maguncia, Daniel de Brendel, archicanciller del Imperio, fué, que los Estados católicos aceptaban los decretos del concilio de Trento en todo lo que atañía al dogma y al culto católico; que respecto a las disposiciones disciplinares se deseaban algunas mitigaciones acomodadas a las circunstancias, sobre todo en lo tocante a los sínodos provinciales (3).

Commendone tenía todos los motivos para alegrarse de su buen éxito. Aunque la declaración no satisfacía todas las demandas ni en su limitación ni en su forma, era sin embargo un decidido progreso en comparación de la época de Pío IV, el cual nunca había recibido de los príncipes eclesiásticos una respuesta satisfactoria en este negocio (4). Fué también un buen éxito el que en las actas de la dieta, escritas el 30 de mayo, nada se expresase sobre la conciliación religiosa que se había de hacer, sobre

(1) Cf. Nadal, III, 96 ss., 130 ss.; Brognoli, II, 197 ss.; Braunsberger, Pío V, p. 16-11.

(2) V. Janssen-Pastor, IV 15-16, 228 ss.

(3) V. Gratianus, III, 2. Cf. Nadal, III, 147, 152. V. también Schwarz, Visita, p. xxxiii.

(4) Cf. Ritter, I, 289.

un concilio nacional y la libertad de religión. Así por primera vez desde hacía muchos años se terminó una dieta sin pérdida para los católicos, los cuales esta vez salieron de Augsburgo hasta animados y fortalecidos. El Papa se alegró en gran manera, especialmente por la aceptación del concilio de parte de los Estados católicos de Alemania; aseguró que sus esperanzas habían sido sobrepujadas (1).

Conforme al consejo de Commendone, que no se fiaba del emperador, el subsidio de 50000 escudos contra los turcos, otorgado por el Papa en abril, no se pagó hasta que se hubo concluido la dieta; después de lo cual el legado emprendió el viaje de vuelta a Roma el 10 de julio de 1566 (2).

La dieta había concedido al emperador veinticuatro meses romanos, esto es, cerca de 1700000 florines de oro, y también ocho meses para cada uno de los tres años siguientes. Felipe II contribuyó con 200000 coronas (3). En tales circunstancias Pío V, a quien acudían también muchos otros en demanda de socorros pecuniarios, no accedió a la petición de más sumas que le hizo Maximiliano (4). De hecho el emperador tenía medios suficientes para reclutar en Alemania 14000 infantes y 10000 jinetes. A esto se añadieron todavía auxilios de otras partes, especialmente de los príncipes italianos; además 12000 hombres del Austria interior y de Croacia, 6000 de Hungría y 5000 del general en jefe Schwendi, de suerte que en total se tuvieron disponibles más de 60000 hombres. Sólo cuando estuvieron reunidas todas las tropas, se dirigió Maximiliano al ejército a mediados de agosto (5). También el nuncio Biglia, que durante la dieta de Augsburgo había pasado enteramente a segundo término por la eminencia de la persona de Commendone que sobrepujaba a todos, estaba en septiembre en el cuartel general del emperador (6).

El anciano sultán Solimán, acompañado de los deseos de sus poetas cortesanos de que se meciese como el ramo de ciprés al viento de la victoria (7), se había acercado entre tanto con su ejér-

(1) Cf. Nadal, III, 159; Braunsberger, Pío V, p. 11.

(2) V. Gratianus, III, 3; Schwarz, Correspondencia, 20, 23 ss.

(3) Huber, IV, 256.

(4) Schwarz, loco cit., 23 ss., 30, 33 ss.

(5) V. Huber, IV, 256 ss.; Turba, III, 334 s.

(6) Relaciones de Biglia en Theiner, Monum. Slav. merid., tomo II.

(7) V. Hammer, III, 751.

cito a la ciudad de Sziget, valientemente defendida por Nicolás Zriny. A pesar de lo cual la fortaleza, bien que reducida a un montón de humeantes ruinas, cayó el 7 de septiembre en manos de los turcos, y en la refriega halló Zriny la muerte de los héroes (1).

El ejército imperial había permanecido enteramente inactivo durante el cerco de Sziget. Maximiliano no era un general, como tampoco su hermano, el archiduque Fernando; tenía ciertamente la mejor voluntad, pero cometió funestos yerros. El temor a los turcos era tan grande, que se rehuyó todo choque de importancia. Mientras se ocupaban cerca de Gran en observar los pasos del enemigo, se declaró entre las tropas la fiebre palúdica de Hungría, a la que sucumbían a millares. El mal abastecimiento, la falta de dinero y las deserciones hicieron lo demás. Cuando los turcos se retiraron, disolvióse también hacia fines de octubre el ejército imperial (2). Felizmente el espíritu emprendedor de los turcos estaba enteramente paralizado por la muerte del sultán, acaecida el 4 de septiembre, y la entrada del invierno interrumpió la guerra. Al año siguiente se prosiguió con varia fortuna. Ya a fines de junio de 1567 había el emperador entablado negociaciones de paz; pero no llegaron a concluirse hasta el 17 de febrero de 1568. En este día se concertó en Andrinópolis una paz de ocho años sobre la base de las posesiones de entonces y de que se continuaría pagando por el emperador un «donativo honorífico» de la cuantía de 30000 ducados (3).

Además de la guerra contra los turcos, ocupaban vivamente al emperador después de la dieta de Augsburgo los asuntos religiosos, así del Imperio como de sus Estados hereditarios. Para que en el ordenamiento de aquéllos se tuviese también cuenta con los deseos de los católicos, no omitió exhortaciones el representante del Papa, Melchor Biglia (4). Favorecióle en esto el que con-

(1) V. *ibid.*, 447; Haber, IV, 260 ss.; Turba, III, 350 s.

(2) V. Wertheimer en el *Archivo para la historia de Austria*, LIII, 84 ss.; Hirn, II, 291 ss.

(3) V. Huber, IV, 263 s.

(4) En el *Archivo segreto pontificio* sólo se ha conservado una pequeña parte de las \* relaciones de Biglia (Nunziat. di Germania, 66 y 67). Por eso para la edición de las relaciones de nunciatura hay que hacer indagaciones en otras partes. Que el *Archivo Alfieri de Asti* contenía relaciones de nunciatura de Biglia, de los años 1568 y 1569, ya en 1847 lo dió como seguro L. Scarabelli en el *Arch. stor. Ital.*, App., IV, n. 17, p. 61 s. El prelado Ratti (hoy S. S. Pío XI) y el profesor Dengel han descubierto relaciones de Biglia, que se extienden

sideraciones de prudencia política, y sobre todo la esperanza de obtener del Papa copiosos subsidios para asegurar las fronteras contra los turcos, aconsejasen al emperador el cuidado de mantener buenas relaciones con la Santa Sede. Por efecto de esto, el nuncio pudo dar cuenta, no sólo de buenas palabras, sino también de algunos hechos satisfactorios del emperador: así en marzo y julio de 1567 dió parte de haberse procedido contra predicadores herejes, y en septiembre, de un edicto contra los calvinistas de Hungría. También estaba Biglia contento de la actitud de Maximiliano en el asunto de Colonia. Alegrábanle asimismo los esfuerzos del emperador por impedir que los rebeldes de los Países Bajos fuesen apoyados con tropas alemanas. Las relaciones llenas de esperanzas que enviaba Biglia a Roma, donde Morone y Commendone trabajaban por establecer buenas relaciones entre el emperador y el Papa, despertaron allí asimismo seguras esperanzas, de las que también participaba el Pontífice (1). No pudo dejar de llenarle de satisfacción el que Maximiliano, el 5 de diciembre de 1567, hubiese recomendado calurosamente una petición de los jesuitas de Viena (2). En gracia del emperador perdonó al cardenal Delfino, privado del derecho electoral por una grave desobediencia (3). Disimuló benignamente el haber procedido el emperador por su propia autoridad en la reforma de los monasterios y cabildos austríacos notablemente relajados (4).

A la verdad, el Papa no se hallaba en estado de cumplir todos los deseos de Maximiliano, pues tenían más valor para él los principios eclesiásticos que todos los respetos de prudencia diplomática (5). Pero se mostró condescendiente en lo que era para Maximiliano lo principal, el subsidio contra los turcos. No mantuvo su

desde 1565 a 1567, en el *Archivo Trotti de Mildn* (que se halla ahora en la Biblioteca Ambrosiana), de modo que Dengel podrá disponer para su edición de las mejores fuentes y manuscritos.

(1) Cf. las \*instrucciones del secretario de Estado para Biglia, fechadas a 8 de febrero, 1.º, 8 y 22 de marzo, 5 de abril, 14 de junio, 19 y 26 de julio, 6 y 12 de septiembre y 6 de diciembre de 1567, Nunziat. di Germania, 67, *Archivo segreto pontificio*.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 205; Schwarz, Correspondencia, 77-78; Braunsberger, Pío V, p. 37.

(3) V. Schwarz, loco cit., 45, 56. Cf. ibid., 176 sobre el conflicto posterior de Delfino con Pío V.

(4) Cf. Wiedemann, I, 187-202; Schwarz, loco cit., 96-99.

(5) Cf. Schwarz, loco cit., 63-73, 88; Braunsberger, Pío V, p. 42 s.



primer intento de no dar considerables sumas de dinero, sino en caso de guerra. En abril de 1568, a pesar de sus muchos gastos para otras cosas, prometió una subvención para la fortificación de la frontera, pero persistió en que el dinero se emplease también únicamente para este fin. En julio permitió al emperador exigir subsidios por valor de 45000 florines de oro a los abades y priores de la Baja Austria. En agosto dió su consentimiento para que el mes siguiente se pagasen en Venecia 20000 escudos para la fortificación de los lugares fronterizos amenazados por los turcos. En septiembre elevó esta suma a 30000 escudos y prometió hacer todavía más en lo futuro (1). Fué asimismo satisfecha la petición del emperador de que se auxiliase a su hermano, el archiduque Carlos, en el aseguramiento de la frontera de Estiria. El archiduque Carlos obtuvo permiso para cobrar por cinco años la mitad de todas las rentas eclesiásticas de sus dominios, así como la promesa de que este derecho se extendería más tarde a otros cinco años (2).

Después de semejante condescendencia y después de las noticias llegadas en julio de 1568, acerca de algunas disposiciones de Maximiliano contra los herejes de sus Estados hubo de producir un efecto aterrador (3) el que el 13 de septiembre entregase el embajador imperial Arco a Pío V una carta de Maximiliano, fechada el 3 del mismo mes, la cual facultaba al embajador para participar la gran concesión de 18 de agosto, que daba libertad a los señores y nobles protestantes de la Baja Austria para el ejercicio de su religión en la forma de la Confesión de Augsburgo de 1530 (4). La validez de esta concesión religiosa se hacía depender de varias condiciones: primeramente los católicos no debían ser en adelante molestados ni oprimidos; en segundo lugar, para los partidarios de la Confesión de Augsburgo una comisión de la que la una mitad sería nombrada por el emperador y la otra por los Estados provinciales, debía establecer una

(1) V. Scarabelli, loco cit., p. 65; Schwarz, loco cit., 101, 104, 107 s.; Turba, III, 403, 458, nota; Hopfen, 266 s. El *Archivo secreto pontificio* conserva en Arm. 64, t. VI, p. 84 s., una memoria del año 1568: \*Nonnulla media quibus Germania hoc tempore iuvare possit, con proyectos de cómo se ha de defender a Hungría contra los turcos.

(2) Schwarz, Correspondencia, 113-115.

(3) V. la carta dal cardenal Mula, de 24 de julio de 1568, en Hopfen, 267.

(4) Schwarz, Correspondencia, 116 ss. Cf. Sudendorf, Registrum, III, 297.

norma fija para el culto divino, la constitución eclesiástica y la enseñanza (1).

El extraño paso de Maximiliano fué dado espontáneamente por él mismo luego después de la apertura de la dieta provincial de Viena, con la cual se había de mostrar condescendiente para el pago de las cuantiosas deudas imperiales. Además de las ideas confusas del emperador en materia de religión, habíale movido también a obrar así su consideración y aun miedo a la oposición protestante. Hablando con el nuncio Biglia, que hizo vehementes representaciones en contra, alegó Maximiliano expresamente lo apurado de su situación; díjole que había tantas sectas en su país, que el único remedio estaba en la tolerancia de la Confesión de Augsburgo. Que si estallase una rebelión como en los Países Bajos, estaba indefenso contra los Estados. Que tenía seis hijos: que si los Estados hereditarios se perdían ¿de qué vivirían aquéllos? (2)

Cuando Pío V, el 13 de septiembre de 1568, recibió por el embajador imperial la noticia de que Maximiliano estaba a punto de capitular con su nobleza protestante y concederle facultad para profesar y establecer su religión en sus dominios, recibió una impresión profunda. Su dolor fué tan grande que no pudo contener las lágrimas. Dijo quejándose al embajador, que ahora conocía que Dios quería castigar a la cristiandad y que la religión se arruinaba, pues el emperador tan fácilmente cedía a las exigencias de los protestantes, con el más pernicioso ejemplo para los Países Bajos y para Francia. Que no sabía cómo en estas circunstancias podía mantener sus relaciones con el emperador. En una segunda audiencia, de 15 de septiembre, Arco se lisonjeaba de obtener una mejor respuesta; pero, como no podía esperarse otra cosa, el Papa persistió en su condenación de la concesión religiosa. En un breve redactado aquel mismo día conjuraba a Maximiliano, que desistiese de un intento que causaba tan grande escándalo. Los cardenales Morone, Truchsess, Colonna, adictos al emperador, y el embajador español se expresaban en el mismo sentido. Se creía en

(1) Cf. Hopfen, 144; Otto, 23 s., 43 s.; Bibl, Organización, 123 ss., 125 ss.

(2) Despachos Venecianos, III, 459-460. Bibl (p. 141) dice equivocadamente, que el emperador hizo sus observaciones hablando con Comendone.

la curia que se le mandaría a Biglia volver, porque no había sabido impedir este paso de Maximiliano (1).

El correo imperial que había traído la carta de Maximiliano, de 3 de septiembre, al partirse el 17 del mismo mes, llevó consigo la contestación del Papa y una extensa relación de Arco sobre la situación. Apenas había salido el correo, dió el Papa un paso decidido. En un consistorio celebrado inesperadamente el 17 de septiembre, nombró a Commendone, que después de Morone era el que mejor conocía las cosas de Alemania, legado extraordinario cerca de Maximiliano, con el encargo de mover a éste a que volviese pies atrás en el camino sumamente peligroso que había tomado (2).

La misión precisamente de este varón aconteció contra todos los deseos del emperador, el cual había podido conocer la significación de Commendone en la dieta de Augsburgo. Ya que se quería enviar a un cardenal, lo cual hubiera visto de mejor gana que se hubiese evitado enteramente, le habría sido el más grato uno que con sus condescendencias aspirase a subir, como Delfino (3). Su enojo fué tan grande, que calificó el proceder rápido y resuelto del Papa, de «insensato fervor monástico»; pero manifestó al embajador veneciano, que no por eso cambiaría cosa alguna. Que en la curia clamaban y no sabían por qué. Luego se desató en expresiones como las que han repetido siempre aquellos cuyas intenciones han sido descubiertas por Roma: que el Papa estaba mal informado; que ya le informaría él mejor y le demostraría que había dado aquel paso con la óptima intención de reducir los protestantes a la Iglesia (4).

El emperador se engañaba grandemente, pues en Roma estaban muy bien informados y conocían de todo en todo la gravedad de la situación: lo que la nobleza de la Baja Austria había alcanzado, no se podía negar andando el tiempo a las ciudades y pueblos; finalmente el resultado final había de ser el aniquilamiento

(1) V. la relación de Arco, de 17 de septiembre de 1568, en Hopfen, 276 ss. Cf. Corresp. dipl., II, 462 s. El breve de 15 de septiembre de 1568 se halla en Schwarz, Correspondencia, 119 ss. Cf. también Schwarz en el escrito de Ehses para celebrar el jubileo del Campo santo, Friburgo, 1897, 238 ss.

(2) V. la relación de Arco, de 18 de septiembre de 1568, en Hopfen, 282 s., y Corresp. dipl., II, 463.

(3) V. la relación de Eisengrein, de 9 de octubre de 1568, en Hopfen, 291.

(4) V. los Despachos Venecianos, III, 461, nota 1.

de la religión católica. Todas las tentativas para impedir la legación de Commendone fueron inútiles (1).

Commendone se hallaba en su abadía de San Zenón de Verona cuando se le entregó la orden del Papa. Acompañado de su secretario Antonio María Graziani y de Juan Delfino, obispo de Torcello, se puso al punto en camino hacia el norte; en el desfiladero de Brenner sorprendió al legado, no provisto convenientemente, una nevada que duró tres días. A pesar de esto llegó ya a Innsbruck el 13 de octubre. Commendone encontró allí a Alberto V de Baviera, que estaba con el archiduque Fernando, y trató con él detenidamente de la situación (2). El resto del viaje, que se hizo por el Inn, no se pudo emprender hasta el 16 por falta de embarcaciones. Efectuóse la navegación por Passau y Linz con rumbo a Viena, adonde arribó el legado en la noche del 28 de octubre. El nuncio Biglia, que estaba enfermo por efecto de las agitadas negociaciones, no había podido realizar su designio de salir al encuentro hasta Passau al cardenal legado (3).

El 31 de octubre tuvo Commendone su primera audiencia con el emperador, y el 3 de noviembre la segunda (4). Maximiliano procuró justificar todo lo que pudo, la concesión del libre ejercicio de la religión conforme a la Confesión de Augsburgo, otorgada a la nobleza, con la buena intención, por una parte, de atajar la difusión de las sectas protestantes, y por otra, de reconciliar con la Iglesia a los luteranos, como ya se habían esforzado por conseguirlo Carlos V y Fernando I; pero para esto dijo que parecía ser el medio mejor la Confesión de Augsburgo, que en muchos puntos concordaba con la doctrina católica.

Commendone repuso que el intento del emperador era ciertamente muy loable, pero que seguramente no alcanzaría el fin de esta manera, pues sus medios eran ilícitos y perniciosos. Que la profesión de la fe católica se había de mantener en su pureza e integridad. Que precisamente las experiencias de Carlos V y Fer-

(1) V. Schwarz, *Correspondencia*, 123. Cf. *Corresp. dipl.*, II, 464, 482.

(2) Cf. *Gratiani Epist.*, 390 ss.; *Canisii Epist.*, VI, 223 s., 258 s. El dictamen del canceller bávaro S. Eck contra la tolerancia oficial del protestantismo en Austria, que tuvo su origen en las conferencias de Innsbruck, lo ha publicado Schwarz en el *Escrito de Fhses*, p. 239 s., mencionado arriba, p. 222, nota 1.

(3) Cf. *Gratiani Epist.*, 390 ss., *Colec. de docum. inéd.*, CIII, 23 y las cartas de Biglia en la disertación de Mayr, p. 391, citada más abajo, p. 228, nota 1.

(4) V. los *Despachos Venecianos*, III, 461. Cf. *Gratianus*, III, 4.

nando I con los partidarios de la Confesión de Augsburgo habían demostrado cuán vana era la esperanza de reconciliar a éstos con la Iglesia. Que por lo demás, aquéllos habían negociado con príncipes poderosos, mientras que el emperador quería ahora dejarse imponer afrentosas condiciones por sus vasallos. Que fuera de esto, no se podía hacer lo malo para obtener un bien. Que con la condescendencia los novadores no serían reducidos a la Iglesia, sino solamente confirmados en su parecer. Con libertad de ánimo advirtió Commendone, cuán perjudicial era para la honra del emperador el que los luteranos afirmasen que habían ahora comprado con dinero la libertad de religión. Pero que lo peor de todo era que el emperador con la concesión religiosa se apropiaba una facultad que no pertenecía más que al Papa; que semejante atrevimiento había de traer en pos de sí el castigo de Dios (1).

Las largas y vivas representaciones de Commendone fueron aún apoyadas por una enérgica carta de Alberto V a Maximiliano, que el legado había traído de Innsbruck. Fué decisiva la intervención del rey de España, obtenida por Pío V. Aquél en una carta autógrafa de 17 de octubre y más tarde otra vez, conjuró al emperador, que desistiese de su proceder contra Dios y la religión. Las representaciones de Felipe II hubieron de causar tanto mayor impresión en Maximiliano, cuanto tenía el intento de casar a la mayor de sus hijas con el rey de España. Pero como condición previa para esto exigía don Felipe, que se cesase de favorecer a los rebeldes flamencos y a los protestantes austríacos. Commendone conoció muy pronto la importancia de esta cuestión dinástica. A instigación suya el embajador español advirtió al emperador, que el intentado matrimonio, por causa del grado de parentesco, necesitaba una dispensa pontificia, la cual Pío V no concedería seguramente, si Maximiliano complacía a los protestantes austríacos (2).

El emperador no resistió a las instancias unidas del Papa, España y Baviera, tanto más cuanto él, a quien importaban lo

(1) V. Gratiani Epist., 390 ss. Las \*relaciones de Commendone sobre su legación de 1568-69 se hallan en el *Archivo Gratiani de Città di Castello*. Dengel las publicará en la edición de las relaciones de nunciatura.

(2) V. Ritter, I, 402 s.; Hopfen, 289; Despachos Venecianos, III, 464, nota 1; Colec. de docum. inéd., CIII, 28 s.; Corresp. dipl., II, 464 s., 492.

mismo los protestantes que los católicos (1), no pensaba exponer a un sensible perjuicio los intereses de su casa por causa de las cuestiones religiosas. Presto y sin dignidad cedió: respecto de los rebeldes flamencos efectivamente, pero respecto de los protestantes austríacos sólo en apariencia (2).

Después de las largas y agitadas negociaciones que habían precedido (3), Commendone quedó tan admirado como gozoso, cuando en una audiencia de dos horas, el 18 de noviembre, recibió del emperador una declaración sumamente favorable; la cual participó al punto a Roma y a Munich. Dijo Maximiliano, que su intención había sido siempre promover la religión católica; que especialmente después de las enérgicas, aunque paternales amonestaciones del Papa, había rogado a Dios que le alumbrase, y además de esto había anteayer tomado la firme resolución de suprimir enteramente las deliberaciones de la comisión de religión y no permitir tampoco en la dieta de Linz ningunas negociaciones sobre la cuestión religiosa. Para confirmar su declaración alegó que había comunicado su resolución a los miembros de la comisión, los había despedido y hecho saber a los llamados de fuera, que no tenían necesidad de venir, pues no iban a efectuarse más negociaciones. Que todo esto lo había querido notificar personalmente a Commendone, para que éste lo comunicase a Roma y atestiguase allí, que él, como hijo obediente, quería enteramente satisfacer el deseo de tan bondadoso Papa, a quien amaba sinceramente. A la indicación de Commendone, de que por tanto no sería menester sin duda que él fuese a Linz, repitió Maximiliano, que en efecto no era necesario, pues positivamente no se trataría allí acerca de la religión; que podía asegurar al Papa, que él, el emperador, estaba resuelto a servir de corazón a Dios y a la fe católica (4).

Un exacto conocedor de la corte de Viena, Martin Eisen-

(1) Juicio de Huber (IV, 229).

(2) V. Ritter, I, 403.

(3) Cf. Gratiani Epist., 396.

(4) Así lo notificó Commendone al cardenal Bonelli por una \*carta de 18 de noviembre de 1568 (*Archivo Gratiani*). Cf. Además la \*relación de Biglia, de 18 de noviembre de 1568 (Bibl. Alfieri de Asti, ahora *Archivo público de Turín*). El profesor Dengel publicará ambas relaciones. La carta a Alberto V de 20 de noviembre de 1568 puede verse en Hopfen, 300 s. V. también la dirigida a Hosio en Cyprianus, 485 s. Cf. además los Despachos Venecianos, III, 461 s.

grein, poco después de la llegada de Commendone había expresado el temor de que se intentaría «embaucar con buenas palabras hasta decidirle a que se volviese», aun a este eminente diplomático (1). La opinión de Eisengrein estaba enteramente justificada. El emperador no pensaba seriamente cumplir el deseo del Papa; al contrario, seguía como antes resuelto a mantener la promesa hecha el 18 de agosto a los partidarios de la Confesión de Augsburgo, y sólo más allá de ésta no consentir ninguna novedad. También engañó al legado, ocultándole que antes de la conclusión de la dieta había prometido a los nobles, que hasta la terminación de las negociaciones religiosas no serían molestados en el ejercicio de la Confesión de Augsburgo en sus dominios y señoríos. Mas la dieta provincial de la Alta Austria obtuvo del emperador, el 7 de diciembre, la promesa de que la libertad de religión establecida en la Baja Austria se les otorgaría también a ellos, y que tampoco ellos serían entre tanto vejados, con tal que no fueran más allá de los límites de la Confesión de Augsburgo. Las deliberaciones de la comisión sobre la elaboración de una nueva agenda (liturgia) y constitución eclesiástica no se habían omitido del todo, como el emperador había hecho creer al legado, sino había enviado a su tierra solamente a Camerario, que no agradaba a los Estados, pero en su lugar había llamado de Mecklemburgo al teólogo luterano David Quitreo. Cuando éste llegó en enero de 1569, Maximiliano mantuvo cuidadosamente oculta su presencia al legado. En la quietud de la pequeña ciudad de Spitz, junto al Danubio, Quitreo pudo dedicarse con toda tranquilidad a la elaboración de la nueva liturgia y constitución eclesiástica (2).

Pío V, a 1.º de diciembre de 1568, en un breve al emperador había expresado su alegría porque éste, según las declaraciones de Arco y las relaciones de Commendone, no quería conceder nada nuevo respecto a la Confesión de Augsburgo y había renunciado a las prefijadas negociaciones sobre religión, a lo cual estaba ciertamente obligado en virtud del cargo imperial y del juramento prestado (3). Maximiliano, al mismo tiempo que ocul-

(1) Carta de 5 de noviembre de 1568, en Hopten, 296.

(2) V. Ritter, I, 404; Otto, 22 s., 30 s.; Wiedemann, I, 361. Cf. Colec. de docum. inéd., CIII, 33, 64; Despachos Venecianos, III, 465.

(3) V. Laderchi, 1568, n. 86. Para el pasaje sobre el juramento de Maximiliano cf. la relación de Arco, de 2 de octubre de 1568, en Hopten, 290.

taba en Spitz al teólogo protestante Quitreo, respondió al breve en 20 de enero de 1569 con una carta sumisa, cuyo contenido era: que se alegraba de que el Papa hubiese recibido tan bien la supresión de las deliberaciones religiosas anunciadas para el día de San Martín, en las cuales estribaba todo el convenio con la nobleza; que nunca había querido ofender el ánimo paternal del Papa; que también ahora le quedaba filialmente devoto, y conforme a su deber imperial nada omitiría «para la conservación de la fe católica y para la protección de la dignidad de la Iglesia» (1).

Dada la conducta equívoca y engañosa que el astuto emperador observaba en aquellos días, le era muy molesta la presencia de Commendone (2); y así respiró, cuando el legado emprendió su vuelta a Roma a fines de enero de 1569 (3).

Commendone, como atestigua el embajador veneciano, dejó en Viena la mejor nombradía y nada descuidó de lo que podía contribuir a la edificación del pueblo (4). Su partida se había retardado, porque recibió aún del Papa el encargo de aprovechar su presencia para visitar las iglesias y monasterios de Austria. Después que a principios de enero hubieron llegado las credenciales para ello necesarias, y también el emperador hubo dado su asentimiento, comenzó el legado la visita por la ciudad y diócesis de Viena. En el viaje de vuelta a Roma prosiguió su obra a pesar

(1) V. Schwarz, Correspondencia, 130 s.

(2) Commendone de ningún modo estaba sin cuidado sobre la ejecución de las resoluciones imperiales, como se ve por su \*relación al Papa de 24 de noviembre de 1568, la que debo a la bondad del profesor Dengel. Menciona en ella que, mientras los católicos saltaban de júbilo en Augsburgo por la resolución del emperador, los protestantes la designaban sólo como una demora, y mantenían la esperanza de conseguir su fin con el tiempo. Añade que el emperador había prometido firmemente antes de partir para Linz, que allí no se trataría sobre el asunto de la religión. Que en las circunstancias presentes habría que contentarse con lo alcanzado. Que su encargo había sido impedir que se efectuase la concesión de la libertad religiosa y negociase la comisión. Que esto estaba otorgado. Que si para mayor seguridad se deseaba en Roma una promesa del emperador, escrita de su propia mano, de que en lo por venir no accedería a semejantes demandas de sus súbditos, se había de aguardar el momento adecuado para ello, que era, cuando se pidiese la dispensa para el casamiento de la hija del emperador con Felipe II. *Archivo Gratiani de Città di Castello*.

(3) V. Gratiani Epist., 434 s.; Despachos Venecianos, III, 465. Para formar juicio sobre la conducta equívoca de Maximiliano cf. Hopfen, 146 s. También Ritter (I, 406) dice que Maximiliano había *engañado* a las potencias católicas.

(4) V. los Despachos Venecianos, III, 465.



de la desfavorable estación del año. Fuera de las iglesias y monasterios que estaban cerca del camino real, visitó también otros apartados de él, como Gaming y Kremsmünster. Singularmente tomó a pechos la visita de la Alta Austria. En la última semana de febrero permaneció en Passau y visitó luego todavía algunos monasterios de la comarca de Salzburgo. En todas partes procuraba poner en vigor e inculcar las prescripciones del concilio de Trento. Si a pesar de esto no se consiguieron notables resultados, la causa de ello fué sobre todo el corto tiempo de que podía disponer. Abusos introducidos desde hacía siglos no podían suprimirse sino por un largo y reiterado trabajo (1).

Después de la partida de Commendone la comunicación con la Santa Sede se hizo de nuevo por medio del nuncio ordinario Biglia. El conato de este diplomático de mantener relaciones tolerablemente buenas entre el emperador y el Papa, fué tanto más difícil, cuanto que la conducta de Maximiliano respecto de los Estados de la Baja Austria era directamente contraria a las declaraciones que había hecho a Commendone el 18 de noviembre de 1568. La irritación de Pío V por ello era tan grande, que se arrepentía del auxilio que había prestado a Maximiliano contra los turcos (2).

Las relaciones entre el emperador y el Papa experimentaron una nueva y grave alteración, cuando Pío V, en agosto de 1569, se dejó mover a elevar a Cosme I a la dignidad de gran duque de Toscana. Antes el de Médicis había procurado, en 1560, alcanzar el título de rey con ayuda de Pío IV, que le estaba muy obligado; pero como entonces Felipe II se opuso con resolución, hubo de abandonarse este plan (3). Una segunda tentativa para obtener el título de archiduque o gran duque se emprendió cinco

(1) Sobre la visita de los monasterios e iglesias que hizo Commendone en la Baja Austria, v. Starzer en las Hojas de la Sociedad para el conocimiento del país de la Baja Austria, XXVI (1892), 156 ss., y sobre la visita de las diócesis de Passau y Salzburgo, Mayr en los Estudios y comunicaciones de las Órdenes benedictina y cisterciense, 1893, 385 ss. Cf. también Hopfen, 312 ss.

(2) Cf. Tiépolo, 187. Cómo Arco procuró apaciguar a la curia, se ve por su relación de 2 de julio de 1569, en Hopfen, 323 s. Cf. *ibid.*, 152, 154 s. sobre el engaño en que tuvo el emperador a los principes católicos y al Papa. Cómo juzgaba Pío V de Maximiliano, se saca de la relación de Zúñiga, de 28 de julio de 1569, Corresp. dipl., III, 118.

(3) V. Maffei, 11 s. Cf. nuestros datos del vol. XV, 119 s.

años más tarde. Las circunstancias parecían ser esta vez más favorables. Las negociaciones, que por causa de España se siguieron con el mayor secreto, estaban también ya muy adelantadas, cuando la muerte de Pío IV vino a deshacerlo todo otra vez (1).

El doble mal éxito de sus esfuerzos no arredró a Cosme de hacer nuevas tentativas. Lo que en esto le guiaba, no era sólo la ambición, sino también el deseo de terminar en su favor el litigio de precedencia que por tanto tiempo estaba pendiente entre él y el duque de Ferrara (2). Cuando el de Médicis conoció finalmente tras muy difíciles negociaciones, que de parte del emperador no había que esperar una decisión de la contienda, favorable para él, en junio de 1569 llevó el asunto a Roma. Con el encargo de despacharlo allí en beneficio suyo fué enviado el abogado Domingo Bonsi, quien se puso al punto en relación con el hombre de confianza de Cosme, Onofre Camaiani. Con todo no parecía posible que se alcanzase para Cosme una decisión satisfactoria, pues Ferrara tenía en el Colegio cardenalicio un partido tan poderoso como Florencia (3).

Muy de otra suerte se hallaban las cosas respecto del Papa. El duque Alfonso de Ferrara estaba en las más tirantes relaciones con Pío V, tanto por causa de litigios temporales, verbigracia, sobre la importación de la sal, como también por su actitud en las cuestiones religiosas. En éstas parecía Alfonso haber heredado algo de los sentimientos de su madre Renata, amiga de Calvino; pues se negaba tenazmente a dar lugar a la Inquisición en sus Estados y satisfacer el deseo del Papa de que apoyase a los católicos franceses. También el tío del duque, el cardenal Este, a causa de sus intrigas para obtener la tiara era singularmente malquisto de Pío V. El embajador veneciano Pablo Tiépolo en la primavera de 1569 consideraba tan quebrantadas las relaciones de la casa de Este con el Vaticano, que temía un completo rompimiento (4).

(1) Cf. Maffei, 29 s.; Bibl, Elevación de Cosme, 11 s.

(2) Esto lo pone de realce con razón Bibl, loco cit., 15. Sobre el litigio de precedencia cf. Arch. stor. Ital., 2.<sup>a</sup> serie, VII, 2, 93 s.; Atti d. deput. Ferrarese di storia patria, IX, Ferrara, 1897; Mondaini, La questione di precedenza fra il d. Cosimo I e Alfonso II, Firenze, 1898; Gribandi in la Riv. di scienze stor., 1904/05; Palandri, 122 s.

(3) V. Bibl, loco cit., 43 s.

(4) Tiépolo 189. Cf. E. Manolesso en Albèri, II, 2, 415; Bibl, loco cit., 26.

En cambio Cosme I había demostrado de todas las maneras imaginables su diligencia en servir al Papa, durante todo el tiempo de su gobierno hasta entonces. Lo que le había prometido al principio de su pontificado para el apoyo de la Inquisición y de la reforma eclesiástica (1), lo había cumplido. La entrega de Carnesecchi a la Inquisición romana, la asistencia prestada al emperador en 1566 en la guerra contra los turcos, y de nuevo no hacía mucho la enérgica ayuda otorgada a los franceses católicos en la tercera guerra contra los hugonotes, eran en realidad apropiadas para captar en alto grado al de Médicis la confianza y el amor de Pío V (2). Camaiani y el cardenal Fernando de Médicis, que trabajaba con él, no hallaron por tanto grandes dificultades, cuando propusieron que, para premiar al de Médicis, se decidiese en su favor el litigio de precedencia, pendiente desde hacía muchos años, elevando a Cosme a la dignidad de gran duque, como ya lo había intentado también Pío IV. El plan había de agradar tanto más a Pío V, cuanto que, pensando aún enteramente según las ideas de la edad media, podía decir para sí, que si un Papa dió a Carlomagno el título de emperador, todavía mucho más podía él conceder el título de gran duque a un príncipe benemérito de la Iglesia (3).

El 27 de agosto de 1569 se expidió una bula (4) en la que se decía, que el Papa, como poseedor de la suprema potestad en la Iglesia militante estaba puesto por Dios sobre los pueblos y los reinos, y había de vigilar atentamente sobre los que más que otros se hacían beneméritos de la Santa Sede y de la fe católica. Que en este respecto se señalaba de una manera singular el soberano de Toscana. Que todavía hacía poco había auxiliado generosamente a los católicos franceses y fundado la Orden de los caballeros de San Esteban para la gloria de Dios y propagación de la religión

(1) Cf. Legaz. di Serristori, 419.

(2) V. Tiépolo, 189; Galluzzi, 66 s., 95 s.; Maffei, 60 s.; Herre, Elecciones de Papa, 159 s.; Palandri, 124 s. En 1568, al nacer una hija de Cosme, Pío V había aceptado el ser su padrino; cf. el \*breve a Johanna principessa Florentiae, con fecha de 28 de enero de 1568 (envío del cardenal Ricci), *Archivio público de Florencia*. Algún tiempo más tarde fué honrada la esposa de Cosme con la concesión de la rosa de oro; v. Laderchi, 1568, n. 59.

(3) V. Galluzzi, 89 s.; Bibl, loco cit., 45 s. Sobre la obra de Lorenzo Belo \*De summa pontificia potestate creandiet destruendis aeculares dignitates, etc., dedicada a Pío V, v. vol. XVII, 132 con la nota 4.

(4) Bull. Rom., VII, 763 s.

verdadera. Que como tales méritos exigían una recompensa, el Papa en virtud de su autoridad apostólica, por estas letras, le declaraba gran duque hereditario de Toscana, en cuanto dicho país le estaba sometido como a su príncipe, sin violar con ello los derechos del emperador o de otros reyes. Para esta concesión de título remítase la bula a un proceder semejante de los Papas Alejandro III, Inocencio III y Paulo IV respecto de los soberanos de Portugal, de Bulgaria y de Valaquia, como también de Irlanda (1). Como signo exterior del nuevo título a él nuevamente concedido, el de Médicis obtuvo el derecho de servirse de una corona real cuyo diseño heráldico estaba en la bula. Con esto quedaba decidida su precedencia sobre el de Este. La llegada de las noticias de la victoria sobre los hugonotes franceses, a la que Cosme tanto había contribuido (2), pareció a Pío V ofrecerle una ocasión favorable para hacer publicar la bula hasta entonces mantenida en secreto. El 7 de diciembre de 1569 envió a su sobrino Miguel Bonelli a Florencia, donde cinco días más tarde en el Palacio Viejo se procedió con gran pompa a la entrega y lectura de la bula pontificia (3).

Mientras Florencia celebraba espléndidas fiestas, Cosme empleaba todos los artificios de su diplomacia para reconciliar poco a poco con el hecho consumado a las potencias, especialmente al emperador, y desviarlos de cualesquiera pasos contrarios. En manifiesta contradicción con la verdad aseguraba que no había pretendido aquel honor, sino que se le había concedido espontáneamente por el Papa. Para dar gracias en persona hizo anunciar además, que iría a Roma a principios del año siguiente. Que el fin real de este viaje era la coronación por mano del Papa, se ocultó al emperador. Sin embargo cuando Maximiliano supo por rumores la verdadera causa, salió de la reserva que hasta entonces había guardado, porque quería conocer primero el texto de la bula (4).

El 13 de febrero de 1570 por un correo especial Arco recibió del emperador la orden de que primero hiciese confidenciales representaciones al Papa contra una solemne coronación pública

(1) Commendone en sus negociaciones con Maximiliano II alegó todavía otros ejemplos, que están tomados de las ideas de la edad media, pero en parte no resisten a la crítica histórica; v. la Vita Commendoniana de Graziani.

(2) Cf. Corresp. dipl., III, 228, nota 1.

(3) V. Galluzzi, 103 s.; Lapini, Diario Fiorentino p. p. Corazzini, Firenze, 1900.

(4) V. Bibl., loco cit., 47 s.

de Cosme, y en caso de que esto no diese resultado, protestase contra semejante paso que violaba los derechos del Imperio. Arco tuvo en seguida audiencia el 14 de febrero. Cuando en el decurso de la conversación hizo observar Pío V, que el duque de Florencia era libre y no reconocía a nadie sobre sí, y que también los Papas ya repetidas veces habían nombrado reyes, como, por ejemplo, a los de Portugal y Navarra, Arco le replicó que éstos nada tenían que ver con el Imperio. Con esto se tocó el punto candente: el emperador consideraba a Florencia como feudo del Imperio; y aunque sobre ello podía por lo menos disputarse todavía, era cierto sin embargo, que Sena había sido tomada en feudo por el rey de España, e indirectamente era de nuevo feudo del Imperio. Según todas las apariencias el Papa conoció sin duda ya entonces, que Cosme le había empujado por un camino torcido. Con todo creyó que por razón de su crédito no podía otorgar la revocación del título honorífico, exigida por Arco (1). En efecto, para esto estaban también ya las cosas demasiado adelantadas (2). El 15 de febrero de 1570 Cosme llegó delante de Roma con brillante comitiva y se apeó en la villa de Julio III. El 18 efectuóse con grande pompa su entrada y recepción en el consistorio. También Arco estuvo presente a esta solemnidad, que se celebró en la Sala Regia. Cuando el abogado consistorial mencionó el nuevo título de Cosme, hizo Arco observar al Papa, que él protestaba contra la violación de los derechos de la cabeza suprema del Imperio y se reservaba presentar todavía una protesta más circunstanciada. Luego, cuando el de Médicis fué introducido con grande pompa, Arco salió de la sala con gran demostración de disgusto. Todas las tentativas del Papa y de Cosme para mover al embajador imperial a que volviese a entrar, se frustraron (3).

(1) V. Bibl, Elevación de Cosme, 53 ss.

(2) Sobre los preparativos hechos en Roma para la llegada de Cosme v. los \**Avvisi di Roma* de 25 de enero, 8 y 11 de febrero de 1570. En ellos se menciona también un regalo de Cosme para Pío V, un calamaro d'argento dorato con un horiolo dentro, de valor de 250 escudos. Urb., 1041, p. 223, 223<sup>b</sup>, 224<sup>b</sup>, 228, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. Schwarz, Correspondencia, 156; Bibl, loco cit., 55 s. Cf. también Mutinelli, I, 88 s.; de Magistris, 13 s.; Corresp. dipl., III, 234 s. Sobre la llegada y entrada del nuevo gran duque hay interesantes pormenores en los \**Avvisi di Roma* de 15 y 18 de febrero de 1570 (Cosme estaba alojado en las estancias del cardenal Bonelli, parate di veluto cremesino con broccato d'oro), Urb., 1041, p. 226<sup>b</sup>, 229<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

El 5 de marzo, dominica Laetare, repitió Arco su solemne protesta en el aposento privado de Pío V, con el cual se hallaban los cardenales Morone, Chiesa y Bonelli. Mientras él salía para ir al Vaticano, el Papa se dirigió a la Capilla Sixtina para celebrar la misa de la coronación. Cosme se colocó allí entre los dos últimos cardenales presbíteros. Llevaba una larga vestidura talar tejida en oro, sobre ella un manto rojo forrado de armiño y la corona ducal. Después de la epístola prestó el juramento de fidelidad; luego el Papa le puso en la cabeza la preciosa corona de oro labrada en Florencia, y le entregó el cetro de plata. Al fin de la misa el nuevo gran duque ofreció como regalo un cáliz de oro, preciosos vasos y ornamentos sagrados; cuando el Papa se volvió a sus habitaciones le llevó la cola del vestido. Por último Cosme fué también honrado con la rosa de oro, bendecida aquel mismo día (1).

Es indudable que Pío V estuvo muy lejos de querer perjudicar a ningún príncipe en sus derechos con el extraordinario honor concedido a Cosme I; su declaración de que no había intentado con esto otra cosa sino premiar los grandes méritos del de Médicis para con la Santa Sede, se ha de tomar como enteramente sincera (2). Por eso fué más dolorosa su admiración, cuando advirtió los falsos motivos que se le atribuían, y en qué resistencia tropezaba su manera de proceder en casi todas las potencias (3). Sólo formó una excepción el gobierno francés, el cual saludó con alegría la elevación de Cosme, porque preveía que los Habsburgos lo pondrían todo en movimiento contra semejante paso (4).

(1) Sobre los sucesos del 5 de marzo hay numerosas relaciones: la de Arco con su protesta en Schwarz, *Correspondencia*, 156 s., Bibl, 60 s., la relación del embajador veneciano en Mutineili, I, 89 s., la del francés en de Magistris, 15 s., la del saboyano en el *Saggiatore*, IV (1845), 33 s. La reseña más exacta sobre la ceremonia de la coronación se halla en Firmano, publicado por Moreni, *Della solenne incoronazione del duca Cosimo Medici in granduca*, Firenze, 1819. Cf. también el \**Avviso di Roma* de 5 de marzo de 1570, en el cual de los regalos es alabado singularmente un bacile de oro de nueve libras de peso, con siete figuras con miracolosa arte; fede, speranza e carità sostienen la vasija; a su pie están los cuatro evangelistas con las armas de Pío V y de Cosme. Urb., 1041, p. 242<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(2) Esto lo hace resaltar con razón Herre (I, 59).

(3) En Italia se negaron a reconocer el título, además de Ferrara, también Saboya, Mantua y Venecia. V. Bibl, 70. Cf. *Arch. stor. Ital.*, App., III, 158 s.; *Despachos Venecianos*, III, 498, nota.

(4) V. de Magistris, 11 s.; Herre, I, 60. Cf. Palandri, 126.

A esto, en efecto, fueron constantemente incitados por el duque de Ferrara (1).

Felipe II se mantuvo al principio a la expectativa. En lo esencial su modo de ver era el mismo que el del emperador; en aquel hecho veía una muy arriesgada y peligrosa usurpación por parte del Papa, de las atribuciones del poder civil, y consideraba como una ofensa el no habérsele dado antes conocimiento a él, que era señor feudal de Cosme por lo que tocaba a Sena. A esto se añadía que el rey de España de suyo no podía estar inclinado a dejar que el duque de Florencia se hiciese aún más poderoso de lo que ya lo era. Sin embargo, por diversas razones, don Felipe no estuvo desde luego por un proceder tan áspero contra el Papa, como Maximiliano, el cual llegó a obrar de este modo por la influencia de Arco, íntimo amigo de los Estes (2).

El 29 de marzo de 1570 el emperador reiteró de un modo solemne su protesta y diputó para presentarla a los dos consejeros áulicos Gabriel Strein, barón de Schwarzenau y el doctor Andrés Gail. Estos llegaron a Roma el 10 de abril y el 16 del mismo mes obtuvieron audiencia privada, y el 24 pública. En esta última se leyó la protesta y fué entregada copia de ella. El Papa prometió dar su respuesta tras madura consideración (3).

Que Pío V en vista de las inesperadas consecuencias de la concesión del título, doblemente desfavorables en atención a la tan necesaria liga contra los turcos, se arrepintió en algún modo de haber cumplido el deseo del astuto Médicis, y que de buena gana

(1) Cf. Bibl, 79 s., 89 s.

(2) V. Herre, I, 60, 77; Maffei, 81 s., 89 s.; Bibl, 70, 78, 87 s. Felipe II no protestó contra el nuevo título de Cosme sino hasta después de concertada la liga contra los turcos, la cual le valió a España la bula de la cruzada (v. abajo, capítulo IX y arriba, p. 55-56). A consecuencia de la protesta española cedió el Papa hasta tal punto, que facultó secretamente a Cosme I para entablar negociaciones de arreglo sobre la base exigida por el emperador, lo cual hizo al punto el de Médicis. Bibl, 119.

(3) V. la \*relación de B. Pía, de 25 de abril de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*; \*Avvisi di Roma de 19 y 26 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 265<sup>b</sup> s., 267, *Biblioteca Vatic.*; Laderchi, 1570, n. 115; Corresp. dipl., III, 311 s.; Gratiani Epist., 466 s. Cf. los Despachos Venecianos, III, 497; Schwarz, Correspondencia, 157; Bibl, 63 s.; de Magistris, 17 s., 20 s. Cf. también Carcereri, Cosimo dei Medici e il titolo di Granduca di Toscana, Venecia, 1906, 12 s. La \*Oratio habita in consistorio Sancti coram 19 cardinalibus ab oratore Caesaris et copia instrumenti protestationis S. Caes. M<sup>de</sup> se halla en las Varia polit., 85 (ahora 86), 99 s.; ibid., 112 s.: \*Responsio S. D. N. ad oratores Caesaris. *Archivo secreto pontificio*.

hubiera vuelto atrás, muéstralo el hecho de que en la gran creación de cardenales de 17 de mayo de 1570 omitió a Camaiani, calurosamente recomendado por Florencia. La reserva se recomendaba también por razón de que Cosme no se recataba de echar sobre el Papa la responsabilidad de todo aquel negocio (1).

En Roma una congregación especial de cardenales deliberaba desde abril sobre qué respuesta se había de dar a la protesta del emperador. Las opiniones eran muy divergentes. Algunos opinaban que se debía prescindir totalmente de contestar, porque una correspondencia epistolar no serviría más que para echar aceite al fuego. Contra esto se pudo hacer valer con razón, que el emperador tomaría como un agravio la denegación de una respuesta (2). La decisión era tanto más difícil, cuanto que había causa para aguardar con recelo la dieta convocada para el 22 de mayo en Espira (3). Parecía que allí se discutiría la cuestión (4), pues Maximiliano, a pesar de desaconsejárselo el nuncio, había presentado a los príncipes electores todos los documentos relativos al título de gran duque, y solicitado un dictamen para la guarda de la soberanía jurídica del Imperio (5). Dada la disposición de ánimo de la mayor parte de los luteranos y calvinistas de Alemania, parecía indudable, que prestarían ayuda al emperador en su litigio con el Papa, y estarían dispuestos «a acabar con el anticristo» aun en guerra abierta (6). En estas circunstancias eligieron en Roma un camino intermedio, difiriendo la respuesta hasta tanto por lo menos que se hubiesen presentado a la dieta los puntos sobre que habían de versar las deliberaciones. La contestación de Pío V, fechada en

(1) V. Bibl, 76 s.

(2) V. *ibid.*, 85.

(3) La \*convocatoria imperial, fechada en Praga a 1.º de febrero de 1570 (no a principios de año, como indica Häherlin, VIII, 145), se halla en *Actas de dietas de anno 1570*, II, 181 s., *Archivo municipal de Francfort del Main*.

(4) Por eso había aconsejado Biglia enviar un legado todavía antes de la apertura de la dieta (v. Bibl, 80). En Roma se decía ya que se había de elegir para esto a Commendone u Orsini (v. la \*relación de B. Pía, fechada en Roma a 5 de abril de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*). El 24 de junio de 1570 notifica B. Pía: \*Madruzzo partì due dì sono per la dieta di Spira, qualche effetto potrà far nelle cose che bollono essendo prudentissimo et destrissimo. El emperador estaba en contra del envío de un legado, porque se originarían de ahí demasiadas habillitas en Alemania; v. los Despachos Venecianos, III, 496, nota 1.

(5) V. los Despachos Venecianos, III, 498, nota 1; Bibl, 80.

(6) V. Janssen-Pastor, IV 15-16, 316 s.; Bibl, 98 s.



24 de julio, llegó luego a Espira a mediados de agosto. En ella se procuraba dejar en suspenso la cuestión controvertida y ganar tiempo, para que Cosme entre tanto pudiese ajustarse con el emperador (1).

La situación en Espira continuó todavía largo tiempo siendo muy peligrosa. Una expedición del emperador a Roma, en la que muchos protestantes habrían con gusto tenido parte, parecía ser inminente. Por eso el Papa envió en agosto al noble Jost Segesser, capitán de su guardia suiza, a los cantones católicos, a fin de reca- bar de ellos la promesa de un socorro de 4000 a 5000 hombres para el caso de que la Santa Sede fuese acometida (2). El 17 de septiem- bre de 1570 comunicaba el embajador inglés desde Espira, que Maximiliano le había hablado de la osada presunción del obispo de Roma; y declarado, que el clero no sería mejor, mientras no se resolviese a vivir como habían vivido los apóstoles; que si quisiese marchar hacia Roma, sabía que había gente que iría con él; que los príncipes alemanes le habían dicho, que Roma era la propia y antigua residencia del emperador; y que allá le querían condu- cir (3). En estas circunstancias érale muy difícil al nuncio Biglia el desempeño de su cargo. Por fortuna ayudábale el embajador español en sus esfuerzos por calmar al emperador e impedir una ingerencia de los príncipes del Imperio en el litigio. En Flo- rencia se opinaba que Biglia obraba con muy poca energía; que sabía más infundir amor que respeto (4).

Finalmente a mediados de diciembre Biglia se vió libre de sus apuros: pudo anunciar a Roma, que el asunto se remitiría al juicio de los príncipes electores, y que el emperador daría a cono- cer sus pretensiones al Papa (5). Ya creían en la curia haber salido de la mayor dificultad, cuando el emperador reanudó la contienda después de la disolución de la dieta. El 26 de diciembre prohibió a los cardenales y príncipes alemanes, así como a los Estados italianos que estaban sujetos al Imperio, dar a Cosme I el nuevo título. Juntamente envió su réplica a la última respuesta

(1) V. Bibl., 84 s., 86 s.

(2) V. las Actas de las dietas de Suiza, IV, 2, n. 364, p. 454; Lütolf, La guardia suiza, 76. Sobre el temor que había en Roma, cf. Sereno, 52 s.

(3) V. Calendar of State Papers. Foreign. Elizabeth, 1569-71, ed. by A. J. Crosby, London, 1874, n. 1267.

(4) V. Bibl, 88 s., 91 s., 93 s.

(5) V. ibid., 96.

del Papa y en una carta a Pío V pidió que se pusiese fin a la controversia de manera que se respetasen sus derechos y los del Imperio. Arco no dejó lugar a duda de que su soberano exigía la revocación del otorgamiento del título (1). Pío V contestó el 24 de febrero de 1571, en forma muy suave, pero en realidad sin menoscabo ninguno de su dignidad: que tenía conciencia de no haber violado intencionadamente los derechos del emperador ni del Imperio con la elevación de Cosme; pero quería dedicar a este caso litigioso una profunda y justa consideración, en atención a las representaciones de Maximiliano, y resolverlo de una manera aceptable para el emperador. Para disponer a Maximiliano a una conciliación hizo representar Pío V, que el ataque de los turcos, que de un momento para otro amenazaba a Venecia, podría ser también peligroso para él; que por eso había de evitarse toda discordia y desunión. En este sentido se ordenó también a Biglia que trabajase (2). La actividad del nuncio no satisfacía entre tanto a nadie. En Roma se le echaba en cara, que en diciembre había informado demasiado favorablemente, y en Florencia se tenía su proceder por no bastante decidido. Como al fin tampoco pudo alcanzar resultado ninguno en la cuestión de la guerra contra los turcos, para la cual el Papa prometía al emperador un subsidio mensual de 40000 ducados, en caso de que Italia permaneciese tranquila, juzgóse su posición muy poco segura (3). Ya se creía que estaba decretado su reemplazo, cuando a fines de abril de 1571 sucumbió a una enfermedad maligna, el tabardillo, que entonces hacía estragos en Praga (4).

En Florencia se hubiera visto con gusto que le sucediese el arzobispo Verallo; al emperador, por el contrario, le importaba ante todo que no ocupase la nunciatura ningún partidario de

(1) V. Schwarz, *Correspondencia*, 163 s.; Bibl, 100 s.

(2) V. Schwarz, loco cit., 169 s.; Bibl., 105 s. Cuán vivamente ocupada traía a la curia este litigio, lo demuestran, entre otras cosas, las cartas y dictámenes dirigidos al Papa a causa de la concesión del título, que se hallan en las *Varia polit.*, 79 (ahora 80), p. 7 s., *Archivio segreto pontificio*. Está muy difundido por medio de manuscritos el \**Discorso sopra l'autorità del Papa fatto in tempo che P. Pio insigni con titolo de Granduca di Toscana Cosimo de Medici, Urb.*, 852, p. 219 s. de la *Biblioteca Vatic.* e *Inf. polit.*, XII, p. 244 s. de la *Biblioteca de Berlín*. Varios escritos del *Archivio público de Florencia*, pertenecientes a este lugar, están anotados en las *Carte Stroz.*, I, 1, 250 s.

(3) V. Bibl, 106 s.

(4) V. Schwarz, *Correspondencia*, 171.

Cosme (1). La elección del Papa recayó en el obispo de Torcello, Juan Delfino, quien en 1568 había acompañado al cardenal Comendone en su legación al emperador, y al cual recomendó ahora Commendone. Antes que Delfino se encaminase a su puesto, Pío V quiso verle personalmente para exponerle de palabra las incumbencias que le esperaban (2). La instrucción escrita, que lleva la fecha de 5 de junio de 1571, ordena a Delfino, que ante todo persuada al emperador cuán importante y beneficioso sería que tomase la resolución de favorecer libre y abiertamente la religión católica y proteger las iglesias y monasterios. Con esto se indicaba especialmente la contienda del archiduque Fernando del Tirol con el cabildo de Trento sobre las temporalidades (3). Para los dos negocios que eran entonces los más candentes, el de Florencia y la liga contra los turcos, da la instrucción circunstanciadas reglas de conducta. Dícese en ella, que en el negocio de Florencia Delfino ha de ponerse de acuerdo con el embajador de Toscana, Ludovico Antinori, obispo de Volterra, y por lo demás exhortar a una conciliación, indicando los méritos de Cosme en favor de la religión y sus relaciones de parentesco y afecto con el emperador. Que si se tocaba el punto de no haberse contestado al escrito en que se exponían las quejas imperiales, debía el nuncio replicar que

(1) V. Bibl, 114, nota 5; Schwarz, loco cit., 177.

(2) V. Schwarz, loco cit., 177; *ibid.* se hallan los breves credenciales a Maximiliano II, a los archiduques Fernando y Carlos, así como al duque de Baviera, Alberto V, de 24 de mayo de 1571. La \*carta credencial al arzobispo de Salzburgo, Juan Jacobo Khuen, fechada en Roma a 1.º de junio de 1571, recomienda a Delfino como *virum ob egregiam suam probitatem doctrinamque suam valde nobis probatum*. Su original se halla en el *Archivo consistorial de Salzburgo*.

(3) Cf. la circunstanciada exposición de Hirn: La contienda sobre las temporalidades entre Fernando, archiduque del Tirol, y el cabildo de Trento, Viena, 1882, y: El archiduque Fernando, I, 292 s. A causa de las intrusiones del archiduque en el terreno eclesiástico, le amenazó Pío V con la excomunión el 31 de diciembre de 1568 (Laderchi, 1568, n. 77), lo cual provocó grande excitación; v. Canisii Epist., VI, 245. Sólo se tranquilizaron en la curia, porque esperaban que pronto se efectuaría un arreglo por mediación del emperador (cf. el breve en Goubau, 122 s.); v. Hirn, 124. Parecida fué la contienda sobre las temporalidades con el monasterio de Neustift; v. Hirn, I, 316 s. Por un \*breve de 11 de mayo de 1570 al Praeposit. S. Mariae in Novacella O. S. Aug. elogia Pío V la resistencia y la defensa de los derechos eclesiásticos y libertades del monasterio contra los funcionarios del archiduque Fernando, y exhorta a perseverar en ello hasta el fin (Arm. 44, t. XV, p. 107, *Archivo secreto pontificio*). En este litigio ganó la victoria el poder civil, mientras que al fin quedó derrotado con sus planes de secularización en Trento.

el Papa, después de haber sido examinadas las mismas por teólogos y juristas, había desistido de una respuesta por escrito, pues ésta no hubiera podido contentar a Maximiliano, y sólo hubiera motivado otras réplicas, y por tanto, dado gusto únicamente a aquellos que se gozaban de una discordia entre las cabezas de la cristiandad. Que el Papa esperaba un ajustamiento del litigio, de la misión de un legado, proyectada para fecha próxima. Respecto de la liga contra los turcos, se dió al nuncio el encargo de invitar formalmente al emperador a entrar en la alianza concluida con España y Venecia (1).

Delfino, que se había encaminado desde su sede a Roma el 17 de mayo de 1571, salió de la Ciudad Eterna el 5 de junio. Hizo su viaje lentamente y se detuvo en Florencia y luego varios días en Verona en casa de Commendone, para informarse aún más en particular sobre su comisión. A Viena no llegó hasta el 22 de julio (2). La primera audiencia con el emperador transcurrió entre mutuas expresiones de cortesía. En la segunda, de 30 de julio, hizo el nuncio determinadamente una petición, con cuyo otorgamiento debía mostrar el emperador que tomaba en serio su obligación de protector de la Iglesia: Delfino rogó, que se prohibiese una liturgia (agenda) protestante, compuesta en alemán, la cual se vendía en Viena a los nobles so pretexto de que Maximiliano la había aprobado. Dijo Delfino, que como se afirmaba también que el emperador había permitido a los nobles la Confesión de Augsburgo, su majestad no podía manifestar mejor sus verdaderos sentimientos, que con la prohibición de esta liturgia (3).

El emperador, que había escuchado tranquilamente al nuncio, alabó en primer lugar con palabras muy encarecidas el celo del Padre Santo por la religión, después lamentó las tristes circunstancias religiosas de Alemania y aseveró que, como hasta entonces, así tampoco en lo futuro omitiría cosa alguna para poner

(1) V. Schwarz, Correspondencia, 177-178. Ibid., 180 s. está la carta de Pío V a Maximiliano, de 17 de junio de 1571, con la indicación de que Delfino comunicaría al emperador la respuesta a su queja por el breve pontificio al duque de Ferrara de 9 de abril (el duque debe justificarse de cómo siendo feudatario de la Santa Sede, ha podido recurrir al emperador para la decisión del litigio de precedencia; Laderchi, 1571, n. 164), y también la respuesta a la exposición de Arco.

(2) V. Schwarz, loco cit., 179.

(3) V. la \*relación de Delfino, fechada en Viena a 30 de julio de 1571, Nunziat. di Germania, 64, *Archivo segreto pontificio*.

remedio. Añadió, empero, que el mal estaba tan arraigado, que se había de proceder con suma precaución y luego pedir a Dios su asistencia. Tocante a la liturgia, certificó Maximiliano que la había prohibido y que ya no se vendería en adelante; que por lo demás no se podía en este país apelar tan fácilmente al castigo, como convendría, pero que tomaría providencias contra la venta en Vena de libros prohibidos (1).

Al principio no tuvo Delfino el menor barrunto de que cabalmente esta liturgia, después de largas negociaciones que se habían tenido cuidadosamente secretas, había sido aprobada por el emperador e impresa con su licencia (2); tampoco tuvo conocimiento de que Maximiliano, el 14 de enero de 1571, había dado a los señores y nobles de la Baja Austria un «seguro» *por escrito* sobre la libertad religiosa que ya se les había prometido en 1568 (3). Delfino puede también haberse ratificado en su buena creencia de la sinceridad del emperador por el hecho de haber hallado confirmada otra promesa que le hizo éste a principios de agosto (4): en la dieta de Bohemia Maximiliano, alegando el juramento de su coronación, había denegado la petición de los miembros de los Estados protestantes sobre que se les concediese la Confesión de Augsburgo, a lo cual se oponían el arzobispo, el cabildo y el consistorio de los utraquistas (5).

Cuando Delfino, a fines de agosto de 1571, se enteró del verdadero estado de las cosas respecto de la liturgia, procuró influir en el emperador por medio del duque de Baviera, Alberto V, el

(1) \* Circa al libro dell'Agenda mi ha detto havendo prohibito et che più non si venderà, ma che in questi luochi non si poteva procedere così facilmente al castigo, come sarebbe conveniente, et di più promise di far provisione, che in Vienna non si venderanno libri prohibiti. Nunziat. di Germania, 64, *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. Bihl, *Organización*, 143 ss., 149 ss., 180.

(3) V. *ibid.*, 161 ss.

(4) \* Circa le cose di Boemia S. M<sup>a</sup> mi discorse lungamente della petitione che le fu fatta della confessione Augustana et della negativa data con parole molto vehementi et piene di religione, dicendo che non era per conceder mai cosa alcuna con gl'Hussiti, ma bene per i capitoli giurati, quando fu eletto re di Boemia, era astretto a lasciarli vivere nella sua vecchia heresia. Ho parlato poi con molti di questa corte et Giesuiti et altri, quali tutti m'hanno affermato, che in Praga S. M<sup>a</sup> nelle cose della religione s'ha portato tanto bene, quanto si può desiderare. \* Relación de Viena, de 6 de agosto de 1571, oco cit.

(5) Cf. Huber, IV, 240.

cual había ido a Viena para el casamiento de su hija María con el archiduque Carlos. Juntamente aprovechó la ocasión para pedir a Alberto que se dignase cuidar de que su yerno permaneciese al lado de los católicos (1). Al mismo archiduque Carlos entregó Delfino dos breves del Papa y al presentárselos le amonestó encarecidamente que no otorgase a los protestantes las mismas concesiones que el emperador había hecho en el archiducado de Austria. El archiduque Carlos dió las mayores seguridades (2). A Delfino no se le ocultó sin embargo, que con esto de ningún modo estaba alejado el peligro (3). A la verdad el archiduque Carlos tenía sentimientos sinceramente católicos (4), como entre otras cosas lo demostró su conducta cuando Pío V, en 1568, revocó la concesión de la administración del cáliz a los legos, porque se había frustrado enteramente en su efecto (5). También en otras ocasiones apoyó Carlos los esfuerzos del Papa por promover la reforma (6); mas a causa de su falta de dinero hubo de contar con los Estados; pero éstos en su mayor parte, tanto en Estiria como en Carintia y Carniola, eran adictos al protestantismo. Por razón de sus demandas respecto al libre ejercicio de su religión se hallaba el archiduque en una situación difícil. El que estuviese dispuesto a no molestar a la nobleza en materia de religión, no satisfacía a la mayoría protestante de los Estados de Estiria: exigieron en noviembre

(1) V. la \*relación de Delfino, fechada en Viena a 3 de septiembre de 1571, Nunziat. di Germania, 64, *Archivo segreto pontificio*. Sobre el casamiento del archiduque Carlos v. Hurter, I, 174 ss.

(2) V. las \*relaciones de Delfino de 3 y 7 de septiembre de 1571, loco cit. Sobre los breves al archiduque Carlos v. Laderchi, 1571, n. 55-57.

(3) En 1.º de noviembre de 1571 informaba Delfino desde Viena: \*In Gratz ho dato ordine alli Giesuiti et alli padri di S. Domenico che intendendo essi alcuna novità nella religione me ne debbano dare immediate avviso anco per huomo a posta. Nunziat. di Germania, 64, *Archivo segreto pontificio*.

(4) V. la relación de Jerónimo Lipomano, de 1567 (Relaz. al Senato Veneto, publicada por V. Joppi, Udine, 1882, publicación de bodas). Cf. las Hojas históricas de Estiria, de Zahn, III (1882), 194.

(5) V. el breve al patriarca de Aquilea en Rubeis, Monumenta eccl. Aquil., 1091. Cf. Hurter, I, 66 ss. El enfado de Maximiliano por esa revocación lo dan bien a conocer sus expresiones ante el embajador veneciano, que se hallan en Turba, III, 443 s.

(6) En 9 de agosto de 1568 da las gracias Pío V al archiduque Carlos por su prontitud de voluntad para apoyar la reforma del clero en la parte de la diócesis de Aquilea que le estaba sujeta, y le recomienda a Bartolomé a Porzia, nombrado visitador; v. las Hojas históricas de Estiria, de Zahn, I (1880), 69 s. Cf. Laderchi, 1568, n. 82 s., 1569, n. 222.

de 1571, que el archiduque admitiese a los predicantes herejes aun en las ciudades y villas, para la supresión de la «idolatría», diciendo que de lo contrario no concederían ningún subsidio. Al fin los protestantes se dieron no obstante por contentos con la indeterminada promesa del archiduque de desentenderse de las cuestiones religiosas y usar de cristiana mansedumbre y blandura (1).

Entre tanto el 16 de septiembre de 1571, el cardenal Commendone había llegado a Viena para tratar de la liga contra los turcos. Además debía alcanzar una avenencia en la contienda originada de la concesión del título a Cosme de Médicis (2). Commendone durante su permanencia de dos meses en la corte imperial mostró grande celo; pero no logró un feliz éxito ni en el uno ni en el otro negocio. A pesar de lo cual no renunció a la esperanza de conseguir todavía algo a su vuelta de Polonia, para donde partió el 22 de noviembre (3).

Poco después de la partida de Commendone el emperador tuvo una grave acometida de su antiguo mal de gota y de corazón. Delfino en una relación de 12 de diciembre de 1571 expresaba la opinión de que podía ser que Dios hubiese enviado a Maximiliano esta enfermedad para moverle a vivir respecto a la religión de tal manera, cual convenía a un emperador cristiano (4), y esperaba también que esto se realizaría todavía. El tiempo futuro le mostró otra cosa: el emperador permaneció tan vacilante como antes en las cosas de la religión, de suerte que propiamente nadie sabía a punto fijo si era católico o protestante (5).

La situación de la Iglesia católica en Austria, que Delfino se

(1) V. Hurter, I, 127 ss.; Loserth, Reforma, 158 s. Contra la exigencia de los Estados de Estiria van dirigidos los \*breves de Pío V al obispo de Gurk y al arzobispo de Salzburgo, de 15 de septiembre de 1571, *Archivo de breves de Roma*.

(2) La instrucción para Commendone, de 15 de junio de 1571, se halla en Schwarz, Correspondencia, 184.

(3) V. Bibl, Elevación de Cosme, 123 ss., 126. Cf. Törne, Gallio, 102.

(4) V. \*Cifra del Nuntio di Germania di 12 di Dicembre 1571, Nunziat. di Germania, 64, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Janssen-Pastor, IV <sup>15-16</sup>, 496. Continuaba el litigio a causa del título de gran duque. Todavía en 15 de marzo de 1572, encargaba Maximiliano a su embajador en Roma, que en este asunto exigiese una satisfacción correspondiente a los derechos del emperador y del Imperio. Sudendorf, Registrum, III, 351.

afanó cuanto pudo por remediar, promoviendo reformas según la mente del concilio de Trento (1), empeoraba entre tanto cada día más, por cuanto los nobles protestantes traspasaban con gran osadía los límites que les había puesto el seguro del emperador. No contentos con el libre ejercicio de su religión, otorgado a ellos y a sus vasallos, procuraban en lo sucesivo desarraigar de todas maneras, aun por la fuerza, la «*idolatría papista*». En esto se llegó a violencias que irritan. Los católicos fueron de tal manera intimidados, que muchas veces no se atrevían ya a manifestar sus ideas (2). Hasta qué extremo llegó la insolencia de los protestantes contra la minoría católica, atestiguanlo todavía actualmente las caricaturas que se colocaron en 1571 en Viena en el palacio de los Estados de la Baja Austria: vese allí un puerco ¡con un rosario en el hocico! (3)

Pero tampoco en manera alguna todos los protestantes estaban contentos de la liturgia imperial. Muchos predicantes compusieron dictámenes y escritos polémicos contra el nuevo libro ritual. Cada predicador lo usó como le vino en talante. De esta suerte fracasó completamente la política religiosa de Maximiliano; con ella no había conseguido sino introducir una espantosa confusión en sus dominios (4).

## II

Mientras en los Estados hereditarios del emperador, según sus propias palabras, amenazaba «*trastornarse todo*», en el Imperio los esfuerzos por la reforma y restauración católica adelantaban lenta, pero constantemente, estimulados y fomentados de todas maneras por Pío V.

Ya poco después de su ascensión al trono había exhortado el Papa a los obispos alemanes a la ejecución de los decretos tridentinos de reforma, y especialmente también a la erección de semi-

(1) Informan sobre esto las \*relaciones de Delfino, que se hallan en el *Archivo secreto pontificio*, las cuales se publicarán en las Relaciones de nunciatura del profesor Dengel.

(2) V. Huber, IV, 238.

(3) Mayer, Palacio de los Estados de la Baja Austria, 38.

(4) V. Huber, IV, 240; Janssen-Pastor, IV 15-16, 452 ss.



narios (1), y en junio de 1566 los había instado a reformar radicalmente las costumbres del clero, por medio de las visitas diocesanas (2). Nuevos encargos tocante a lo mismo había recibido el cardenal Commendone. Este insigne representante de la Santa Sede fué luego quien, en 1566, en la dieta de Augsburgo salió al cabo con una organización del partido católico y con la aceptación de los decretos tridentinos por parte de los Estados católicos del Imperio (3). Con esto se puso una firme base para una reforma de Alemania con espíritu católico. Ciertamente mostróse también pronto cuán grande distancia había aún desde la aceptación en principio de aquellos decretos hasta su ejecución.

Una de las primeras dificultades anduvo unida con la profesión de fe tridentina, que el Papa había de exigir a los nuevos obispos. En atención a la desfavorable situación rentística en que éstos se hallaban, Pío V facilitó sin dilación el camino cuanto a los dineros de las anatas: subordinando todo lo temporal a lo espiritual, se dió por contento respecto de Tréveris con una quinta parte, y a la iglesia de Colonia quería, a lo que parece, hasta dispensarla de todo. Pero precisamente el arzobispo electo de Colonia, Federico de Wied, se negó a hacer dicha profesión de fe, aun después que la habían pronunciado el arzobispo de Tréveris, Jacobo de Elz y los obispos sufragáneos de Federico: Juan de Hoya, obispo de Osnabruck y Münster, y Gerardo Groesbeek, de Lieja. Federico de Wied prefirió al fin renunciar (4). En la elección de su sucesor, el conde Salentin de Isenburg, el cabildo de Colonia puso en la capitulación electoral la determinación de que el arzobispo debía hacer la profesión de fe tridentina, si el Papa lo exigía. Cuando a pesar

(1) V. Laderchi, 1566, n. 222. Laderchi da el breve al obispo de Wurzburg con la fecha de 23 de enero de 1566. En el *Arm.* 44, t. XII, n. 14 del *Archivio segreto pontificio* el breve tiene la fecha de 22 de enero. Concuera con esto el que el original del correspondiente breve al obispo de Bamberg, que se halla en el *Archivio de Bamberg*, esté fechado asimismo a 22 de enero. En 11 de febrero de 1566 se expidió también un breve semejante al primado de Hungría; v. Goubau, 6 s.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 252; Remling, Documentos de los obispos de Espira, Maguncia, 1853, 615 s.; Keller, 359 s.; Schwarz, Visita, p. xxix. El \*original de la carta al obispo de Estrasburgo se halla en el *Archivio del distrito de Estrasburgo*, G. 149.

(3) V. arriba, p. 216.

(4) V. Investigaciones para la historia de Alemania, XIII, 358 s.; Lossen, 4 s.

de esto Salentin la omitió, la Santa Sede le negó la confirmación (1).

Con igual decisión insistió Pío V en que, conforme a la bula de su predecesor, prestasen también el juramento de fidelidad tridentino los catedráticos universitarios católicos (2). La severidad con que el Papa procedió en esta cuestión, demuestra cuán bien conocía las circunstancias de Alemania. El mayor peligro amenazaba también allí a la Iglesia por parte de aquellos vacilantes que habían todavía conservado cierta inclinación a los antiguos usos católicos, pero estaban ya enajenados de la interna constitución de la Iglesia y de muchas de sus doctrinas. De estos débiles católicos a medias procedían las quejas contra la imprudencia y el excesivo celo del Papa, las que fué el primero en expresar Maximiliano II, al decir que este Papa emprendía cada día alguna cosa nueva, y lo perturbaba todo (3). Católicos de tal índole eran especialmente numerosos en Cléveris en la corte del duque Guillermo. Miraban con disgusto y rencor a Pío V, cuyas reformas, según su opinión de ellos, no eran oportunas para Alemania. Con la buena intención de salvar a la Iglesia, cedían hasta el extremo en abandonar a los novadores los principios e instituciones católicas. «Si hubiesen obtenido la dirección, los católicos alemanes habrían aún permanecido largo tiempo como habían estado en su mayor parte desde hacía varios decenios: unidos lo más flojamente posible con el centro de la unidad católica, y por tanto desalentados y faltos de vigor.» (4)

Cuán extendido estaba el desaliento aun entre los obispos alemanes, y qué dificultades hallaba la ejecución de la reforma tridentina, se conoce por un clásico testimonio de San Pedro Canisio. En una carta de 23 de julio de 1567 el segundo apóstol de Alemania describe al general de su Orden el estado de este país. Principia por su visita al arzobispo de Estrasburgo, Erasmo de Limburgo, señor enfermizo y muy cuidadoso de su salud, el cual reconocía a la verdad estar justificada la propuesta de que se asociase a tiempo un hábil coadjutor, pero no podía resolverse a obrar. Inútilmente le representó Canisio cuántos canónigos de

(1) V. Lossen, 27 s.; Schwarz, Correspondencia, 143 s.

(2) V. Braunsberger, Pío V, p. 13 s.

(3) V. Despachos Venecianos, III, 443.

(4) V. Braunsberger, loco cit., 105 s.

Estrasburgo estaban inclinados a las novedades, a los cuales no era posible dejar este importante negocio, y le hizo esperar apoyo de Roma. Inútilmente le recordó la suerte de los obispados de Sajonia, y le mostró los codiciosos vecinos, que no aguardaban más que su muerte para caer sobre el obispado.

Como el mismo estado de cosas que en Estrasburgo reinaba también en otros cabildos, Canisio trazó una serie de planes de reforma. Vió con toda exactitud, que la causa principal del numeroso aumento de los canónigos herejes o sospechosos era la educación de los nobles alemanes, en cuyas manos se hallaban los más de los cabildos, la cual era a propósito, no para cargos eclesiásticos, sino para la profesión de las armas. No menos desconsoladoras eran las noticias que contenía la carta de este celoso santo, sobre el estado de los monasterios y del clero secular. Al fin trata de las razones con que se excusaban los obispos alemanes de no ejecutar los decretos tridentinos. El temor, dice, es el que habla por su boca: «Falta a nuestros pastores confianza e intrepidez, porque juzgan casi por perdida la Iglesia católica en Alemania y no ven sino pocos príncipes o absolutamente ningunos en quienes puedan descansar». Termina sus tristes consideraciones con estas palabras: «Padecemos grave dolencia, nosotros mismos no podemos soportar por más tiempo nuestra enfermedad, y con todo nos resistimos al remedio» (1).

Es fácil de ver que semejantes circunstancias no podían mejorar en *un solo* pontificado. Es indudable que Pío V hizo todo lo posible para excitar y promover un poderoso movimiento de reforma y defensa en el campo católico, para alejar los más graves daños y especialmente para oponerse a que se introdujesen los novadores en los altos puestos eclesiásticos. El fué también quien encargó a los jesuitas Hoffeo y Canisio la traducción al alemán del Catecismo Romano, y además exhortó a Canisio a combatir a los centuriadores de Magdeburgo (2). Lleno de ardorosa solicitud y desvelo por el bien de Alemania, dispuso en 1568 la institución de una congregación especial de cardenales alemanes. Con esto se debían impedir engaños, como los que se originaron a los princi-

(1) V. Canisii Epist., V, 515 s.

(2) V. Braunsberger, Pío V, p. 20 s., 57, 62 s. En 24 de agosto de 1570 el nuncio Biglia recibió la \*orden de que procurase purificar los cabildos de malos elementos; v. Nunziat. di Germania, 67, p. 148, *Archivo secreto pontificio*.

pios del pontificado respecto a la actitud religiosa del duque Guillermo de Cléveris (1).

La acusación de que Pío V intervino en las cosas de Alemania con excesiva severidad, se ha demostrado por la reciente investigación ser infundada. En ciertas cuestiones, como, por ejemplo, las del celibato sacerdotal y la administración del cáliz a los legos (2), fué ciertamente inflexible, y con razón. Pero cuanto a algunas otras obligaciones eclesiásticas usó de sabia indulgencia. Aun respecto de la bula *In Cena Domini*, por medio de una interpretación oral que la mitigaba, hizo una extensa concesión, la cual parecía exigir la situación desesperada de los católicos de Alemania (3). Para tener cuenta con las especiales circunstancias de esta nación, dejó en algunos casos sin fuerza aun el rigor de los decretos tridentinos. El concilio había prohibido la acumulación de beneficios; mas para atajar ahora la penetración del protestantismo en los cabildos del norte de Alemania, Pío V permitió la posesión de varias prebendas (4). En atención al apoyo que Alberto V de Baviera otorgó a la Iglesia, se consintió que su hijo Ernesto, que todavía no tenía doce años, fuese elevado a la dignidad de administrador apostólico de Frisinga. Con todo el Papa no dió oídos a la proposición de nombrar a Ernesto coadjutor del obispo de Hildesheim para asegurar la diócesis contra los protestantes (5).

Pero por muy triste que fuese en general la situación religiosa de Alemania, no faltaban sin embargo pasajeros resplandores y gérmenes de mejores tiempos futuros. Ya en 1567 tuvo Pío V la satisfacción de que se celebrasen en Alemania por excitación suya dos concilios provinciales. Sobre su necesidad le había llamado la

(1) V. Schwarz, *Correspondencia*, p. xii; *Anuario Histórico*, XVIII, 404 s.; Braunsberger, Pío V, p. 27 s.; *Canisii Epist.*, VI, 582.

(2) Cf. la carta de Pío V al obispo de Passau, Urbano de Trennbach, de 26 de mayo de 1568: en ningún caso había de acceder a los que pedían con insistencia la administración del cáliz a los legos (v. Goubau, 83 s.; cf. los números 19-22 del apéndice). Cf. Wiedemann, I, 316 s. y Widmann, *Historia de Salzburgo*, III, 97, sobre las consecuencias de esta contienda. La experiencia adquirida hasta entonces respecto de la administración del cáliz a los legos hablaba en favor de la decisión de Pío V. V. también Braunsberger, Pío V, p. 53 s.

(3) V. Braunsberger, loco cit., 41 s., 46 s., 53 s. Cf. Kratz en el *Anuario Histórico*, XXXIV, 360.

(4) V. Braunsberger, loco cit., 45 s.

(5) V. Lossen, 69 s., 124, 130 s.; Goetz, *Documentos para la historia de Alberto V*, 621, nota 1. La importancia de la concesión respecto de Frisinga la pone de realce Tiépolo (p. 187).

atención especialmente el dominico Feliciano Ninguarda. Este, llamado a Roma por el Papa, había pasado allí el invierno de 1566 a 1567, y compuesto una memoria sobre la situación de la Iglesia alemana y los necesarios medios de reforma para la misma. En ella, junto con la importancia de los sínodos provinciales, indica que a los obispos tibios se les han de agregar teólogos y comisarios hábiles, para procurar que se pongan en vigor lo antes posible los decretos del Tridentino (1). Ninguarda todavía en 1567 fué enviado por el Papa como comisario a Salzburgo, para hacer diligencias a fin de que en este gran distrito eclesiástico se reconociesen los decretos tridentinos por medio de un concilio provincial. Entre tanto dos obispos alemanes investidos de la dignidad cardenalicia habían celebrado ya en el mismo año sínodos diocesanos, en los cuales se ordenó la observancia de los decretos conciliares, así dogmáticos como de reforma: Otón Truchsess en Dilinga (2), y Marcos Sittich de Hohenems en Constanza (3).

Pero ¿qué significaba esto respecto de los otros numerosos obispos y arzobispos que continuaban todavía dando largas? Canisio, que lamentaba esto en una relación a su general de 5 de abril de 1568, indica también, que los obispos que al igual que los preladados de Augsburgo y Eichstätt tenían buena voluntad, no hallaban en sus cabildos sino obstáculos, en vez de ayuda, cuando querían llevar al cabo la tan necesaria erección de seminarios (4). El tipo de uno de estos canónigos aseglarados es Gebhard, el propio sobrino del cardenal Otón Truchsess, tan celoso de la reforma, el cual, despreciando todas las advertencias, no acudía ni a la iglesia ni a las sesiones del cabildo y daba el mayor escándalo con su embriaguez e inmoralidad (5).

El metropolitano de la gran provincia eclesiástica de Salzburgo, Juan Jacobo de Khuen-Belasy, ya en 1566 había manifestado a Commendone el intento de publicar los decretos tridentinos

(1) V. la \*Istruzione per la Germania en Arm. 1, t. II, p. 60-74, junto con el suplemento, p. 55-58, *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. Decreta synodalia dioecesis Augustanae Dilingae mense Iunii A° 1567 promulgata, Dilingae, sin año. Cf. *Léxico eclesiástico de Friburgo*, I, 1653 s.; Canisii Epist., V, 635 s.; Specht, 63 s.

(3) Cf. Hartzheim, Conc. Germ., VII, 419 s.; *Archivo diocesano de Friburgo*, XXI (1890), 49 ss.; *Revista de historia del Rin superior, nueva serie*, XXIV, 553 s.; Wymann, 74 s.

(4) V. Canisii Epist., VI, 181.

(5) V. *ibid.*, 365 s., 379 s.

en un concilio provincial; y fué confirmado en ello por el Papa (1). Sin embargo, hasta marzo de 1569 no se pudo celebrar un sínodo en Salzburgo, el cual puso un sólido cimiento a la reforma eclesiástica, ajustándose a los decretos de Trento (2). Pío V tributó grandes elogios al arzobispo de Salzburgo y se dirigió a sus obispos sufragáneos de Brixen, Chiemsee, Frisinga, Gurk, Lavant, Passau, Ratisbona, Seckau y a varios cabildos, animando a todos a la ejecución de los saludables decretos. Juntamente exhortó a los príncipes seculares, en cuyos dominios se hallaban los obispados, a que también por su parte prestasen su ayuda a obra tan necesaria como provechosa (3). A principios de 1572 incitó al arzobispo de Maguncia, Daniel Brendel, a la celebración de un sínodo para su extensa Provincia eclesiástica (4).

Como el despertamiento de una actividad sinodal, así también la ejecución de visitas pastorales se debe a la excitación de Pío V, cuyo ardiente celo de la reforma no dejaba de emplear ningún medio para ir quitando poco a poco los grandes abusos que había en la vida eclesiástica, por medio de una influencia eficaz en los que ocupaban cargos de mayor responsabilidad (5). En junio de 1568 se exhortó al arzobispo de Salzburgo y a todos sus obispos sufragáneos a la visita de sus diócesis; en julio se expidieron amonestaciones al arzobispo de Praga para que introdujese la observancia de los decretos tridentinos mediante un sínodo provincial y por medio de visitas pastorales (6). Cuando el Papa en el otoño del mismo

(1) En el \*breve de 24 de mayo de 1566 se dice: *Quamvis autem non admodum necessarium existimemus sponte currentem incitare, nostri tamen officii partes esse duximus, te ita egregie animatum ad ipsum adeo eximium omnipotentique Deo acceptabile opus primo quoque tempore aggrediendum atque perficiendum accendere, prout te omni nostri animi affectu ut id quamprimum divino fretus auxilio efficias, etiam atque etiam suademus ac studiose adhortamur.* El original se halla en el *Archivo consistorial de Salzburgo*; allí mismo hay también numerosas correspondencias sobre el sínodo de 1569. El breve de 17 de junio de 1566, que exhorta a la reforma de las costumbres, y fué leído públicamente en el sínodo, está en Arm. 44, t. XII, n. 76, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Hartzheim, *Conc. Germ.*, VII, 290 s. Cf. Wiedemann, I, 258 s.; Schwarz, *Correspondencia*, 169; Hübner en las *Hojas de la historia de Alemania*, XII, 112 s. Sobre el examen y confirmación de los decretos por la Santa Sede v. Schellhass, *Relaciones de nunciatura*, parte 3.<sup>a</sup>, tomo III, p. xv.

(3) V. Laderchi, 1571, n. 66 s.

(4) V. Theiner, *Annales eccl.*, I, 1572, n. 6.

(5) V. Schwarz, *Actas de la visita*, p. xxxiii.

(6) V. Laderchi, 1568, n. 92, 95.

año invocó el auxilio del rey de España para disuadir a Maximiliano II de una capitulación con la nobleza protestante de la Baja Austria, se dirigió también a los tres príncipes electores eclesiásticos. En el breve a los tales inculcó no sólo la erección de seminarios según las prescripciones del concilio de Trento y la celebración de sínodos, sino también la práctica de las visitas parroquiales (1). De qué manera se había de proceder en ellas, mostrólo el legado pontificio Commendone en sus visitas en Austria, Passau y Salzburgo (2). De los obispos de la Alemania occidental el primero que correspondió a la exhortación de Pío V, fué el príncipe elector de Colonia en el verano de 1569 (3); acaso quería con esto apaciguar al Papa, el cual proyectaba severas providencias, porque Salentin negábase a hacer la profesión de fe tridentina y a recibir la ordenación sacerdotal (4). Por el mismo tiempo el arzobispo de Tréveris, Jacobo de Eltz, hizo visitar todas las parroquias de su electorado (5); lo mismo que los arzobispos de Maguncia y Praga (6) mereció también grandes elogios de parte del Papa y del nuncio Biglia por su labor eclesiástica conforme a las reformas tridentinas (7). Su ejemplo halló pronto imitadores en el noroeste de Alemania: el 1.º de julio de 1571, el príncipe obispo de Münster, fiel a la Iglesia, Juan de Hoya, ordenó una visita de todo el clero

(1) V. Schwarz, loco cit., xxxiv.

(2) Cf. arriba, p. 227 s.

(3) V. Schwarz, La visita eclesiástica del West Recklinghausen: Revista Vestfaliana, XX, Münster, 1911.

(4) V. Lossen, 53 s.; Schwarz, Correspondencia, 166 s.

(5) V. Hüllen, Primera visita tridentina en el arzobispado de Tréveris: Archivo de Tréveris, 9 y 10. Los protocolos de la visita del arcedianato de Longuyón (1570) se hallan en Heydinger, Archidiaconatus tit. S. Agathes in Longuono, Aug. Trev., 1884. En Laderchi, 1569, n. 226, hay un breve de alabanza y aliento para Eltz, de 23 de septiembre de 1569.

(6) V. la \*carta del secretario de Estado a Biglia, de 16 de agosto de 1570, Nunziat. di Germania, 67, p. 129, *Archivo secreto pontificio*: gozo del Papa por la labor de los arzobispos de Tréveris y Maguncia; ibid. hay una \*relación de Biglia, fechada en Espira a 17 de agosto de 1570, sobre el intento del arzobispo de Praga, de reformar los monasterios. En un \*breve de 24 de junio de 1570 elogió Pío V la solicitud pastoral del arzobispo de Praga, y le exhortó a perseverar hasta el fin (Arm. 44, t. XV, p. 157<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*). Ya en 1568 había impulsado el Papa la reforma en Praga; v. Laderchi, 1568, n. 95.

(7) V. \*Nunziat. di Germania, 67, p. 129, 179, 233, *Archivo secreto pontificio*. Sobre la labor del arzobispo en promover reformas y combatir el protestantismo en su arzobispado v. Marx, Historia del arzobispado de Tréveris, I, Tréveris, 1858, 388 s.

de su diócesis (1). Hacia el mismo tiempo empezó la visita de la diócesis de Constanza, mandada por el cardenal Marcos Sittich (2).

Todos estos eran ciertamente comienzos llenos de esperanzas; pero cuán difícil trabajo quedaba todavía por hacer, mostráronlo bien las circunstancias en extremo lamentables que las visitas pusieron de manifiesto. Habían de transcurrir decenios, había de crecer una nueva generación, para que pudiera realizarse el prototipo que tenía ante los ojos Pío V. Con acertado conocimiento de que todo dependía de la formación de un buen clero, el Papa no se cansó de instar la fundación de seminarios. Halló perfecta inteligencia de esto, sobre todo en Otón Truchsess y en el obispo de Olmütz, Guillermo Russinowsky; éste puso bajo la dirección de los jesuitas los seminarios por él fundados en Olmütz y Brünn (3). En otros sitios los colegios de esta Orden fueron una escuela preparatoria para los seminarios, y en algunos casos hasta una sustitución de los mismos.

Los jesuitas fueron favorecidos y recomendados de todas maneras por el Papa (4). Repetidas veces alabó los servicios que prestaban en tan borrascosos tiempos para la Iglesia, no sólo con su enseñanza, sino también con su devoción, su caridad con el prójimo y su vida intachable (5).

La Compañía de Jesús recibió el mayor impulso en Baviera, a cuyo duque tenía el Papa todas las razones para mirar con especial satisfacción (6). Ya en tiempo de Pío IV el duque de Baviera, Alberto V, había vuelto a entrar lentamente en el camino de la reforma católica, para luego, durante el pontificado de Pío V,

(1) V. Schwarz, p. xxxvi ss. de la introducción a su excelente edición de las actas de la visita del obispado de Münster, hecha en 1571-1573. Sobre Hoya v. Schwarz en la Revista Vestfaliana, LXIX, 16 s.

(2) V. la Revista de historia del Rin superior, nueva serie, XXV, 129 s.

(3) V. Theiner, Establecimientos de formación, 146.

(4) V. Braunsberger, Pío V, p. 35 s., 82 s. Sobre la difusión y actividad de la Compañía de Jesús en Alemania cf. Janssen-Pastor, IV <sup>15-16</sup>, 414 s. y Duhr, tomo I. Al tratar de Gregorio XIII volvemos a hablar todavía del nuevo despertar de la vida católica en el sur de Alemania, para lo cual contiene abundante material sobre todo la correspondencia epistolar de San Pedro Canisio, editada por Braunsberger con toda perfección.

(5) V. Laderchi, 1568, n. 106.

(6) Pío V alabó a Alberto V ya en marzo de 1566; v. Pfleger, Eisenrein, 50. El influyente canciller del duque recibió en 1567 un breve laudatorio; v. Goubau, 24 s.



continuar cada vez más resueltamente en esta dirección. Aprovecháronle mucho para esto las concesiones otorgadas por la Santa Sede al gobierno bávaro en el siglo xv, por las cuales la autoridad pública podía ejercer grande influencia aun en los negocios eclesiásticos, especialmente por medio de visitas particulares. Tales visitas, y juntamente las misiones y los especiales mandatos, se emplearon ahora para limpiar el ducado de todos los sospechosos en materia de religión. El que oponía obstinada resistencia, había de emigrar; y aun así lo disponía la Paz religiosa de Augsburgo, de la cual hasta entonces casi no se habían aprovechado más que los príncipes protestantes. La pena de destierro se aplicó también a los clérigos concubinarios. Pues la actividad de Alberto V en promover la restauración católica, se extendió desde el principio por dos lados: no sólo se debía desarraigar en Baviera el protestantismo, sino al mismo tiempo debían alejarse los abusos en el terreno eclesiástico y reanimarse el espíritu católico casi amortiguado. Como la experiencia había demostrado que la concesión del cáliz a los legos traía en pos de sí diversas desavenencias religiosas, se suprimió en 1571. Los esfuerzos del gobierno por restablecer la unidad de fe y la reforma del clero fueron completados con una severa censura de libros y el cuidado solícito de una buena enseñanza católica. Al frente de todo este sistema de una restauración católica se puso una especial autoridad inspectora, el Consejo de eclesiásticos, al cual se agregaron consultores teólogos (1). En lo esencial quedó ya decidida la victoria de la restauración católica en Baviera en el reinado de Pío V.

Con el mismo espíritu que Alberto V trabajaron el archiduque Fernando II en el Tirol (2) y en el Austria anterior (3), así como algunos obispos de la Alemania del Sur: Otón Truchsess de Augs-

(1) V. Ritter, I, 300 s.; Riezler, IV, 544 s.; Janssen-Pastor, IV<sup>15-16</sup>, 464 s.

(2) Cf. Hirn, El archiduque Fernando, I, 159 s., 210 s., 262 s. En Canisii Epist., tomo VI, hallaránse más noticias respecto a este archiduque. En el año 1568 Pío V honró a Fernando con el envío de una espada bendecida, la cual se conserva todavía en el museo palatino de Viena; v. Böheim, Album de la colección de armas de la casa imperial, Viena, 1894, p. 7, lámina 27, 1.

(3) Cf. Gfrörer, La Iglesia católica en la Alsacia austr. bajo el gobierno del archiduque Fernando II, en la Revista de historia del Rin superior, nueva serie, X, 481 ss.

burgo (1), Urbano de Passau (2), Martín de Eichstätt (3) y Federico de Wurzburg (4). A principios del séptimo decenio también en la corte de Cléveris se manifestó una súbita mudanza en favor de la causa católica (5). Fué de grandísima importancia el que, estimulado por el ejemplo de Alberto V, el príncipe abad de Fulda, Baltasar de Dernbach, poco después de su elección, efectuada el 25 de enero de 1570, se presentase con toda decisión como campeón de la restauración católica (6). Con la directa cooperación del duque de Baviera (7) llevóse al cabo por el mismo tiempo el restablecimiento de la Iglesia católica en el margraviato de Baden (8).

En la ejecución de la reforma católica, así en Baviera como en Baden y Fulda, tuvo parte esencial la Compañía de Jesús, cuyos miembros desplegaban en todas partes una extraordinaria actividad con espíritu genuinamente católico, principalmente en el terreno de los ministerios apostólicos y de la enseñanza (9). Contribuyeron poderosamente a levantar la autoridad del papado, tan gravemente quebrantada en Alemania: los jesuitas eran enteramente adictos a la Santa Sede, como lo notificaban a Pío V desde Innsbruck las archiduquesas Magdalena, Margarita y Elena (10). Nadie hizo más en este respecto que el sencillo religioso San Pedro Canisio, el cual había fundado casas estables de la Compañía de Jesús, ya en 1556 en Praga y en Ingolstadio, en 1559 en Munich, en 1562 en Innsbruck, en 1567 en Wurzburg, en 1569 en Hall,

(1) V. Braun, Historia de los obispos de Augsburgo, III, 469 s.; Specht, 63 s., 68 s.; Biografía General Alemana, XXIV, 634 s. Por una \*bula de 5 de julio de 1560 fué nombrado Otón legatus in ecclesia et dioecesi August. Vatic., 7160, p. 230 s., *Biblioteca Vatic.*

(2) V. Schmidlin, 191 s.

(3) V. *ibid.*, 263 s.

(4) V. Braun, Historia de la formación del clero en Wurzburg, I, Maguncia, 1897, 124 s., 151 s.

(5) V. Keller, 36 s.

(6) Daránse más pormenores sobre B. de Dernbach en el tomo siguiente de esta obra.

(7) V. el \*breve de Pío V al obispo de Espira, con fecha de 2 de febrero de 1572, *Archivo de breves de Roma*.

(8) Cf. Schoepflin, Hist. Zahringo-Badensis, III, 53 s.; Theiner, Annales eccl., I, 1572, n. 5; Vierordt, Historia de la Iglesia evang. en Baden, II (1856), 45 s.; Duhr, I, 402 s.

(9) Cf. especialmente Duhr, tomo I. V. también Riezler, IV, 561 s., VI, 254, 285 s.

(10) V. Laderchi, 1566, n. 317.

y en 1563 hasta había logrado la entrega a la misma de la universidad de Dilinga. Su catecismo solamente era ya un baluarte contra todos los enemigos del Papa. Las cartas, discursos y sermones de este egregio sacerdote, que penetrado del conocimiento de la gravedad de la situación, consumió sus fuerzas en incansable trabajo apostólico, respiran íntimo amor y profunda reverencia a la Santa Sede. «La potestad, escribe, que Cristo ha concedido al apóstol San Pedro con palabras claras, es la mayor que puede haber en la tierra. Queremos reconocer esto, queremos respetar esta potestad. El que no está fundado sobre esta roca, podrá ser una caña, pero no podrá ser un verdadero cristiano.» (1)

Pío V en 1568 pensó premiar con el otorgamiento de la púrpura la fidelidad y desinterés con que Canisio había trabajado durante tantos años; pero desistió al principio de ello a ruegos del humilde religioso. Mas de un apuntamiento que se halló más tarde, se saca, que el Papa, si hubiese vivido más tiempo, habría sin embargo obligado al «apóstol de Alemania» a aceptar esta alta dignidad (2). Los servicios que prestó la Compañía de Jesús con su incansable celo de la salud de las almas, los hizo resaltar Pío V en numerosos documentos. En un breve de 21 de mayo de 1568 declaró que consideraba dicha Orden en estos procelosos tiempos como obra de la especial Providencia de Dios (3).

(1) V. Canisii Epist., III, 331. Sobre los sermones de Canisio acerca del Papa v. Braunsberger, Pío V, p. 54 s.

(2) V. Braunsberger, Pío V, p. 100 s. Cf. Canisii Epist., VI, 731 s.

(3) V. Laderchi, 1568, n. 74. Cf. Duhr, I, 843 s.

---

## VIII. Estado de la religión en Polonia y Suiza.

### Progresos de las misiones de fuera de Europa

#### I

Por muy vivamente que ocupasen a Pío V las cosas de la religión en Francia y Alemania, sin embargo, no escaparon de su solicitud pastoral los peligros que amenazaban a la Iglesia en el este de Europa.

En el gran reino de Polonia, con la aceptación de los decretos conciliares por parte del rey y con los impedimentos que entre tanto se ponían al divorcio de Segismundo Augusto, se había evitado ciertamente la separación de Roma y la fundación de una iglesia nacional polaca, pero con esto de ningún modo parecía aún alejado el peligro de un cambio de religión. Mientras los novadores desplegaban una ardorosa agitación, muchos obispos y sacerdotes permanecían inactivos; no pocos llevaban hasta una vida mundana e indigna de un eclesiástico. En muchas partes había falta de sacerdotes. La posibilidad de un divorcio del rey, como una nube cargada de tempestad, cerníase también en el tiempo siguiente, amenazando a los católicos polacos, los cuales por efecto de la debilidad del gobierno continuaban viéndose expuestos a todo género de insultos y perjuicios (1). Así que no era fácil la incum-

(1) Cf. Eichhorn, II, 237 ss., 337 ss.; Berga, Skarga, 141. Sobre M. Cromer cf. Eichhorn en la Revista para la historia de Ermeland, IV (1668), 1 ss. y Thiel en el Léxico eclesiástico de Friburgo, III\*, 1195 ss. El enviado polaco para prestar obediencia (cf. Gratiani Epist., 254, 259) no se atrevió a proponer el asunto del divorcio. Pío V comunicó esto a Arco, haciendo observar que en el caso contrario le hubiese dado una respuesta, *che mai più il Re havrebbe havuto ardire di muoverne parola* (\*carta de Arco, de 22 de febrero de 1567, *Archivo público de Viena*). La M. A. Mureti Oratio ad Pium V nomine Sigism. Augusti Poloniae regis, pronunciada el 15 de enero de 1567, se imprimió en Roma en 1567.

y en 1563 hasta había logrado la entrega a la misma de la universidad de Dilinga. Su catecismo solamente era ya un baluarte contra todos los enemigos del Papa. Las cartas, discursos y sermones de este egregio sacerdote, que penetrado del conocimiento de la gravedad de la situación, consumió sus fuerzas en incansable trabajo apostólico, respiran íntimo amor y profunda reverencia a la Santa Sede. «La potestad, escribe, que Cristo ha concedido al apóstol San Pedro con palabras claras, es la mayor que puede haber en la tierra. Queremos reconocer esto, queremos respetar esta potestad. El que no está fundado sobre esta roca, podrá ser una caña, pero no podrá ser un verdadero cristiano.» (1)

Pío V en 1568 pensó premiar con el otorgamiento de la púrpura la fidelidad y desinterés con que Canisio había trabajado durante tantos años; pero desistió al principio de ello a ruegos del humilde religioso. Mas de un apuntamiento que se halló más tarde, se saca, que el Papa, si hubiese vivido más tiempo, habría sin embargo obligado al «apóstol de Alemania» a aceptar esta alta dignidad (2). Los servicios que prestó la Compañía de Jesús con su incansable celo de la salud de las almas, los hizo resaltar Pío V en numerosos documentos. En un breve de 21 de mayo de 1568 declaró que consideraba dicha Orden en estos procelosos tiempos como obra de la especial Providencia de Dios (3).

(1) V. Canisii Epist., III, 331. Sobre los sermones de Canisio acerca del Papa v. Braunsberger, Pío V, p. 54 s.

(2) V. Braunsberger, Pío V, p. 100 s. Cf. Canisii Epist., VI, 731 s.

(3) V. Laderchi, 1568, n. 74. Cf. Duhr, I, 843 s.

---

## VIII. Estado de la religión en Polonia y Suiza.

### Progresos de las misiones de fuera de Europa

#### I

Por muy vivamente que ocupasen a Pío V las cosas de la religión en Francia y Alemania, sin embargo, no escaparon de su solicitud pastoral los peligros que amenazaban a la Iglesia en el este de Europa.

En el gran reino de Polonia, con la aceptación de los decretos conciliares por parte del rey y con los impedimentos que entre tanto se ponían al divorcio de Segismundo Augusto, se había evitado ciertamente la separación de Roma y la fundación de una iglesia nacional polaca, pero con esto de ningún modo parecía aún alejado el peligro de un cambio de religión. Mientras los novadores desplegaban una ardorosa agitación, muchos obispos y sacerdotes permanecían inactivos; no pocos llevaban hasta una vida mundana e indigna de un eclesiástico. En muchas partes había falta de sacerdotes. La posibilidad de un divorcio del rey, como una nube cargada de tempestad, cerníase también en el tiempo siguiente, amenazando a los católicos polacos, los cuales por efecto de la debilidad del gobierno continuaban viéndose expuestos a todo género de insultos y perjuicios (1). Así que no era fácil la incum-

(1) Cf. Eichhorn, II, 237 ss., 337 ss.; Berga, Skarga, 141. Sobre M. Cromer cf. Eichhorn en la Revista para la historia de Ermeland, IV (1668), 1 ss. y Thiel en el Léxico eclesiástico de Friburgo, III\*, 1195 ss. El enviado polaco para prestar obediencia (cf. Gratiani Epist., 254, 259) no se atrevió a proponer el asunto del divorcio. Pío V comunicó esto a Arco, haciendo observar que en el caso contrario le hubiese dado una respuesta, *che mai più il Re havrebbe havuto ardire di muoverne parola* (\*carta de Arco, de 22 de febrero de 1567, *Archivo público de Viena*). La M. A. Mureti Oratio ad Pium V nomine Sigism. Augusti Poloniae regis, pronunciada el 15 de enero de 1567, se imprimió en Roma en 1567.

bencia que recayó sobre el nuncio destinado ya por Pío IV a Polonia y confirmado al punto por Pío V, el excelente Julio Ruggieri (1). Este debía hacer su camino por Augsburgo para aconsejarse allí con el cardenal legado Commendone, muy enterado de las cosas de Polonia, en todas las cuestiones pendientes, especialmente también en el asunto del divorcio (2).

La instrucción dada a Ruggieri en marzo de 1566 le advierte que tenga siempre ante los ojos cuántos enemigos tiene el Papa en Polonia, por lo cual su representante ha de procurar un proceder circunspecto y una vida ejemplar aun en los que le acompañan. Las incumbencias principales que Pío V impuso al nuncio, fueron: recordar al rey su promesa hecha a Commendone, de que después de la terminación de la guerra procedería contra los herejes y derogaría el decreto de 1563, que limitaba la libertad eclesiástica, cuidar de la ejecución de los decretos tridentinos, y finalmente emprender la reforma de los monasterios. Para todas las cosas particulares Ruggieri debía tomar consejo no sólo de Commendone, sino también del cardenal Hosio y del docto Martín Cromer. El celo de Pío V por la reforma eclesiástica se deja sentir en toda la instrucción. Muy especialmente se manda al nuncio, que instigue a los obispos a la introducción de los decretos tridentinos de reforma, y les inste a visitar personalmente sus diócesis y a proceder contra los libros heréticos; respecto de la residencia no se ha de traspasar el plazo de dos años que Pío IV había concedido. Indícase además a Ruggieri, que debía tener siempre presente, que había sido enviado para promover la religión católica, y poner en ejecución los decretos tridentinos y no había de permitir la más mínima novedad en religión, ritos y ceremonias. Singularmente declara Pío V, que él nunca concedería la comunión bajo las dos especies, ni el matrimonio de los sacerdotes. Encárgase también al nuncio, que se ponga en relación con todos los personajes y sabios católicos de importancia, a los cuales, como se le dice, el Papa recompensará de buen grado (3).

(1) Como virtuoso et buono le alaba el cardenal Madruzzo en una \*carta a Commendone de 25 de marzo de 1566, Lett. di princ., XXV, 67, *Archivio segreto pontificio*. Efectuóse la confirmación el 2 de marzo de 1566; v. los números 19-22 del apéndice.

(2) Cf. Eichhorn, II, 247; Bjaudet, 112.

(3) El texto de la \*instrucción se halla en el *Archivio segreto pontificio*, *Varia polit.*, 81 (ahora 82), p. 295-301, y en el *Archivio Graziani di Città di Castello*.

Ruggieri, que llegó a Polonia a mediados de junio de 1566, fué testigo en la borrascosa dieta de Lublín, de la lamentable desunión del episcopado polaco. No es maravilla que no se sacase provecho de la división de los protestantes y terminase la dieta sin utilidad para la causa católica (1). En el tiempo siguiente ocuparon a Ruggieri, lo mismo que a Hosio, ante todo el ajustamiento del escandaloso litigio entre el arzobispo Uchanski de Gniezno y el obispo Wolski de Leslau, y la celebración de un sínodo provincial para la ejecución de los decretos tridentinos de reforma.

Pío V tenía muy puestos en el corazón ambos negocios. Como dado el ambiguo carácter de Uchanski era de temer que el sínodo provincial degeneraría en un concilio nacional, el Papa nombró en diciembre de 1566 a Hosio su legatus de latere para esta asamblea y para todo el reino de Polonia (2). Finalmente se logró dirimir la contienda de los dos príncipes de la Iglesia, y en cambio, la celebración del sínodo se hubo de dejar para otro tiempo (3).

En el verano de 1567 ocurrió un suceso que causó gran perjuicio a la causa católica en Polonia. El obispo de Pecs, Andrés Dudith, acreditado como embajador imperial en la corte de Segismundo Augusto, que ya había llamado la atención en el concilio de Trento por su grande elocuencia y sus opiniones poco ortodoxas, quebrantó su voto, se casó con una dama de la reina de Polonia y abrazó la doctrina protestante. Pío V no se descuidó de intervenir; expidió un monitorio, pronunció la excomunión contra el apóstata y exigió que fuese alejado de Polonia (4).

Al nuncio Ruggieri, que había de activar esta justificada exigencia del Papa, origináronsele de este negocio muchas molestias y cuidados. Cuando a principios de 1568 fué mandado volver a Roma, compuso para informar a Pío V una circunstanciada relación, la cual, conforme al modelo de las relaciones venecianas,

(1) V. Eichhorn, II, 241 ss., 247, 249, 251. Los breves de Pío V a los obispos polacos por causa de la dieta pueden verse en Theiner, Mon. Pol., II, 723 s.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 342; Ehrenberg, 231 s.; Eichhorn, II, 279 s.; cf. 289 s. sobre los poderes de Hosio y las dificultades que encontró.

(3) Cf. Laderchi, 1566, n. 342; Theiner, Mon. Pol., II, 726 ss.; Eichhorn, II, 251, 254.

(4) Cf. las \*instrucciones a Ruggieri de 23 y 30 de agosto de 1567, Nunziat. di Polonia, I, 31, 34 ss., *Archivio segreto pontificio*; Pogiani Epist., IV, 199 ss., 249 ss.; Eichhorn, II, 255 ss. V. además Stieff, Ensayo de una historia de la vida y de las opiniones religiosas de A. Dudith, Breslau, 1756.



contiene una exacta descripción del reino de Polonia y una interesante exposición de su estado político, económico y religioso (1).

El juicio de Ruggieri sobre la actitud religiosa del rey no es nada menos que favorable. Dice que Segismundo Augusto a la verdad no se había apartado de la Iglesia en ningún punto, pero dejaba mucho que desear en lo tocante a la recepción de los sacramentos y asistencia a la misa y a los sermones; que le convendría mucho un celo mayor de la gloria de Dios y de la salvación de sus súbditos.

En la puntualizada descripción de las circunstancias religiosas del reino de Polonia, Ruggieri hace resaltar: que sólo una provincia, Masovia, se había conservado libre de la herejía, de manera que era tan católica como Italia. Que en todas las demás provincias habían hallado entrada las novedades religiosas, aunque, singularmente en el pueblo, el número de los católicos sobrepujaba al de los protestantes. Que tampoco faltaban entre los católicos los que mantenían celosamente con aquella antigua fidelidad la fe católica, en la cual Polonia tanto en otro tiempo se había señalado. La abigarrada mezcla de las sectas que había en Polonia, la compara Ruggieri a la babilónica confusión de lenguas. Dice que todas las herejías del mundo se predicaban; que fugitivos de Italia, Alemania y Ginebra habían hallado allí refugio. Que el luteranismo estaba especialmente difundido en la Gran Polonia y en Prusia, pero que ahora comenzaba ya a amenguarse; que el calvinismo había alcanzado grande extensión, principalmente en la

(1) \*Relatione data al S. S. N. P. Pio V da Mons. Giulio Ruggieri prot. apost., etc., 1568, *Bibl. Corsini de Roma*, 35, B. 9, p. 165b-225 (cf. Lämmer, Para la historia eclesiástica, 145); también en muchas otras partes hay manuscritos de la misma, como en la *Biblioteca Vatic.*, Vatic., 5914, p. 275 s., Ottob., 2433, p. 178 s. y 3184, p. 40 s., Urb., 823, p. 247 s. y 855, p. 326 s.; *Bibl. Casanat. de Roma* (v. Fabisza, 161); *Biblioteca Nacional de Florencia*, Bibl. Magliab. (v. Ciampi, II, 37); *Bibl. Ambrosiana de Milán*, Q. 120, p. 1 s.; *Biblioteca Nacional de Nápoles*, X, G. 15, p. 1 s.; *Biblioteca palatina de Viena*, 6519, p. 110 s. (Estratto); *Biblioteca Nacional de París* (v. Marsand, I, 664 s.); *ibid.* (Saint-Germain, 280) hay un \*Discorso di Msgr. G. Ruggieri intorno agli aiuti di Polonia a favore della s. lega contra il Turco, dirigido a Pío V. La traducción polaca de la Relación de Ruggieri que se halla en Relacye, I, 165 s., es incompleta; falta el fin, en el cual dice Ruggieri, que dará cuenta a Pío V verbalmente de varias otras cosas, según lo cual se ha de corregir el dato de Pierling (Rome et Moscou, 64), de que la relación se escribió en Roma a la vuelta del nuncio. Un extracto de la Relación hay también en Jorga, Actes relat. à l'hist. des Roumains, I, Bucarest, 1895, 14. Cf. también Gratianus, De scriptis invita Minerva, II, 172.

Pequeña Polonia y Lituania, mas que allí los luteranos y calvinistas se veían apretados por otras sectas, principalmente por los trinitarios y anabaptistas.

Al indagar Ruggieri las causas de las novedades religiosas, indica en primer lugar aquellas que también en otros países habían facilitado la entrada al protestantismo. Junto con la codicia de los seglares respecto de los bienes eclesiásticos, nombra sobre todo la negligencia y el mal ejemplo del alto clero y la relajación de la disciplina monástica. A la disculpa, que también el rey alegaba, de que tenía muy poca autoridad con la poderosa nobleza, no quiere Ruggieri concederle valor, pues en Lituania, donde aquella razón no era verdadera, estaban ahora las cosas todavía peor que en Polonia. El nuncio da con razón la mayor importancia a la inobservancia común en todo el reino, de las leyes existentes, acerca de las cuales corría el proverbio de que no duraban más que tres días. Dice que a esto se añadían las continuas guerras con Rusia, las cuales demandaban enteramente la actividad del rey, sus consideraciones políticas a la nobleza herética, y finalmente su natural adverso a toda severidad.

Sumamente interesantes son las declaraciones de Ruggieri sobre los medios para procurar una regeneración de la Iglesia católica en Polonia. En primer lugar hace resaltar la necesidad de que resida constantemente en la corte un representante del Papa, que traiga a la memoria al rey su obligación y lo que le es de utilidad. Indica que por haberse omitido esto, las novedades religiosas habían podido hallar tan rápida entrada. Que después que Paulo IV había introducido una mudanza con la misión de Lipomano, había ido cesando poco a poco el movimiento de apostasía. Que por eso en todo caso había de haber siempre nuncio en Polonia. Que para este cargo se habían de escoger solamente los varones mejores que se pudiesen hallar, varones, que por ser de todo en todo intachables y justos, fuesen apropiados para mostrarse como firmes muros de la casa de Dios, recordando al rey y a los prelados sus obligaciones y promoviendo de todas maneras la religión católica. Respecto de los beneficios Ruggieri advertía al Papa, que también en lo por venir los confiriese con gran circunspección sólo a hombres dignos y beneméritos; y que especialmente se había de entender esto de los canonicatos de Cracovia, pues de aquel cabildo salían los más de los obispos. Con esta oca-

sión excitaba Ruggieri a que se trajesen a Roma para su educación los más posibles de los jóvenes nobles, para que luego más tarde pudiesen ser como una levadura en su patria.

No se escapó a Ruggieri cuánto dependía del rey la renovación de la Iglesia católica. Por lo cual juzga él que se debía instar a Segismundo Augusto a que nombrase para las sedes episcopales, no sólo candidatos católicos, sino también celosos y enteramente apropiados, y otorgase todos los puestos importantes del reino a varones de probados sentimientos católicos, y al mismo tiempo alejase de su derredor a todos los adictos a las novedades religiosas. Pero que muy especialmente debían los obispos ir delante de su grey, brillando con el buen ejemplo. Que podrían producir muchísimo fruto, formando una juventud clerical de talento (1), y apoyando a los buenos párrocos, predicadores, maestros y escritores.

Ruggieri era de opinión, que por este camino era posible robustecer la Iglesia católica, de lo cual podía seguirse la completa extirpación de las herejías, mayormente habiendo ya pasado de su apogeo el movimiento de apostasía, si no había cesado del todo. Indicaba que en el tiempo de su nunciatura, que duró sólo año y medio, habían vuelto a la fe católica por lo menos diez mil personas (2), al paso que de día en día se aumentaba el fraccionamiento de los protestantes en numerosas sectas y la lucha de unas contra otras. Ruggieri hace referencia con satisfacción a la nueva introducción del catolicismo en Elbing y Danzig, efectuada durante su nunciatura con apoyo del rey. En Danzig había gran concurrencia a los sermones de los dominicos, y en Elbing trabajaban los jesuitas. También en otros lugares ejercían los jesuitas el más beneficioso influjo; así, por ejemplo, en Braunsberg, donde en 1565 se había abierto el primer colegio que tuvieron los jesuitas en el reino de Polonia, al cual siguieron todavía, fuera del de Elbing, los de Pultusk (1566), Yaroslav (1568) y Vilna (1570) (3). La acti-

(1) Hosio había ya fundado en 1567 en Braunsberg un seminario conciliar; v. Eichhorn, II, 297.

(2) Al número de éstos de nuevo ganados para la Iglesia pertenecían los cuatro hijos de Nicolás Radziwill, en cuya conversión tuvo grande influjo el célebre predicador Pedro Skarga, que en 1568 entró en la Compañía de Jesús. Véase el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, XI<sup>o</sup>, 388 y la *Revista trimestral romana*, XXV, 57 \*s.; cf. Berga, Skarga, 163 s.

(3) V. Zaleski, I, 1, 150 s., 169 s., 175 s., 212 s.

vidad de esta Orden tan exuberante de vida llenaba al nuncio de las más alegres esperanzas. Cita el hecho, confirmado también por otros, de que hasta padres protestantes confiaban sus hijos a los establecimientos de educación de los jesuitas, y ponía con razón grandes esperanzas para lo por venir en la juventud allí educada con espíritu netamente católico. Ahora, añade, se está tratando de la erección de un nuevo colegio en Posen, y es de esperar que todavía otras ciudades sigan este ejemplo para la salud del reino y de la fe católica, a la que esperan mejores tiempos, con tal que se empleen los medios adecuados (1).

Los consejos de Ruggieri concordaban enteramente con los intentos de Pío V, el cual no se cansaba de estimular a los obispos polacos a la observancia de los decretos tridentinos, singularmente a la reforma del clero, a la celebración de sínodos provinciales y fundación de seminarios conciliares (2).

Como sucesor de Ruggieri fué nombrado nuncio para Polonia Vicente de Portico (3). Este diplomático, que llegó a Cracovia a principios de julio de 1568, llevaba el especial encargo de activar la definitiva reunión de un sínodo provincial conforme a las disposiciones del concilio de Trento; con todo, pronto se hubo de desistir del plan por efecto de la ambigua actitud de Uchanski (4). Como representante del Papa asistió Portico a la dieta abierta en Lublín en diciembre de 1568, a la cual acudió también Hosio en febrero de 1569 según se lo había exhortado el Papa (5). Pío V

(1) \*Relatione, etc., v. arriba, p. 258, nota 1. Sobre la actividad de los jesuitas v. Sacchini, P. III, l. 1, n. 106 ss., l. 4, n. 176 ss., l. 6, n. 101 ss.; Duhr, I, 179 ss., 434 ss.; Zivier, I, 770 s.; Zaleski, I, 1, 375 s.

(2) V. los breves en Goubau, 123 s., 214 s. y Theiner, Mon. Pol., II, 725, 726, 730, 735. La carta de Estanislao Carncovio, obispo de Leslau, a Pío V sobre la aceptación de los decretos tridentinos por su clero y la erección de un seminario diocesano, puede verse en Laderchi, 1568, n. 19. En 12 de junio de 1570 enviósse al nuncio polaco la \*instrucción de que procurase que los obispos del reino diesen cumplimiento a los decretos del concilio de Trento; v. Nunziat. di Polonia, I, 72, *Archivo segreto pontificio*.

(3) Cf. Laderchi, 1568, n. 148; Theiner, Mon. Pol., II, 728 s.; Eichhorn, II, 343. Ya por abril de 1567 había pedido Ruggieri que se le mandase volver; v. Relacye, I, 216 s. Pueden verse varias relaciones de Portico en Theiner, loco cit., 770 ss. Compuso también una relación sobre su nunciatura; v. Pierling, Rome et Moscou, 64. Ibid. sobre su instrucción. En una carta de Pío V a Hosio, de 18 de febrero de 1568, se dice, que él había mandado a Portico que se apoyase en los consejos de Hosio; v. Ehrenberg, Prusia oriental, 39 s.

(4) V. Laderchi, 1568, n. 148.

(5) Theiner, Mon. Pol., II, 735.

no había omitido nada para amonestar con graves palabras al rey y a los obispos de Polonia, que no hiciesen ninguna concesión a los protestantes, y amparasen la causa de la Iglesia (1). El cardenal Hosio tuvo viva participación en las deliberaciones de la dieta. Mientras él estuvo presente, los protestantes no se atrevieron a nada. Sólo después de su partida propusieron sus exigencias, pero tampoco ahora lograron resultado ninguno (2). El 18 de agosto de 1569 Portico pudo enterar al cardenal Morone del éxito de la dieta, en la cual se había efectuado la unión de Lituania con la corona de Polonia (3). Decíale que en la misma no se habían tratado para nada los asuntos religiosos, por lo cual tampoco se había tomado resolución ninguna, ni para proteger a los novadores, ni para celebrar un concilio nacional (4).

El cardenal Hosio abandonó la dieta antes de su terminación, para encaminarse de nuevo a Roma. Después de haber dejado la administración de su obispado en manos de su erudito y enérgico amigo Cromer, emprendió en agosto de 1569 el viaje a la Ciudad Eterna, adonde llegó el 8 de noviembre (5). El cardenal no había de volver a ver su diócesis. Cuidó de ella de todas maneras aun desde tan lejos. La causa inmediata de su viaje a Roma fué el haberle encargado Segismundo Augusto el ajustamiento del litigio del rey con Felipe II respecto de la rica herencia de su madre Bona Sforza en el sur de Italia, negocio que ya había ocupado también a Pío V (6). Hosio no era un diplomático, y así no hay que maravillarse de que no obtuviese buen éxito en este difícil asunto (7).

(1) V. Laderchi, 1569, n. 235 s., 245 s.; Theiner, Mon. Pol., II, 732, 735 s.

(2) V. Eichhorn, II, 343 s., 347.

(3) La carta gratulatoria de Pío V por este suceso, de 22 de julio de 1569, se halla en Laderchi, 1569, n. 264; *ibid.*, 266 s. están los breves sobre la conversión de dos próceres polacos. La protesta que hizo el nuncio por encargo de Pío V, contra la investidura de Prusia que se dió al hijo de Alberto de Brandeburgo, puede verse en Theiner, *loc. cit.*, 470; cf. Catena, 110.

(4) Relacye, I, 218-219.

(5) V. Eichhorn, II, 360 s., 366. El 15 de noviembre de 1569 fué recibido Hosio en el consistorio; v. Korzeniowski, 115. El clima de Roma, a que no estaba acostumbrado, le probó mal al cardenal; por el verano de 1570 estuvo gravemente enfermo de calenturas. Cf. las \*cartas de Hosio a Commendone, fechadas en Roma a 12 de julio, 12 y 24 de agosto y 23 de septiembre de 1570, *Archivo Grasisani de Città di Castello*.

(6) V. Corresp. dipl., II, 30, 146 s., 466. Sobre la herencia de Sforza cf. Biaudet, *Le Saint-Siège et la Suède*, I, París, 1907, 511 s.; Eichhorn, I, 315.

(7) Cf. Eichhorn, II, 369 s., 403 s., 407 s.

Cuán vivamente se interesó Hosio aun en Roma por la situación religiosa del reino de Polonia, se echa de ver por su correspondencia epistolar. Como en abril de 1570 los luteranos, calvinistas y hermanos bohemios polacos se habían juntado en Sandomir para una unión federativa (1), los católicos aguardaban con grandísima inquietud la nueva dieta, que se había de celebrar en Varsovia. Llegóse en efecto a borrascosos debates. Los protestantes exigían libertad religiosa para todo el mundo, pero tropezaron en la decidida resistencia del senado, en su mayor parte católico. No se tomó por tanto ninguna resolución (2). Sin embargo, con esto no quedaba alejado el peligro, sobre todo porque las actas de la dieta por efecto de su forma ambigua daban ocasión a nuevas demandas. Hosio en una carta a Uchanski censuró esta ambigüedad con palabras severas. Decíale que por qué no declaraban abiertamente, que mantenían la fe de sus padres y estaban dispuestos a perder antes la sangre y la vida que a apartarse de ella un negro de la uña. Que semejante lenguaje del rey y de los senadores católicos apaciguaría instantáneamente todas las turbulencias. Que en lugar de esto se quería negociar sobre la concordia religiosa, como si fuese posible una unión con aquellos que contienden entre sí mismos como los dioses de Homero. Que por eso Uchanski moviese al rey a que confesase abiertamente la fe de sus padres y ordenase a sus comisarios de la dieta provincial, que no permitiesen discusión ninguna sobre asuntos religiosos, porque decidir sobre ellos era únicamente incumbencia del Papa (3).

Hosio se dirigió también en este negocio a los grandes del reino de Polonia y al mismo rey, conjurándolos que protegiesen la religión católica. Su carta a Segismundo Augusto nada deja que desear en materia de libertad de espíritu. Menciona en ella también la inclinación del rey a la celebración de un concilio nacional, y procura apartarle de ello, remitiéndose a los sucesos de Francia. En el tiempo siguiente exhortó todavía al rey repetidas veces a que sólo encomendase los altos cargos públicos a católicos de confianza. El 9 de septiembre de 1571 indicó al monarca con graves palabras la desdicha que había acarreado a Francia la condescendencia con los novadores en materia de religión, y mostró cómo

(1) V. Zivier, I, 766 s.; Berga, Skarga, 175.

(2) Zivier, I, 767 s.

(3) V. Eichhorn, II, 411 s., 414.

ción eclesiástica en el reino de Nápoles, donde el obispo de Gravina y aun el arzobispo de Nápoles fueron impedidos en el ejercicio de los deberes de su cargo por las autoridades españolas. Finalmente estaba encargado de indicar que en Sicilia se utilizaba el privilegio de soberanía, conocido con el nombre de *Monarchia Sicula*, «para hacer del rey católico una especie de Papa»; y que de ahí se originaba tal confusión de las cosas eclesiásticas, que el Papa, si no se ponía remedio, se vería forzado a revocar todas las concesiones e indultos.

La misión de Camaiani, que en todas partes excitó grande admiración, y todavía más sus encargos fueron muy desagradables a Felipe II. Cuando el incómodo legado se presentó al rey al fin de la primera semana de noviembre de 1566, halló una muy fría recepción. Felipe II se hizo del ofendido, porque en la curia se dudaba de su intención de emprender aquel viaje tan necesario y frecuentemente prometido. Su enojo por los encargos del nuncio se acrecentó todavía cuando Camaiani se los expuso con palabras poco escogidas y en general se portó con mucha aspereza (1). La ira del rey se expresa plenamente en las instrucciones que dirigió a su embajador en Roma. Este debía dar a entender claramente al Papa, que apretaba inoportunamente y sin miramientos y se ingería en los asuntos de su majestad, del cual se servía Dios como de su instrumento; que si él mismo no hubiese estado de verdad resuelto a ir a los Países Bajos y enviar a Roma a Carranza, ¡el Padre Santo había escogido un mal medio para decidirle a ello! (2)

Los representantes del Papa no se intimidaron por la exasperación de Felipe II, en proseguir en el desempeño de sus encargos. Díjose ahora con la mayor determinación, que don Felipe iba a emprender pronto el viaje a los Países Bajos (3).

El 17 de diciembre de 1566 (4) Pío V dirigió al rey una

(1) V. Corresp. dipl., II, xlv. El proceder demasiado áspero de Camaiani fué desaprobado por Pío V (ibid., I, 430 s.), y más tarde se dispuso que volviese a Roma. Cf. la carta de Bonelli, de 12 de febrero de 1567, ibid., II, 37 s.

(2) V. la relación de Castagna, que se halla traducida en Gachard, Bibl. de Madrid, 92 s., y la carta de Felipe II a Requeséns, de 26 de noviembre de 1566 en Gachard, Don Carlos, II, 373 s. Cf. Büdinger, 73 s., Kervyn de Lettenhove, II, 225 s., y Corresp. dipl., I, 383 ss., 399 s., donde está impreso el texto íntegro de las relaciones de Castagna y Requeséns.

(3) V. Corresp. dipl., I, 405, 413; cf. 362, 376 s.

(4) Ibid., 422 s.

carta de su mano en la que advirtió disculpándose, que Camaiani había sido enviado, no porque él, el Papa, hubiese dudado de la entrega de Carranza, sino sólo para que no se difiriese todavía más este negocio, retardado por la muchedumbre de los asuntos que concurrían en la corte de España. Que si Camaiani había sido además encargado de exponer la importancia del viaje del rey, no había el Papa creído que esto no estaba bastante claro para su majestad, sino había solamente temido que el demonio, como a todas las buenas empresas, pusiese obstáculos también a ésta. Pío V tocó además en la carta la violación de la jurisdicción eclesiástica por los funcionarios españoles y juntó con esto la indicación de que tal proceder era el primer paso para enajenarse de la Iglesia (1), así como el ruego de que el rey se dignase mandar que en adelante no se impidiera más a los obispos ejercer su ministerio contra los simoníacos, concubenarios y otros malhechores.

Ya antes, el 9 de diciembre de 1566, Camaiani y Castagna habían hecho representaciones por causa de las intromisiones de los funcionarios españoles en el terreno eclesiástico, en el reino de Nápoles, y por los abusos cometidos con la Monarchia Sicula. Felipe II pidió aún sobre esto una memoria más exacta. En la misma audiencia le presentó Castagna un breve pontificio sobre los obstáculos que ponía el senado de Milán a los esfuerzos reformativos del arzobispo Borromeo. El rey prometió que examinaría más por menor este negocio (2).

Además de estas cosas eclesiásticas, a fines de 1566 y a principios del siguiente año trataron también los nuncios con el duque de Alba y con Felipe II sobre la liga de los príncipes cristianos contra los turcos, designada por el Papa como sumamente necesaria. El gobierno español se mostró enteramente adverso a este plan, principalmente porque los protestantes alemanes y franceses considerarían semejante confederación como dirigida contra sí, y

(1) E questo è il primo passo et il primo scalino o sii grado d'alienarsi dalla s. chiesa cattolica.

(2) V. la relación de Castagna, de 9 de diciembre de 1566, Corresp. dipl., I, 414 s. Ibid., 415 s., se halla la memoria. En una carta autógrafa a Felipe II, fechada en Roma a 8 de enero de 1567, expresó Pío V su esperanza de que el rey removería los obstáculos que se habían puesto a la jurisdicción eclesiástica en Nápoles. En esta carta hizo observar también, que Felipe II no tenía ninguna justa causa para estar descontento del envío de Camaiani, como se lo había hecho comunicar por Castagna. Corresp. dipl., II, 7 s.



con esto había de empeorar todavía el estado de los Países Bajos (1). Sobre el envío, ahora firmemente decidido, del duque de Alba, que fué dotado de ilimitados poderes y debía oponerse a los rebeldes flamencos con severidad sin contemplaciones, hubo discrepancias de opinión, semejantes a las habidas entre Paulo III y Carlos V en tiempo de la guerra de Esmalcalda (2). Mientras en Madrid se quería presentar ante los países extranjeros la intervención en Flandes como dirigida sólo contra rebeldes políticos, deseábase en Roma, que conforme a la verdad de los hechos, se hiciese resaltar decididamente el punto de vista religioso, pues se temía que de lo contrario éste sería puesto demasiadamente en segundo término (3). En febrero de 1567 Castagna entregó al rey una carta del Papa que de nuevo insistía en la necesidad de la presencia personal de su majestad en Flandes, y señalaba las dificultades puestas por el gobierno español en Nápoles a la visita eclesiástica. En las negociaciones sobre esto confesó don Felipe que su disgusto por el envío de Camaiani había tenido por causa el haberse juntado el negocio de los Países Bajos con el de Carranza. Dijo que el viaje a Flandes lo emprendería ciertamente, pero que era necesario activar primero el envío del duque de Alba. En Nápoles prometió ordenar lo necesario para contentar al Papa (4).

En marzo de 1567 casi se anunció la partida del rey con diversos decretos (5). Camaiani creyó poderse volver a Roma enteramente tranquilo (6). El embarco de Carranza era inminente (7). Don Felipe quiso tomar en cuenta y satisfacer las quejas del Papa por los obstáculos puestos a los obispos napolitanos en el ejercicio de las obligaciones de su cargo, especialmente de las visitas pas-

(1) Cf. Herre, *Política europea*, I, 36, 41 s.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XII, 222 ss.

(3) V. los extractos de las relaciones de Castagna en Gachard, *Bibl. de Madrid*, 93 ss. Cf. además ahora *Corresp. dipl.*, II, XLVI s., 25 s., 43 s., 47 s., 52 s., 57, 65 s.

(4) V. la relación de Castagna, fechada en Madrid a 8 de febrero de 1567, *Corresp. dipl.*, II, 33 s.

(5) V. Ranke, *Estudios hist.-biogr.*, Leipzig, 1877, 521 s.

(6) Fué mandado volver por carta de Bonelli de 12 de febrero de 1567; partióse el 22 de marzo y el 13 de abril llegó a Roma. V. *Corresp. dipl.*, II, 83, 88.

(7) Efectuóse finalmente el 27 de abril de 1567. V. Laugwitz, 91; *Corresp. dipl.*, II, 97; cf. vol. XVII, 310.

torales (1); pero mantuvo el exequátur, el pláacet, el recurso de fuerza, la Monarchia Sícula y otras regalías (2). A principios de mayo intentó otra vez apaciguar a Castagna respecto de los negocios de Flandes. Manifestóle que los intereses religiosos no padecerían ningún perjuicio aun cuando se declarase ante el mundo que sólo se había de proceder contra los rebeldes políticos, pues sabía muy bien, que las herejías eran la causa y el terreno abonado de la sedición (3).

La conducta de Felipe II, que se hizo conceder por el Papa el privilegio llamado *Excusado*, pero al fin abandonó con todo el viaje a los Países Bajos, que había presentado como del todo seguro, produjo un nuevo disgusto en Roma. El cual sin embargo desapareció cuando llegaron las noticias del riguroso proceder del duque de Alba. El Papa creyó ahora poderse tranquilizar respecto de los asuntos religiosos de aquel país; más aun, se había alegrado tanto, refería Arco, que casi se olvidó de su enfado contra el rey (4). Pero pronto se originaron nuevas desavenencias en materia político-eclesiástica, de suerte que las relaciones entre Roma y Madrid antes bien empeoraron que mejoraron. La culpa de esto no estuvo de parte del Papa, el cual siempre tomó una actitud mucho más conciliadora que Felipe II (5). Mientras el gobierno español continuaba como antes instando la concesión de la Cruzada y procuraba ejercer presión sobre el Papa en este respecto por medio de dictámenes de los prelados españoles (6), mantenía con extrema tenacidad todas aquellas pretensiones regalistas contra las cuales consideraba Pío V como un deber sagrado combatir (7). Que se tra-

(1) Cf. las cartas de Bonelli a Castagna, fechadas en Roma a 8 de enero y 6 de marzo de 1567, Corresp. dipl., II, 10 s., 63.

(2) V. la relación de Castagna, de 22 de marzo de 1567, Corresp. dipl., II, 84, III, XLVI s. Cf. Laderchi, 1567, n. 66; Hinojosa, 185.

(3) V. Corresp. dipl., II, 99.

(4) V. la \*carta de Arco, de 27 de septiembre de 1567, *Archivo público de Viena*.

(5) V. Herre, *El Papado*, 154.

(6) Sobre la resistencia de Pío V v. la relación de Granvela, de 14 de marzo de 1567, Corresp. de Philippe II, tomo I, 519, y la carta de Requeséns, de 16 de septiembre de 1567, Corresp. dipl., II, 200. Sobre los dictámenes v. Corresp. dipl., II, 137; algunos se conservan en el *Archivo de Simancas*, Pat. Real, leg. 20.

(7) La pureza de las intenciones de Pío V la reconoció también Requeséns. En 27 de diciembre de 1566 escribía a Felipe II: «Vuestra majestad puede estar seguro de que lo que él hace, ni procede de mal corazón, ni es

taba aquí muchas veces de cosas enteramente insostenibles, no se puede poner en duda. El mismo Requeséns, representante de Felipe II en Roma, en sus cartas confidenciales no ocultaba su opinión de que el Papa se quejaba *justamente* de la violación de la jurisdicción eclesiástica. Añadía el embajador que si en cambio se hubiesen dirigido a Pío V en lo tocante a los abusos de la curia romana que censuraban los españoles, éste los habría suprimido indudablemente. Que en vez de esto habían tomado disposiciones *por su propia autoridad*, y en esto habían ido decididamente *demasiado lejos*, por lo cual se podía decir que los alemanes habían negado la obediencia a la Santa Sede de palabra y de obra, los españoles de obra (1).

Castagna se hubo de quejar repetidas veces del abuso de someter todos los decretos pontificios, aun aquellos que versaban sobre cosas puramente espirituales, al plácet (*pase regio*) de una autoridad secular como el Consejo real de Castilla, y rechazarlos si parecían oponerse a los privilegios y leyes del reino. En el de Nápoles, la amplitud de esta pretensión, que se llamaba allí el *exequátur*, había conducido a un tan serio conflicto, que Pío V amenazó con la excomunión al virrey (2). El Papa lleno de las más puras intenciones, quería elevar el clero napolitano por medio de una visita a un más alto nivel moral, lo cual con todo estaba aun en el interés del reino; pero se vió en esto impedido en todas partes por las autoridades reales, mientras al mismo tiempo en Sicilia los legos se permitían las más abusivas ingerencias en los negocios interiores de la Iglesia con el pretexto del privilegio de la *Monarchia Sicula* (3).

En el ducado de Milán se llegó a un choque todavía mucho más grave entre el poder eclesiástico y el civil (4). Una primera y

efectuó con intentos particulares, sino por un santo celo, aunque sin saber emplear los medios convenientes, sobre todo con tan poderoso príncipe como vuestra majestad». V. Herre, *El Papado*, 154, y *Corresp. dipl.*, II, 432, donde se halla ahora impresa esta carta.

(1) *Colec. de docum. inéd.*, XCVII, 379-380.

(2) Además de *Corresp. dipl.*, II, 27, cf. la \*relación de Strozzi, de 25 de enero, y \*la de Arco, de 22 de febrero de 1567, *Archivo público de Viena*.

(3) Cf. Laderchi, 1566, n. 184 s., 1567, n. 63 s., 67 s.; *Corresp. dipl.*, II, 251 s., 282 s.

(4) Cf. Bascapé, I. 2, c. 1 s., 7 ss., p. 24 ss., 38 ss.; Mutinelli, *Storia d'Italia*, I, 275 ss.; M. Formentini, *La dominazione spagnuola in Lombardia*, Milano, 1881; Bertani, S. Carlo, la bolla *Coenae*, la giurisdizione ecclesiastica

pasajera desavenencia con el bien intencionado gobernador, el duque de Alburquerque, tuvo poca importancia. Alburquerque exigía en las solemnidades religiosas ciertas preferencias honoríficas, las cuales, según opinión del cardenal Borromeo, se podían interpretar como símbolos de una primacía del poder civil sobre el eclesiástico. Compúsose este negocio mandando Felipe II a su gobernador que se abstuviese de concurrir a las mencionadas solemnidades religiosas (1). Pero luego se originó una prolija contienda con el senado de Milán, que poseía los más amplios derechos para la administración del ducado y velaba por ellos celosamente. Borromeo había conocido muy presto que con solas predicaciones y exhortaciones nunca pondría término a ciertos escándalos públicos. Así, pues, se dirigió a los tribunales civiles, los cuales hasta entonces, o absolutamente no habían castigado tales cosas, o sólo con flojedad, y consiguió que se procediese con cárcel y otras penas todavía más graves. Su reparo sobre si tal influjo en las sentencias de los tribunales civiles podía en algunas circunstancias hacerle incurrir en irregularidad, lo removió Pío V con un breve especial (2). También por propia autoridad procedió el arzobispo contra algunas malas costumbres arraigadas. Algunos delitos, por ejemplo, contra la santidad del sacramento del matrimonio, la blasfemia, el quebrantamiento del precepto del ayuno y del descanso dominical, la usura prohibida por la Iglesia, y otros semejantes (3), podían, según antiquísima costumbre, ser castigados también por el tribunal episcopal; para la citación de los culpados y ejecución de las sentencias se creó ahora Borromeo un instrumento, estableciendo un corto número de

in Lombardia, *ibid.*, 1888; A. Galante, *Il diritto di placitazione e l'economato dei benefici vacanti in Lombardia*, *ibid.*, 1884; Hinojosa, 194 s.; Laemmer, *Meletemata*, 222 s., 226; Gindely, *Rodolfo II*, tomo I, 16; Serrano en la *Corresp. dipl.*, III, v-xl.

(1) *Corresp. dipl.*, I, 208, 262, 267, 269 (cartas desde abril hasta junio de 1566), III, x. Borromeo se expresó favorablemente sobre Alburquerque (*Sylvain*, I, 384).

(2) de 22 de mayo de 1566, en *Sala*, I, 178. Según Serrano, *Corresp. dipl.*, III, x, Pío V habría dado facultad al cardenal, para proceder contra los delinquentes é imponerles *por sí* ó con ayuda del brazo secular ó *de sus tribunales*, toda clase de penas, incluso la capital (las palabras en bastardilla han sido puestas de realce por nosotros). Pero en el breve no se habla del tribunal *episcopal*, ni se da ninguna autorización para sentencias de muerte.

(3) Cf. la enumeración en la carta de Borromeo, de 19 de octubre de 1569, en *Sala*, III, 416.

alguaciles armados según antiguo uso de los arzobispos de Milán.

Contra estas disposiciones protestó con todo vivamente el senado de dicha ciudad. Afirmaba éste, que no podía el cardenal emplear su gente armada contra los legos, y que esto era una usurpación del fuero real; que los alguaciles debían además atenerse a la ordenación que prohibía el uso de ciertas armas. Otras diferencias de opinión se añadieron muy pronto. Cuando Borromeo quiso dar a la imprenta su primer sínodo provincial, creyó el senado deber defender de nuevo los derechos del rey y reclamó el derecho de poder modificar las resoluciones sinodales sobre los legos. Asimismo sólo habían de poder servirse de las bulas pontificias en Milán, cuando el senado hubiera dado su asentimiento (1).

La cuestión del plácet para el sínodo y para los documentos pontificios arreglóse ahora pronto por la condescendencia del gobernador; el senado hubo de renunciar a su pretensión. Sin embargo la contienda sobre los alguaciles armados del arzobispo no debía ya aquietarse durante todo el tiempo de la vida de Borromeo. En efecto, las cosas no estaban enteramente claras en este respecto. Borromeo apoyó sus pretensiones en el ejemplo de sus predecesores en la dignidad arzobispal. El senado, al contrario, declaró que aquellos derechos habían caducado, porque desde hacía siglos ya no se habían ejercitado, a causa de la constante ausencia de los arzobispos de Milán, de su sede arzobispal. Que fuera de esto, Milán había caído entre tanto bajo la dominación española, y las leyes de España no dejaban lugar alguno a aquellas pretensiones del arzobispo (2). El senado tenía por tanto un asidero jurídico para su proceder; y lo utilizó con un ardor, que aun según el juicio de Felipe II, tiró más arriba del blanco (3). El proceder riguroso de

(1) Bascapé, l. 2, c. 1, p. 24 ss. Sylvain, I, 376 ss. Serrano en la Corresp. dipl., III, xi. También en Génova eran de temer dificultades para la impresión del sínodo provincial (Sala, II, 261, n. 135, 262, n. 137), como asimismo en Venecia (ibid., 274, n. 14 ss.). Por eso Pío V dirigió breves a Génova (ibid.) y Milán (Corresp. dipl., I, 414). Cf. el decreto de protección del dux Priuli para el sínodo, de 3 de octubre de 1567, ibid., I, 187.

(2) Serrano, loco cit.

(3) Il Re catholico cognosce l'errore del Senato et similmente tutti gli consiglieri che sono qui (Castagna a Bonelli en 8 de septiembre de 1567, Corresp. dipl., II, 189; cf. 215). Espinosa dijo al nuncio, che il Re ha havuto per male assai del Senato che habbia fatto quello che fece, maxime senza darne parte prima al Governatore; et gli ha scritto che adverta che non gli occorra mai più simil cosa. Castagna a Bonelli en 14 de febrero de 1568, ibid., 305.

Borromeo contra las malas costumbres y la inmoralidad le había creado enemigos precisamente entre los nobles y poderosos, los cuales aprovecharon de buena gana la ocasión para poner obstáculos al incómodo reformador (1).

Felipe II, al cual expuso el senado sus quejas contra el arzobispo, dejó el asunto a la decisión del Papa. Borromeo había ya antes sometido la cuestión de derecho a la Santa Sede; el senado se hizo ahora defender en Roma por uno de sus miembros, el futuro cardenal Chiesa. Este volvióse a Milán antes del verano de 1567; en un breve que llevó consigo, prometía el Papa acelerar lo más posible el ajustamiento de este difícil litigio (2). Mientras las actuaciones romanas se prolongaban largamente, Borromeo continuaba sirviéndose como antes de sus alguaciles, para lo cual, según los principios de derecho, estaba plenamente autorizado. Causó grande impresión y disgusto principalmente su proceder contra la inmoralidad de un noble milanés que «vendía por dinero la honra de su casa». El cardenal le hizo prender y llevar a la cárcel (3).

Entonces se desató la ira del senado. So pretexto de que el alguacil del arzobispo había llevado armas prohibidas, le hizo arrestar a la puerta de la catedral de Milán con violación de la inmunidad eclesiástica, atormentar públicamente en presencia de una gran muchedumbre del pueblo en la plaza común de los suplicios y luego desterrar de la ciudad con amenaza de mandarlo a galeras (4). Ahora el cardenal exigió satisfacción, y el senado se

(1) Alcuni del Senato ancora, quali essendo infetti di qualche vicio notabile, fanno più rumori de li altri acciò che [non] siano per aventura castigati de i loro peccati. Bonelli a Castagna en 25 de julio de 1567, Corresp. dipl., II, 172; Bascapé, I, 2, c. 1, p. 24 ss.

(2) Se halla impreso en Bascapé, I, 2, c. 2, p. 29; su traducción italiana puede verse en Giussano, 117.

(3) Bonelli a Castagna en 2 de agosto de 1567, en Sylvain, I, 380.

(4) Bonelli a Castagna en 25 de julio de 1567, Corresp. dipl., II, 169 ss. Breve de 17 de febrero de 1569, en Sala, I, 222 s. Carta del senado de 13 de julio de 1567, en Sala, III, 388. Cf. Corresp. dipl., III, XIII. Según Serrano (ibid., XIV), el alguacil habría sufrido sólo un simulacro de vapulación. Bonelli (loco cit., 170) habla ciertamente de tre tratti di corda (tres estiramientos de cuerda); pero esto no significa tres golpes con una cuerda, sino estirar a uno hacia arriba tres veces en la cuerda y dejarlo caer otras tantas; cf. el mencionado breve: publice tribus ictibus eculi acriter plecti et affici, cum maxima ignominia... et cum gravi eius corporis tormento: Asimismo la carta del senado, loco cit.: poena trium funis quassuum affectus. Cf. Bascapé, I, 2, c. 2, p. 30: acerrime si quis unquam alius torquetur.

negó a darla; en vista de lo cual Borromeo excomulgó a los autores del atentado, pero el senado mandó arrancar la excomunión de la puerta de la iglesia y acusó en Roma al arzobispo con expresiones injuriosas (1). Con esto quedó consumado el rompimiento; las tentativas de ajuste del gobernador, sin cuya noticia había procedido el senado, fueron inútiles; un arreglo de la complicada contienda no se podía esperar ahora ya sino de negociaciones entre Roma y Madrid.

Pío V no se dignó dar absolutamente respuesta alguna a la carta del senado. Se dirigió al gobernador y se expresó con palabras de la más severa censura acerca de lo acaecido; díjole que lo que se había hecho contra el cardenal, debía deshacerse, y ponerse de nuevo todo en el estado en que se hallaba antes de los últimos sucesos; y que se reservaba dar otros pasos contra los culpados (2). A fines de agosto fueron luego citados para justificarse personalmente en Roma el presidente y dos miembros del senado con algunos otros cómplices (3). Todas las representaciones del gobernador y del embajador español en Roma no hicieron desistir al Papa de esta exigencia (4); lo más que concedió fué prorrogar hasta cuarenta y cinco días el plazo de treinta, fijado primeramente para presentarse (5).

Felipe II desaprobó la imprudente conducta del senado (6); pero por otra parte creyó con todo que debía salir de nuevo a la defensa de la autoridad de los funcionarios de su gobierno (7), y se disgustó de que el Papa hubiese procedido sin antes consultarle (8).

Don Felipe procuró conseguir una solución del litigio, ante

(1) «Tanta fuit semper archiepiscopi duritia»; «cum virum hunc [Borromeo] videremus nullis omnino rationibus moveri»; «adeo impotenti ira exarsit»; «ne cum homine hoc, qui a sua voluntate nunquam decedit, in certamen descendamus», etc. Carta de 13 de julio de 1567, loco cit.

(2) Breve de 28 de julio de 1567, Corresp. dipl., II, 171, nota.

(3) Bonelli a Castagna en 22 de agosto de 1567, *ibid.*, 181 y 182, nota 1. La citación pontificia es de 19 de agosto; *ibid.*, 196, nota 1.

(4) Bonelli a Castagna en 24 de septiembre de 1567, *ibid.*, 211.

(5) Breve a Alburquerque de 6 de septiembre de 1567, *impreso ibid.*, 197.

(6) V. arriba, p. 16, nota 3.

(7) siendo este de tanta consideracion por lo que toca a la reputación de la justicia, en cuya estimacion consiste la principal fuerza de los estados y señorías temporales. Felipe II a Requeséns en 14 de septiembre de 1567, Corresp. dipl., II, 196.

(8) Castagna a Bonelli en 28 de septiembre de 1567, *ibid.*, 215.

todo influyendo en Borromeo (1); ganado éste, podía esperar que tampoco el Papa pondría más dificultades. Pero las proposiciones del gobernador no dieron ningún resultado. Por lo cual en octubre de 1567 el rey envió al marqués de Cerralbo para entablar negociaciones en Roma (2). Primeramente debía éste visitar al cardenal de Milán y concertar con él un ajustamiento, que el Papa no hubiera de hacer sino confirmar. Si Borromeo no se acomodaba a ello, Cerralbo ni aun amenazas debía ahorrar y había de hacer entrever al arzobispo que el rey le presentaría públicamente como perturbador de la paz pública.

Cerralbo no llegó a Milán hasta mediados de enero de 1568, y expuso sus propuestas, que en el fondo apenas eran otra cosa que una repetición de las exigencias del senado (3). Antes de haber conseguido cosa alguna de Borromeo, llegó la noticia de que era inminente la decisión pontificia en aquella causa. Cerralbo se encaminó ahora a Roma con toda celeridad y con trabajo alcanzó que Pío V aplazase su sentencia para enterarse antes de las objeciones de Cerralbo (4). Los esfuerzos de los cardenales Pacheco y Granvela con el Papa tuvieron al fin con todo un buen suceso: revocó el emplazamiento del senado con la condición de que se diese satisfacción al cardenal de Milán y se solicitase la absolución de las censuras eclesiásticas (5). La proyectada decisión pontificia sobre el derecho del arzobispo de Milán no se dió. Un acomodamiento que propuso Pío V, fué rehusado por Cerralbo (6).

El gobernador de Milán, duque de Alburquerque, se había mostrado hasta entonces favorable al arzobispo; pero poco a poco se fué desviando de él y comenzó a tratarle como a adversario, a lo menos en sus documentos públicos. La víspera del Corpus de 1568 hizo anunciar al vicario general del cardenal ausente, que al día siguiente no asistiría a la procesión, si los alguaciles armados del

(1) Carta de Felipe II a Borromeo de 1.º de septiembre de 1567., *ibid.*, III, xvi, nota (1568 que allí se lee, es error de imprenta).

(2) La credencial de 12 de octubre de 1567, se halla *ibid.*, II, 220; un extracto de las instrucciones para Cerralbo, *ibid.*, nota.

(3) Corresp. dipl., III, xvii s.

(4) Zúñiga a Alburquerque en 14 de febrero de 1568, *ibid.*, II, 303, nota 2.

(5) *Ibid.*, xix s. Aviso di Roma de 20 de marzo de 1568, *ibid.*, xx.

(6) El general de los dominicos, Vicente Giustiniani, que el año siguiente fué a España como enviado pontificio, tampoco pudo obtener ninguna avenencia en este asunto. V. Corresp. dipl., III, xxii s. y abajo, p. 53 s.



en el reino de Polonia se habían ya manifestado parecidos vestigios de rebelión contra la autoridad real (1).

El congojoso temor por el porvenir del reino que se expresa en estas cartas, era demasiado justificada. Las circunstancias de Polonia se presentaban visiblemente de día en día más peligrosas. Desde la primavera de 1571 corría en Italia cada vez más determinadamente el rumor de que el rey Segismundo Augusto había reanudado su antiguo plan de disolver su matrimonio con la reina Catalina, que se suponía estar enferma de epilepsia. Más adelante se dijo que el monarca pensaba hacer declarar inválido su matrimonio por la dieta inmediata, y luego para dar a esta declaración la apariencia de derecho, mudar de religión. Según otras noticias el rey de Polonia se lisonjaba con la vana esperanza de que el Papa disolvería su matrimonio. Mientras los católicos polacos hasta entonces se habían opuesto a los planes de divorcio, esta vez no se atrevieron a hacer ninguna resistencia. Pero la nobleza protestante, con la esperanza de alcanzar libertad de religión, prometió al rey, no sólo su propia ayuda, sino también el auxilio de los príncipes protestantes alemanes. Hasta qué punto hubiese ya el rey consentido en estos planes, no era claro. Como quiera que fuese, amenazaba el mayor peligro de que con su asunto del divorcio se pasase al campo de los protestantes (2).

La situación empeoró todavía por la conducta de Portico, el cual no era adecuado para su difícil empleo y procuraba encubrir su debilidad con relaciones optimistas. Como flexible cortesano había logrado granjearse el favor del rey en tal grado, que repetidas veces se esforzó éste por alcanzar a su favorecido la púrpura cardenalicia. El mismo fin pretendían las relaciones de Portico sobre el mejoramiento de las cosas en Polonia, descripciones que

(1) V. Eichhorn, 418 s.

(2) Serios temores había ya expresado Nicolás Cromer en 20 de abril y 27 de mayo de 1571, en sus cartas a Martin Cromer (Eichhorn, II, 420). Fueron confirmados por una \*carta de M. A. Graziani a Commendone, fechada en Padua a 21 de mayo de 1571, *Archivio Grasiani de Città di Castello*. Otras noticias más determinadas se hallan en los Despachos Venecianos, III, 519 s., donde hay también pormenores sobre la misión del jesuita L. Maggio, que retuvo prudentemente el breve que está impreso en Catena, 309 s. V. además las \*relaciones de Commendone al obispo de Torcello y al cardenal Rusticucci, fechadas ambas a 27 de noviembre de 1571, *Archivio Grasiani de Città di Castello*.

de ningún modo correspondían a la verdad. La intercesión del rey de nada aprovechó a Portico; estaban en Roma bien informados y eran de opinión, que la situación de aquel reino era muy peligrosa, especialmente porque el rey vivía de una manera inmoral e insistía más que nunca en su plan de divorcio (1).

En estas circunstancias fué una dicha el haber podido el Papa confiar el cuidado de los negocios de Polonia a un hombre de tan probada entereza y tan profundo conocedor de la situación de Polonia como Commendone (2). El 27 de noviembre de 1571 pasó el legado la frontera de Polonia. Por comarcas inficionadas de peste y por caminos cubiertos de hielo se dirigió apresuradamente a Varsovia, adonde llegó el 7 de enero de 1572 (3). El rey enfermo de gota le recibió honorífica y afablemente. El legado hablóle al punto, no sólo de la liga contra los turcos, sino también de los rumores que corrían respecto al asunto del divorcio. Con elocuentes palabras representó a Segismundo Augusto la santidad del vínculo conyugal y la imposibilidad de que el Papa consintiese en un divorcio. Era promovedor de todo este negocio, como presto lo reconoció Commendone, el arzobispo de Gniezno, Uchanski, poco digno de confianza, el cual no había mudado de condición (4).

A ruegos de Commendone también Portico, que tenía mucho valimiento con el rey, se esforzó por apartar al monarca de su funesto designio, pero inútilmente. El 3 de marzo de 1572 Commendone anunciaba a Roma, que aunque ya muchas veces había hablado sobre el divorcio con el rey con toda la franqueza posible, persistía éste en su intento. Que ahora se aproximaba el tiempo de la dieta, en la cual podía ser fácil que se tratase de dicho asunto; que por eso había reiterado sus representaciones y procurado especialmente quitar al rey el pretexto de que no sabía que el Papa no podía permitir el divorcio. Dijo al rey en su cara con

(1) Cf. Eichhorn, II, 421 s. Portico por su propia cuenta había entablado negociaciones con Suecia, donde la reina Catalina era católica. Un jesuita había de trasladarse allá; cf. Laderchi, 1570, n. 273 s. Pero cuando supo Pío V, que la reina comulgaba sub utraque, mandó a Portico romper todas las relaciones; Biaudet, 27.

(2) Cf. Berga, Skarga, 177.

(3) V. los Despachos Venecianos, III, 501, nota 2; Gratianus, III, 9.

(4) V. las \*relaciones de Commendone al cardenal Rusticucci, fechadas en Varsovia a 16 y 24 de enero de 1572 (la última está cifrada), *Archivo Graniani de Città di Castello*. Sobre la conducta de Uchanski cf. también Zivier, I, 781 s.

palabras secas, que su matrimonio con Catalina era un verdadero sacramento e indisoluble, y que en él no podía mudar nada ni el Papa ni nadie de este mundo. Que por eso renunciase a sus planes de divorcio faltos de esperanza, y no precipitase su reino en interminables turbulencias. En su conversación Commendone trajo a la memoria del rey a Enrique VIII de Inglaterra, el cual desde su divorcio no había tenido ya una hora de sosiego, ni logrado sin embargo sucesión masculina de todas sus mujeres. Segismundo Augusto replicó, que no quería ser ningún Enrique VIII, ni en general hereje; que tal vez no se trataría en la dieta de este asunto; a lo cual repuso Commendone, que no estaba en poder de su majestad impedirlo (1). También el nuncio unió sus representaciones a las del legado. Entonces se mudó súbitamente la situación con la noticia de que la reina Catalina había muerto en Linz el 29 de febrero de 1572 (2). Todavía más extraña que la tristeza que manifestó Segismundo al recibir esta nueva, fué la circunstancia de que en adelante no volvió a hablar de su nuevo casamiento, que ahora era posible. Es incierto si fué decisiva en este cambio de pensar su inconstancia, o sus relaciones amorosas con una señorita de la corte (3).

Las negociaciones sobre la liga contra los turcos, que Commendone agenciaba desde el principio con grandísimo ardor, las había el rey remitido a la dieta. Allí la disposición de ánimo era muy desfavorable. Sin embargo Commendone esperaba un buen resultado. Toda su elocuencia la empleó en negociar personalmente con los senadores. Recibió con todo la respuesta de que como ni el emperador ni el Imperio se habían movido, tampoco Polonia se podía declarar contra los turcos sin exponerse a los mayores peligros (4). En las negociaciones de la dieta volvieron a manifestarse corrientes hostiles a los católicos; el que no obtuviesen preponderancia, se debió en no pequeña parte al proceder prudente de Commendone (5).

(1) V. la \*relación cifrada de Commendone al cardenal Rusticucci, de 3 de marzo de 1572, *Archivo Grasiani de Città di Castello*.

(2) V. Colec. de docnm. inéd., CX, 418 s.

(3) V. los Despachos Venecianos, III, 520, nota; Gratianus, III, 9.

(4) V. los Despachos Venecianos, III, 501, nota 2; Gratianus, III, 10; cf. Theiner, Mon. Pol., II, 763 s.

(5) Cf. la memoria \*Negotii di Polonia, compuesta en mayo de 1572, Miscell., II, 117, p. 384, *Archivo secreto pontificio*.

Entre tanto el estado del rey, enfermo de fiebre hética y de gota, empeoraba cada vez más. El infeliz acortó él mismo su vida con sus desórdenes. Llenos de zozobra miraban al tiempo futuro todos los patriotas y con ellos Commendone: como Segismundo Augusto era el último vástago de la dinastía de los Jaguelones, era de temer que los partidos, que ya desde hacía años socavaban la concordia del reino, se declarasen en abierta lucha entre sí en la elección de rey (1).

## II

Como en Polonia a pesar de todas las deficiencias del clero la masa del pueblo se mantenía aún fiel a la fe católica, así ocurría lo mismo, según el testimonio de Borromeo (2), en la parte de Suiza que había permanecido católica. Ciertamente también en los legos tiene el cardenal mucho que condenar: son tercios en las contiendas, es venal la administración de justicia, la jurisdicción eclesiástica se halla casi olvidada; la usura está en auge, la recepción de los sacramentos muy decaída; comen muchas veces al día y beben a todas horas. Pero el pueblo en su mayor parte es bueno y cumplidor de su deber. Los suizos son leales en el comerciar, honrados y fáciles de dirigir, si se los trata con afabilidad. Se viaja por los caminos sin temor de ser robado; la blasfemia se castiga con rigurosas penas; no son dados al juego, sino que, en vez de esto, en los días festivos se ejercitan en tirar al blanco. Las fiestas de la Iglesia se observan con exactitud; por mucho dinero que se ofrezca, no se puede hallar a nadie que lleve el equipaje de un viajero en tales días. Hacen mucha cuenta de oír la santa misa. Si alguna vez ésta les falta, paréceles que están enteramente desamparados y creen que no son ya cristianos. Asisten al culto divino con gran devoción, separados los hombres de las mujeres; su piedad con los difuntos no tiene igual; en todas partes se ven junto al camino imágenes sagradas; tienen a la religión católica tal adhesión, que de grado emprenderían una nueva guerra contra

(1) V. Eichhorn, II, 425. Sobre la economía del rey en punto de concubinas v. Zivier, I, 781 s.

(2) Informe de 30 de septiembre de 1570, en Reinhardt-Steffens, Nunciatura de Bonhomini. Documentos, I, 6-17.

los cantones protestantes para librarlos de la herejía. Nadie es tolerado entre ellos que no reciba por pascua los sacramentos, o que viva públicamente en concubinato. Señaladamente es de alabar también el decoro y la modestia en el vestir de las mujeres (1).

Respecto al partido protestante era además una gran ventaja para los católicos de Suiza el que muchos hombres de calificada habilidad política y militar, ricos y de gran reputación, así en su patria como en los países extranjeros, se hubiesen consagrado a los intereses católicos con tal ardor y abnegación, que parecía ello un milagro, si se comparaba con los tiempos anteriores (2). Al frente estaba un varón que fué como el organizador de la Suiza católica: Luis Pfyffer, magistrado supremo y rico hombre de mesnada de Lucerna, el cual en 1567 salvó felizmente al rey de Francia ya casi hecho prisionero, conduciéndole a París por en medio de las huestes de los hugonotes, y se señaló en varias batallas de las siguientes guerras de religión, o directamente decidió en ellas la victoria. Desde 1569 consagró su «eminente actividad principalmente a su ciudad natal y al partido católico de la Confederación» (3). También contribuyó muchísimo a levantar la Suiza católica Melchor Lussy de Unterwalden (4), el cual por espacio de cuarenta y ocho años ocupóse en negocios públicos, como representante de su país en el concilio de Trento (5), como embajador en Roma, Venecia, Milán, Turín y Madrid, lo mismo que como landamán o magistrado supremo en su cantón, y aparece como hombre de confianza de la Santa Sede. El amor a la

(1) Cf. Borromeo a Ormaneto en 5 de noviembre de 1567: *Non voglio lasciar di dire, d'haver ricevuto grandissima consolatione in trovar li popoli tanto catholici divoti et semplici, che se in proportione fussero tali li sacerdoti, ce ne potremmo contentare.* En Wymann, 161, nota 3.

(2) Juicio de Dändliker (II<sup>a</sup>, 647). «Esta era precisamente la manifiesta y gran ventaja de este grupo, que dispusiese de hombres que en medio de la reacción católica que se alzaba pujante y vigorosa en todas partes, poseían experiencia militar, reputación personal y conocimiento de los negocios en el trato con los grandes y poderosos.» Dierauer, III, 330.

(3) Dierauer, III, 330. Cf. Hürbin, II, 225, 261; Dändliker, II<sup>a</sup>, 649 y especialmente Segesser, Luis Pfyffer, 2 tomos, 1880/83. V. también Meyer von Knonau en la Biografía General Alemana, XXV, 727 ss.

(4) Dierauer, III, 330. G. v. Wyss en la Biografía General Alemana, XIX, 657 ss. Cf. Ricardo Feller, El caballero Melchor de Lussy, de Unterwalden. Sus relaciones con Italia, y la parte que tuvo en la contrarreforma, 2 tomos, Stans, 1906 y 1909.

(5) V. nuestros datos del vol. XV, 263, XVI, 87.

Iglesia y una profunda piedad determinaban preferentemente todos sus pensamientos y acciones (1). Hombres de parecida calidad eran el prudente Gualtero Roll de Uri, el cual tenía comunicación con casi todas las cortes italianas (2), el «constante» Juan Zumbrunnen de Altdorf, «hombre de sentimientos verdaderamente nobles» (3), Cristobal Schorno de Schwyz y otros.

Los cantones católicos estaban estrechamente unidos entre sí y con el obispo de Sion y los municipios del Valais por los perpetuos «fueros comunales y cantonales», acordados el 17 de diciembre de 1533, al paso que entre los protestantes no existía semejante hermandad (4). Fuera de esto los católicos suizos poseían mayoría de votos en la Confederación, pues después que Soleura se pasó a ellos, eran siete cantones católicos contra dos mixtos en religión y cuatro enteramente protestantes. En cambio los cantones reformados contaban con mayor número de población; Berna solamente podía poner en campaña unos 32000 hombres de armas, más que los cantones de Lucerna, Schwyz, Uri y Unterwalden juntos (5).

Los berneses utilizaron su poder superior para difundir la nueva religión; la victoria de las novedades religiosas en la Suiza occidental es muy propiamente obra suya. Guillermo Farel no hubiera podido introducir las nuevas doctrinas en los cantones de Vaud y Neuchatel sin el amparo de los berneses (6). La intervención de Berna en la lucha entre Saboya y Ginebra facilitó el establecimiento del calvinismo y las inmensas consecuencias que se siguieron para toda Europa de la acción de Calvino (7). En el país del alto Saane, que Friburgo y Berna habían comprado a los acreedores del sumamente adeudado conde de Greyerz, la república protestante obligó presto por la fuerza a aceptar la nueva religión a los habitantes, los cuales oponían a ello resistencia (8). Lo mismo ocurre en la comarca del Vaud; en 1536 la república del Aare había caído sobre el Vaud y apropiadoselo; en el tratado de Lausana, de 1564, Saboya hubo de avenirse a abandonar este país

(1) Cf. Dändliker, II<sup>o</sup>, 648.

(2) Wymann, Borromeo, 174.

(3) Dierauer, III, 333.

(4) Ibid., 205 s.

(5) Ibid., 278.

(6) Ibid., 219, 220 s.

(7) Ibid., 228 ss.

(8) Ibid., 296 s.

a los berneses y con esto al protestantismo, a pesar de la paz de Cateau-Cambresis (1).

Aunque los cantones católicos no procedieron ni con mucho tan decididamente como los novadores, con todo, en virtud de su robusta unidad pudieron ejercer influencia en la reorganización religiosa de Suiza. Después de la victoria de las armas católicas en la batalla de Kappel, siguióse en 1532 el restablecimiento de la antigua religión en Bremgarten y Mellingen en Argovia, en algunos señoríos del Linth y en la baillía de Sargans (2). En cambio, en el señorío de Rheintal, en Turgovia, en San Galo y Toggenburg, los protestantes sólo en parte volvieron a la antigua Iglesia (3). La comunidad protestante de Locarno, la única que había en el Tesino, se hubo de disolver en 1555 forzada por los cantones católicos, y los ciento dieciséis novadores que se resistieron, emigraron a Zurich (4). Asimismo se defendieron los derechos de la antigua religión en Glaris con un convenio confirmado en 1564 (5). Las baillías exentas del cantón de Argovia hubieron de prometer por escrito, en 1568, ser obedientes a los cinco cantones y nunca apostatar más de la fe (6). Principalmente la decisión del historiador Egidio Tschudi había contribuido a los felices éxitos obtenidos en Sargans, Locarno y Glaris (7); «si tuviésemos, escribíale su maestro Glareán, dos o tres Tschudis en la Confederación, estaría curado su cáncer, la herejía» (8).

Después de la contienda de Glaris se retiró Tschudi de la política para dedicarse enteramente a la ciencia. Otro mayor que él tomó ahora el cargo de amonestar e instar en la Confederación católica: el cardenal Borromeo. Ciertamente los esfuerzos de este apostólico varón no iban dirigidos a la política; enderezábanse de

(1) Dierauer, 236 ss., 315 ss., 322.

(2) Ibid., 189 ss.

(3) Dierauer, III, 193 ss.

(4) Dierauer, III, 298 ss. Cf. Fernando Meyer, *El municipio evangélico de Locarno*, Zurich, 1836.

(5) Dierauer, III, 309 ss. Mayer, Concilio, I, 6, 126. El que por causa de Glaris no tomasen las armas los cantones católicos, se debe al Papa, que quiso prestarles su apoyo sólo para defenderse, pero no para atacar. Feller, I, 42.

(6) Dierauer, III, 313. Lo que se refiere *ibid.*, 312 sobre el Valais, no es exacto; cf. Mayer, I, 105-117.

(7) Dierauer, III, 193, 301, 309.

(8) Ibid., 301.

todo en todo solamente a la renovación interior religiosa de la Suiza católica (1).

Por su nombramiento de arzobispo de Milán era Borromeo no sólo el más próximo vecino de Suiza, sino también prelado de tres valles suizos, los de Levantino, Riviera y Blenio. Además, los cantones católicos en su primera embajada al recién elegido Pío IV, habían pedido por cardenal protector directamente al nuevo secretario de Estado y poderoso nepote (2). Melchor Lussy fué quien, como representante de su patria, hizo esta petición y podía estar cierto de que se le otorgaría. Pues los suizos, a pesar de la pequeñez de su país, eran entonces muy apreciados como guardas de los pasos de los Alpes y por su reconocida superioridad militar (3). Fuera de esto, el cariño que tenía el nuevo Papa a los suizos, era tan conocido, que aun algunos cantones protestantes tuvieron parte en la carta gratulatoria por su elección (4).

En la primera visita pastoral que en octubre de 1567 hizo Borromeo a los tres valles suizos, halló las cosas en muy mal estado, principalmente entre el clero (5). Faltaba un establecimiento de educación para los clérigos jóvenes, por lo cual se juntaba en los sacerdotes gran relajación de costumbres con escasa ciencia (6). Los beneficios en los valles montañosos eran muy tenues; además, de muchas parroquias se había de dar la mitad de la renta del primer año al preboste seglar; en Locarno hasta se le había de dar íntegra. La consecuencia de esto era que los clérigos se dejaban invitar de buen grado a los grandes banquetes, iban a cazar, y procuraban ganar algún dinero comerciando y ejercitando el oficio de posaderos (7). La colación de los cargos eclesiásticos, conforme a antigua costumbre, no correspondía inmediatamente al arzobispo, sino a cuatro canónigos de Milán; mas en el decurso

(1) Cf. Dierauer, III, 332 s.; Ed. Wymann, *El cardenal Carlos Borromeo en sus relaciones con la antigua Confederación Helvética*, Stans, 1910; Paolo d'Alessandri, *Atti di S. Carlo riguardanti la Svizzera e suoi territorii*, Locarno, 1909; Rossetti en el *Bollett. storico della Svizzera Ital.*, 1882 (Actas sobre la visita de Borromeo a Suiza, 1567-1571); cf. *ibid.*, 1895 (Actas, 1571 a 1580); Sala, *Docum.*, II, 306 ss.

(2) Reinhardt-Steffens, *Introducción*, p. xxvii; Wymann, *loco cit.*, 77 ss.

(3) Wymann, *loco cit.*, 81.

(4) Reinhardt-Steffens, *Introducción*, p. xxvii.

(5) Wymann, *loco cit.*, 155-173. Bascapé, I. 2, c. 3, p. 32-34.

(6) Wymann, *loco cit.*, 166.

(7) *Ibid.*, 162 ss.



del tiempo la jurisdicción eclesiástica había sido reducida en general a una sombra y casi totalmente usurpada por el poder civil (1).

A causa de la mayor autoridad del brazo secular el cardenal había solicitado su cooperación en la visita pastoral. En vista de esto Uri le envió su tesorero Juan Zumbrunnen, Nidwalden al noble Melchor Lussy, y Schwiz a un cierto Juan Gasser (2). Acompañado de ellos, recorrió Borromeo los tres valles durante el mes de octubre, examinando, amonestando y castigando. Terminada la visita, juntó luego a todo el clero en Cresciano y de nuevo les inculcó sus obligaciones, después de lo cual también Juan Zumbrunnen pronunció un discurso lleno de energía y aseguró que nadie hallaría amparo en el poder civil contra las disposiciones del arzobispo. Siguióse luego la aceptación de los decretos tridentinos y la profesión de fe prescrita por el concilio (3). Para distinguir claramente los derechos de la autoridad civil y los de la eclesiástica, Borromeo envió más tarde el proyecto de un ajustamiento, sobre el cual se deliberó en Brunnen el 29 de diciembre de 1567. El cardenal, sin embargo, no consiguió mucho con su propuesta; en atención a la vida santa y sentimientos paternales de Borromeo se quiso concederle para durante su vida las peticiones presentadas, pero el arzobispo no se dió por contento con esto (4). Mucho más se pudo alegrar de su buen éxito en otro respecto. «Ya en 8 de septiembre de 1568, Bartolomé Bedra, vicario del arzobispo en Chiggiogna, ponderaba la completa conformidad de los de Levantino en juzgar que desde hacía doscientos años no habían tenido un clero tan excelente como ahora.» (5)

Borromeo visitó por lo menos diez veces el Tesino (6). En su segunda visita pastoral, efectuada por agosto de 1570, fué a visitar también la Suiza alemana (7). Su protectorado se extendía igualmente sobre toda la nación helvética, y hablando personalmente con los hombres más influyentes de los cantones católicos,

(1) Wyman, 155 ss.

(2) Ibid., 170.

(3) Ibid., 190. Bascapé, l. 2, c. 3, p. 33.

(4) Wyman, loco cit., 171; cf. 185.

(5) Wyman, loco cit., 170. Omnino spatio mensis adeo profecit, ut eius ecclesiae tota pene facies immutaretur (Bascapé, l. 2, c. 3, p. 33). Otra expresión laudatoria se halla en Wyman, loco cit., 170, nota.

(6) Ibid., 169.

(7) Reinhardt-Steffens, Intr., p. cccx ss. Wyman, loco cit., 174-243.

pensaba poder facilitar una solución a la cuestión jurisdiccional de los tres valles. Para que su viaje causase menos extrañeza, combinó con él una visita a su hermana Hortensia en el castillo de Hohenems en el Vorarlberg. El 20 de agosto de 1570 Borromeo se hallaba en casa de Gualtero Roll en Altdorf, al día siguiente en casa de Melchor Lussy en Stans; en la llamada casa de Winkelried se muestra todavía allí el aposento que habitó. Después de una excursión al sepulcro del muy venerado ermitaño beato Nicolás de Flüe, visitó a Lucerna, Zug, Einsiedeln y San Galo, donde hizo una plática al abad Otmaro Kunz y su convento. De vuelta de Hohenems tocó en Schwyz y a invitación de Egidio Tschudi también en Altdorf. El 6 de septiembre el cardenal entraba de nuevo en Milán.

Borromeo hizo llegar a Roma por el cardenal Burali una extensa relación sobre su viaje (1), que se puede designar como un verdadero reconocimiento del país (2), sobre el estado de Suiza y los medios de remediar los males de aquella iglesia. Dícese allí, que ante todo se dignase el Papa enviar a Suiza un nuncio, el cual no se entremetiese en política, sino se dedicase únicamente al cuidado de las cosas eclesiásticas. Que de hábil manera había de llamar la atención de los señores suizos sobre que, a pesar de su acatamiento tantas veces ponderado al concilio, no observaban sus ordenaciones en lo relativo a los beneficios; que luego se podría sin duda conseguir que se contentasen con el derecho de presentación para las prebendas y reconociesen que la colación propiamente dicha procede de la autoridad eclesiástica. Que por lo que toca al clero, sólo de los eclesiásticos jóvenes era de esperar una transformación interior; pero que se podría fácilmente poner término a los desórdenes que salían afuera (3). Mas que para esto era enteramente necesario un proceder uniforme en todas las partes de Suiza, pues mientras la reforma no se ejecutase más que en territorios aislados, los incorregibles podrían evadirla huyendo a otras comarcas. Que por tanto se debía obrar con severidad aun a riesgo de que algunos por desesperación se pasasen luego a los herejes;

(1) de 30 de septiembre de 1570, en Reinhardt-Steffens, Documentos, 6-17; cf. Intr., p. cccxxiii ss.

(2) Hürbin, II, 228.

(3) Un año antes de la visita de Borromeo el concejo de Lucerna había dirigido una amonestación a los franciscanos de dicha ciudad, a causa de su vida escandalosa; v. Protocolos del concejo, XXVII, 393<sup>b</sup>, *Archivo público de Lucerna*.

porque al fin era mejor para el bien común, que quedara la Iglesia libre de tales gentes. Que otro medio para preparar mejor estado de cosas era la fundación de un seminario para Suiza, el cual podría ser sostenido fácilmente por las ricas abadías, y se habría de confiar a los jesuitas; que Lucerna sería para esto el lugar más apropiado. Finalmente que se erigiese un colegio de la Compañía en Constanza.

Para lo futuro estos proyectos fueron de suma importancia; pero por el momento se opusieron a su realización insuperables obstáculos (1). Por lo pronto no logró el Papa hallar un personaje a propósito para el cargo de nuncio de Suiza. En abril de 1571 propuso Lussy al cardenal Borromeo, que Pío V dirigiese un breve a los siete cantones católicos sobre el envío del nuncio para investigar su modo de sentir. El breve (2) llegó, pero los siete cantones católicos no contestaron, sino que en noviembre de 1571 enviaron un agente a Roma, y en vista de las manifestaciones de éste renunció Pío V a la misión de un nuncio (3). También las negociaciones sobre la fundación de un establecimiento de enseñanza para la Suiza alemana se dilataron todavía mucho tiempo (4). El Papa se hubo de contentar con hacer educar entre tanto, a ruegos de los cantones católicos, cierto número de jóvenes suizos en los seminarios de Italia (5).

Por el mismo tiempo que Borromeo, el obispo Laureo de Mondoví se esforzaba por conseguir un nuncio para Suiza, a cuya misión empero se pensaba darle esta vez de nuevo un carácter más bien político; pues debía impedir que los ginebrinos fuesen admitidos en la Confederación. Naturalmente Ginebra, después que había sacudido la soberanía de su obispo y del duque de

(1) Reinhardt-Steffens, Intr., p. cccxxx ss.

(2) de 9 de junio de 1571, *ibid.*, Docum., 49.

(3) Alciati a Borromeo en 9 de febrero de 1572, en Reinhardt-Steffens, *ibid.*, 53: S. S<sup>ta</sup> essendosi a veduto molto bene della loro intrinseca volontà et del fine, al quale tendono, m'ha detto essersi risoluta di non mandarli per hora Nuntio alcuno; porque si había nuncio en Suiza, no se podía ya cerrar los ojos a las usurpaciones de los suizos.

(4) Reinhardt-Steffens, Introd., p. cccxxvii.

(5) Cf. el breve a Borromeo de 9 de mayo de 1566, el dirigido a los cinco cantones, de 12 de julio, el enviado a los obispos suizos, de 12 de junio, y el remitido al cardenal Marcos Sittich, de 18 de mayo de 1566, en Laderchi, 1566, n. 204-208; breve de 23 de agosto de 1566, en Wirz, 386, otros de 17 de mayo y 12 de junio de 1566 a Borromeo, en Sala, Docum., I, 175, 180; Actas de dietas, IV, 2, 348, 350; Reinhardt-Steffens, Introd., p. clxxix.

Saboya, tenía que procurar unirse a los cantones suizos para poderse defender de Saboya. Pero desde que la ciudad de Calvino se convertía cada día más en centro de un movimiento religioso muy difundido, los Papas se veían obligados a apoyar según sus fuerzas las pretensiones de Saboya y enajenar a Suiza de los ginebrinos. Paulo IV prometió apoyo al duque Manuel Filiberto, vencedor de San Quintín, cuando éste, conforme a la paz de Cateau-Cambresis, procuraba recobrar sus dominios, ocupados por los franceses y berneses, y juntamente sus derechos sobre Ginebra (1). Pío IV se afanó por inducir a los reyes de Francia y España a que socorriesen al duque (2). De Francia apenas se podía ya esperar nada después que estallaron las guerras de los hugonotes. Mas a Felipe II hizo proponer el Papa repetidas veces, que después del sometimiento de los Países Bajos mandase marchar al duque de Alba contra Ginebra; díjole que esta ciudad era el receptáculo de todos los sediciosos de los Estados del rey católico, de Francia, Saboya y Alemania (3). Saboya recibió de Pío V subsidios pecuniarios, procedentes de los bienes eclesiásticos (4), y el nuncio de Saboya agenció una alianza entre el duque y la Suiza católica (5). El Papa no necesitó declararse expresamente contra un convenio de los suizos católicos con Ginebra, pues semejante convenio fué rechazado por los cantones católicos; en cambio, en 1571 se supo en Roma con inquietud la noticia de una aproximación de Ginebra a Saboya (6).

Mucho más fructuosas que estas negociaciones sin resultado, fueron las pacíficas conferencias de Borromeo, aun para aquellas

(1) Dieraner, III, 317.

(2) Breve de 14 de junio de 1560 (a Francisco II), en Raynald, 1560, n. 29, Wirz, 376 (con fecha de 11 de junio), y otro de 13 de junio de 1560 (a Felipe II), en Wirz, 377. Breve al nuncio suizo de 14 de junio de 1560, en Raynald, 1560, n. 29, Wirz, 379 (con fecha de 13 de julio).—En el breve de 14 de junio se hace responsable a Ginebra de la conjuración de Amboise: *id est fons, unde perditissima haud dubie consilia superioribus diebus manarunt ad tumultus et seditiones in regno tuo excitandas*.

(3) Bonelli a Castagna en 29 de abril de 1567, Corresp. dipl., II, 95 s., cf. 132, nota, 133, 166; Zúñiga a Felipe II en 17 de agosto de 1568, *ibid.*, 444.

(4) El embajador saboyano en Roma, Vicente Parpaglia, al duque en 17 de junio de 1569, en Cramer, 229.

(5) Laureo a Roma en 21 de abril de 1571, *ibid.*, 264.

(6) Rusticucci a Laureo en 16 de julio de 1571, *ibid.*, 269. Sobre las proposiciones de Ginebra cf. las dietas helvéticas de 25 de marzo, 24 de junio y 30 de septiembre de 1571 en las actas de dietas, IV, 2, 467, 476, 483.

regiones de Suiza que por entonces no visitó personalmente. Así, por ejemplo, para los Grisones. En su viaje a Hohenems, lo mismo que a la vuelta de allí, Borromeo tuvo una entrevista con el más ardoroso paladín de la antigua religión en el país de los Grisones, el abad de Disentis, Cristián de Castelberg (1). A su monasterio enteramente relajado lo había Castelberg despertado a nueva vida con la admisión de jóvenes hábiles y con su enérgico proceder, y vuéltolo a levantar aun económicamente. Asimismo trabajaba Castelberg con sumo ardor por la confirmación y defensa de la antigua fe; «daba incansablemente misiones en los diversos pueblos del país, iba de un lugar a otro de aquellas montañas, celebraba la santa misa y exhortaba al pueblo a la constancia en la fe de sus padres» (2).

El estado de la religión entre los católicos grisones era en extremo triste. Ya antes de estallar la revolución religiosa había allí cierta oposición al obispo de Coira, cuyos derechos temporales se trataba de reducir. Ya sólo por esta causa eran los Grisones un terreno abonado para las nuevas doctrinas; principalmente se ha de entender esto de la misma capital de la diócesis, porque se esforzaba por ser heredera del obispo. Por otra parte, a pesar de la disminución de su brillo exterior, la sede episcopal de Coira era todavía como una posesión codiciable para la ambición de los principales del país, muchos de los cuales deseaban por esta causa que continuase subsistiendo el obispado. Precisamente al subir al trono Pío V el partido del arcipreste de Sondrio, Bartolomé Salis, estaba en litigio con el obispo legítimamente elegido, Beatus a Porta, y después que hubieron tenido que cederle el palacio episcopal por intervención del Papa, del emperador y de los cantones católicos, molestaban a su prelado con inacabables dificultades, hasta que finalmente renunció (3). Por lo demás, la constitución enteramente democrática de los Grisones tenía también un lado bueno para los católicos. Al paso que en Zurich y Berna los súbditos habían de admitir de grado o por fuerza la religión que les prescribía el gobierno, en los Grisones la decisión

(1) Cf. Juan Cahannes en los Estudios y comunicaciones de la Orden benedictina y de la cisterciense, XX (1899), 89-101, 212-234.

(2) Reinhardt-Steffens, Introd., p. cccix.

(3) Hay de esto una exposición circunstanciada *ibid.*, p. LXXXVII-XCVIII, CCLXXVII-CCCIX. Cf. Laderchi, 1566, n. 261 s.

estaba en manos de cada municipio. Así sucedía que allí cambiábase la religión de un municipio a otro, y de las tres ligas del país la principal o Liga Gris era en su mayor parte todavía católica, al paso que la Liga Caddea o de la Casa de Dios y la de los Diez Tribunales seguían las nuevas doctrinas (1).

A la segunda entrevista de Borromeo con Cristián de Castenberg asistió también el obispo Beatus a Porta y el juez territorial de la Liga Gris. El cardenal halló buena voluntad en el obispo Beatus, pero aun más miedo y vacilación. Procuró animarle a hacer una visita pastoral y a emprender la reforma de los sacerdotes, mayormente habiendo el juez territorial prometido también el apoyo del brazo secular. Con todo no logró conseguir gran cosa ni vencer el miedo del obispo a un levantamiento popular y a la pérdida de sus rentas y sede episcopal (2).

Por lo demás, cuán fácilmente los protestantes grisonos podían ser excitados contra los católicos, muéstralo cabalmente en aquellos años la triste suerte del más poderoso de los defensores seculares de la antigua religión, Juan Planta. Por dos breves de 9 y 15 de septiembre de 1570, Pío V le había facultado para reivindicar para la Iglesia dos prebostazgos de la Valtelina que habían pertenecido a la suprimida Orden de los humillados; una bula de 28 de febrero de 1571 extendía esta facultad a todas las prebendas de los obispados de Coira y Como contra derecho enajenadas a la Iglesia. Sólo en un caso hizo Planta uso de estos poderes en favor de un hijo suyo. Pero al punto los predicantes excitaron al pueblo de suerte que Planta fué llevado a juicio y ejecutado en 1572 (3).

### III

En tiempo de Pío V principalmente, fué carácter distintivo del calvinismo una mortal hostilidad contra la antigua Iglesia y sobre todo contra los defensores y propagadores de sus doctrinas.

(1) Sobre la constitución de los grisonos y el influjo de la misma en las circunstancias religiosas cf. Schiess, XLII s.

(2) Cf. el informe de Borromeo, de 30 de septiembre de 1570, en Reinhardt-Steffens, Documentos, 15 s.

(3) M. Valaer, Juan de Planta (disertación), Zurich, 1888. Schiess, xcviII a cxII. Ibid., cx s. se dan algunas disculpas del proceder de los predicadores protestantes y de la ejecución.

Hasta a los misioneros que dejaban las comodidades de su patria para enseñar los principios elementales del cristianismo a los envilecidos salvajes en los países de ultramar, se les imputó semejante empresa como un crimen digno de muerte.

Habíase abierto a las misiones un campo lleno de hermosas esperanzas entre los indios que habitaban las selvas del Brasil, a la verdad muy degenerados, pero dóciles y manejables, y había sido cultivado con feliz éxito por los jesuitas desde 1549 (1). Cuando ahora el general de la Compañía, San Francisco de Borja, nombró en 1566 visitadores para las diversas Provincias de su Orden (2), envió a la América del Sur al fervoroso portugués P. Ignacio de Acevedo; el cual debía finalmente introducir entre los misioneros las Constituciones y las demás leyes de la Orden, que hasta entonces habían quedado allí desconocidas, y dar cuenta a Roma del estado de sus trabajos.

En sus relaciones a Borja (3) hace resaltar Acevedo en primer lugar, que ante todo se habían de mandar más operarios a esta misión tan floreciente y llena de esperanzas; que el corto número de los jesuitas brasileños, su aislamiento y soledad significaban un peligro para los mismos misioneros. Mas que ahora era imposible por algún tiempo acrecentar su número con indios y mestizos; que se tenía por cierto que no servían para sacerdotes ni religiosos. Que asimismo poco era de esperar de los colonos portugueses, cuyas ideas se ocupaban exclusivamente en sus plantaciones y mercaderías. Que tampoco algunos de los misioneros allá enviados desde Portugal habían correspondido a las esperanzas en ellos puestas. Que por tanto no quedaba más que un partido: reclutar jóvenes en Europa y formarlos en el mismo Brasil en el conocimiento de las lenguas de los indios, y para los trabajos de su evangelización. Que también algunos artesanos, como pedreros y carpinteros, serían recibidos con mucho agrado en un país donde había suma falta de tales obreros.

Contaba, pues, Acevedo con el ardor de la juventud portuguesa por las misiones, y no se había equivocado. A principios de 1569 volvióse a Europa y visitó la Ciudad Eterna, donde Pío V poco

(1) Cf. nuestros datos del vol. XIII, 273.

(2) Sacchini, P. III, l. 2, n. 18. Cf. G. Cordara, *Istoria della vita e della gloriosa morte del B. Ignazio de Azevedo*, Roma, 1854.

(3) de 9 de noviembre de 1566 y 2 de marzo de 1569, S. Franciscus Borja, IV, 341 ss., V, 27 ss.

después expidió breves en favor de la misión del Brasil, dirigidos al obispo de Bahía y al virrey electo, Fernando de Vasconcelos (1). Cuando luego Acevedo, provisto de una carta de recomendación de Borja (2), recorrió los colegios de los jesuitas de la Península Pirenaica, sus ardorosas palabras excitaron allí una tempestad de entusiasmo (3). De entre los muchos que pidieron ir con él al Brasil, pudo recomendar unos treinta para que fuesen recibidos en la Compañía de Jesús; de los colegios españoles trece jesuitas obtuvieron permiso para juntársele, y de la Provincia de Portugal veintisiete; fuera de esto se le ofrecieron todavía muchos artesanos por compañeros, de los cuales Acevedo retuvo dieciséis (4). Repartidos en tres navíos se hicieron a la vela el 7 de junio con la pequeña flota que debía llevar al lugar de su destino al nuevo gobernador del Brasil, Fernando de Vasconcelos (5).

Hasta entonces nunca la Compañía de Jesús había enviado una tan numerosa legión de misioneros (6). Pero de estos casi setenta jesuitas sólo uno llegó al Brasil, y aun éste porque enfermó en el viaje y hubo entre tanto de quedarse atrás (7). En la Madera la flotilla hizo una larga parada para aguardar vientos más favorables. El navío en que se hallaban Acevedo y unos cuarenta de sus súbditos, se desvió hacia una de las islas Canarias por causa de ciertos negocios comerciales, y cayó allí en poder del vicealmirante hugonote Juan Sore (8). La tripulación del navío

(1) Ambos de 6 de julio de 1569, en Laderchi, 1569, n. 340 s. El obispo es exhortado a *ferino victu atque cultu ad mitiores mores civilemque vitae rationem revocare* a los indios. Especialmente debían éstos ser acostumbrados a vestir decentemente, y por eso debía el obispo ponerse en relación con los funcionarios civiles.

(2) a los provinciales españoles de la Orden, de 4 de julio de 1569, S. Franciscus Borgia, V, 115.

(3) Sacchini, P. III, l. 5, n. 295 s.

(4) Acevedo a Borja en 16 de marzo de 1570, S. Franciscus Borgia, V, 319; cf. 155, 188, 191, 236.

(5) Sacchini, P. III, l. 6, n. 220. Acevedo a Borja en carta fechada en Belén el 2 de junio de 1570, S. Franciscus Borgia, V, 410.

(6) Sacchini, P. III, l. 6, n. 219.

(7) Ibid., l. 7, n. 201.

(8) Ibid., l. 6, n. 222 ss. Jac. Aug. Thuani *Historiarum sui temporis*, l. 47, Leiden, 1626, II, 659. Sacchini llama al hugonote Iacobus Soria, *perduellum ex factione Admiralii [Coligny] vicarius*; en de Thou se le da el nombre de Joannes Sora, *praefecti maris legatus*, lo cual en el tomo que sirve de índice (*Nominum propriorum... index, Coloniae Allobrogum, 1634, s. v.*) se traduce por Sore, Viceamiral. *Praefectus maris* es en de Thou Coligny.



apresado, aun aquellos que acababan todavía de pelear con las armas contra los piratas, fueron perdonados por Sore, pero a los jesuitas los condenó a muerte como a predicadores de la superstición papista. Después de muchos malos tratamientos fueron arrojados al mar, parte vivos y parte ya cadáveres. Sólo uno quedó con vida, según parece, para utilizarle como cocinero; pero se puso en su lugar espontáneamente el hijo del capitán portugués, que se vistió la sotana de uno de los jesuitas asesinados, y gozoso padeció la muerte como los otros por la fe católica (1).

Los demás navíos no consiguieron aportar al Brasil por causa de los vientos contrarios. Después de divagar errantes quince meses por el mar, la tripulación quedó tan disminuía por la muerte o la fuga, que se pudo juntar en una sola embarcación para volverse a Europa; también de los treinta que quedaban todavía de los compañeros del beato Acevedo, la mitad fueron de nuevo enviados a su patria. Junto a la isla Tercera, una de las Azores, también este último navío fué tomado el 12 de septiembre de 1571 por el corsario hugonote Cadaville. Vasconcelos cayó en la lucha, tres de los quince jesuitas fueron inmediatamente muertos y otros once arrojados al mar. Por falta de víveres los piratas echaron asimismo por la borda una parte de la tripulación del navío apresado, y entre ellos también al último jesuita, que se había quitado el traje religioso para quedar desconocido (2).

No todos los hugonotes aprobaron el proceder de Sore y Cadaville contra inofensivos sacerdotes y jóvenes, muchos de los cuales no tenían más que diecisiete o dieciocho años, y algunos sólo catorce o quince. Después que Sore llegó a La Rochela, la reina de Navarra puso en libertad a la tripulación del navío portugués apresado y aun al único jesuita que sobrevivía, pero sin darles dinero para el viaje (3). De las víctimas de Cadaville pudieron dos

(1) Sacchini, P. III, l. 6, n. 235 ss. Desjardins, III, 605. Dos de los jesuitas que se quedaron en la isla de la Madera, después de las debidas averiguaciones escribieron una relación sobre este suceso: Pedro Díaz en 18 de agosto y Miguel Aragonés en 19 de agosto de 1570; cf. Sommervogel, *Bibliothèque de la Comp. de Jésus*, I, 495, III, 40. Los demás escritos sobre Acevedo los cataloga Aug. Carayón, *Bibliographie historique de la Comp. de Jésus*, París, 1864, p. 212, n. 1492-1500.

(2) Sacchini, P. III, l. 7, n. 187 ss. La más antigua relación de estos sucesos es la de Fr. Enríquez, de 5 de diciembre de 1571; v. Sommervogel, IV, 273.

(3) Sacchini, P. III, l. 6, n. 263.

jesuítas llegar a nado a los navíos de sus enemigos gracias a haberse calmado el viento, y al amparo de la oscuridad fueron al fin todavía recogidos y salvados por almas compasivas (1). Pero sucesos como la muerte de Acevedo arrojan siempre vivísima luz sobre el hecho de que desde la revolución religiosa de Lutero y Calvino eran entre sí opuestas y se combatían en Europa, no sólo en el campo del dogma, dos concepciones del cristianismo radicalmente diversas. Que la cristiandad ha de procurar llevar el Evangelio al mundo pagano, es una idea que estaba entonces muy lejos de los novadores; hacer una tentativa en esta dirección precisamente en el Brasil apenas se había pensado seriamente. En la antigua Iglesia, por el contrario, continúa viviendo aquella idea, y enardece siempre de nuevo los ánimos para soportar los mayores sacrificios. En sus planes e intentos de ganar nuevos misioneros para el Brasil, nada le inquietaba menos a Acevedo, que el temor de que nadie se ofrecería para una empresa tan llena de sacrificios. Muchos, escribe a San Francisco de Borja (2), se procurarían por sí de buena gana aun las costas de tan larga navegación, con tal que vieses probabilidad de ser admitidos en la Orden al otro lado del océano. En la ciudad de Río de Janeiro, que entonces se estaba fundando, pudo Acevedo en 1567 poner también al punto la primera piedra de un gran colegio de jesuítas, y a expensas del rey don Sebastián (3), pues también los soberanos de las posesiones españolas y portuguesas dedicaban celoso cuidado a las misiones, y consideraban la propagación del Evangelio entre los paganos como un deber de su soberanía, a cuyo cumplimiento eran exhortados constantemente por los Papas.

Pío V no mucho después de su ascensión al trono había en este sentido hecho llegar a su nuncio en Madrid una instrucción sobre el modo de tratar a los indios de América (4). Dícese en ella,

(1) Sacchini, P. III, l. 7, n. 200.

(2) en 19 de octubre de 1566, S. Franciscus Borgia, IV, 342.

(3) Sacchini, P. III, l. 3, n. 262. Cf. Acevedo a Borja en 20 de febrero de 1567, S. Franciscus Borgia, IV, 411.

(4) Corresp. dipl., I, 437 ss.; cf. Catena, 93. Serrano pone esta instrucción en el año 1566; pero en ella se mencionan ya de un modo laudatorio los fructuosos trabajos de los misioneros en la Florida, de los que en Roma nada circunstanciado podía saberse en 1566. Más probable es que este documento sea el mismo que la instrucción de la que escribe Castagna a Mula en 20 de noviembre de 1568: He dado la instrucción sobre Indias al Rey (Corresp.

que a los reyes de España se les había concedido el derecho de conquistar los territorios ultramarinos con la condición de que plantasen allí la fe cristiana. Que por eso era obligación del rey cuidar de que hubiese en aquellas regiones buenos predicadores y sacerdotes, cuya sustentación habían de pagar los funcionarios civiles de los tributos que cobraban. Que el bautismo sólo se debía administrar a los indígenas después de haberlos instruido suficientemente en la religión cristiana; que para los ya bautizados, y principalmente para los niños, habían de procurarse maestros que los formasen cristianos y ciudadanos, y que no destruyesen con su ejemplo lo que predicaban con la palabra. Que las escuelas tenían que repartirse de suerte, que estuviesen situadas en parajes cómodos para los indios. Que por eso, donde los indígenas vivían diseminados por los montes, se los debía juntar en pueblos. Que así se podría también más fácilmente administrar justicia y castigar los delitos con la blandura conveniente a causa de la debilidad de los recién convertidos.

Que donde vivían juntos indios cristianos y paganos, por el peligro que había para los primeros, debían destruirse los templos gentílicos, y no tolerarse ningún impedimento del culto cristiano. Que se compudiese a los cristianos antiguos a dar buen ejemplo a los neófitos y a vivir en paz con ellos; que por causa de esta paz se debían también alejar con habilidad las ocasiones en que se bebía con exceso. Que también los indios paganos habían de respetar la santidad del matrimonio, por lo menos hasta el punto de renunciar a la poligamia. Que los indios no debían ser esclavos ni estar oprimidos con tributos inmoderados; que también los empleados públicos y señores tenían que mostrar respeto a los sacerdotes y misioneros; que los españoles diesen buen ejemplo en el Nuevo Mundo, por lo cual se habían de nombrar visitadores para los jueces y funcionarios. Que no debían emprenderse fácilmente guerras contra los paganos, ni hacerse con crueldad. Que la manera como se procuró introducir el Evangelio en la Florida, podía servir de modelo para otras regiones.

Lo que en esta instrucción se expone por extenso, lo inculca Pío V también otras veces en cartas dirigidas con alguna ocasión

a los gobiernos español y portugués. Cuando el rey don Sebastián y Felipe II, en los años 1567 y 1568, enviaron nuevos funcionarios a las colonias, se expidió toda una serie de breves en este sentido, para recordar a los reyes y empleados públicos su obligación (1). Al cardenal don Enrique de Portugal (2) le escribe el Papa, que el rey don Sebastián encargase al virrey y al Consejo de Indias, que hiciesen proteger a los recién convertidos de las violencias de la soldadesca, y quitar los escándalos, que retraen de la conversión. Hace resaltar, dirigiéndose al Consejo de Indias (3), que en ello se trataba también de la honra de Portugal, y del afianzamiento de su dominación en las Indias. Por eso amonesta al virrey portugués, que ampare a los misioneros, trate con afabilidad a los recién convertidos y los admita a los empleos y cargos públicos (4). Cartas semejantes escribe al rey de España y a sus funcionarios. El Papa no quiere disposiciones violentas; dice que con el buen gobierno y el buen ejemplo de los sacerdotes se haga ligero el yugo de Cristo a los indios ya convertidos, y las tribus todavía gentiles sean atraídas a la fe de una manera hábil y bondadosa (5). La exhortación a admitir a los indígenas a los cargos públicos, se repite de nuevo en 1571, en un breve al rey de Portugal, en el cual el Papa, anticipándose a su tiempo, recomienda también que se trabaje en la formación de un clero indígena, pues según dice, Europa andando el tiempo no podrá enviar el personal necesario para las misiones (6).

(1) Al cardenal Enrique de Portugal en 9 de octubre de 1567, en Laderchi, 1567, n. 252; al Consejo de Indias en 11 de octubre de 1567, *ibid.*, n. 253; al virrey portugués en 25 de diciembre de 1567, *ibid.*, n. 254; al virrey de Méjico, conde de Falces, en 8 de octubre de 1567, a Felipe II en 17 de agosto de 1568, *ibid.*, 1568, n. 206; tres breves, uno al cardenal Espinosa, otro al virrey del Perú, Francisco de Toledo, y otro al Consejo de Indias de España, todos de 18 de agosto de 1568, *ibid.*, n. 206. Cf. Margraf, *La Iglesia y la esclavitud*, Tubinga, 1865, 146 s.

(2) Laderchi, 1567, n. 252.

(3) *Ibid.*, n. 253.

(4) *Ibid.*, n. 254.

(5) A Felipe II, *ibid.*, 1568, n. 206.

(6) \*... non enim fieri potest, ut aliunde semper illuc mittantur, qui populis illis spiritualia ministrent; sed sicut nascentis ecclesiae temporibus apostoli ex eorum numero, qui fidem christianam receperant, aptiores et magis idoneos ministros eligebant, sic etiam nunc dare operam oportet, ut fides ipsa christiana apud eas nationes sic radices agat ac propagetur, ut recedentibus vel decedentibus eius auctoribus non continuo exarescat, sed habeat illic nativos cultores, quorum piis laboribus atque industria niti atque augescere

No ha de causar extrañeza que las cartas pontificias en favor de los países de misiones se dirijan sobre todo a los soberanos temporales. La Iglesia de Indias estaba de hecho puesta enteramente en sus manos aun sólo por la bula de Julio II de 28 de julio de 1508 (1). «Apenas es posible, dice hablando de Méjico un buen conocedor de la historia eclesiástica de este país (2), imaginar un sistema de inspección más absoluto que el que los reyes de España, o en persona, o por medio del Consejo de Indias, del virrey o gobernador, ejercían en todos los negocios eclesiásticos»; y lo que se dice de Méjico, se puede aplicar generalmente a las Indias. Ninguna iglesia, ninguna casa de regulares o fundación religiosa se podía erigir sin consentimiento del rey. Él poseía el derecho de nombramiento para todos los obispados. Diez días después de haberse dado a conocer a los obispos la voluntad del rey, habían de disponer que se diese posesión de los beneficios eclesiásticos; si se negaban a ello sin causa legal, debía algún otro obispo dar la posesión después de la elección del candidato. Compete al rey el derecho de presentación para todas las abadías y prelaturas de los religiosos y para todos los beneficios eclesiásticos (3). Él fija los límites de todos los nuevos obispados, envía religiosos y decide sobre su traslado de una provincia a otra. Las fundaciones religiosas están sometidas a la inspección del Consejo de Indias, y para que este derecho de inspección se ejercitase ple-

possit. Non enim tantum est in hominibus ad Christum convertendis lucri, quantum in eisdem, postquam christiani facti sunt, negligendis detrimenti. Al rey don Sebastián en 4 de enero de 1571, Arm. 44, t. XV, p. 280<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*.

(1) Tomada de la Colec. de docum. inéd. de Indias, XXXIV, 25, ha sido impresa por G. Berchet, *Fonti italiane per la storia della scoperta del nuovo mondo*, I, Roma, 1892, 24 s. Sobre los documentos pontificios para las dos Indias cf. J. Pereira de Solórzano, *De Indiarum iure*, Matriti, 1629 (Streit, n. 443). Cf. también nuestros datos del vol. VI, 351.

(2) C. Crivelli en *The Catholic Encyclopedia*, X, New York, sin año (1911), 260 s. Cf. A. Freytag en la *Revista de la ciencia de misiones*, III (1913), 11 ss.—«Quizá en ningún Estado europeo se ha usado el plázet regio en tal extensión, con igual rigor y por tan largo tiempo como en Portugal y sus colonias... Sin el exequátur del gabinete no se reconocía oficialmente valor jurídico dentro de los dominios portugueses, ni a la orden de un obispo, ni al decreto de un Papa, de cualquiera índole que fuese, ya dogmática, ya disciplinal. La promulgación de un documento no agradable se hacía físicamente imposible.» Adelelmo Jann, *Las misiones católicas en la India, China y Japón*, Paderborn, 1915, 112 s.

(3) Todo esto ya lo había concedido Julio II. Berchet, loco cit., I, 24.

namente, se estableció el cargo de comisario general. Los provinciales de los religiosos eran nombrados por el general de la Orden, pero éste debía indicar el sujeto elegido al comisario general, y el nombramiento quedaba en suspenso hasta ser aprobado por el Consejo de Indias. Todos los decretos por los que se suprimían Provincias de alguna Orden o se fundaban nuevas, el envío de visitadores y otras cosas semejantes, habían de presentarse al Consejo de Indias. Todas las bulas y breves del Papa, todas las instrucciones de los generales de las Ordenes y otros superiores pasaban por las manos del Consejo de Indias, sin cuyo sello no podían ponerse en ejecución; lo mismo se ha de decir de las ordenaciones de los concilios provinciales de las colonias y de los decretos de los capítulos de las Ordenes. Si se trataba de la fundación de nuevas misiones, Provincias de las Ordenes o seminarios, se debía antes nombrar un comisario, que presentaba la respectiva súplica al virrey o gobernador, a la audiencia territorial y al obispo. Con sus dictámenes se embarcaba luego el comisario para España y exponía su demanda al comisario general de Indias. De él pasaba el negocio con todos los dictámenes al Consejo de Indias; éste o el comisario general señalaba las Provincias de donde se habían de sacar los religiosos que se necesitaban. Con éstos podía después el comisario volverse a las Indias, donde con nuevas relaciones a las autoridades reales que lo habían enviado, llegaba finalmente a su término el negocio. Si un religioso quería irse de América, no podía alegar para ello ni siquiera un permiso del Papa, conforme a un real decreto de 29 de julio de 1564; había de tener la aprobación del Consejo de Indias, bien que en determinados casos bastaba ciertamente la licencia del obispo.

Algunos de estos derechos se los había atribuido a sí mismo el gobierno español, pero muchísimos se fundaban en concesiones de la Santa Sede. Pues los reyes habían dotado de rentas a casi todas las iglesias del Nuevo Mundo; costeaban los gastos del viaje de los misioneros y obispos, proveían las iglesias de cera, aceite y de todo lo que era necesario para el culto. La construcción de nuevas iglesias y la fundación de nuevas misiones habían menester en alto grado el apoyo del rey; si eran necesarias reparaciones en un templo, podían costearse de los tributos debidos al rey. Alejandro VI había concedido a éste el derecho sobre los diezmos de las Indias

con la condición de que dotase a las iglesias y sufragase los gastos del culto divino (1). Pero los reyes rara vez se valieron de este derecho, sino cedieron los diezmos a los obispos, al clero, a las iglesias o a los hospitales. En general los obispos nombrados por el rey eran varones doctos e idóneos, como, por ejemplo, un Julián Garcés de Tlaxcala, Zumárraga de Méjico y Vasco de Quirós de Michoacán. A pesar de las interminables formalidades en la fundación de los conventos, llegó a haber gran multitud de ellos, y los hospitales e iglesias apenas se podían contar. Por consiguiente, dada la profunda fe del pueblo español, el derecho real de inspección era en general favorable para las cosas eclesiásticas.

Precisamente en el reinado de Pío V aconteció una vez, que en el obispado mejicano de Oajaca el ya erigido seminario se hubo de cerrar, porque se retuvieron al obispo sus rentas; el Papa se quejó de ello al rey de España (2). Pero por lo demás, aun entonces las colonias y misiones eran socorridas generosamente por el gobierno español. Ofrece un ejemplo de ello en el pontificado de Pío V la fundación de una Provincia jesuítica en el Perú. El mismo Felipe II, en 1567, había solicitado misioneros para los indios de aquel país, y San Francisco de Borja había concedido dos de cada una de las cuatro Provincias españolas de su Orden, los cuales fueron por el rey tan copiosamente provistos de todo lo necesario, que pudieron rehusar muchos generosos donativos de personas particulares (3). Sobre el equipo de los jesuitas que en 1571 fueron enviados a Méjico para fundar allí una Provincia de su Orden, nos queda todavía la instrucción real (4), la cual indica con exactitud lo que se ha de dar a cada uno.

El rey don Sebastián de Portugal no iba a la zaga en este respecto al soberano español. A su propuesta de fundar algunos seminarios para la formación de misioneros, permitió Pío V que

(1) Por una bula de 25 de septiembre de 1493, que se halla impresa en Berchet, I, 15 s., tomada de Solórzano, I, 613. Cf. el breve de Julio II, de 8 de abril de 1510 (publicado por F. Fita en el Boletín de la R. Academia de la Historia, 1892, 261 ss.), *ibid.*, 230 s.

(2) Tres cartas, una a Castagna, otra a Felipe II y otra al obispo de Oajaca (Antequera), todas de 2 de abril de 1570, en Laderchi, 1570, n. 424, 426, 427.

(3) Astrain, II, 307. Sacchini, P. III, l. 3, n. 280. Sobre el llamamiento de los jesuitas al Perú cf. S. Franciscus Borgia, IV, 619, 631, 641, 658, 678 ss.; Astrain, II, 304 ss.

(4) de 6 de agosto de 1571, en Astrain, II, 300 s.

se cediesen a las Ordenes mendicantes, por ejemplo, a los dominicos, o también a los jesuitas, varios monasterios relajados, con la condición de que enviasen cada año a las Indias algunos misioneros (1). También el rey hubiera deseado que se erigiesen en las Indias casas especiales para catecúmenos, en las cuales fuesen instruídos algún tiempo antes de su bautismo los paganos que quisiesen abrazar el cristianismo (2). Pío V apoyó también este plan, concediendo indulgencias para los que contribuyesen con subsidios a tales fundaciones, y para los que se dedicasen en semejantes casas al servicio de los catecúmenos (3).

Las advertencias del Papa al rey de España produjeron desde luego sus frutos para la parte española de la América del Sur, el virreinato del Perú. Cuando Felipe II en 1568 envió allá a don Francisco de Toledo como nuevo virrey, le inculcó especialmente el cuidado del bien espiritual de los indios (4), y los puntos, en los que Toledo preparó un mejoramiento, son casi los mismos en que había insistido también Pío V en su instrucción al nuncio Castagna.

En la conquista del Perú se había dividido el país en muchos distritos pequeños y en cada distrito confiándose a un español, junto con la administración temporal, también el cuidado de la conversión de los indios. Incumbencia de estos llamados comenderos era poner en el territorio de su encomienda un párroco del clero secular o regular, cuya manutención estaba asegurada con una subvención anual del comendero, y con entregas en especie y el trabajo personal de los indígenas. Si ahora el mismo comendero pagaba al párroco con frecuencia de mala gana su sueldo, de los indios no raras veces sólo por la fuerza se podía obtener que presatasen sus servicios. Y este estado de cosas se agravaba todavía,

(1) Breve de 27 de octubre de 1567, en Laderchi, 1567, n. 248.

(2) Breve de 4 de octubre de 1567, *ibid.*, n. 251.

(3) Cf. una relación de Toledo, escrita poco después de su llegada al Perú, de la que hay impresa una Relación sumaria en la Colec. de docum. inéd. para la historia de España, XCIV, 255-298, y el Memorial que compuso trece años más tarde a su vuelta a Europa, *ibid.*, XXVI, 122-161. Un breve resumen sobre el estado de las cosas en América puede verse en Sacchini, P. III, l. 8, n. 315 ss.

(4) Una de las cosas que principalmente por V. M. me fué mandada y dada instrucción para ello cuando V. M. me mandó que fuese al gobierno de aquella tierra, fué la doctrina y conversión de los naturales della y su gobierno y sustentación. Toledo en el Memorial, loco cit., 134.



por cuanto el párroco tenía, aun en cosas civiles, derecho de castigar a los indios; con esto él mismo, las encomiendas y todo el cristianismo venían a ser objeto de odio (1).

La crueldad con que los conquistadores sojuzgaron algunas sublevaciones de los indios, y la dureza con que se aprovechaban de sus fuerzas en beneficio propio, no eran a propósito para hacer que los indígenas se hallasen contentos de aquel estado de cosas. El dominico Gil González, testigo ocular, en un escrito en favor de los indios dice que éstos estaban en una condición mucho peor que la de los esclavos, porque llevando sobre los hombros sus provisiones de boca y otras cargas, tenían que hacer primero un camino de veinte a treinta leguas para llegar al sitio de su trabajo; que desde niños eran sobrecargados de trabajo, de modo que no tenían una hora alegre desde su nacimiento hasta su muerte (2). Otro religioso, Rodrigo de Loaisa, que por espacio de treinta y tres años observó las cosas del Perú, escribe aún en 1586, que algunos indios se quitaban la vida para escapar de las opresiones, y que cuando los sacerdotes les reprendían el suicidio como un pecado que llevaba al infierno, daban los indios por respuesta, que no querían ir al cielo, si había allí españoles; porque éstos los atormentarían aún en la otra vida más terriblemente que los demonios en el infierno (3). Sólo una mala excusa daban los opresores, y era, que los indios eran tratados por sus propios caciques todavía peor que por los extranjeros (4).

La instrucción que recibían los peruanos en lo tocante a la religión cristiana, era muchas veces insuficiente. Había falta de sacerdotes, y donde los había, ignoraban las lenguas de los indios, o consideraban su posición principalmente como una ocasión para enriquecerse. De las reducciones en que tocó el virrey Francisco de Toledo en su primer viaje de visita, había diecisiete sin sacer-

(1) Sacchini, P. III, l. 8, n. 315.

(2) Relación de los agravios que los Indios de las provincias de Chile padecen: Colec. de docum. inéd., XCIV, 77.

(3) Memorial de las cosas del Perú tocantes á los Indios, c. 48: Colec. de docum. inéd., XCIV, 589. El autor parece ser agustino, pues según la p. 571 s. la Orden a que pertenecía, era la más moderna en aquellas partes; pero de las cuatro Ordenes religiosas antiguas del Perú, los franciscanos, dominicos, mercedarios y agustinos (Memorial, c. 21, p. 569), las tres primeras habían enviado ya al Perú misioneros con los primeros conquistadores. Cf. la Relación de Pedro Ruiz Naharro en la Colec. de docum. inéd., XXVI, 248, 255.

(4) Loaisa, Memorial, c. 47, loco cit., 587.

dote (1); en el obispado de Quito halló en un distrito de cuarenta y dos millas de extensión, un solo sacerdote (2). En el arzobispado de Lima contábanse cuarenta parroquias de indios vacantes (3). Algunos indios quejáronse con lágrimas al virrey, de que no entendían a sus maestros, ni eran por ellos entendidos (4); sabían las oraciones cristianas, pero las rezaban como papagayos, sin entenderlas (5); los intérpretes de que se servían los párrocos de indios, eran de poca confianza (6). Por qué el Papa instaba al gobierno español principalmente a la instrucción religiosa de los indios, vese con demasiada claridad por tales manifestaciones: los indios del Perú eran cristianos de nombre, pero no en su interior; muchas veces hasta los bautizados seguían practicando ocultamente la antigua idolatría (7).

Hay que decir para honra del gobierno colonial español, que se esforzó sinceramente por suprimir o amenguar estos males. Toledo ordenó que en adelante ningún religioso o clérigo pudiera solicitar una parroquia de indios, si no sabía la lengua de sus futuros feligreses; y que a los sacerdotes ya colocados no se les pagase el sueldo entero hasta que hubiesen demostrado sus conocimientos en este respecto. En la universidad de Lima se estableció una cátedra especial de la lengua más extendida entre los indios, ante cuyo catedrático habían de sufrir su examen los que pretendían parroquias de indios (8). Además podía gloriarse Toledo de que en su gobierno el número de los curas de los indígenas se había aumentado en más de cuatrocientos, cuyo salario se pagaba de los tributos (9). Como el medio principal para hacer posible una ordenada cura de almas entre los peruanos, consideró Toledo una disposición, que también había recomendado Pío V; es a saber, que a los indios que vivían diseminados por las montañas, y hasta en inaccesibles escondrijos, se los juntase en reducciones, y se destinase un sacerdote para cada cuatrocientos o quinientos indí-

(1) Toledo, *Relación sumaria*, n. 9, p. 256.

(2) *Ibid.*, n. 10, p. 256.

(3) *Ibid.*, n. 30, p. 263.

(4) Toledo, *Memorial*, n. 3, loco cit., XXVI, 126.

(5) Toledo, *Relación*, n. 15, p. 258.

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.* y *Memorial*, n. 4, p. 127.

(8) Toledo, *Memorial*, n. 3, p. 126.

(9) *Ibid.*, n. 18, p. 142.

genas. Que las reducciones se estableciesen en los sitios mejores de la comarca, y se proveyesen de edificios públicos, como casas de ayuntamiento, hospitales y cárceles; que en el concejo de cada una de estas pequeñas poblaciones los mismos indios tuviesen asiento y voto y decidiesen sobre sus negocios (1). Que antes de hacer cristianos a los peruanos todavía no bautizados, se había de tener cuidado de que primero fuesen hombres de buenas costumbres; declaró que en este sentido había dado comienzo en Cuzco y Lima a la construcción de dos colegios, en los cuales debían ser instruídos y educados los hijos de los caciques y principales, pues según el ejemplo de sus cabezas se dirigirían en todo los demás indios (2). Toledo considera como su mérito especial la reorganización de la administración de justicia para los indígenas (3); se gloria de que ahora todo indio se atrevía a pedir justicia contra los españoles, contra los sacerdotes y comenderos, y aun contra sus propios caciques (4). Añade que fuera de esto, por orden suya se habían satisfecho a los indios millón y medio de salarios retenidos (5), erigídose y dotado hospitales para ellos en Guamanga, Cuzco, La Paz, Chuquisaca, Potosí y Arequipa (6), y tomádose providencias para protegerlos contra los que se aprovechaban de ellos para sus ganancias y contra los despojadores de sus bienes (7).

Con muy significativa expresión dice fray Loaisa, que todos los virreyes y altos funcionarios del Perú habían procurado remediar los numerosos males existentes, pero les había pasado como al calderero, que para tapar un agujero hace cuatro nuevos (8). También sobre las disposiciones de Toledo forma Loaisa con frecuencia un juicio muy desfavorable. Así dice que a causa de los abusos había sido ciertamente muy bien ordenado, que los párrocos de los indios no poseyesen más el derecho de apalear e imponer otros castigos semejantes; pero que el corregidor en muchos lugares tal vez no se hallaba presente en todo el año más que dos días; que si ahora el cura no podía proceder contra la embriaguez y el concu-

(1) Toledo, Memorial, n. 18-19, p. 141 ss.

(2) Ibid., n. 4, p. 127.

(3) Ibid., n. 8 y 20, p. 129 y 143 ss.

(4) Ibid., n. 8, p. 130.

(5) Ibid., n. 17, p. 140.

(6) Ibid., n. 14, p. 138.

(7) Ibid., n. 21-22, p. 146 ss.

(8) Memorial, c. 27, p. 573 s.

binato, reinaba completa impunidad y desenfreno (1). Que además había tenido malas consecuencias el que a los curas de los indígenas ya no se les diese, como hasta entonces, parte de su salario en entregas en especie (2). Pero que principalmente los tributos que Toledo imponía a los indios, eran demasiado elevados; que habían de trabajar todo el año o irse al Potosí a cavar en las minas, sólo para adquirir el dinero en que se habían de pagar los impuestos (3).

A pesar de todas las quejas concede Loaisa, que algunos de los párrocos de indios eran personas idóneas y de recta conciencia, que no imponían a sus súbditos ninguna carga arbitraria, sino les hacían grandes bienes (4). En Quito se señalaban como misioneros los franciscanos, entre los cuales el fundador de aquella misión, José Ricke de Marselaer, murió en 1570 con fama de santidad (5). A pesar de esto había allí por lo demás el peligro de que las reducciones de los indios fuesen quitadas a los franciscanos (6); en otras comarcas los mismos religiosos, a causa de los muchos inconvenientes, deseaban cederlas a sacerdotes seculares (7); los jesuitas, que llegaron al Perú en 1568 y 1569, pusieron muchos reparos en aceptar parroquias de indios, y el rehusarlas al principio fué para ellos fuente de dificultades que duraron mucho tiempo (8).

Si no se puede dejar de reprochar a los conquistadores españoles y a sus próximos sucesores su dureza y crueldad con los indígenas, sería a pesar de esto una injusticia querer hacer responsable al gobierno español de estos excesos, o considerar los abusos de la primera época como característicos de toda la administración colonial española. Muy al contrario, en conjunto, ninguna nación europea ha mostrado mayor previsión y solicitud por

(1) Memorial, c. 20, p. 658.

(2) Ibid., c. 13, p. 564 s.

(3) Ibid., c. 49 ss., p. 590 ss.

(4) Otros hay de gran virtud y verdad entre los Indios que tienen gran cuenta con sus conciencias y con no agraviar á estos miserables (Memorial, c. 13, p. 565). Es verdad que hay grandes siervos entre ellos [entre los párrocos religiosos de los indios], y hacen gran provecho entre aquellos (ibid., c. 24, p. 571).

(5) Marcellino da Civezza, *Storia universale delle Missioni Francescane*, VII, 2, Prato, 1891, 87 ss.

(6) Ibid., 89.

(7) Así los agustinos y franciscanos. Loaisa, Memorial, c. 24, p. 571 s.

(8) Astrain, II, 313 ss.

el bien de los indígenas, que los españoles. Mientras bajo la influencia inglesa los indios de la América del Norte quedaban abandonados a su salvajismo y se trabajaba directamente por desalojarlos de sus tierras y aniquilarlos, en las posesiones españolas de América, ya en tiempo de Isabel de Castilla, se tenía como principio tratar a los indios como vasallos libres, que tenían los mismos derechos que los europeos (1). «Se formó una legislación de Indias cuya profunda humanidad y exquisita solicitud sobrepujaba en mucho aun al tratamiento dado por los franceses a los indios, para no decir nada del de los ingleses, y era tan grande que, a fines del siglo XVIII, los criollos se quejaban de que el gobierno lo hacía todo por los indios y sólo muy poco por ellos.» (2) Si un Las Casas y los religiosos poco ha mencionados tenían que expresar graves quejas por algunos abusos, sin embargo, el hecho mismo de que podían impunemente levantar su voz con tan severas palabras de reprensión, es un brillante testimonio de la buena voluntad del gobierno y del estado de la opinión pública en España. Lo que ordenó el virrey Toledo para los indios del Perú, merece ciertamente todo elogio; pero no está él aislado en sus esfuerzos, antes bien toda la legislación española para las colonias está empapada del mismo espíritu.

Que las cosas no sucediesen de otro modo, es no en último lugar mérito del papado. Los Papas habían consentido en el sometimiento de los indios con la condición de que se les llevase la fe cristiana, y siempre de nuevo recordaban a los soberanos españoles la obligación que habían tomado sobre sí al someter el Nuevo Mundo. Pero la reducción de los inconstantes indios al cristianismo no era posible, si no se los reunía en viviendas de asiento y no se los levantaba a un grado más alto de civilización. Las advertencias de Pío V a Felipe II ofrecen un ejemplo de que

(1) Daenell, 73.

(2) Daenell, 75. «Si ponemos ante nuestros ojos la administración colonial de España según las leyes, muestran éstas en todos conceptos una extraordinaria medida de circunspección y previsión. Parte de ellas, como la legislación especial para los indios, no ha sido igualada hasta ahora por las de ningún otro pueblo poseedor de colonias. En todas sus partes han sido estas leyes motivadas por elevados puntos de vista éticos.» (ibid., 78) «El singularísimo suceso de la rápida extensión y segura dominación que alcanzó el imperio colonial español, demuestra en alto grado la capacidad e inteligencia de la raza hispana, y la prudencia y humanidad del gobierno español.» (ibid., 81).

los esfuerzos de los Papas por la civilización de América no fueron infructuosos. Aunque después de siglos no se había conseguido aún todo lo deseable, no hay que olvidar las dificultades de la empresa (1).

El Papa mismo tal vez no pudo ya enterarse de los progresos que había promovido en el Perú. En cambio, de otras misiones llegaron todavía a su conocimiento algunas noticias satisfactorias. El 21 de marzo de 1569 escribía el obispo de Michoacán, en Méjico, que los indios de aquel país habían abrazado la fe y algunos de ellos predicaban hasta a sus paisanos en su lengua nativa (2); el arzobispo de la capital añadía casi por el mismo tiempo (3), que había bautizado por su propia mano alguna vez cinco mil paganos. Pío V contestó al arzobispo expresando su alegría y advirtiéndole que instruyese bien en la fe a los indios antes de bautizarlos (4). En el concilio provincial de Méjico de 1570 se tomaron en este respecto las necesarias disposiciones (5). Ya antes había Pío V inculcado también al arzobispo de Méjico, que protegiese a los indios de las opresiones de los soldados (6).

La Florida, país vecino a Méjico, tenía entonces en Menéndez de Avilés un gobernador conforme al corazón de Pío V. Menéndez no consideraba su cargo como una ocasión para enriquecerse, sino como un serio requerimiento e instancia a que cuidase del bien de los indios, principalmente haciéndolos buenos cristianos. En marzo de 1565 se dirigió a San Francisco de Borja en demanda de misioneros (7). Sin embargo los trabajos de los

(1) «Si los progresos que ellos [los indios] hicieron bajo la influencia española con un trabajo de civilización tres veces secular, parecen cortos en su conjunto, no ha de olvidarse que se trataba de hacer pasar a centenares de miles del estado del más grosero paganismo, de la más primitiva organización, de la ociosidad y de una cultura de la edad de piedra al cristianismo, al gobierno de sí mismos, a la laboriosidad y al individualismo económico respecto al dinero. La tarea en sí era enormemente grande. Y la flaqueza intelectual y corporal de la raza en nada contribuía a aligerar la obra.» (Daenell, 78)

(2) Cf. el breve al obispo de 2 de abril de 1570, en Laderchi, 1570, n. 428.

(3) En 30 de marzo de 1569; cf. el breve al arzobispo de 2 de abril de 1570, *ibid.*, n. 416.

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*, n. 420.

(6) Breve de 7 de octubre de 1567, en Laderchi, 1567, n. 262.

(7) S. Franciscus Borgia, III, 762 s. La carta muestra también cuán imperfectas eran todavía entonces, casi medio siglo después del descubrimiento del océano Pacífico, las ideas geográficas sobre América. Avilés cree

jesuitas entre los indios bárbaros fueron casi del todo inútiles. Como se creía que la dureza y el mal ejemplo de los españoles eran la causa de este mal éxito, ocho de los misioneros intentaron fundar una reducción lejos de todos los europeos en medio de los salvajes. Con todo, en febrero de 1571 todos ellos fueron asesinados, por lo cual se abandonó el estéril campo de evangelización de la Florida (1). En lugar de esta misión erigieron los jesuitas en 1571 una Provincia de su Orden en Méjico (2).

En Nueva Granada el dominico San Luis Bertrán predicó a los indios el Evangelio desde 1562 hasta 1569 con extraordinario buen suceso (3). También él se vió muy impedido en sus fructuosos trabajos por el mal ejemplo de los blancos y su crueldad con los indígenas. Pero supo granjearse estimación y crédito, principalmente por una austeridad de vida apenas creíble. Provisto solamente de la Sagrada Escritura y su breviario, con los pies descalzos y sin provisiones de boca, a veces hasta sin compañeros, que le dejaban, hacía sus larguísimos viajes de misión por bosques intransitables o bajo un sol abrasador, y aumentaba todavía las privaciones de esta vida apenas soportable con voluntarios ayunos y duras penitencias. Creíase generalmente que poseía el don de hacer milagros; dícese haber ganado para la Iglesia más de veinte mil indios, dejándolos bien instruídos en la fe cristiana.

Una exacta exposición de los trabajos y felices éxitos de este gran misionero se hace imposible por la misma dificultad que sale al paso con mucha frecuencia al historiador de la propagación de

que la Florida estaba unida a la China, o se hallaba separada de ella sólo por un brazo de mar. Una carta de Avilés, de 6 de agosto de 1568, loco cit., IV, 697; otra dirigida a él, de 7 de marzo de 1568, *ibid.*, 577. Sobre Menéndez cf. Daenell, 47 s.

(1) Astrain, II, 284-298.

(2) *Ibid.*, 298-303.

(3) Escribió la vida de San Luis Bertrán, en parte por lo que sabía de él a causa de haberlo tratado personalmente, el dominico Vicente Justiniano Antist, en 1581, y sobre la base de las actas de su canonización el dominico Bartolomé Aviñones en 1623, y estas dos vidas se hallan impresas en *Acta Sanct.*, Oct., V, 292 ss., 366 ss. Una moderna biografía ha compuesto Bertrand Wilberforce (Londres, 1882), la cual ha sido traducida al alemán por M. v. Widek, Graz, 1888. San Luis Bertrán († 1581) fué canonizado el 12 de abril de 1671.—Sobre las misiones emprendidas en igual tiempo por los franciscanos en Nueva Granada cf. Marcellino da Civezza, loco cit., 27. En la isla de la Trinidad procuraron establecerse los franciscanos en 1571; *ibid.*, 36.

la fe. Mientras San Ignacio de Loyola imponía a los suyos la obligación de enviar regularmente relaciones de sus ministerios apostólicos, porque veía en esto un medio para estimular y aumentar el rendimiento de trabajo (1), otras Ordenes hacen, por desgracia, lo contrario. De San Luis Bertrán refiere su más antiguo biógrafo (2), que había alabado mucho el celo de los jesuitas en este respecto y vituperado la negligencia de sus propios hermanos de religión; pero a pesar de esto no quiso imitar el ejemplo de los jesuitas, y daba respuestas evasivas, cuando se le preguntaba acerca de sus trabajos y ministerios con los indios. De esta suerte no tenemos de él ni una sola carta del tiempo de su apostolado en las misiones.

En Africa parecía, en tiempo de Pío V, haberse desvanecido toda probabilidad de seguir subsistiendo la misión de Abisinia, emprendida con tantas esperanzas. El patriarca Núñez Barreto había ya muerto en Goa en 1562 sin haber puesto nunca los pies en su diócesis. Al que hasta entonces había sido coadjutor suyo, el P. Oviedo, cuya presencia en Abisinia utilizó Pío IV en 1561 para invitar al concilio de Trento al negus Minas (3), pensó Pío V poderlo emplear mejor en el Japón. Oviedo rogó, sin embargo, que se le dejase permanecer entre los pocos católicos de Abisinia (4). Al segundo coadjutor del patriarca Barreto dió Pío V asimismo la orden de ir al Japón y a la China (5), pero no llegó allá, sino murió en Macao en 1595 (6). Los demás conatos de los jesuitas para penetrar en Africa en 1560, tampoco tuvieron buen éxito, tanto en la costa occidental, en Angola, como en la oriental entre los

(1) Constitutiones, P. VIII, c. 1, n. 9 (Instit. S. J., II, Florent., 1893, 115, 117).

(2) *Utque laudabat ille plurimum diligentiam patrum Iesuitarum, qui memoriae prodiderunt labores, quos sui subierunt in Japonia, China, aliisque oris, in quibus Evangelium praedicaunt, ita improbabat negligentiam nostrorum, qui cum sui in Indiis occidentalibus et orientalibus, Taprobana multisque aliis in regnis tantopere laboraverint hactenus a Pontificatu Alexandri VI, ac in multis oris Guineae iam inde a tempore Innocentii VIII..., vix ullus reperi- tus fuerit, qui curaverit litteris consignare afflictiones ac martyrium nostrorum patrum.* Antist, Vita, n. 81: Acta Sanct., V, 324; cf. n. 62, p. 320.

(3) Breve de 20 de agosto de 1561, en Beccari, X, 125; una carta adjunta de 23 de agosto, *ibid.*, 130.

(4) Breve a Oviedo de 2 de febrero de 1566 (traducción portuguesa), *ibid.*, V, 424; respuesta de Oviedo, de 15 de junio de 1567, *ibid.*, X, 215 s.

(5) Breve a Melchor Carnero, de 3 de febrero de 1566, *ibid.*, 187.

(6) *Ibid.*, 331, nota 1.



negros del sur del Zambeza (1). En tiempo de Pío V tales intentos no se renovaron. Para la protección de la misión de Abisinia procuró el Papa obtener una intervención armada de Portugal contra los turcos, cuya escuadra del Mar Rojo molestaba al país (2).

Más consoladoras noticias recibía el Papa de las Indias Orientales. Supo por el rey don Sebastián, que los franciscanos, dominicos y jesuitas anunciaban allí el Evangelio a los indios con perseverancia y buen suceso (3). Todos los alrededores de Goa poco a poco se habían hecho cristianos; en 1560, sólo los jesuitas contaron 12967 bautismos (4). Entre los obispos señalóse sobre todo el de Cochín, el dominico Enrique Tavera, por su celo de la instrucción y la conversión de los indígenas; Pío V le alabó por ello en un breve especial (5). También el sacerdote indígena Andrés Vaz, hijo de un bracman, trabajó con gran éxito entre sus compatriotas (6). Los virreyes Constantino de Braganza y Antonio de Noroña apoyaron con todas sus fuerzas a los misioneros (7). El concilio reunido en Goa en 1567 para promulgar los decretos tridentinos ordenó también las misiones entre los indios (8). Al arzobispo de Goa, Gaspar de León Pereira, que celebró este concilio, había dirigido el Papa en 7 de octubre de 1567 un breve alentador, en el cual le disuadía el plan de dejar la carga de la dignidad arzobispal, y le daba plenos poderes para dispensar a los neófitos de los impedimentos matrimoniales de índole puramente canónica. Mas con todo eso León renunció después del concilio (9). Para las regio-

(1) L. Kilger, *La primera misión entre las tribus bantus del Africa oriental*, Münster, 1917. Para Angola (1560) cf. Sacchini, P. II, l. 4, n. 203; para la expedición al Zambeza *ibid.*, n. 210 ss., l. 5, n. 219 ss., l. 6, n. 158. No carece de interés lo que refiere Sacchini (l. 4, n. 224) de los ríos principales de Africa. Dice que el Nilo Blanco procede de un lago, y que el Congo (Zaires) primero corre hacia el norte y luego tuerce hacia el oeste.

(2) Breves al rey don Sebastián y al cardenal Enrique, ambos de 17 de diciembre de 1569, en Laderchi, 1569, n. 337 s.

(3) Breve al arzobispo de Goa, de 1.º de enero de 1570, *ibid.*, 1570, n. 429.

(4) Müllbauer, 82. Sacchini, P. II, l. 4, n. 255.

(5) de 7 de enero de 1570, en Laderchi, 1570, n. 430.

(6) Müllbauer, 81.

(7) *Ibid.*, 79, 86.

(8) Cf. *Bullarium Patronatus Portugalliae in ecclesiis Africae, Asiae atque Oceaniae curante Levi Maria Jordão de Paiva Manso*, Lisboa, 1868 ss., App., I; Sacchini, P. III, l. 3, n. 225.

(9) Laderchi, 1567, n. 247.

nes en que era muy difícil hallar un obispo, recibieron los jesuitas en diciembre de 1567 las mismas facultades de dispensa, y con ocasión de ellas se tributó un brillante elogio a la labor de dichos religiosos en las misiones (1). El cristianismo hacía también satisfactorios progresos en el Japón, como se manifestó en tiempo de los sucesores de Pío V (2).

Como lo demuestran los documentos hasta ahora mencionados, Pío V consagró a las misiones una actividad incomparablemente más viva que sus inmediatos predecesores. Al paso que Paulo IV y Pío IV apenas dirigieron un breve para alentar e instruir a los misioneros, o a los reyes y obispos en favor de los mismos, su sucesor apenas dejó pasar en este respecto ocasión ninguna sin aprovecharla. Demás de eso, esforzóse Pío V por poner las misiones en una relación con la Santa Sede más inmediata y más libre de la influencia de los soberanos temporales. Al principio pensó en mandar a las Indias a una persona apropiada, que no dependiese sino de la Santa Sede y pudiese intervenir en los asuntos con la autoridad de nuncio (3). Pero este plan fué abandonado, pues Felipe II no deseaba un nuncio para ultramar (4). En cambio llegó a realizarse otro muy feliz proyecto: a fines de julio de 1568 el Papa instituyó dos Congregaciones de cardenales para la promoción y más amplia propagación de la fe; la una debía considerar como campo de su celo los países de herejes, y la otra las

(1) *Cum gratiarum omnium largitor Altissimus vestris cordibus tantum honoris sui amorem tantumque salutis animarum studii impresserit, ut ex Societate vestra plurimi propagandae religionis christianae et homines gentiles idolorumque cultores ad sui Creatoris ac Salvatoris cognitionem adducendi cupiditate flagrantes, non itinerum, non navigationum laboribus aut periculis terri ex his Europae partibus in Aethiopiam, Persidem, Indiam, usque ad Moluccas et Japoniam ac alias Orientis insulas et regiones alias a nobis remotissimas et in extremo orbe terrarum positas adire non dubitent, etc.* (Litterae apost., quibus institutio, confirmatio et varia privilegia continentur Societatis Iesu, Romae, 1606, 13).

(2) Sobre esto se tratará más en particular en el tomo siguiente de esta obra.

(3) Bonelli a Castagna en 21 de abril de 1568, Corresp. dipl., II, 350 ss.

(4) Castagna a Bonelli en 11 de junio de 1568, *ibid.*, 390, cf. 392. En 1.º de octubre de 1568 refiere Castagna a Bonelli, que el rey había mandado deliberar sobre cómo se podría poner coto a las crueldades con los indios, si se habría de designar un virrey hereditario, y nombrar (de nuevo) un patriarca para las Indias. Sobre este último punto se dió dictamen negativo, pues el patriarca podría ser tentado de alzarse contra el rey y la Iglesia romana. *Ibid.*, 472.

regiones de ultramar y las misiones (1); deben por tanto su origen a Pío V los principios de la Congregación de Propaganda, que más tarde trabajó con resultados tan extraordinariamente beneficiosos. San Francisco de Borja fué quien en una audiencia de 20 de mayo de 1568 indicó el primero la idea de la Congregación para la conversión de los infieles (2). Como sus primeros miembros nombró el Papa a los cuatro cardenales Mula, Crivelli, Sirleto y Carafa; algunos de los breves pontificios arriba mencionados procederán de su actividad.

Es muy digno de atención, que en estos breves se insiste siempre de nuevo en que los misioneros se apliquen a instruir a los recién convertidos del modo más sólido posible. Hasta entonces se habían contentado muchas veces con misioneros ambulantes. Los pocos mensajeros de la fe, que se veían, verbigracia, en la América del Sur, ante un mar de pueblos infieles, se esforzaban muchas veces en enseñar a los más individuos posibles sólo las doctrinas más indispensables del cristianismo; así se habla con frecuencia de millares y decenas de millares de bautismos; pero si se prescinde de excepciones, como en Méjico, apenas se oye hablar de verdaderas comunidades cristianas puestas bajo la custodia de curas estables. A esto se añadía que algunos de los misioneros consideraban con fervor ardiente su labor apostólica demasadamente desde el punto de vista de su propia santificación. Según las máximas del Evangelio, no hay obra más excelente de amor de Dios y del prójimo, que el cuidado de la salud de las almas, especialmente si se ejerce con tan heroicos sacrificios personales. Para almas dotadas de magnanimidad había ahora el peligro de mirar las misiones principalmente como una ocasión de extraordinarios sacrificios y padecimientos y del martirio, que es la mayor prueba del amor de Dios; la actividad llena de sacrificios de un misionero ambulante tenía para ellos más fuerza de atracción que el modesto trabajo de un párroco estable en una pequeña comunidad de neófitos. Se han de tener presentes estas circunstancias, si se quiere apreciar debidamente las excitaciones de Pío V a un trabajo lo más sólido posible.

(1) *Canisii Epist.*, VI, 581 ss. Borja a Nadal en 2 de agosto de 1568, Nadal, III, 625. Sacchini, P. III, l. 4, n. 129, de donde tomó la noticia Laderchi, 1568, n. 206.

(2) Testimonio de Polanco, que estaba presente en la audiencia. Nadal, III, 626, nota; cf. Sacchini, loco cit.

Fué de grande importancia para lo futuro el que aquella Orden entre las nuevamente fundadas, que desde el principio tomó como una de sus incumbencias la propagación de la fe en el mundo pagano, se acomodase enteramente a las máximas de Pío V. Las instrucciones de San Francisco de Borja a los suyos están redactadas de todo en todo en este sentido. «Donde quiera que los nuestros fueren, escribía en marzo de 1567 (1), sea su primer cuidado de los ya hechos cristianos, usando diligencia en conservarlos y ayudarlos en sus almas, y después atenderán a la conversión de los demás que no están bautizados, procediendo con prudencia, y no abrazando más de lo que pueden apretar; y así no tengan por cosa expediente discurrir de una en otras partes para convertir gentes, con las cuales después no puedan tener cuenta; antes vayan ganando poco a poco, y fortificando lo ganado; que la intención de Su Santidad, como a nosotros lo ha dicho, es que no se bauticen más de los que se puedan sostener en la fe.» (2) «No se pongan fácilmente en peligro notable de la vida entre gente no conquistada; porque, aunque sea provechoso para ellos el morir en esta demanda del divino servicio muy presto, no sería útil para el bien común, por la mucha falta que hay de obreros para aquella viña, y la dificultad que tendría la Compañía en enviar a otros en su lugar.» La misma amonestación de que primero conserven lo ya ganado, y sólo después pasen adelante, la dirige Borja al visitador de las Indias, alegando de nuevo la autoridad de Pío V. «Esta es la mente del Papa, al cual no parece se hagan cristianos los que no se pueden conservar, y aconseja fortificar lo ganado y después pasar adelante.» (3)

La perspicacia que se muestra en estas ordenaciones para el bien de los infieles, la acreditó no menos el gran Pontífice en sus relaciones con los pueblos del más cercano Oriente. Sabía cuán hondas raíces había echado allí la adhesión a aquellas formas del culto que desde tiempo inmemorial eran tenidas como una sagrada

(1) al P. Ruiz del Portillo y sus compañeros, S. Franciscus Borgia, IV, 420.

(2) La intención de S. S., como a nosotros lo ha dicho, es que no se bauticen más de los que se puedan sostener en la fe. Ibid.

(3) Y esta es la mente del Papa, al qual no parece se hagan xpianos los que no se pueden conservar, y aconseja fortificar lo ganado, y después pasar adelante. Indiarum inspectori en 10 de enero de 1567, S. Franciscus Borgia, IV, 386.

herencia de los siglos pasados, y que nada podría impedir tanto su unión con Roma, como la sospecha de que los Papas pretendían suprimir aquellos ritos. Por eso Pío V prohibió expresamente lo que en casos particulares habían permitido algunos de sus predecesores, los legados pontificios o el penitenciario mayor, es a saber, que los sacerdotes griegos celebrasen la misa conforme al rito latino, o los latinos conforme al uso griego (1), pues esto era contra las antiguas disposiciones de la Iglesia católica y contra las ordenaciones de los Santos Padres (2). De su amor a los pueblos eslavos da testimonio el haber encargado que se enviasen doce jóvenes de origen ilírico, para estudiar en Roma, a fin de que se formasen allí para ser sacerdotes (3).

(1) *ne deinceps presbyteri graeci, praecipue uxorati, latino more, vel latini graeco ritu... missas et alia divina officia celebrare vel celebrari facere praesumant.* Breve de 20 de agosto de 1566, Bull. Rom., VII, 473, *Collectio Lacensis*, II, 450.

(2) *hoc ab antiquo catholicae Ecclesiae instituto et SS. Patrum decretis deviare considerantes* (*Collect. Lac., loco cit.*). Cf. S. Gregorio el Grande a San Agustín (Ep. 64, n. 3, Migne, Patr. lat., LXXVII, 1187 = can. 10, dist. 12); León IX al patriarca Miguel (Ep. 100, n. 29, *ibid.*, CXLIII, 764).

(3). \* *Avviso di Roma de 14 de junio de 1567, Urb., 1040, p. 406b, Biblioteca Vatic.*

---

# **IX. Pío V paladín de la cristiandad contra el islam. La Liga Santa y la victoria naval de Lepanto. La muerte del Papa.**

## **I**

De nada se había retraído tanto Pío V como de tomar las armas; notable disposición de la Providencia, que precisamente él estuviese destinado a tenerse que ocupar con mucha frecuencia en negocios bélicos. En primer lugar le forzaron a ello las turbulencias de los Estados de la Iglesia, luego la opresión de los católicos franceses por los hugonotes, y finalmente el peligro que amenazaba por parte de los turcos. El alejarlo fué para Pío V durante todo su pontificado objeto principal de sus afanes y desvelos. Desde el principio se dejó guiar en ello por la idea justa de que no se podían alcanzar resultados decisivos por acometimientos de potencias aisladas, sino sólo por la unión de ellas en una liga.

Luego al comienzo de su reinado escribió Pío V en este sentido a Felipe II; también con el embajador imperial habló ya entonces de su intento de formar una alianza de los príncipes cristianos contra los turcos (1). La opinión de que el poderío otomano sólo se podía quebrantar por medio de una cruzada común, compartíala también el gran maestre de los sanjuanistas, La Valette, que en tiempo de Pío IV había defendido tan heroicamente la isla de Malta (2). Pío V tomó desde luego a pechos el asegurar este tan importante y estratégico puesto avanzado del

(1) V. Herre, *Política europea*, I, 36; Schwarz, *Correspondencia*, 38.

(2) V. nuestros datos del vol. XVI, 306. Cf. Jurien de la Gravière, *La guerre de Chypre et la bataille de Lépante*, París, 1888, 4.

herencia de los siglos pasados, y que nada podría impedir tanto su unión con Roma, como la sospecha de que los Papas pretendían suprimir aquellos ritos. Por eso Pío V prohibió expresamente lo que en casos particulares habían permitido algunos de sus predecesores, los legados pontificios o el penitenciario mayor, es a saber, que los sacerdotes griegos celebrasen la misa conforme al rito latino, o los latinos conforme al uso griego (1), pues esto era contra las antiguas disposiciones de la Iglesia católica y contra las ordenaciones de los Santos Padres (2). De su amor a los pueblos eslavos da testimonio el haber encargado que se enviasen doce jóvenes de origen ilírico, para estudiar en Roma, a fin de que se formasen allí para ser sacerdotes (3).

(1) *ne deinceps presbyteri graeci, praecipue uxorati, latino more, vel latini graeco ritu... missas et alia divina officia celebrare vel celebrari facere praesumant.* Breve de 20 de agosto de 1566, Bull. Rom., VII, 473, *Collectio Lacensis*, II, 450.

(2) *hoc ab antiquo catholicae Ecclesiae instituto et SS. Patrum decretis deviare considerantes* (*Collect. Lac., loco cit.*). Cf. S. Gregorio el Grande a San Agustín (Ep. 64, n. 3, Migne, *Patr. lat.*, LXXVII, 1187 = can. 10, dist. 12); León IX al patriarca Miguel (Ep. 100, n. 29, *ibid.*, CXLIII, 764).

(3). \* *Avviso di Roma de 14 de junio de 1567, Urb., 1040, p. 406b, Biblioteca Vatic.*

---

# **IX. Pío V paladín de la cristiandad contra el islam. La Liga Santa y la victoria naval de Lepanto. La muerte del Papa.**

## **I**

De nada se había retraído tanto Pío V como de tomar las armas; notable disposición de la Providencia, que precisamente él estuviese destinado a tenerse que ocupar con mucha frecuencia en negocios bélicos. En primer lugar le forzaron a ello las turbulencias de los Estados de la Iglesia, luego la opresión de los católicos franceses por los hugonotes, y finalmente el peligro que amenazaba por parte de los turcos. El alejarlo fué para Pío V durante todo su pontificado objeto principal de sus afanes y desvelos. Desde el principio se dejó guiar en ello por la idea justa de que no se podían alcanzar resultados decisivos por acometimientos de potencias aisladas, sino sólo por la unión de ellas en una liga.

Luego al comienzo de su reinado escribió Pío V en este sentido a Felipe II; también con el embajador imperial habló ya entonces de su intento de formar una alianza de los príncipes cristianos contra los turcos (1). La opinión de que el poderío otomano sólo se podía quebrantar por medio de una cruzada común, compartíala también el gran maestre de los sanjuanistas, La Valette, que en tiempo de Pío IV había defendido tan heroicamente la isla de Malta (2). Pío V tomó desde luego a pechos el asegurar este tan importante y estratégico puesto avanzado del

(1) V. Herre, *Política europea*, I, 36; Schwarz, *Correspondencia*, 38.

(2) V. nuestros datos del vol. XVI, 306. Cf. Jurien de la Gravière, *La guerre de Chypre et la bataille de Lépante*, París, 1888, 4.



mundo cristiano en el Mediterráneo (1). En febrero y marzo de 1566 exhortó al rey de España y a la gobernadora de los Países Bajos a que ayudasen a levantar de nuevo las fortificaciones destruidas en el sitio de 1565 y auxiliasen a los caballeros con dinero y tropas (2). A 9 de marzo de 1566 está fechada una bula que describe con palabras llenas de dolor el peligro de los turcos, doblemente amenazador por causa de la división religiosa de la cristiandad. Añade que sólo si el pueblo fiel hace penitencia, podrá aplacarse la ira de Dios y esperarse su poderoso auxilio. Que por eso ha publicado el Papa un jubileo, y para ganarlo se prescribía, además de la oración y el ayuno, la recepción de los sacramentos y dar una limosna para el caso de sobrevenir la guerra con los turcos (3).

No poco atemorizó al Papa el anuncio de que el gran maestre de los sanjuanistas a vista del inminente ataque de los turcos quería huir a Sicilia desde Malta, la cual no parecía estar suficientemente asegurada. En una carta de 22 de marzo de 1566 conjuró a La Valette, que abandonase esta idea. Al representarle el inminente peligro de quedar el sur de Italia abandonado y su Orden aniquilada, si ponía por obra su propósito, le exhortaba a perseverar animosamente y le prometía su auxilio (4). Conforme a esto el Papa envió a Malta 15000 ducados, juntó él mismo tropas para apoyar a los caballeros e instó a Felipe II y al virrey de Sicilia a que les prestasen ayuda (5). En un consistorio de 2 de abril de 1566 habló con energía de que quería emplear todas sus fuer-

(1) Cf. Serrano, Liga, I, 29 s.

(2) El \*breve a la gubernatrix Flandriae, de 11 de febrero de 1566, se halla en Arm. 44, t. XII, n. 27, *Archivio segreto pontificio*; ibid., n. 44 está el breve a Felipe II, de 22 de marzo de 1566, que puede verse impreso en Laderchi, 1566, n. 176, y n. 58 el \*breve al mismo de 27 de marzo de 1566; este último concierne al aprovechamiento del monopolio pontificio del alumbre, a fin de procurar dinero para Malta, por lo cual César Fontana fué enviado a los Países Bajos.

(3) La bula «Cum gravissima» está en Arm. 44, t. XII, n. 33, *Archivio segreto pontificio*, y se halla impresa en Laderchi, 1566, n. 171 (con la fecha falsa de 8 de marzo) y en el Bull. Rom., VII, 431 s.

(4) V. Goubau, 8 s.

(5) V. Catena, 44. De los tres mil hombres que Pío V quería reclutar para Malta, habla C. Luzzara en su \*relación de 30 de marzo de 1566, *Archivio Gonzaga de Mantua*. V. también la \*carta de Carlos Stuerdo al duque de Parma, fechada en Roma a 20 de abril de 1566, *Archivio público de Nápoles*, C. Farnes., 763, y el \*Avviso di Roma de 27 de abril de 1566, Urb., 1040, p. 217<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* V. también Polanci Epist. en Anal. Boll., VII, 49, 54.

zas para amparar a la cristiandad (1). Cuánto le ocupaba este pensamiento, muéstralo también la circunstancia de que lo toca aun en breves que tratan del mejoramiento de las costumbres del clero. Dícese allí, que él se armaba contra los turcos, pero que en esto sólo le podía aprovechar la oración de aquellos sacerdotes que eran de costumbres puras (2).

El ataque frustrado de los turcos contra Malta, de 1565, fué ocasión de que el sultán intentase al año siguiente la conquista del Archipiélago griego. Como no sólo Venecia, inmediatamente amenazada, sino también España dieron respuestas evasivas a las exhortaciones del Papa a una empresa común (3), el enemigo halló poca dificultad. El almirante turco Piali conquistó la isla de Quío el 15 de abril de 1566 y puso allí un fin sangriento al dominio de los Giustinianis. Todavía en el mismo año, también el ducado de Naxos, Andros y Ceos cayeron en poder del insaciable enemigo (4). En mayo de 1566 aparecieron buques turcos en el Adriático y amenazaron a Ancona, adonde Pío V envió al punto tropas y artillería (5). En el tiempo siguiente no sólo cuidó de reforzar las obras de fortificación de aquella plaza, sino también en el breve tiempo de veinte días formó un ejército volante de cuatro mil hombres para la defensa de la costa (6).

Junto con estos medios temporales, continuaba cuidando Pío V de implorar la ayuda del cielo para la protección de la cristiandad. El 21 de julio de 1566 se anunció el jubileo por el buen éxito de la guerra contra los turcos (7). Ocho días más tarde, el 28 de julio, se vió al Papa tener parte personalmente en la primera procesión de rogativas que se celebró en Roma para apartar el peligro de los turcos. Sus ojos estaban arrasados de lágrimas mientras seguía andando absorto en fervorosa oración. El 31 de julio efectuóse la

(1) V. la \*relación de C. Luzzara, fechada en Roma a 3 de abril de 1566, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Laderchi, 1566, n. 251.

(3) V. Serrano, Liga, I, 34.

(4) Cf. *ibid.*, n. 159 s.; Hopf en la Enciclopedia de Ersch, 1.<sup>a</sup> parte, 86 p. 171 s.; Jorga, III, 109; Revista bizant., VIII, 365 s.

(5) V. los \*Avvisi di Roma de 11 y 18 de mayo de 1566, Urb., 1040, p. 225, 229, *Biblioteca Vatic.*

(6) V. la \*relación de Firmano (al 3 de agosto de 1566), *Archivo segreto pontificio*, XII, 31; Catena, 46.

(7) \*Bando de 21 de julio de 1566, Bandi, V, 1, p. 159, *Archivo segreto pontificio*.

segunda, y el 2 de agosto la tercera de estas procesiones, en las cuales fueron cuarenta mil personas (1). Pío V logró apartar a La Valette de su propósito de abandonar a Malta y procurar a los caballeros copiosos medios para la fortificación de su isla (2). En cambio se opusieron obstáculos insuperables a su plan de formar una liga contra los turcos. Venecia, poderosa por mar, desde la funesta paz de 1540 (3) había mantenido rigurosamente el sistema de una neutralidad armada. En interés de su comercio de Levante y por desconfianza con los Habsburgos la señoría había permanecido fiel a este sistema tan dispendioso como arriesgado, aun durante el tiempo en que en 1565 estuvo amenazada Malta. También ahora evitaba angustiosamente toda alteración de sus relaciones pacíficas con los turcos. Cuando la escuadra de éstos en el verano de 1566 apareció delante de Ragusa, retiró con la mayor celeridad sus galeras (4). Pero tampoco el rey de España se mostró entonces inclinado a la liga propuesta por el Papa. En Felipe II eran decisivos respecto a esto la consideración a los Países Bajos y el temor a los protestantes alemanes (5). En Alemania la división religiosa del Imperio se oponía al plan de una grande liga internacional, en la que Maximiliano II pareció pensar seriamente en la primavera de 1566 (6). El legado pontificio Commendone hubo de reconocer pronto ciertamente en la dieta de Augsburgo, que Maximiliano pensaba primeramente ante todo en obtener ayuda para defender a Hungría, para lo cual la dieta otorgó una considerable suma de dinero, al paso que el Papa dió 50000 escudos y procuró también al emperador auxilio militar de parte de los pequeños Estados italianos (7).

(1) V. Firmano, \*Diario, XII, 31, p. 107<sup>b</sup> s., *Archivio segreto pontificio*. Cf. Laderchi, 1566, n. 291 (con la fecha falsa de 14 de julio).

(2) Un subsidio pecuniario harto copioso (satis magnam pecuniam) envió el rey de Portugal, como lo menciona Pío V de un modo laudatorio en un breve a él dirigido, de 7 de agosto de 1566, haciendo notar, que después de levantada la nueva fortaleza en la altura de San Telmo, sería ella opportunissimum adversus Turcos et predones Afros totius christiani populi propugnaculum; Arm. 44, t. XII, n. 98, *Archivio segreto pontificio*. Ibid. hay un breve de 19 de agosto a La Valette, por el cual se da licencia para trabajar en esta obra aun los domingos y días festivos (impreso en Laderchi, 1566, n. 178).

(3) V. nuestros datos del vol. XI, 264.

(4) V. Herre, *Política europea*, I, 37.

(5) V. *ibid.*, 37 s.; Serrano, *Liga*, I, 36 s.

(6) Cf. Bibl, *Correspondencia de Maximiliano II*, tomo I, 448 s.

(7) Cf. nuestros datos de arriba, p. 210 s., 217.

Hacia el fin del otoño de 1566 Pío V, a quien afligía profundamente la pérdida de Sziget (1), hizo una nueva tentativa para formar una gran liga contra los turcos. Para deliberar sobre este negocio, constituyó una comisión, a la que pertenecían los cardenales Morone, Farnesio, Granvela, Commendone y Mula. El 4 de noviembre en una carta muy persuasiva recomendó su plan al emperador, a los reyes de España, a Carlos IX y a la regente de Francia (2). Pero las circunstancias políticas eran ahora todavía más desfavorables que en la primera tentativa. Del emperador se podía esperar tan poco, como de la intrigante mujer que regía los destinos de Francia. El haber estallado de nuevo la guerra de religión en dicho reino paralizó luego enteramente las fuerzas del mismo. De un modo semejante Felipe II vió reclamadas todas sus fuerzas por las revueltas de los Países Bajos, y la guerra contra los moriscos; no sin dureza hizo notar el monarca español, en qué tiempo tan impropio se le hacía la propuesta del Papa. En efecto, don Felipe tanto menos podía pensar entonces en una empresa exterior, cuanto que los rebeldes de los Países Bajos se entendían con los hugonotes y su tesoro se hallaba completamente agotado (3).

Mientras el proyecto de la liga estuvo por espacio de dos años casi enteramente parado (4), el Papa hizo todo lo que pudo para apoyar al emperador mientras duró la guerra contra los turcos en Hungría (5), para auxiliar a los caballeros de Malta (6) y para

(1) \*Il Papa ha sentito tanto dispiacere della perdita di Seghetto che subito havuto la nuova si retirò in Araceli et per tutto quel giorno non attese ad altro che a deplorare la mala fortuna de'christiani alla quale se potesse col sangue suo remediar la faria volentieri, notifica un *Avviso di Roma* de 28 de septiembre de 1566, Urb., 1040, p. 291, *Biblioteca Vatic.* Cf. la \*relación de Strozzi, de 29 de septiembre de 1566, *Archivo público de Viena*.

(2) V. Schwarz, *Correspondencia*, 37 s.; Herre, loco cit., I, 38 s. Los breves se hallan en Laderchi, 1566, n. 309 s.

(3) V. Herre, loco cit., 40 s.

(4) Cf. Serrano, loco cit., 38 s.

(5) Cf. arriba, p. 217.

(6) En 12 de octubre de 1566 \*refiere Strozzi, que se requirió a los cardenales, que diesen subsidios pecuniarios para Malta (*Archivo público de Viena*). Por febrero de 1567 reclutó Pío V tres mil hombres, que fueron destinados para Malta bajo el mando de Pompeyo Colonna y Ascanio della Corgna (\*relación de B. Pía, fechada en Roma a 15 de febrero de 1567, *Archivo Gonsaga de Mantua*). A fines de 1567 pareció la isla estar amenazada de nuevo por los turcos. La Valette pidió entonces auxilio al duque de Anjou (v. su carta de 3 de noviembre de 1567 en Fillón, n. 2499); Francia no hizo nada, pero Pío V

asegurar las costas de los Estados pontificios contra un ataque de los otomanos y de sus piratas.

Especiales disposiciones eran en este último respecto tanto más necesarias, cuanto que la escuadra pontificia había sido destruida en el reinado de Pío IV en la batalla de Djerba. Ya en agosto de 1566 se tomaron providencias para proteger las costas de la Marca y Pablo Jordán Orsini fué puesto al frente de cuatro mil hombres (1). El peligro que entonces amenazaba por parte de la escuadra turca, se desvaneció; pero a pesar de esto Pío V no aflojó en su vigilancia. En junio de 1567 recibió tres galeras de Andrés Doria, pues evidentemente la única que todavía le quedaba, no bastaba para proteger la costa (2). Fuera de esto el Papa atendía a reforzar las plazas fuertes de Ancona (3) y Civitavecchia (4), y proseguir construyendo atalayas en la costa (5), como ya lo había comenzado a hacer Pío IV. Tales

publicó un jubileo el 28 de octubre de 1567 (\* Bandi, V, 1, p. 160, *Archivio segreto pontificio*), y todavía antes que el enviado de los caballeros sanjuanistas llegase a Roma el 19 de diciembre (\*relación de B. Pía, de 20 de diciembre de 1567, loco cit.), procuró prestarles socorro de diversos modos (v. la \*relación de B. Pía, fechada en Roma a 29 de noviembre de 1567, *Archivio Gonzaga de Mantua*, la \*bula de 18 de diciembre de 1567, Arm. 44, t. XIII, p. 111<sup>b</sup>, cf. p. 113 s., *Archivio segreto pontificio*, así como los breves a Felipe II, Carlos IX y al dux de Venecia, de 8, 12 y 19 de diciembre de 1567, en Goubau, 59 s., 61 s., 63 s.). Un \*Avviso di Roma de 28 de febrero de 1568 notifica, que el Papa ha permitido el reclutamiento de 1500 hombres en el Estado de la Iglesia, a los cuales da él una parte del sueldo (Urb., 1040, p. 483<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*). Para la nueva ciudad fortificada en San Telmo de Malta hizo Pío V un donativo de 3000 escudos el año siguiente (\*Avviso di Roma de 30 de julio de 1569, Urb., 1041, p. 125<sup>b</sup>, loco cit.).

(1) V. Corresp. dipl., I, 321 y Gnoli, Vitt. Accoramboni, 54.

(2) V. la \*relación de B. Pía, fechada en Roma a 4 de junio de 1567, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) \*Si da ordine di fortificare Ancona et Civitavecchia (Avviso di Roma de 3 de abril de 1568, Urb., 1040, p. 499, *Biblioteca Vatic.*). M. A. Colonna inspeccionó las fortificaciones de Ancona, y dió acerca de ellas buenos informes (\*Avviso de 23 de abril de 1568, *ibid.*, p. 511). \*Asignación de 50000 escudos para la fortificación de Ancona (*ibid.*, p. 526<sup>b</sup>). Cf. también Marocco, XII, 77; Leoni, Ancona ill., 296 s. Varios pagos para Jacobo della Porta por trabajos de fortificación en Ancona y Camerino se hallan en \*Deposit. a. 1570, *Archivio público de Roma*.

(4) Cf. Annovazzi, 280 s., 298 s.; Calisse, Storia di Civitavecchia, Firenze, 1898, 422 s. En el puerto consérvese hoy todavía el escudo de Pío V.

(5) Cf. Guglielmotti, Fortificazioni, 433, 441 s., 472 s.; Schrader, Campaña, Leipzig, 1910, 148 s.; Tomassetti, Campagna, I, Roma, 1910, 181 s.; El mismo, Le torri della spiaggia Rom. nell'a.° 1567, en Scritti di storia, di fil. e d'arte, Napoli, 1908. El diseño para la construcción de la torre en Porto lo

atalayas servían para descubrir a los turcos y piratas e incitar a los habitantes del litoral a tomar las armas, cuando se acercaba el temido enemigo. La mayor de estas construcciones, el octogonal Torreón de San Miguel, situado en la desembocadura del Tíber junto a Ostia, para el cual había trazado el diseño Miguel Angel, ostenta todavía la inscripción de Pío V (1). Qué interés tomaba el Papa por estos trabajos, se echa de ver porque los visitaba personalmente (2).

La edificación de estas torres, que hoy día constituyen como una decoración tan sumamente pintoresca en los paisajes ribereños de la costa romana, ocasionó considerables gastos, y el reunir los necesarios fondos anduvo enlazado con no pequeñas dificultades. Cuán peligrosa era la situación, mostrólo una acometida repentina de los piratas contra Nettuno, acaecida en mayo de 1568 (3). Repetidas veces se temió que el enemigo se presentase delante de Roma, donde Pío V hizo efectuar extensos trabajos de fortificación, especialmente en el Borgo. También aquí se cercioraba el Papa del adelanto de los trabajos por personal inspección (4).

## II

El imperio otomano había llegado al cenit de su esplendor y poderío en tiempo de Solimán el Magnífico; la muerte del sultán, ocurrida en septiembre de 1566 durante el sitio de Sziget, forma

menciona el \*Avviso di Roma de 11 de octubre de 1567, Urb., 1040, p. 448<sup>b</sup>; ibid., 1041, p. 66, hay un \*Avviso di Roma de 23 de abril de 1569: La torre che S. S<sup>ta</sup> fa fabricare alla foce del Tevere sopra le ruine della Mole Traiana è reduta a buon termine per diffender la spiaggia da Corsari dove presto se manderà artiglieria. En el Vatic. 6533, p. 145 s.: \*Offerta a Pio V per la fabrica della torre a Ostia. *Biblioteca Vatic.*

(1) V. Guglielmotti, Colonna, 153, nota.

(2) V. la \*relación de C. Luzzara, de 19 de noviembre de 1566, *Archivo Gonsaga de Mantua*, y \*la de Strozzi, de 23 de noviembre de 1566, *Archivo público de Viena*.

(3) Cf. sobre eso el \*Avviso di Roma de 22 de mayo de 1568, en la sección Romana del *Archivo público de Viena*. Un \*Avviso di Roma de 6 de julio de 1569, da cuenta de que los corsarios habían apresado varias barcas que navegaban para Roma. Urb., 1041, p. 105<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(4) La inspección de los trabajos que se hacían en el Borgo y en el castillo de San Angel (cf. vol. XVII, 128), la notifica un \*Avviso di Roma de 8 de mayo de 1568, Urb., 1040, p. 514<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

el principio de su decadencia. La cristiandad y su cabeza suprema respiraron (1). Como tan frecuentemente en la Historia, así se mostró también ahora, cómo a todo Estado conquistador están puestos límites por no seguir heredándose siempre las eminentes cualidades de los soberanos. La declinación del poderío turco hubiese causado todavía más admiración, si el inteligente gran visir Mahomet Sokoli no hubiese servido de contrapeso a la indig-nidad e incapacidad del gobernante que ahora subió al trono.

Los contemporáneos trazan un retrato repulsivo del fco, pequeño y corpulento sultán Selim II, cuyo rostro encarnado dela-taba al beodo (2). Ya mucho antes de su ascensión al trono un judío por nombre José Míguez, venido de Portugal y muy enriquecido con negocios de banca, se había sabido captar el ánimo de Selim, favoreciendo de todas maneras la vida de crápula de su gran señor, y su predilección por los vinos excelentes y manjares exquisitos. Luego después que empezó a gobernar, otorgó el sultán a este valido el ducado de Naxos a cambio de un insignificante tributo (3). Con la esperanza de obtener de un modo semejante también a Chipre en arrendamiento, el ambicioso judío cortesano estimulaba al sultán a una empresa contra esta isla, la cual por sus ricos productos naturales y su importante situación estratégica formaba una de las posesiones de más valía de la república de San Marcos (4). Después de ajustada la paz con el emperador y de la reconquista de Arabia, sólo se oponía aún a este plan el gran visir Sokoli, el cual hacía resistencia a un rompimiento de la paz con Venecia, y hubiera visto con mejores ojos que se apoyase a los correligionarios de España, los sublevados moriscos (5). José Míguez, o como le llamaban los turcos, Josef Nassi, halló entre tanto poderoso apoyo para sus intentos en el almirante Piali-Bajá, y en el educador de Selim, el visir Lala Mustafá.

(1) V. la \*relación de Strozzi, de 26 de octubre de 1566, *Archivo público de Viena*.

(2) V. A. Badoero en Albéri, I, 360 s.; Zinkeisen, III, 55 s.; Jorga, III, 163.

(3) Cf. Badoero, loco cit.; Charrière, III, 86, 88, nota, 646, nota; Románin, VI, 270 s.; Zinkeisen, III, 56 s., 373 s.; Balan, VI, 530; Herre, *Política europea*, I, 12 s.; *Rev. hist.*, LXXVII, 310 s. V. también Levy, Don Josef Nasi, duque de Naxos, Breslau, 1859.

(4) V. la relación de Bernardo Sagredo en Mas Latrie, III, 540 s., 555 s. Cf. Hammer, II, 405; Herre, I, 10.

(5) Cf. Brosch, *Historias sacadas de la vida de tres grandes visires*, Gotha, 1899, 7 s.; Herre, I, 14 s.

A éstos se asoció el gran muftí, quien representó al sultán, que se podían sacar de los venecianos las sumas necesarias para la gran mezquita de Andrinópolis que se estaba construyendo, y que Selim, como sucesor de los soberanos de Egipto, tenía derecho sobre Chipre. Se advirtió además al sultán, que Venecia se había hecho culpable de deslealtad, por cuanto favorecía los latrocinios de los uscoques en la frontera de Dalmacia, y daba acogida a los corsarios malteses en los puertos de Chipre (1).

El partido que había escrito en su bandera la guerra contra Venecia, obtenía enteramente el predominio, cuando llegó a Constantinopla la noticia de que se había incendiado el arsenal de Venecia el 13 de septiembre de 1569 (2), y por efecto de una mala cosecha se hallaba Italia amenazada por el hambre. La fama exageró el perjuicio originado a la república, y persuadido de que Venecia quedaba privada de su escuadra (3), Selim II se decidió a romper la paz ajustada con Venecia en 1540. Sabiendo bien cuán ocupadas estaban las grandes potencias cristianas por sus interiores dificultades y cuán desunidas entre sí, sólo se quiso esperar la buena estación del año para luego empezar la guerra y arrebatarse a los venecianos su «joya de Chipre, último baluarte de la cristianidad en Levante» (4). El 1.º de febrero de 1570 un agente turco por nombre Cubat fué enviado de Constantinopla a Venecia para presentar a la señoría el ultimátum: o la cesión de Chipre o la guerra. Ya el 13 de enero había la Sublime Puerta hecho embargar bajo vanos pretextos todas las propiedades venecianas y los barcos mercantes de la república que se hallaban en el puerto de Constantinopla (5).

La república de San Marcos, que por espacio de una generación había mantenido relaciones amistosas con la Sublime Puerta con el mayor comedimiento y circunspección a costa de su crédito

(1) V. Hammer, II, 401 s. Cf. Brosch, loco cit., 17 s.; Herre, I, 12 s.

(2) Cf. Romanin, VI, 267 s.; Balan, VI, 531; Herre, I, 15 s.; Tosi, *Dell'incendio dell'arsenale di Venezia*, Firenze, 1906.

(3) En una «Lettera di Roma de 23 de diciembre de 1569 se dice: De Venecia notifican, que el turco, ocupado por los tártaros y el sofí, no puede enviar ninguna escuadra contra nosotros. *Archivio Doria-Pamfili de Roma*.

(4) Herre, *Política del Mediterráneo en el siglo xvi*, en la *Revista alemana para la ciencia de la historia*, IX (1906), 358. Sobre la importancia de Chipre para Venecia v. ahora también Serrano, *Liga*, I, 42 s.

(5) Cf. Brosch, loco cit., 14; Charrière, III, 102.



político (1), y por amor a sus intereses comerciales había procurado «tener asido al sultán por la orla de su vestido» (2), limitándose a una paz armada, quedó no poco extrañada por la acometida que súbitamente amenazaba. Confiando en los sentimientos favorables del gran visir, había hecho poco caso demasiado tiempo de los avisos de sus embajadores (3). Como en Venecia estaban muy bien informados sobre el poder del adversario y sus fuentes casi inagotables de subsidios, no se forjaron ilusiones sobre la grandeza del peligro y tomaron extensas providencias. Ya de suyo se entiende que procuraron conseguir auxilio de naciones extranjeras. Como Francia y Alemania tenían que atender enteramente a aquietar sus turbulencias interiores, sólo se podía pensar por lo pronto en dirigirse a España y al Papa. Pero con estas dos potencias de ningún modo estaba Venecia en las mejores relaciones. España, la primera potencia del continente, ejercía en Italia tal influjo, que así los Estados pontificios como la república de Venecia sólo con dificultad mantenían su independencia. Los virreyes españoles gobernaban en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán y en Lombardía. Saboya, Génova y Toscana estaban dependientes de Madrid; y repetidas veces se había mostrado que allí se miraba con ojos desfavorables la libertad y grandeza de la república de San Marcos y también la de la Santa Sede. La manera autocrática con que Venecia solía proceder en las cosas eclesiásticas, y la escasa condescendencia que en los negocios políticoreligiosos mostraba con la Inquisición romana, cuyos intereses tan a pechos tomaba Pío V, había conducido a diversas desavenencias (4);

(1) Esto lo reconocían los mismos diplomáticos venecianos; v. Albèri, III, 1, 83, 160.

(2) V. Albèri, XIII, 95. Cf. Jorga, III, 248.

(3) V. Herre, I, 19.

(4) Respecto de la Inquisición cf. vol. XVII, 287, y Gratianus, De bello Cyprio, 51 s., como también especialmente Tiépolo, 191 s. y Gothein, 526 s. V. también Corresp. dipl., I, 128. Sobre la resistencia de Venecia a la bula *In cena Domini* v. Cecchetti, I, 448; cf. Gothein, 538 s.; Corresp. dipl., III, 242. Las enojosas contiendas que provocó el breve de 27 de junio de 1566 sobre la unión de la parroquia de Desenzano con el monasterio de San Salvador de Brescia, al que Venecia negó el exequátur, las ha descrito U. Papa (*Un dissidio tra Venezia e Pio V, Venezia, 1895*) extensamente, pero con alguna parcialidad. Cf. también Corresp. dipl., II, 161. Sobre la desconfianza de Venecia con Pío V v. Albèri, II, 4, 239. Sobre la consideración de Pío V con los venecianos y la altanería de éstos v. la Memoria de la secretaría de Estado pontificia de 1572, en los *Varia polit.*, 117, p. 385 s.: «Negotii di Venetia, *Archivio segreto pontificio*.

sin embargo el peligro común que amenazaba a la cristiandad, hizo que todo esto pasase a segundo término en el ánimo noble del Papa, que desde su ascensión al trono nunca había quitado los ojos de los riesgos que amenazaban a la cristiandad por parte del islam.

Más difícil era que Venecia anduviese junta concordemente con España, cuyos intereses en la cuestión de los turcos se dirigían más hacia el norte de Africa que hacia Levante. Cuán grande era la envidia entre Venecia y España, se manifestó al punto, cuando el nuncio pontificio en Venecia, Antonio Facchinetti, que conforme a la voluntad del Papa había siempre defendido la idea de una confederación cristiana contra los otomanos, recomendó a la señoría que ajustase una liga con Felipe II. El 22 de febrero de 1570 hubo Facchinetti de participar a Roma, que conocía claramente que también ahora eludía aún la señoría el plan de una alianza, porque en caso de que la escuadra turca no atacase las posesiones venecianas, sino las de Felipe II, no se quería obligar a proteger estas últimas (1). No una liga, sino dinero, vituallas y tropas procuraron los venecianos por lo pronto alcanzar del Papa, porque todavía se lisonjaban con la esperanza de que la noticia de sus extensos preparativos militares contendría a última hora a los turcos, para que no se arrojasen contra sus posesiones levantinas (2). Que el Papa facilitase también a Venecia un apoyo militar por medio de las demás potencias católicas, especialmente de España, era sumamente deseado por la señoría. Pero hubiera visto de la mejor gana, que recibiese este socorro sin ser encadenada a España, su rival, por una estrecha alianza, y con ello necesitada quizá a empresas que no podían ser para ella misma de inmediata utilidad (3).

Pío V estaba del todo dispuesto a prestar directo apoyo a la república, pero instaba juntamente a que la señoría se aliase con

(1) La carta de Facchinetti ha sido publicada por Valensise, 40-41. Esta edición de 1898, de las importantes e interesantes relaciones del nuncio de Venecia sobre la liga, se le ha pasado por alto a Herre (*Política europea en la guerra de Chipre*, I, 1902), quien por otra parte ha utilizado muy completamente las copiosas obras que hay sobre esta materia.

(2) V. la relación de Facchinetti, fechada en Venecia a 25 de febrero de 1570, en Valensise, 43 s.

(3) V. las excelentes explicaciones de Herre, I, 49 s. Cf. Serrano, *Liga*, I, 48 s.

Felipe II y los pequeños Estados italianos contra los turcos. Venecia, con todo, después de resistirse al principio, hubo finalmente de admitir el plan de una liga, promovido con gran ardor por el Papa y su nuncio, pues de lo contrario, no podía contar con el auxilio de los demás Estados cristianos (1).

El 8 de marzo de 1570 el nuncio Facchinetti envió a Roma la significativa comunicación de que dado lo inevitable de la guerra, también los venecianos deseaban ahora una liga; pero que no estarían descontentos, si entre tanto los turcos los dejasen en paz; que por eso debía Su Santidad trabajar por obligar lo más posible a la república a ajustar la liga. Que él haría esfuerzos en el mismo sentido, a fin de que la señoría se atase hasta tal punto, que no pudiese ya volver atrás sin grandísima afrenta (2).

Entre tanto Cubat, el portador del ultimátum, se acercaba a la ciudad de las lagunas. Habíanse efectuado allí agitadas deliberaciones sobre la actitud que se debía tomar. En el Consejo de los Pregadi se habían manifestado tres opiniones; la primera, de que se debía recibir a Cubat en secreto, fué rechazada; la segunda, de que no se le debía dejar entrar absolutamente en Venecia, sino se le había de despedir inmediatamente, tampoco obtuvo mayoría de votos; antes bien se resolvieron a conceder al mensajero una audiencia pública, y a rechazar incondicionalmente su ultimátum (3). Conforme a esto se redactó también la instrucción enviada el 16 de marzo a Ragusa, al secretario veneciano Luis Bonrizzo, que acompañaba a Cubat (4).

Cuando el enviado turco llegó el 27 de marzo de 1570 al puerto de Venecia, se le prohibió la entrada en la ciudad. A la mañana siguiente algunos guardas le condujeron a la gran sesión del senado, que se celebró a puertas cerradas y sólo duró un cuarto de hora. En ella presentó Cubat su ultimátum. La respuesta ya de antemano preparada contenía «en palabras frías y llenas de dignidad» una redonda negativa. En ella se afirmaba que la Sublime

(1) V. Herre, I, 50. Ya el 13 de marzo de 1568, en una carta al secretario de Estado de Pío V, había expresado Facchinetti la esperanza de que Venecia buscaría al fin su salvación en la liga. Valensise, 38.

(2) V. Valensise, 46.

(3) V. la relación de Facchinetti, de 17 de marzo de 1570, en Valensise, 48.

(4) V. Yriarte, *La vie d'un patricien de Venise au 16<sup>e</sup> siècle*, París, 1874, 151.

Puerta sin ninguna sólida razón quería romper la paz poco antes confirmada con juramento. Que con la esperanza en la justicia de Dios la república resistiría el ataque que era de esperar, y defendería con las armas la isla de Chipre como su legítima posesión (1).

Por muy decididamente resuelta que pareciese estar entonces Venecia a aceptar, confiando en su poder naval, la lucha con los turcos, no obstante dudaban muchos de la sinceridad de la señoría, y creían que los astutos políticos de la ciudad de las lagunas intentaban solamente intimidar al enemigo, para evitar a última hora la guerra y concertar un convenio con la Sublime Puerta favorable para ellos, por el cual nada obtendrían las potencias cristianas aliadas. En vista de otros sucesos anteriores fácilmente se explica a la verdad esta desconfianza; con todo principalmente cuanto a los representantes de Felipe II en la curia, Zúñiga y Granvela, era también motivo de su reserva una táctica política. Para aumentar lo más posible el precio por la adhesión del poder español a una liga, estos diplomáticos daban a entender que su rey no pensaba en modo alguno entrar en la misma (2). Que los españoles se valían de rodeos y subterfugios para sus intentos, se había mostrado ya claramente cuando el Papa, enardecido por la defensa de la cristiandad, trató en un consistorio de 27 de febrero de 1570 sobre el peligro de los turcos y exhortó con palabras conmovedoras a apoyar a Venecia. Acerca de la proximidad e inminencia del peligro, reinaba entre los cardenales sólo una opinión. A nadie se ocultaba que Chipre caería en manos del sultán todavía antes que los príncipes de Europa respondiesen a la exhortación del Papa a prestar auxilio. El mejor medio para precaver semejante calamidad parecía ser la inmediata intervención de Felipe II.

En efecto, el rey de España desde sus puertos de Sicilia podía enviar al punto socorros suficientes para rechazar el primer ata-

(1) Lo dicho en el texto está expuesto según la relación de Facchinetti, de 29 de marzo de 1570, en Valensise, 50 s. Los historiadores posteriores Paruta (Hist. Venet., II; Guerra di Cipro, I, 50 s), Folieta (De sacro foedere, l. 1) y Graciano (De bello Cyprio, 40 s.) han descrito minuciosamente los sucesos de entonces, pero, como hace notar Herre, I, 22, nota 1, los han exornado de un modo algo legendario. Sobre la preparada respuesta v. Longo, Guerra, 13 s., 14, e Yriarte, 152.

(2) V. las excelentes explicaciones de Herre, I, 67 s., quien ha sido el primero en utilizar las relaciones de Granvela y Zúñiga del archivo de Simancas.

que de los turcos. Contra semejante plan se declaró con todo el cardenal Granvela, el cual conjuró al Papa y al colegio cardenalicio, que no precipitasen a su rey y a la Iglesia en una empresa tan incierta y llena de peligro. Granvela no se recató de decir abiertamente, que la república de San Marcos, tan poco digna de confianza, no merecía un inmediato apoyo; que se la dejase por entonces a su suerte; que siempre era aún tiempo de acudir en su ayuda, si por una derrota hubiese llegado a conocer que necesitaba de sus vecinos. Que él creía que Dios dejaba abandonada esta soberbia ciudad al ataque de los infieles sólo para castigarla por su egoísmo y darle a entender que también a la señoría podía llegarle el caso de tener que pedir amparo y ayuda.

A estas explicaciones de Granvela se opuso sin embargo decididamente el cardenal Commendone, que gozaba de grande autoridad con Pío V (1). Recordó los méritos de Venecia para con la cristiandad y la Santa Sede y procuró defender a la señoría, en cuanto esto sólo de alguna manera era posible, contra los reproches que se le dirigían, de infidelidad y egoísmo. Con dureza de expresión contra los españoles advirtió que se maravillaba de cómo podía hacerse mención de la última guerra y de la paz ajustada después con los turcos, pues entonces los venecianos habían sido tratados por sus aliados de tal manera, que éstos hacían mejor en no hablar de ello. Las declaraciones de Commendone vinieron a resumirse en la opinión que desde el principio había tenido el Papa, de que había de procurarse auxilio lo más pronto posible, pues no se trataba de Venecia únicamente, sino de toda Italia, más aún, de la honra y el bien de la cristiandad. En este sentido se decidió luego también la mayor parte de los cardenales (2).

Mientras el Papa después de este consistorio cuidó de allegar copiosos auxilios pecuniarios, concediendo un diezmo del clero veneciano, cuyo importe sumaba cien mil escudos de oro, los cuales, sin embargo, sólo debían servir para la defensa de Chi-

(1) Cf. vol. XVII, 92.

(2) Sobre el consistorio de 27 de febrero de 1570, que es raro no se mencione para nada en las \* Acta consistorialia que hay en el *Archivo consistorial del Vaticano* (ahora en el *Archivo segreto pontificio*), v. la relación de Facchinetti, de 1.º de marzo de 1570 (Valensise, 44), las cartas de Granvela y Zúñiga a Felipe II, de 28 de febrero de 1570 (*Archivo público de Simancas*), utilizadas por Herre, I, 48, así como Folieta, I, 996 s. y Graciano, De bello Cyprio, 52 s., para cuya crítica cf. Laderchi, 1570, n. 11.

pre (1), dió al mismo tiempo un paso decisivo para mover a Felipe II a prestar ayuda a Venecia y concluir una alianza con la república.

El desempeño de esta difícil incumbencia encargólo Pío V, después de haber puesto en sus manos el gobierno veneciano la dirección de las negociaciones (2), a uno de sus funcionarios más inteligentes y de mayor aptitud diplomática, el cual, por su origen español había de ser simpático a Felipe II: el clérigo de la Cámara Apostólica Luis de Torres (3). Las dos incumbencias que se le confiaron, están clara y determinadamente expresadas, así en sus instrucciones, como en el breve credencial de 8 de marzo de 1570, dirigido a Felipe II. Después de una viva descripción del peligro

(1) Por eso los dineros debían venire in mano dei ministri di S. S<sup>ta</sup>; v. Valensise, 44. Sobre esta concesión cf. la \*relación de B. Pía, fechada en Roma a 4 de marzo de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*. La \*bula acerca del diezmo veneciano (el valor efectivo de los 100000 escudos de oro subía a 180000; v. Cecchetti, II, 74), fechada en Roma a 10 de abril de 1570, se halla en el *Archivo de breves de Roma*. El mismo día publicó Pío V un iubilaeum ad divinum auxilium implorandum contra infideles; Bandi, V, 1, p. 162, *Archivo secreto pontificio*.

(2) \*A 27 di Febraro del 1570 rendendo conto alla S<sup>ta</sup> di Pio V il cl. Michele Suriano, ambasciatore de Venetiani appresso S. S<sup>ta</sup> degli apparati di guerra che faceva il Turco, pidió el Papa al embajador, escribiese a su país acerca de concertar una liga con Felipe II. Soriano todavía el mismo día envió un correo a Venecia. La respuesta que dió la señoría fué, que ponía el negocio en manos del Papa, accio che con l'autorità sua si trattasse et concludesse et data questa risposta sabbato 4 di Marzo lunedì a sei mandò a chiamare me D. Luis de Torres, chierico di sua Camera Apostolica et mi disse di volermi mandar in Spagna per tal effetto raggionandomi nella forma seguente: Monsignore, vi havemo mandato a chiamare per dirvi che siamo risoluti mandarvi in Ispagna et la causa vi diremo: liga entre Venecia y España, remisión a la instrucción. Fuera de esto hay que tratar todavía otro asunto, que ya ha comenzado a hacerlo el nuncio cerca de Felipe II, che abbracci le cose d'Inghilterra aiutando li sollevati (cf. arriba, p. 178 s.). Torres declara su prontitud de voluntad para encargarse de esta misión. Así el \*Giornale de'trattati segreti et publici di diversi ministri con il S. P. Papa Pio V (ex bibl. card. Ios. Renati card<sup>lis</sup> Imperialis), Addit., Ms. 20052, p. 2, *Museo británico de Londres*. Cf. también los datos que se hallan en Herre, I, 70, tomados de varias relaciones españolas.

(3) Sobre L. de Torres, desde diciembre de 1573 arzobispo de Monreale, muerto en 31 de diciembre de 1584, v. Lello, Hist. d. chiesa di Monreale, Roma, 1596, 122 s.; Sereno, 383 s.; Garampi, Osservaz., 304; Forcella, IV, 335. Importantes documentos de los papeles que dejó Torres al morir, contiene el *Archivo del Marqués de Torres* (o *Dragonetti*) de Aquila. Por eso hice una visita a Aquila por octubre de 1903, pero por estar ausente el poseedor, no pude examinar dichos documentos.

de la cristiandad y la expresión de su dolor, el Papa hace observar, que según su persuasión, ningún monarca de la cristiandad solo era capaz de resistir al poder de los turcos, pero sí podían hacerlo los príncipes cristianos unidos. Que por tanto era del todo necesario que se coligasen para derrocar al común enemigo, y que en esta gloriosa empresa pertenecía el primer lugar al rey de España por su eminente piedad y el poderío de su reino. Que el Papa apoyaría gozoso tales esfuerzos y volcaría todo su tesoro público. Pero juntamente encarece también el escrito la necesidad de inmediato socorro militar. Se conjura al rey de España por la misericordia de Dios, que envíe al punto a Sicilia una poderosa escuadra para proteger a Malta, si los turcos intentasen dar allí un ataque, como también para conservar el mar libre a las tropas cristianas que se enviasen en auxilio de la isla de Chipre. Con esto, se dice allí, quedarán enteramente desbaratados los planes de los turcos (1).

En las tres instrucciones que recibió Torres, estaban explicados y fundamentados todavía más en particular sus encargos (2). La liga entre España y Venecia debía tener carácter defensivo y ofensivo, y ajustarse para siempre o para determinado tiempo, según pareciese ser conveniente. Ante todo debía determinarse al rey a que confiase al Papa las negociaciones respectivas y la conclusión, como ya lo había hecho Venecia, y a que para este fin enviase sin dilación los necesarios poderes a Roma, donde se procedería con la mayor justicia, de suerte que nadie pudiera sentirse agraviado. En particular se indica a Torres, que haga ver que Venecia por sí sola no era capaz de resistir un ataque de los turcos (3); pero que unidas eran las dos potencias bastante pode-

(1) V. Goubau, 302 s.; Laderchi, 1570, n. 21.

(2) Las tres instrucciones, tomadas del *Archivo del Marqués de Torres (Dragonetti) de Aquila*, se hallan en Sereno, 427-431, con las fechas de 12, 5 y 12 de marzo de 1570, mientras las copias que hay en el *Archivo segreto pontificio* y en la *Bibl. Chigi de Roma* (v. Hinojosa, 188; Herre, I, 89), así como el Cód. 6334, p. 342 s. de la *Biblioteca palatina de Viena*, en vez del 5 de marzo indican con exactitud el 15. En el manuscrito del *Museo británico de Londres*, p. 5b, 7 y 10, citado arriba, p. 315, nota 2, las instrucciones están fechadas como en Sereno.

(3) La correspondencia de Torres no se ha perdido, como sospecha Herre, I, 93, nota 7, sino que se conserva en \*Addit., Ms. 20052, p. 20b s. del *Museo británico de Londres*; la primera carta al card. Bonelli está fechada desde Sena a 18 de marzo de 1570, y la segunda desde Barcelona a 8 de abril.

rosas por mar, así para defenderse como para acometer. Torres debía fundamentar aún más específicamente las evidentes ventajas de la liga y a la vez hacer notar que la alianza había de ser firme y segura. Que por eso el rey de España no debía temer nada de Venecia, ni Venecia del rey. Que en el común peligro había de desaparecer la anterior suspicacia. Que estaba claro, que la una potencia sin la otra no podía resistir a los turcos, ni por tanto por su propio interés dejar solo al aliado. Que con buena voluntad no sería difícil llegar a establecer las condiciones particulares para la liga, mayormente siendo el Papa medianero y árbitro imparcial. Pero que antes que se negociase sobre la repartición de las aportaciones y de las conquistas, así como sobre el llamamiento que se había de hacer a otras potencias, en vista de la inminencia del peligro el rey de España debía prestar ayuda desde luego, enviando ahora al punto a ruegos del Papa su escuadra a Sicilia para apoyar a los venecianos.

Después de haber recibido aún Torres cartas de recomendación para el cardenal Espinosa, influyente ministro español, para Ruy Gómez y otros grandes y nobles españoles, y también para don Juan de Austria (1), le dió todavía el Papa instrucciones orales en una audiencia de despedida, de 15 de marzo de 1570. Al siguiente día emprendió el viaje (2). Por efecto de las condiciones de las postas de aquel tiempo, transcurrió un mes entero antes que llegase a Córdoba, donde a la sazón se hallaba la corte. El reci-

También se hallan aquí las contestaciones del cardenal Bonelli, las cartas de Torres al secretario de Pío V, Jerónimo Rusticucci, y sus respuestas, así como la correspondencia de Torres con otros cardenales, y además sus relaciones enviadas desde Portugal. El utilizar estos documentos ha de quedar reservado para una publicación especial. Serrano (Corresp. dipl., I, xxv) no los conoce, pero cita en cambio la \*copia de algunas cartas de Torres que se halla en Urb., 841 de la *Biblioteca Vatic.*

(1) El breve para el cardenal Espinosa se halla en Laderchi, 1570, n. 24. La fecha de 2 de marzo que se lee en Laderchi, es inexacta; debe leerse 12; v. \*Brevia Pii V en Arm. 44, t. XV, p. 36<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*. Ibid., p. 37<sup>b</sup> s. está el dato de que se enviaron otras \*cartas semejantes a Gómez princ. Ebuli, Ioh. princ. Portugalliae (v. Laderchi, 1570, n. 25), dux Feriae, episc. Conchensis, Ant. de Toledo. Según \*Varia polit., 100, p. 8 s. se escribieron estas cartas el 8 de marzo; aquí se nombra también a don Juan. Según el manuscrito del *Museo Británico de Londres*, citado arriba, p. 315, nota 2, los breves fueron fechados el 12 de marzo.

(2) V. \*Giornale de'trattati segreti, loco cit., *Museo Británico de Londres*. Cf. Facchinetti en Valensise, 57.



miento que le hizo Felipe II, nada dejó que desear en demostraciones honoríficas, pero a causa de la tirantez entre Madrid y Roma, las negociaciones hiciéronse difíciles. Torres supo justificar muy bien la actitud del Papa respecto de don Felipe; de él, por ser español, se recibieron bien algunas frases duras, que los orgullosos grandes no hubieran sufrido de un extranjero. Una respuesta definitiva tocante a la liga se difirió por lo pronto todavía, conforme a la costumbre de la corte española. En cambio, a instancias de Torres prometió el rey, que mandaría a Doria que se hiciese a la vela para Sicilia y esperase allí nuevas órdenes; y que entre tanto las autoridades españolas de Nápoles auxiliarían a los venecianos con víveres y municiones. Torres siguió luego a la corte en su viaje a Sevilla; pero también allí en una audiencia de 4 de mayo recibió respecto a la liga una respuesta que no podía ser más general (1). Entre tanto el Consejo de Estado español consideraba el pro y el contra en no menos de once sesiones.

Si Felipe II y sus consejeros a pesar de su gran desconfianza con Venecia se resolvieron a entrar en las negociaciones sobre la liga, y nombraron agentes para intervenir en las mismas a Granvela, Pacheco y Zúñiga, influyó en ello grandemente la esperanza de alcanzar ahora finalmente lo que la diplomacia española había hasta entonces procurado conseguir inútilmente del severo Papa: la concesión de la bula de la Cruzada y del Excusado, así como la prorrogación del Subsidio (2). Fuera del nombramiento de los plenipotenciarios para las negociaciones sobre la liga en Roma, Felipe II reiteró su promesa ya dada en Córdoba tocante al pronto socorro de Venecia con bastimentos y municiones, para que después de concluída la liga pudiera adelantarse al punto la armada (3).

(1) V. la relación de Torres al cardenal Bonelli, fechada en Sevilla a 16 de mayo de 1570, *Lettere de' princ.*, III, 260-264 (p. 260, línea 4 desde abajo, léase 26 en vez de 16, p. 264, línea 10 desde abajo, 1570 en vez de 1571). Cf. Herre I, 101. V. también *Corresp. dipl.*, III, 295 ss., donde en la página 297 s. hay dos relaciones de Torres a Roma, de 24 de abril de 1570, y en la página 324 s. está publicada su Memoria sobre la liga contra los turcos, de 4 de mayo de 1570, dirigida a Felipe II.

(2) V. las cartas de Felipe II a Zúñiga y a su plenipotenciario de 16 de mayo de 1570, *Corresp. dipl.*, III, 335 s., 350 s. Cf. Serrano, *Liga*, I, 58 s.

(3) V. la relación de Torres, de 16 de mayo de 1570, loco cit., 263 s. Cf. Herre, I, 105 s. V. también Häbler en la *Revista Hist.*, XCII, 496. Sobre los esfuerzos de España por ver concedida la bula de la Cruzada, v. arriba, p. 6 s., 24. Que ahora se insistió mucho en este punto, lo dice también Folietta (I, 967).

El 16 de mayo de 1570 se otorgaron los poderes para Granvela, Pacheco y Zúñiga (1).

Con esto quedaba dado un importante paso hacia adelante. Luis de Torres pudo salir de la corte de España y encaminarse a Portugal, donde debía instar al rey don Sebastián a casarse con Margarita de Valois y solicitar la participación en la liga contra los turcos, de este Estado pequeño, pero de grande importancia por su gran imperio colonial. Un breve pontificio de 13 de marzo, que Torres llevó, exhortaba de un modo apremiante al monarca portugués a que hiciese juntar sus diez galeras con la escuadra española. Este declaró ser imposible tan inmediato socorro, pero lo prometió para el año siguiente (2). Todavía menos alcanzó Torres respecto al casamiento del rey. Para Pío V fué esto tanto más doloroso, cuanto que le inquietaba cada día más el peligro de un enlace de Margarita con el protestante Enrique de Navarra (3). Cuán a pechos tomaba este negocio, lo muestra la circunstancia de haberse dirigido de nuevo el 6 de agosto al rey de Portugal, y enviado otra vez a este reino a Torres, que ya se había vuelto a Madrid. El representante del Papa alcanzó esta vez todavía menos que antes. El rey no solamente rehusó redondamente, aunque con las formas más corteses, el matrimonio con Margarita, sino también declaró que le era imposible prestar entonces auxilio por mar contra los turcos, pues tenía que proteger las costas de su reino contra los piratas hugonotes y defenderse contra el inminente ataque del rey de Marruecos; que sin embargo al año siguiente acometería desde la India al Imperio turco (4).

No solamente el poder español y el portugués, sino también el francés quería ganar Pío V para la guerra contra los turcos, sobre la cual tenía tiempo para hablar horas enteras con el capuchino

(1) Felipe II notificó esto el mismo día al Papa; v. Goubau, 312 s. El original español de los poderes puede verse en la Corresp. dipl., III, 330 s.; *ibid.*, 339, 346 s. están las instrucciones secretas del rey para las negociaciones sobre la liga.

(2) V. Goubau, 337 s., 339 s.; Laderchi, 1570, n. 45 s.; *Corpo dipl. Portug.*, X, 364 s., 370 s.; Herre I, 132 s. Pío V había ya honrado en 1567 al rey de Portugal con el envío de la espada y sombrero bendecidos; v. Mac Swiney, *Le Portugal et le St.-Siège*, I, Paris, 1898, 46 s.

(3) Cf. arriba, p. 115 s.

(4) V. Goubau, 342 s.; Laderchi, 1570, n. 51 s.; *Corpo dipl. Portug.*, X, 391 s.; Herre, I, 134 s.

Jerónimo de Pistoya, a quien apreciaba de un modo especial (1). En vista del estado del reino de Francia y de las antiguas relaciones amistosas de su gobierno con la Sublime Puerta, había ciertamente pocas esperanzas de un buen éxito. No obstante, Pío V procuró influir personalmente con toda su autoridad en el joven monarca Carlos IX, enviándole una carta llena de fuego el 13 de marzo de 1570. Con palabras conmovedoras lamentaba en ella los padecimientos de la cristiandad, los cuales llegaban ahora a lo sumo con el peligro de parte de los turcos. Por eso se conjura al rey, que entre en la liga dirigida contra el islam. A la fría y breve negativa de Carlos IX respondió el Papa el 18 de junio con otra carta muy severa. Decíase en ella, que si el rey no quería renunciar a sus antiguas relaciones amistosas con la Sublime Puerta, para poder prestar buenos servicios a otros en Constantinopla, se hallaba con ello en un camino enteramente falso, porque no se podía hacer el mal para alcanzar el bien. Que por lo demás se engañaba mucho el rey, si creía poder mantener él solo con el enemigo de todos los príncipes cristianos una amistad que antes bien debía evitar como la peste. Que ahora estaba experimentando Venecia el caso que se había de hacer de la amistad del sultán. La carta terminaba con una exhortación a seguir el ejemplo que en otro tiempo había dado Francia en la época de su gloria y de su grandeza (2). Pío V predicaba a sordos. La diplomacia francesa no se avergonzaba hasta de trabajar directamente contra la liga, procurando preparar un convenio entre Venecia y la Sublime Puerta (3).

¡Cuán remoto sin embargo estaba el tiempo en que un día el ardor por las cruzadas llenaba a toda la cristiandad! Esto se mostró también en que Pío V, a pesar de sus múltiples exhortaciones, ya no se atrevió ahora a dirigirse por carta a aquel a quien antiguamente en ocasiones semejantes se habían enderezado en primer lugar las miradas de los Papas: al emperador. Este, en efecto, no pensaba renunciar a la paz que sus embajadores habían comprado en 1568 para ocho años (4). Además las relaciones del

(1) Cf. la relación de Tiépolo en Mutinelli, I, 92 s. Sobre J. de Pistoya v. Rocco da Cesinale, I, 76 s.

(2) Goubau, 295 s., 298 s. Laderchi, 1570, n. 61-62. La fecha de «14 de marzo» que está en Laderchi, es falsa; v. \*Brevia Pii V en Arm. 44, t. XV, p. 44b, *Archivo segreto pontificio*.

(3) V. Herre, I, 161.

(4) Cf. arriba, p. 218.

Papa con el poseedor de la más alta dignidad secular de la cristiandad se habían turbado entonces del modo más violento, no sólo por la actitud de Maximiliano en las cuestiones religiosas, sino también por la elevación de Cosme a gran duque de Toscana (1). Por el mismo tiempo estaban también tirantes las relaciones del emperador con Felipe II (2). Hablando con el embajador de Venecia, había ciertamente expresado Maximiliano a la primera noticia de la amenaza de Chipre por los turcos, que se podía fácilmente ajustar una liga, no sólo entre él, el Imperio alemán, el rey de España y Venecia, sino también con los moscovitas y los persas. Pero poco después se dijo que el inconstante monarca había resuelto seguir pagando su tributo al sultán. Todos los intentos del embajador veneciano para impedir el envío de este «presente de honor», quedaron frustrados (3).

La misma suerte tuvieron los esfuerzos del Papa y Venecia por interesar a Polonia y Rusia en la lucha común contra los otomanos. A tales planes se oponía de antemano la rivalidad de estas dos potencias. Claramente se mostró esto ya a la primera tentativa de los venecianos para inducirlos a entrar en la liga (4). A pesar de lo cual Pío V no renunció a la esperanza de conseguir el fin anhelado. El gran optimismo que tenía respecto de Rusia, se explica de una parte por el desconocimiento que reinaba en todo el Occidente, del estado de las cosas de este Imperio, que se hallaba aún en la más profunda barbarie, y de su despótico y cruel soberano, y de otra parte, por la esperanza, que nunca se amortiguó en la curia, de que el Imperio moscovita abrazaría la fe católica y se uniría con los demás Estados para luchar contra los otomanos. Pío V estaba en tan alto grado bajo la impresión de las negociaciones seguidas en tiempo de Julio III, y de la esperanza excitada por el entonces nuncio en Polonia, Ruggieri, de que Iván IV, como enemigo de los luteranos, no sería adverso a una unión con Roma, que ahora le parecía muy posible la participación

(1) Cf. arriba, p. 230 s., 234. Sólo después de concertadas las diferencias respecto del asunto de Toscana, como \*notifica B. Pía desde Roma el 5 de agosto de 1570, se podía atraer al emperador a la liga. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(2) V. Herre, I, 141, 149 s.

(3) V. Turba, III, 490, nota 2. Cf. arriba, p. 218.

(4) V. Herre, I, 155 s.

de la potencia moscovita en la guerra contra los turcos (1). En su confianza de ganar a las potencias orientales de Europa para la lucha contra los infieles, fué todavía confirmado por el nuncio de Venecia (2).

En agosto de 1570 el nuncio de Polonia, Portico, recibió la orden de trasladarse a Moscou para hacer una tentativa en esta dirección. La instrucción que se le dió, da bien a entender el sentir ideal y enérgico del Papa. Pío V hace en ella referencia a las negociaciones que Iván IV había entablado con Julio III, para alcanzar el título de rey mediante la promesa de someterse a Roma tocante a lo eclesiástico. Dicese también en la misma, que investigue el nuncio hasta qué punto se habían tomado en serio estas negociaciones entonces interrumpidas. Que si continuaba aún la prontitud de voluntad, el Papa estaba dispuesto a enviar a Moscou sacerdotes y obispos. Se advierte a Portico, que no pase a tratar de las controversias religiosas, sino en caso de que las toque Iván mismo. Ante todo debía exponer el peligro de los turcos y mover al zar a resistir a los otomanos junto con el emperador y el rey de Polonia, y por medio de este ataque por tierra apoyar el de la escuadra cristiana en el Mediterráneo. En una adición cifrada se hizo expresa referencia al título de rey, pretendido por Iván (3). Una carta del Papa a éste, enviada al nuncio y fechada en Roma a 9 de agosto de 1570, además de una viva descripción del peligro que amenazaba a todos los príncipes por parte de los osmanlies, contenía la apremiante exhortación a apoyar la guerra contra los infieles. Decíase al fin, que si el zar realizaba sus intentos de unión, el Papa se mostraría agradecido cuanto le fuese posible (4).

(1) V. Catena, 183 s. y Pierling, *Russie*, I, 383 s. Sobre las negociaciones entabladas en tiempo de Julio III v. nuestros datos del vol. XIII, 226, nota 1.

(2) V. Valensise, 71 s. En un \*Avviso di Roma de 2 de junio de 1571 se dice, que los jesuitas afirmaban, que los moscovitas les habían pedido Padres (Urb., 1042, p. 71, *Biblioteca Vatic.*). Un \*Avviso di Roma de 8 de junio de 1571, que se halla en el *Archivo público de Viena*, notifica lo mismo, pero con esta añadidura: *il che si è vero è di grand'importanza*.

(3) V. el texto de la instrucción de septiembre de 1570 en Pierling, *Rome et Moscou*, 140 s.

(4) V. Goubau, 360 s.; Laderchi, 1570, n. 64; Theiner, *Mon. Pol.*, II, 748 s. Una reimpresión de la carta pontificia según el original puede verse en N. Lichatshev, *Una carta del Papa Pío V al zar Iván el Terrible*. Un estudio sobre la diplomacia pontificia, San Petersburgo, 1906 (en lengua rusa), p. 2-5 y lámina I; cf. además R. G. Salomón en el *Archivo de historia antigua alemana*, XXXII (1907), 461 s.

No se le escapaba a Iván qué peligros amenazaban también al Imperio ruso de parte de los turcos, pero esperaba evitarlos, no por medio de empresas guerreras, sino por negociaciones pacíficas. Por lo demás, Portico no llegó a enterarse de este estado de las cosas. Era presupuesto de su misión el asentimiento del rey de Polonia; mas éste puso condiciones que encubrían mal su aversión al plan del Papa (1).

Cuanto más faltos de esperanza parecían estar todos los esfuerzos de Pío V, enderezados a promover una gran cruzada, con tanto mayor ardor agenciaba por lo menos la conclusión de una liga con Venecia y España. Pero también a este plan se oponían obstáculos casi insuperables. Como ya tantas otras veces, mostróse asimismo ahora, que sólo la Santa Sede tenía completa inteligencia del peligro que amenazaba a la cristiandad y a la civilización occidental, y seguía una política verdaderamente desinteresada, agenciando con grandísimo celo la liga, mientras aquellos para cuya utilidad se había de ajustar, dejábanse guiar por solos sus intereses particulares entre sí opuestos, y regateaban sobre las condiciones de una empresa común, como comerciantes sobre una mercancía (2).

Al egoísmo que reinaba en ambas partes, correspondía la mutua desconfianza. Principalmente Felipe II temía que Venecia se entendería bajo mano con la Sublime Puerta y luego España sola quedaría expuesta a la acometida de los turcos. Confirmóse en esta desconfianza, que de cuando en cuando se apoderaba también del Papa, por la pertinacia con que Venecia procuraba aprovecharse de la situación en beneficio propio. No contenta con que Pío V había concedido a la república los diezmos y todavía otros auxilios en dinero, tropas y vituallas (3), exigía además que el Papa tuviese parte en la expedición de la escuadra, aportando cierto número de galeras. Como sospechaba justamente el embajador español, con esto debía impedirse que el mando supremo de la armada recayese en un almirante de España (4). Para no moles-

(1) V. Pierling, *Russie*, I, 389 s.

(2) V. el juicio del cardenal Rambouillet en su carta de 5 de noviembre de 1570, en Charrière, III, 126; cf. Herre, I, 69, 71.

(3) V. la \*relación de B. Pía fechada en Roma a 5 de abril de 1570, *Archivo Gonsaga de Mantua*. Cf. el \*Avviso di Roma de 5 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 255<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(4) V. la relación de Zúñiga de 10 de abril de 1570, en Herre, I, 75. Según Granvela (Herre, I, 78, nota 2), Venecia al principio había exigido 30 galeras;

tar a los españoles, los cardenales Morone, Farnesio, Orsini y Madruzzo, consultados por el Papa, disuadiéronle de la formación de una escuadra pontificia independiente, y recomendaron nuevos subsidios pecuniarios. Como sin embargo Venecia declaró que no vendría en una expedición común sino en caso de que se hallasen en ella buques pontificios y un almirante del Papa, hubo éste de ceder, por muy difícil que fuese para él allegar dinero y tropas para el prometido armamento de veinticuatro galeras (1). Animada con este buen suceso, quiso ahora conseguir la señoría, que se confiase el mando supremo a un varón enteramente adicto a ella, el cardenal Cornaro. Pío V se negó hábilmente a acceder a esta propuesta, fundándose en que no estaba bien que un eclesiástico desempeñase semejante cargo (2). Si se atendía únicamente al número de las naves, pertenecía el mando supremo a los venecianos; pero era seguro que el poderoso soberano del Imperio español no se subordinaría a ellos. Como ahora en general los buques pontificios debían servir de lazo de unión entre los dos rivales, Pío V pensó también resolver la cuestión del mando supremo de su escuadra, nombrando para ella un almirante contra quien nadie hallase reparo que oponer (3). Con gran prudencia escogió para esto un varón cuyas dotes militares estaban fuera de toda duda y que había de ser grato, no sólo a Venecia, sino juntamente también al rey de España: Marco Antonio Colonna. De sólo treinta y cinco años de edad, este hombre, el más eminente de los barones romanos, había luchado ya con tres galeras propias en la costa de África y contribuido a la conquista del Peñón de Vélez (4).

después se contentó con que enviaría ella misma 24 vacías a Ancona, donde prometió el Papa armarlas y tripularlas; v. la \*relación de B. Pía, de 25 de abril de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y el \*Avviso di Roma de 3 de mayo de 1570, Urb., 1041, p. 269, *Biblioteca Vatic.* Cf. ahora también Corresp. dipl., III, 288 s., 376, nota 2.

(1) V. Folieta, I, 969 s.; Herre, I, 78; cf. también Pometti, 67 s. Cómo Cosme I utilizó su promoción de la guerra contra los turcos, para conseguir la elevación de su título, lo muestra bien Bibl, Elevación, 69 s., 72 s.

(2) V. Valensise, 59. Que además de Cornaro fué también propuesto Commendone, se saca del \*Avviso di Roma de 29 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 269<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. la importante relación de Facchinetti, de 29 de marzo de 1570, en Valensise, 51 s.

(4) V. Guglielmotti, M. A. Colonna, 11 s. Como complemento de la monografía de Guglielmotti pueden servir L. Vicchi, M. A. Colonna. Appunti biogr. con doc. rari, Faenza, 1890, y Tomassetti, Su M. A. Colonna il Grande, Roma, 1909.

A fines de mayo de 1570 llegó a Roma un correo enviado por Torres con la noticia de que Felipe II estaba dispuesto así a prestar inmediatamente auxilio a Venecia, como a entrar en las negociaciones para la liga. El Papa lloraba de gozo (1). Publicó a 3 de junio el nombramiento de Colonna para jefe supremo de la escuadra auxiliar pontificia (2). El domingo, 11 de junio, Marco Antonio Colonna con brillante armadura, acompañado de nobles romanos, se dirigió a caballo al Vaticano, donde prestó el juramento en la capilla pontificia después de una misa del Espíritu Santo. Conducido por Pablo Jordán Orsini y Miguel Bonelli, se acercó luego a las gradas del trono pontificio para recibir de manos de Pío V el bastón de mando y la bandera de seda roja. En ella se veía al Crucificado entre los Príncipes de los apóstoles, el escudo de Pío V y el lema: *In hoc signo vinces*—Con esta señal vencerás (3).

En Roma como también en Venecia reinaba general alegría por el nombramiento de Colonna. Sólo los españoles no estaban contentos, aunque tenían para ello todas las razones, porque Colonna había sido siempre fielmente adicto a su causa, como lo había demostrado con los hechos en tiempo de Paulo IV. El noble Pío V olvidó del todo la parte que entonces tuvo Colonna en la guerra de los españoles contra la Santa Sede. ¡Cuán penosa impresión hubo ahora de producirle el que semejante varón no pareciese grato a los representantes de Felipe II en la curial Zúñiga dijo a Colonna en su cara, que no se imaginase que era generalísimo; que no había aún ninguna liga. Granvela le censuró directamente el que hubiese aceptado el mando de las galeras pontificias, sin haber antes dado cuenta de ello a Felipe II (4).

(1) V. la relación de F. Góndola en Voinovich, 560.

(2) V. el \*Avviso di Roma de 3 de junio de 1570, Urb., 1041, p. 283, *Biblioteca Vatic.* Cf. Corresp. dipl., III, 376.

(3) V. Firmano en Gennari, 61 s.; los \*Avvisi di Roma de 14 y 17 de junio de 1570, Urb., 1041, p. 290<sup>b</sup>, 293<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* La fecha (11 de mayo) que se halla en Sereno, 46 y Catena, 153, es falsa. El breve a Colonna, de 11 de junio de 1570, puede verse en Guglielmotti, Colonna, 8 s. El estandarte que Pío V dió a M. A. Colonna, fué por éste ofrecido a la catedral de Gaeta; allí está empleado como imagen del altar mayor, y se halla todavía bien conservado; v. P. Fidele, Lo stendardo di M. A. Colonna a Lepanto (Nozze Hermanin-Haussmann), Perugia, 1903; S. Ferraro, Mem. religiose e civili di Gaëta, Napoli, 1903, 193, como también los grabados del Cosmos illustr., 1904, 80.

(4) V. las relaciones de Zúñiga y Granvela en Herre, I, 82.



Que Pío V había elegido en Marco Antonio Colonna al hombre adecuado, mostrólo el celo con que éste tomó a pechos el armamento de las galeras, cuyo número hubo de limitarse a doce por la imposibilidad de allegar mayores fondos. Colonna halló en la nobleza romana la mayor propensión a tener parte en la gloriosa empresa. Los primeros a quienes dió mando de galeras, fueron Fabio Santa Croce y Domingo Mássimo. Nombró lugarteniente suyo al duque de Zagarolo, Pompeyo Colonna. El cargo de comisario general lo obtuvo Pablo Francisco Baglioni, y la artillería se puso bajo la dirección del arquitecto Jacobo Fontana (1). Destináronse también capellanes castrenses para los soldados (2). El camarlengo pagó al punto a Colonna 10000 escudos, y otros 12000 había de recibir en Venecia, para donde partió el 16 de junio (3). En Loreto Colonna se encomendó a sí y a su escuadra a la protección de la Madre de Dios, y luego trabajó en Ancona y Venecia para armar las doce galeras pontificias, en lo cual se habían de vencer no pequeñas dificultades (4).

Entre tanto en Roma se habían comenzado las negociaciones sobre una liga entre España y Venecia, después que un correo enviado el 14 de junio había llevado al representante de la república en Roma, Miguel Soriano, el permiso para ello de parte de la señoría (5). Después de algunas conferencias preparatorias (6), se abrieron las negociaciones propiamente dichas el 1.º de julio de 1570 con una alocución del Papa, caldeada en su celo de la cruzada (7). Entre las respuestas de los embajadores fué notable la de Soriano, quien insistió enérgicamente en la necesidad de pasar

(1) V. Guglielmotti, Colonna, 13 s., 16 s. Por un \*breve de 3 de agosto de 1570 Pío V recomendó a Pompeyo Colonna al Generali classis Venet. Arm. 44, t. XV, p. 184b, *Archivo segreto pontificio*.

(2) Venecia había propuesto para esto unos ocho o diez jesuitas; el Papa deseaba que en cada galera hubiese un sacerdote (v. Valensise, 52, 57); al fin eligió para esto a los capuchinos; v. los \*Avvisi di Roma de 17 y 24 de junio de 1570, Urb., 1041, p. 293b, 298b, *Biblioteca Vatic.* Cf. Rocco da Cesinale, I, 77 s., 475 s.

(3) V. el \*Avviso di Roma de 17 de junio de 1570, loco cit. El \*breve al dux, que acredita a M. A. Colonna, lleva la fecha de 8 de junio de 1570; Arm. 44, tomo XV, p. 136b, *Archivo segreto pontificio*.

(4) V. Guglielmotti, Colonna, 22 s.

(5) V. Herre, I, 164; cf. Valensise, 61.

(6) V. Corresp. dipl., III, 404 s.

(7) V. Catena, 155 s.; Folietta, II, 1000; Paruta, 122 s.; Laderchi, 1570, n. 90 s., donde con todo está equivocada la fecha.

desde luego a la ofensiva contra los turcos. Cuando los embajadores salieron del Vaticano, Soriano propuso que se hiciese como en el año 1538, y luego en la primera conferencia se declarase ajustada la liga y se diese comienzo a la ejecución, y después se deliberase acerca de los diversos capítulos. Pero a esto se mostró contrario Granvela, el cual quería oír antes cada una de las proposiciones (1).

El 2 de julio entregó el Papa a los representantes de España y Venecia el bosquejo de un tratado de alianza, compuesto según el modelo de la liga de 1538, sobre el cual debían deliberar con los cardenales Bonelli, Morone, Cesi, Grassi y Aldobrandini, facultados para ello (2). El 4 de julio juntáronse los nombrados en la secretaría de Estado pontificia para celebrar la primera conferencia. Las negociaciones, que desde ahora se efectuaban casi diariamente, y en las cuales el cardenal Rusticucci sustituyó a Bonelli, que había caído enfermo, se mantuvieron, por mandato del Papa, en el más riguroso secreto (3). Se traslució de ellas tan poco, que repetidas veces se esparció el falso rumor de haberse ya conse-

(1) Cf. el protocolo de las negociaciones, escrito por M. Soriano, primeramente en el Tesoro político, I, Milán, 1600, 510 s.; después según una «antigua copia» en Du Mont, V, 1, 184 s. y en Lünig, Cod. Ital. dipl., IV, 262 ss., así como en el apéndice de Sereno, 393 s., donde está incompleto. En estos impresos las fechas y números están muchas veces alterados, por lo cual se utilizaron dos copias que hay en el *Archivio segreto pontificio*: Leghe contro il Turco y Varia polit., 115, n. 16 (cf. Pometti, 70, nota 1). También en otras partes se hallan con frecuencia copias de este protocolo, como en la *Biblioteca palatina y pública de Munich*, Ital., 6, p. 24 s., en la *Biblioteca de Berlín*, Inf. polit., 17, p. 1 s., en el Vatic. 7484, p. 132 s., Barb. lat., 5367, n. 15, en la *Bibl. Classense de Ravena*, en la *Biblioteca de Sena* y en Addit., Ms. 18173 del *Museo Británico de Londres*. Las relaciones de los representantes de Felipe II, que completan a Soriano, se hallan ahora impresas en la Corresp. dipl., III, 404 s., 417 s., 421 s., 435 s., 439 s., 444 s., 466 s., 474 s., 486 s., 495 s.; *ibid.*, 501 s. está la relación compendiosa de Rusticucci a Castagna, de 11 de agosto de 1570.

(2) V. Corresp. dipl., III, 414 s.

(3) V. los \*Avvisi di Roma de 8 y 15 de julio de 1570, Urb., 1041, p. 307, 309, *Biblioteca Vatic.*, así como *ibid.*, 294 y 296 los \*Avvisi de 17 y 28 de junio de 1570. Sobre los cardenales nombrados, y el alejamiento de Santa Croce de la comisión, procurado por los españoles, v. Corresp. dipl., III, 401 s. Cf. también la \*relación de B. Plá, fechada en Roma a 1.º de julio de 1570, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Morone reemplazó a Santa Croce (Corresp. dipl., III, 404 s.), y Rusticucci ejerció las funciones de representante de Bonelli (cf. Charrière, III, 115). Grassi después de su muerte fué sustituido por Chiesa (v. Folieta, II, 1001). Sobre el secreto que se había de guardar v. también Góndola en Voinovich, 569 y Charrière, III, 116.

guido un feliz resultado (1). En realidad las negociaciones se turbaron desde el principio de la peor manera, por la desconfianza y la diversidad de intereses de los españoles y venecianos. Si no se frustraron muy pronto, fué esto mérito de Pío V, que no se cansaba de apaciguar y conciliar, para lo cual refrenaba su natural fogoso con gran fuerza de voluntad (2).

Los españoles, tanto como los venecianos, estaban resueltos a defender tenazmente sus particulares intereses y sacar para sí de la liga el mayor provecho posible. Los representantes de España se mostraron en esto los más decididos, sobre todo Granvela, el cual sin consideración a las reducidas fuerzas de Venecia, quería mantener exigencias a que fácilmente hubiese podido renunciar un tan grande y poderoso reino como España (3). Por eso se sospechaba en Venecia, que Felipe II quería primero no dar todavía un golpe decisivo contra los turcos, sino sólo alcanzar una alianza defensiva duradera, para tener así un apoyo en la autoridad de sus aliados, encadenar a su política y reducirla a su dependencia a la república de San Marcos, y finalmente también abrirse cerca del Papa una fuente perenne de dinero por medio de la bula de la Cruzada y los diezmos (4). Pero en Madrid se temía que el partido de la paz triunfaría con todo al fin en la ciudad de las lagunas y conseguiría un convenio con la Sublime Puerta. Esta mutua desconfianza hubo de dificultar mucho las negociaciones que se efectuaban en Roma acerca de una liga contra los turcos.

Luego en la primera sesión de 4 de julio el cardenal Granvela hizo valer una serie de objeciones contra el proyecto de alianza pontificio. Al discutirse contra quién se había de dirigir la liga, defendió la opinión de Felipe II de que la alianza se había de volver no sólo contra los turcos, sino también contra todos los infieles. Soriano replicó: Se nos ha llamado y facultado sólo para una alianza contra los turcos. Quien incluye a los demás infieles, se aparta del fin principal; en vez de repeler a éstos, se debía antes bien procu-

(1) Ya en 15 de julio de 1570 notifica un Avviso di Roma, que se esperaba un pronto buen fin de las deliberaciones; otro, de 26 de julio, dice que la lega debe de estar en buonissimo termine (Urb., 1041, p. 309, 312, *Biblioteca Vatic.*). B. Pía \*notifica en 5 de agosto de 1570 desde Roma: La lega s'ha per conclusa (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

(2) Esto lo hace resaltar con razón Havemann (p. 123).

(3) V. Serrano, *Liga*, I, 93.

(4) Cf. Paruta, 126 s.; Le Bret, *Historia de Venecia*, III, 1380 s.

rar ganarlos para que combatesen contra los turcos. Asintió a su parecer Morone, refiriéndose a los persas. Granvela persistió con todo en su dictamen; dijo que los persas, como los moros, no eran sino instrumentos de los turcos. Que la liga se había de dirigir también contra los rebeldes moriscos de España y contra la ocupación de Túnez, y no debía servir únicamente para favorecer los intereses de Venecia. La discusión se hizo muy viva y se prolongó mucho, porque Soriano defendió su modo de ver con grandísima obstinación. Morone hizo la proposición de ajuste, de no nombrar ni a los persas ni a los moros, pero sí a Argel, Túnez y Trípoli, para que se evitase la apariencia de que Venecia no quería apoyar a España. Pero tampoco a esto se acomodó Soriano, de suerte que se hubo de diferir la decisión sobre este punto.

La conferencia de 5 de julio se dedicó al reparto de los gastos. En ella Granvela se lamentó de tener su rey exhausta la hacienda por las guerras interiores y exteriores; pero dijo que sin embargo don Felipe tomaría por su cuenta la mitad de los gastos. Soriano empleó el mismo lenguaje; y su declaración, de que la señoría no podía pagar más que la cuarta parte de los gastos, causó general asombro. Morone no quiso admitir que la república se hallase exhausta, antes manifestó que en el aspecto rentístico estaba mejor que los demás Estados. El fin de las largas deliberaciones fué que Soriano declaró que Venecia se encargaría de la tercera parte de los gastos. Ocurrió otra dificultad en lo tocante a la participación de la Santa Sede, la cual en 1538 había sufragado una sexta parte de los gastos, lo cual era ahora imposible, pues desde entonces se habían disminuído las rentas de la Iglesia en 400000 escudos. El cardenal Aldobrandini calculó que de los 600000 escudos de gastos mensuales el Papa podía encargarse a lo sumo de 30000 ó 35000, y que el resto se debía repartir entre España y Venecia. Negóse Soriano a acceder a esto. Granvela hizo depender su consentimiento de que el Papa concediese a España la bula de la Cruzada y otros impuestos del clero, sin los cuales su rey no podía contribuir a la liga.

Soriano no asistió a la conferencia de 7 de julio, pues había obtenido audiencia del Papa para justificar su conducta observada hasta entonces, lo que también consiguió. Los representantes del Papa negociaban entre tanto con los españoles sobre la Cruzada y otras demandas de Felipe II. Pío V continuó resistiéndose a la

concesión de la Cruzada; en cambio quiso otorgar el Excusado y la prorrogación del Subsidio. Por efecto de esto, pronto también los venecianos presentaron grandes exigencias respecto a la tributación de su clero. Esta de muy buena gana la hubiesen hecho duradera, pero el nuncio veneciano no quiso dar oídos a esto. Su juicio era que la concesión se debía otorgar sólo para un año, para que su renovación dependiese del celo con que hiciesen la guerra (1).

Más fuerte que nunca se mostró la oposición entre España y Venecia en la conferencia de 8 de julio, al discutirse la cuestión sobre el número de buques con que Venecia y Felipe II se debían apoyar mutuamente en sus empresas. Como no se pudo llegar a un acuerdo, hubo de diferirse la decisión. El mismo resultado tuvieron las deliberaciones de 10 de julio. Los españoles propusieron que la liga se dirigiera a lo menos también contra Argel, Túnez y Trípoli. Pero Soriano juzgó que sólo se debía decir: contra el turco y los Estados que le están sometidos, pues de otra suerte se habría de formar un catálogo de todas las posesiones turcas. Los españoles hicieron valer contra esto, que en sus instrucciones se les ordenaba expresamente, que persistiesen en que su rey fuese apoyado por la liga en sus empresas contra Argel y otros sitios de Berbería; y declararon que si no se establecía esto, España no podía tener parte en la liga.

En la conferencia de 11 de julio se trató la difícil cuestión del mando supremo, que España pretendía para sí. Soriano indicó sin embargo, que en los mares de Oriente el pabellón veneciano ejercería mayor fuerza de atracción, especialmente para mover a sublevarse a los cristianos de aquellos países. Resolvióse proponer el asunto al Papa, y por tanto se diferió. Morone hizo notar con esta ocasión a Soriano, que se había pensado en nombrar generalísimo a don Juan de Austria (2), hermanastro de Felipe II, que se había coronado de gloria en la guerra contra los moriscos. En la sesión se acordó luego todavía unánimemente, que el Papa invitase también a la liga a los otros príncipes, especialmente al emperador; además que ninguno de los confederados pudiese ajustar paces u otro cualquier tratado con los turcos sin el asentimiento

(1) V. Valensise, 62, 68.

(2) Sobre él, además de las monografías de Havemann (1865) y Stirling-Maxwell (2 tomos, Londres, 1883), cf. la obra antigua de Porreño, no editada hasta ahora: Hist. del ser. S. Don Juan d'Austria, Madrid, 1899.

de los otros, y finalmente que el Papa como supremo juez árbitro había de decidir todos los litigios de la liga.

El 13 de julio se deliberó en primer lugar sobre cuánto debían tomar sobre sí España y Venecia, de la suma que se había exigido al Papa. Las opiniones chocaron entre sí tan violentamente en este punto, que casi se llegó al rompimiento de las negociaciones. Granvela se permitió una expresión que obligó a una muy fuerte réplica hasta a un hombre tan moderado como Morone. Originóse después un nuevo litigio sobre si la conquista de Argel, Túnez y Trípoli se había de contar entre las incumbencias de la liga. Soriano hizo resaltar que la alianza proyectada no redundaba en provecho de Venecia únicamente, sino servía también para proteger a todo el mundo cristiano. Los españoles insistieron en que se trataba sobre todo de la utilidad de la república de San Marcos, y exigieron una compensación. Al fin se declaró Soriano dispuesto a concesiones mayores de lo que permitían sus instrucciones. Con el nombramiento de don Juan para el cargo de generalísimo parecían estar todos conformes, pero éste debía aconsejarse con los capitanes generales de las fuerzas militares venecianas y de las pontificias.

El 17 de julio los representantes del Papa propusieron un extenso bosquejo de los capítulos de la liga, acerca del cual hizo notar Morone, que era la voluntad definitiva de Pío V. Los españoles querían enviar primero el bosquejo a su rey para recibir instrucciones. Cuando Soriano indicó que a vista de los armamentos turcos no era posible una más larga dilación, y que ahora todo el mundo esperaba una terminante decisión, se le opuso que hacía sólo quince días que estaban reunidos, al paso que las negociaciones para la liga en tiempo de Paulo III habían durado desde octubre de 1537 hasta febrero de 1538.

Ya en las negociaciones hasta entonces efectuadas Soriano había instado repetidas veces a que se juntase la escuadra española con la veneciana y la pontificia. Los españoles declararon que para ello habían de esperar la orden de Felipe II, la cual empero no llegaría hasta la fiesta de Santiago. Las negociaciones para la liga se prolongaron hasta este día. El 22 de julio se supo que Venecia había asentido al nombramiento de don Juan para el cargo de generalísimo de la armada (1); el 26 se pudo

(1) V. la \*relación de Arco, de 22 de julio de 1570, *Archivo público de Viena*.

presentar el proyecto de liga del Papa, modificado en muchos puntos. Pío V no renunció a la esperanza de un buen éxito, aunque entonces estaban todavía sin resolver una serie de dificultades. Así los españoles persistían en que se debían juntar los años siguientes, siempre en otoño, para deliberar sobre si la guerra había de continuarse en la primavera y con qué fuerzas militares se debía hacer. La república de Venecia se resistió a esto, porque sospechaba que Felipe II intentaba poder inspeccionar continuamente de esta manera la política de la señoría. Además no se habían puesto de acuerdo sobre la cantidad que debía aportar el Papa, o cuánto de esta suma habían de tomar todavía sobre sí España y Venecia. También había quedado sin resolver la cuestión sobre si la alianza debía ser simplemente ofensiva contra los turcos, o si en general se había de contar con el auxilio mutuo en las empresas de cada uno de los aliados. Sobre quién debía representar por mar al generalísimo de la armada que estaba ausente, aguardaban todavía los españoles determinadas órdenes de su rey. Para las tropas de tierra Soriano había propuesto como generalísimo a Sforza Pallavicini. También sobre ello esperaban los españoles una instrucción especial. Además pidieron tiempo para reflexionar sobre la cuestión de cómo se habían de repartir las conquistas. Finalmente eran también divergentes las opiniones sobre si el traidor a la liga debía incurrir en censuras eclesiásticas. Soriano quería antes tratar de este punto con el Papa; pero hizo observar que quien no tenía ningún sentimiento del honor y abandonaba la liga, tampoco tendría ningún miedo a las censuras. Con su resistencia en esta cuestión fomentó en los españoles la desconfianza. El nuncio de Venecia juzgaba que la señoría cedería con todo al fin en lo tocante a las censuras; al mismo tiempo refería cuán firmemente se creía en Venecia, que Felipe II era adverso a toda ofensiva contra los turcos (1).

Originó especiales dificultades la posición de Ragusa respecto de la liga. Esta pequeña república, muy apreciada por Pío V a causa de su fe católica, había tenido que padecer gravemente durante la guerra de la liga en tiempo de Paulo III, por razón de que los aliados no se habían obligado por un tratado a asegurar la neutralidad de Ragusa. Por eso se esforzaba ahora por conseguir que se diese fianza de que sería mantenida su neutralidad y la inte-

(1) V. Valensise, 71.

gridad de su territorio. Venecia, envidiosa del comercio de Ragusa, procuraba frustrar estos intentos; la república debía ser forzada a entrar en la liga, para que luego se la pudiese ocupar militarmente so pretexto de ampararla contra la Sublime Puerta. En la lucha diplomática que se entabló sobre esto entre Venecia y Ragusa, no sólo el Papa estuvo de parte de la pequeña república, sino también el representante de España (1).

El 27 de julio llegó finalmente un correo español con la decisión de Felipe II, de que la escuadra de Doria se había de unir a la de Venecia y ponerse bajo el mando de Colonna (2). El júbilo del Papa fué grande. Dió ahora positiva esperanza de que concedería la bula de la Cruzada, el Excusado y la prorrogación del Subsidio (3), pues ahora podía esperar que serían escuchadas sus incesantes plegarias por el buen éxito de la expedición (4).

Pero ¡cuán acerbo desengaño había de padecer el Papa! 137 galeras contaba la escuadra de los venecianos, mandada por Jerónimo Zane, a la que se añadieron 49 galeras de Juan Andrés Doria y los doce buques del Papa, que estaban a las órdenes de Marco Antonio Colonna. La artillería llegaba en total a 1300 cañones, y el número de los soldados subía a 16000. Pero estas considerables fuerzas militares no consiguieron absolutamente nada. La causa de que fracasase enteramente la primera tentativa de una acción común de Venecia, España y la Santa Sede, además de la falta de preparación, hay que buscarla indudablemente en el proceder inexcusable de Andrés Doria, nombrado por Felipe II almirante de sus fuerzas navales. Descontento de antemano por el nombramiento de Colonna y la formación de una propia escuadra pontificia, y atento a ahorrar sus propios buques, Doria no pudo

(1) Cf. Voinovich, 504 s., 514 s., 521 s., 525 s. La confirmatio litt. praedecess. vigore quarum Ragusei possint libere et licite mercari cum infidelibus, otorgada por Pío V el 17 de diciembre de 1566, se halla en Makusev, Mon. Slav. merid., I, Varsoviae, 1874, 501 s.

(2) V. Soriano en Du Mont, V, 1, 192; cf. Charrière, 118; Valensise, 69 s.

(3) V. Corresp. dipl., III, 479.

(4) V. Catena, 154. Primero pareció al Papa, que la bula del jubileo, fechada a 6 de abril (en Laderchi, 1570, n. 15), no había sido compuesta con bastante claridad, y que debía ser antes corregida; v. los \*Avvisi di Roma de 15 y 22 de abril de 1570, Urb., 1041, p. 263<sup>b</sup>, 267<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Ibid., 273<sup>b</sup>, hay un \*Avviso de 13 de mayo sobre la asombrosa concurrencia del pueblo a las rogativas del jubileo. Cf. también Firmano \*Diario, XII, 32, p. 124 s., *Archivio segreto pontificio*.



ser movido a proceder decididamente. Su retardo de una decisión fué doblemente funesto: no sólo se dejó de aprovechar la estación favorable del año, sino tampoco fué socorrida la capital de Chipre, sitiada por los turcos desde el 22 de julio. Doria no quiso saber nada de un ataque (1).

Mientras Doria entretenía con evasivas a los venecianos y a Colonna, los heroicos defensores de Nicosia habían tenido que capitular el 9 de septiembre. Los turcos quebrantaron el convenio, y apenas bastó el degüello de veinte mil hombres para saciar su sed de sangre (2). Esta matanza debía servir para quitar el ánimo a los defensores de la capital Famagusta. Allí ejercía el mando el noble Marco Antonio Bragadino, que estaba resuelto a oponer la más extremada resistencia. Quedó sin socorro, pues los venecianos, primero impedidos por Doria, y luego deslealmente abandonados por él, no se atrevieron a dar ningún ataque. Con ellos volvióse también a Corfú Marco Antonio Colonna. Las tempestades aniquilaron un gran número de buques, de suerte que Colonna llegó a Ancona con solas cuatro galeras (3). Para enterar de todo al Papa envió a Roma a Pompeyo Colonna.

El dolor y la indignación de Pío V por la vuelta de tan grande armada sin acción ninguna de guerra, fueron indescriptibles (4). Chipre quedaba ahora abandonada a sus fuerzas hasta la primavera de 1571, y parecía muy dudoso que Famagusta pudiese resistir hasta entonces (5).

Aunque los españoles emplearon todos los medios para justificar a Doria (6), sin embargo, presto se conoció en Roma el verdadero estado de las cosas. Mientras Pompeyo Colonna fué reci-

(1) V. Serrano, *Liga*, I, 68-84. Cf. Manfroni, *Marina*, 462 s.; Pometti, 71.

(2) V. \*Nestore Martinengo, *Relazione della perdita di Nicosia*, 1570, *Biblioteca Capilupi de Mantua*. Cf. \*Particolare ragguaglio della perdita di Nicosia, en *Varia polit.*, 62 (ahora 63), p. 199 s., *Archivo segreto pontificio*. Cf. \*Cód. F. 18 del *Archivo Boncompagni de Roma* y las \*relaciones del *Archivo público de Florencia* que cita Fulín (Una visita al Arch. di stato in Firenze, Venecia, 1865, 10). De los modernos v. Hammer, II, 412 s.; Zinkeisen, II, 926, 929; Bianconi, *Piccolo Archivio storico-artistico Umbro* a. 1866-1867, Perugia, 1867. V. también G. Castellani, *Una lettera di Franc. Palazzo, colonello dei Veneziani a Nicosia*, Venecia, 1916 (publicación de bodas).

(3) V. Guglielmotti, 101 s., 104 s. Cf. Balan, VI, 540.

(4) Cf. Góndola en Voinovich, 583; Valensise, 86 s.

(5) V. la relación del embajador francés, de 5 de noviembre de 1570, en Charrière, III, 124 s.

(6) V. Corresp. dipl., IV, 63 s.

bido con la mayor afabilidad, Marcelo Doria, enviado para defender a Andres Doria, no logró obtener una sola audiencia (1). Los hechos hablaban demasiado claro. Hasta el comedido cardenal Morone se lamentaba públicamente, diciendo que hubiera sido mejor que Doria no se hubiese juntado nunca con los venecianos, porque había más dañado que aprovechado (2). A fines de octubre el Papa envió a Pompeyo Colonna a Madrid para quejarse a Felipe II, y juntamente para exhortarle a la conclusión de la liga (3). En la carta que Colonna llevó consigo, había trabajado cuatro horas Pío V con el cardenal Rusticucci (4).

Parecía inevitable que la conducta de Doria tuviese también la peor repercusión en las negociaciones para la liga que se efectuaban en Roma (5). Estas se habían reanudado el 26 de julio, pero ya el 4 de agosto se suspendieron, por cuanto se resolvió esperar nuevas instrucciones de Venecia y Madrid (6).

Mientras Pío V redoblaba sus oraciones y celebraba repetidamente en Roma procesiones de rogativas (7), esforzándose su nuncio en Venecia por quebrantar la resistencia que oponía la señoría a que se castigase con censuras eclesiásticas a los violadores de la liga. Las representaciones de Facchinetti fueron inútiles (8). La señoría ni siquiera quería que aun sólo se hablase de semejante

(1) V. los \*Avvisi di Roma de 4 y 11 de noviembre de 1570, Urb., 1041, p. 365<sup>b</sup>, 368<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* En este último Avviso se dice que la audiencia fué denegada per il sdegno che ha S. S.<sup>ta</sup> che una tanta armata sia ritornata senza haver fatto alcuno profitto. Cf. Góndola, loco cit.

(2) Fr. Longo, Guerra, 20.

(3) V. Corresp. dipl., IV, 66 s.; cf. Góndola, loco cit., 584.

(4) V. el \*Avviso di Roma de 28 de octubre de 1570, Urb., 1041, p. 363<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Cf. la \*relación de Cusano, de 4 de noviembre de 1570, *Archivo público de Viena*.

(5) V. la relación que trae Charrière, III, 125 s.

(6) V. Tiépolo en Mutinelli, I, 93; cf. Corresp. dipl., III, 474 s., 486 s., 495.

(7) Firmano da cuenta de las procesiones de rogativas que se celebraron el 15 de agosto y el 13-16 de septiembre (\*Diario, XII, 32, p. 135<sup>b</sup> s., *Archivo secreto pontificio*). Cf. la \*relación de Arco, de 16 de septiembre de 1570 (*Archivo público de Viena*) y el \*Avviso di Roma del mismo día sobre la gran concurrencia del pueblo a las procesiones: orando S. S.<sup>ta</sup> quando disse quelle parole: Ne tradas bestiis animas confitentes Tibi, venne in tanta devotione et cumpuntione di cuore che due volte coram populo lacrimava (Urb., 1041, p. 346<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*). Según un \*Avviso di Roma de 2 de septiembre de 1570, Miguel Bonelli partió el miércoles para inspeccionar todas las fortalezas de los alrededores de Roma (ibid., p. 333<sup>b</sup>).

(8) Cf. sus relaciones en Valensise, 73 s.

determinación. Como la conducta de Soriano no parecía bastante firme en ésta y en otras cuestiones, se pensó si convendría mandarle volver. Facchinetti defendió a Soriano enérgicamente, pero no pudo impedir que se pusiese a su lado a Juan Soranzo como segundo embajador, y se mandase que ninguno de ellos pudiese negociar cosa alguna sin el otro. Con el temor de que la señoría se retirase enteramente de las deliberaciones sobre la liga, prometió Pío V a los venecianos, que emplearía su influencia con Felipe II para que éste no persistiese en la imposición de censuras (1).

Soranzo había llegado ya a Roma el 20 de septiembre. Sólo se esperaba la venida del correo español, que trajo el 17 de octubre las instrucciones de Felipe II para sus representantes (2), a fin de reanudar luego el 20 de octubre las conferencias, pero sin Soriano, el cual faltó por hallarse indispuesto. Por ambas partes se certificó la buena voluntad de concluir la liga, pero el principio de la conferencia no correspondió a esto. Soranzo instó a los españoles a que comunicasen literalmente la decisión del rey. Granvela con todo declaró que era más bien incumbencia de los venecianos exponer sus dificultades y reparos. Soranzo replicó que después que habían esperado tres meses la respuesta del rey, tenían ahora derecho a conocer el texto de este documento. Granvela echó en cara a los venecianos, que entre tanto habían negociado directamente con Felipe II y presentado quejas acerca de los capítulos. Después de muy vivo debate, leyeron los españoles el memorándum que la república había enviado a su embajador acreditado cerca de don Felipe (3). En él se quejaba la señoría del proyecto de determinar antes cada año en otoño la expedición de la primavera siguiente, del artículo relativo al auxilio que se había de prestar en una empresa española en el norte de Africa, de las censuras eclesiásticas, de la actitud de Ragusa y de la participación del Papa en los gastos. También expresaba la república el

(1) V. Valensise, 80 s. El mandato para Soriano y Soranzo, de 8 de septiembre de 1570, se halla en Laderchi, 1571, n. 230. La orden para Soranzo puede verse en el Arch. Veneto, 1901, 376.

(2) Según la \*relación de B. Pía, fechada en Roma a 21 de octubre de 1570 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), el correo español llegó cuatro días antes, por tanto el 17. Según esto hay que corregir el texto de la relación de Soriano, publicada por Du Mont, V, 1, 194 (28 de octubre). La instrucción de Felipe II, de 24 de septiembre de 1570, se halla en la Corresp. dipl., IV, 21 s.

(3) Está ahora publicado en la Corresp. dipl., IV, 22 s.

deseo de nombrar el generalísimo para el ejército de tierra. Luego comunicó Granvela, que los representantes españoles tenían suficientes poderes para ajustar un convenio sobre todos estos puntos, y que los venecianos se procurasen los mismos poderes.

Entonces el 2 de noviembre se recibió la noticia de la caída de Nicosia y de la extraña conducta de Doria. La repercusión de estos sucesos manifestóse al punto en el proceder de los embajadores venecianos. Soranzo recordó la desleal conducta de España en el año 1538 (1). Por fortuna el 4 de noviembre llegó la orden de la señoría, de 28 de octubre, alcanzada finalmente por las representaciones de Facchinetti (2), de continuar las negociaciones. Sin gran dificultad se pusieron de acuerdo sobre las fuerzas militares que se habían de aprontar. Se convino definitivamente en que en marzo debían estar dispuestas 200 galeras, 100 barcos de carga, 50000 infantes y 4500 jinetes con artillería y municiones. A esto siguió un largo debate sobre el artículo de que cada otoño debía fijarse en Roma ante el Papa la campaña de primavera. La deliberación acerca de esto se continuó al día siguiente. Granvela declaró respecto a dicho punto, que tenía orden expresa de su rey, de mantener esta propuesta. Los venecianos pidieron de nuevo diez días para resolverse, y entre tanto se debía pasar a tratar de los otros capítulos. Su ofrecimiento de armar veinticuatro galeras, de ocho de las cuales había de pagar los gastos el Papa, y de las dieciséis restantes España, fué aceptado, como asimismo la determinación de que a todo aliado que en un negocio hiciese algo más de lo que estaba obligado, se le remitiría algo en otra cosa. Sobre los envíos de trigo desde Nápoles a Sicilia y Venecia se originaron tan movidas discusiones, que se temió la ruptura de las negociaciones. Los españoles exigían al principio una suma notablemente mayor de lo que se acostumbraba en años de cosecha ordinaria; pero al fin se acomodaron a un precio menor; mas como sobre la elevación de éste no se llegó a un acuerdo, se resolvió una dilación.

En la conferencia de 8 de noviembre los representantes del Papa hicieron importantes concesiones para la compra de cereales sicilianos. Los españoles exigían el doble o triple de los precios pontificios. El debate no condujo de nuevo a resultado alguno. Los

(1) Cf. nuestros datos del vol. XI, 262.

(2) V. Valensise, 88 s.

españoles declararon al fin, que pedirían nuevas instrucciones al virrey de Nápoles respecto a este punto. Entre tanto se deliberó acerca de una eventual expedición contra Argel, Túnez y Trípoli; los españoles exigían para ella a Venecia cincuenta galeras auxiliares. Soriano y Soranzo querían reciprocidad para sus eventuales empresas. Después de largo debate se aceptó esto con la determinación de que primero debían los venecianos ayudar al rey, y luego don Felipe a los venecianos. Halló general asentimiento la propuesta de nombrar a don Juan de Austria generalísimo de la liga. Con todo, se dividieron los pareceres sobre si en su ausencia le había de sustituir el general pontificio. Los venecianos nada tuvieron que oponer en contra, pero los españoles juzgaban que don Juan había de determinar el lugarteniente. Como general del ejército de tierra fué otra vez propuesto por los venecianos Sforza Pallavicini. La entrada en la liga debía estar siempre abierta así para el emperador como para los otros príncipes; al Papa debía incumbirle exhortarlos a tener parte en la misma. Respecto de las conquistas se llegó a un acuerdo: España obtendría Argel, Túnez y Trípoli, y generalmente todo lo que en otro tiempo le había pertenecido; Venecia asimismo sus anteriores posesiones, y además Castelnuovo, Valona y Durazzo. Los cañones y municiones que se tomasen, serían repartidos entre los aliados según la medida de su participación en los gastos. Cuanto a la determinación de que las negociaciones de paz o la conclusión de un tratado con los turcos sin conocimiento y asentimiento de los otros aliados se habían de prohibir con censuras, declararon los representantes del Papa, que éste estaba conforme con todo lo que los otros resolviesen. Los españoles se mantuvieron firmes también ahora en exigir censuras, al paso que los venecianos querían que del todo se suprimiesen. Sin embargo, de una expresión de Soriano se creyó poder colegir, que los españoles no perseverarían incommovibles en su exigencia. Y así en efecto aconteció; a ruegos del embajador veneciano en Madrid, Felipe II consintió que se borrara el artículo relativo a las censuras (1).

Después que el 20 de noviembre hubo llegado la respuesta que se esperaba de Nápoles, aviniéronse también por mediación de Morone sobre las entregas de cereales mediante una mutua condescendencia. Al día siguiente fijóse todavía con exactitud el pre-

(1) Cf. la carta de Morone en la Corresp. dipl., IV, 134.

cio del trigo de Nápoles (1). Esperábase ahora en Roma, que terminarían pronto las negociaciones para la liga (2), lo cual instaba el Papa con el mayor ardor (3). Los venecianos a ruegos de Pío V habían cedido en tantos puntos a las demandas de los españoles, que el Papa tenía por cierto el feliz fin de las negociaciones. Pero la cuestión del reemplazo del generalísimo condujo por la conducta de los españoles a tales complicaciones y diversidad de pareceres, que de nuevo se retrasó el logro del anhelado término (4).

Los venecianos en atención a la actitud de Felipe II y al gran renombre del hijo del emperador, don Juan, habían consentido en que éste recibiese el mando supremo sobre las fuerzas militares de la liga; respecto a la sustitución en el mando, no parecía conveniente, que en ausencia de don Juan los generales de los venecianos y del Papa se sometiesen a los españoles. Al fin se halló el expediente de que en este caso el general del Papa, Marco Antonio Colonna, se encargase de la dirección. Pío V había con trabajo ganado a los venecianos para este proyecto, cuando súbitamente, al creerse estar al fin de las negociaciones, los españoles protestaron (5). En Venecia se temió ahora que Doria, poco digno de confianza, pudiese ser designado como lugarteniente. El Papa permaneció de parte de los venecianos, y también eminentes car-

(1) Aquí terminan, por desgracia, las Memorias de Soriano. En vez de ellas existen para las negociaciones siguientes, no solamente las relaciones de los comisarios españoles (Corresp. dipl., IV, 76 ss., 83 s., 88 s., 121 s., 125 s.), sino también la muy importante carta de Morone a Ruy Gómez, de 15 de diciembre de 1570 (ibid., 134 s.).

(2) Cf. las \*relaciones de B. Pía, de 18 y 22 de noviembre de 1570, *Archivo Gonsaga de Mantua*. V. también los \*Avvisi di Roma de 11 y 25 de noviembre de 1570, Urb., 1041, p. 368<sup>b</sup>, 369<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(3) V. el \*Avviso di Roma de 22 de noviembre de 1570, ibid. 374.

(4) Cf. la carta de Morone, citada arriba, nota 1. Que acerca de las negociaciones se guardaba riguroso secreto, lo notifica un \*Avviso di Roma de 5 de diciembre de 1570, Urb., 1041, p. 377, *Biblioteca Vatic.* B. Pía \*refiere en 6 de diciembre de 1570: La lega è sul fine (*Archivo Gonsaga de Mantua*). Un \*Avviso di Roma de 9 de diciembre de 1570 notifica, que ayer hubo gran desavenencia sobre si Colonna o Doria habia de ser el sustituto de don Juan (Urb., 1041, p. 380, loco cit.).

(5) Además de las relaciones de Facchinetti, de 27 de noviembre y 6 de diciembre de 1570, publicadas por Valensise, 95 s., v. la carta de Morone de 15 de diciembre de 1570, citada arriba, nota 1. Cosme I hubiese alcanzado de buena gana el generalato para su hijo; por eso se dirigió a los cardenales Morone y Pacheco; v. \*Medic., 616, cuaderno 33, *Archivo público de Florencia*.

denales consideraban a Marco Antonio Colonna como el hombre a propósito (1).

Las oposiciones en esta cuestión se hacían cada día más violentas, y se dejaron oír expresiones muy ásperas. Los cardenales Granvela y Pacheco juzgaban que los venecianos se portaban como si los españoles estuviesen sitiados en Famagusta. El embajador francés, al contrario, dijo sin rodeos, que los representantes de Felipe II querían sacar el mayor provecho posible del apuro de la república de San Marcos, y que así todo quedaba en suspenso (2). Pío V, que con infinita paciencia había seguido las negociaciones y repetidas veces había intervenido en ellas con buen éxito, se hallaba sumamente apesadumbrado. El 9 de diciembre dirigió una carta de su propio puño a Felipe II (3). En ella exhalaba las más amargas quejas; decía que se acababan de vencer las mayores dificultades con los venecianos, y ahora declaraban los comisarios españoles, que no podían concluir la alianza, antes que recibiesen instrucciones tocante a la sustitución en el mando supremo. El Papa calificaba este proceder de extraño y sospechoso. Con la amenaza de romper las negociaciones, exigía al rey una inmediata decisión; sobre su firme voluntad de apoyar según sus fuerzas a Venecia contra los turcos no dejaba lugar a duda (4).

Al nuncio de Madrid, que debía entregar esta carta, se le ordenaba para el caso de que Felipe II diese nuevas evasivas, le declarase lo siguiente: Que por efecto de la concesión del Subsidio el rey estaba obligado a poner a disposición del Papa sesenta galeras; que el intento de sustraerse a este deber, obligaría al Papa a retirar la mencionada concesión (5). Inútilmente procuró Zúñiga apaciguar al Papa; éste se quejó amargamente del proceder de los comisarios españoles; estaba muy disgustado principalmente con Granvela (6).

La irritación por la conducta de los representantes de Felipe II era también fuera de esto muy grande. Facchinetti temía que las

(1) V. Corresp. de Granvelle, éd. Poulet, IV, 51; el \* *Avviso di Roma* de 20 de diciembre de 1570, Urb., 1041, p. 385, *Biblioteca Vatic.* Cf. Folieta, II, 1001 s.; Corresp. dipl., IV, 127.

(2) V. Charrière, III, 128.

(3) V. la carta de Bonelli a Facchinetti de 9 de diciembre de 1570, en Valensise, 97 s. Cf. Góndola en Voinovich, 587 s.

(4) Corresp. dipl., IV, 118 s. Cf. Valensise, 97 s.; Góndola, loco cit.

(5) V. Corresp. dipl., IV, 119 s.

(6) V. ibid., 138 s. Cf. Serrano, Liga, I, 94.

negociaciones para la liga fracasarían y los venecianos ajustarían un convenio con los turcos (1). Recelos de esta clase se apoderaron también de Pío V; aun cuando los comisarios españoles se mostraban más condescendientes, no tenía ya ninguna confianza. De Felipe II juzgaba que propiamente sólo pretendía conseguir la bula de la Cruzada (2).

Mientras eran suspendidas las negociaciones, se esperaba en Roma con ansiedad la respuesta del monarca español (3). Entre tan tristes perspectivas terminó el año, después de haberse negociado de una y otra parte seis meses enteros.

### III

Pío V había entablado las negociaciones para la liga, él solo las había promovido desinteresadamente (4), y las había llevado adelante a pesar de todas las dificultades originadas por el egoísmo y la desconfianza de los españoles y de los venecianos. Como tenía fija la mirada en el gran fin que se proponía, mostraba una admirable paciencia.

Mientras el Papa tenía que esperar de un mes a otro la decisión de Felipe II (5), los turcos sitiaban a Famagusta, y amenazaban a Corfú y a Ragusa (6). El nuncio Facchinetti anunciaba desde Venecia el 21 de febrero de 1571, que si no se concluía pronto la liga, había peligro de que la señoría ajustase paces con la Sublime Puerta, aun con la pérdida de Chipre (7).

(1) Cf. sus relaciones en Valensise, 99 s.

(2) V. la relación de los comisarios españoles, de 29 de diciembre de 1570, Corresp. dipl., IV, 153. También Arco \*informa en este día de un modo semejante (*Archivo público de Viena*).

(3) La decisión de Felipe II, esperada el 20 de diciembre de 1570 (\* *Avviso di Roma* de 20 de diciembre de 1570, Urb., 1041, p. 385, *Biblioteca Vatic.*), todavía no había llegado el 30 de diciembre; v. la \*relación de B. Pía, de 30 de diciembre de 1570, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Corresp. de Granvelle, éd. Pouillet, IV, 59.

(4) Cf. el juicio de Góndola, en Voinovich, 527. V. también Adriani, XXI, 2, 3.

(5) V. Corresp. dipl., IV, 172 s., 194. Cf. la \*relación de Cusano, de 23 de febrero de 1571, *Archivo público de Viena*.

(6) V. las relaciones en Voinovich, 589.

(7) V. Valensise, 107. Los temores de Facchinetti estaban relacionados con el envío de Jacobo Ragazzoni; sobre el encargo de éste cf. Dalla Santa en el Arch. Veneto, 1901, 376.



Entre tanto en Roma, donde únicamente se conocía el completo alcance del peligro que amenazaba a toda Europa por parte del islam (1), se recibió finalmente el 2 de marzo de 1571 la respuesta de Felipe II, esperada ya en diciembre del año anterior (2). Esta pareció facilitar una llana conclusión de las negociaciones. El 7 de marzo escribió el cardenal Bonelli al nuncio de Venecia, que la deliberación celebrada en este día, fiesta de Santo Tomás de Aquino, después de la misa dicha en la iglesia de la Minerva, en el convento adyacente, bajo la presidencia del Papa, había tomado tan buen curso, que se creía poder en tres o cuatro días despachar el negocio y proceder a la publicación de la liga (3). El 16 de marzo el cardenal Bonelli indicó al nuncio de Madrid, que instase al rey a que dispusiese sus galeras y tropas, porque el Papa tenía la liga por virtualmente ajustada y sólo esperaba la contestación de Venecia. Esta llegó dos días después. Cuál fuese la misma, se podía ver claramente por el rostro del Papa, lleno de tristeza y enojo, con que éste se presentó en el consistorio el 19 de marzo (4).

Efectivamente, habíanse originado tan graves discordancias entre Venecia y España sobre el mutuo auxilio que se habían de prestar, que Facchinetti temió que la república de San Marcos asentaría paces con el enemigo de la cristiandad. Para impedirlo, el representante del Papa empleó toda su elocuencia. Por la respuesta general y llena de rodeos que se le dió el 15 de marzo, creyó haber de colegir que Venecia había ya tomado la resolución de ajustar un convenio con la Sublime Puerta, y que quería obligar a ceder a Felipe II. Declaró la señoría, que no podía dar ningún crédito a las promesas de España, tocantes a una guerra ofensiva y defensiva, ni le era posible ahora, cuando Creta estaba amenazada por los turcos, aprontar los remeros exigidos por Felipe II (5).

(1) \**Ingens enim ingruit bellum atque is hostis quocum nobis non de dignitate contentio, sed pro communi salute, pro libertate, pro religione, pro incolumitate omnium dimicatio est*, escribía M. A. Graziani a Nic. Tomicio, en carta fechada Romae, 1571, XIII Cal. febr., *Archivio Graziani de Città di Castello*.

(2) V. Corresp. dipl., IV, 213.

(3) V. *ibid.*, 219, nota 1.

(4) V. *ibid.*, 224.

(5) V. Valensise, 117 s.

En una sesión celebrada ante el Papa se procuró hallar una salida el 20 de marzo (1). Facchinetti, después que hubo recibido el 23 de marzo las respectivas propuestas, las recomendó instantemente al senado. La conducta del gobierno veneciano mostró ahora con demasiada claridad, cuánto quería retardar una decisión. Diariamente había nuevas dificultades, nuevos pretextos. Hoy era una fiesta la causa por la cual no podía tomarse una resolución, mañana estaba enfermo el dux. No había ninguna duda: un partido poderoso, para el cual estaban sobre todo los intereses comerciales, trabajaba empeñadamente contra la liga y aconsejaba entablar las negociaciones de paz que proponía un agente francés en nombre del sultán (2). Hasta se llegó por parte de este bando a dirigir acusaciones del todo infundadas contra el Papa. Juzgaba Facchinetti el 28 de marzo, que en tales circunstancias no podía hacer otra cosa sino continuar instando, amonestando y acusando. Aconsejaba que se ganase a la república con nuevas concesiones. Cuando el 30 de marzo exigió al dux con grandísima decisión una respuesta categórica, contestó éste, que después que los embajadores españoles habían deliberado tan largo tiempo, era natural que también en Venecia se considerase maduramente una cuestión tan importante. En el decurso de la conversación hizo observar Facchinetti con libertad, que el proceder de Venecia había de suscitar la sospecha de que se quería utilizar las negociaciones sobre la liga solamente para ejercer presión, con el fin de alcanzar de la Sublime Puerta un convenio lo más favorable que se pudiese (3).

En Venecia estaban frente a frente dos partidos; el uno se esforzaba por conseguir un convenio con la Sublime Puerta, el otro pretendía la conclusión de la liga, pero sin las condiciones exigidas por España. El 4 de abril de 1571 Facchinetti dió cuenta a Roma de que, si España no cedía, había que temer que la señoría ajustase un convenio con los turcos con grandísimo daño de la cristiandad y también de la república de San Marcos (4).

(1) V. la carta de Bonelli a Facchinetti de 20 de marzo de 1571, en Valensise, 120 s. Cf. Charrière, III, 145.

(2) Cf. Serrano, Liga, I, 95.

(3) V. las relaciones de Facchinetti, de 24 y 28 de marzo de 1571, en Valensise, 122 s., 128 s.

(4) V. *ibid.*, 134; Corresp. dipl., IV, 244.

Profunda tristeza se apoderó del Papa a vista de semejante estado de las cosas (1). Pero no perdió el ánimo, como tampoco Morone, el cual fué ahora el alma de las negociaciones (2). Para dar más fuerza a las representaciones de Facchinetti, por consejo de Commendone envió el 6 de abril a la ciudad de las lagunas un embajador especial en la persona de Marco Antonio Colonna, muy querido en Venecia (3). Colonna llegó a esta capital el 11 de abril (4). Nada dejó que desear su celo, pero tropezó con las mismas dificultades que el nuncio (5). Ambos trabajaron incansablemente, mientras que el Papa en Roma empeñaba toda su autoridad y amenazaba a la república con llamar a Colonna, si la señoría no se decidía hasta el 8 de mayo (6).

Una tentativa del embajador francés para ocasionar en Venecia una nueva dilación, fracasó (7). En cambio las representaciones de Colonna y Facchinetti, que apoyó Pablo Tiépolo, tuvieron al fin buen éxito. Sus esfuerzos lograron quitar de en medio las mayores dificultades: Venecia debía obtener suficientes seguridades de que se compensarían sus gastos (8). El 11 de mayo estaba de vuelta Colonna en Roma, donde inmediatamente fué recibido por el Papa (9). Sobre las ulteriores negociaciones (10) continuó guardándose riguroso secreto; a pesar de esto se divulgó por la ciudad, que el 19 de mayo se había concluido el tratado de la liga; ya se supieron también más par-

(1) V. la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 14 de abril de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Charrière, III, 147; cf. Corresp. dipl., IV, 256.

(3) V. el \*Avviso di Roma de 7 de abril de 1571, Urb., 1042, p. 46, *Biblioteca Vatic.* Cf. Gratianus, 118; Paruta, 147 s.; Laderchi, 1571, n. 221; Charrière, III, 147; Corresp. dipl., IV, 240, 244. Sobre el crédito y autoridad de Colonna v. la relación que se halla en Voinovich, 589.

(4) V. la relación de Facchinetti en Valensise, 141.

(5) V. las relaciones de Facchinetti *ibid.*, 141 ss. y Corresp. dipl., IV, 250. Cf. Gratianus, 118 s.; Sereno, 93 s.; Guglielmotti, Colonna, 134 s.

(6) Así lo \*refiere Arco desde Roma el 5 de mayo de 1571, *Archivo público de Viena*.

(7) V. Valensise, 147 s.

(8) V. Guglielmotti, Colonna, 144 s. Cf. Gratianus, 123 s.; Brosch, *Historias sacadas de la vida de tres grandes visires* (1899), 15.

(9) V. el \*Avviso di Roma de 12 de mayo de 1571, Urb., 1042, p. 61<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(10) Cf. las relaciones de los comisarios españoles, de 17 y 21 de mayo de 1571, Corresp. dipl., IV, 277 s., 285 s.

ticulares noticias sobre los comandantes de las galeras pontificias (1).

El rumor estribaba en la verdad. En la tarde del día mencionado se había por fin conseguido formar la triple alianza, después de haber a última hora amenazado todavía el peligro de que todo fracasaría, pues los venecianos, con grandísimo disgusto de Pío V, hicieron hincapié en la cuestión accesoria de que la alianza debía obligarse al pago de las guarniciones reforzadas en el territorio veneciano, lo cual rehusaban los españoles. Luego se convino en que esta cuestión como todas las otras que repentinamente pudiesen suscitarse, se dejasen para su decisión al juicio del Papa. Después los embajadores de España y Venecia firmaron el tratado la mañana siguiente (2). El precio que Pío V hubo de pagar, consistió en grandes concesiones económicas a Felipe II: España el 21 de mayo de 1571 obtuvo la prórroga por otros cinco años de su Subsidio, impuesto al clero, para el mismo espacio de tiempo el llamado Excusado, y finalmente también para dos años la tanto tiempo anhelada bula de la Cruzada (3).

En un consistorio de 25 de mayo se leyeron los artículos de la liga, los cuales fueron aprobados por todos los cardenales y luego jurados por el Papa y los embajadores de España y Venecia (4). El domingo, 27 de mayo, efectuóse en San Pedro la solemne publicación del feliz suceso (5). Después de una misa cantada que celebró

(1) \*Dicono che sabbato fu conclusa la pratica della lega, la quale conclusione non è successa senza voler divino et molta consolazione di S. S<sup>ta</sup> et di tutta la corte. Sobre las condiciones se guarda todavía secreto. Después se enumeran los ministri dell'armati ecclesiastici (Avviso di Roma de 23 de mayo de 1571, Urb., 1042, p. 64<sup>b</sup>-65, *Biblioteca Vatic.*). Cf. la \*relación de A. Zibramonti, de 19 de mayo de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Laderchi, 1571, n. 232 s.; Gennari, 65; Brosch, loco cit., 16; Voinovich, 531, 591; Charrière, III, 149 s.; Valensise, 150, 152; Pometti, 69 s; Corresp. dipl., IV, 283 s. En las Carte Strozzi, I, 1, 159 se hallan varias fuertes expresiones de Pío V sobre Venecia, dichas en 18 de mayo de 1571.

(3) Cf. arriba, p. 56. Cuánto hacían depender los españoles su entrada en la liga de las concesiones económicas, se saca de la Corresp. de Granvelle, éd. Piot, IV, 40.

(4) V. Firmano y Acta consist. card. S. Severinae en Laderchi, 1571, n. 225-226 (v. también Studi e docum., XXIII, 334 s.). Cf. Gennari, 65 s.; Sereno, 417 s. y la \*relación de Arco, de 26 de mayo de 1571, *Archivo público de Viena*.

(5) V. el \*Avviso di Roma de 30 de mayo de 1571, Urb., 1042, p. 68<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Cf. Laderchi, 1571, n. 236 y la \*relación de A. Zibramonti, de 2 de junio de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

el cardenal Truchsess, monseñor Aragonia pronunció un discurso y dió a conocer el contenido de la liga (1). La alianza que habían ajustado el Papa, el rey de España y la república de Venecia, debía ser duradera, tener carácter ofensivo y defensivo, y dirigirse no sólo contra el sultán, sino también contra sus Estados tributarios Argel, Túnez y Trípoli. La triple alianza apronta 200 galeras, 100 transportes, 50000 infantes españoles, italianos y alemanes, 4500 caballos ligeros, así como el número necesario de cañones. Las fuerzas militares han de estar preparadas anualmente lo más tarde en marzo y abril. Cada otoño se celebrará en Roma un convenio sobre la campaña del año siguiente. Si no se acuerda allí nada, cada potencia puede proceder de por sí, pero en este caso Venecia debe apoyar al rey de España con cincuenta galeras contra Túnez, Argel y Trípoli, en caso de que ninguna poderosa escuadra turca lo impida; al mismo auxilio está obligado Felipe II, si Venecia fuese atacada en el Adriático. El Papa toma sobre sí una sexta parte de los gastos de la guerra, España tres sextas partes y dos sextas partes Venecia. Si el Papa no se hallase en estado de cumplir enteramente las obligaciones aceptadas, España y Venecia completarán lo que falte. Las doce galeras que el Papa ha de proveer de armamento y vituallas, las suministra Venecia. Caso que el turco acometa a uno de los aliados, todos están obligados a la defensa. El generalísimo don Juan se ha de aconsejar con los jefes de los buques venecianos y pontificios, y en las deliberaciones decide la mayoría de votos. El lugarteniente de don Juan es Marco Antonio Colonna. Al emperador y a los demás príncipes cristianos les queda permitido entrar en la liga, y el Papa los ha de exhortar a ello. La repartición de las conquistas, a excepción de las posesiones africanas que pertenecen a Felipe II, se hará conforme a los gastos hechos por cada uno de los aliados, el Papa dirimirá los litigios de los mismos, y ninguno de ellos podrá ajustar por sí sólo un armisticio o la paz con los turcos. En un artículo especial los aliados afanzaban la neutralidad e inviolabilidad de la república de Ragusa (2).

Grande fué el gozo de Pío V por haberse llevado a feliz tér-

(1) V. Laderchi, 1571, n. 227 s. Cf. Du Mont, V, 1, 203 s.; Lünig, Cod. dipl., IV, 305 s.; Pometti, 69 s.; Corresp. dipl., IV, 299 s.

(2) La neutralidad fué puesta bajo la inspección de la Santa Sede; cf. Voinovich, 497 s.

mino la triple alianza. En memoria de este importante suceso hizo acuñar una medalla conmemorativa (1), y publicó un jubileo general para atraer la bendición del Dios de las batallas sobre el ejército cristiano (2). Tuvo parte personalmente en las procesiones de rogativas, de las cuales la primera se efectuó en Roma el 28 de mayo, la segunda el 30 y la tercera el 1.º de junio (3).

Al rey de España y a don Juan les había expresado Pío V el 23 y 24 de mayo su satisfacción por la conclusión de la alianza y los había exhortado a acelerar su ejecución. Tres días después recibieron los mencionados nuevas cartas del Papa, en que les rogaba se enviase con la mayor celeridad posible la escuadra auxiliar española (4).

Como en el año que corría, los armamentos no podían llegar a la altura establecida por el contrato de la liga, se había concertado el 20 de mayo, que España aprontase sólo ochenta galeras y otros veinte buques con tropas, y fuesen resarcidos por Felipe II los venecianos por lo que habían añadido de gastos a lo que estaban obligados; juntamente se había determinado hacer una declaración tocante a las facultades de Marco Antonio Colonna como lugarteniente de don Juan; con todo debía tenerlas solamente como general del Papa. Las estipulaciones fueron ratificadas el 11 de junio en el aposento de Pío V, con cuya ocasión exhortó de nuevo el Papa a la rápida ejecución de las resoluciones (5).

De nuevo puso Venecia a una dura prueba la paciencia del Papa, dilatando indebidamente la solemne publicación de la liga. El nuncio Facchinetti instaba todo lo más que le era posible; pero se le entretenía con buenas esperanzas de semana en semana. Pronto advirtió que la señoría desconfiaba de España, y quería aprovecharse de la favorable situación para arrancar nuevas concesiones en materia económica. Sólo cuando el Papa hubo otorgado a la república el impuesto anual de 100000 escudos de oro

(1) V. Bonanni, I, 295; Venuti, 124 s.

(2) Cf. Laderchi, 1571, n. 237; \*Avviso di Roma de 23 de mayo de 1571, Urb., 1042, p. 64<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(3) Cf. los \*Avvisi di Roma de 30 de mayo y 2 de junio de 1571, *ibid.*, 68, 70<sup>b</sup>, y la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 2 de junio de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Corresp. dipl., IV, 297 s.; Laderchi, 1571, n. 240.

(5) V. Corresp. dipl., IV, 281 s., 312, 343. Cf. Pometti, 70, nota 1; Com-memoriali, VI, 325; Jorga III, 150.

sobre las rentas del clero para cinco años y mientras durase la guerra, efectuóse el 2 de julio en Venecia la solemne publicación de la liga (1).

Da bien a conocer el celo de Pío V por la cruzada su conato de ampliar y reforzar la alianza apenas ajustada con España y Venecia con el asociamiento de otras grandes potencias. A este fin ya a 31 de mayo se había dirigido el Papa por cartas especiales al emperador y a los reyes de Francia y Polonia (2). En un consistorio secreto de 18 de junio nombró al cardenal Commendone legado cerca del emperador, cerca de los príncipes católicos alemanes y del rey de Polonia, con el encargo de ganar a los mencionados para la liga. Al mismo tiempo se confió al cardenal Bonelli una legación a España y Portugal (3). Con Felipe II debía Bonelli diligenciar, además del concierto de las diferencias político-eclesiásticas, el pronto comienzo de la campaña de la liga del próximo año, e invocar la ayuda de la diplomacia española, para que el emperador y el rey de Francia se asociasen a la confederación. La misión a Portugal motivábala en primer término, fuera de la liga, el matrimonio del rey don Sebastián con Margarita de Valois (4).

(1) Cf. Valensise, 153 s., 155, 157, 159, 160, 162, 163; Longo, Guerra, 24. El breve respecto de las concesiones económicas para Venecia lleva la fecha de 7 de junio de 1571; v. Miscell. di Clemente XI, t. CCXIII, p. 227, *Archivio segreto pontificio*; Libri Commem., VI, 324. A consecuencia de la dilación de Venecia no fué enviado hasta ahora el instrumento de la liga por los embajadores; v. la \*carta de A. Zibramonti, fechada en Roma a 7 de julio de 1571, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cusano \*da cuenta en 9 de junio de 1571 de un penoso incidente con el cardenal Cornaro. Dice que vino a caer en manos del Papa una carta de este cardenal, en la que Cornaro exhortaba a los venecianos a hacer las paces con los turcos y a abandonar la liga. Pío V se irritó por ello en gran manera et gli ha detto che non è degno di esser cardinale (*Archivio público de Viena*). La ratificación de la liga, que hizo ya Felipe II el 25 de agosto de 1571, no se efectuó en Venecia hasta el 15 de octubre, y el 19 de noviembre se llevó a efecto en Roma el cambio de las ratificaciones; v. Corresp. dipl., IV, 309, 311, 313; Libri commem., VI, 327.

(2) V. Laderchi, 1571, n. 245 s.; Schwarz, Correspondencia, 179 s. Las legaciones habían sido ya resueltas el 25 de mayo de 1571; v. Corresp. dipl., IV, 315.

(3) V. Acta consist. card. S. Severinae en Laderchi, 1571, n. 251, y mejor en Studi e docum., XXIII, 338 s. con las expresiones características de Pío V contra una negociación con los príncipes alemanes protestantes. Cf. además Schwarz, loco cit., 183 s. Sobre el consistorio v. también la \*relación de A. Zibramonti, de 23 de junio de 1571, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) Las instrucciones para Bonelli, de 25 de junio, se hallan en la Corresp. dipl., IV, 355 ss. Cf. arriba, p. 55 sobre los encargos dados a Bonelli. Los bre-

A fines de junio los dos cardenales legados emprendieron su viaje, Commendone desde Verona (1), y Bonelli desde Roma (2). Como a nepote del Papa y hasta entonces encargado de la secretaría de Estado se dió a Bonelli un séquito correspondiente a esta posición, al que Pío V agregó algunos eclesiásticos y religiosos austeros de los amigos e imitadores de Carlos Borromeo (3). Dan bien a conocer también las ideas del Papa las instrucciones dadas a Bonelli para su conducta durante el viaje y en las cortes extranjeras. Ni el cardenal ni su séquito pueden aceptar ningún regalo, deben limitar sus visitas a lo más necesario, no asistir a banquete-

ves credenciales de 20 y 21 de junio de 1571 pueden verse en Laderchi, 1571, n. 254 y Tedeschis, 263 s. Cf. también Hinojosa, 198 s.; Corresp. dipl., IV, 357, nota.

(1) Commendone por una \*carta fechada en Verona a 27 de junio de 1571, notifica al dux su misión: dice que está dispuesto a ir aún más lejos y a sacrificar su vida por la Iglesia y la patria (*Lettere de' card.*, n. 5, *Archivio público de Venecia*). Sobre la propuesta de que Gropper acompañase al legado, v. Schwarz, Correspondencia, 183. Según un \*Avviso di Roma de 7 de julio de 1571, se decía que también P. Toledo había de acompañar a Commendone (*Archivio público de Nápoles*, C. Farnes., 763).

(2) V. la \*carta de A. Zibramonti, fechada en Roma a 30 de junio de 1571, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. el \*Avviso di Roma de 30 de junio de 1571, Urb., 1042, p. 82, *Biblioteca Vatic.*, y Firmano, \*Diario, XII, 32, *Archivio secreto pontificio*.

(3) V. el \*Avviso di Roma de 22 de junio de 1571, Urb., 1042, p. 77, *Biblioteca Vatic.*, y Corresp. dipl., IV, 373 s. Sobre la participación de San Francisco de Borja en la embajada v. S. Franc. Borgia, V, 581 ss., 665 ss., 684 s., 691. La dirección de los negocios de la secretaría de Estado fué confiada al cardenal Rusticucci; además de Törne, 50 s. v. los \*Avvisi di Roma de 20 de julio (Nel card. Rusticucci si riposa hora summa rerum del Pontificado nel quale con maniera incredibile satisfia al universale et monstra di non far cosa alcuna facendo il tutto), 8 de agosto (Rusticucci es muy reservado en cambiar las ordenaciones de Bonelli) y 6 de octubre de 1571 (el Papa mandó que Rusticucci asistiese a todas las audiencias de los embajadores; Urb., 1042, p. 87<sup>b</sup>, 96<sup>b</sup>, 129, loco cit.), lo cual les causó disgusto (v. Corresp. dipl., IV, 465 s.). Rusticucci había ya suplido a Bonelli durante la ausencia de éste por junio, y después durante la enfermedad del nepote desde agosto hasta diciembre de 1570; v. los \*Avvisi di Roma de 21 de junio, 12 de julio, 16 de agosto, 6 de septiembre, 9 y 20 de diciembre de 1570, Urb., 1041, p. 292<sup>b</sup>, 304, 327, 337, 380, 385<sup>b</sup>, loco cit. Cusano, que notifica todos los chismes de Roma, refiere varias veces (en 7 y 15 de julio de 1570, y en 23 de junio de 1571), que Bonelli había vivido de un modo inmoral. Hay duda fundada de que sea justa esta acusación, pues primeramente Bonelli era muy odiado de los imperiales por ser adicto a Cosme I (v. la \*relación de Arco de 2 de junio de 1571, *Archivio público de Viena*), y en segundo lugar Bonelli en España, donde faltaba la severa vigilancia de Pío V, dejó muy buena memoria por su «santa vida» (v. Donais, *Dépêches de M. de Fourquevaux*, II, 413).



tes, cacerías ni comedias, vestir con sencillez, comer frugalmente, no pedir nada para sí y dispensar gratuitamente las gracias que así se otorgan en Roma. Para edificar con el ejemplo, debe celebrar el cardenal todos los días festivos y comulgar su comitiva (1).

Bonelli salió de Roma el último día de junio; pasó por Saboya, y por Barcelona y Valencia se encaminó a Madrid, donde hizo su entrada el 30 de septiembre e inmediatamente se dió comienzo a las negociaciones tocantes a la guerra contra los turcos (2).

Todavía antes de la partida de los legados había el Papa empleado todos los medios a fin de acelerar sus armamentos para la inminente guerra naval, en lo cual le ayudó enérgicamente Cosme I (3). Aunque tropezó con las mayores dificultades cuando se trató ahora de reunir los fondos necesarios, aprontar y armar las galeras, con todo su energía logró vencer estas dificultades. Una congregación especial deliberaba sobre las necesarias providencias (4). Una relación escrita en Roma el 30 de mayo de 1571 dice, que el Papa había sacado del tesoro del castillo de San Angel 40000 escudos para la guerra, y que en la ciudad no se veían más

(1) V. el texto del Ricordo para Bonelli en la Corresp. dipl., IV, 357 s.; cf. los \*Avvisi di Roma de 20 y 30 de junio de 1571, Urb., 1042, p. 73, 82, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. \*Lettere et negotiati del sig. card. Alessandrino, legato in Spagna, in Portogallo et in Francia scritte al card. Rusticucci et ad altri negli anni 1571 et 1572, en el Cód. 33—G-24 de la *Bibl. Corsini de Roma*, utilizado por Lämmer, *Historia eclesiástica*, 164 s., en Gachard, *Bibl. Corsini*, 46 s., 152 s., e Hinojosa, 199 s. El \*Viaggio del card. Alessandrino in Spagna del Cód. 33-B-16 de la *Biblioteca Corsini*, citado por este último, es una compilación posterior, como ya lo demostró Gachard (loco cit., 55 s.). Se le ha pasado enteramente por alto a Hinojosa la \*descripción del viaje del cardenal Bonelli, contemporánea y muy interesante respecto a la historia de la cultura, compuesta por su secretario J. B. Venturino de Fabriano, que se halla en el Cód. F. 128, p. 299 s. de la *Biblioteca de Dresde*, utilizada en el *Corpus Inscript. lat.*, II, Suppl., LXXXI s., en Nuuziante, *Spigolature sopra una relazione inedita di G. B. V. da Fabriano*, Firenze, 1884, y en el tomo V del *Panorama Portuguez* (v. Rev. hisp., III [1896]. 31). Esta \*Narrazione del viaggio fatto dal card. Alessandrino se halla también en Urb., 1697 de la *Biblioteca Vatic.* Cf. también Farinelli en la *Revista crítica de Historia y Literatura españolas*, III, Madrid, 1898, 174; Diego S. Ambrogio, *Di un'epigrafe poco nota della Certosa di Pavia*, en el *Bollett. d. Soc. Pavese*, I, 2 (1901); Serrano, *Liga*, I, 165. Sobre la partida de Bonelli de Roma y su llegada a Madrid v. también *Corresp. dipl.*, IV, 372, 447 s.

(3) V. Manfroni, *Marina*, 471 s.

(4) V. el \*Avviso di Roma de 16 de junio de 1571, Urb., 1042, p. 75 y 76b, *Biblioteca Vatic.* Cf. *Acta consist. card. S. Severinae*, en *Studi e docum.*, XXIII, 323, 324, 330.

que soldados (1). Otras sumas se obtuvieron imponiendo tributos sobre los beneficios de los cardenales y fundando el monte de piedad llamado Mons religionis, que se erigió el 12 de junio (2). En el aprontamiento de las doce galeras Cosme de Médicis y Marco Antonio Colonna prestaron la más eficaz ayuda (3). El 13 de junio Colonna fué a Civitavecchia y dió allí las últimas ordenaciones. Ya a 21 de junio la escuadra pontificia pudo hacerse a la vela (4). Primeramente se dirigió a Nápoles, donde debía aguardarse la llegada de los buques españoles al mando de don Juan. Pío V ya el 27 de mayo de 1571 había manifestado a Felipe II en una carta autógrafa la necesidad de que don Juan se presentase cuanto antes posible fuese, pues de lo contrario se perdería una buena ocasión, e indefectiblemente habría quejas de parte de los venecianos (5). También el embajador español en Roma, Zúñiga, participaba de esta opinión (6). Mucho más embarazoso fué el que don Juan se hiciese esperar más tiempo. Por eso Pío V mandó a Colonna, que se hiciese a la mar solo con rumbo a Mesina, que había sido designada como punto de reunión de todas las fuerzas navales de la liga (7). Llegó allá el 20 de julio (8).

(1) V. el \*Avviso di Roma de 30 de mayo de 1571, loco cit., 69.

(2) Respecto del tributo impuesto a los cardenales v. el artículo de Hewel en la Engl. hist. Review, 1915, July. El decreto relativo al Mons religionis (cf. vol. XVII, p. 112) fué impreso por A. Blado en 1571. Un \*Avviso di Roma de 7 de julio de 1571 notifica, que diariamente se celebraban consultas en casa del cardenal Ricci, para ver cómo se podía allegar más dinero; y que como era difícil hallarlo sin cargar mucho al pueblo, era posible que el Papa echase mano ad tempus de los regresos (Urb., 1042, p. 85, *Biblioteca Vatic.*). V. también el \*Avviso di Roma de 7 de julio de 1571 en las Carte Farnes., 763 del *Archivo público de Nápoles*. De nuevas consultas para conseguir dinero, da cuenta un \*Avviso di Roma de 8 de agosto de 1571, Urb., 1042, p. 96, loco cit. Cf. también Adriani, XXI, 4.

(3) Cf. Le Bret, VIII, 237; Guglielmotti, Colonna, 148 s., 151 s. El \*contrato con Cosme I acerca de las galeras para la guerra contra los turcos, de marzo de 1571, se halla en Varia polit., 81 (ahora 82), p. 642 s., *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. los \*Avvisi di Roma de 16 y 22 de junio de 1571, Urb., 1042, p. 75, 77b, *Biblioteca Vatic.* Cf. Carinci, 17 s.

(5) Corresp. dipl., IV, 320.

(6) Ibid., 315 s., 317.

(7) V. ibid., 349. El gran maestre de los sanjuanistas, que ya por un \*breve de 16 de marzo de 1571 había sido exhortado a tener preparados sus trirremes, por un \*breve de 24 de mayo de 1571 recibió la orden de llevarlos a Mesina para el 20 de junio. Arm. 44, t. XVI, p. 36b, 104, *Archivo secreto pontificio*.

(8) Sereno, 117. La fecha que hay en Moimenti, Veniero, 81 (30 de julio), es falsa.

A consecuencia de esto la escuadra pontificia fué la primera en acudir al lugar convenido: el 23 de junio había llegado a Nápoles y desde allí zarpó para Mesina. El 23 de julio arribó también la armada de los venecianos, mandada por el anciano Sebastián Veniero. Pero los españoles se hicieron todavía esperar, aunque apretaba el tiempo de resistir a los turcos, que sitiaban a Fama-gusta y estrechaban a Creta, Citera, Zante y Cefalonia (1).

Pío V extraordinariamente aterrado por las noticias de las empresas de los turcos (2), y desconfiando ya por la tardanza de los españoles, hizo cuanto pudo para mover a don Juan a que se hiciese a la vela aceleradamente para Mesina. Después que, todavía sin respuesta a su breve de 27 de mayo (3), le hubo dirigido el 29 de junio de 1571 una instante excitación por un enviado especial (4), mandóle el 7 de julio un propio con el mismo fin (5). En un consistorio de 20 de julio no se deliberó sino sobre lo que se había de hacer (6) en vista de la tardanza de los españoles, universalmente lamentada (7). El 26 de julio se envió un breve urgente a don Juan (8), y el 4 de agosto un nuevo correo con otro breve (9).

Don Juan el 6 de junio se había dirigido desde Madrid a Bar-

(1) V. Sereno, 122 s., 125 s.; Guglielmotti, Colonna, 163; Balan, VI, 551; Manfroni, Marina, 472.

(2) Cf. la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 7 de julio de 1571, *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(3) En su respuesta de 18 de junio de 1571 procura don Juan excusar su tardanza; v. Corresp. dipl., IV, 345 s.

(4) V. Laderchi, 1571, n. 358.

(5) \*La Stà di N. Sre hoggi ha spedito un corriere a Genova, credesi per sollicitare il passaggio di D. Giovanni ch'aspetta d'ora in hora a Genova acciò che con l'armata sua vadi a trovare la Venetiana. La escuadra pontificia esperaba en Nápoles (carta de Stuerdo a Juan Baut. Pía, fechada en Roma a 7 de julio de 1571, Carte Farnes., 763, *Archivo público de Nápoles*). Cf. también el breve a don Juan en Laderchi, 1571, n. 363. V. además Corresp. dipl., IV, 384 s.

(6) V. Corresp. dipl., IV, 395.

(7) \*Luni nel concistoro non si fece altro che parlare della tardanza del Sor Don Giovanni. Avviso di Roma de 20 de julio de 1571, *Archivo Doria-Pamfili de Roma*.

(8) \*Breve a Ioh. ab Austria, fechado en Roma a 26 de julio de 1571, *Archivo de breves de Roma*, t. XVII.

(9) V. el \*Avviso di Roma de 4 de agosto de 1571, Urb., 1042, p. 93<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* El \*breve para don Juan de 1.º de agosto de 1571 se halla en el *Archivo de breves de Roma*, loco cit. Allí mismo hay varios \*breves para Granvela, virrey de Sicilia, para Marco Antonio Colonna y otros, de 1.º de agosto, ut curent omnia parata ad instruendam classem.

celona, adonde llegó el 16 del mismo mes. Como entre la nobleza de Roma, así también entre los grandes de España reinaba vivo entusiasmo por la cruzada. Muchos nobles españoles se embarcaron ya a principios de junio (1). Don Juan se quedó todavía atrás largo tiempo por causa de los armamentos: por efecto de la guerra contra los moriscos, tuvo trabajo en juntar las tropas necesarias. A esto se añadió la proverbial lentitud de los españoles (2). Hasta el 16 de julio no se hizo a la vela con cuarenta y seis galeras en dirección a Génova, donde se hospedó en el palacio de Juan Andrés Doria. Allí recibió la visita de Cosme I, el cual se persuadió ahora de la falta de fundamento de los rumores esparcidos por los franceses, de que los reclutamientos de tropas españolas iban dirigidos contra Toscana (3).

Desde Génova don Juan envió a Venecia a Moncada y a Roma a Hernando de Carrillo; Moncada debía anunciar su pronta llegada a Mesina, y Carrillo transmitir al Papa las gracias por su nombramiento y excusar el retardo de su venida (4). Cuando Carrillo el 7 de agosto se despidió de Pío V, éste le encargó que dijese a don Juan tuviese presente que iba a combatir por la fe católica, y que por eso Dios le concedería la victoria. Al mismo tiempo entregó el Papa al enviado la santa bandera de la liga (5).

Don Juan, que se detuvo en Génova hasta fines de julio (6), llegó el 8 de agosto a Nápoles, donde el virrey, el cardenal Granvela, le hizo el día siguiente un solemne recibimiento (7). El 14 de agosto, en la iglesia de Santa Clara, efectuóse la entrega del bastón de general y del santo estandarte a don Juan. El estandarte

(1) V. Charrière, III, 158, nota.

(2) Sereno, 131. Corresp. dipl., IV, 384 s. Cf. Adriani, XXI, 4. En la *Biblioteca de Basilea*, Cód. AA. VI, 30 hay una \**Relatione fatta alla M<sup>ta</sup> Cattca in Madrid alli 15 di Luglio 1571 di tutta la spesa ordinaria che occorria per la lega*. Sobre estas cuentas circunstanciadas, que se conservan también en el vol. LXII, p. 9 de la Collect. Faure de la *Biblioteca de Ginebra*, cf. Pometti, 72, nota 7.

(3) V. Adriani, XXI, 5.

(4) V. Havemann, Don Juan, 129; Guglielmotti, 171.

(5) V. el \**Avviso di Roma de 7 de agosto de 1571*, Urb., 1042, p. 96, *Biblioteca Vatic.* Cf. la \**relación de A. Zibramonti*, fechada en Roma a 11 de agosto de 1571, en la que se describe por menudo la bandera (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. para eso también Corresp. dipl., IV, 402, nota 2.

(6) Desde allí escribe todavía el 30 de julio, y el 1.º de agosto desde Portofino; v. *Lettere di D. Juan d' Austria a Giov. A. Doria*, Roma, 1896, 18 s.

(7) V. Charrière, III, 159; Havemann, Don Juan, 130.

era de damasco de seda azul, ostentaba arriba en medio el Salvador crucificado, de gran tamaño, a cuyos pies se veían las armas de Pío V, con el escudo español a su derecha, y a su izquierda el veneciano. Estos emblemas estaban enlazados con cadenas de oro, de las que pendía el escudo de don Juan. En el altar mayor, en presencia de muchos nobles y de los príncipes de Parma y Urbino hizo Granvela la entrega a don Juan. «Amén, amén», respondió el pueblo profundamente conmovido (1).

Mientras don Juan se detenía tanto tiempo en Nápoles, la impaciencia del Papa, hondamente acongojado por las noticias del avance de la escuadra turca, subió a lo sumo. El 17 de agosto envió a Pablo Odescalchi con una carta de su propio puño a don Juan, en la cual le exhortaba de nuevo a partir apresuradamente (2). Lo cual se efectuó al fin el 23 de agosto. Al día siguiente llegó don Juan a la rada de Mesina, donde hacía tiempo que era ansiosamente esperado por los almirantes del Papa y Venecia, Colonna y Veniero. Mesina hizo un magnífico recibimiento al hijo del emperador, que contaba sólo veinticuatro años. Dotado de varonil hermosura, hechizaba don Juan con sus ojos azules y blondos rizos a los muy impresionables sicilianos (3).

En el primer consejo don Juan excusó su tardanza causada

(1) V. Colec. de docum. inéd., XXXIII, 237; Caracciolo, I comment. d. guerre fatte co' Turchi da D. Giovanni d'Austria. Firenze, 1581, 11. La \*relación latina de Granvela a Pío V, fechada en Nápoles a 14 de agosto de 1571, que vió Guglielmotti (p. 173 s.) en el *Archivio Gaetani de Roma* y publicó en traducción italiana, debe de haber sido sustraída, porque la librería de libros antiguos de Gilhofer-Ranschburg, de Viena, puso en venta este documento en 1900. El grandioso estandarte de la liga, que muchas veces se ha confundido con la bandera de Colonna (v. arriba, p. 325), tan importante por la realidad del objeto, como por ser una reliquia histórica, se halla ahora en la catedral de Toledo; v. F. Duro, L'étendard de la Sainte-Ligue à la bataille de Lépante, en la Revue de l'Art chrét., 1889, 411 s. (con grabado), y Fedele en el Arch. stor. Napolit., XXXIV, 547 s. El estandarte presenta manifestamente carácter de antigüedad.

(2) V. \*Lettera di Roma de 17 de agosto de 1571 en el *Archivio Doria-Pamfilj de Roma*. Cf. también Laderchi, 1571, n. 370 y Corresp. dipl., IV, 410, 420. La \*instrucción para Odescalchi se halla en Miscell. di Clemente XI, t. CCXI, p. 15, *Archivio segreto pontificio*; cf. Pometti, 71. La cabeza de Odescalchi, que se ve en su sepulcro de S. Jerónimo de la Caridad, en Roma, se halla representada en grabado en el *Cosmos illustr.*, 1904, 87. La Istruzione data dal card. Farnese ad un suo mandato a Civita Vecchia a visitare il sig. D. Giov. d'Austria quando passò con l'armata, se imprimió en Roma en 1888 para las bodas Ferrata-Faiella.

(3) V. Carinci, 43 s.; Havemann, 130 s.; Guglielmotti, 174 s.

por las necesarias prevenciones, pero hizo resaltar su ánimo belicoso y su confianza de vencer. El fuego juvenil de este general ambicioso de gloria había traído inquieto desde el principio a su considerado hermano Felipe II, el cual le había puesto al lado en Requeséns un hombre que refrenase lo más posible su ardor. Requeséns, en efecto, se mostró maestro en suscitar pequeñas dificultades para impedir un atrevido ataque (1). A la diversidad de intereses y a la antigua desconfianza entre españoles y venecianos se agregaron el insuficiente armamento de los venecianos (2), la abigarrada composición de las tropas y el temor hondamente arraigado de lo invencible de las fuerzas navales de los turcos. Todo esto paralizó mucho tiempo un proceder resuelto. Aun cuando el 2 de septiembre había sido reforzada todavía la escuadra con sesenta buques venecianos y doce galeras de Doria (3), se continuaba deliberando todavía sobre diversos planes. En una revista de las tres escuadras que se pasó el 8 de septiembre, mostróse claramente que los buques venecianos no estaban suficientemente provistos de marineros y remeros. Esta falta se debía remediar con tripulaciones españolas. A ello se oponía Veniero; con todo, las representaciones de Colonna lograron moverle a ceder (4).

Después de haberse deliberado más de tres semanas, efectuóse finalmente el 16 de septiembre la salida de Mesina. Había aún sin embargo, diversidad de opiniones y desavenencias entre los generales, pero todos conocían que se acercaba el combate decisivo. Las tropas se prepararon también espiritualmente recibiendo los santos sacramentos, que les administraron los capuchinos y los jesuitas agregados a la flota (5).

Dividida en cuatro escuadras, la armada de la liga emprendió el camino hacia Corfú y luego se juntó en el puerto de Gomenitsa en la costa de Albania. Por efecto de haber procedido Veniero arbitrariamente contra un español, se llegó aquí a una contienda

(1) V. Balan, VI, 556 s.; Havemann, 133; Guglielmotti, 176 s.

(2) Cf. Colec. de docum. inéd., III, 15 s.; Corresp. dipl., IV, 420, nota; Serrano, Liga, I, 113.

(3) Doria había salido de Civitavecchia el 24 de agosto; v. la \*carta de A. Zibramonti, fechada en Roma a 25 de agosto de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Guglielmotti, 179 s., 185 s.; Balan, VI, 557 s.; Molmenti, Veniero, 150 s.

(5) V. Sereno, 191; Havemann, 134; Guglielmotti, 190.

con don Juan, la cual hubiera podido traer en pos de sí las peores consecuencias sin la prudente mediación de Colonna. Se convino en que provisionalmente Agustín Barbarigo sustituyese a Veniero. Entre tanto anunciaron los espías, que la escuadra turca estaba en el puerto de Lepanto, la antigua Naupactos. Los días siguientes transcurrieron observándose mutuamente los enemigos. En el interin llegó la noticia de la caída de Famagusta, ocurrida el 1.º de agosto, de la ignominiosa felonía cometida allí por los turcos y de la ejecución horrorosa del heroico Bragadino. Los turcos habían desollado vivo al infeliz, rellenado de pelo la piel quitada, vestídola del traje de gobernador veneciano, y arrastrádola por la ciudad, atada sobre el lomo de una vaca! (1) La noticia de estos horrores se extendió rápidamente, y todos los guerreros tenían sed de venganza.

Después de hechos todos los preparativos necesarios para una batalla, en la noche del 6 de octubre, a pesar del viento desfavorable, dirigió el rumbo la escuadra por cerca de las peñascosas islas Curzolarias, conocidas en la antigüedad con el nombre de las Equinadas, hacia el ancho golfo de Patras. Cuando a la mañana siguiente se entró en este seno de mar por el estrecho canal que hay entre la isla de Oxia y el cabo de Skrophá, don Juan, después de breve deliberación con Veniero (2), dió con un cañonazo la señal de formarse para el ataque. Al mismo tiempo mandó enarbolar la bandera de la Liga Santa en el palo mayor de su navío (3). Los

(1) Cf. Sereno, 250 s.; Hammer, II, 414 s.; Balan, VI, 555 s.; Guglielmotti, 195 s.; A. Podocataro, *Relaz. de'successi di Famagosta* p. p. A. Tessier, Venezia, 1876; Agostino, *La perdita di Famagosta*, Venezia, 1891; Catizzani, *Narraz. del terribile asedio e della resa di Famagosta da un Ms. del capitano Angelo Gatto da Orvieto*, Firenze, 1897. V. también la monografía sobre la vida de Bragadino, de Río, traducida al alemán por K. Zell, 2.ª edición, Friburgo, 1874. A este héroe, que soportó su martirio con cristiano valor, levantó un monumento su ciudad natal en su panteón de hombres ilustres, en la iglesia de los Santos Juan y Pablo. Sobre la moneda obsidional que hizo acuñar Bragadino para pagar a los defensores de Famagusta, v. Lazari, *Monete de'possedimenti Veneziani di oltramare e di terraferma*, Venezia, 1851.

(2) Cf. Molmenti, Veniero, 311.

(3) Sobre la batalla de Lepanto existe un material muy abundante en relaciones auténticas, hojas volantes y otras narraciones; cf. la bibliografía en Cicogna, *Bibl. Venez.*, Venecia, 1847, 118 ss.; Soranzo, *Bibl. Venez.*, *ibid.*, 1885 s., 81 s.; Manfroni, *Marina*, 438 s.; Molmenti, Veniero, 163 s.; d'Ayala, *Bibl. milit.*, 312; Duro, *Tradiciones infundadas*, Madrid, 1888, 663 s.; Stirling-Maxwell, *Don Juan*, II, Apénd., n.º 6, párrafo 3, obra completada en la *Revista para bibliófilos*, IV (1900-01), 191 ss. Sobre una hoja impresa hasta ahora des-

eclesiásticos agregados a la escuadra dieron la absolución general; todavía siguió una breve y fervorosa plegaria, y luego resonó el grito de millares de voces: ¡Victoria, victoria! ¡Viva Cristo! (1)

Las dos opuestas fuerzas combatientes eran muy considerables y aproximadamente iguales en número. Los turcos disponían de 222 galeras, otros 60 buques, 750 cañones, 34000 soldados, 13000 marineros y 41000 galeotes; los cristianos de 207 galeras (105 venecianas, 81 españolas, 12 pontificias, tres de Malta, tres de Génova y tres de Saboya), otros 30 buques, seis grandes galeras o galeazas, que «parecían castillos», 1800 cañones, 30000 soldados, 12900 marineros y 43000 remeros (2).

Don Juan, conforme a la táctica de aquel tiempo, había dividido la armada en cuatro escuadras casi igualmente poderosas, que se distinguían por los colores de las banderas. Las seis galeazas de los venecianos, mandadas por Francisco Duodo, formaban la vanguardia, y debían espantar a los turcos y ponerlos en desorden con la superioridad de su artillería (3). Detrás de ellas navegaban en línea recta las tres primeras escuadras. Mandaba el ala izquierda el proveedor veneciano Agustín Barbarigo, la derecha el almirante español Doria, y el centro don Juan. A ambos lados

conocida sobre Lepanto v. Catálogo, 500, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> parte, Francfort, 1907-08, de J. Bär. La más copiosa colección de escritos de circunstancia sobre Lepanto se halla en la *Biblioteca del Museo Correr de Venecia*; cf. Serapeum, 1858, 275. Entre las narraciones modernas sobresalen: Hammer, II, 420 s.; Rosell, Hist. del combate naval de Lepanto, Madrid, 1853; Guglielmotti, 213 s.; Jurien de la Gravière, La guerre de Chypre et la bataille de Lépante, II, París, 1888 (cf. Gottloben la Revista literaria, 1889, 49 s.); Manfroni, Marina (1897), 487 s. (cf. Riv. stor., 1898, 346 s.); Duro, Armada Española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón, II, Madrid, 1898; Molmenti, Veniero y en la Riv. Marittima, 1898 y 1899; Jähns, Manual de la historia de la milicia, Leipzig, 1880, 1281 s.; Serrano, Liga, I, 133 s. Cf. también Gavotti, La tattica nelle grandi battaglie navali, I, Roma, 1898, 182 s., y Normann-Friedenfels en las Comunicaciones de lo relativo a la marina, XXX, Pola, 1902, 1 ss. Entre las cosas notables del *Archivo público de Simancas* hay un mapa con el diseño de la batalla de Lepanto, de mano de don Juan.

(1) V. Sereno, 191; \* Lettera mandata dall'armata christ. sotto di 8 di Ottobre 1571, *Archivo Doria-Pamfili de Roma*; Carinci, 52.

(2) Como ya discreparon muchas veces los cálculos de los contemporáneos, así también los datos de los escritores posteriores; v. Guglielmotti, Colonna, 211 s.; Manfroni, Marina, 478 s.; Serrano, Liga, I, 119 s., 130 s.

(3) Cada galeaza tenía 36 cañones grandes y 64 piezas para tirar balas de piedra; v. G. Molli, Le navi di Lepanto, en el *Cosmos illustr.*, 1904, 179.



de su capitana navegaban Colonna y Veniero. La cuarta escuadra a las órdenes de Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz (1), formaba la retaguardia.

Mandaba el ala izquierda de la escuadra turca el renegado calabrés Uluch Ali (Occhiali) (2), bajá de Argel, la derecha Mahomet Schaulak (Siroco), gobernador de Alejandría, y el centro el generalísimo Kapudán-Bajá Muesinsade Ali.

Hacia mediodía para el viento favorable a los turcos. Mientras el sol brilla en un cielo sin nubes, chocan entre sí las dos escuadras, la una bajo el estandarte del Crucificado, la otra bajo la purpúrea bandera del sultán con el nombre de Alá, bordado en letras de oro. Los turcos procuran envolver a sus adversarios por ambos extremos, y para impedirlo Doria extiende tanto su línea de batalla, que entre el ala derecha y el centro se forma un hueco, en el cual puede fácilmente penetrar el enemigo. Mientras aquí la lucha toma un sesgo peligroso y por las hábiles maniobras de los turcos Doria con quince galeras es empujado hacia alta mar, en el ala izquierda transcurre la batalla muy felizmente. Los venecianos combaten allí contra fuerzas superiores con tanta tenacidad como buen éxito, aunque su caudillo Barbarigo, alcanzado por una flecha en un ojo, cae herido mortalmente.

Donde más furiosamente se pelea, es en el centro. Aquí don Juan, que tiene a bordo trescientos veteranos españoles (3), se adelanta directamente contra el buque de Ali, en el que se hallan cuatrocientos jenízaros. Junto con él las galeras de Colonna, Requeséns, Veniero y de los príncipes de Parma y de Urbino tienen parte valerosamente en la sangrienta lucha, que por largo tiempo está vacilante. La muerte del gran almirante turco Ali, cuya rica galera es saqueada por los soldados de don Juan y de Colonna, decide aquí el éxito hacia las cuatro de la tarde. Cuando los turcos ven deshecho su centro, cede también su ala derecha. Por efecto de esto Uluch ha de interrumpir el combate con Doria y pensar en su retirada; la cual efectúa abriéndose camino peleando

(1) Cf. sobre él Martín Fernández de Navarrete en la *Revista general de la Marina*. Número extraord., Madrid, 1888.

(2) Cf. sobre él Jorga, III, 226 y Pometti, 19, nota 1.

(3) Sobre la galera de don Juan en Lepanto v. Beer en el *Anuario de la colección histórico-artística de la casa imperial de Austria*, XV, 1 ss.

con grandes pérdidas y huyendo con cuarenta galeras hacia Santa Maura y Lepanto (1).

Aunque el cansancio extenuativo de los remeros y el desencadenamiento de una violenta tempestad impidieron una perseverante persecución del enemigo, la victoria de los cristianos fué no obstante completa. Fragmentos de buques y cadáveres cubrían el mar en una gran extensión. Habían perecido unos ocho mil turcos y diez mil habían sido hechos prisioneros; ciento diecisiete de sus galeras cayeron en manos de los cristianos, y cincuenta fueron hundidas o quemadas. Los vencedores perdieron doce galeras, y tuvieron siete mil quinientos muertos y otros tantos heridos. Numerosos trofeos, como banderas de púrpura con inscripciones de seda y oro, con estrellas y la media luna, y una gran parte de la artillería enemiga vinieron a poder de los cristianos. Cuarenta y dos prisioneros pertenecían a las familias turcas más principales; entre ellos se hallaban el gobernador de Negroponto y dos hijos del gran almirante Alí. El botín más hermoso consistió en doce mil esclavos cristianos condenados al remo, entre ellos dos mil españoles, que debieron su libertad a la victoria (2).

Corrió mucha sangre noble. Mientras los españoles tuvieron que lamentar la muerte de Juan de Córdoba, Alfonso de Cárdenas y Juan Ponce de León, los venecianos perdieron veinte nobles de las primeras casas de la república. Fabiano Graziani, hermano del historiador de esta guerra, cayó al lado de Colonna en una galera pontificia. Entre los heridos se hallaban Veniero y un ingenio

(1) Por parte de la armada cristiana el ala derecha fué la que más padeció, lo que atribuyeron a la conducta de Doria los venecianos, los cuales no quisieron admitir su excusa y vieron en él un traidor. De los escritores modernos, Guglielmotti (p. 228 s.) y Bálán (VI, 561 s.) juzgan a Doria con grande y excesiva dureza. Con todo, la apología de Doria por B. Veroggio (*Gianandrea Doria nella battaglia di Lepanto*, Génova, 1886) no ha tenido buen éxito (cf. Neri en el *Arch. stor. Ital.*, 5.<sup>a</sup> serie, I, 273 s.; v. también Manfroni, *Lega*, 355 s. y *Marina*, 494 s.), como tampoco la defensa que intentó Gavotti (*Le battaglie navali della rep. di Genova*, Roma, 1900) (v. Manfroni en la *Rassegna naz.*, CXX [1901], Luglio, 1). Si Doria a la verdad no cometió directamente una traición, sin embargo su conducta fué perjudicial para la armada cristiana.

(2) Como algunos codiciosos quisiesen tratar como a esclavos a estos prisioneros cristianos, prohibió Pío V bajo pena de excomuni6n; v. Bertolotti, *La schiavitù in Roma*, 42 s.; cf. Margraf, 209.

arzobispo fuesen en ella (1). El 25 de agosto publicó una severa ordenación contra todos los que mediata o inmediatamente se permitieran usurpaciones de la jurisdicción real. Es muy verosímil que este bando tuviese a la vista la contienda con el arzobispo y no se interpretó de otra suerte en la curia arzobispal (2); todos los magistrados de Borromeo huyeron; el tribunal del arzobispo quedó paralizado de un golpe (3).

El bando de Alburquerque se publicó precisamente en un tiempo en que la contienda entre el poder civil y el eclesiástico de Milán se había agravado nuevamente. El cabildo de la iglesia de Santa María de la Escala, muy necesitado de reforma, se oponía a la visita arzobispal, porque la iglesia era de patronato real e independiente del arzobispo. Ciertamente, Clemente VII había concedido a la Escala derechos de exención, pero sólo con la condición de que los confirmase el arzobispo de Milán; mas esta confirmación no podían acreditarla los canónigos. Borromeo, en tales circunstancias, consultó a Roma sobre lo que se debía hacer, y recibió la respuesta de que podía emprender la visita. A pesar de esto el cardenal esperó todavía dos meses.

Entonces acaeció que un clérigo de la Escala fué puesto preso por el tribunal arzobispal a causa de un delito, y ahora el odio largo tiempo acumulado estalló en vivas llamas. Apoyados en sus privilegios pontificios, los canónigos declararon que dos ministros de justicia habían incurrido en excomuni6n, y citaron al mismo arzobispo para que se justificase. El senado se puso abiertamente de parte del cabildo, y también el gobernador favoreció las pretensiones de éste; precisamente en aquellos días publicó el edicto que amenazaba con las más graves penas toda usurpaci6n de la jurisdicción real.

Borromeo tomó entonces su resoluci6n. Señaló para la visita de la Escala uno de los días siguientes y desestimó la petici6n del gobernador de que esperase todavía tres días en atenci6n a la irritaci6n general. El 31 de agosto de 1569 un sacerdote anunció a los can6nigos, en nombre del arzobispo, su pronta llegada; y fué vio-

(1) Corresp. dipl., III, xxi.

(2) Questo bando non si può dir che sia stà fatto per altro, che per la total roina della giurisdittione et libertà ecclesiastica. Así las Consideraciones sobre el bando en Sala, II, 13.

(3) Cf. los documentos en Sala, II, 13 ss.

lentamente rechazado por el cabildo que se había colocado delante de la iglesia en el cementerio. Pronto llegó también con solemne pompa y acompañamiento el cardenal, y ahora comenzó una escena salvaje. Apenas se aproximaron los jinetes que iban delante, de los cuales el uno llevaba las insignias del cardenalato y el otro la cruz arzobispal, se arrojaron a las riendas de sus caballos y con esto detuvieron la comitiva. Borromeo se apeó de su mula, tomó la cruz que conforme a la costumbre había de tener en la mano al pronunciar la excomunión contra los canónigos, y dió algunos pasos hacia la puerta del cementerio. Los canónigos le empujaron hacia atrás; algunos armados que habían tomado a sueldo, sacaron sus espadas al grito de «¡España, España!» (1), y se cerró la puerta a la cara del arzobispo. En vista de lo cual fulminó éste la excomunión contra el cabildo; su vicario general fijó en los muros un documento sobre ella, pero inmediatamente fué arrancado. Borromeo se fué a la catedral sin haber conseguido su intento, y allí renovó la excomunión contra los culpados. También los canónigos anunciaron solemnemente a campana tañida, que el arzobispo había incurrido en censuras eclesiásticas por su proceder contra la Escala, y lo hicieron fijar en diversos sitios con grandes letras.

El arzobispo se halló ahora en una situación muy difícil. Su tribunal quedaba paralizado. El senado y el gobernador no meneaban un dedo contra aquellos que habían sacado la espada contra su arzobispo. Alburquerque llegó a escribir al Papa, que no habría tranquilidad en Milán hasta que el arzobispo hubiese sido expulsado (2). Por un momento hasta Pío V pareció influido por las desfavorables relaciones sobre Borromeo; escribióle que si era verdad que no había querido diferir ni por tres días la visita, no podía aprobarlo (3). Sin embargo tomó resueltamente la defensa del arzobispo y con fuertes expresiones llamó la atención del

(1) Según una memoria que defiende el punto de vista del senado, la que sigue también Serrano, Corresp. dipl., III, xxv s., uno de los criados armados del arzobispo habría sido el primero en desenvainar la espada. En una carta a Castagna (su extracto se halla en Bascapé, I, 2, c. 9, p. 44), Borromeo califica de ridículo este reproche de sus adversarios, por no haber salido con hombres armados: *eosdem crimini sibi dedisse ... rem indignissimam, sed tamen etiam ridiculam*, gladios a Caroli parte, *prorsus semper inermi*, prius eductos.

(2) Corresp. dipl., III, xxx. Sylvain, II, 9, 11.

(3) Breve de 16 de septiembre de 1569, en Laderchi, 1569, n. 6.

gobernador sobre las consecuencias que las disposiciones violentas contra el cardenal traerían en pos de sí (1).

A pesar de lo aparentemente desesperado de la situación, Borromeo no perdió el ánimo. Defendió su causa, que según su persuasión era la causa de la Iglesia, escribiendo a Roma, al nuncio pontificio en Madrid y a Felipe II, y alcanzó lo que parecía imposible, que la victoria al fin quedase de su parte. Pocos días después que el cardenal hubo publicado una circunstanciada protesta contra el edicto de jurisdicción del gobernador (2), acaeció el atentado de los humillados contra su vida, en el cual de tan maravillosa manera quedó ileso (3). Temióse ahora continuar la lucha contra un varón para cuya protección, según la suposición general, había Dios obrado un milagro (4), y ni el gobernador ni Felipe II quisieron que se dijese que su conducta con el representante del poder eclesiástico había fomentado la osadía del asesino (5). El 22 de diciembre de 1569 el gobernador dió parte a Borromeo de una carta real, en la que Felipe II desaprobaba la conducta del cabildo de la Escala y exigía que se sometiese al arzobispo (6). Otro escrito del rey removió las dificultades del senado, el cual procuraba eludir una demostración pública de sumisión al arzobispo, alegando su dignidad de magistratura real (7). La víspera de Navidad de 1569 el fiscal y el notario del senado pidieron pública y solemnemente ante la puerta de la catedral de Milán la absolución de la excomunión (8). Lo mismo hicieron el 5 de febrero de 1570 los canónigos de la Escala (9). El 12 de diciembre de 1569 el gobernador había suavizado por medio de una decla-

(1) Breves de 10 de septiembre y 8 de octubre de 1569, *ibid.*, n. 6 y 7. La fórmula de salutación que hay en la última carta, es la siguiente: *Salutem et apostolicam benedictionem et salubriora in Domino consilia.*

(2) El 19 de octubre de 1569, en Sala, II, 20 ss., III, 415 ss.

(3) V. vol. XVII, 228 s.

(4) Hizo Dios milagro que no le hiziessen otro daño, etc. Alburquerque a Zúñiga en 26 de octubre de 1569, *Corresp. dipl.*, III, xxxv.

(5) Bonelli indicó a Giustiniani en 2 de noviembre de 1569, que dijese al rey, che questi sono i frutti che finalmente sono nati dalla poca intelligenza, anzi più tosto, dalla quasi manifesta inimicitia et dai continui disfavori che gli hanno usati et mostrati i ministri di S. M., etc. *Corresp. dipl.*, III, 184.

(6) Sylvain, II, 30. Castagna a Bonelli en 26 de noviembre de 1569, *Corresp. dipl.*, III, 192. Bascapé, l. 2, c. 11, p. 48 s.

(7) Bascapé, *ibid.*, p. 49.

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*, Sylvain, II, 38.

ración su edicto de jurisdicción. Como ni el Papa ni el arzobispo se dieron por contentos con esto, concedió el 29 de diciembre, que el arzobispo pudiese continuar valiéndose de sus ministros de justicia, lo mismo que en los años anteriores (1).

Con esto no se dió ciertamente una solución radical de los debates pendientes; pero que Borromeo consiguiese tanto, nadie sin duda, fuera de él mismo, lo hubiera creído.

## II

El embajador que hasta entonces había tenido Felipe II en Roma, Requeséns, abandonó su puesto a fines de 1567 (2). El Papa sintió su partida (3); y le dió una memoria que contenía sus deseos respecto de las contiendas de Nápoles y Milán, y de la Monarchia Sicula (4). Junto con Requeséns habían trabajado en Roma por los intereses de España los cardenales Pacheco y Granvela. Este, que desde febrero de 1566 vivía en la curia, era considerado como el verdadero hombre de confianza de Felipe II y ejercía grande influencia sobre Requeséns (5). Era un hijo genuino

(1) Corresp. dipl., III, xxxv s. Breve a Alburquerque de 21 de diciembre de 1569 y 15 de enero de 1570, en Laderchi, 1569, n. 18, 1570, n. 153. Por un breve de 11 de agosto de 1570 al senado de Milán (ibid., 1570, n. 154) se concede que para los crímenes enormes no tenga valor el derecho de asilo de las iglesias, y que Borromeo entregue al tribunal civil un adúltero y homicida.

(2) Arco \*notifica en 27 de diciembre de 1567, que Requeséns, agasajado por algunos cardenales que procuraban conseguir pensiones, partirla dentro de dos días. Pero según la \*relación de Strozzi, de 4 de enero de 1568 (*Archivo público de Viena*), en este día estaba todavía en Roma; su despedida se había efectuado antes. V. el breve de 28 de diciembre de 1567, en el que Pío V elogia al embajador cesante, en la Corresp. dipl., II, 281 s.

(3) V. ibid., 281.

(4) \*Memoria al sig. commend. maggiore di Castiglia di quanto N. S.<sup>re</sup> desidera che si tratti con S. M. C. in suo nome, en las Varia polit., 81 (ahora 82), p. 426-427, sin fecha, y p. 488-491, borrador; en la p. 489<sup>b</sup> hay esta nota: Aggiunta al Memoria ... a 29 di decembre 1567, y en la p. 491<sup>b</sup>: Memoriale di N. S.<sup>re</sup> dato al sig. comm. mag. di Castiglia il qual parti di Roma a 30 di decembre 1567. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Colec. de docum. inéd., XCVII, 386. Strozzi notificaba a Maximiliano II en 15 de noviembre de 1566: \*Alcuni dicono haver scoperto ch'el card.<sup>le</sup> Granvella è quello che ha la mente del re Filippo e che tratti qui tutti i negotii d'importanza per esso in compagnia del commendator (*Archivo público de Viena*). Granvela había sido recibido en el consistorio el 1.º de febrero de 1566; v. Corresp. dipl., I, 121, nota 3.

del Renacimiento, muy prudente y versado en cosas del mundo, pero nada podía, como tampoco Pacheco, con el Papa, porque éste conocía la dependencia de España, de entrambos (1). Un día dijo Pío V a Granvela en su cara, que era más español que cardenal. Que este juicio era justificado, se colige de las relaciones de Granvela a su rey, cuya política religiosa era también su prototipo. El cardenal reconoce en ellas a la verdad, la vida santa y las puras intenciones de Pío V, pero como frío hombre de negocios muestra muy poca inteligencia del proceder del Papa y de su gran delicadeza de conciencia. En ello sólo ve desconocimiento de las cosas políticas y falta de habilidad para tratar con los príncipes. Como Pío V, así escribía una vez Granvela a Felipe II, nada pide para sus parientes, cree poder proceder con resolución, pero cede cuando se le enseñan los dientes (2). El mismo don Felipe creía, vistas las dificultades que Pío V ponía a su empleo de la Inquisición aun para fines políticos, que este Papa ¡perjudicaba a la religión con sus escrúpulos de conciencia! (3)

Con tal desconocimiento del estado de las cosas por parte de los consejeros de Felipe II, no podían faltar nuevos conflictos. Pío V, que conocía muy bien la importancia del rey de España para la defensa de los intereses católicos en Inglaterra y en Francia, recibió con la mayor afabilidad posible a Juan de Zúñiga, llegado a Roma el 20 de enero de 1568 como sucesor de Requeséns. Entre quejas contra Francia, hizo observar que el rey de España era ahora el único monarca que protegía a la Iglesia (4).

Las primeras negociaciones de Zúñiga con el Papa transcurrieron con mutua satisfacción. Pero pronto nacieron también aquí dificultades. Zúñiga tenía el encargo de agenciar la concesión definitiva de la bula de la Cruzada. No se le ocultaba cuán difícil

(1) V. Corresp. de Philippe II, tomo I, 599; cf. Herre, *El Papado*, 145. Una excelente descripción de los rasgos distintivos de Granvela puede verse en Rachfahl, *Orange*, II, 1, 137 s. Su conducta, en ningún modo exenta de reparos (v. Renom de France, éd. Piot, I, 26, nota 1), parece haber permanecido oculta a Pío V.

(2) Carta de 23 de diciembre de 1566; v. Corresp. de Philippe II, tomo II, XLVII. Un desconocimiento semejante del carácter de Pío V se halla ya en la \*relación de Cusano, de 2 de febrero de 1566, *Archivo público de Viena*.

(3) V. Colec. de docum. inéd., IV, 341; Fornerón, I, 189 s.

(4) V. la relación de Zúñiga en la Corresp. dipl., II, 294 s., 296 s. Cf. también la \*relación de Arco de 24 de enero de 1568 (en latín e italiano), *Archivo público de Viena*.

sería vencer los reparos que contra ello tenía el Papa. Guardóse asimismo de proponer el negocio antes de haberse compuesto la contienda de Milán (1), en la cual dirigía las negociaciones el marqués de Cerralbo enviado a Roma por orden de Felipe II (2). A principios de marzo de 1568 pareció como si estuviese muy cercano un buen éxito de la contienda (3). El jurisconsulto Juan Pablo Chiesa, diputado por el senado de Milán, que gozaba de gran favor con Felipe II, había prestado en el asunto tan buenos servicios, que Pío V le honró con el capelo en la promoción de cardenales, efectuada finalmente el 24 de marzo de 1568. Mientras en esta ocasión no atendió a Francia más que con el nombramiento de Jerónimo Souchier, Pío V otorgó la púrpura también al presidente del Consejo de Estado de España, Espinosa, y a Antonio Carafa, adicto a Felipe II (4). Así los españoles tenían mucha razón para estar contentos. Zúñiga participaba el 29 de marzo: Tenemos un Papa santo, y si nos concediese la Cruzada, nada nos quedaría que desear; él quisiera reformar de un golpe la cristiandad, pero esto no es posible (5). Las repetidas quejas de Zúñiga, de que Pío V era tan parco en la concesión de dispensas y gracias, y perseveraba firme en sus opiniones, sin dejarse influir en lo más mínimo por motivos políticos (6), demuestran que también a él le faltaba la completa inteligencia de la personalidad del supremo jerarca de la Iglesia tan sumamente recto y delicado de conciencia.

A pesar de todas las diferencias político-religiosas, Pío V tenía grande consideración personal al rey. Repetidas veces pudo participar Zúñiga también la gran solicitud del Papa por la salud de don Felipe (7), y a causa del nombramiento de cardenales de 24 de marzo acusóle el embajador francés lisamente de parcialidad por

(1) V. las relaciones de Zúñiga en la Colec. de docum. inéd., XCVII, 391 s., 396.

(2) V. *ibid.*, 395.

(3) V. la \*relación de Arco, de 13 de marzo de 1568, *Archivo público de Viena*.

(4) Cf. Ciaconio, III, 1031 s.; Cardella, V, 114 s; Herre, *El Papado*, 156 s. La consideración que tuvo Pío V a Felipe II en la promoción, la hace resaltar Bonelli en su \*carta a Castagna de 24 de marzo de 1568 (Nunziat. di Spagna, VI, *Archivo secreto pontificio*). Sobre el agradecimiento de Felipe II v. Corresp. dipl., II, 375.

(5) Colec. de docum. inéd., XCVII, 413.

(6) V. *ibid.*, 405, 415, 417, 427, 439, 459.

(7) V. *ibid.*, 400, 401.



el rey de España (1). Ciertamente Pío V no se hallaba en estado de cumplir todos los deseos del monarca. Cuando Zúñiga, a principios de abril, solicitó la concesión de la Cruzada, nada consiguió; antes bien dió el Papa a conocer sin rebozo su disgusto de que se procurase moverle de nuevo a conceder una petición que no podía otorgar (2). Sin embargo Zúñiga dió esperanzas al rey de que podría alcanzar esta importante concesión (3). En una carta confidencial de 26 de abril a Cristóbal de Mora, Zúñiga pone otra vez de realce el santo celo de Pío V y su afecto a la persona de don Felipe. Dice que el rey estaba bien con el Papa; que si no iban todas las cosas según se deseaba, esto dependía de aquellos a quienes el Padre Santo había confiado los negocios. A causa de las contiendas sobre la jurisdicción, continúa Zúñiga, tenemos cada día mil dificultades, y éstas se acrecentarán constantemente conforme a los asuntos que el Papa quisiere reformar. El negocio de Milán no está aún arreglado; su conclusión se retardará todavía más tiempo. Respecto de la Cruzada estoy tan desconfiado como a mi llegada, pero no se lo notifico al rey (4). Según una relación de Arco a Maximiliano II, de 1.º de mayo de 1568, declaró Pío V a los cardenales Granvela y Pacheco, que persistía en que Borromeo podía proceder con su tribunal armado (corte armata) en asuntos matrimoniales y otros parecidos, aun contra personas seglares, pero que los españoles veían en ello un atentado a los derechos de soberanía de su rey (5). El definitivo arreglo del litigio de Milán había también ocupado al nuncio Castagna más tiempo de lo que él había esperado, conforme a las tranquilizadoras seguridades del gobierno que se le dieron a principios de 1568 (6). Castagna tenía una repercusión en España, de suerte que allí se

(1) V. la \*relación de Arco, de 27 de marzo de 1568, según la cual de los cardenales Mula había hecho oposición al nombramiento, pero fué rechazado con disgusto por el Papa. *Archivo público de Viena*.

(2) V. la relación de Zúñiga, de 7 de abril de 1568, Colec. de docum. inéd., XCVII, 420, 422 s.

(3) V. Corresp. dipl., II, 341.

(4) Colec. de docum. inéd., XCVII, 451.

(5) \*A quelli del Rè cattolico pare questa cosa troppo dura perchè in questo modo l' arcivescovo sarebbe più padrone di quella città che l'istesso Rè. Arco en 1.º de mayo de 1568, *Archivo público de Viena*. Cf. la carta de Zúñiga, de 1.º de mayo de 1568, Colec. de docum. inéd., XCVII, 464 s.

(6) V. las relaciones de Castagna de 16 de enero y 14 de febrero de 1568, Corresp. dipl., II, 286, 305 s.

prohibiese igualmente a los obispos imponer a los legos penas pecuniarias y de otro género (1). Por lo cual creía que se había de insistir con tanto mayor firmeza en que en la cuestión de Milán se diese al Papa la debida obediencia y a la Iglesia su derecho (2).

Demás de esto Castagna tuvo que luchar repetidas veces a causa de la situación del nuncio de Nápoles (3), por razón de las usurpaciones de la jurisdicción eclesiástica que se cometían en este reino, y de los impedimentos que se ponían a los obispos en el ejercicio de las obligaciones de su cargo. Como la libertad eclesiástica era también violada frecuentemente aun en España, resumió todas sus quejas en una memoria y la entregó a principios de marzo al rey, que solía leer todos los documentos, aun los tan prolijos como el presente. Lleva éste la fecha de 2 de marzo de 1568. Castagna procura en él muy hábilmente hacer que el rey mude de camino, tocando en primer lugar una cuerda que había de causar agrado a Felipe II. En una larga exposición histórica se demuestra que todas las herejías, principiando por la de Hus hasta el tiempo presente, intentaban aniquilar el poder y autoridad del Papa. Que así había sucedido en Bohemia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra. Que España felizmente apenas había sido tocada de herejías, contra lo sucedido en todas las otras naciones. Que se podía esperar que continuaría siendo así, no sólo por la vigilancia de la Inquisición, sino también sobre todo porque el país tenía un rey de tan católicos sentimientos, como se podía desear, un rey que era ejemplo de todos los demás como inexorable enemigo de todas las novedades en materia de religión. Que a pesar de esto amenazaba también aquí un peligro por efecto de la usurpación del poder eclesiástico por parte del civil. Mas que era fácil de ver que semejante usurpación acarrearía gran perjuicio no menos al

(1) Ibid., 322 (véase la nota 6 de la página anterior).

(2) Cf. *ibid.*, 276 s., 278 s., 286. En 30 de marzo de 1568 escribía Castagna a Bonelli: «Delle cose di Milano si aspetta, come altre volte ho scritto, quello che avvisarà il marchese di Ceralvo. In questo mezzo ho detto al Rè et ad altri che Sua Santità procederà con li debiti termini inanzi al giudicio, perche la cosa è in tal termine che non può fermarsi così in modo nissuno, ma è necessario che si renda a Sua Santità la debita ubbedienza et alla chiesa la dovuta giustitia. Borghese, I, 606, p. 356b-357, *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. la relación de Castagna, de 2 de marzo de 1568, *Corresp. dipl.*, II, 314; cf. III, LIV. V. además Meister, *La nunciatura en Nápoles*, en el *Anuario Hist.*, XIV, 81.

Estado que a la religión. «La autoridad que se quita a la Iglesia, se dice en la memoria, no la cobra el rey para sí, sino la malogra, porque no sólo ofende a Dios, sin ninguna ganancia para sí, sin ninguna utilidad, sino también obra contra su propia gloria y contra su provecho. Por eso aquellos príncipes han poseído gran confianza y autoridad y han sido los más ensalzados y alabados en la Historia, que otorgaron privilegios a la Iglesia, no los quitaron, los aumentaron, mas no los disminuyeron.» Y ahora se describe con vivos colores la opresión de la libertad eclesiástica en España: el riguroso examen de las bulas apostólicas hecho diariamente por los Consejos y cancellerías reales, los obstáculos puestos de tantos modos a las provisiones y ejecuciones de la corte romana, las intromisiones en los procesos eclesiásticos efectuadas por diferentes caminos y so pretexto de justicia, las órdenes dirigidas a los prelados, jueces y eclesiásticos de excomulgar y absolver según el dictamen del Consejo real y de las cancellerías. Añádese luego que con estas extensas usurpaciones de la jurisdicción eclesiástica, bajo varios pretextos y con gran astucia se atribuía al rey y a sus ministros autoridad eclesiástica, y así se mezclaban las jurisdicciones separadas y se perturbaba el orden establecido por Dios. Que de ahí se originaba el peligro de una separación de la Santa Sede. Que tales atentados a la libertad de la Iglesia habían sido también el comienzo de todas las herejías, como lo demostraba el ejemplo de Francia (1).

Felipe II respondió a todas estas quejas (2) en primer lugar declarando que debía mandar hacer circunstanciadas informaciones antes de poder tomar una decisión. El 1.º de mayo de 1568 notificó Castagna, que el gobierno había pedido informes sobre el uso de la Monarchia Sícula, para decidir si era necesaria en este punto una reforma (3).

A los cuidados que todos estos negocios daban a Castagna, se añadían todavía otros. Por una ordenación de 1.º de noviembre

(1) La memoria fué dada a conocer primeramente por Lämmer (Para la historia eclesiástica, 134 y Melet., 220 ss.) según el Cód. 33-E-3 de la *Bibl. Corsini de Roma*. Lämmer la atribuye falsamente a Aquaviva, lo cual aun sólo cronológicamente es imposible. Que fué presentada por Castagna, se saca de su relación de 2 de marzo de 1568; hállese también entre sus papeles. V. Hinojosa, 186; Corresp. dipl., II, 315.

(2) Cf. Corresp. dipl., II, 350.

(3) Ibid., 357 (con falsa fecha de 1.º de marzo).

de 1567 (1) había decretado Pío V una general prohibición de las corridas de toros, ya antes vedadas en los Estados pontificios (2); el que las dispusiese, debía incurrir en excomunión, y el que perdiese su vida en ellas, no recibiría sepultura eclesiástica. Como esta mala costumbre se había extendido también a Portugal, el nuncio debía procurar que se diese a conocer allí asimismo la prohibición (3). Por muy justificada que fuese esta disposición, tropezó sin embargo con las mayores dificultades. Los grandes de España elevaron en seguida quejas a la primera noticia de la misma, y aun el rey tomó la defensa del peligroso juego nacional. Como de costumbre buscó también en este asunto teólogos condescendientes, los cuales le demostraron luego que las lidias taurinas no eran pecaminosas (4). Los obispos españoles, por efecto de su dependencia del gobierno, no se atrevieron a publicar la prohibición pontificia, de manera que Castagna hubo de difundir por sí mismo la bula (5). Por desgracia siempre se hallaban defensores de esta mala costumbre, entre ellos hasta un franciscano andaluz, contra cuyo escrito procedió rigurosamente Pío V (6). También tropezó el nuncio con resistencia, cuando demandó la supresión, exigida por Pío V en una carta de 25 de enero de 1568, de la costumbre nada cristiana de negar el viático en España a los condenados a muerte (7). Finalmente Castagna, conforme a un expreso encargo del Papa (8), habló repetidas veces al rey de los abusos que se cometían en las colonias americanas, abo-

(1) V. Bull. Rom., VII, 630 s. Cf. Corresp. dipl., II, 247. V. también vol. XVII, 196.

(2) V. Corresp. dipl., II, 30 y la colección de los Editti, I, 191, en la *Bibl. Casanatense de Roma*.

(3) V. Corresp. dipl., II, 272.

(4) V. las relaciones de Castagna de 27 de enero y 8 de marzo de 1568, Corresp. dipl., II, 299, 322 s. Cf. la carta de Zúñiga de 21 de abril de 1568, Colecc. de docum. inéd., XCVII, 439. Por cartas de 24 de enero y 21 de abril de 1568 instaba el cardenal Bonelli a que Castagna pusiese la bula en ejecución. Corresp. dipl., II, 322, nota, 350.

(5) V. las relaciones de Castagna de 13 de abril y 14 de mayo de 1568, Corresp. dipl., II, 349, 366.

(6) V. *ibid.*, IV, LX. Castagna esperaba (\*relación de 17 de junio de 1568, *Archivo secreto pontificio*) la gradual extirpación de las lidias de toros.

(7) V. Laderchi, 1568, n. 200; Corresp. dipl., II, 321, 349. Cf. Gams, III, 2, 197 s.

(8) \*Da parte di N. S<sup>re</sup> con mons. l'arcivescovo di Rossano nuntio in Spagna, Varia polit., LXXXII, 431-434, *Archivo secreto pontificio*.

entonces todavía desconocido del mundo, Miguel de Cervantes (1).

Como la nobleza española y veneciana, habíase también cubierto de gloria la de Nápoles, Calabria, Sicilia y principalmente la de los Estados pontificios. Junto a Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, y Francisco María de la Róvere, príncipe de Urbino, se vió entre los combatientes a Sforza, conde de Santa Flora, Ascanio de la Corgna, Pablo Jordán Orsini, de Bracciano, Virgilio Orsini, de Vicovaro, Horacio Orsini, de Bomarzo, Pompeyo Colonna, Gabriel Serbelloni, Troilo Savelli, Honorato Caetani, Lelio de Massimi, Miguel Bonelli, los Frangipani, Santa Croce, Capizuchi, Ruspoli, Gabrielli, Malvezzi, Oddi y Berardi (2). Con justo orgullo menciona la historia de Italia la gloriosa parte que representantes de todas las comarcas de la península de los Apeninos tuvieron en la mayor batalla naval que recuerdan los nacidos (3).

#### IV

Con indescriptible expectación había Pío V dirigido sus miradas hacia el Oriente. Sus pensamientos estaban de continuo en la escuadra cristiana, y sus deseos se adelantaban presurosos mucho a ella. De día y de noche la encomendaba con fervientes plega-

(1) V. Havemann, 139; Guglielmotti, 253, 255; Manfroni, Marina, 498 s. Los nombres de los principales prisioneros pueden verse en Theiner, *Annal. eccl.*, I, 462. Cf. Rosi en el *Arch. d. Soc. Rom.*, XXI, 141 s.

(2) Los datos de Guglielmotti (loco cit.) han sido completados en muchos pantos por la investigación especial más reciente; v. Montechiaro, *La Sicilia nella battaglia di Lepanto*, Pisa, 1886; Mulas, *I Sardi a Lepanto*, Cagliari, 1887; Fossati, *La Riviera e la battaglia di Lepanto*, Saló, 1890; Conforti, *I Napolitani a Lepanto*, Napoli, 1896; Arenaprimo, *La Sicilia nella battaglia di Lepanto*, Messina, 1892 (cf. *Arch. stor. Sicil.*, XVIII, 157 s.); De Lorenzo, *Monografie Reggiane e Calabresi*, Sena, 1896; Tomassetti, *I Romani a Lepanto*, en *el Cosmos illustr.*, II, Bérgamo. 1904, 78 s.; Molmenti, *I Veneziani a Lepanto*, *ibid.*, 93 s.; Conforti, *I Napolitani a Lepanto*, *ibid.*, 109 s.; Pometti, *I Calabresi a Lepanto*, *ibid.*, 133 s. Sobre la parte que tuvo Luca, v. Lazzareschi, 14 s. Sobre la participación de A. Farnesio v. Tosi en *Arte e Storia*, XXIX, Firenze, 1910, y Cappelli en el *Arch. Parm.*, II, 1-2; cf. Fuentes e investigaciones, XVI, 182. Sobre Honorato Caetani, además de Carinci, *Lettere*, cf. también Giannelli en la *Rassegna naz.*, 1913, junio. Un nuevo medio de combate, inventado por Gabriel Serbelloni, una especie de fuego griego, había prestado buenos servicios en la batalla; v. la \* relación de C. Capilupi sobre la escuadra de la liga, que envió a su hermano Alejandro en 3 de octubre de 1571, en el Cód. 105 de la *Bibl. Capilupi de Mantua*.

(3) V. Adriani, XXI, 5.

rias a la protección del Altísimo. Después de haber recibido la noticia de la llegada de don Juan a Mesina, redobló sus penitencias y limosnas. Tenía firme confianza en el poder de la oración, principalmente del santo rosario (1). En un consistorio de 27 de agosto exhortó a los cardenales a ayunar un día a la semana y a dar extraordinarias limosnas, diciendo que sólo por la penitencia se podía esperar de Dios misericordia en tan grande peligro (2). Su Santidad, notificaba el embajador español en 26 de septiembre de 1571, ayuna tres días a la semana y dedica diariamente muchas horas a la oración; también en la Iglesia ha ordenado oraciones (3). Para asegurar a Roma contra un súbito acometimiento de corsarios turcos, a principios de septiembre había mandado el Papa ultimar la fortificación del Borgo (4).

Sólo muy escasas noticias llegaban sobre la armada cristiana; así que en la curia estaban en penosa incertidumbre. Por eso produjo el efecto como de una liberación, cuando se supo finalmente a principios de octubre la llegada de la escuadra de la liga a Corfú (5). Como el 13 de octubre vino la nueva de que la flota turca se hallaba en Lepanto, y la escuadra de la liga se pondría en movimiento el 30 de septiembre (6), era seguro que era inminente un choque entre ellas. El Papa, aunque confiaba firmemente en la victoria de las armas cristianas (7), ordenó sin embargo en todos los monasterios de Roma oraciones extraordinarias de día y de noche. El mismo iba delante en tales ejercicios con el más edificativo ejemplo (8). Su oración había de ser al fin escuchada.

(1) Cf. Gratianus, 230; Catena 34; Corresp. dipl., IV, 415; Falloux, Pie V, chap. 22.

(2) V. Acta consist. card. S. Severinae en Laderchi, 1571, n. 379 y en Studi e docum., XXIV, 87 s. Cf. la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 1.º de septiembre de 1571, según la cual el Papa exigió que los cardenales dijese misa a lo menos dos veces a la semana, para implorar la victoria. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Corresp. dipl., IV, 442.

(4) \*S. Stà ha dato ordine che sia finita la fortificazione di Borgo. Relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 5 de septiembre de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. vol. XVII, 128 s.

(5) V. el \*Avviso di Roma de 6 de octubre de 1571, Urb., 1042, p. 128<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Cf. Corresp. dipl., IV, 450.

(6) V. el \*Avviso di Roma de 13 de octubre de 1571, Urb., 1042, p. 132<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(7) V. la relación de Góndola en Voinovich, 598.

(8) V. I. A. Guarnerius, De bello Cyprio, en Laderchi, 1571, n. 420; Werro en la Revista de Historia eclesiástica suiza, 1907, 219.

En la noche del 21 al 22 de octubre llegó un correo enviado por el nuncio de Venecia, Facchinetti, y entregó al cardenal Rusticucci, encargado de los negocios de la secretaría de Estado, una carta de Facchinetti, que contenía la noticia, traída el 19 de octubre por Jofre Giustiniani a Venecia, de la gran victoria de Lepanto ganada bajo la superior dirección de don Juan (1). El cardenal hizo al punto despertar al Papa. Derramando lágrimas de gozo, pronunció Pío V las palabras del anciano Simeón: «Ahora dejas a tu siervo en paz». Se levantó al punto para dar gracias a Dios de rodillas, y luego se volvió a descansar, pero no pudo conciliar el sueño por la alegre excitación (2). A la mañana siguiente se dirigió a San Pedro, para dar de nuevo fervientes gracias al Señor. Luego recibió a los embajadores y cardenales, a quienes dijo, que ahora se habían de hacer los mayores esfuerzos para continuar la guerra contra los turcos el año siguiente (3). Con esta ocasión, aludiendo al nombre de don Juan, repitió aquellas palabras de la Sagrada Escritura: «Hubo un hombre enviado de Dios, que tenía por nombre Juan» (4).

Toda Roma participaba del júbilo de Pío V. Se ponía sobre las nubes al santo Papa. Los romanos no dejaron de celebrar la victoria con salvas y fogatas de regocijo, aunque el Papa juzgaba que los gastos que en esto se hacían, se emplearían mejor en hacer decir misas por las almas de los muertos en la batalla. Para eso concedió una indulgencia especial. El 23 de octubre un correo del gobierno veneciano trajo relaciones, que describían el gran combate con sus pormenores (5). El turco, decía jubilosamente el cardenal Mula, no se reparará nunca de las pérdidas sufridas en esta

(1) V. la \*relación de Vicente Matuliani, de 24 de octubre de 1571, *Archivo público de Bolonia*, la \*relación de Arco, de 27 de octubre de 1571, *Archivo público de Viena*, la carta de Facchinetti en Valensise, 171 y la de Zúñiga en la Corresp. dipl., IV, 488.

(2) V. los \*Avvisi di Roma de 24 y 27 de octubre de 1571, Urb., 1042, p. 137, 137<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Cf. Tiépolo en Mutinelli, I, 98 s.

(3) Corresp. dipl., IV, 489.

(4) V. Gratianus, 230.

(5) V. los \*Avvisi di Roma de 24 y 27 de octubre de 1571, loco cit. \*Mañana celebrará el mismo Papa una misa de acción de gracias, notifica A. Zibramonti en 27 de octubre de 1571, *Archivo Gonsaga de Mantua*. Un \*Aviso fechado en Venecia a 22 de octubre de 1571, que trata sólo sobre Lepanto, se halla en el *Archivo Doria-Pamfili de Roma*, en una rica colección de Avisos sobre la guerra contra los turcos, de 1560-1571 (Cód. 76, 21).

batalla; la escuadra cristiana es dueña del mar (1). El 28 de octubre celebró Pío V en San Pedro una misa solemne para dar gracias a Dios. Al día siguiente quiso también cantar la misa de réquiem por los muertos, pero se sintió tan fatigado que hubo de encargar este oficio al cardenal Otón Truchsess (2).

La cancillería pontificia había comenzado luego el 22 de octubre a anunciar a todas las regiones del mundo el grande acontecimiento. Los tres almirantes de la escuadra cristiana recibieron calurosas cartas de enhorabuena, pero las potencias católicas, por especial mandato de Pío V (3), fueron instantemente exhortadas a sacar provecho según sus fuerzas «de la mayor victoria que se obtuvo nunca de los infieles». Todos debían cooperar a ello. Cartas de este género se enviaron al emperador, a los reyes de España, Francia y Polonia, a los Estados italianos y a los príncipes católicos eclesiásticos y seculares del Imperio alemán (4). El emperador de por sí recibió tres de estas cartas: la primera el 24 de octubre, la segunda y tercera el 1.º y 10 de noviembre. Maximiliano era en ellas directamente exhortado a entrar en la liga, sobre lo cual debía tratar en una misión especial Fernando Mendoza (5). De cuán

(1) Si può dire che il Turco non ristaurerà mai più armata maritima et ha perduto li migliori soldati... L'armata christiana è padrona di tutto il mare. Mula a Maximiliano II, en carta fechada en Roma a 27 de octubre de 1571, *Archivo público de Viena*, Correspondencia palatina, cuaderno 7.

(2) V. la \*carta que escribió un jesuita desde Roma a un hermano suyo en religión que residía en Alemania, de 11 de diciembre de 1571, la cual se halla en el Cód. 1237, p. 105 de la *Biblioteca municipal de Tréveris*. En ella se dice: *Sequenti vero die illustrissimus cardinalis Augustanus cecinit missam pro defunctis classis christianae cum magna solemnitate, eamque cantaturus fuisset Pontifex, sed forte senio et fatigatione praepeditus facere non potuit, ut et alias Pontifex, quandocunque impeditur, sacri cantandi munus illustrissimo cardinali Augustano committere solet, indicium certe amoris ac benevolentiae singulari illustr. cardinalis pietati ac religioni debitae.*

(3) V. Tiépolo en Mutinelli, I, 100.

(4) Los \*breves a Felipe II y Carlos IX, que se hallan en el t. XXVI del *Archivo de breves de Roma*, están fechados el 22 de octubre de 1571, los dirigidos a los príncipes italianos, el 23; *ibid.* está el breve a Venecia de 24 de octubre. El original del breve a Felipe II, que se halla en el *Archivo de Simancas*, lleva la fecha de 25 de octubre de 1571; v. *Corresp. dipl.*, IV, 492; *ibid.*, 493 s. hay todavía un segundo breve, que es autógrafo, en lengua italiana a Felipe II, el cual está fechado a 28 de octubre. El breve al rey de Portugal, de 26 de octubre de 1571, se halla en Laderchi, 1571, n. 459. Según el t. XXVI del *Archivo de breves*, el mismo día se escribieron las \*cartas gratulatorias a don Juan, Veniero, M. A. Colonna y Génova, y el 27 las dirigidas a los príncipes alemanes. Sobre el breve a Alberto V de Baviera v. Janssen-Pastor, IV 15-16, 327.

(5) V. Schwarz, *Correspondencia*, 187 s., 189 s.



atrevidos planes estaba lleno el Papa, se echa de ver por el hecho de que el 17 de noviembre envió al rey de Portugal varias cartas, para que las transmitiera al sha de Persia, al rey de Etiopía, y al jerife Mutahat, soberano de la Arabia Feliz, a quienes iban dirigidas (1). Si se lograba ganar a estos rivales de los osmanlíes, parecía posible, no sólo arrojar enteramente de Europa al enemigo hereditario, sino también recobrar el Santo Sepulcro.

Condición previa para semejante acción del Oriente era, a la verdad, la unión y concordia del Occidente cristiano, señaladamente de las potencias de la liga. Después de cuanto había precedido, habían de preverse con seguridad serias dificultades en este respecto.

Mientras llegaban aún constantemente nuevos pormenores acerca de la batalla (2), el Papa esperaba con impaciencia comprensible noticias determinadas sobre el modo como se habían aprovechado de la victoria que había reportado la escuadra de la liga el 7 de octubre. Primero se dijo que se dirigirían contra Morea, donde la población cristiana estaba ya dispuesta para un levantamiento. Otros juzgaban que se intentaría una acometida a los castillos cercanos a Lepanto, o a la importante y mal defendida isla de Negroponto. El 5 de noviembre se supo de cierto, que no se había hecho nada de todo esto. Cartas de Corfú, de 27 de octubre, anunciaban que la escuadra de la liga estaba a punto de disolverse; que don Juan se iría a Sicilia, los venecianos, parte a su tierra, y parte a Creta, pero que Colonna se encaminaría a Roma, donde los aliados querían fijar el plan de campaña para el año siguiente. Decíase además, que todo esto procedía de que no se habían podido entender sobre la partición del futuro botín, principalmente de Morea. El embajador francés en Roma hablaba burlescamente del reparto de la piel del oso todavía no cazado (3).

Poco después se supo en Roma, que don Juan y los venecianos no habían podido avenirse ni siquiera acerca de los nobles

(1) V. Goubau, 414-426; Laderchi, 1571, n. 462 s.; Corpo dipl. Portug., X, 424.

(2) Cf. la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 3 de noviembre de 1571, *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(3) V. Charrière, III, 191 s., 193. La ignominiosa disensión que hubo después de la victoria, la describió más tarde M. A. Colonna al embajador veneciano en Roma; v. la relación de éste, de 26 de noviembre de 1571, en Mutinelli, I, 103. Cf. Brosch, *Tres grandes visires*, 22 s.; Serrano, *Liga*, I, 139 s.

turcos presos en Lepanto, que prometían un gran rescate, y por esta causa habían invocado el arbitraje del Papa; que Marco Antonio Colonna llegaría pronto a la Ciudad Eterna (1).

La venida del almirante pontificio debía retardarse todavía más tiempo. Antes había enviado a Pompeyo Colonna y al caballero Romegasso, para que informasen más circunstanciadamente al Papa, el cual los recibió en larga audiencia el 1.º de noviembre (2). El 14 del mismo mes llegaron a Roma Alejandro Farnesio y Santa Flora, al día siguiente otros varios que habían tenido parte en la batalla, y el 20 asimismo Miguel Bonelli (3).

La presencia de Colonna, a quien se había esperado determinadamente para el 17, se retrasó especialmente porque, a pesar de su negativa del principio (4), persistían los romanos en recibirle con solemne pompa triunfal, cuyos preparativos requerían algún tiempo (5). El deseo de los romanos era comprensible: los más nobles hijos de su ciudad habían tenido parte gloriosamente en la lucha, el vástago de uno de sus más célebres linajes había mandado la escuadra pontificia en Lepanto y contribuido de un modo muy notable a la consecución de la victoria (6). Poderosamente se despertaban en ellos los recuerdos de la antigua grandeza de Roma. Propúsose que Colonna hiciese su entrada como un antiguo emperador en una carroza dorada, coronado de laurel. Esto excitó la envidia de algunos, que hacían valer, que semejante honra pertenecía sólo al verdadero generalísimo don Juan. Por

(1) V. Charrière, III, 194. Los presos turcos de calidad llegaron a Roma el 8 de marzo de 1572; v. Rosi en el Arch. d. Soc. Rom., XXI, 141 s., XXIV, 7. Sobre los planes de Venecia de dar muerte a los presos y al sultán v. Lamansky, *Secrets d'état de Venise*, St.-Pétersbourg, 1884, 83 s., 90. Cf. Gratianus, 226.

(2) V. el \*Avviso di Roma de 7 de noviembre de 1571, Urb., 1042, p. 146b, *Biblioteca Vatic.*

(3) Cf. los \*Avvisi di Roma de 14, 17 y 24 de noviembre de 1571, *ibid.*, 143b, 149, 154b. Por un \*breve de 15 de septiembre de 1570 (Editi en la *Bibl. Casanatense de Roma*), Miguel Bonelli había sido nombrado capitaneus generalis omnium legionar. status eccles.

(4) V. el \*Avviso di Roma de 21 de noviembre de 1571, loco cit., 145, y la \*relación de Arco, de 24 de noviembre de 1571, *Archivio público de Viena*.

(5) Sobre las deliberaciones y resoluciones cf. las actas del *Archivio stor. Capitolino*, utilizadas por Gnoli en el *Cosmos illustr.*, 1904, 147 s. V. también Rodocanachi, *Capitole*, 115.

(6) Don Juan en una \*carta a Pío V de 3 de noviembre de 1571 elogió la valentía de Colonna. *Varia polit.*, 89 (ahora 90), p. 107, *Archivio segreto pontificio*.

otra parte la repetición de una antigua entrada triunfal tampoco era grata a un Papa como Pío V ni a los que le rodeaban, que eran de sus mismas ideas, lo cual tuvo por consecuencia una variación correspondiente del primitivo programa (1). Este quedó todavía muy brillante, porque Pío V esperaba que el honor concedido a Colonna estimularía a los demás feudatarios a servir a la Iglesia con igual fidelidad y valentía (2).

Como a causa de los necesarios preparativos la entrada de Colonna había sido diferida para el 4 de diciembre, el 22 de noviembre el Papa hizo ir a su general desde Marino a Roma, donde permaneció en el Vaticano hasta el día siguiente (3). En la Ciudad Eterna había entonces gran animación y afluencia de una abigarrada muchedumbre de gente; cada día llegaban nuevos soldados de la batalla de Lepanto con presos y otros despojos del combate, principalmente banderas turcas, cuyos pedazos se mostraban como reliquias (4).

(1) Cf. Gratianus, 231; Sereno, 229 s.; Charrière, III, 195; Laderchi, 1571, n. 449; Gnoli, loco cit. V. también los \*Avvisi di Roma de 22 y 24 de noviembre de 1571, Urb., 1042, p. 155<sup>b</sup> s., 160, *Biblioteca Vatic.*, el \*Avviso di Roma de 30 de noviembre de 1571, *Archivio Doria-Pamfili de Roma*, y las \*relaciones de Arco, de 24 de noviembre y 1.º de diciembre de 1571, *Archivio público de Viena*.

(2) V. el \*Avviso di Roma de 22 de noviembre de 1571, loco cit.

(3) V. el \*Avviso di Roma de 24 de noviembre de 1571, loco cit., y la \*relación de Arco, del mismo día, *Archivio público de Viena*.

(4) V. los Avvisi di Roma de 3 y 22 de noviembre de 1571, Urb., 1042, p. 146, 159<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* En Roma se conservan todavía en varias partes algunas banderas turcas de la batalla de Lepanto, como, por ejemplo, en el coro de Santa María la Mayor, en el coro de Santa María de Araceli, y junto al altar mayor de Santa María de la Victoria (esta última con cinco banderas cristianas está encerrada en un armario desde la restauración de 1888); cf. *Mem. stor. d. mirac. imagine d. Mad. d. Vittoria*, Roma, 1881. Una de las banderas tomadas a los turcos fué a parar, procurándolo San Pío V, a la iglesia de San Tolomeo de Sutri (en otro tiempo iglesia de los dominicos, y hoy iglesia del seminario). Varias banderas que fueron tomadas por los venecianos, adornan la sala de armas del arsenal de Venecia (cf. G. de Lucia, *La sala d'armi nel Museo dell'Arsenale di Venezia*; Riv. Maritt., 1908, Roma). La bandera que llevaba en Lepanto el ejército del duque de Saboya, se halla en la iglesia del convento de Santo Domingo de Turín (v. Dell'Acqua, 82), y la de las tropas de Cerdeña en Cálter (v. Arch. stor. Napol., XXXIV, 544). Sobre el estandarte de M. A. Colonna, que está en Gaeta, v. arriba, p. 325. Según Gregorovius (*Wanderjahre*, IV<sup>2</sup>, 362), M. A. Colonna depositó varios trofeos de la guerra contra los turcos en el castillo de los Orsinis de Avezzano. La hermosa cruz que San Pío V regaló a don Juan, cuando se partió para la guerra, se halla ahora en la sacristía de la iglesia de San Severino de Nápoles. La iglesia de S. Pedro a Maiella de Nápoles conserva la imagen «S. Maria succurre miseriis».

Toda Roma estaba en movimiento cuando amaneció el 4 de diciembre, día apacible y radiante de luz (1). Millares de personas habían concurrido a la Vía Apia, donde, junto a la basílica de San Sebastián, Jerónimo Bonelli con la guardia suiza, el senador y los conservadores aguardaban al triunfador que venía de Marino. Sin armas ni otro adorno que el toisón de oro, cabalgaba Colonna en un caballo blanco que le había regalado el Papa; cubría su ropilla de tisú una capa de seda negra, guarnecida de pieles, y su cabeza

a la que don Juan dirigió sus plegarias en la batalla. Una copia de esta imagen aparece en el cielo en la interesante pintura de la batalla que allí se halla, la cual representa el momento en que don Juan echa a pique el buque de Alí Bajá (v. los grabados del *Cosmos* ilustr., 1904, 125-130). Los caballeros de San Esteban (cuyo archivo se halla ahora en el *Archivo público de Pisa*) adornaron su iglesia de San Esteban de los Caballeros, edificada en Pisa en 1565-1596, con algunos trofeos turcos y una pintura de cielorraso, que representa la batalla de Lepanto. El cuadro de la batalla de Lepanto que hay en el convento de los dominicos de Mondovì, se halla reproducido en Lazzareschi, 17. En el museo palatino de Viena se ve la magnífica espada de don Juan y el arnés de A. Barbarigo, y en el arsenal de Pola varias banderas turcas tomadas en Lepanto. Donde son más copiosos los recuerdos de la gran victoria naval, es en España; cf. Rosell, *Combate* (pássim) y Duro, *Tradiciones infundadas*, Madrid, 1888. La bandera de la liga, que se conserva en Toledo, ya está descrita arriba, p. 354. Hasta 1616 estuvo en el Escorial, en cuya iglesia se muestra todavía la puerta secreta, por la cual, según la tradición, un propio participó la noticia de la victoria a Felipe II, que estaba asistiendo a vísperas. Entre los recuerdos de don Juan que se conservan en el palacio del Escorial, son notables algunas representaciones de la batalla, que son de mucho valor como pinturas de buques y trajes. A este lugar pertenece también el cuadro que procede del convento de dominicos de Málaga, y se halla ahora en la Sala de la marina histórica del Museo Naval de Madrid. Otros recuerdos encierra el palacio de Santa Cruz de Madrid. En la sala principal de la armería de Madrid se ven varios estandartes españoles de la batalla de Lepanto, así como las armas y varias piezas del vestido del gran almirante de los turcos, Alí Bajá, una bandera turca y otros objetos del botín. Una bandera de los turcos tomada en Lepanto se halla también en la iglesia del monasterio de Montserrat. Un antiguo fresco, que representa la batalla, se ve en la caja de la escalera del palacio arzobispal (ahora archivo) de Alcalá. Seis banderas de las galeras de don Juan, que eran propiedad del duque de Osuna, han ido a parar al museo Czartoryski de Cracovia. Sobre las banderas turcas de Lucerna v. el n.º 12 del apéndice (10 de enero de 1572).

(1) Sobre la entrada triunfal de Colonna cf. Franc. Albertonio, *L'entrata che fece l'ecc. sig. M. A. Colonna in Roma*, Viterbo, sin año [1571], con variantes y un suplemento en Cancellieri, Possessi, 112 s. V. además Tiépolo en Mutinelli, I, 104 y el circunstanciado \*Avviso di Roma de 5 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 157<sup>b</sup>-158, *Biblioteca Vatic.*, con la observación explicable por la reducción del programa: Questo spettacolo era più in opinione che non è riuscito infatti. Cf. Bertolotti, *La schiavitù*, 7. Entre los modernos cf. Gugglielmotti, *Colonna*, 265 s.; Rodocanachi, *Capitole*, 115 s.

un sombrero de terciopelo negro, del cual bajaba flotando una blanca pluma, sujeta por un broche de perlas.

En medio de extraordinario júbilo, al son de las trompetas y al estampido de los arcabuces, se ordenó la comitiva, en la cual se veían también las banderas de diversos colores de todos los gremios y de las trece regiones (rioni) de Roma. Como ya se deja entender, excitaban el mayor interés los ciento setenta cautivos turcos. Todos iban vestidos de rojo y amarillo, encadenados y custodiados por alabarderos. Delante de ellos cabalgaba un romano con traje turco, arrastrando por el polvo el estandarte del sultán. Junto a los prisioneros andaba un ermitaño que había ido con los demás a la guerra; el pueblo, de quien era muy querido, le llamaba por las palabras que repetía siempre, el «Fate ben per voi» (1). La bandera de la Iglesia la llevaba Romegasso, y la de la ciudad de Roma Juan Jorge Cesarini. Cerca de ellos cabalgaban Pompeyo Colonna y Honorato Caetani con los dos nepotes del Papa, Miguel y Jerónimo Bonelli; luego se veía a Marco Antonio Colonna saludado con inmenso júbilo, seguido del senador de Roma, de los conservadores, numerosos amigos y compañeros de armas. Cerraba la carrera la caballería ligera del Papa.

Como treinta y cinco años antes el emperador Carlos V, así también Marco Antonio Colonna, por la Puerta de San Sebastián fué a pasar por junto a las termas de Caracalla, y luego, por los arcos de triunfo de Constantino y Tito se dirigió, pasando por delante del Capitolio, a San Marcos, y desde allí, por la Vía Papal, al puente de San Angel. En el camino vieron la estatua de Pasquino adornada; en la izquierda llevaba una cabeza de turco, que arrojaba sangre de la boca, y en la derecha una espada desnuda (2).

Después que Colonna hubo orado en San Pedro junto al sepulcro del Príncipe de los apóstoles, y ofrecido una columna de plata, aludiendo a su nombre, se trasladó al Vaticano, donde el Papa, rodeado de veinticinco cardenales, le recibió del modo más honorífico en la Sala Regia. Exhortó al vencedor de Lepanto a dar ante

(1) Un \*Avviso di Roma de 1.º de diciembre de 1571, loco cit., p. 154, cuenta que el día de anteayer «il fate ben per voi» con el turbante en la cabeza llevó al Papa algunos pedazos de los estandartes tomados en Lepanto.

(2) V el \*Avviso di Roma de 5 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 157<sup>b</sup> a 158, *Biblioteca Vatic.*

todo a Dios la gloria, el cual, a pesar de nuestros pecados, se había mostrado tan benigno y misericordioso (1).

Cuando Colonna a boca de noche se volvió a su palacio, situado junto a los Santos Apóstoles, las calles iluminadas como en las grandes fiestas, estaban repletas de gente jubilosa. Durante el día los romanos habían leído con orgullo y esperanza las muy significativas inscripciones que se habían puesto en los arcos de Constantino y Tito, estos antiguos símbolos de la subyugación del Oriente por el Occidente. La inscripción del arco de Tito, monumento de la sujeción de Judea, convidaba a Jerusalén a que se alegrase: Un Pontífice romano libertará la ciudad que había puesto en cadenas un emperador romano. De las tres inscripciones colocadas en el arco de Constantino, la de la derecha recordaba la victoria del puente Milvio, la de la izquierda el feliz éxito conseguido en Lepanto por Pío V en unión de Felipe II y Venecia, y la del medio expresaba la esperanza de que ahora quedaba allanado el camino para la conquista de Constantinopla.

Las reminiscencias paganas, que fueron usuales en Roma en semejantes fiestas durante toda la época del Renacimiento hasta Julio III, omitiéronse esta vez enteramente. Cuán diferente espíritu había llegado a dominar en la Ciudad Eterna, mostróse también en la solemnidad que el Senado dispuso se celebrase en el Capitolio nueve días más tarde en honor del vencedor de Lepanto. Quedó del todo reducida a la iglesia de Santa María de Araceli; sobre la portada adornada con banderas turcas leíase la siguiente inscripción, compuesta por entero según el espíritu de la restauración católica: «Las acciones de gracias que en otro tiempo los sabios paganos daban neciamente a los ídolos en el Capitolio por una empresa feliz, éstas tributa ahora el vencedor cristiano que sube al ara caeli, con piadoso rendimiento por la brillante victoria al verdadero Dios, Cristo nuestro Redentor, y a su gloriosa Madre» (2). Lo único que venía a ser como un eco del tiempo del Renacimiento, eran en la iglesia los magníficos tapices del carde-

(1) V. *ibid.*

(2) *Quas olim gentiles doctores idolis pro re bene gesta in Capitolio stulte agebant, eas nunc ad Caeli aram Christianus victor ascendens vero Deo Christo Redemptori eiusque gloriosissimae matri pro gloriosa victoria religiose et pie agit habetque gratias.*

nal Este, que representaban la victoria de Escipión sobre Aníbal. En la misa de acción de gracias Colonna ofreció una columna rostral de plata de casi cuatro pies de alto «Christo victori» como exvoto. Al fin de la solemnidad se dotaron setenta y cinco doncellas pobres. Así lo había querido Colonna, accediendo a los deseos del Papa. El dinero necesario para el banquete que solía darse ordinariamente en tales ocasiones, debía servir para fines de caridad cristiana (1).

El célebre latinista Marco Antonio Mureto en el discurso que pronunció el 13 de diciembre en Santa María de Araceli, designó la victoria de Lepanto como fruto de las lágrimas y oraciones del Papa. Mientras el Padre Santo, decía en él, a la par que Moisés, imploraba el auxilio del cielo, el nuevo Josué ha vencido a los amalecitas. Mureto exhortaba a Colonna a libertar del yugo de los turcos a Grecia, Constantinopla y Jerusalén, para que Roma, asiento y domicilio del imperio del mundo y sustentáculo de la religión, ciñese nuevos laureles a sus banderas por un héroe romano bajo el pontificado de Pío V (2).

Cuánto faltaba todavía para alcanzar el grande fin de un completo derrocamiento del poderío otomano, lo conocían claramente así Colonna como el Papa. Ambos estaban tan acordes respecto de los pasos que se habían de dar, que Pío asoció su acreditado almirante a los cardenales diputados para las negociaciones de la liga. Estos desde el 10 de diciembre celebraban casi diariamente sesiones con los representantes de España, Requeséns y Pacheco, y los embajadores venecianos (3), las cuales muchas veces duraban cinco horas (4). Todo se mantenía en el más riguroso secreto so pena de excomunión, reservada al Papa,

(1) V. los \* *Avvisi di Roma* de 12 y 15 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 162, 162<sup>b</sup>, 436, *Biblioteca Vatic.* Un grabado de la columna rostrada se halla en Casimiro, *Araceli*, 329, y en Maes, *Il primo trofeo della croce eretto da Costantino nel Foro Romano*, Roma, 1901, 58. Cf. L. Centurioni, *Columna rostrata seu plausus triumphalis M. A. Colonnae, Romae*, 1633. Sobre los tapices de Este v. Anuario histórico-artístico de la casa imperial de Austria, XXII, 195.

(2) El discurso se ha impreso muchas veces; también está en Maffei, *Vita di Pio V*, Roma, 1712, 360 s.

(3) Cf. los \* *Avvisi di Roma* de 12, 15, 22 y 23 de diciembre de 1571 (loco cit., p. 162, 162<sup>b</sup>, 164<sup>b</sup>, 169, 462<sup>b</sup>), que hacen notar el secreto que se guardaba sobre las negociaciones. V. también Pometti, 73.

(4) V. los \* *Avvisi di Roma* de 15 de diciembre de 1571 y 30 de enero de 1572, Urb., 1042, p. 437<sup>b</sup>, 1043, p. 17, *Biblioteca Vatic.*

porque el sultán había enviado a Roma espías que hablaban italiano (1).

En las conferencias promovidas por el Papa en octubre y noviembre había estado en primer término la recaudación de subsidios pecuniarios (2); ahora se trató ante todo del blanco de la empresa de la primavera próxima. En este asunto los representantes de España y de Venecia apenas podían disimular la desconfianza, la envidia y aversión que mutuamente se tenían. Los intereses particulares de los dos aliados se hicieron tan claramente manifestos, que se puso en contingencia toda acción común. Los venecianos querían utilizar la liga, no sólo para recobrar a Chipre, sino también para hacer nuevas conquistas en Levante. Felipe II, por el contrario, adverso a todo mayor fortalecimiento de la república de San Marcos, hizo declarar por Requeséns, que la liga había de proceder ante todo contra los Estados de Berbería, para que éstos volviesen a poder de España. Los venecianos vieron en esta propuesta un lazo para impedirles recobrar a Chipre y exponerlos al peligro de perder también a Corfú, mientras su escuadra combatía a los berberiscos por el rey de España (3). Que Felipe II quería aprovecharse lo más posible del poder de la liga para sus intereses, se tenía por cosa cierta en Venecia. Hasta qué punto están justificadas las acusaciones que por esta causa se han dirigido contra él, no se puede decir con certidumbre. Como

(1) V. la \*relación de A. Zibramonti, fechada en Roma a 27 de enero de 1572, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. el \*Avviso di Roma de 30 de enero de 1572, loco cit.

(2) Guardábase asimismo sobre estas conferencias el mayor secreto posible, y a veces las presidía el Papa; celebrábanse muy frecuentemente, y las más de ellas en la morada de Morone. Cf. los \*Avvisi di Roma de 20 de octubre, 10 de noviembre, 1.º y 8 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 135b, 140, 151, 153b, loco cit.; la \*relación de Arco de 1.º de diciembre de 1571, *Archivio pubblico de Viena*. Fruto de estas deliberaciones fué la bula de 3 de diciembre de 1571 (en Laderchi, 1571, n. 469) y el envío de Odescalchi a los príncipes italianos (v. Catena, 210), que por varios \*breves de 17 de diciembre de 1571 fueron exhortados a prestar ayuda contra los turcos; v. Arm. 44, t. XIX, p. 583 s., *Archivio segreto pontificio*. Un \*breve dirigido a Luca, de 3 de diciembre de 1571, se halla en el *Archivio de breves de Roma*, y un segundo de 16 de diciembre de 1571, está mencionado en Lazzareschi, 19.

(3) V. Gratianus, 243 s., que en esto está muy bien informado. Cf. Tiépolo en Albèri, II, 4, 234; Guglielmotti, 297 s.; Manfroni, Lega, 356 s. La Commissione data dal doge A. Mocenigo a P. Tiepolo, ambasc. straord. a Roma li 15 Nov. 1571, in proposito della lega, fué publicada en Venecia en 1845 por Cicogna.



quiera que sea, para juzgar justamente al monarca español hay que tener presente la actitud de Francia, cuyo gobierno fué tan descarado, que inmediatamente después de la batalla de Lepanto propuso al sultán una alianza dirigida contra España. Felipe II estaba muy bien enterado de las negociaciones que seguía Francia, no sólo con el sultán, sino también con los hugonotes, los cabecillas de la revolución flamenca y con Isabel de Inglaterra. Por efecto de esto había de contar con una acometida simultánea de una coalición de Francia, Flandes, Inglaterra y Turquía. Por tanto, no era sólo envidia a Venecia la que guiaba al rey católico (1). Por lo demás, el mismo don Juan confesaba que era contra el texto del tratado de la liga abandonar la guerra contra el sultán en favor de una empresa en Africa (2).

Con respecto al conflicto de los intereses españoles y los venecianos Pío V continuaba, como antes, defendiendo el modo de ver más amplio y más desinteresado; estaba ante sus ojos la liberación de Jerusalén, a la que había de preceder la conquista de Constantinopla (3). Pero un golpe feliz al corazón del poder otomano sólo era posible, como escribía Zúñiga al duque de Alba el 10 de noviembre de 1571, por medio de un simultáneo e inesperado ataque por mar y tierra (4). De ahí los continuados esfuerzos

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 328; Manfroni, Marina, 507; Rosi en el Arch. d. Soc. Rom., XXI, 146, nota 2. Gottlob (en el Anuario Hist., XVI, 394) cree, que en la cuestión turca la política menos leal hay que buscarla en Felipe II, pero en interés de la verdad objetiva remite al anónimo \*escrito de justificación contra las acometidas de los venecianos, procedente de una pluma adicta al rey de España; ambos escritos, acometida y defensa, se hallan en el Cód. Vat. 5299, p. 1 ss., 45 ss., *Biblioteca Vatic.* Los documentos dados a conocer recientemente por el docto benedictino español Serrano en la Corresp. dipl., IV, 554 s., 562 s., 593 s., 606 s., 615 s., 626 s., 636 s., 644 s., 647 s., hablan muchas veces en favor de Felipe II, cuya conducta se ha esforzado también por justificar frecuentemente Serrano en su obra: *La Liga de Lepanto*, I, Madrid, 1918. Por lo demás Pío V en febrero de 1571 prometió al rey de España su ayuda para el caso de un ataque francés en la Italia superior.

(2) V. Guglielmotti, 299, nota 8.

(3) \* Arco refiere en 22 de diciembre de 1571, que el Papa había escrito el último sábado a Felipe II, para desviarle de la empresa contra Argel. Que Pío V quería que don Juan lo más pronto posible se adelantase con las fuerzas unidas contra los Dardanelos. *Archivo público de Viena*.

(4) V. Rosell, Combate, 220; Havemann, 148. Marco Antonio Colonna aconsejó a don Juan por diciembre de 1571, conquistar primero a Rodas y Negroponto, y después avanzar contra Constantinopla; v. Molmenti en la *Rassegna naz.*, 184 (1912), 289 s.

de Pío V por salir al cabo con una confederación europea contra los turcos. Si de Francia, que había enviado en julio un embajador a Turquía (1), nada era de esperar en este respecto (2), con todo, confiaba el Papa ganar para dicho plan por lo menos a otras potencias, ante todo al emperador, luego a Polonia y a Portugal. En unión de sus legados y nuncios instaba siempre de nuevo a la realización de este intento, a pesar de todos los malos éxitos hasta entonces padecidos (3). La menor señal de buena voluntad procuraba aprovecharla en este respecto según su posibilidad. Así de las expresiones generales con que Maximiliano II certificó su prontitud de ánimo para defender la causa cristiana, tomó ocasión para prometer de parte de los aliados un auxilio de 20 000 infantes y 2 000 jinetes. El emperador agradeció este ofrecimiento el 15 de enero de 1572, pero lamentó no poderse resolver al punto en un asunto de tanto alcance (4). Que había poco que esperar de Maximiliano, y nada absolutamente de los príncipes alemanes, principalmente de los protestantes, lo hizo notar en Roma el duque de Urbino. En una memoria de enero de 1572, destinada al Papa, defendía con buenas razones la opinión de que la guerra se había de hacer allí donde podían operar juntos el ejército y la armada, y «donde somos dueños de la situación», por tanto, principalmente por medio de la escuadra en Levante. Añadía que si los turcos fuesen acometidos en Europa por el emperador y los polacos, tanto mejor; pero que lo principal era, que se acometiese inmediatamente, porque el que sólo defiende, no combate; el que quiere conquistar, ha de tomar la delantera resueltamente. Que por eso la

(1) Cf. *Rev. d'hist. dipl.*, XVI, 620 s.

(2) Los breves de Pío V a Carlos IX, Catalina de Médicis y a los grandes de Francia, en que les suplicaba instantemente se adhiriesen a la liga contra los turcos, llevan la fecha de 12 de diciembre de 1571; v. Goubau, 401 s.; Laderchi, 1571, n. 466 s. Cf. arriba, p. 117 s., sobre los esfuerzos de Salviati y Bonelli. En 26 de enero de 1572 escribió el Papa de nuevo a Carlos IX, que sería para él una perpetua vergüenza el permanecer aún por más tiempo ajeno a la liga; v. Goubau, 439 s.

(3) Sobre los conatos del legado de Pío V en Polonia v. p. 266.

(4) V. Schwarz, *Correspondencia*, 192 s., 196 s. Un \*Avviso di Roma de 12 de diciembre de 1571, notifica, que se decía que M. A. Colonna sería enviado al emperador por causa de la liga, y otro \*Avviso de 15 de diciembre participa, que esta misión se confiaría a P. Odescalchi (Urb., 1042, p. 162, 163, *Biblioteca Vatic.*) Cf. la \*relación de Arco de 8 de diciembre de 1571, sobre su negociación con Pío V acerca de la entrada del emperador en la liga (*Archivo público de Viena*).

liga debía arrojarse sobre Gálipoli y abrirse con esto el estrecho de los Dardanelos (1).

Mas para semejante empresa era incondicionalmente necesaria una inteligencia entre España y Venecia. Pero sus representantes contendían entre tanto desde hacía meses de la manera más enojosa. Cuando últimamente los venecianos hicieron la propuesta de que, conforme a las determinaciones del tratado de la liga de mayo de 1571, se hiciesen decidir por el Papa los puntos discutidos, tampoco España se atrevió a oponerse. La decisión de Pío V fué la siguiente: La guerra de la liga se ha de proseguir en Levante; en marzo la escuadra pontificia se ha de unir con la española en Mesina y juntarse a la veneciana en Corfú, desde donde las tres flotas unidas deben adelantar conforme a las órdenes de sus almirantes; los aliados, según su posibilidad, han de aumentar sus galeras hasta 250, y según la proporción prescrita en el tratado de la liga, aportar 32000 infantes y 500 jinetes, así como la artillería y municiones correspondientes; a fines de junio deben estar reunidos en Otranto 11000 soldados (1000 pontificios, 6000 españoles y 4000 venecianos). Cada uno de los aliados ha de preparar víveres para siete meses (2). El 10 de febrero de 1572 se firmaron estas estipulaciones (3). El 16 exhortó el Papa al gran maestre de los sanjuanistas

(1) \*Discurso del duca di Urbino, 1572, Gennaio, en el Cód. Ottob. 2510, p. 205 s., *Biblioteca Vatic.* Cf. Jannsen-Pastor, IV 15-16, 327. Pertenece también a este lugar la \*Lettera al sig. duca d'Urbino sopra il modo del continuare la s. lega l'a.º 1571, de Camilo Capilupi, escrita desde Roma el 28 de septiembre de 1571, que se halla en el Cód. K. 19, p. 56 s. de la *Biblioteca de Sena* (también está manuscrita en muchas otras partes, como en Barb. lat., 5367, n. 16 y en la *Bibl. de Perugia*, A. 42). Otras \*Memorias del *Archivio segreto pontificio* y de la *Bibl. Corsini de Roma* relativas a este asunto anotan Pometti (p. 73) y Serrano (Liga, I, 178 s.). Un \*Discurso per l'acquisto di Costantinopoli dalli collegati se halla en el Cód. 675 de la *Bibl. Corsini*.

(2) Además de Corresp. dipl., IV, 656 s., v. Gratianus, 249; Tiépolo en Albèri, II, 4, 234; Sereno, 266; Rosell, Combate, 241; Guglielmotti, 300 s.; Manfroni Lega, 360; Serrano, Liga, I, 151 s. Pío V diligenció aún con más ardor que los españoles la deposición de Veniero, que fué sustituido finalmente por Jacobo Foscarini; v. Rosell, loco cit., 215; Corresp. dipl., IV, 596, 631 s. Porque Pío V deseaba la continuación de la guerra, lamentó que los aliados regalasen o vendiesen sus prisioneros, y les otorgasen la posibilidad de volver a su patria, donde reforzasen después con su experiencia y valor las filas enemigas; v. Guglielmotti, 263 y Arch. d. Soc. Rom., XXI, 146. Cf. Brandi, Il Papato e la schiavitù, Roma, 1903, 32 s. La matanza de los prisioneros, propuesta por los venecianos (cf. arriba, p. 365, nota 1), la desaprobó enteramente Pío V; v. Corresp. dipl., IV, 571.

(3) V. Corresp. dipl., IV, 659 s., 667 s., 670.

a que en marzo tuviese dispuestas sus galeras en Mesina (1). Los armamentos del Estado de la Iglesia, para los cuales se procuró el dinero principalmente por medio del monte de piedad de la liga (2), se activaron con tal ardor, que el mismo día se pudieron enviar ya a Otranto 1800 infantes (3). En Civitavecchia estaban preparadas tres galeras, otras se esperaban allí de Liorna (4).

El Papa estaba enteramente poseído del pensamiento de la cruzada; vivía y se movía en el plan cuya alma había sido él solo desde el principio. Dijo hablando con el cardenal Santori, que por espacio de diez años se había de hacer la guerra contra los turcos por mar y por tierra (5). La bula del jubileo de 12 de marzo de 1572, otorgaba a todos los que quisiesen tomar ellos mismos las armas o armar a otro o contribuir con dinero, las mismas indulgencias que en otro tiempo habían ganado los cruzados; los bienes de todos los que fuesen a la lucha, debían estar bajo la protección de la Iglesia y no podían ser perjudicados por nadie; todos sus pleitos debían quedar en suspenso, hasta que se supiese de cierto su vuelta o su muerte; debían estar exentos de todos los censos (6). Con cuánto ardor se ocupaba el Papa en este negocio, vese por una noticia de 15 de marzo de 1572: esta semana se han celebrado acerca de esto en el Vaticano nada menos que tres deliberaciones (7). Para estimular a don Juan, a fines de marzo de 1572 se le envió como especial honor el sombrero y la espada bendecidos por Navidad (8).

(1) V. Arm. 44, t. XVI, p. 215<sup>b</sup>, *Archivio segreto pontificio*.

(2) Cf. el \*Avviso di Roma de 2 de febrero de 1572, Urb., 1043, p. 24, *Biblioteca Vatic.*, y la \*carta de A. Zibramonti, de 2 de febrero de 1572, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) V. el \*Avviso di Roma de 16 de febrero de 1572, loco cit., p. 39. A fines de 1571 se había ordenado el reclutamiento de 5000 hombres; v. el \*Avviso di Roma de 29 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 170<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic*.

(4) V. los \*Avvisi di Roma de 5 y 12 de enero y 5 de marzo de 1572, Urb., 1043, p. 2<sup>b</sup>, 8, 48, *ibid.*; Manfroni, Marina, 132 s.

(5) V. en los núms. 13-18 del apéndice las \*Audientiae del cardenal Santori, al 5 de febrero de 1572, *Archivio segreto pontificio*.

(6) \*Bandi, V, 1, p. 165, *Archivio segreto pontificio*. Cf. Braunsberger, Pío V, p. 113.

(7) V. el \*Avviso di Roma de 15 de marzo de 1572, Urb., 1043, p. 54, *Biblioteca Vatic*.

(8) Cf. el \*Avviso di Roma de 29 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 168<sup>b</sup>, *ibid.*, y Theiner, Annal. eccl., 1572, n. 2. La espada, con la inscripción: Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat (cf. Lacroix, Vie milit. et relig. au moyen-âge et à l'époque de la Renaissance, París, 1873, 294), se halla ahora en el Museo Naval de Madrid; v. Gaz. des Beaux Arts, 1895, 403.

Con nuevas esperanzas miraba Pío V al tiempo futuro; la Providencia bondadosa le ahorró que viera el que la gloriosa victoria de Lepanto quedaba sin inmediatas consecuencias estratégicas y políticas, por efecto de la envidia y del egoísmo de los españoles y venecianos, que desde febrero de 1572 litigaban sobre los gastos de la expedición del año anterior (1). Tanto mayores fueron ciertamente los efectos mediatos. Cuán profundo sacudimiento hizo temblar el Imperio del sultán, vese por el movimiento de sedición que empezó a cundir entre sus súbditos cristianos; la esperanza de una sublevación, cuyo apoyo sería la población cristiana de Constantinopla y Pera, que constaba de más de cuarenta mil hombres, no era del todo injustificada (2). A esto se añadió la sensible pérdida de la gran armada, que había sido aniquilada de un golpe con toda la artillería y la tripulación difícil de sustituir. Aunque por efecto de la grandiosa organización del Imperio y la extraordinaria actividad de Uluch Alí se logró resarcir tan gran menoscabo, sin embargo, el tiempo siguiente había de enseñar que la lenta decadencia de todo el poder naval de los turcos databa de la jornada de Lepanto: se había puesto término a su adelantamiento, y destruídose por primera vez el nimbo de su calidad de invencible (3). Instintivamente conocía esto el mundo cristiano que respiraba aliviado. De ahí el inmenso júbilo que se dejó sentir vivamente en las naciones (4). «A todos nos parecía esto un sueño, escribía Luis de Alzamara el 11 de noviembre de 1571, desde Madrid a don Juan, creíamos reconocer la inmediata intervención de Dios.» (5)

Las iglesias de los países católicos resonaban con el himno

(1) V. Corresp. dipl., IV, 678 s., 684 s., 687 s., 691 s., 720.

(2) V. Charrière, III, 211 s.; Jorga, III, 271, cf. 278. V. también Longo, Guerra, 27 s.

(3) V. Longo, Guerra, 29; Ranke, Los otomanos, 53 s.; Zinkeisen, III, 288, 322; Philippson, Felipe II, tomo II, 165; Jorga, III, 154, 225 s.; Hojas hist.-polít., XCI, 719; Cipolla en la Riv. stor. Ital., XXIV, 184; Normann-Friedenfels en las Comunicaciones de técnica naval, XXX, 77.

(4) Sobre la alegría que tuvieron los venecianos por la victoria, v. la relación en Yriarte, Vie d'un patricien de Venise, París, 1874, 208 s. Sobre las fiestas que hicieron en Madrid, v. Corresp. dipl., IV, 509 s., y sobre las que celebraron en Innsbruck-Wilten, v. Canisii Epist., VI, 629 s., 637 s.

(5) V. Rosell, Combate, 207. El mismo pensamiento expresó M. A. Colonna en su carta a Felipe II, fechada a 28 de octubre de 1571; v. Inf. polít., XIX, 259, Biblioteca de Berlín.

eucarístico del tedéum (1). Más que todos Pío V dirigió sus miradas al cielo; en las medallas conmemorativas que hizo acuñar, puso las palabras del salmista: «La diestra del Señor ha hecho cosas grandes, por el Señor ha sido esto hecho» (2). Como la batalla se ganó el primer domingo de octubre, en el cual las cofradías del Rosario de Roma celebraban sus procesiones de rogativas, Pío V consideró como autora de la victoria a la poderosa intercesora, la misericordiosa Madre de la cristiandad. Ordenó, por tanto, que todos los años en el día de la batalla se tuviese una fiesta de acción de gracias en «memoria de nuestra Señora de la Victoria» (3). Su sucesor Gregorio XIII determinó el 1.º de abril de 1573, que la fiesta en lo por venir se celebrase como fiesta del Santo Rosario en la primera dominica de octubre (4).

En los países de España e Italia, los más amenazados por los turcos, se levantaron en seguida iglesias y capillas, que fueron dedicadas a «Nuestra Señora de la Victoria» (5). El senado veneciano puso debajo del cuadro de la batalla del palacio del dux estas palabras: «Ni las tropas, ni las armas, ni el caudillo, sino la Santísima Virgen María del Rosario nos ha dado la victoria» (6). Muchas ciudades, como, por ejemplo, Génova (7), hicieron pintar en sus puertas la Virgen del Rosario, y otras pusieron en su escudo la imagen de María Santísima pisando la media luna.

(1) Cf. Verancii Epist., 315 s., 322 s., 327 s.

(2) *Dextera Domini fecit virtutem* [Sal. 117, 16], a *Domino factum est istud* [ibid., 23]. Bonanni, I, 297; Venuti, 125.

(3) El decreto consistorial de 17 de marzo de 1572 puede verse en Carinci, *Atti consist. dal 20 Maggio 1570 al 18 Dicembre 1604*, Roma, 1893, 9. Cf. Laderchi, 1571, n. 447; Lazzareschi, 16. El dato del Breviario Romano (al 24 de mayo), de que Pío V intercaló en la Letanía Lauretana el título «*Auxilium christianorum*», no se puede sostener; cf. A. de Santi. *Les Litanies de la s. Vierge*, París, 1900, 224. Esta adición procede probablemente de los soldados que volvían de la victoriosa guerra contra los turcos, muchos de los cuales de vuelta a su tierra pasaban por Loreto. Según eso, esta invocación fué una *vox populi*, una expresión de gozo por la protección de la Santísima Virgen María en el arduo combate; v. *El católico*, 1898, I, 370.

(4) V. Bull. Rom., VIII, 44 s.

(5) V. Havemann, 146; *Cosmos illustr.*, 1904, 131. La última de estas iglesias es la de Santa María, edificada recientemente en Patras. En muchas partes fundáronse también misas de acción de gracias, como en la catedral de Toledo; v. Carini, *Spagna*, I, 265. Sobre una inscripción que hay en una cruz de la catedral de Tarento, v. G. Blandamura, *Un cimelio del sec. VII esist. nel duomo di Taranto*. Lecce, 1917, 46.

(6) V. Dell'Arqua, 80.

(7) V. ibid., 82.

El poderoso efecto que produjo en los contemporáneos «la mayor victoria jamás alcanzada por las armas cristianas» (1), muéstrase también en que sólo pocas batallas han sido tan celebradas y descritas como la del 7 de octubre de 1571. Hojas volantes en los más diversos idiomas esparcieron la noticia del grande acontecimiento por todos los países (2). Historiadores y oradores, poetas, músicos (3) y artistas compitieron en celebrar el día que llamó Cervantes el más hermoso que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Cuanto a las descripciones de los historiadores italianos (4), son las más conocidas las de Folieta y Paruta (5). Entre los discursos que con esta ocasión se pronunciaron, descuella a par del de Mureto, el que tuvo Silvio Antoniano delante del Papa y de los cardenales (6). En la solemnidad de acción de gracias que el archiduque Fernando dispuso en Innsbruck, tuvo San Pedro Canisio el sermón eucarístico, en el cual hizo notar con gran elevación de sentimientos, que el vencedor de Lepanto era un Habsburgo, que con la cruz en la mano el día de la batalla inflamó a sus héroes en ardientes deseos de luchar por Cristo (7). Como una obra excelente en su

(1) Así designa el día de Lepanto J. B. Campegio, episc. Maionecensis, en su «carta gratulatoria a Pío V, fechada Bononiae, 1571, Sexto Cal. Nov., Cód. L. III, 66 de la *Bibl. Chigi de Roma*. Del mismo modo se expresó Alba; v. Gachard, *Bibl. de Madrid*, 126.

(2) Sobre las hojas volantes alemanas v. el artículo citado arriba, p. 356, nota 3, de la Revista de bibliófilos y Nagl-Zeidler, *Historia de la Literatura germano-austriaca*, Viena, 1899, 548, nota. Muchas de estas hojas, especialmente las italianas (cf. Catálogo de Rosenthal, 87, núms. 360-372), dan vistas del orden de batalla y del combate, otras ofrecen representaciones alegóricas. Es del número de estas últimas un hermoso grabado del año 1572, de Nicolás Nelli: se ven en una galera el Papa con el dux de Venecia, don Juan, San Marcos, San Pedro y San Juan, que con una gran red arrastran en pos de sí a toda la escuadra turca. Cf. Normann-Friedenfels en las Comunicaciones de técnica naval, XXX, 36, 48, 52, 63.

(3) Cf. Ambros, III, 533; Ursprung, Jacobo de Kerle, Munich, 1913, 80.

(4) Cf. Molmenti en la Riv. Maritt., XXXI (1698), 233 s.

(5) Cf. Folieta, III, 1060 s.; Paruta, 244 s.

(6) Impreso en Silvii orationes XIX, Romae, 1610, 119 s. Pertenecen también a este lugar Joh. Vollari, *Oratio Romae habita pro insigni victoria c. Turcas obtenta*, Neapoli, 1571; Seb. Quirinus, *Oratio pro felic. victoria navali, Caesena*, 1572; Luigi Groto, *Orazione per l'allegrezza d. vittoria etc.*, Venezia, 1571. Sobre los discursos de Juan Bautista Rosario y Pablo Paruta, pronunciados en las exequias celebradas en Venecia, v. Arch. stor. Ital., 5.ª serie, XXXIII, 424 y Lisio, *Orazioni scelte* del sec. XVI, Firenze, 1897, 285 s.

(7) V. Braunsberger, Pío V, 112 s. Cf. arriba, p. 376, nota 4.

género se ha de señalar también el sermón del franciscano tirolés Juan Nas (1).

Es casi inmenso el número de los poemas que inspiró la hazaña de Lepanto. Los españoles sobrepusieron en esto a los italianos. Inútilmente se busca entre éstos un himno triunfal de tan altos vuelos, como el que compuso Fernando de Herrera, o una tan clásica descripción, como la que intercaló Alonso de Ercilla en su «Araucana» (2). Entre las numerosas poesías largas y cortas de autores italianos, que publicó Pedro Gherardi en 1572 en Venecia en un tomo de quinientas páginas, tampoco se halla ni una sola digna de la grandeza del suceso (3); en las latinas molesta la extraña mezcla de ideas cristianas y paganas, y en todas se muestra una retórica demasiado huera y aquel mal gusto que anuncia el que dominó en el siglo XVII. Es intolerable la difusión de algunos de estos poetas, uno de los cuales, Juan Bautista Arcuzio, llegó a componer un poema de veinte mil versos. Las mejores poesías son todavía las que se escribieron en alguno de los dialectos de Italia (4).

(1) Cf. Hirn, *El archiduque Fernando II*, tomo I, 254, nota. A este lugar pertenece también Aug. Naser, *Un nuevo sermón católico en la derrota de los turcos*, Munich, 1572.

(2) V. Ticknor, *Historia de la literatura española*, traducida al castellano por don Pascual de Gayangos y don Enrique de Vedia, Madrid, 1854, t. III, 142, 192 s.; F. de Herrera, *L'hymne sur Lépante*, publ. et commenté par A. Morel Fatio, Bordeaux, 1894.

(3) Esta colección, dedicada al cardenal Sirleto, tiene por título: *In foedus et victoriam contra Turcas iuxta sinum Corinthiacum nonis Octobris partam poemata varia*, Venetiis, 1572. Anteriormente se había publicado en Venecia la *Raccolta di varii poemi latini e volgari fatti da diversi bellissimi ingegni nella felice vittoria riportata da Christiani contra Turchi*. In Venetia appresso Giorgio Angelieri, 1571. Otra colección semejante, a la que precede una descripción de la batalla, tiene este título: *Trofeo della vittoria sacra ottenuta contra Turchi nell'a. 1571*, rizzato da i più dotti spiriti de nostri tempi... raccolta da Luigi Groto. In Venezia, 1572.

(4) V. Masi, *I cento poeti della battaglia di Lepanto*, en *Nuovi studi e ritratti*, Bologna, 1894, I, 494 s.; Mazzoni, *La battaglia di Lepanto e la poesia politica nel sec. XVI*, en la *Vita Ital. del Seicento*, II, Milano, 1895, 191-207; D. Ciampoli, *I poeti della vittoria*, en el *Cosmos illustr.*, 1904, 157-174. Cf. además Gennari, 76 s.; *Giorn. d. lett. Ital.*, XIX, 450, XXXIV, 434 s.; *Arch. stor. Ital.*, 5.<sup>a</sup> serie, XXIII, 425 s.; Baumgartner, VI, 444 s.; Belloni, *Seicento*, 137 s., 483; Intra, *Capilupi*, Milano, 1893, 12; Reinhardtstöttner en la *Revista de Fil. rom.*, XI, 3; Solerti, *Vitadi Tasso*, I, Torino, 1895, 156 s.; Mango, *Una miscell. sconosciuta del sec. XVI*, Palermo, 1894; A. Tennerani, *Canzone di G. A. dell'Anguillara*, Roma, 1894; Vaccalluzzo en el *Arch. stor. p. la Sicilia orient.*, VI, 2-3; Petris, *Di un cantore della battaglia di Lepanto*, en *Pagine Istriane*, VI, 11-12; Secegni, *Le lettere a Vicenza a tempo della reazione catt.*, Vicenza, 1903, 51 s.



Más felices que la poesía estuvieron las artes italianas en la glorificación del grande acontecimiento (1). En esta parte va a la cabeza Venecia. La república hizo adornar con la estatua de Santa Justina, cincelada por Jerónimo Campagna, la entrada del arsenal de donde salió la escuadra que venció a los turcos en el día de aquella santa. Domingo de Saló labró un hermoso relieve de la Sagrada Familia para la iglesia de San José di Castello. La cofradía del Santo Rosario hizo construir en la iglesia de los santos Juan y Pablo una especial capilla votiva, que fué enriquecida con muchas obras de arte, entre otras, con una estatua de Santa Justina y otra de Santo Domingo de Victoria. En el incendio de esta capilla, acaecido en 1867, se perdió también el cuadro de la batalla que había pintado Jacobo Tintoretto con su hijo Domingo. La misma suerte tuvo una representación de la batalla que había en el palacio del dux, pintada asimismo por Jacobo Tintoretto, en cuyo lugar se puso luego el gran cuadro de Andrés Vicentino. También Pablo Veronés dedicó a la batalla de Lepanto dos pinturas de espléndido colorido; la una, que representa la recepción de Veniero en el cielo en premio de su combate, se halla ahora en la Academia de Venecia; la otra, que está en el palacio del dux, es un cuadro votivo: arriba Cristo en la gloria del cielo, a sus pies Veniero y Agustín de Barbarigo, San Marcos y Santa Justina, y además las figuras alegóricas de la Fe y de Venecia (2). El más célebre pintor de la ciudad de las lagunas, Ticiano, a la sazón de noventa y cinco años, creó para Felipe II una alegoría de magnífico colorido, que adorna ahora el Museo de Madrid (3). La ciudad de Mesina honró a don Juan con una estatua, que no ha muchos

(1) Cf. G. Secrétant, L'anniversario della battaglia di Lepanto, en la revista *Emporium*, 1913, n.º 214, con numerosos grabados.

(2) Cf. Soravia, *Le chiese di Venezia*, Venezia, 1822, 111 s.; F. Lanotto, *Il Palazzo ducale di Venezia*, III, Venezia, 1860, tav. 175; Hammer, II, 424; Molmenti, *Veniero*, 135 s.; *Cosmos illustr.*, 1904, 100 s.; Bettio, *Un altare votivo nella chiesa di S. Giuseppe di Castello a Venezia*, en *Arte crist.*, I, Milano, 1913, 10.

(3) V. Crowe-Cavalcaselle, *Ticiano*, II, Leipzig, 1877, 677 s. Todavía no se ha publicado un cuadro votivo sobre Lepanto que se halla en el *Museo de Osnabrück*, y procede del vecino convento de sanjuanistas de Lage. Se ve en él a la Religión con vestidura encarnada y coraza azul, cubierta la cabeza con el yelmo. Con la mano derecha, en la que tiene también un rosario, esparce monedas de oro, y con la izquierda sostiene una bandera encarnada con cruz blanca y este lema: Pro fide. Bajo sus pies vense prisioneros turcos, y en el fondo galeras en el mar.

años quedó muy maltratada por el gran terremoto allí ocurrido (1). Las autoridades de Roma añadieron a los fastos consulares del Capitolio una inscripción que debía conservar perpetuamente la memoria de la entrada triunfal de Colonna de 4 de diciembre de 1571. En la iglesia de Santa María de Araceli hicieron labrar un artesonado, embellecido con trofeos y adornos, con la correspondiente inscripción; el oro empleado en él procedía del botín de guerra. En 1590 la ciudad mandó todavía poner una gran inscripción en mármol en el interior de la iglesia sobre la entrada principal, y cinco años más tarde colocar una estatua marmórea de Colonna en el palacio de los conservadores (2). El pino gigantesco, que según la tradición, para conmemorar la batalla de Lepanto, estuvo en lo alto del Quirinal, en el huerto de Colonna, durante casi trescientos años, ha desaparecido. En el palacio contiguo la sala del trono conserva una carta de marear de Marco Antonio Colonna y el diploma de honor que le otorgó el senado. En la gran galería del palacio recuerdan la batalla de Lepanto las figuras del cielo-raso, pintadas por Coli y Gherardi. Incomparablemente más valiosas que esta representación posterior son las pinturas contemporáneas que hay en el castillo de la familia Colonna, en Paliano. Aquí se ven en el techo dos representaciones de la batalla y dos consistorios de Pío V celebrados acerca de la liga. El friso muestra la entrada triunfal de Colonna de 4 de diciembre de 1571, y la pared la visita que entonces hizo en San Pedro, con una interesante vista de la antigua iglesia y del Vaticano (3). Hacen juego con esto los preciosos gobelinos asimismo contemporáneos del palacio Doria de Roma, los cuales representan más esquemáticamente las

(1) Cf. el artículo de Arenaprimo en el *Archivio stor. Sicil.*, XXVIII, 1-2 (1903). Sobre el *Mappe geograf. della battaglia di Lepanto a Messina nei prospetti del basamento marmoreo della statua di Don Giovan d'Austria* trata Crino en el *Arch. stor. Messinese*, VI, 1-2 (1905). En la patria del Papa, en Bosco, la iglesia del convento de Santa Cruz conserva un cuadro de la batalla de Lepanto, de G. Cossal; v. *Il Rosario: Mem. Domenic.*, XXII, 433 s.

(2) V. Gnoli en el *Cosmos illustr.*, 1904, 149, 150 s.; cf. los grabados 84 y 85.

(3) Estos frescos, que se hallan bien conservados, los mencionan Marocco (IX, 151 s.) y Tomassetti (Campagna, III, 556); no son fácilmente accesibles, pues el castillo sirve ahora de presidio, y sea como fuere, merecían una publicación. En la colegiata de Paliano se halla el sencillo sepulcro de M. A. Colonna. En Marino la fuente con cuatro moros aherrajados erigida en 1642, recuerda la parte que tuvo M. A. Colonna en la victoria de Lepanto.

diferentes fases del combate (1). También en el Vaticano han sido perpetuados los grandes acontecimientos de la Liga Santa y de la inmortal victoria con grandes frescos en la Sala Regia (2); en febrero de 1572 Pío V había encargado estas obras a Jorge Vasari (3).

Los más antiguos biógrafos del Papa, Catena y Gabucio, refieren que Pío V en la hora en que se reñía la batalla decisiva entre la cruz y la media luna en las costas de Grecia, mientras trataba asuntos de importancia con su tesorero general Bartolomé Bussoti, se levantó súbitamente, abrió la ventana y absorto un rato en profunda contemplación miró al cielo, luego se volvió y exclamó: Ahora no es ya tiempo de negocios; apresuraos en dar gracias al Señor, porque nuestra armada ha vencido en esta hora a los turcos (4). El embajador imperial Arco en su relación de 6 de octubre de 1571 cuenta la visión que había tenido un franciscano de Roma el 29 de septiembre sobre la victoria de los cristianos; pero no dice que también Pío V había tenido entonces otra semejante (5). En cambio el agente imperial Cusano el 6 de mayo de 1570, por tanto, casi año y medio antes de la batalla, da cuenta de una conversación entre el cardenal Cornaro y el Papa. Dice que en ésta Pío V había comunicado al cardenal su inspiración respecto de la victoria de los venecianos sobre los turcos, y hecho observar juntamente, que tenía con frecuencia tales ilustraciones, cuando pedía algo a Dios con mucha instancia en un negocio muy importante (6). Según

(1) Publicados por primera vez en el *Cosmos illustr.*, 1904, 107, 132, 146, 155.

(2) Vasari mismo los describe en su carta de 23 de febrero de 1572, publicada por Gaye, III, 307. Las inscripciones pueden verse en Chattard, 23 s. Cf. Lanciani, IV, 36; Plattner, II, 241 s. Una representación menor de la batalla se halla también en la Galería geográfica del Vaticano.

(3) \*S. Stà ha ordinato che sia finita la pittura della Sala dei Re et che nell'altra sala [sic] sia dipinta la vittoria del anno passato. Carta de A. Zibramonti, fechada en Roma a 16 de febrero de 1572, *Archivo Gonsaga de Mantua*. Cf. la \*relación de Arco de 16 de febrero de 1572, *Archivo público de Viena*.

(4) Catena, 195. Gabucio, 179. Cf. Bacon de Verulam, *Opera*, Hafniae, 1694, 962.

(5) V. la \*carta de Arco, fechada en Roma a 6 de octubre de 1571, *Archivo público de Viena*. De esta visión habló también Pío V en 4 de diciembre de 1571, hablando con el cardenal Santori (v. los núms. 13-18 del apéndice). Si nada dijo de su propia visión, sólo puede haber sido por modestia.

(6) \*... ch'è solito suo quando prega Dio con tutta quella sincerità suol'far'quando gli occorrono cose importantissime (carta de Cusano, fechada

esta relación no se puede poner en duda que Pío V previó mucho tiempo antes la victoria de Lepanto. Cuando después vino a ser ésta una realidad, le quedaba asignado sólo un breve espacio de vida: había cumplido su destino.

## V

Aunque Pío V no cuidaba del buen tratamiento de su persona, ni miraba mucho por su salud, gozó hasta el fin de una gran robustez mental y corporal. Cuando al principio del año 1569 le comunicaron funestos vaticinios, se rió de ello e hizo notar que se sentía mejor que nunca (1). Un año más tarde se supo que su salud no era tan buena como antes, después que por consejo de los médicos había variado la acostumbrada distribución de las horas de sus comidas por su mal de piedra (2). Tan pronto como en la primavera de 1570 volvió a seguir su antiguo orden de vida, sintióse de nuevo tan fuerte como antes. Dijo que en adelante no quería tomar ya consejo de los médicos (3).

Los grandes acontecimientos del dominio de la Historia universal, la lucha y la victoria sobre los turcos, conseguida por su decisiva cooperación, no poco contribuyeron luego a despertar de nuevo las fuerzas de su cuerpo, comunicándoles un vigor casi juvenil (4). Todas las relaciones concuerdan en que el Papa se hallaba

en Roma a 6 de mayo de 1570, *Archivo público de Viena*). Que Pío V predijo la victoria, no el día de la batalla, sino mucho antes, lo atestiguó también con juramento Fabricio de Massimi, discípulo de San Felipe Neri; v. el *Processus canoniz. Pii V in Laderchi*, 1571, n. 419. Qué cautela hay que tener en el uso del argumento *ex silentio*, lo muestra la observación de Herre (I, 190), quien considera como leyenda la predicción de la victoria, «pues las correspondencias diplomáticas nada absolutamente dicen de este suceso».

(1) Según la \*relación de Arco, de 22 de enero de 1569, la manifestación que hizo a los cardenales, fué ésta: *che quei tali sono pazzi et che sta meglio che sia stato ancora. Archivo público de Viena.*

(2) \*S. S. per quanto s'intende non gode la buona sanità di prima che solea godere, et con questa mutatione de usanza de vivere, mangiando hora la mattina, alle 12 hore et la sera a 1 hora et meza di notte, non avanza ne megliora della infermità sua di non ritenere l'urina, la qual è di molta consideratione, ancora che S. S. s'affatica al solito. *Avviso di Roma de 21 de enero de 1570, Urb., 1041, p. 221, Biblioteca Vatic.*

(3) V. los \*Avvisi di Roma de 1.º y 8 de abril de 1570, *ibid.*, 251, 258.

(4) Esto lo pone de realce con razón Herre (*Elecciones de Papa*, 150, 187). Cf. las \*relaciones de A. Zibramonti, de 13 de enero y 10 de febrero de 1571, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Verdad es, que de cuando en cuando se dejaba

muy sano y robusto durante los años 1570 y 1571 tan abundantes en trabajos y excitaciones (1). En la primavera de 1571 pudo hasta atreverse a continuar tratando los negocios sin hacer mudanza, a pesar de estar curándose con leche de burra (2). En julio visitó su pequeña villa, no embargante el excesivo calor. En septiembre de 1571 da cuenta Zúñiga del buen estado de salud del Papa (3). El domingo, 28 de octubre, Pío V celebró en San Pedro la misa de acción de gracias por la victoria de Lepanto, el lunes asistió a las exequias por los muertos en la batalla, y el miércoles hizo la visita de las siete principales iglesias de Roma (4).

También el invierno de 1571 a 1572 transcurrió al principio de una manera satisfactoria. Por Navidad de 1571 asistió Pío V a la misa de medianoche, dijo dos misas rezadas, distribuyó a sus familiares la sagrada comunión y por fin celebró todavía de pontifical en San Pedro (5). El 8 de enero de 1572 se reprodujo su antiguo mal de piedra (6), pero el peligro pasó. A mediados de marzo manifestóse de nuevo el mal súbitamente con gran violencia (7). El

sentir de nuevo el mal de piedra; v. la \*relación de Ces. Speciano a Carlos Borromeo, fechada a 27 de enero de 1571, *Biblioteca Ambrosiana de Milán*, F. 44, Inf.

(1) Cf. los \*Avvisi di Roma, uno de los cuales, de 22 de julio de 1570 (Urb., 1041, p. 316, *Biblioteca Vatic.*), hace resaltar cuán bueno estaba el Papa. Zúñiga escribía a Felipe II en 27 de abril de 1571: S. S. ha estado todo este invierno con tanta salud che me parescia que era demasiado de temprano hablar en sede vacante. Añade que sólo desde hacía dos días había puesto algo en cuidado a los cardenales el habersele repetido el mal de piedra. Corresp. dipl., IV, 253.

(2) V. los \*Avvisi di Roma de 11 y 19 de mayo de 1571, Urb., 1042, p. 56<sup>b</sup>, 62<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.* Por consejo de los médicos Pío V no dijo misa el día de Corpus de 1571, pues ya había de fatigarse mucho, llevando a pie el Santísimo Sacramento en la procesión; v. *ibid.*, p. 75.

(3) V. Corresp. dipl., IV, 431.

(4) V. los \*Avvisi di Roma de 18 de julio y 31 de octubre de 1571, Urb., 1042, p. 90, 141, loco cit.

(5) V. el \*Avviso di Roma de 29 de diciembre de 1571, Urb., 1042, p. 168<sup>b</sup>, *ibid.*

(6) V. Corresp. dipl., IV, 609.

(7) En la narración de la enfermedad y de la muerte prescindo de todas las exornaciones posteriores, y me atengo a las relaciones de los contemporáneos, y ante todo de los embajadores. De uno de éstos procede también la Relatione dell'infermità et morte di P. Pio V, escrita el 3 de mayo de 1572, inmediatamente después de su fallecimiento, la cual ha publicado v. Ortruy en las Anal. Boll., XXXIII, 200 s., tomándola de las Varia polit. del *Archivio segreto pontificio*. Otras copias de esta Relatione *ibid.*, en el Cód. Bolognetti 107 y Vatic., 7484, p. 142 s. de la *Biblioteca Vatic.*, en la *Bibl. de*

Papa probó a procurarse alivio con un tratamiento de leche de burra. Este remedio, que antes le había con frecuencia aprovechado, produjo en realidad una pequeña mejoría, pero perjudicó a su estómago de manera, que ya no podía digerir ningún alimento. A esto se añadía que el Papa ayunaba con demasiado rigor para su edad, y hacía demasiados esfuerzos por cumplir con las obligaciones de su cargo (1). Una gran debilidad fué la natural consecuencia. A fines de marzo juzgaron los más de los médicos, que el Papa no podía vivir sino a lo sumo algunos meses (2). Sólo las personas de más íntima confianza, ante todo Rusticucci y Bonelli, que el 4 de abril había vuelto de su legación, tenían ya acceso al enfermo (3). No pudo asistir a la misa de pontifical celebrada el día de Pascua de Resurrección (6 de abril). Pero quiso, aunque padecía grandes dolores, dar al pueblo romano la bendición solemne. A la noticia de ello afluyó a la plaza de San Pedro una inmensa muchedumbre, que quería ver de nuevo el rostro del santo Pontífice. Fué grande el asombro cuando éste pronunció las palabras de la bendición clara y distintamente, y de un modo perceptible hasta a los grupos más distantes. Muchos lloraban de gozo y concebían esperanzas de la conservación de tan preciosa vida (4). También el Papa se sintió mejor algunos días (5).

Pero no se podía hablar de una verdadera mejoría de su estado (6). El estómago denegaba todo servicio, al paso que

*Berlín*, Inf. polit., 26, en el Cód. ital. 203 de la *Bibl. de París*, Cód. 507, p. 2 s. de la *Bibl. de Tolosa*, Cód. 6325 de la *Bibl. palatina de Viena*. Muy circunstanciadas son las numerosas \*relaciones del embajador boloñés Vicente Matuliani, que se hallan en el *Archivo público de Bolonia*.

(1) V. la \*relación de V. Matuliani, de 26 de marzo de 1572, *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. las relaciones de Zúñiga, de 29 y 30 de marzo de 1572, Corresp. dipl., IV, 711, 718.

(3) Cf. la \*relación de Arco, de 5 de abril de 1572 (*Archivo público de Viena*), en la que se da cuenta de todas las lavaduras posibles con que se procuraba curar al enfermo. V. también la \*carta de Zibramonti, de 29 de marzo de 1572, *Archivo Gonsaga de Mantua*. Sobre el temor de la corte de Florencia v. Palandri, 165 s.

(4) V. la \*relación de A. Zibramonti, de 12 de abril de 1572, *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(5) Cf. la \*relación de V. Matuliani, de 5 de abril de 1572, *Archivo público de Bolonia*, y el breve a Guillermo de Baviera, de 8 de abril de 1572, en Theiner, *Annal. eccl.*, I, 5.

(6) V. la relación de Zúñiga, de 10 de abril de 1572, Corresp. dipl., IV, 723.

aumentaban los dolores causados por el mal de piedra. El Papa los sufría con grandísima paciencia. Una operación que los médicos proponían, no quiso permitirla, probablemente por su gran recato (1).

A los padecimientos corporales se añadían otros morales. Graves cuidados ocasionaba al Papa sobre todo la actitud de las grandes potencias católicas. Felipe II estaba disgustado con él a causa de su proceder en el proceso del arzobispo Carranza; el embajador del rey católico amenazaba además con la ruptura de las relaciones diplomáticas, si Pío V concedía la dispensa para el matrimonio de Enrique de Navarra, la cual procuraba arrancarle el embajador francés, amenazando con la sustracción de la obediencia. A todo esto se agregaban las desavenencias con el emperador por la elevación de Cosme de Médicis a la categoría de gran duque de Toscana (2). Un ardiente deseo del Papa enfermo consistía en poder hacer otra vez la visita a las principales iglesias de Roma, a la que tanta afición tenía. Inútilmente procuraron disuadirle de ello los médicos y las personas que más de cerca le rodeaban. El 21 de abril, aunque soplabá un fuerte viento marero, emprendió el largo camino de dicha visita, en el cual anduvo a pie hasta más de una milla italiana. Yendo a San Pablo extramuros, encontró a un pastor, que le regaló un cordero, al paso que otro le ofreció algunas codornices. En la Escala Santa topó con algunos fugitivos ingleses; hizo anotar sus nombres, para poderles dar socorros. Mirando al cielo exclamó: Dios mío, vos sabéis que estoy dispuesto a derramar mi sangre por la salud de esta nación. Bendijo cariñosamente a la muchedumbre que había concurrido a millares, la cual cobró nueva esperanza al ver con qué vigor caminaba el enfermo (3).

Era la última vez que la esforzada alma de Pío V obligaba al cuerpo caduco a servirle. En los días siguientes el Papa no se halló

(1) V. la \*relación de Arco, de 12 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*. Cf. la \*carta de Zibramonti de 30 de abril de 1572, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y Corresp. dipl., IV, 731, nota 1. Siendo cardenal, así lo refiere su médico, se había una vez dejado reconocer, siendo Papa no quiso permitirlo; v. Marini, II, 321.

(2) V. la \*relación de Cusano de 24 de mayo de 1572, *Archivo público de Viena*. Cf. vol. XVII, 327 s. y más abajo, p. 388, nota 4.

(3) V. la \*relación de A. Zibramonti, de 26 de abril de 1572, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la \*carta de Arco de 26 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*. El episodio con los ingleses se halla en Catena, 215.

ya en estado de despachar los negocios corrientes (1). Al anoche-  
cer del 26 de abril le sobrevino un profundo desmayo, del cual, sin  
embargo, se repuso muy pronto. En la mañana siguiente pudo  
hasta conceder audiencia al príncipe de Urbino. Al caer de la  
tarde se dejó sentir un nuevo desfallecimiento algo menor. Al otro  
día quiso el Papa decir la santa misa. Pero su debilidad le privó  
de este consuelo; mas no dejó de asistir a una misa y recibir la  
sagrada comunión. Hacia el mediodía padeció un nuevo desmayo  
tan grave, que los que le rodeaban, le tuvieron por muerto. En el  
Vaticano se cerraron las puertas, se tomaron todas las precau-  
ciones y se convocó a los cardenales. No obstante, pronto se les hubo  
de dar orden contraria, porque el Papa volvió en sí; sin embargo,  
su estado siguió sin ofrecer esperanza alguna (2).

Con sereno rostro esperaba Pío V su muerte. Mientras los  
que tenía en su derredor, lloraban y sollozaban, él se mostraba  
enteramente tranquilo y procuraba aún consolarlos. Dijo que Dios  
nuestro Señor, en caso necesario, haría nacer de las piedras al  
hombre que su Iglesia necesitaba en tiempos tan difíciles. Entre  
las oraciones que se hacía leer incesantemente aun durante la  
noche, prefería los siete salmos penitenciales y la historia de  
la Pasión del Señor. Cuantas veces se pronunciaba el nombre  
de Jesús, descubría su cabeza con gran reverencia, y cuando las  
manos ya no se lo permitían, hacía por lo menos una inclinación  
de la misma (3). La defensa de la cristiandad contra el islam le  
ocupó hasta su fin. Repetidas veces exhortó a la prosecución de  
la cruzada contra los turcos. Su último acto de gobierno consistió  
en entregar a su tesorero una cajita con 13000 escudos, de los  
cuales solía hacer sus limosnas particulares, diciéndole: «Esto  
prestará buenos servicios para la guerra de la liga» (4).

(1) V. la relación de Zúñiga, de 24 de abril de 1572, Corresp. dipl., IV, 729.

(2) Además de la Relatione, 201, citada arriba, p. 384, nota 7, v. todavía la \*relación de Cusano, de 28 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*. Cf. también la \*carta de A. Zibramonti, de 30 de abril de 1572, *Archivo Gonsaga de Mantua*, y las \*relaciones de V. Matuliani, de 27 y 30 de abril y 1.º de mayo de 1572, *Archivo público de Bolonia*.

(3) V. Catena, 216. Cf. también la relación de A. Zibramonti, de 1.º de mayo de 1572, en las Anal. Boll., XXXIII, 202, nota 4.

(4) V. la Relazione, ibid., 203. Uno de los últimos \*breves se refiere asimismo a la guerra contra los turcos; lleva la fecha de 27 de abril de 1572, y dispone el nombramiento de Miguel Bonelli para capit. generalis classis S. Stia. *Archivo de breves de Roma*.



El 30 de abril sintió el Papa que se acercaba su fin. Para morir como un simple religioso, se hizo vestir el hábito de Santo Domingo. Al anochecer el sacristán le administró la extremaunción. Como le fatigaba un fuerte catarro, hubo de renunciar a recibir el santo viático (1). «El Papa, refiere Aurelio Zibramonti el 30 de abril, yace inmóvil con las manos juntas. Sólo algunos penitenciarios están de rodillas en torno de él. Violentos dolores le atormentan continuamente.» (2) Cuando algún momento volvía en sí, se le oía rogar en voz baja: «Señor, aumentad mis dolores, pero aumentad también mi paciencia» (3). Entre tales actos de heroica resignación en la voluntad de Dios, Pío V exhaló santamente su espíritu en las últimas horas de la tarde del 1.º de mayo de 1572 (4). Había alcanzado la edad de sesenta y ocho años, ocupando la silla de San Pedro seis años, siete meses y veintitrés días.

Todas las fuerzas de Pío V, desde el primero hasta el último día de su reinado, habían estado consagradas a amparar a la Iglesia de los enemigos de la fe católica, a purificarla de todos los abusos, a extenderla en las regiones ultramarinas, así como a defender la cristiandad europea contra los asaltos del islam. En todos estos terrenos no se pudieron lograr buenos éxitos definitivos, ya por causa de la misma brevedad de su pontificado. A pesar de esto el santo Papa obtuvo grandes cosas. Sus sucesores cosecharon muchas veces lo que él había sembrado. En el tiempo siguiente se manifestó cada vez más claramente la importancia de su incan-

(1) V. Anal. Boll., XXXIII, 201-202.

(2) \*Carta existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. De los fuertes dolores que padecía el Papa continuamente, habla también Arco en su \*relación de 19 de abril de 1572, *Archivo público de Viena*.

(3) Esta expresión transmitida por Catena (p. 212) está también atestiguada por una \*carta de Zibramonti, de 1.º de mayo de 1572 (Anal. Boll., XXXIII, 202, nota 4), y otras relaciones (v. Corresp. dipl., IV, 731, nota 1).

(4) V. Firmano en las Anal. Boll., loco cit., nota 2; cf. *ibid.*, nota 4, la carta de A. Zibramonti, y además las dos \*relaciones de Arco y Cusano, de 1.º de mayo de 1572, en el *Archivo público de Viena*. V. también la carta de Gerini en Grotanelli, Fra Geremia da Udine, Firenze, 1893, 25 s. En la obducción hallaron los médicos tres piedras negras en la vejiga; v. la relación de Juan Franc. Marengo d'Alba en Marini, II, 321; cf. Corresp. dipl., IV, 731. Pío V sucumbió indudablemente a su mal de piedra. Las tres piedras halladas en su vejiga las refiere Cusano en su \*relación de 24 de mayo de 1572 (*Archivo público de Viena*; cf. arriba, p. 386) a las «otras tres piedras», que le habían atormentado más que éstas, es a saber, el disgusto por el negocio de Carranza, la dispensa matrimonial para Navarra, y las desavenencias por el nombramiento de Cosme para gran duque.

sable y profunda actividad para la reforma y restauración católica. Por lo demás, ya los contemporáneos conocieron cuán grande pérdida padeció la Iglesia con su muerte. Fué general el sentimiento de que un santo había salido de este mundo. Principalmente en Roma se mostró cuán profunda impresión había hecho la vida del Papa. Los moradores de la Ciudad Eterna, en la cual reinaba absoluta tranquilidad (1), corrieron a millares a venerar el cadáver expuesto en San Pedro. Cada cual procuraba obtener como preciosa reliquia, algo que hubiese pertenecido al difunto. Las guardias hubieron de reprimir al fin el exagerado fervor de estos devotos. El que no se pudo apropiiar alguna reliquia, procuró por lo menos tocar el féretro con rosarios u otros objetos de devoción (2).

Un buen conocedor de la curia de entonces juzgaba que con la muerte de Pío V había perdido la Iglesia un pastor verdaderamente piadoso y santo, un ardiente defensor de la religión, un terrible castigador de los vicios, un sacerdote en extremo vigilante e incansablemente activo, cuyo esfuerzo todo había ido dirigido a la honra de Dios y a la exaltación de la santa fe católica (3). Lo que un tan severo asceta como San Carlos Borromeo dijo

(1) V. las \*relaciones de V. Matuliani, de 1.º y 3 de mayo de 1572, *Archivio público de Bolonia*.

(2) V. la Relazione en las Anal. Boll., XXXIII, 201. Cf. Ciaconio, III, 494; Lanciani, IV, 45; la Revista de historia eclesiástica suiza, 1907, 220. Varias pagas para el catafalco de Pío V pueden verse en los \*Mandata, 1572, p. 22b, *Archivio público de Roma*. J. B. Nasalli Rocca, S. Pio V e le sue reliquie nella Basilica Liberiana, Roma, 1904, da una minuciosa descripción de las numerosas reliquias de San Pío V que se veneran en Santa María la Mayor (entre otras el rojo camauro, el breviario, etc.). El primitivo féretro de madera se conserva en la capilla subterránea del Pesebre, la muceta de seda de San Pío V en Santa María in Vallicella de Roma, y otras reliquias en la celda del santo junto a Santa Sabina. La silla gestatoria por él usada se halla en el llamado Octógono de San Gregorio de la iglesia de San Pedro. Sobre las reliquias de San Pío V que hay en la capilla del colegio Ghislieri de Pavia, v. Dell'Acqua, 101. Un agnusdei, bendecido por el santo Papa (muy grande, en cuyo dorso está el Salvador con las insignias de la Pasión), lo posee el Museo Schnütgen de Colonia.

(3) V. la Relazione en las Anal. Boll., XXXIII, 202. En una memoria contemporánea que hay al principio de las \*Litterae sede vacante post obitum Pii V (*Archivio secreto pontificio*), es elogiado el Papa como vir singulari vitae sanctitate, vitiorum omnium, sed praecipue haereticarum pravitatis vindex acerrimus, ecclesiasticae disciplinae restituendae audiosissimus (sic). En Catena 219 s. hay varias poesías de algunos veneradores del Papa, entre otros Sirleto. Una de Commendone puede verse en Mai, Spicil., VIII, 487. No ha de causar maravilla que la severidad de Pío V provocase también pasquines llenos de odio; v. Masio, Cartas, 463 s.

en 1568, que desde hacía mucho tiempo no había tenido la Iglesia un supremo jerarca mejor ni más santo (1), quedaba verificado (2).

El entierro provisional de los restos mortales de Pío V efectuóse en la capilla de San Andrés de la iglesia de San Pedro (3). De allí debían ser llevados al pequeño lugar de su nacimiento, Bosco, a la iglesia de los dominicos, edificada por él allí mismo— así lo había deseado con su humildad el difunto (4). Pero Sixto V quiso retener en la Ciudad Eterna los despojos mortales del Papa por él tan altamente venerado. Para darles más honrosa sepultura, hizo erigir un mausoleo magnífico en la capilla del Pesebre de Santa María la Mayor, por él edificada (5). La traslación del cuerpo desde la capilla de San Andrés a la Basílica Liberiana efectuóse el 9 de enero de 1588 con gran solemnidad y con el concurso de una inmensa muchedumbre. Como en los funerales Marco Antonio Mureto, así esta vez Antonio Boccapaduli tuvo un discurso muy admirado (6).

(1) La \*carta sin fecha está dirigida a Luis Antinori. *Biblioteca Ambrosiana de Milán*, F. 40, Inf., p. 27.

(2) «Fué el Papa más virtuoso», dice Camaiani en su \*carta, fechada en Roma a 1.º de mayo de 1572, *Archivo público de Florencia*, Medic., 656, p. 501. V. además los juicios de Folieta y Mureto en Ciaconio, III, 1000, 1009 s.; Werro en la Revista de historia eclesiástica suiza, 1907, 219 y el juicio del médico de Pío V en Marini, II, 321-323. Cf. también Santori, *Autobiografía*, XII, 352, y la Vita di Pío V que hay en las Anal. Boll., XXXIII, 215. También Bacon de Verulam en su *Dialogus de Bello sacro*, después de haber hecho mención de la victoria de Lepanto, quae hamum inseruit naribus Ottomanni usque ad diem hodiernum, hace decir a uno de los interlocutores: Quod opus praecipue instructum et animatum fuit ab eximio illo Principe Papa Pío V, quem miror successores eius inter sanctos non retulisse (*Opera*, Hafniae, 1694, 1299).

(3) El epitafio primitivo se halla en los \*Mandata, 1572, p. 219, *Archivo público de Roma*.

(4) V. la Relatione, 204, citada arriba p. 389, nota 2.

(5) Cf. Catena, *Lettere*, Roma, 1589, 8 s.; De Angelis, *Basílica S. Mariae Mai.*, Romae, 1621, 173; Kraus-Sauer, II, 2, 622; Escher, *Barroco y clasicismo*, Leipzig, 1910, 106 s.; Orbaán, *Sixtine*, Rome, 47.

(6) V. la relación de P. Galesino en Theiner, *Annal. eccl.*, I, 7 s.; Acta Sanct. Maii, I, 697 s. y Gatticus, 480. En 1904 se celebró especialmente en Roma y Pavía el cuarto centenario del nacimiento de San Pío V. El 10 de marzo de dicho año, en presencia del cardenal V. Vannutelli, arcipreste de la Basílica Liberiana, y del cabildo, se procedió a la apertura del sarcófago de San Pío V. El esqueleto todavía conservado entero (hay un grabado de él en la obra de Nasalli Rocca, mencionada arriba, p. 389, nota 2) fué envuelto con esta ocasión en nuevas vestiduras y cubierto el cráneo con una mascarilla de plata, hecha según el vaciado original, que se conserva en la familia Manzia, cambio que no puede parecer ventajoso a quien haya conocido el estado anterior.

Sixto V fué también el que hizo introducir la causa de canonización de Pío V. Dado el gran cuidado y circunspección con que se suele proceder en Roma en tales investigaciones, la conclusión no se efectuó hasta el último tercio del siglo xvii. Clemente X beatificó a Pío V el 10 de mayo de 1672, y el 22 de mayo de 1712 Clemente XI le puso en el catálogo de los santos. Este Papa trasladó también la fiesta de San Pío V al 5 de mayo (1).

Cada año en este día, inmediatamente delante del sepulcro de San Pío V, último Papa hasta ahora canonizado, se levanta un altar, en el cual los sacerdotes ofrecen el santo sacrificio de la misa. Está entonces quitada la plancha de bronce dorado que cierra por delante el sarcófago; detrás del cristal se ve el cuerpo de San Pío V, revestido con los ornamentos pontificales. Radiante de resplandor por las numerosas luces que lo circundan, rodeado del variado brillo de las flores de mayo, envuelto en nubes de oloroso incienso, nada tiene del espanto de la muerte. Durante todo el día acuden presurosos romanos y forasteros, eclesiásticos y seglares, ricos y pobres, para venerar con silenciosa plegaria a aquel a quien tanto debe la Iglesia.

---

(1) V. Theiner, loco cit., 9; Acta Maii, I, 621, 715 s. El hermoso *Officium Pii V* puede verse en Joyau, *Pie V*, p. 371 s. Cf. *Acta canoniz. Pii V*, etc., Romae, 1720.



# APÉNDICE

---

## Documentos inéditos y noticias de los archivos

### 1. El Papa Pío V a Carlos IX, rey de Francia (1)

[Roma], 8 de marzo de 1566.

Optaremus tranquilliores esse regni tui statum, con todo en estos disturbios tienes ocasión de prestar servicios a la religión. Has reprimido la herejía en tu reino. Ad eam plane tollendam et Francorum inclytae nationi pristinam ex religionis orthodoxae cultu gloriam restituendam incumbet, quaesumus, toto pectore, ut facis. Para esto es singularmente necesario, ut ecclesiarum regimen, quas vacare contigerit, viris lectissimis semper et vitae honestate ac divini honoris zelo praestantibus committatur, et ut episcopi et alii, qui curae animarum praesunt, in suis ecclesiis, sicut Sacrum Concilium statuit, residentes ovibus suis pastorem vigilantiam ac sollicitudinem praestent regio tuo favore praesidioque muniti.

Arm. 44, t. XII, n. 31. *Archivo secreto pontificio*.

### 2-3. La bula «In cena Domini» de 10 de abril de 1568

Para la inteligencia de los violentos litigios que se originaron con motivo de este documento (2), es necesario fijar las adiciones hechas por Pío V en el año 1568. Le Bret en su obra: «Historia pragmática de la tan infamada bula In Cena Domini y de sus terribles consecuencias para el Estado y la Iglesia» (Ulm, 1769, 2.<sup>a</sup> edición, Francfort, 1772), que sirve para fines polémicos de partido, pero de ningún modo para la verdad histórica, no ha tenido por necesario procurar hallar el texto original. Tampoco los autores viejos católicos Juan Huber y Döllinger, que en el «Janus» (3) utilizaron la bula para una apasionada polémica

(1) Cf. arriba, p. 123.

(2) Cf. arriba, p. 30 s., 44.

(3) El Papa y el Concilio, Leipzig, 1869, 408 s.

contra el papado, rebatida sólidamente poco después por Hergenröther (1), se cuidaron de inquirir el texto exacto que Pío V dió a la bula en 1568. Todavía es más extraño, que un sabio tan exacto conocedor de la literatura y de las fuentes como Reusch, que dedica a la bula un capítulo aparte (2), no tenga noticia del texto de 1568. M. Hausmann, en su trabajo por otra parte tan circunstanciado: «Historia de los casos reservados al Papa» (Ratisbona, 1868), hace observar solamente (p. 101), que Pío V por la cláusula: «Volentes praesentes nostros processus ac omnia quaecunque his litteris contenta, quousque alii huiusmodi processus a nobis aut Romano Pontifice pro tempore existente fiant aut publicentur, durare suosque effectus omnino sortiri», había elevado la bula del año 1568 a una ley general eclesiástica que durase y obligase hasta tanto que fuesen publicados otros procesos por los Papas siguientes. Más adelante (p. 373) indica también la adición respecto de los decretos del concilio que se halla en la cláusula de derogación, pero no baja a mencionar las nuevas adiciones que provocaron la resistencia de España y Venecia. Manifiestamente, tanto él como Hinschio (V, 648) no han tenido delante el texto de la bula de 1568. Y con todo éste se ha conservado en muchas partes, como, por ejemplo, en el *Archivo público de Módena*.

El primero que llamó la atención sobre las expediciones originales de la bula «In cena Domini» del tiempo de Pío V que se hallan en el *Archivo secreto pontificio*, fué Göller en su obra fundamentada acerca de la Penitenciaría (II, 204); desistió empero de tratar de ellas «en atención a que su contenido y su historia serán objeto de los trabajos de otros». A los lugares donde ellas se descubrieron, citados por Göller: Instrum. para 1566; Arm. 8, c. 1 para 1566, 1571, 1572; Arm. 9, c. 1, n. 58 para todos los años fuera del «a. V» (1570), añádase todavía Miscell., Arm. 4, tomo XXIV, donde hay ejemplares de la bula de 1566, 1568 y 1569. La expedición de 1570, que echó menos Göller, ha sido publicada por Mutinelli, I, 223 s. según el impreso de A. Blado, que se halla en el despacho del embajador de Venecia en Roma, de 8 de abril de 1570, el cual se conserva en el *Archivo público de Venecia*.

El profesor Pogatscher tuvo a bien comparar las bulas de 1566 y 1568 según los ejemplares que hay en Miscell., Arm. 4, y como consecuencia de ello fijó todavía las siguientes discrepancias (en otras diferencias y cambios más pequeños de cada uno de los párrafos no ha puesto atención):

En el párrafo 1.º «In haereticos» sigue todavía en 1568: ac eos, qui in animarum suarum periculum se a nostra et Rom. Pont. pro tempore existentis obedientia pertinaciter subtrahere seu quomodolibet recedere praesumunt. Item excommunicamus et anathematizamus et interdicimus omnes et singulas personas cuiuscunque status, gradus seu conditionis fuerint universitatesque, collegia et capitula quocumque

(1) El Estado y la Iglesia, 770 s.; cf. arriba, p. 30, nota 2.

(2) Indice, I, 71 s.

nomine nuncupentur, ab ordinationibus, sententiis seu mandatis nostris ac Rom. Pont. pro tempore existentium ad universale futurum Concilium appellantes vel ad id consilium, auxilium vel favorem dantes.—En el párrafo «In eos, qui manus iniiciunt in patriarchas, archiepiscopos, episcopos» son también nombrados en 1568: S. R. E. cardinales, extendentes *C. Foelicis* (1) cum omnibus poenis in eo contentis ac patriarchas, archiepiscopos et episcopos Sedisque Apostolicae nuncios vel legatos aut praefatos nuncios et legatos e suis terris seu dominiis eiicientes.—Como enteramente nuevo aparece en 1568 el párrafo «In laicos se intromittentes in causis capitalibus seu criminalibus contra personas ecclesiasticas», que es del tenor siguiente: Item excommunicamus et anathematizamus omnes et quoscumque magistratus, senatores, praesidentes, auditores et omnes alios quoscumque iudices quocumque nomine vocentur ac cancellarios, vicescancellarios, notarios, scribas ac quoscumque executores et subexecutores, omnesque alios quoquo modo se intromittentes in causis capitalibus seu criminalibus contra personas ecclesiasticas, illas capiendo, processando seu sententias contra illas proferendo vel exequendo, etiam praetextu quorumcumque privilegiorum a Sede Apostolica concessorum quibuscumque regibus, ducibus, principibus, rebuspublicis, monarchis, civitatibus et aliis quibuscumque potentatibus quocumque nomine censeantur, quae nolumus illis in aliquo suffragari, revocantes ex nunc, quatenus opus sit, praedicta privilegia per quoscumque Rom. Pont. praedecessores nostros et Sedem Apostolicam sub quibuscumque tenoribus et formis ac quovis praetextu vel causa concessa, illaque irrita et nulla ac nullius roboris, vel momenti fore et esse decernentes.—Nuevo es también en 1568 este párrafo: Praecipimus autem et mandamus in virtute sanctae obedientiae ac sub poena indignationis omnipotentis Dei ac beatorum apostolorum Petri et Pauli et nostrae universis, et singulis patriarchis, archiepiscopis et episcopis caeterisque locorum ordinariis necnon quibusvis aliis curam animarum exercentibus et aliis presbyteris saecularibus seu quorumvis ordinum regularibus ad audiendam confessionem quavis auctoritate expositis sive deputatis, ne de huiusmodi reservatione praetendere valeant ignorantiam, ut transumptum harum litterarum apostolicarum penes se habere easque legere diligenter et attente studeant.

Las bulas de los años siguientes concuerdan con la de 1568.

#### 4-5. Negociaciones de A. Rucellai sobre la ayuda que Pío V había de prestar a Francia. 1568 (2)

En las *Varia polit.*, 81 (ahora 82) del *Archivo secreto pontificio* consérvanse sobre esto los documentos originales siguientes:

(1) C. 5, l. 5, tit. 9 in VI°.

(2) Cf. arriba p. 100. La carta de Catalina al Papa respecto al envío de Rucellai, con fecha de 1.º de marzo de 1568, se halla en *Lettres de Catherine de Méd.*, III, 129.



1) Una minuta de la \*instrucción «data al Sor Rucellai, di Roma a 9 Aprile 1568»; p. 424-425: Si el rey quiere purificar su reino de herejes, el Papa está dispuesto a prestar toda clase de ayuda. El rey pedía 300000 escudos. Después de la conclusión de la paz con los hugonotes, el Papa no puede dar ningún dinero para pagar a herejes. — A este lugar pertenece un escrito de un contenido semejante, p. 628-629, con el título: 13 d'Aprile in Francia 1568. Manifiestamente son piezas añadidas al mismo los escritos de las páginas 630-632: \*Favori che si fanno a Hugonotti in pregiuditio de catholici e della religione, y de la página 633: \*Capi del editto non osservati in pregiuditio de catholici (1).

2) \*Instruttione per il Sor Hannibale Rucellai, gentilhuomo ordinario de la camera del Re nel viaggio che fa a Roma per servitio di S. M<sup>ta</sup>, 13 de junio de 1568; p. 636-637: Rucellai debe dar cuenta del estado de Francia después de la paz, y pedir ayuda, pues a consecuencia de la guerra faltaban al rey los medios para conservar su Estado y la fe católica. Varias propuestas de cómo se podría obtener con permiso del Papa, el socorro económico necesario para el rey (2).

## 6. El Papa Pío V a Carlos IX, rey de Francia (3)

Roma, 19 de noviembre de 1569.

Charissimo in Christo filio nostro Carolo Francorum Regi  
Christianissimo. Pius Papa Quintus.

Charissime in Christo fili noster salutem et apostolicam benedictionem. Lectis litteris Maiestatis Tuae quibus Carolum Guillart Carnutensem quondam episcopum, propter nefandum haeresis crimen ab episcopatu depositum nobis accuratissime commendat, praeterire non potuimus quin pro nostra paterna erga te benevolentia, nostrum ex tali commendatione susceptum animo dolorem Maiestati Tuae libere significaremus. Nos enim, si ulli ex christianis catholicisque regibus, quos aequae omnes, ut debemus, tanquam charissimos in Christo filios nostros diligimus, satisfactum cupimus, tibi certe, quantum cum Domino possumus, morem gerere commendationibusque tuis satisfacere maxime cupimus: veruntamen publicos haereticos a sancto inquisitionis haereticae pravitatis officio et a foelicis recordationis praedecessore nostro in sacro consistorio damnatos ac depositos nobis a te commendari, praeterquamquod commendanti tibi haud satis decorum est, nos id praeterea sine magna anime perturbatione pati non possumus. Ac Maiestatem Tuam nos quidem scimus tales nobis homines commendaturam non

(1) Sobre este envío de Rucellai cf. también Corresp. dipl., II, 343.

(2) Sobre la llegada de Rucellai a Roma y sus negociaciones v. Corresp. dipl., II, 405 s., 411.

(3) Cf. arriba, p. 94, 107.

fuisse, nisi de illis bene existimaret bonosque et catholicos esse putaret: sed hoc tamen dolemus in ea re, quae officii cognitionisque nostrae propria est, te aliorum potius opinionibus moveri quam nostro praedecessorumque nostrorum iudicio acquiescere. Multos in isto regno Maiestas Tua Ugonotos reperiet, qui et missarum solemnibus intersint et multis allis eiusmodi inditiis catholicorum speciem prae se ferant, quos tamen illis, qui haec ipsa palam aversantur, multo peiores nequioresque esse pro certo habemus. Illi enim suam qualencunque persuasione, quamvis falsam, pertinaciter tenent; hi vero, quia neque Deum esse neque aeternam vitam credunt, omnia sibi licere arbitrantur, insipientes, corrupti, abominabiles, qui, dummodo commoditatibus suis obsequantur et quicquid volunt obtineant, nihil pensi habent utrum catholicorum an haereticorum instituta moresque sectentur. Quorum fictam pietatem ob eam quoque causam cavere studiosius debes, quod qui Deum non timent, eos ne homines quidem ac propterea nec Maiestatem Tuam reverituros esse verisimile est. Quam quidem nos rogamus, ne, recentissimum proxime sibi ab omnipotenti Deo concessae victoriae beneficium oblita, tales posthac homines nobis commendare velit, sed potius in eius, quem nobis commendat, ob nefandum, ut diximus, haereticis crimen depositi, locum virum pium, catholicum apostolicaque confirmatione dignum quamprimum nominet. Quod idem etiam de aliis duabus ecclesiis, Valentina et Uceticensi, Maiestatem Tuam monemus, quarum quondam episcopis Ioanne Monlutio et Ludovico de Albret, ob eandem causam ab episcopatu depositis, in eorum locum viros catholicos et tanto muneri fungendo idoneos nominari decet. Est enim valde indignum et in tanta haereticae pravitatis peste periculosum, tales tres ecclesias, propriorum pastorum solatio destitutas, tandiu vacare; quibus nos, pro nostro iure, quos vellemus episcopos praeficere potuissemus, nisi Maiestatem Tuam, cuius est nominatio, officio suo et saluti illarum animarum aliquando consulturam esse speravissemus. Quod ut quamprimum faciat utque in ea re et omnipotenti Deo, cui multa debet, inserviat et nobis, qui eam paterne diligimus, obsequatur vehementer in Domino rogamus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum sub annulo Piscatoris, die decima nona novembris MDLXIX, pontificatus nostri anno quarto.

Arm. 44, t. XIV, p. 292<sup>b</sup>-294. *Archivo secreto pontificio*.

Todavía en 1571 lamentaba Pío V, que varios católicos tuviesen relaciones con el depuesto obispo de Valence; v. Laderchi, 1571, n. 127 ss.

## 7. Nicolás Sanders a M. A. Graziani (1)

Lovaina, 14 de febrero de 1570.

De rebus Angliae quod querar habeo, quod cum gaudio scribam non habeo. Duo catholici comites et alii nobiles non pauci arma pro

(1) Cf. arriba, p. 178.

causa fidei catholicae sumpserunt hac spe, ut saltem S. Sten illis affuturam non dubitarent. Nec aliud fere praesidium ab ea postulabant quam ut ab obedientia reginae palam absoluti primum eo modo et suis domi et aliis qui foris sunt persuadere possent se non tamquam perduelles, verum tamquam ecclesiae filios arma sumpsisse. En Roma nada se hizo. Interim tamen nos testes sumus, quanta cum diligentia nobiles ex Anglia ad nos miserint, ut scirent tum an Sedes Apostolica quicquam adhuc promulgasset contra reginam, tum an sine illius auctoritate quicquam possent salva conscientia conari ut se ab ista tyrannide liberarent. Quoad primum respondimus nihil esse hic publicatum quod nos sciremus, quoad secundum theologi gravissimi dissenserunt, aliis non dubitantibus, quin absque autoritate apostolica posset defendi catholica religio in iis articulis, qui sunt alioquin notissimi, aliis autem asserentibus, vel necessarium vel tutius esse, ut expectaretur S. Pontificis sententia. En este estado de duda fuéronse cuatro mil a Escocia, para esperar allí la decisión pontificia. Están allí desde hace tres meses, y aguardan que el Papa proceda contra la reina. Muchos ingleses les seguirán.

Ergo si S. Stas tantum inciperet palam aggredi hanc causam, optimi quique catholici, qui proculdubio multi sunt et satis potentes, pro fide arma sumerent. Verum si et hoc S. Stas attendendum iudicaret, ut quicunque pro catholica fide arma sumerent, ii fundos et agros ecclesiasticos inique acquisitos post poenitentiam legitime actam retinere salva conscientia possent et a restitutione liberari, fallimur, si tota nobilitas (exceptis paucissimis) fidem catholicam non propugnarent. Nihil enim eos perinde retardat ab ea re quam quod timent, ne si obedientia Sedi Apostolicae restituta fuerit, a suis praediis excidere cogantur. Alioquin enim sunt catholici pene omnes, quamquam ad rem suam nimium affecti. Sed quibus merito queas confidere, sunt ex comitibus et baronibus fere 6 aut 7, ex equitibus et aliis nobilibus inferiorum ordinum supra mille. Haeresi autem non nisi 5 aut 6 comites infecti sunt, reliqua haereticorum multitudo tota constat ex paucis delicatis aulicis et sedentariis opicifibus; nam rusticana turba, quae et longe maxima est et sola in tellure praeclarissimam opem navat, tota catholica est.

Duo igitur sunt apud vos procuranda. Unum ut Sua Stas in reginam Elisabetham aliquid publice moliatur, alterum ut excitet nobiles ad fidem catholicam defendendam ea conditione, ut si eam propugnaverint, poenitentiamque de fundis iniuste partis agant, a restitutione liberentur. Quae duo si fierent, viri prudentissimi iudicaret, non modo catholicos ad unum omnes, sed praeterea omnes neutros et quosdam etiam ex schismaticis pro catholica fide arma sumpturos.

Graziani ha de comunicar a Hosio y Commendone el estado de las cosas. El Papa debe proceder contra Isabel, especialmente habiendo Felipe II roto las relaciones, y sólo esperando Francia que el Papa proceda contra ella. El Papa ha de fulminar pronto la excomunión.

Faxit Deus ne amicos Romae inveniatur haeresis, quos non invenit

fides catholica. Quis det cardinalibus nostris spiritum intelligentiae, consilii et fortitudinis, para que no hagan que el Papa se demore más tiempo.

Inceperat [el Papa] bene, quum poenitentiarium summum in Angliam misit, et nunc re semel inchoata non est committendum, ut deserantur catholici ab ipso Papa, pro quo pugnant. El Papa debe empeñar su autoridad personal.

[Posdata de propia mano] Iam nunc litterae ex Hispania perscriptae sunt a ducissa de Feria, in quibus significat, que Felipe II quiere prestar ayuda a los católicos ingleses. Ergo favebunt alieni, non favebit iisdem catholicis apostolica sedes? Obstupescant coeli super hoc. La fuerza de la excomunión será grande.

Copia. *Archivo Graziari de Città di Castello*, Istruz., I, 26.

#### 8-9. Avvertimenti sopra li maneggi di Francia del Bramante [otoño de 1570] (1)

Con este título se conservan en el *Archivio segreto pontificio*, Varia polit., 82, p. 287-294, unas memorias circunstanciadas sobre las negociaciones de Bramante con Catalina de Médicis, las cuales se efectuaron en presencia de Carlos IX y de Anjou. Al quejarse el nuncio de que la reina tenía gente sospechosa entre los que la rodeaban, trataba mal a los católicos y favorecía a los hugonotes, y tenía relaciones con los herejes, declaró Catalina, que todo esto eran «grandes mentiras». Expresó su dolor de que el mundo tuviese una opinión tan desfavorable de sus sentimientos religiosos, y aseveró que quería ser siempre la hija más obediente de la Santa Sede. Cuando Bramante se lamentó del tratado que se había concluido con Coligny, a pesar de haber sido éste vencido y no tener ninguna esperanza de recibir auxilios de Alemania, advirtió el rey, el cual no quiso dejar hablar a Catalina, que el Papa había sido falsamente informado. Originóse una larga discusión sobre los motivos por los cuales el gobierno francés no había procedido enérgicamente contra los hugonotes después de la victoria de Moncontour. También en este punto se dió por respuesta, que otros habían transmitido falsas relaciones al Papa. El rey se quejó todavía de la encarcelación de Galeazzo San Severino, lo que obligó a Bramante a una larga contestación.

Poi mi soggionsero [le M<sup>ta</sup> loro] con un mestissimo et addolorato animo le tante persecutioni loro et maledicenze et malignità di ametterli in disperatione et darsi in preda alli nemici di Dio, li quali li fanno mille offerte; il che mai loro faranno, havendo speranza in Dio che li aiuterà.

Mi soggionse anco che sua S<sup>ta</sup> per amor di Dio non l'abandoni, che li sono buoni et obediendi figli, et che non creda a tante malignità che s

(1) Cf. arriba, p. 113.

dicano di loro, che della lega dava la sua parola a Sua S<sup>ta</sup> secondo io le scrissi.

Quanto alli synodi et residentia de' vescovi, che giudicavano essere necessaria, et Sua S<sup>ta</sup> avesse scritto un breve al rè acciò avesse prestato il suo braccio secolare per la essecutione di quanto sopra ciò avesse ordinato et spetialmente in privar quelli che non ressedano, eccettuando quelli che non stanno al servitio di quella corona, che saranno due ò tre: et così che li vescovi debbiano dare tutte le loro resolutioni, che faranno nelli sinodi, al rè, per mandarle a Sua S<sup>ta</sup>, circa che potrà considerar bene Sua S<sup>ta</sup> quello che li torni più a proposito, che non si habbia a far qualche preiuditio alla Sede apostolica.

Mons<sup>r</sup> di Angiù mi disse che facessi fede a Sua S<sup>ta</sup> come la regina sua madre et lui erano catolici et devoti di questa S<sup>ta</sup> Sede et di Sua S<sup>ta</sup>, et che per la defension di essa era per mettere la vita, come ha fatto sin'hora, et che era mentita quanto li era stato detto in contrario et pregava Sua S<sup>ta</sup> a marchiar quelli tali.

Il rè et la regina mi dissero il medemo et pregavano Sua S<sup>ta</sup> che per l'avenire, se nessuno le veniva a dire simili cose, che lo sequestrasse, et poi se ne informasse et, se si trovava esser vero, che loro Maestà si sottomettevano ad ogni censura di N<sup>ro</sup> Sig<sup>ro</sup>; quando fusse stato altrimenti, che avesse castigato quei tali.

Di più mi dissero che assicurassi Sua S<sup>ta</sup> che hoggidi non si vedono più heretici a canto et che tutti li caccia via nè fa loro buona cera.

Delle cose d'Avignone mostrorno gran desiderio di dar ogni aiuto, acciò quel luogo fosse spurgato da heretici, et che aspettava Danvilla per pigliar provisione, acciò si levasse da Oranges quel trattato.

Del gran duca di Toscana mi dissero che si erano mostrati obediendi a Sua S<sup>ta</sup> in dargli il titolo di gran duca; il che hanno recusato fare duchi d'Italia, vassalli di Sua S<sup>ta</sup>; et che per degni rispetti hoggi non sarebbe fatta altra resolutione circa alla precedentia del duca di Ferrara, con tutta la grande instantia che le ne facci l'imperatore, il quale non è per obedirlo etiam che desse sententia contro il gran duca.

Che loro si come per il pasato hanno messa la vita per il regno et per la religion cattolica et per il mantenimento della Santa Chiesa; che così faranno per l'avenire et che, sapendo questo Sua S<sup>ta</sup>, la prega voglia esser contenta amar quella corona et non patir che sia così distratiata et disperata da metterla in disperatione con pericolo di perderla.

Pregava Sua S<sup>ta</sup> che, quando le manda nuntii, sia contenta mandarle persone non appassionate, amorevoli et ben viste da lor MM<sup>ta</sup>, et non persone appassionate et rotte, come era il già vescovo di Viterbo.

Che Sua S<sup>ta</sup> sia certa che nel regno sono più interessi et inimicitie che heretici.

Che tuttavia questi capi di heretici vanno mancando da sè, et spera in Dio che le cose si reduranno nel stato pristino avanti questè calamità causate per essere il rè putto et da l'interessi et inimicitie de'principi di quel regno et da l'ambition loro di regnare.

## 10. Bramante al cardenal Rusticucci (1)

Mézières, 28 de noviembre de 1570.

In questo viaggio da Parigi a Misers (2) per tutto dove alloggiavamo si è fatta diligentia de intendere la quantità de Ugonoti che vi si ritrovavano, et in San Martino, loco de Memoransi, dove alloggiassimo la prima sera, intendessimo, che in quattromilia anime che ivi erano non vi si trovavano quattro Ugonoti li quali stavano quieti et attendevano a fare il fatto loro. Ms. Nuntio adimandò si Memoransi nella rocca vi teneva alcuno Ugunoto, et le fu risposto di non, ma che bene al tempo della guerra ivi si erano ritirati certi per salvarsi. In villa Cutre (3), loco della regina madre, dove alloggiassimo la 2<sup>da</sup> sera, intendessimo il medemo. In la città de Sueson (4), dove fumo la 3<sup>a</sup> sera, si intese che vi erano da quaranta case de Ugunoti tra mille case che erano in quel loco, ne questo era maraviglia per esser questa città stata in poter de Ugunoti nove mesi. Si intese ch'el vescovo hora attendeva al debito suo et che del continuo le chiese erano piene de cattolici si alle messe come a le prediche. Non per questo il vescovo è degno di scusa, che dovea dal principio non lassar inverminir questa piaga. Il quarto giorno fussimo a Lan (5), città de grande importantia et ivi intendessimo che solo vi erano quattro case de Ugunoti. Il quinto giorno fussimo Moncornet (6), villagio del principato de Condè et ivi intendessimo che non vi era nessuno Ugunoto, il simile intendessimo in Ubigni, villagio de li canonici di Renzo et altre tanto si è inteso qui in Misiers; a tale che si fa giuditio che per mille catholici non vi sono quattro Ugunoti et non si ha da desperare che dandosi hora ch'l male è fresco quella medicina che si spera da la misericordia de Dio che questo regno si potrebbe vedere purgato de questi inimici de Dio.

Original. Nunziat. di Francia, IV, 94b. *Archivo secreto pontificio*.

## 11. Relación cifrada de Bramante al cardenal Rusticucci (7)

28 de noviembre de 1570.

Il reym<sup>o</sup> Pelue mi ha detto che il Re ha humore con far carezze a qualch'uno di questi Ugonotti confidenti dello ammiraglio et alli altri per captivarseli et per denari et altre gratie fargli ammazzare lo admi-

(1) Cf. arriba, p. 130.

(2) Mézières.

(3) Villers-Cotterêts.

(4) Soissons.

(5) Laón.

(6) Moncornet.

(7) Cf. arriba, p. 131.

raglio et altri capi et così fargli estinguere da loro medesimi; chè, come siano levati questi capi, li altri si estingueranno in tre giorni. Il discorso mi piace, quando segua lo effetto; bisogna raccomandarsi a Dio quia res sua agitur. Ma io mai me ne quietarei, fin che fussero revocati et annichilati li capituli di questa obprobriosa pace et che li heretici si abbrusciassero, come al tempo delli rè passati, et come si deve fare con arbori senza frutto et pecore contaminate.

Original. Nunziat. di Francia, IV, 77. *Archivo secreto pontificio*.

## 12. El capitán de la guardia suiza, Jost Segesser, al concejo de Lucerna (1)

10 de enero de 1572.

Extensa relación sobre la suerte de sus 25 guardias que tuvieron parte en la batalla de Lepanto como guardias de corps de Marco Antonio Colonna. «Es hat ouch der unseren einer von Kriens, genampt Hans Nölle zwei zeichen oder fendli wie man gewonet in galeen zu gebruchen erobert und si mir geschenckt so ins türcken obersten galeen gsin. Selbige ich üch bi zeiger diss, Misser Bernharden von Castanova zuschicken, die wolle uwer streng ersam wysheit gnediglichen von ime und mir empfachen.» (2)

Misivas de guardias. *Archivo público de Lucerna*.

## 13-18. El cardenal Santori y sus audiencias con Pío V (3)

Sobre la vida de pocos cardenales del siglo xvi tenemos tan exacta información, como sobre la de Julio Antonio Santori, nacido en Caserta en 1532, el cual por su arzobispado de Calabria es llamado las más de las veces el cardenal de Santa Severina (también Sanseverino) (4). Muy apreciado de todos sus contemporáneos por su santa vida, su celo de la causa de la Iglesia y su vasta actividad, Santori a pesar de ello no ha conseguido tener hasta hoy por desgracia ningún biógrafo. Este insigne príncipe de la Iglesia, que fué sepultado en la basílica de Letrán, merecía en gran manera una monografía; si su vida anterior es ya intere-

(1) Cf. arriba, p. 367.

(2) Las dos banderas triangulares enteramente iguales de lienzo encarnado, con una franja de blanco lino a él cosida, en la que se leía una sentencia del Corán en caracteres negros, se conservan todavía en el Museo Histórico de Lucerna (núms. 627-28). Bondadosa comunicación del doctor Roberto Durrer, de Stans.

(3) Cf. vol. XVII, 113 y arriba, p. 375.

(4) Sickel (Relaciones, I, 12) tiene a Santori y Sanseverino por dos personajes distintos.

sante, todavía lo es más la de sus treinta y dos años de cardenal (de 1570 a 1602), durante la cual tuvo parte en seis conclaves, y dos veces estuvo cerca de alcanzar la más elevada dignidad.

Santori, amigo y consejero de siete Papas, ha descrito él mismo circunstanciadamente una gran parte de su vida. Señálase su autobiografía por una gran exactitud y amor a la verdad. No calla él las faltas de la época borrascosa y agitada de su vida, y pinta con sencillez conmovedora cómo pronto arrepentido volvió a observar una conducta verdaderamente cristiana. Ningún lector olvidará jamás algunos pasajes, como de un modo especial la descripción de su primera despedida de Roma (1), y la expresión de sus sentimientos, cuando hubo de renunciar a la tiara, de la que había estado muy cerca (2). Por los pocos pasajes que Ranke (*Los Papas*, I<sup>o</sup>, 302, III, 86\* ss.) y Gnoli (*Vittoria Accoramboni*, 245) tomaron de la autobiografía de Santori, se podía ya juzgar su importancia. Fué por tanto muy útil la publicación íntegra que hizo de este trabajo Cugnoni en el *Archivio della Società Romana*, XII y XIII. Formaron la base de esta edición dos copias de la *Biblioteca Corsini de Roma*. En éstas la biografía llega sólo hasta 1592. Si el manuscrito de la *Biblioteca Albani*, utilizado por Ranke, contenía algo más, no se puede desgraciadamente inferir de las indicaciones del historiador berlinés, ni tampoco ahora es ya posible averiguarlo, por haberse ido a pique en una tormenta con el respectivo navío la *Biblioteca Albani*, al ser trasladada a Prusia. En la *Biblioteca Altieri de Roma*, en el Cód. 22-C-13, hállase aún otra copia de la autobiografía, sobre la que me hizo llamar la atención mi difunto amigo el profesor A. Pieper. Pero también este ejemplar termina en 1592. Por fortuna disponemos de otras numerosas fuentes para los diez años que faltan. Sobre algunas de ellas trataré en el tomo siguiente. Aquí sólo pueden citarse las que tienen relación con el tiempo de Pío V. Son éstas ante todo unas memorias circunstanciadas y muy valiosas sobre los consistorios en que tuvo parte Santori. Este «Diario concistoriale» de Santori lo ha editado Tacchi Venturi en los *Studi e documenti*, XXIII, XXIV y XXV, e ilustrado tan extensamente, que basta remitir aquí a las observaciones de este notable investigador. Se le ha pasado por alto a Tacchi Venturi, que también la *Biblioteca Vaticana* posee un ejemplar de las *Acta consistorialia descripta ab em. Sanctorio Sanseverino*, que regaló el cardenal Siciliano di Rende, arzobispo de Benevento. Cf. Carini, *Atti consistoriali dal 20 maggio 1570 al 18 dicembre 1604*, Roma, 1893. Un pasaje que se lee aquí, p. 9, sobre el consistorio de 17 de marzo de 1572, falta en la edición de Tacchi Venturi.

En su *Autobiografia* (XIII, 153) menciona también Santori sus «Libri delle mie private audienze». Esta fuente hasta ahora desconocida la he descubierto yo en el *Archivio segreto pontificio*; hállase en el

(1) *Autobiografia*, XII, 232-233.

(2) Cf. *ibid.*, XIII, 202 ss.



Arm. 52, t. XVII ss. De ella citaremos aquí los más importantes pasajes sobre las audiencias de Santori con Pío V.

1566

*5 de febrero:* El Papa me comunicó que me había nombrado miembro de la Inquisición... Gli parlai di collocar il corpo di S. Giov. Chri-sostomo in loco honorifico. Gli parlai anco di vescovi non residenti, disse che ne desse nota. Gli parlai delle donne dishoneste travestite da homini et a cavallo, che non le comportasse nel suo ponteficato ne dan-dosi licentia di mascare, disse che l'ordinara.

*3 de abril:* Ho parlato a N. S... dei capi della riforma dei regolari, quali l'hebbe S. S..., capi della riforma del clero Romano...

*30 de abril:* Dei balli dell'hosterie di meretrici nelle feste: volse sapere i particolari.

*5 de mayo:* Del card. di Napoli e della giustificatione da farsi: che desse memoriale a S. S. nella S. Congr. giovedì.

*Mayo (sin día):* De erroribus Graecorum: Addidit de secta alia mortuos viventes putantium nisi eorum cadavera decoxerint vel confosserint.

*Mayo (sin día):* Degli maleficii di Roma e del stato ecc<sup>co</sup>...

*Mayo (sin día):* De gratiarum actione pro sepultura card. Neapolitani: Ingemuit.

*27 (ó 28) de mayo:* Di schiavi battezzati di Napoli e lunga servitù per evitar i scandali: quod non possunt, cum baptismus non liberet a servitute.

*14 de agosto (ante consist.):* Locuti sumus de visitoribus..., de desiderio bene regendae ecclesiae aut ex hac vita discedendi..., de reformatione fratrum convent. ex fr. Ambrosio Salvio.

*14 de septiembre:* Ho parlato a N. S. de praedicando infidelibus et de eorum speciebus, de Chiis factis captivis, de episc. Naxiensi, etc.

*30 de septiembre:* Istruttioni per il governo, ch'io le facci e dia per gli avisi del governo.

*13 de diciembre:* Del monasterio di S. Pietro a Maiella di Nap. e della religione di Celestini: Che tutta la religione è corrotta, e che non si può, ma bisogna mandare a visitar tutta la religione per huomini versati.

*28 de diciembre:* De panibus tactis in mensa Domini: quod ignorabat prohibitionem nec sibi videtur superstitio.

1567

*12 de enero:* Quoad sacerdotes pauperes exercentes rustica opera: illorum paupertati compatiendum esse, sed potius in ignorantiam omnia convertendum esse quam in hoc. Ego dixi de iure illis licere rusticari... De tradendis curiae saeculari processibus vel revelandis: Minime; quod ego ex specul. affirmavi (apoyado en lo que hacía Borrromeo en Milán).

*25 de marzo:* Sobre la fiesta de S. Vicente. Hic plura de S. Vin-

centii laudibus utrinque dictum est, et doctrina et sanctitate. Dixit quod pars estiva habet doctiores sermones, in quibus gravia exponit et multa explicat ex S. Thoma satis condite, sed quod in hyemali parte loquitur simplicius, attendens fructui spirituali et simplicitati.

1568

28 de marzo: Del successo dele cose di Napoli circa la Capece monica: iratus est in facinus et in vicarium illum.

20 de mayo: Delle suppressioni di monasterii di Celestini del regno: quod non supprimentur, sed unientur ad reparationem religionis.

1.º de noviembre: Qui disse del card. Carrafa parole molto efficaci.

1571

4 de diciembre: Di molte cose, della guerra contra Turchi. Della vittoria (1) seguita, e prevista da molti servi di Dio: e S. S. anco disse dell'altre cose e dei putti d'Otranto, che gridavano vittoria quel dì, che passò la galea, che portava la nova, sul monte, per lettere d'un Capucino.

10 de diciembre: Della riforma del vicario del Papa e del dubbio che io sentivo contra la cognitione della giurisdictione contra laici nelle cause profane: S. S. venne nel medemo parere, sebene causava confusione o maggior occupatione nelle cose secolari.

1572

27 de enero: Dei schiavi christiani e di quei Turchi, che se vogliono battezzare: disse che facessero instruire etc. e parlò di quello, che diceva: felice cattività, per la quale io mi salvo l'anima, e che la cosa di Mammetto sempre l'haveva tenuta per una pazzaria.

5 de febrero: S. S. mostró una moneta d'oro di Giustiniano imperatore, che era di thesori che si trovavano, ch'egli ne vorrebbe, che si trovasse tanto, che per 10 anni potesse per mare e per terra fare essercito contra il Turco... Dar a S. S. quelli avvertimenti per togliere i disordini e vitii dalle galee dell'Armata christiana: Se diede e li lesse quasi tutti, ma per la carestia del tempo dissi più volte, che S. S. i leggesse e considerasse poi maturamente.

Original. Arm. 52, t. XVII (Audientiae annorum 1566-1579).

*Archivo secreto pontificio.*

## 19-22. Los breves de Pío V y el Archivo de breves

Los breves de Pío V del *Archivo secreto pontificio* (Arm. 39, t. LXIV y LXV, Arm. 42, t. XXV-XXVII, Arm. 44, t. VII, XII-XX, XXVI, XXXI, Arm. 45, t. XLI y en un armario especial las *Epistolae* o *Brevia ad principes*) se completan enteramente con la colección del Archivo

(1) C. arriba, p. 382.

de breves. Por desgracia fué éste por largo tiempo casi inaccesible, lo cual se debió a los cambios y traslados a que estuvo sujeto. En tiempo de la soberanía pontificia se hallaba en el palacio de la Consulta. Hacia el fin del poder temporal del Papa, fué puesto en salvo en 1870 primeramente en el hospital del *Ánima*. Después fué a parar al Palacio *Altemps*, porque allí la Secretaría de breves tenía su cancillería independiente; más tarde fué colocado en el piso bajo del magnífico palacio de la Cancillería, donde pude utilizarlo largo tiempo. Después que por efecto de la constitución «*Sapienti consilio*» de 29 de junio de 1908, la Secretaría de los breves secretos vino a formar una parte de la Secretaría de Estado, dispuso el Papa Pío X la unión del archivo que se hallaba en la Cancillería, con el Archivo secreto pontificio del Vaticano. En el verano de 1908 fueron trasladados los documentos; lleváronse a los locales que se hallan no lejos de la *Spécola* de Gregorio XIII, los cuales habían servido en otro tiempo de *Armería* pontificia. Muy cerca de este lugar, en una sala que había de dar al patio del *Belvedere*, fué colocado también muy oportunamente el Archivo Consistorial, que había estado hasta entonces en locales del todo impropios, en los bajos del patio de S. *Dámaso* (1). Ambos archivos mediante su unión con el Archivo secreto pontificio se han hecho cómodamente accesibles a la investigación científica. Así por esto, como por haber seguido también en otras cosas las tradiciones de León XIII en la promoción de los estudios de los archivos, ha adquirido Pío X un mérito impercedero respecto de las ciencias históricas.

El archivo de la Secretaría de los breves secretos, prescindiendo de algunos fragmentos de tiempos anteriores, contiene sólo documentos del tiempo que corre desde San Pío V hasta Pío IX, 1566-1846. Divídese en seis series, que comprenden casi siete mil tomos. La primera y principal serie, además de los breves secretos, contiene también cédulas consistoriales y dispensas matrimoniales, en conjunto 5074 tomos. Las otras series contienen breves, que conciernen a indulgencias, demostraciones honoríficas para corporaciones, para eclesiásticos y seglares, dispensas de prescripciones canónicas, concesión de altares privilegiados y cosas semejantes (2). Se ha comenzado a hacer un catálogo (3), pero todavía no está terminado. Una breve relación sobre la primera serie, cuanto a la parte que se refiere a Pío V, podría ser grata a muchos. Para hacerla, he utilizado los apuntamientos del profesor doctor Juan Hirsch, que en 1903, como miembro del Instituto Histórico Austríaco examinó detenidamente esta colección, ante todo para preparar la edición de las *Relaciones de nunciatura*. Los códices tienen doble signatura, una escrita con tinta en las cubiertas, la cual está puesta abajo y forma la columna I, y al lado hay una segunda numeración con lápiz, que está detrás de la

(1) Cf. nuestros datos del vol. II, 504 ss.

(2) Cf. *Corriere d'Italia* de 27 de agosto de 1908.

(3) Cf. *Mergentheim*, *Las facultades quinquenales pro foro externo*, I, Stuttgart, 1908, 88, nota.

primera, porque a los tomos de minutas y a las copias da a veces la misma numeración, y a estas últimas la añadidura «a». Esta segunda numeración está indicada abajo como columna II. Finalmente los códices encuadernados en piel roja tienen un rótulo en letras de oro, y en los dorsos de los tomos encuadernados en pergamino blanco hay escrito un título con tinta. La nota «fait» que llevan muchos tomos, quiere decir, que estos tomos en tiempo de Napoleón fueron llevados a París. Los tomos no son todos enteramente del mismo carácter: además de varios tomos de minutas propiamente dichos, hay también posteriores tomos de copias, y finalmente varios tomos de registros de breves, como los que se hallan en la colección del Archivo secreto pontificio. Si Wirz (Fuentes para la historia de Suiza, XXI, xxvii) en el Archivo de breves sólo halló dos piezas para sus fines, de ahí no se puede inferir la falta de importancia del Archivo; antes bien contiene un riquísimo material, principalmente para asuntos interiores de la Iglesia.

I    II

1. 1. «1554 [sic] Bullarium. Pius V», encuadernado en piel roja.
2. 2. «1561/67 Pii IV et V cedol.», encuadernado en piel roja.
3. 3. «1566 Pii V Brevia lib. I», encuadernado en piel roja; «fait».
4. 4. «Pius V. Originalia usque ad Junium 1567», encuadernación en pergamino.
5. 4a. «1567 Pius V. lib. I», encuadernado en piel roja.
6. 5. «Pius V. 1567 Originalia usque ad decemb. 1567», encuadernación en pergamino.
7. 5a. «1567 Pius V. lib. II», encuadernado en piel roja; «fait».
8. 6. «1567 Pius V. lib. III», encuadernado en piel roja; «fait».
9. 7. «1568 Pius V. lib. I.»
10. 8. «1568 Pius V. Brevia lib. II», encuadernado en piel roja; «fait». (Minutas originales desde enero hasta junio de 1568.)
11. 9. «1568 Pius V. lib. III», encuadernado en piel roja; «fait». (Minutas originales desde julio hasta diciembre de 1568.)
12. 10. «1569 Pius V», encuadernado en piel roja. (Minutas originales de todo el año 1569.)
13. 11. «1570 Pius V. lib. I», encuadernado en piel roja. (Copias.)
14. 12. «Pius V 1570 Originalia», encuadernación en pergamino. (Minutas originales del año 1570.)
15. 12a. «1570 Pius V. lib. II», encuadernado en piel roja. (Copia del anterior.)
16. 13. «Pius V. 1571», encuadernación en pergamino.
17. 13a. «1571 Pius V. lib. I» (I corregido en vez de III equivocado), encuadernado en piel roja.
18. 14. «Pius V. 1566-1572 Originalia diversorum lib. I», encuadernación en pergamino.
19. 15. «1577 [corríjase por 1567] Pius V», encuadernado en piel roja; «fait». (Minutas originales de los años 1567 y 1568 hasta septiembre.)

20. 16. «1571 Pius V. lib. II», encuadernado en piel roja. (Copias de 1571 y 1572 hasta marzo.)
22. 18. «Pius V. 1569» (1569 está borrado y en su lugar se ha anotado con lápiz: 1566-72), encuadernado en pergamino. (Copias, breves matrimoniales de los años 1568-1569, otras piezas de 1569 a 1572.)
23. 18a. «1566 Pius V, lib. II» (lib. II está borrado), encuadernado en piel roja; «fait». (Copia del anterior.)
24. 19. «1566, 1567. Matrimonialia Pius V», encuadernado en piel roja. (Borradores.)
25. 20. «Pius V. Matrimonialia lib. II», encuadernado en pergamino. (Borradores.)
26. 20a. «1568 lib. II. Pius V. Matrimonialia», encuadernado en piel roja. (Copia del anterior.)
26. 17. «1571 Pius V. lib. I» (I está borrado con tinta y cambiado por III), encuadernado en piel roja. (Borradores originales desde septiembre de 1571 hasta marzo de 1572.)

Varias minutas originales de los breves de Pío V se hallan también en la colección del *Archivo secreto pontificio* (1). Dos tomos de minutas originales han sido sustraídos de Roma; el uno se halla en el Museo Británico de Londres, y el otro en una biblioteca privada italiana. Como estos códices han pasado hasta ahora enteramente inadvertidos, no creo sea superflua una breve relación sobre ellos.

1) *Museo Británico de Londres*, Additional, 26 865 (2) (Presented by G. J. Payne Esq. 29 July 1865). 597 hojas. minutas originales de los breves de Pío V desde 8 de enero de 1566 hasta 30 de enero de 1567, comienza por el breve de Pío V al emperador Maximiliano II, que ha sido impreso por Schwarz, l s. según el original existente en Viena. Como muchas veces, así también aquí la fecha es diferente: el original tiene 9 de enero, la minuta 8.

p. 51: Minuta del breve para Io. Bapt. archiepisc. Rossanen. [Castagna], nostro et apost. sedis nuncio in Hispaniarum regnis: te nostrum et apost. sedis nuntium in Hispaniarum regnis confirmamus et si opus sit de integro constituimus et deputamus eodem modo, quo istuc a praedecessore nostro... missus fuisti. 24 de enero de 1566.

p. 65: Minuta de la confirmación de Julius Rogerius, apost. sedis notarius, a quien Pío IV había mandado a Polonia como nuncio. 2 de marzo de 1566.

p. 118: Minuta del breve para Julius archiepisc. Surrentinus: Cum te nuper ad chariss. in Christo filium nostrum Maximilianum Roman. Imperatorem electum nostrum et apost. sedis nuncium certis facultatibus concessis et cum potestate legati de latere deputaverimus, cumque gravissimis postea animum nostrum moventibus te prius in

(1) Cf. Schwarz, Correspondencia de Maximiliano II con el Papa Pío V, p. vii s.

(2) El resumen se halla en Addit., 27870, Epilogus brevium beati Pii V.

Burgundiam, Flandriam et Brabantiam mittendum duxerimus, le envía allá eadem potestate. 21 de marzo de 1566.

- p. 141: Minuta del breve al emperador Maximiliano II (1): Venerabilem fratrem Iulium archiepiscopum Surrentinum istuc misimus, ut cum peractis comitiis Augustanis dilectus filius noster cardinalis Commendonus, sedis apost. de latere legatus istuc discesserit, maneat ipse apud Maiestatem Tuam et nostri atque eiusdem sedis nuncii munere fungatur. 1.º de marzo de 1566.
- p. 173: Minuta del breve a Carlos IX, rey de Francia: Cum ad te mittere statuissemus praelatum nostri et sedis apostolicae nuncii apud Maiestatem Tuam officio functurum, qui et nobis putatissimus esset et tibi futurus esset merito acceptus, delegimus ad hoc munus venerabilem fratrem Michaellem episcopum Cenatensem. Etenim cum eodem officio apud clarae memoriae Henricum patrem tuum ita functum fuisse sciamus etc. 25 de marzo de 1566. (Siguen numerosos breves credenciales en favor del nuncio.)
- p. 469: Se halla la minuta original del breve a Castagna expedido secretamente, que ha sido mencionado en el vol. XVII, 8, nota 2, de 30 de julio de 1566, respecto a Carranza, con la siguiente firma autógrafa: Pius p. p. V ita mandavit expediri. Ant. Florebellus Lavellinus.
- p. 496: Al archiduque Ernesto: Minuta del breve credencial en favor de Alexander Casalis, cubiculi nostri magist., con fecha de 12 de septiembre de 1566.
- p. 506: A Felipe II: Minuta del breve credencial en favor de Camaiani, el cual ha de negociar sobre asuntos ventilados ya durante mucho tiempo por cartas y por el nuncio ordinario. 27 de septiembre de 1566.

2) El Catalogue des livres, manuscrits etc. composant la *Bibliothèque de Horace de Landau*, I, Florenze, 1985, tiene anotadas varias cartas autógrafas de Pío V. Esta biblioteca se halla ahora en posesión de Madame Finaly en la Villa alla Pietra junto a Florencia. Por intercesión de su alteza el príncipe Francisco de Liechtenstein y del bibliotecario doctor Ulrico Schmid, se permitió por excepción en 1909 el que se utilizase el manuscrito de que se trata, en los locales del Instituto Histórico Austriaco de Roma. El código de referencia tiene por signatura «1176-1401», y lleva en el dorso de piel este rótulo: Schediasmata autographa epistolarum divi Pii V. Una observación que se lee más adelante (p. 46), explica la procedencia de este código del modo siguiente: Il volume originale sudetto fu casualmente trovato dal Dr. Lodovico Coltellini infrascripto la sera del di 7 Novembre 1771 in una bottega di un droghiere in Cortona, dal qual droghiere era stato comprato per cartaccia a peso e si era già cominciato a stracciarlo per involtarvi il

pepe e lo zuccherò. Este tomo, que consta de 255 hojas y comprende diversas materias, se formó más tarde, y contiene casi generalmente borradores y minutas de breves de Pío V, de mano de Ant. Florebellus Lavellinus, del tiempo que va desde marzo de 1566 hasta septiembre de 1568; sólo las páginas 24-36<sup>b</sup>, 85-94 y además alguna que otra hoja aislada son registros de breves; al fin (p. 248 s.) siguen algunos documentos de otro carácter.

El código Landau no contiene ningún breve que se halle en la serie de los tomos del Archivo de breves propiamente dicho, porque lo mismo que el código del Museo Británico, formaba una parte de este Archivo. Un detenido examen, hecho por el profesor Pogatscher, a quien también en este lugar expreso mi gratitud por su ayuda, dió por resultado, que sólo una parte de las minutas contenidas en este tomo ha pasado a los registros de breves del Archivo secreto pontificio. Según estos registros de breves el secretario de la embajada española, Fr. Goubau, dispuso en 1640 su conocida colección de las *Epistolae Pii V*. Lo mismo que en los otros tomos de minutas, un cotejo de las piezas impresas por Goubau con las minutas del código Landau da también por resultado un buen número de discrepancias, que son interesantes para conocer la formación de cada una de las piezas. Con frecuencia estas correcciones se refieren más al estilo, pero a veces son también notables respecto al contenido.

Así en el breve al canciller de Baviera, Simón Tadeo Eck, de 14 de febrero de 1567, impreso por Goubau, 24-26, después de «segregare» léense todavía en el código Landau, p. 133, las siguientes palabras: Vere ostendis te esse fratrem Ioannis illius Echii qui nascenti haeresum pesti tanta pietate sese primus opposuit et catholicam veritatem tam acriter constanterque defendit.

En el breve al emperador Maximiliano II, de 15 de mayo de 1568, que está en Goubau desde la página 81 hasta la 83, después de las palabras «ab eo talia tentari» sigue todavía en el código Landau, p. 208, la siguiente cláusula: Qui enim talia agunt et spretis censuris ecclesiasticis ecclesiarum bonis manus admoveere non dubitant, ii nimis famae suae prodigi sunt et salutis (1). Si tamen in bonis eius ecclesiae temporalibus ius se aliquod habere existimat, polliciti fuimus aliquem idoneum iudicem ipsi dare, qui eam rem cognoscat et servata aequitate iudicet aut per compositionem transigat. Quod si eum iudicem a M<sup>te</sup> tra dari maluerit, eo quoque contenti erimus, sicut ei scripsimus. Quocirca M<sup>tem</sup> tuam etc. Mientras la adición que hay en el breve a Eck no está borrada, aquí está tachada toda la oración hasta «ei scripsimus», y en vez de ella se ha añadido al margen lo que está impreso en Goubau. Además al lado de «Quocirca Maiestatem tuam» había aún: cuius officium est ut ecclesias et ecclesiarum iura tueatur, defendat ac protegat, lo cual con todo fué borrado. Que el texto publicado por Goubau no

(1) Primitivamente se leía: ii nimis officii et salutis suae immemores sunt.

siempre es correcto, lo muestra otra discrepancia: en la página 82, línea 6 desde arriba, en vez de «iure peti», ha de leerse «vi peti»; así lo tiene no solamente la minuta del código Landau, sino también el tomo de registros de breves del Archivo secreto pontificio, Arm. 44, t. XIII.

Las palabras que hay después de «debet» en Goubau, 82, líneas 5-7 desde abajo, eran originariamente las siguientes en el código Landau: ne bona temporalia illius ecclesiae contra ius et de facto, ut dicitur, occupentur.

De interés general es una adición que hay en el breve para el obispo de Passau, de 26 de mayo de 1568, sobre la prohibición de la comunión bajo ambas especies (Goubau, 83-85; cf. vol. XVII, 194 s. y arriba, p. 247). También aquí se muestra que Goubau no siempre siguió exactamente los tomos de registros de breves, puesto que en Arm. 44, t. XIII, así como en el código Landau, p. 210-211, hay todavía en este lugar después de «habendos» (Goubau, 84, línea 1 desde abajo) un largo pasaje no borrado, que dice así: Sed ne praedecessoris quidem nostri concessione quisquam moveri debet. Primum enim is tanta in re minus quam decuit et oportuit diligentem et maturam deliberationem habuit. Non enim ad sacrum collegium cardinalium, ut debuit et ut mos est, de tanta re rettulit, quod si fecisset et nos, qui tum de eorum numero eramus, et multo maior ac sanior ut praesumitur... [palabra ilegible] cardinalium pars nihil temere (1) innovandum esse censuissimus. Consultuit ille duos aut tres solum de tanto collegio et eos potissimum quos sibi facile assensuros esse putavit. Ea tamen in re Spiritus Sancti gratia illi manifesto affuit, quod ab iis, qui communicare sub utraque specie cuperent, talem fidei confessionem exegit, quam si vere et ex animo facturi essent, fortasse ne nos quidem tantopere eam concessionem improbaremus. Quamobrem etc.

### 23. Los biógrafos de Pío V

La más antigua «Vita di Pío V», conservada en las Varia polit.. XVII del *Archivo secreto pontificio*, que fué compuesta por *Tomás Porcacchi* poco después de la muerte del Papa, ha permanecido muchísimo tiempo inédita; sólo en 1914 la publicó Van Ortro en las *Anal. Boll.*, XXXIII, 207-217. Esta Vita es un trabajo que ofrece mucha seguridad y confianza; trae también nuevas particularidades, y el único defecto que tiene es, que es muy corta.

La primera extensa biografía de Pío V que se imprimió, es la que en el verano (2) de 1586, publicó en Roma *Jerónimo Catena* (3). Este

(1) En el tomo de registros de breves del Archivo secreto pontificio sólo hay aquí esta discrepancia: et nos et maior cardinalium pars nihil temere.

(2) V. la relación del embajador veneciano, de 7 de junio de 1586, *Archivo público de Venecia*.

(3) Hicieron nuevas ediciones en Roma en 1587, 1647 y 1712 (cf. *Arch. d. Soc. Rom.*, XXXIII, 291). Según un \* *Avviso di Roma* de 5 de agosto de 1581,



autor, oriundo de Norcia, conoció aún personalmente a Pío V. Primeramente fué familiar del cardenal Dolera, muerto a principios de 1568, después, desde 1568 hasta 1571, secretario del cardenal Jerónimo da Correggio (1), y más tarde desempeñó el mismo cargo cerca del cardenal Bonelli (2). En la curia gozaba Catena de gran reputación; especialmente le era muy afecto Sixto V, el cual le llamó a su Consulta. A este Papa, gran venerador de Pío V, dedicó Catena su trabajo (3); Sixto tuvo conocimiento del mismo, ordenó su impresión (4), y más tarde remuneró a Catena con un presente de cien escudos (5).

Catena empezó ya a reunir el material luego después de la muerte de Pío V. El mismo dice sobre esto en la dedicatoria a Sixto V: Tutto quello, che in queste carte scrivo, parte ho preso da gli originali delle lettere, da Nuncii, et da Principi stessi scritte, et dalle instructioni, et scritture del medesimo papa, le quali son venute in poter mio, parte dalla relatione in iscritto di coloro che trattato hanno in negocii, altre ho vedute io stesso, et intese dalla bocca del Pontefice. Que Catena utilizó bien su material inédito, se puede comprobar en muchos pasajes de su obra. Sus datos son casi siempre ciertos; sólo en las fechas se hallan algunas inexactitudes (6). Falta en cambio la interior penetra-

la Vita de Catena ya estaba entonces acabada; había de imprimirse traducida al español. Urb., 1052, p. 339<sup>b</sup>, *Biblioteca Vatic.*

(1) Cf. Bigi, Vita del card. G. da Correggio, Milano, 1864.

(2) Las \*Lettere di G. Catena scritte in nome del card. di Correggio 1568 a 1569 se hallan en el Barb. LXII, 57; Item 1569-1571, ibid., LXII, 25; Item scritte in nome del card. Alessandrino 1571-1572, ibid., LXII, 26, y scritte in nome del card. Alessandrino 1575-1577, ibid., LXII, 56. Que Catena a fines de 1572 fué hecho secretario de Bonelli, se saca de su colección de cartas dada a la estampa: Delle lettere di G. Catena. Primo volume, Roma, 1589, 312. No se ha seguido un segundo tomo de esta colección. En 1577 se publicaron en Pavia H. Catenae Academici Affidati Latina Monumenta, que contienen cartas y breves escritos. La \*Genealogia della famiglia Bonelli Ghislieria, de Catena, se halla en el Barb. LXII, 27, *Biblioteca Vatic.* Catena escribió además: Della beretta rossa da darsi a cardinali. Discorso, Roma, 1592, así como De magno obelisco Circensi circoque maximo. Epist. et Carmen, Romae, 1587. Todavía está inédita la Risposta alle ragioni allegate da gli avversarii contra la potestà et diretto dominio temporale universale del Papa a favore dell'Imperatore et altri prencipi temporali, fatta dal Signor G. Catena, que se halla en el Cód. D. 29, p. 287-369, *Bibl. de Carlsruhe*. Catena se ensayó también en hacer poesías, pero sin buen éxito; v. Ciaconio, III, 1000, 1002; cf. Carmina illustr. poet., III, 316 s.

(3) V. la dedicatoria de Catena, que precede a su Vita. Sobre el decreto del concejo romano respecto a la impresión de la Vida de Pío V, de Catena, v. Rodocanachi, Capitole, 122.

(4) Esto lo dice Catena expresamente en sus Lettere, 60.

(5) V. el \*Avviso di Roma de 16 de julio de 1586, Urb., 1054, p. 287, *Biblioteca Vatic.*

(6) La carta al arzobispo de Sevilla (Catena, 21) está conforme con el original, que se halla en el Barb. 3618. La Informatione sobre Pío V está bien

ción, la elaboración del material reunido, como también un orden general lleno de claridad. La biografía de Catena es más bien una colección de noticias, que por su riqueza no carece de valor aun hoy día. Así se explica que haya servido de base para todas las biografías posteriores del Papa (1).

Al utilizar la misma no se ha procedido en modo alguno con la necesaria crítica, la cual respecto de Catena es tanto más indispensable, cuanto que, dadas las circunstancias en que escribió, era para él inevitable caer en la falta de ensalzar demasiado los hechos de su héroe. En este respecto ha faltado menos en hacer afirmaciones directamente falsas, que en inclinarse a exagerar los buenos sucesos de Pío V, y a pasar en silencio sus malos éxitos. Al leer la exposición que hace Catena, de las relaciones del Papa con España, Francia y Alemania, se ha de llegar a creer, que Pío V llevó adelante *perfectamente* su programa respecto de estas naciones, y que no alcanzó sino triunfos. En parte no tiene Catena la culpa de estas faltas, porque Felipe II, luego que se publicó la Vita di Pío V, obligó a que el autor modificase en una nueva edición buen número de pasajes que le parecieron desfavorables para sí y otros príncipes. Así no puede causar maravilla el que en la exposición de las relaciones de Felipe II con Pío V no resalte suficientemente (p. 85 s.) el haberse el rey de España mantenido inflexible en sus intrusiones en el terreno eclesiástico (2). De semejante manera se exponen también demasiado favorablemente las relaciones del Papa con Venecia (p. 112 s.). El buen suceso de Commendone en sus negociaciones con el emperador Maximiliano en 1568, se presenta como real (p. 99), y se pasa enteramente en silencio el engaño que hizo padecer el emperador a la Santa Sede en esta cuestión. Tampoco está tratada debidamente la con-

utilizada en la p. 28 (cf. p. 34), como asimismo en la p. 58 s. la instrucción para Torre, en la p. 77 s. la hecha para Commendone, y en la p. 93 s. los Provedimenti para las Indias Occidentales, etc. La carta de Felipe II sobre don Carlos está traducida con exactitud en la p. 84 s.; sólo se ha de cambiar la fecha «20. por 22. También en el apéndice epistolar hay que poner en la p. 225, según Goubau, 302 s., «8. de marzo en vez de 5. Cf. también Mendham, 46, nota.

(1) Todavía Ranke (Los Papas, I) se apoya principalmente en Catena, pero se aprovecha además a lo menos de algunas fuentes manuscritas. La figura de Pío V, cual se pinta tan llena de vida real en las relaciones venecianas, le interesó en gran manera: «Tengo relaciones sobre él, que le retratan al vivo. Un hombre tan piadoso: sencillo como un niño y el más severo inquisidor y perseguidor de los protestantes». E. Guglia, L. v. Ranke, Leipzig, 1893, 62.

(2) Disculpa también a Catena la dificultad con que tenían que luchar entonces los historiadores que tocaban estas cosas: pues su «Vida de Pío V» fué prohibida inmediatamente en los dominios de España. Además de Fumi, L'inquisizione, 271, cf. también la \*relación de M. Brumani, fechada en Roma a 10 de septiembre de 1588, *Archivio Gonzaga de Mantua*, y Hübner, Sixte-Quint, París, 1870, II, 30. V. también Catena, Lettere, 19 s., 60 s., y Bibliófilo, X (1889), 2 s.

cesión del título de gran duque a Cosme I (p. 119). Da bien a conocer el modo como Catena exagera la bondad de Pío V, su dato de que el Papa expendió 100000 escudos para fomentar la industria de la lana, cuando en realidad sólo fueron 10000 (1).

Cuanto a las afirmaciones directamente falsas que se permitió hacer Catena con su anhelo de exaltar la gloria de su héroe (2), las más notables conciernen a Francia. Después de tratar de la deposición de los obispos herejes franceses que cumpliendo su deber decretó San Pío V, dice Catena: Pío fece pubblicare in Francia la detta sentenza si che i vescovi furono levati et posti in lor vece i cattolici (p. 60), lo que es directamente contrario a la verdad. Tampoco dice nada Catena del apoyo que halló en el gobierno francés Châtillon, privado de su dignidad cardenalicia. Respecto del abuso del concordato afirma (p. 61), que después de las representaciones de San Pío V [renunciaron a él los reves de Francia!

Türke (p. 27 s.) ha demostrado ser también indigna de crédito la relación de Catena (p. 171) sobre las promesas, que, según éste, hizo Carlos IX en 1571 al cardenal Bonelli, haciendo notificar al Papa, que él sólo concertaba el matrimonio de su hermana con Navarra, para poder aniquilar mucho más fácilmente a los caudillos de los hugonotes, con lo cual hasta viene a atribuirse este plan a los consejos de Pío V.

Con mucha más circunspección y reserva se expresa sobre este asunto el segundo biógrafo de Pío V, Juan Antonio Gabucio, rector del colegio de barnabitas de Roma, en su obra *De vita et rebus gestis Pii V*, publicada por primera vez en Roma en 1605, y dedicada a Paulo V. Falta aquí enteramente las indicaciones de Catena respecto a la aseveración de Carlos IX, de que el matrimonio de su hermana con Navarra sólo tenía por fin hacer que los hugonotes se creyesen seguros en París, y que principalmente por amor al Papa había resuelto castigar a los «traidores». Por otra parte Gabucio pone expresamente de realce, que el rey había declarado no poder descubrir más su intención, y que Bonelli se partió sin haber conseguido propiamente lo que pretendía.

Si Gabucio en este punto es un relator mucho más seguro y digno de confianza, explicase esto, porque en la composición de su obra fué ayudado mucho más que Catena, por el cardenal Bonelli. Este cardenal fué, como cuenta Gabucio en la dedicatoria de su obra a Paulo V, quien le indujo a componerla, y le suministró material. La mencionada discrepancia es tanto más importante, cuanto que Gabucio se adhiere de

(1) V. vol. XVII, p. 113. También Catena (p. 71) eleva al número demasiado alto de unos 600 hombres, las tropas auxiliares pontificias enviadas a Francia en 1569.

(2) Así la afirmación de que durante la enfermedad mortal del Papa fué en Roma il tutto passato con ordine et quieto (p. 112), de lo cual se saca luego por consecuencia, que esto fué una señal del óptimo gobierno de Pío V. Que al contrario no faltaron del todo los tradicionales desórdenes, lo dice expresamente la *Vita di Pío V*, publicada en *Anal. Boll.*, XXXIII, 202.

25. C. M. Antony, St. Pie V, Pope of the holy Rosary, London, 1911.

26. G. Grente, St. Pie V (Les Saints), Paris, 1914.

No faltan por tanto biógrafos, bien que todos estos escritos se apoyan en Catena y Gabucio, y no son trabajos rigurosamente científicos, que hagan separación entre la leyenda y la historia. Fuera de Laderchi (1), sólo Brognoli sacó abundante material de fuentes originales inéditas. Verdad es que Grente asegura haber hecho extensos estudios de los archivos, pero las fuentes inéditas que cita, son tan exiguas, que apenas son de consideración (2). Así queda todavía una rica cosecha en los archivos (3), para crear de las fuentes originales una exposición rigurosamente históricocrítica, en la que la figura de Pío V resalte con una vida más real y verdadera y con una mayor actividad que en los panegíricos usuales (4).

(1) Una parte de las cartas originales coleccionadas por Laderchi se halla en la *Bibl. Barberini de Roma*; v. Corresp. dipl., I, xxix.

(2) Cf. mi disertación en el *Anuario Hist.*, XXXIX (1919), 801 s.

(3) Cuán poco se ha estudiado aún el pontificado de San Pío V según las fuentes auténticas, lo ha hecho notar recientemente Serrano en la *Corresp. dipl.*, I, xv. Que ningún historiador ha sido todavía justo con San Pío V, lo pone de realce Balzani (*Sixto V*, Génova, 1913).

(4) Debo en este respecto recordar lo que escribí ya hace años: «Tiempo es de que termine el período de exornaciones de las vidas de los santos. No necesitan ellas piadosas ficciones; pueden resistir la luz solar de la crítica histórica, y por la misma no hacen más que ganar» (*Revista de Teol. cat.*, 1898, 147).

---



# ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

## en el presente volumen

---

- Acevedo**, beato Ignacio de (misionero jesuita portugués), 278, 279, 281.
- Aguilar**, marqués de (embajador extraordinario de España cerca de Pío V), 6.
- Alba** (duque de), 11, 12, 13, 78, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 167, 168, 169, 170, 172, 173, 174, 176, 179, 182, 184, 185, 186, 192, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 275.
- Alberto V** (duque de Baviera), 213, 216, 223, 224, 240, 241, 247, 251, 252, 253.
- Albret**, Juan de (obispo de Les-car), 93.
- Albret**, Juana de (reina de Navarra), 94, 280.
- Alburquerque**, duque de (gobernador de Milán), 15, 19, 20, 21, 22, 23, 39, 54.
- Alcalá**, duque de (virrey de Nápoles), 46, 48.
- Aldobrandini**, Juan (obispo de Imola, cardenal), 327, 329.
- Alejandro VI** (papa), 285.
- Allen**, Guillermo (sacerdote), 171.
- Andelot**, 125.
- Angennes**, Carlos de (obispo de Mans, enviado francés en Roma), 100.
- Anjou**, V. Enrique de Anjou.
- Antinori**, Ludovico (obispo de Volterra, embajador de Toscana en Roma), 238.
- Antoniano**, Silvio (latinista, profesor de la universidad romana), 378.
- Aragonia** (monseñor), 346.
- Arco** (embajador imperial en Roma), 184, 220, 222, 231, 232, 233, 234, 237, 282.
- Arcuzio**, Juan Bautista (poeta), 379.
- Argyll** (conde de), 138, 140, 145, 146.
- Arundel** (conde de), 164.
- Auger**, Edmundo (jesuita), 127, 128.
- Avilés**, Menéndez de (gobernador de la Florida), 293.
- Baglioni**, Pablo Francisco (comisario general de las fuerzas navales pontificias), 326.
- Bannister** (administrador de Norfolk), 201.
- Barbarigo**, Agustín (jefe veneciano de una escuadra), 356, 357, 358.
- Barker** (secretario de Norfolk), 201, 202.
- Barreto**, Núñez (patriarca de Abisinia), 295.
- Bazán**, Alvaro de (marqués de Santa Cruz, jefe español de una escuadra), 358.
- Beaton** (arzobispo de Glasgow, embajador de María Estuardo en París), 137, 140, 144, 152, 167.
- Bedford** (conde de), 164.
- Bedra**, Bartolomé (vicario del arzobispo de Milán en Chiggiona), 272.
- Bellenden** (empleado de administración escocés), 138.
- Berardi** (familia), 360.
- Bertrán**, San Luis (misionero dominico), 294, 295.

- Biglia, Melchor (conde, nuncio en la corte imperial), 211, 215, 217, 218, 219, 221, 222, 223, 228, 235, 236, 237, 250.
- Boccapaduli, Antonio (latinista), 390.
- Boncompagni (cardenal), 2.
- Bonelli, Jerónimo (nepote de Pío V, comandante pontificio), 367, 368.
- Bonelli, Miguel (dominico, cardenal, legado en España), 4, 40, 41, 48, 52, 55, 56, 57, 58, 59, 118, 119, 123, 231, 233, 327, 342, 348, 349, 350, 365, 385.
- Bonelli, Miguel (nepote de Pío V, capitán general), 360, 368.
- Bonrizzo, Luis (secretario veneciano), 312.
- Bonsi, Domingo (abogado, enviado de Cosme I en Roma), 229.
- Borbón (cardenal, legado pontificio), 91, 110.
- Borja, San Francisco de (general de los jesuitas), 57, 119, 216, 278, 279, 286, 293, 298, 299.
- Borromeo, San Carlos (arzobispo de Milán, cardenal), 11, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 26, 210, 267, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 389.
- Bothwell, Jacobo Hepburn (conde de), 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 164, 169, 193.
- Bragadino, Marco Antonio (defensor de Famagusta), 334, 356.
- Braganza, Constantino de (virrey de las Indias Orientales), 296.
- Bramante, Francisco (notario pontificio, enviado en Francia), 112, 113, 130.
- Brederode (noble flamenco), 71.
- Brendel, Daniel (arzobispo de Maguncia), 216, 249, 250.
- Brumano, César (nuncio en Nápoles), 48.
- Buchanan (humanista inglés), 203, 204.
- Burali, Pablo (de Arezzo, teatino, obispo de Plasencia, cardenal), 273.
- Burghley, Guillermo Cecil (lord, político inglés), 115, 154, 162, 164, 177, 181, 192, 201, 202, 203, 206.
- Bussoti, Bartolomé (tesorero general de Pío V), 382.
- Cadaville (almirante hugonote), 280.
- Caetani, Honorato, 360, 368.
- Caligari (auditor de Commendone), 215.
- Camaiani, Onofre, 229, 235.
- Camaiani, Pedro (obispo de Fiésole, nuncio en España), 9, 10, 11, 78.
- Camerario (consejero imperial), 226.
- Campagna, Jerónimo (escultor), 380.
- Canisio, San Pedro (jesuita), 211, 215, 245, 246, 248, 253, 254, 378.
- Capitone, Feliciano (arzobispo de Aviñón), 129.
- Capizuchi (familia), 360.
- Caracciolo (Marcelo), 34.
- Carafa, Antonio (cardenal), 25, 298.
- Cárdenas, Alfonso de (muerto en Lepanto), 359.
- Carlos (archiduque de Austria), 39, 220, 241, 242.
- Carlos (príncipe de España), 36, 37, 38.
- Carlos V (emperador), 62, 223.
- Carlos IX (rey de Francia), 91, 92, 93, 94, 95, 97, 100, 104, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 118, 120, 121, 123, 124, 130, 136, 184, 305, 320.
- Carnesecchi, Pedro (protonotario apostólico, hereje), 230.
- Carranza, Bartolomé (arzobispo de Toledo), 4, 5, 8, 9.
- Carrillo, Hernando de (enviado de Juan a Roma), 353.
- Casale, Alejandro (maestro de cámara de Pío V, enviado pontificio en España), 59.
- Casandro (sabio flamenco), 72.
- Castagna, Juan Bautista (arzobispo de Rossano, nuncio en España), 2, 3, 4, 6, 8, 11, 12, 14, 26, 27, 28, 29, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 77, 80, 99, 169, 184, 186, 196, 281.
- Castelberg, Cristián de (abad de Disentis), 276, 277.
- Catalina (esposa de Segismundo Augusto de Polonia), 264, 266.
- Catalina de Médicis (regente de Francia), 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 99, 100, 104, 107, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 117, 120, 123, 305.

- Cecil. V. Burghley.
- Cervantes, Miguel de (príncipe de los ingenios), 360, 378.
- Cerralbo, marqués de (embajador español en Roma), 19, 25.
- Cesarini, Juan Jorge, 368.
- Cesi, Pedro Donato (obispo de Narni, cardenal, enviado pontificio cerca de los príncipes italianos), 97, 327.
- Clemente VII (papa), 20, 43.
- Clemente X (papa), 391.
- Clemente XI (papa), 391.
- Coli (pintor), 381.
- Coligny (almirante), 101, 108, 115, 116, 118, 130, 131.
- Colonna (cardenal), 221.
- Colonna, Marco Antonio (almirante pontificio), 324, 325, 326, 333, 334, 339, 340, 344, 346, 347, 351, 354, 355, 356, 358, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370.
- Colonna, Pompeyo (duque de Zagarolo, comandante pontificio), 326, 334, 335, 360, 365, 368.
- Commendone (cardenal, legado pontificio), 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 238, 239, 242, 244, 250, 256, 265, 266, 267, 304, 305, 314, 344, 348, 349.
- Condé (príncipe de Borbón), 100, 103, 125, 131.
- Conti, Torcuato (jefe pontificio e ingeniero militar), 113.
- Córdoba, Juan de (muerto en Lepanto), 359.
- Corgna, Ascanio de la (comandante pontificio), 360.
- Cornaro, Luis (cardenal, camarlengo), 324, 382.
- Correro, Juan (embajador veneciano en Roma), 123, 124, 125, 126.
- Cosme I (duque de Florencia, gran duque de Toscana), 55, 56, 103, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 238, 242, 321, 350, 353, 386.
- Crivelli (cardenal), 2, 298.
- Cromer, Martín (canónigo, administrador del obispado de Ermland), 256, 262.
- Cubat (agente turco en Venecia), 309, 312.
- Culemburg (conde flamenco), 75.
- Cusano, Galeazzo (agente imperial en Roma), 382.
- Cusano, Nicolás (agente imperial en Roma), 39.
- Champernowne, Arturo (vicealmirante británico), 173.
- Châtillon, Odet de (cardenal), 91, 92, 114, 123.
- Chaumont, Juan de (obispo de Aix), 93.
- Chiesa, Juan Pablo della (jurisconsulto, cardenal), 17, 25, 233.
- Chisholm, Guillermo (obispo de Dunblane, embajador de María Estuardo en Roma y Francia), 133, 134, 135, 136, 137, 139, 140, 152, 156.
- Dacre, Leonardo (noble inglés), 177, 178.
- Darbishire, Tomás (jesuita), 126.
- Darnley (conde de Lennox, padre de Enrique Darnley), 144, 145, 146.
- Darnley, Enrique (esposo de María Estuardo), 133, 134, 138, 141, 142, 143, 144, 146, 147, 149, 150, 151, 166.
- Delfino, Juan (obispo de Torcello, nuncio en la corte imperial), 223, 238, 239, 240, 241.
- Delfino, Zacarías (cardenal), 37, 210, 219, 222.
- Delgadillo, Hernando (secretario del duque de Alba), 88.
- Dernbach, Baltasar de (príncipe abad de Fulda), 253.
- Doria, Juan Andrés (almirante español), 306, 318, 333, 334, 335, 337, 355, 357, 358.
- Doria, Marcelo, 335.
- Ducroc (embajador francés en Escocia), 142, 144, 151, 152.
- Dudith, Andrés (obispo de Pecs, embajador imperial en Polonia), 257.
- Duodo, Francisco (jefe veneciano de una flota), 357.
- Egmont (conde flamenco), 83, 85.
- Eisengrein, Martín (literato), 207, 226.
- Eltz, Jacobo de (arzobispo de Tréveris), 244, 250.
- Enrique de Anjou, 102, 104, 108, 115, 191.
- Enrique de Navarra, 103, 115, 116, 117, 118, 119, 121, 319, 386.
- Erasmus de Rotterdam, 64, 72.
- Ercilla, Alonso de (poeta), 379.



- Ernesto de Baviera (administrador del obispado de Frisinga), 247.
- Espés, Guerau de (embajador español en Londres), 172, 173, 174, 192, 197, 199, 200, 202.
- Espinosa, Diego de (presidente del Consejo de Estado, cardenal), 25, 30, 33, 35, 36, 50, 57, 58, 59, 80, 317.
- Este (familia), 234.
- Este, Alfonso de (duque de Ferrara), 229, 231, 234.
- Este, Hipólito de (cardenal de Ferrara), 229, 370.
- Estuardo, Jacobo (conde de Murray, regente de Escocia), 138, 140, 143, 145, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 190, 191.
- Facchinetti, Juan Antonio (nuncio en Venecia, más tarde Papa Inocencio IX), 311, 312, 322, 330, 332, 335, 336, 337, 340, 341, 342, 343, 344, 347, 362.
- Farel, Guillermo (suizo protestante), 269.
- Farnesio, Alejandro (cardenal), 210, 305, 324.
- Farnesio, Alejandro (príncipe de Parma), 360, 365.
- «Fate ben per voi» (ermitaño), 368.
- Felipe II (rey de España), 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 16, 17, 18, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 54, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 69, 70, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 87, 88, 89, 90, 94, 97, 101, 110, 111, 113, 119, 121, 136, 138, 168, 172, 173, 174, 179, 184, 185, 186, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 205, 206, 217, 224, 228, 234, 250, 262, 275, 283, 286, 287, 292, 297, 301, 302, 304, 305, 313, 315, 316, 317, 318, 321, 323, 324, 325, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 335, 336, 338, 339, 340, 341, 342, 346, 347, 348, 351, 355, 371, 372, 386.
- Felton, Juan (noble inglés), 184, 189.
- Fenelón, De la Mothe (embajador francés en Inglaterra), 162.
- Feria (duque de), 201.
- Feria (duquesa de), 179.
- Fernando I (emperador), 223.
- Fernando II (archiduque del Tirol), 218, 252, 378.
- Figuerola (presidente del Consejo de Castilla), 1.
- Fitzwilliams (oficial de Hawkins), 201.
- Folietta (historiador), 378.
- Fontana, Jacobo (arquitecto), 326.
- Frangipani (familia), 360.
- Frangipani, Fabio Mirto (obispo de Cajazzo, nuncio en Francia), 101, 109, 112, 113, 114, 124, 130.
- Gabrielli (familia), 360.
- Gail, doctor Andrés (consejero imperial), 234.
- Galli, Tolomeo (cardenal), 210.
- Garcés, Julián (obispo de Tlaxcala), 286.
- Gasser, Juan (suizo católico), 272.
- Gherardi, Pedro, 379.
- Ghislieri, Miguel (dominico, cardenal, inquisidor general, más tarde Papa Pío V), 60.
- Giustiniani (linaje), 303.
- Giustiniani (Jofre), 362.
- Giustiniani, Vicente (general de los dominicos, cardenal, enviado pontificio en España), 52, 53, 54, 55, 59.
- Glareán (maestro de Tschudi), 270.
- Glencairn (lord), 156.
- Goldwell (obispo de Saint Asaph), 180.
- Gómez (Ruy), 57, 82, 317.
- Gonzaga, Ludovico (duque de Nevers) 97, 98, 104.
- González, Gil (misionero dominico), 288.
- Gordon, Jorge (conde de Huntly), 143, 145, 146.
- Grange (Laird de), 165.
- Granvela (arzobispo de Malinas, cardenal), 19, 23, 24, 63, 67, 69, 70, 77, 81, 89, 305, 313, 314, 318, 319, 325, 327, 328, 329, 331, 336, 337, 340, 353, 354.
- Grassi, Carlos de (cardenal), 327.
- Graziani, Antonio María (secretario de Commendone), 179, 223.
- Graziani, Fabiano (muerto en Lepanto), 359.
- Gregorio XIII (papa), 60.
- Greyerz (conde de), 269.
- Grindal (obispo protestante de York), 187.

- Groesbeek, Gerardo (obispo de Lieja), 244.
- Guillart, Carlos (obispo de Chartres), 93.
- Guillermo (duque de Cléveris), 245, 247.
- Guisa, Carlos de (arzobispo de Reims, cardenal de Lorena), 68, 94, 96, 100, 104, 109, 110, 133, 137, 138, 139, 140, 152.
- Guisa, Enrique de (duque), 104.
- Harding (sacerdote inglés), 170.
- Hawkins, Juan (pirata inglés), 200, 201, 202.
- Hay, Edmundo (jesuita), 136, 137, 139, 140, 152, 153, 154.
- Herrera, Fernando de (poeta), 379.
- Herries (lord, representante de María Estuardo cerca del gobierno inglés), 159.
- Higford (arrendatario de Norfolk), 201.
- Hoffes, Pablo (jesuita), 246.
- Horn (conde flamenco), 83, 85.
- Hosio, Estanislao (obispo de Ermland, cardenal, legado), 256, 257, 261, 262, 263.
- Hoya, Juan de (obispo de Osnabrück y Münster), 244, 250.
- Hume (lord), 154.
- Huntly, V. Gordon, Jorge.
- Ignacio de Loyola (San), 295.
- Isabel (reina de Inglaterra), 72, 83, 84, 101, 114, 115, 119, 135, 138, 141, 146, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 171, 173, 174, 175, 177, 178, 180, 181, 182, 184, 185, 186, 187, 188, 191, 192, 197, 199, 200, 204, 205, 206, 372.
- Iván IV (zar), 321, 322, 323.
- Juan Casimiro (conde palatino), 97.
- Juan de Austria (generalísimo de la liga en la batalla de Lepanto), 317, 330, 331, 338, 339, 346, 347, 351, 352, 353, 354, 356, 357, 358, 364, 365, 372, 375, 378, 380.
- Julio II (papa), 284.
- Khevenhüller, Juan (enviado imperial en Roma), 211.
- Khuen-Belasy, Juan Jacobo de (arzobispo de Salzburgo), 248, 249.
- Knollys, sir Francisco (custodio de María Estuardo), 160.
- Knox (hereje), 138, 148, 155, 190.
- Kunz, Otmaro (abad de San Galo), 273.
- L' Hôpital (canciller francés), 95, 96, 100.
- Lala Mustafá (visir, educador de Selim II), 308.
- Lancellotti, Escipión (canonista), 211, 215.
- Las Casas (misionero dominico), 292.
- Laureo, Vicente (obispo de Mondoví, nuncio para Escocia), 137, 138, 139, 140, 141, 144, 151, 152, 153, 274.
- Ledesma (jesuita), 211.
- Leicester (conde de), 159, 164, 165, 204, 206.
- Lennox, V. Darnley, conde de.
- León Pereira, Gaspar de (arzobispo de Goa), 296.
- Leslie (obispo de Ross), 159, 161, 165, 191, 192, 200, 202.
- Lethington (conde de), 138, 143, 145, 146, 163, 164, 165.
- Limburgo, Erasmo de (obispo de Estrasburgo), 245.
- Lindano (obispo de Roermond), 89.
- Lindsay, Ruth de (lord), 140.
- Lipomano (nuncio en Polonia en el pontificado de Paulo IV), 259.
- Loaisa, Rodrigo de (religioso misionero), 288, 290, 291.
- Lorena (cardenal de). V. Guisa, Carlos.
- Luis de Nassau (conde, hermano del de Orange), 71, 83, 86.
- Lussy, Melchor (adalid de la Suiza católica), 268, 271, 272, 273, 274.
- Mac Gill (empleado de administración escocés), 138.
- Madruzzo, Cristóbal (cardenal), 210, 324.
- Maldonado (jesuita), 128, 129.
- Malvezzi (familia), 360.
- Mamerot, Roque (dominico, confesor de María Estuardo), 149, 151.
- Manareo, Oliverio (jesuita), 127, 128, 136.
- Manuel Filiberto (duque de Saboya), 97, 98, 103, 118, 275.
- Marcos Sittich de Hohenems (cardenal), 210, 226, 248, 251.
- Margarita de Parma (gobernadora

- general de los Países Bajos), 63, 69, 70, 71, 72, 76, 83, 302.
- Margarita de Valois, 115, 116, 118, 119, 121, 319, 348.
- María Estuardo (reina de Escocia), 115, 132, 133, 134, 135, 137, 137, 138, 139, 140, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 171, 173, 174, 176, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 197, 199, 200, 201, 203, 204, 205.
- Marnix, Felipe de (publicista flamenco), 75.
- Marselaer, José Ricke de (misionero franciscano), 291.
- Martín V (papa), 43.
- Massimi (Lelio de), 360.
- Máximo, Domingo (comandante pontificio), 326.
- Maximiliano II (emperador), 86, 136, 141, 187, 207, 208, 209, 210, 211, 213, 214, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 231, 232, 234, 235, 236, 238, 239, 240, 242, 243, 245, 250, 304, 305, 320, 322, 363, 373.
- Médicis, Fernando de (hijo de Cosme I, cardenal), 230.
- Mendoza, Fernando (enviado cerca del emperador), 363.
- Miguel Angel, 307.
- Míguez, José (judío cortesano del sultán Selim II), 308.
- Muesinsade Ali, Kapudán-Bajá (generalísimo turco en la batalla de Lepanto), 358.
- Moncada (enviado de Juan a Venecia), 353.
- Montluc, Juan de (obispo de Valence), 93, 124.
- Montmorency (duque de), 96, 122.
- Montpensier (duque de), 114.
- Moretta (embajador saboyano en Escocia), 151, 152.
- Morillón, Maximiliano (vicario general del cardenal Granvela), 76.
- Morone (cardenal), 212, 219, 221, 222, 233, 262, 305, 324, 327, 329, 330, 331, 335, 338, 344.
- Morton (conde de), 138, 140, 146, 154, 160.
- Morton, Nicolás (penitenciario en San Pedro de Roma), 172, 179, 180.
- Mula (cardenal), 298, 305, 362.
- Mureto, Marco Antonio (latinista), 370, 378, 390.
- Murray, V. Estuardo, Jacobo.
- Mutahat (jerife, soberano de Arabia), 364.
- Nadal, Jerónimo (jesuita), 211.
- Nas, Juan (franciscano tirolés), 379.
- Nassi, Josef. V. Miguez.
- Navarra, V. Albret, Juana de, y Enrique de Navarra.
- Ninguarda, Feliciano (dominico), 248.
- Norfolk (duque de), 163, 164, 165, 169, 170, 174, 175, 192, 193, 194, 195, 197, 199, 200, 201, 202.
- Noroña, Antonio de (virrey de las Indias Orientales), 296.
- Northumberland (conde de), 164, 175, 176, 177, 179.
- Norton, Ricardo (conde), 175.
- O'Gibbon, Mauricio (arzobispo de Cashel), 204, 205.
- O'Neill, Shane (caudillo irlandés), 206.
- Occhiali, V. Uluch Alf.
- Oddi (familia), 360.
- Odescalchi, Pablo (nuncio para Nápoles y las Dos Sicilias), 34, 40, 45, 48, 354.
- Orange, Guillermo (príncipe de), 65, 66, 69, 70, 71, 75, 76, 83, 84, 86, 87, 90, 94, 101.
- Orsini, Flavio (cardenal), 324.
- Orsini, Horacio, 360.
- Orsini, Pablo Jordán (comandante pontificio), 306, 325, 360.
- Orsini, Virginio, 360.
- Oviedo (coadjutor del patriarca de Abisinia), 295.
- Pacheco, Francisco (cardenal), 19, 23, 24, 85, 218, 319, 340, 370.
- Paruta (historiador), 378.
- Paulo III (papa), 45.
- Paulo IV (papa), 67, 259, 275, 297.
- Pavesi, Esteban (dominico, arzobispo de Sorrento, enviado pontificio en los Países Bajos), 76.
- Pellevé, Nicolás de (cardenal), 130.
- Pembroke (conde de), 164, 206.
- Pfyffer, Luis (adalid de la Suiza católica), 268.
- Piali-Bajá (almirante turco), 303, 308.

- Piersanti (enviado pontificio en Lorena), 97.  
 Pío IV (papa), 68, 216, 230, 256, 275, 295, 297, 306.  
 Pistoya, Jerónimo de (capuchino), 320.  
 Planta, Juan (noble grisón), 277.  
 Ponce de León, Juan (muerto en Lepanto), 359.  
 Porta, Beatus a (obispo de Coira), 276, 277.  
 Portico, Vicente de (nuncio en Polonia), 261, 262, 264, 265, 266, 322, 323.  
 Posevino, Antonio (jesuita), 127, 128.  
 Quirós, Vasco de (obispo de Michoacán), 286.  
 Quitreo, David (teólogo luterano), 226, 227.  
 Regín, Claudio (obispo de Olorón), 93.  
 Renata (madre de Alfonso de Este, duque de Ferrara), 229.  
 Requeséns, Luis de (embajador español en Roma), 6, 14, 23, 35, 40, 60, 77, 80, 81, 85, 355, 358, 370, 371.  
 Reumano (cardenal), 210.  
 Revertera (consejero del virrey de Nápoles), 46.  
 Riccio, David (secretario particular de María Estuardo), 134.  
 Ridolfi, Rodolfo (banquero florentino en Londres), 172, 180, 183, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 202.  
 Roll, Gualtero (suizo católico), 269, 273.  
 Romegasso (caballero), 365, 368.  
 Ronsard, Pedro de (fundador del clasicismo francés), 125.  
 Róvere, Francisco María de la (príncipe de Urbino), 360, 387.  
 Róvere, Guidobaldo de la (duque de Urbino), 373.  
 Rozdrazow, Jerónimo de (conde), 110.  
 Rucellai, Aníbal (enviado francés en Roma), 95, 96, 100.  
 Ruggieri, Julio (nuncio pontificio), 256, 257, 258, 259, 260, 321.  
 Ruspoli (familia), 360.  
 Russinowsky, Guillermo (obispo de Olmütz), 251.  
 Rusticucci, Jerónimo (cardenal), 327, 335, 362, 385.  
 Saint-Gelais, Juan de (obispo de Uzés), 83.  
 Salentin de Isenburg (conde, arzobispo de Colonia), 244, 245, 250.  
 Salis, Bartolomé (arcipreste de Sondrio), 276.  
 Saló, Domingo de (artista), 380.  
 Salviati, Antonio María (nuncio extraordinario en Francia), 117, 118.  
 Sanders, Nicolás (teólogo inglés), 170, 172, 178, 179, 180, 211, 215.  
 Sanseverino, Juan Galeazzo (conde), 117.  
 Santa Croce (familia), 360.  
 Santa Croce, Fabio (comandante pontificio), 326.  
 Santa Flora. V. Sforza.  
 Savelli (Troilo), 360.  
 Scrope (lord), 160.  
 Schaulak, Mahomet (gobernador de Alejandría, almirante turco), 358.  
 Schorno, Cristóbal (suizo católico), 269.  
 Schwendi (general en jefe), 217.  
 Sebastián (rey de Portugal), 118, 283, 286, 287, 319, 348.  
 Segesser, Jost (capitán de la guardia suiza pontificia), 236.  
 Segismundo Augusto (rey de Polonia), 255, 258, 259, 260, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 322, 323.  
 Selim II (sultán), 308, 309.  
 Serbelloni, Gabriel (capitán de la guardia pontificia), 360.  
 Seton (lord), 152.  
 Sforza de Santa Flora (conde, general pontificio), 102, 360, 365.  
 Sforza Pallavicini (general), 332, 338.  
 Shelley, Ricardo (prior de los sanjuanistas), 180.  
 Shrewsbury (conde de), 164.  
 Simancas, Diego de (obispo de Badajoz), 8.  
 Sirleto (cardenal), 298.  
 Sixto V (papa), 390, 391.  
 Sokoli, Mahomet (gran visir), 308, 310.  
 Solimán II el Magnífico (sultán), 217, 218, 307.  
 Soranzo, Juan (embajador veneciano en Roma), 326, 337, 338.

- Sore, Juan (vicealmirante hugonote), 279, 280.
- Soriano, Miguel (embajador veneciano en Roma), 326, 329, 330, 331, 332, 336, 338.
- Souchier, Jerónimo (abad general de los cistercienses, cardenal), 25.
- Storey, 189.
- Straetmann, Juan (dominico), 85.
- Strein, Gabriel (barón de Schwarzenan, consejero imperial), 234.
- Stukely, Tomás (aventurero), 205, 206.
- Sussex (conde de), 175, 176, 177.
- Tavannes (mariscal de Francia), 102, 109.
- Tavera, Enrique (dominico, obispo de Cochín), 296.
- Ticiano (pintor), 380.
- Tiépolo, Pablo (embajador veneciano en Roma), 32, 229, 244.
- Tintoretto, Domingo (pintor), 380.
- Tintoretto, Jacobo (pintor), 380.
- Toledo, Fadrique de (hijo del duque de Alba), 192.
- Toledo, Francisco de (virrey del Perú), 287, 288, 289, 290, 292.
- Torre, Miguel de la (obispo de Ceneda, nuncio en Francia), 91, 92, 98, 99, 101.
- Torres, Luis de (clérigo de la Cámara Apostólica, enviado en España), 55, 315, 316, 317, 318, 319, 325.
- Tournón (cardenal, enviado francés cerca de Pío V), 92.
- Truchsess, Gebhard (sobrino del cardenal Otón Truchsess), 248.
- Truchsess, Otón (cardenal), 210, 212, 215, 216, 221, 248, 251, 252, 346, 363.
- Tschudi, Egidio (historiador), 270, 273.
- Uchanski (arzobispo de Gniezno), 257, 261, 263, 265.
- Uluch Ali (baja de Argel, almirante turco), 358, 376.
- Urbano II (papa), 53, 58, 58, 189.
- Valette, La (gran maestro de los sanjuanistas), 301, 304, 374.
- Vasari, Jorge (pintor), 382.
- Vasconcelos, Fernando de (virrey electo del Brasil), 279, 280.
- Vaux, Lorenzo (sacerdote), 171.
- Vaz, Andrés (sacerdote misionero), 296.
- Veniero, Sebastián (almirante veneciano), 352, 354, 355, 356, 358, 359.
- Verallo (arzobispo), 237.
- Veronés, Pablo (pintor), 380.
- Vicentino, Andrés (pintor), 380.
- Viglio (consejero de Margarita de Parma), 76.
- Villani (consejero del virrey de Nápoles), 46.
- Walsingham, 192.
- Warwick (conde de), 176.
- Westmoreland (conde de), 164, 174, 175, 176, 177, 179.
- Wied, Federico de (arzobispo de Colonia), 212, 244.
- Wilson, Esteban (enviado escocés en París y Roma), 138, 139.
- Wolfango de Zweibrücken (conde palatino), 101, 102, 125.
- Wolski (obispo de Leslau), 257.
- Zane, Jerónimo (almirante veneciano), 333.
- Zriny, Nicolás (general), 218.
- Zumárraga (obispo de Méjico), 286.
- Zumbrunnen, Juan (suizo católico), 269.
- Zúñiga, Juan de (embajador español en Roma), 24, 25, 26, 32, 33, 37, 38, 39, 56, 60, 61, 85, 131, 184, 185, 186, 195, 313, 318, 319, 323, 325, 340, 351, 372.

# ÍNDICE ANALÍTICO

---

## CAPÍTULO IV. ACTITUD DE Pío V RESPECTO DE FELIPE II. LA LUCHA DEL PAPA CONTRA LA INGERENCIA DEL ESTADO ESPAÑOL EN LOS ASUNTOS ECLESIASTICOS

I. Tirantez entre Madrid y Roma por efecto de las pretensiones regalistas de Felipe II (1).

Evítase un rompimiento con Felipe II, por la comunión de muchos intereses y la personalidad del nuncio de España, J. B. Castagna (2-3).  
El Recurso de fuerza (3).

Espinosa posición del nuncio de España (4).

El proceso de Carranza (4-5).

Atropellamiento de la jurisdicción eclesiástica por parte del gobierno español (6).

Felipe II demanda importantes concesiones rentísticas, pero se muestra poco condescendiente, aun en cosas de poca monta (6-8).

Constante vulneración de la autoridad de la Santa Sede en España (8).

Aumento de las desavenencias con ocasión del levantamiento de los Países Bajos. Envío de P. Camaiani (8-13).

Tirantez entre Roma y Madrid por efecto del regalismo de Felipe II (13-14).

Contiendas políticoeclesiásticas en Milán (14-23).

II. Influjo de Granvela en Requeséns y Felipe II (23-24).

Zúñiga sucesor de Requeséns (24-26).

El regalismo español según la descripción del nuncio Castagna; difícil posición de éste. Prohibición de las corridas de toros (27-29).

La nueva forma de la bula *In cena Domini*. Las negociaciones sobre ella con el gobierno español (30-36).

La tragedia de don Carlos y la misión de Aquaviva (36-39).

Felipe II mantiene todas sus pretensiones regalistas (40-41).

Justificación de la bula *In cena Domini* por parte del Papa y sus requerimientos a Felipe II (42-45).

Los abusos e intromisiones civiles en el reino de Nápoles (46-52).

III. Misión del general de los dominicos, V. Giustiniani, a España; sus quejas a causa de la Monarchia Sicula, y sus poco felices éxitos (52-55).

La condescendencia del Papa mal recompensada por Felipe II (55-56).

Misión del cardenal Bonelli y sus quejas inútiles respecto al regalismo español (56-57).

Felipe II rehusa abandonar algunas pretensiones (57-58).

- Sore, Juan (vicealmirante hugonote), 279, 280.
- Soriano, Miguel (embajador veneciano en Roma), 326, 329, 330, 331, 332, 336, 338.
- Souchier, Jerónimo (abad general de los cistercienses, cardenal), 25.
- Storey, 189.
- Straetmann, Juan (dominico), 85.
- Strein, Gabriel (barón de Schwarzenan, consejero imperial), 234.
- Stukely, Tomás (aventurero), 205, 206.
- Sussex (conde de), 175, 176, 177.
- Tavannes (mariscal de Francia), 102, 109.
- Tavera, Enrique (dominico, obispo de Cochín), 296.
- Ticiano (pintor), 380.
- Tiépolo, Pablo (embajador veneciano en Roma), 32, 229, 244.
- Tintoretto, Domingo (pintor), 380.
- Tintoretto, Jacobo (pintor), 380.
- Toledo, Fadrique de (hijo del duque de Alba), 192.
- Toledo, Francisco de (virrey del Perú), 287, 288, 289, 290, 292.
- Torre, Miguel de la (obispo de Ceneda, nuncio en Francia), 91, 92, 98, 99, 101.
- Torres, Luis de (clérigo de la Cámara Apostólica, enviado en España), 55, 315, 316, 317, 318, 319, 325.
- Tournón (cardenal, enviado francés cerca de Pío V), 92.
- Truchsess, Gebhard (sobrino del cardenal Otón Truchsess), 248.
- Truchsess, Otón (cardenal), 210, 212, 215, 216, 221, 248, 251, 252, 346, 363.
- Tschudi, Egidio (historiador), 270, 273.
- Uchanski (arzobispo de Gniezno), 257, 261, 263, 265.
- Uluch Ali (baja de Argel, almirante turco), 358, 376.
- Urbano II (papa), 53, 58, 58, 189.
- Valette, La (gran maestro de los sanjuanistas), 301, 304, 374.
- Vasari, Jorge (pintor), 382.
- Vasconcelos, Fernando de (virrey electo del Brasil), 279, 280.
- Vaux, Lorenzo (sacerdote), 171.
- Vaz, Andrés (sacerdote misionero), 296.
- Veniero, Sebastián (almirante veneciano), 352, 354, 355, 356, 358, 359.
- Verrallo (arzobispo), 237.
- Veronés, Pablo (pintor), 380.
- Vicentino, Andrés (pintor), 380.
- Viglio (consejero de Margarita de Parma), 76.
- Villani (consejero del virrey de Nápoles), 46.
- Walsingham, 192.
- Warwick (conde de), 176.
- Westmoreland (conde de), 164, 174, 175, 176, 177, 179.
- Wied, Federico de (arzobispo de Colonia), 212, 244.
- Wilson, Esteban (enviado escocés en París y Roma), 138, 139.
- Wolfango de Zweibrücken (conde palatino), 101, 102, 125.
- Wolski (obispo de Leslau), 257.
- Zane, Jerónimo (almirante veneciano), 333.
- Zriny, Nicolás (general), 218.
- Zumárraga (obispo de Méjico), 286.
- Zumbrunnen, Juan (suizo católico), 269.
- Zúñiga, Juan de (embajador español en Roma), 24, 25, 26, 32, 33, 37, 38, 39, 56, 60, 61, 85, 131, 184, 185, 186, 195, 313, 318, 319, 323, 325, 340, 351, 372.

# ÍNDICE ANALÍTICO

---

## CAPÍTULO IV. ACTITUD DE Pío V RESPECTO DE FELIPE II. LA LUCHA DEL PAPA CONTRA LA INGERENCIA DEL ESTADO ESPAÑOL EN LOS ASUNTOS ECLESIASTICOS

I. Tirantez entre Madrid y Roma por efecto de las pretensiones regalistas de Felipe II (1).

Evítase un rompimiento con Felipe II, por la comunión de muchos intereses y la personalidad del nuncio de España, J. B. Castagna (2-3).  
El Recurso de fuerza (3).

Espinosa posición del nuncio de España (4).

El proceso de Carranza (4-5).

Atropellamiento de la jurisdicción eclesiástica por parte del gobierno español (6).

Felipe II demanda importantes concesiones rentísticas, pero se muestra poco condescendiente, aun en cosas de poca monta (6-8).

Constante vulneración de la autoridad de la Santa Sede en España (8).

Aumento de las desavenencias con ocasión del levantamiento de los Países Bajos. Envío de P. Camaiani (8-13).

Tirantez entre Roma y Madrid por efecto del regalismo de Felipe II (13-14).

Contiendas políticoeclesiásticas en Milán (14-23).

II. Influjo de Granvela en Requeséns y Felipe II (23-24).

Zúñiga sucesor de Requeséns (24-26).

El regalismo español según la descripción del nuncio Castagna; difícil posición de éste. Prohibición de las corridas de toros (27-29).

La nueva forma de la bula *In cena Domini*. Las negociaciones sobre ella con el gobierno español (30-36).

La tragedia de don Carlos y la misión de Aquaviva (36-39).

Felipe II mantiene todas sus pretensiones regalistas (40-41).

Justificación de la bula *In cena Domini* por parte del Papa y sus requerimientos a Felipe II (42-45).

Los abusos e intromisiones civiles en el reino de Nápoles (46-52).

III. Misión del general de los dominicos, V. Giustiniani, a España; sus quejas a causa de la Monarchia Sicula, y sus poco felices éxitos (52-55).

La condescendencia del Papa mal recompensada por Felipe II (55-56).

Misión del cardenal Bonelli y sus quejas inútiles respecto al regalismo español (56-57).

Felipe II rehusa abandonar algunas pretensiones (57-58).



Mérito del nuncio Castagna en impedir un rompimiento entre Roma y Madrid (60).

Actitud de Pío V respecto a España; la pureza de las intenciones del Papa reconocida también por Zúñiga (60-61).

**CAPÍTULO V. LOS PRINCIPIOS DE LA REVOLUCIÓN POLÍTICORRELIGIOSA  
EN LOS PAÍSES BAJOS Y LA INTERVENCIÓN  
DE PÍO V EN LAS GUERRAS CIVILES Y RELIGIOSAS DE FRANCIA.  
COMIENZO DEL FORTALECIMIENTO INTERIOR  
DE LOS CATÓLICOS FRANCESES**

I. Causas de la revolución políticorreligiosa de los Países Bajos (62-65).

Rasgos distintivos de Guillermo de Orange (65-66).

Reorganización y aumento de los obispos de Flandes (67-68). La oposición a esto (68-69). La caída de Granvela (69-70).

Política de Felipe II y el estallido de la revolución en los Países Bajos (70-74). La destrucción de imágenes del año 1566 (74-75).

Pío V procura inútilmente mover a Felipe II a presentarse personalmente en Flandes. Misión de P. Camaiani (75-81).

El envío de Alba y el programa de Felipe II (82-84). Dictadura militar de Alba. El engaño del Papa acerca de los sucesos de Flandes. Su gozo por las victorias del duque de Alba (84-87).

Alba y la nueva organización de los obispos (88-89).

Alba representante del regalismo español (89-90); severo régimen político (90).

Pío V, a causa de los horrores de los calvinistas, se ve obligado a apoyar al poder español en los Países Bajos (90).

II. Diversidad de los intentos del Papa y de Catalina de Médicis en vista de las revueltas de Francia. Envío de Miguel de la Torre como nuncio (6 de abril de 1566) (90-92).

Quejase el Papa de Catalina de Médicis por apoyar ésta a los obispos depuestos por herejía (92-94).

Estalla la segunda guerra civil y religiosa de Francia. Actitud del Papa y sus disposiciones para proteger a la Iglesia (94-99).

La paz de Longjumeau (marzo de 1568) y sus consecuencias (99-100).

La tercera guerra civil y religiosa de Francia y la conducta del Papa (100-103).

Motivos por los cuales intentó Pío V el aniquilamiento de los hugonotes (temor de una invasión de los mismos en Italia) (103-105).

El cuerpo auxiliar pontificio. No se saca provecho de la victoria obtenida de los hugonotes en Moncontour (3 de octubre de 1569). La paz de Saint-Germain (8 de agosto de 1570) (105-111).

Envío secreto de Bramante a Francia; lo infructuoso del mismo (112-113).

Apartamiento del gobierno francés de España y aproximación a los calvinistas y a Inglaterra. Memoria de Frangipani sobre el estado de Francia (114-115).

Peligrosos planes de casamiento de Catalina de Médicis para sus hijos. Irritación en Roma (115-116).

El Papa niega la dispensa para el matrimonio de la princesa Margarita con el de Navarra. Envío de A. M. Salviati a Francia (diciembre de 1571) (117-118).

El cardenal legado Bonelli y sus infructuosas negociaciones. Ningún convenio sobre la Noche de San Bartolomé (118-122).

El gobierno francés vuelve a acercarse a los hugonotes y a sus aliados (122).

Solicitud del Papa por mantener la pureza de la fe en Francia, y remediar los daños allí causados a la Iglesia (122-123).

Abuso del concordato por parte del gobierno francés, que apoya aun a los obispos depuestos (123-124). Pérdidas materiales de la Iglesia en Francia (124).

Los católicos franceses cobran aliento (124-126).

Elevación de la autoridad pontificia en Francia. Impresión que causa la santa vida de Pío V (126).

Actividad de los jesuitas en Francia (127-129).

Reformas eclesiásticas promovidas por el Papa (129-130).

Impulso que recibe la vida católica en Francia (130).

Pío V sólo quiere que se combata abiertamente a los hugonotes, pero no que se quite de en medio a sus caudillos con el asesinato (131).

## CAPÍTULO VI. LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA EN ESCOCIA, INGLATERRA E IRLANDA. MARÍA ESTUARDO E ISABEL

I. Situación apurada de los católicos escoceses. Conjunción contra María Estuardo. Asesinato de su secretario particular Riccio (132 a 134).

Chisholm embajador de la reina de Escocia en Roma. Pasos dados por Pío V para apoyar a María Estuardo (134-136).

La demanda de un nuncio (136-137).

Vicente Laureo en París; su juicio sobre la situación. Pago de una parte del subsidio pecuniario del Papa (137-139).

Envío de E. Hay. Suspéndese el pago de los subsidios (139).

Laureo en favor de un proceder decidido. María en favor de la blandura (139-141). Darnley y Bothwell (141-143).

Asesinato de Darnley. Bothwell ante el tribunal del Parlamento (144-147).

Bothwell se casa con María Estuardo (147-148). Juicio sobre la culpa de María. Calumnias contra ella. Las cartas de la cajita (148-151).

Fin de la nunciatura de Laureo (151-153).

Pío V sobre la culpa de María Estuardo (153-154).

Prisión y huida a Inglaterra de María Estuardo. Persecución de los católicos en Escocia (154-156).

II. Hostilidad de la reina Isabel contra María Estuardo. Las conferencias de York y Westminster (156-162).

Situación de María después de las conferencias. Consecuencias de su opresión (162-163).

Plan de un matrimonio con Norfolk (163-165).

III. Planes en favor de María. Actitud de Pío V respecto a ella (165-168).

Pío V en pro de un nuevo despertamiento de la vida católica en Inglaterra (168-171).

El levantamiento de 1569; su preparación (172-175); su estallido (175 a 176); causa de su mal éxito, y su castigo (176-177).

Roma y el levantamiento (consejos de Sanders) (178-180).

Proceso romano contra Isabel. La bula de excomunión (180-182).

Forma de su publicación (182-183). Protesta de España (184-186).

Efecto de la bula en los católicos y en los protestantes. Nueva persecución (186-188).

Juicio sobre la bula de excomunión (189-190).

Planes contra María Estuardo y sus partidarios escoceses (190-191).

Conjunción de Ridolfi (192-202); consecuencias de la conjunción (202-204).

El estado de Irlanda. Planes fantásticos de Stukely (204-206).

**CAPÍTULO VII. LA POLÍTICA RELIGIOSA DEL EMPERADOR  
MAXIMILIANO II Y SU PROTESTA CONTRA LA ELEVACIÓN DE COSME I  
A GRAN DUQUE DE TOSCANA. CONFUSIÓN RELIGIOSA  
EN AUSTRIA. CONATOS DE REFORMA  
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA EN ALEMANIA, PRINCIPALMENTE  
EN BAVIERA Y EN LOS PRINCIPADOS ECLESIASTICOS**

I. Diferencia de la actitud religiosa de Pío V de la del emperador Maximiliano II (207-209).

Envío del cardenal Commendone a la dieta de Augsburgo (209). Excelentes dotes de Commendone; sus instrucciones (209-212).

Commendone en la dieta de Augsburgo (213-214). La cuestión sobre si se había de confirmar la paz religiosa de Augsburgo, o protestar contra ella, se deja al juicio de Commendone (215-216).

Aceptación de los decretos del concilio de Trento por parte de los Estados católicos; éxito feliz de la dieta (216-217).

El auxilio contra los turcos y la guerra contra los mismos (217-218).

El nuncio Biglia y las relaciones de Maximiliano II con la Santa Sede (218-219).

Auxilio pontificio para la defensa contra los turcos (219-220).

Condescendencia de Maximiliano II con la nobleza protestante de la Baja Austria (220-222). El segundo envío de Commendone (222-224). Cede el emperador y muestra una conducta equívoca y engañosa (225 a 227).

Acción reformatoria de Commendone en la Baja y Alta Austria, Passau y Salzburgo (227-228).

La elevación de Cosme I a gran duque de Toscana (228-231). Oposición del emperador (231-232). Coronación de Cosme por el Papa en Roma (233).

Oposición a la elevación de Cosme a gran duque, especialmente por parte de Maximiliano II (233-237).

Juan Delfino nuncio en la corte imperial (238-239). Conducta equívoca de Maximiliano II con Delfino (239-240).

Delfino y el archiduque Carlos. Estado de la religión en Estiria (241-242). Empeoramiento de la situación de la Iglesia católica en Austria. Fracaso de la política religiosa de Maximiliano II (242-243).

II. El Papa favorece los conatos de reforma y restauración católica que se manifiestan en el Imperio. Descripción del estado de la Iglesia en Alemania por San Pedro Canisio (243-246).

Institución de la congregación alemana (1568) (246-247).

Sabia actitud del Papa respecto de los negocios de Alemania (247). Principios de la reforma católica en Alemania. Sínodos provinciales y diocesanos. Visitas pastorales. Seminarios. Actividad de los jesuitas (247-251).

Triunfo de la reforma y restauración católica en Baviera (251-252).

La restauración católica en el Tirol, en los obispados del sur de Alemania, en Fulda y Baden (252-253). Parte que tienen en ella los jesuitas. San Pedro Canisio «apóstol de Alemania» (253-254).

**CAPÍTULO VIII. ESTADO DE LA RELIGIÓN EN POLONIA Y SUIZA  
PROGRESO DE LAS MISIONES DE FUERA DE EUROPA**

I. El nuncio J. Ruggieri y la reforma católica en Polonia. Apostasía de A. Dudith (255-257).

Ruggieri sobre el estado de la religión en Polonia y los medios para renovar la Iglesia católica en el reino de Polonia (257-260).

Actividad de los jesuitas en Polonia. Intervención del Papa (260 a 261).

El nuncio V. de Portico (261-262).

El cardenal Hosio en Roma y su intervención en los negocios religiosos de Polonia (262-264). Plan de divorcio del rey Segismundo Augusto (264).

Debilidad del nuncio V. de Portico (264-265).

El cardenal Commendone en Polonia (265-266).

II. Borromeo sobre los suizos católicos (267-268).

Luis Pfyffer y Melchor Lussy adalides de la Suiza católica (268-269).

El estado de la religión en Suiza y el comienzo de la restauración católica. Egidio Tschudi (269-270).

Actividad de Carlos Borromeo en pro de la renovación religiosa de Suiza (270-274).

Planes contra Ginebra (274-275).

El abad de Disentis, Cristián de Castelberg (276).

Estado de la religión en el país de los grisones (276-277).

III. Misiones de fuera de Europa. Brasil. Asesinato de 69 misioneros jesuitas cometido por los calvinistas (277-281).

Opiniones católicas y protestantes sobre las misiones entre infieles (281).

Instrucción de Pío V para los misioneros. Actividad del Papa para proteger a los indígenas (281-283).

El Estado y la Iglesia en las colonias españolas (284-285).

Solicitud de los reyes de España y Portugal por las misiones (285 a 287).

Mal estado de las misiones en el Perú. Juicio sobre la administración colonial española (287-292).

Intervención de la Santa Sede en favor de los indios (292-293).

Progresos del cristianismo en México. Mal éxito de la misión de la Florida (293-294). Nueva Granada y San Luis Bertrán (294-295).

La misión de Abisinia (295-296). Las misiones de las Indias Orientales y del Japón (296-297).

Importancia de Pío V para las misiones. Primer principio de la Congregación de Propaganda (297-299).

Relaciones de Pío V con el cercano Oriente (299-300).

#### CAPÍTULO IX. PÍO V PALADÍN DE LA CRISTIANDAD CONTRA EL ISLAM. LA LIGA SANTA Y LA VICTORIA NAVAL DE LEPANTO. LA MUERTE DEL PAPA

I. El plan pontificio de una liga contra los turcos (301).

Solicitud del Papa por el socorro de Malta (301-303).

Obstáculos para la formación de una liga contra los turcos (304-305).

El Papa apoya la defensa de Hungría y Malta (305).

Aseguramiento de las costas del Estado Pontificio (306-307).

II. Muerte de Solimán el Magnífico. Subida al trono de Selim II. El judío cortesano José Míguez, «rey de Naxos» (307-309).

Intentos de los turcos sobre Chipre, la joya de Venecia y último baluarte de la cristiandad en Levante (309).

Venecia procura obtener ayuda de España y de la Santa Sede. Dificultades de una acción común con estas potencias (310-311).

Insta el Papa la formación de una liga contra los turcos (311-312).

Venecia rechaza el ultimátum turco. Desconfianza especialmente de los españoles con Venecia (312-313).

Deliberaciones en el consistorio de 27 de febrero de 1570 (313-314). Envío de Luis de Torres a España y Portugal (315-319).

Esfuerzos del Papa por formar la liga contra los turcos. Intentos de ganar para ella a Francia, al emperador Maximiliano II, a Polonia y Rusia (319-323).

Marco Antonio Colonna es nombrado general en jefe de la escuadra pontificia; armamento de la misma (324-326).

Negociaciones en Roma sobre una liga entre España y Venecia, dirigida contra los turcos (326-333).

Mal éxito de la primera tentativa de una acción común de Venecia, España y la Santa Sede contra los turcos. Caída de Nicosia (333 a 335).

Reanúdanse en Roma las negociaciones para la liga y su suspensión (335-341).

III. Pío V incansable en activar las negociaciones para la liga. Mérito de Morone (341-344).

Conclusión y publicación de la Liga Santa (mayo de 1571) (345-348).

Afanes del Papa por ampliar la Liga (348). Misión de Bonelli a España y Portugal (348-350).

Armamentos del Papa. Salida de la escuadra pontificia. Tardanza de don Juan (350-354).

Entrega del santo estandarte a don Juan (354). Don Juan en Mesina y las deliberaciones allí habidas (354-355).

Partida de la armada de la cruzada (16 de septiembre de 1571) (355).

La batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571) (355-360).

IV. Plegarias del Papa por la armada de la cruzada (360-361).

Júbilo de Pío V y de los romanos por la victoria (362-363).

El Papa exhorta a que se saque provecho de la victoria (363-364). Desunión entre los vencedores (364-365).

Vuelta y solemne entrada de Marco Antonio Colonna en Roma (365-369). Solemnidad celebrada en el Capitolio y el discurso de Moreto (369-370).

Deliberaciones sobre la continuación de la guerra contra los turcos (370-371).

Política de Francia amistosa con los turcos. Conflicto de los intereses españoles y de los venecianos (372-373).

Esfuerzos del Papa por conseguir una coalición europea contra los turcos (373-374). Las estipulaciones de 10 de febrero de 1572 (374-375). Celo del Papa por la cruzada (375).

Efectos mediatos de la victoria naval de Lepanto; su importancia (376). El júbilo del Papa y de la cristiandad. La glorificación de la victoria por medio de la poesía y el arte (376-382). La visión de Pío V (382-383).

V. Robustez del Papa (383-384).

Cae enfermo a principios del año 1572. Padecimientos físicos y morales. Su última visita a las siete iglesias (384-386).

Sus últimos días y la muerte del santo Papa (387-390). El sepulcro de Pío V (390).

Canonización de Pío V. Su memoria continúa viva entre los católicos (391).

## APÉNDICE

### Documentos inéditos y noticias de los archivos

	Páginas
1. El Papa Pío V a Carlos IX, rey de Francia. [Roma], 8 de marzo de 1566 . . . . .	393
2-3. La bula «In cena Domini» de 10 de abril de 1568 . . . . .	393

	<u>Páginas</u>
4-5. Negociaciones de A. Rucellai sobre la ayuda que Pío V había de prestar a Francia. 1568. . . . .	395
6. El Papa Pío V a Carlos IX, rey de Francia. Roma, 19 de noviembre de 1569. . . . .	396
7. Nicolás Sanders a M. A. Graziani. Lovaina, 14 de febrero de 1570. . . . .	397
8-9. Avvertimenti sopra li maneggi di Francia del Bramante [otoño de 1570] . . . . .	399
10. Bramante al cardenal Rusticucci. Mézières, 28 de noviem- bre de 1570 . . . . .	401
11. Relación cifrada de Bramante al cardenal Rusticucci. 28 de noviembre de 1570. . . . .	401
12. El capitán de la guardia suiza, Jost Segesser, al concejo de Lucerna. 10 de enero de 1572. . . . .	402
13-18. El cardenal Santori y sus audiencias con Pío V. 1566-1572. . . . .	402
19-22. Los breves de Pío V y el Archivo de breves . . . . .	405
23. Los biógrafos de Pío V . . . . .	411

ERRATA. — En la página 244, línea 22, donde dice *El*, ha de leerse *El*.

gando no sólo por que se mantuviese la jurisdicción eclesiástica, sino también por que se diese a los indígenas un trato digno del hombre y se los hiciese cristianos. Felipe II prometió enviar a sus autoridades las órdenes necesarias, pero del nombramiento de un nuncio para las colonias ni él ni el cardenal Espinosa quisieron saber nada (1).

Entre tanto Pío V había dado un importante paso para restaurar la libertad, jurisdicción e inmunidad eclesiástica, las cuales así en España como fuera de ella, estaban más o menos oprimidas y combatidas. Hasta entonces el valor de las censuras contra ciertos graves delitos, reunidas en la bula *In cena Domini*, la llamada bula de la Cena, y reservadas al Papa, había dependido de que la bula se publicase solemnemente cada año el jueves santo. La forma de la bula leída el año 1568, el jueves santo, 15 de abril, contenía con todo la cláusula de que debía quedar como ley estable hasta la publicación de una nueva. Además la bula ofrecía esta vez una serie de adiciones que se enderezaban directamente contra los abusos e intrusiones del poder civil en el terreno eclesiástico, que entonces se pusieron de manifiesto en los más diversos países (2). Así fueron ahora expresamente excomulgados todos los que apelasen del Papa a un concilio general, de cualquier estado que fuesen. El párrafo contra el maltrato de dignatarios eclesiásticos prohíbe también la expulsión de cardenales, obispos, legados y nuncios. La más importante adición atañe a los legos de cualquiera posición, que procedan en causas criminales contra personas eclesiásticas; en ella se pone de realce que desde ahora quedan revocados todos los privilegios pontificios contrarios, aunque se hubiesen concedido a reyes, príncipes o a otras autoridades.

(1) V. Corresp. dipl., II, 350, 382, 390, 471 s.

(2) Sobre las adiciones de 1568 v. los núms. 2-3 del apéndice. La violenta polémica de los Viejos Católicos contra la bula *In cena Domini*, provocada por Döllinger con ocasión del concilio vaticano, en la que se la presentaba al mismo tiempo muy falsamente como decisión *ex cathedra*, fué una lucha contra molinos de viento, pues dicha bula, al igual que otras leyes disciplinares de tiempos anteriores, perdió enteramente su fuerza obligatoria por la constitución de Pío IX *Apostolicae Sedis moderationi* de 12 de octubre de 1869. Friedrich continuó inmovible esta lucha en su edición del «Jano». Donde mejor se expone la tendencia de la bula y la historia de los casos en ella reservados, es en el escrito de Hausmann, p. 102 ss., premiado en un concurso en 1861 por la Facultad teológica de Munich, a la que pertenecía también Döllinger. Cf. también Phillips, *Miscelánea*, II, 377 s.

Al fin establece la bula todavía que cada párroco ha de tener un ejemplar de ella y estudiarlo con esmero para hallarse instruido en el confesonario de los casos cuya absolución quedaba reservada sólo al Papa.

El 20 de abril de 1568 comenzó el envío de la bula a todos los obispos, con el mandato de darla a conocer solemnemente, porque muchos ignoraban que estaban excomulgados por haber obrado contra las prohibiciones en ella contenidas (1).

Era claro que la bula, concorde enteramente con las ideas del derecho medieval, condenaba el regalismo tal como se había ido formando, principalmente en España y Venecia (2). Hasta dónde habían llegado las cosas en España, se había mostrado ya en 1566, cuando los obispos de dicha nación se negaron a publicar sin permiso del Consejo real la bula *In cena Domini*, expedida aquel año, aunque el Papa lo había exigido resueltamente por un breve de 20 de abril (3). Entonces se evitó un conflicto, porque Felipe II reconoció que la bula no se diferenciaba sustancialmente de las anteriores, y no abolía las «costumbres de España», respe-

(1) V. Arm. 44, t. XII, n. 66: *Compluribus episcopis*, con fecha de 20 de abril de 1566, *Archivo segreto pontificio*. Cf. Lazzareschi, 13; Corresp. dipl., II, 409, nota 1. El breve de Pío V a Carlos Borromeo, publicado por Bertani, 84 s., lleva la fecha de 28 de abril.

(2) Sobre el absolutismo político de los venecianos v. nuestros datos del vol. IV, 85 ss., VI, 224 s. Cusano \*refiere en 24 de abril de 1568, que Pío V se quejó singularmente de Venecia, que faltó contra la bula, encarcelando no hacía mucho al abad Lipomano. *Archivo público de Viena*.

(3) El breve de 20 de abril de 1566 se halla impreso en la Corresp. dipl., I, 196 s. También el embajador imperial Arco en sus \*relaciones trata repetidas veces de la bula, pero estaba muy insuficientemente impuesto sobre ella. En 11 de mayo de 1566 notifica que se decía, que el Papa enviaría la bula *In cena* a todos los nuncios, para que la diesen a conocer a los príncipes, ma fino a hora ella dispiace a tutti; y que se temía que hallaría resistencia en los príncipes, especialmente al explicarse el texto de la misma. En 8 de junio afirma Arco, que el Papa, en atención a los príncipes, retardaba publicar la bula, perche senza il consenso loro i vescovi non ardirebbono publicarla ne in Spagna ne in Francia, il medesimo converrebbe che facessino gli vescovi di Germania essendo cosa di tanta consideratione. En 22 de junio escribe Arco, que se había enviado «en secreto» la bula a los obispos de España y Portugal. Finalmente en 6 de julio refiere, que todavía no se oía decir que la bula se hubiese publicado en España, o ni siquiera en una sola ciudad italiana. Molti nondimeno dubitano che non venga un giorno fantasia al Papa di farla publicare. En 1567 hubo de referir Arco el 29 de marzo, que el Papa había hecho publicar la bula como de costumbre, y mandado que todo arzobispo, obispo y párroco poseyese de ella un ejemplar. *Archivo público de Viena*.



tadas hasta entonces por los Papas (1). Esta vez se portó don Felipe de diverso modo, principalmente porque en su reino de Nápoles se habían negado varias veces a pagar tributos alegando la bula *In cena Domini* (2), aunque el Papa advirtió repetidamente al rey y a su gobierno, que estaba lejos de él querer por la bula limitar la autoridad y jurisdicción real o revocar antiguos privilegios; que sólo se debía suprimir su extensión ilícita y abusiva y por este medio tener cuidado de la salud de las almas y la tranquilidad de los pueblos. Al mismo tiempo juntó Pío V con esto la prevención de que no se diese crédito a aquellas personas que querían persuadir a los príncipes, que pretendía con la bula fines hostiles al Estado (3).

En Roma defendió estas opiniones sobre todo el embajador veneciano Pablo Tiépolo. En seguida había dado cuenta a la señoría del paso del Papa, presentándolo con todo de manera como si éste quisiese atribuirse por la bula la decisión, no sólo en las cosas eclesiásticas y mixtas, sino también en las puramente civiles. Tiépolo desconocía enteramente el estado del asunto hasta el punto de creer que el proceder del Papa había sido instigado por consejeros malos y sin conciencia, que aparentando que era necesario tomar providencias para restablecer la autoridad de la iglesia, le querían meter en litigios con el poder civil (4). Zúñiga, representante de España en Roma, tomó al principio una actitud más reservada. A la verdad también él tenía la falsa idea de que las personas que rodeaban a Pío V, se esforzaban en desviar al Papa de emprender reformas en Roma, enredándole en contiendas con los príncipes (5), pero deseaba que Tiépolo tomase la delantera en el asunto. Una opinión más exacta de Pío V se había ahora formado Zúñiga en otro respecto. Era para él claro que con este varón no se podía proceder por los medios hasta entonces empleados. Por eso aconsejó que se concedieran los privilegios para Bosco y la pensión para el cardenal Ghislieri de suerte que el Papa no pudiese ver en ello ningún intento de sobornarle con tales complacencias, pues de lo contrario todo estaba de antemano per-

(1) V. *Corresp. dipl.*, I, 191.

(2) Cf. *ibid.*, III, LVII s.

(3) V. *ibid.*, II, 373, 444, 451, 503.

(4) P. Tiépolo, *Relazione di 1569*, p. 179 s.

(5) Zúñiga a Alba, en carta fechada en Roma a 8 de mayo de 1568, *Colec. de docum. inéd.*, XCVII, 467, 469.

dido (1). El embajador español, al hablar así, pensaba con preferencia en la bula de la Cruzada, aunque ciertamente no se le ocultaba que cada vez sería más difícil alcanzarla en las circunstancias presentes, pues a las negociaciones todavía muy agitadas sobre el asunto de Milán se agregaban desavenencias por causa de los extensos privilegios de la Orden de San Lázaro (2). Todo esto acrecentaba la gran inquietud de Zúñiga (infinito cuidado) por la bula de la Cena, y al fin se inclinó a que se aplazase hasta el invierno el tratar sobre esta espinosa cuestión (3).

En Madrid eran de otro parecer. Ya el 11 de julio de 1568 pudo Castagna notificar que el gobierno español opondría toda la resistencia posible a la difusión de la nueva bula. El nuncio había recibido el documento el 26 de mayo (4) y enviándolo después a los obispos de España con el breve pontificio y una carta adjunta en que los exhortaba a que lo publicasen e instruyesen a los confesores acerca del mismo. Pero todavía ninguno de los prelados españoles se había atrevido a hacer la solemne publicación por temor al gobierno. Por efecto de ello Castagna se vió obligado a efectuar la difusión de la bula, comunicando su contenido a las Ordenes religiosas y a los confesores. Sobre la actitud del rey tuvo más particulares noticias por medio del cardenal Espinosa. Según ellas don Felipe se hallaba poseído de la idea de que el Papa le quería quitar derechos bien adquiridos, lo cual le había de apesadumbrar tanto más cuanto que él había prometido expresamente suprimir los abusos en el reino de Nápoles. Dijo Espinosa que por más que de tantas maneras su majestad se hallase ahora apretado, no se acomodaría con todo a tal «novedad», pues quería mantener los derechos de su soberanía y no ser un rey de palo (5). Tampoco los ministros españoles tenían reparo en decir que el gobierno no sufriría la publicación de la bula en el reino de Nápo-

(1) Zúñiga a Requeséns, en carta fechada en Roma a 8 de mayo de 1568, loco cit., 469.

(2) Cf. Corresp. dipl., II, 138 ss., 198 s., III, 41 s.

(3) Zúñiga a Requeséns, en carta fechada en Roma a 19 de mayo de 1568, loco cit., 477.

(4) La \*carta original de Bonelli a Castagna, fechada en Roma a 28 de abril de 1568, lleva esta nota al margen: Ric. 26 Maggio 1568. Nunziat. di Spagna, VI, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. la relación de Castagna, de 11 de julio de 1568, Corresp. dipl., II, 408 s.

les sin el exequátur; que la bula nunca se había publicado allí, sino sólo en Roma; que las adiciones hechas por Pfo V no se dirigían sólo contra el exequátur, sino también directamente contra la Monarchia Sícula, cuyos derechos se violaban también con el nombramiento del nuncio Odescalchi para las *Dos* Sicilias. Además se quejaban los ministros de una serie de otras pretensiones que el Papa hacía valer tanto en España como en Nápoles, así especialmente del breve contra todos aquellos que en Nápoles se habían apoderado de bienes eclesiásticos o los habían enajenado de una manera ilegal; de la publicación de la bula tocante a los médicos sin haber pedido el exequátur, por la cual eran amenazados con penas personas legas, súbditos de su majestad; de la citación de Marcelo Caracciolo por causa de un castillo que su familia había poseído desde hacía ciento veinte años, como feudo de Nápoles, no de Benevento; y finalmente de la bula tocante a los caballeros de San Lázaro. Notificó Castagna, que sobre todo esto se deliberaba con ardor, y que seguramente Requeséns se presentaría en Roma para hacer reclamaciones (1).

En estas circunstancias tuvo el nuncio por conveniente hablar con el mismo rey. Con libertad y energía le amonestó que no se dejase llevar por sus ministros a pasos peligrosos. Díjole que no creyese que el mantener la usurpación de la jurisdicción eclesiástica redundaba en beneficio de sus dominios, como tal vez podía parecer a primera vista; que semejante conato, al contrario, había de conducir a la ruina del Estado. Que precisamente por eso atendía el Papa a alejar semejante daño del rey, a quien amaba y apreciaba como al que era casi único entre los soberanos que todavía defendía la fe. Que su majestad, antes de dejarse enojar contra el Papa, se cerciorase de sus verdaderas intenciones. Que los ministros se imaginaban sobre ellas cosas en que Su Santidad nunca había pensado (2).

Felipe II evitó enterarse más en particular de las exactas explicaciones de Castagna; y dió a entender claramente que no quería tener cuenta con ellas. Nunca, escribía en cifra Castagna a Roma, se ha quejado el rey tan amargamente como esta vez, en especial de los acaecimientos de Nápoles. Las lágrimas le

(1) V. la \*relación de Castagna, de 28 de julio de 1568, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Corresp. dipl., II, 424 s.

asomaban a los ojos, no sé si de ira o de dolor, cuando hacía resaltar que si el Papa no intervenía, obraría él mismo y defendería los derechos, privilegios y costumbres que había recibido de sus antepasados (1).

Castagna no se podía explicar la irritación del rey, sino por las intrigas de los ministros, que le habrían sin duda persuadido de que la bula *In cena Domini* iba a provocar una revolución en los reinos de España. Con terror y zozobra veía muy próximo el peligro de un rompimiento entre el Papa y el rey, rompimiento que había de tener las peores consecuencias para la Iglesia. Escribía el 28 de julio, que ahora esperaba más del Papa que del rey, el cual se fiaba demasiado de sus ministros (2).

Cuán seriamente procuraba Pío V remover las dificultades de Felipe II y allanar el camino de una concordia, se ve por la instrucción que se envió a Castagna el 17 de agosto de 1568. Decíase en ella, que el Papa no intentaba en manera alguna por la bula una novedad, ni la supresión del exequátur o un menoscabo de la jurisdicción del rey, sino sólo la conservación de la autoridad de la Santa Sede para el provecho de la Iglesia. Que por muy justificado que sea, que un príncipe tenga noticia de las disposiciones que llegan a su país, el Papa no podía aprobar la arbitrariedad con que las más de las veces procedían en esto las autoridades reales, no solamente impidiendo la ejecución de bulas apostólicas provechosas, sino negándose a alegar tan sólo un motivo de ello. Fuera de esto excitaba Pío V a que mandase Felipe II un embajador extraordinario, el cual podría luego negociar a la vez sobre la *Monarchia Sicula*; pues también en este punto se habían acrecentado los abusos de tal manera, que absolutamente se había de poner remedio (3).

Cuando estas líneas se escribieron, Felipe II se había ya decidido a volver a enviar a Roma a Requeséns, tan apreciado de Pío V, para que allí expusiera el modo de ver del gobierno español en las controversias pendientes (4). Castagna ciertamente habría visto con más gusto, que se hubiese confiado este encargo al cardenal Espinosa, muy versado en cuestiones canónicas, pero no lo

(1) V. *ibid.*, 425.

(2) V. *ibid.*, 425-426.

(3) *Corresp. dipl.*, II, 445.

(4) V. *ibid.*, 428 s.

pudo conseguir (1). Cuán poco fructuosas habían sido sus representaciones respecto a los intentos del Papa al expedir la nueva forma de la bula de la Cena, mostró el haber comunicado Felipe II el 16 de julio de 1568 a los provinciales españoles de las Órdenes religiosas, que les prohibía la publicación de la bula (2).

Mientras así se ennegrecía el horizonte de la situación polí-ticorreligiosa, en la familia del monarca español ocurrió una tragedia que todavía no se ha aclarado enteramente a pesar de todas las investigaciones (3). El 18 de enero de 1568 Felipe II había ordenado el prendimiento de su hijo don Carlos. El infeliz fué puesto en estrecha prisión y murió en la madrugada del 24 de julio.

Felipe II esparció tan misteriosa oscuridad sobre el prendimiento y su causa, que corrieron los más diversos rumores. Afirmóse que don Carlos había intentado dar muerte a su padre y se había puesto en relación con los rebeldes de los Países Bajos. También circuló la noticia de que el hijo del rey católico tenía opiniones protestantes (4). Cuando el nuncio de Madrid, Castagna, se dirigió al inquisidor general Espinosa para averiguar lo que había en todo ello de verdad, éste le certificó en nombre del rey que don Felipe se había visto obligado a efectuar la prisión únicamente «por atención al servicio de Dios, la conservación de la religión y de sus Estados y vasallos». Que si no hubiera obrado así y no hubiera sacrificado a su único hijo, se habría mostrado ingrato para con Dios. Cuando el nuncio aludió al rumor de que el príncipe había hasta tramado algo contra su padre, recibió la misteriosa respuesta de que «si no hubiese habido más que este peligro, habría sido fácil evitarlo; pero que había ocurrido cosa peor, si algo peor podía haber». Que ya hacía dos años que el rey se había esforzado por apartar a don Carlos de su «mal camino» (5). Castagna, que dió parte a Roma de estas manifestaciones el 24 de enero, afirmó todavía en una carta de 4 de febrero, que el príncipe no había comulgado por Navidad, porque los monjes del monaste-

(1) V. la relación de Castagna, de 1.º de octubre de 1568, *ibid.*, 470.

(2) V. *ibid.*, 451, nota 1.

(3) Tampoco llega a un resultado cierto la reciente monografía de V. Bibl, *La muerte de don Carlos* (Viena, 1918), a pesar de todo el trabajo en ella empleado.

(4) Bibl, *loco cit.*, 265 s., 271 s.

(5) V. Gachard, *Don Carlos*, 663 s.

rio de los jerónimos se habían negado a darle la comunión con una hostia sin consagrar. Se tiene por seguro, así añade todavía Castagna, que el príncipe será excluido de la sucesión al trono y nunca puesto en libertad (1).

La noticia, sólo indicada por el nuncio, de las ideas protestantes de don Carlos llegó a Roma desde otros países en forma más determinada (2). Según la relación del cardenal Delfino a Maximiliano II, de 6 de marzo, el Papa habría exclamado por ello con las manos levantadas al cielo: «¡Oh Dios! ¡oh Dios! Hay mucho motivo para creerlo, pues hemos sabido que este príncipe no ha tenido ninguna consideración ni a los sacerdotes ni a los religiosos, ni mostrado respeto a ninguna dignidad eclesiástica» (3). Que el Papa se angustió mucho por lo ocurrido en Madrid, lo refiere también el embajador de Mantua, añadiendo que se había enviado un correo a España (4).

Inútilmente procuró Zúñiga, embajador español en Roma, tranquilizar a Pío V, dando por una invención de los hugonotes el rumor sobre las ideas protestantes de don Carlos. Como ni aun el embajador podía comunicar noticias más concretas, el Papa cada día más intranquilo anhelaba instantemente saber la verdad del mismo rey (5). Felipe II no pudo menos de satisfacer este deseo. Y lo hizo por una carta de 9 de mayo. «Más de una vez, se dice en ella, he considerado que la carga que Dios me ha impuesto respecto de los Estados y reinos cuyo gobierno se ha dignado confiarme, lo ha sido con el fin de que conserve incólume la verdadera fe y la sumisión a la Santa Sede, haga reinar la paz y la justicia, y después de los pocos años que he de pasar todavía en este mundo, deje aquellos Estados en estable orden y en una seguridad que afiance su duración. Esto depende sobre todo de la persona de mi sucesor. Pero ha placido a Dios para castigo de mis pecados,

(1) V. *ibid.*, 665 s.

(2) V. Bibl, La muerte de don Carlos, 273 s.

(3) V. *ibid.*, 274.

(4) B. Pía a C. Luzzara, en carta fechada en Roma a 6 de marzo de 1568: «Questo gran moto delle cose di Spagna et prigionia del prencipe hanno infinitamente travagliata S. Sta, la quale questi dì è stata intenta a spedire corriere in Spagna. Fra l'altre cose questa occasione par che habbi sopito ogni pensiero di promotione, parendo necessario che s'habbi da star a vedere a che parerà così gran moto, et che fine havranno molte conseguenze che s'attendono di tante revolutioni. *Archivo Gonsaga de Mantua.*

(5) V. Gachard, loco cit., 551; Bibl, loco cit., 274 s.

que el príncipe tenga tantos y tan grandes defectos, parte de inteligencia y capacidad, parte de índole natural, que le hacen impropio para el gobierno, y dejan temer para lo por venir los más graves peligros para la conservación del reino, si luego recayere en él la sucesión al trono.» Añádese que después que una larga y fundada experiencia le había enseñado a él, el rey, lo infructuoso de todos los remedios empleados, y había visto que no se podía esperar de don Carlos sino una muy pequeña o aun ninguna enmienda, y que por otra parte tampoco había ninguna esperanza de que con el tiempo se pudiesen evitar los males que con razón eran de temer, había parecido necesaria la prisión del príncipe, para examinar después con madurez los medios de que se había de echar mano, según la situación de las cosas, «para que él, el rey, alcanzase su fin sin exponerse a la censura de nadie». Que el Papa guardase el mayor silencio sobre lo que el rey le acababa de confiar, sea lo que fuere lo que se dijese sobre las causas de la prisión del príncipe. Que don Carlos no se había hecho culpable de ninguna rebelión, ni de herejía. Que la verdad sería conocida a su tiempo. Que lo que tocaba a la salud corporal del príncipe, a sus comodidades y distracciones, como también a su dignidad, todo estaba previsto; que todo cuanto necesitase, se le suministraría en abundancia. Mas que para la salud de su alma, ninguna cosa se dejaría de intentar, pues tendría un confesor que le prestaría con celo su asistencia espiritual (1).

Si se puede creer la relación de Zúñiga de 25 de junio, esta respuesta tranquilizó a Pfo V. Notifica el embajador, que el Papa había sentido vivamente la situación del rey, pero elogiado su resolución, porque la conservación de la cristiandad hacía deseable que el reinado de don Felipe fuese lo más largo posible, y que tuviese un sucesor que siguiera sus huellas (2).

Después de la muerte de don Carlos notificó el nuncio de Madrid, que el difunto antes de su fin había pedido espontáneamente un confesor, y salido de este mundo como católico (3). Por eso el Papa no tuvo dificultad en ordenar la celebración de un

(1) V. Gachard, loco cit., 650; Bibl, loco cit., 275-276. Bibl indica (p. 285 s.) la extraña circunstancia de que en esta carta nada se dice de la comunión pascual, que se decía haber recibido el príncipe poco antes.

(2) V. Gachard, loco cit., 536.

(3) V. Gachard, Don Carlos, 695.

funeral, que se efectuó el 5 de septiembre. Que él mismo asistiese a esta solemnidad, designase como una novedad extraordinaria, pues basta entonces nunca esto había sido costumbre sino en las exequias de los príncipes que no estuviesen en una categoría inferior a la real (1). Fué extraño que el embajador español Zúñiga no quisiese al principio tener parte en aquel funeral, y sólo se resolviese a ello cuando se enteró de que hasta el Papa se hallaría presente. De las relaciones del agente secreto de Maximiliano II en Roma, Nicolás Cusano, se saca que allí circulaban constantemente los más asombrosos rumores sobre la tragedia ocurrida en Madrid, y entre otros también el de que los españoles «habían procurado la muerte» al príncipe, porque había estado en inteligencia con los rebeldes de Francia y Flandes (2). Por eso se puede tener por cierto que Julio Aquaviva, enviado a Madrid para dar el pésame al rey, tenía el encargo de hacer más investigaciones sobre el trágico suceso (3).

Aquaviva salió de Roma el 19 de septiembre de 1568 y llegó a Madrid el 13 de octubre (4). Como Felipe II había perdido a su esposa el 3 de octubre, pudo a la vez darle también el pésame por este fallecimiento (5). El 10 de diciembre arribó a Madrid el hermano de Maximiliano II, el archiduque Carlos. Por eso Aquaviva difirió su partida hasta el 30 de diciembre, pues se temía que el archiduque quería mover al rey a condescender con los rebeldes de los Países Bajos (6). Durante su estancia en Madrid demostró Aquaviva muchísima prudencia y discreción, de suerte que Castagna pudo escribir sobre él a Roma con grande elogio.

(1) V. las \*relaciones de Arco de 4 y 11 de septiembre de 1568, *Archivo público de Viena*. Cf. Búdinger, 109 s. V. también Corresp. dipl., II, 354, nota 1.

(2) V. Bibl. loco cit., 349, 353.

(3) V. la \*carta de Bonelli a Castagna, fechada en Roma a 18 de septiembre de 1568, Nunziat. di Spagna, VI, *Archivo secreto pontificio*. Las relaciones de Aquaviva hasta ahora no han sido halladas. Las Lettere alla corte di Roma, contenidas con su nombre en el Cód. 33-E-3 de la *Bibl. Corsini de Roma*, son sólo una mala copia del registro de Castagna. V. Gachard, Bibl. Corsini, 46; Hinojosa, 186.

(4) V. la \*\*relación de Castagna, de 13 de octubre de 1568, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Castagna en Gachard, *Bibliothèque de Madrid*, 114 ss.; Corresp. dipl., II, 473 s. Los funerales de la reina de España se celebraron en Roma el 15 de noviembre de 1568; v. Firmano, \*Diario, XII, 31, *Archivo secreto pontificio*.

(6) V. Gachard, *Bibl. de Madrid*, 116 s.; Hinojosa, 187.



Entre tanto Requeséns había entregado a la curia una nota que excitó allí grande inquietud (1). Felipe II se quejaba en ella sobre todo de la innovación de que se hubiese publicado la bula *In cena Domini* en sus reinos, especialmente en Nápoles, sin pedirse el exequátur, como también de que el Papa hubiese mandado a todos los confesores que no absolvieran del quebrantamiento de esta constitución. Decía que en la bula se habían hecho muchas nuevas adiciones, las cuales, como no estaban ni en las antiguas ediciones, ni en las de Julio III, Paulo IV y Pío IV, eran sumamente gravosas, y habían de engendrar confusión en el pueblo por el laconismo de las sentencias y el sentido enteramente general de las palabras. Muy disgustado se mostró don Felipe por la prohibición de establecer nuevos tributos y gabelas, por lo demás, ya contenida en las anteriores redacciones de la bula, prohibición con la cual se promovía una turbación de la tranquilidad pública, pues algunas ciudades se negarían a pagar tales impuestos. Respecto de las cuestiones de jurisdicción alegó antiguos privilegios apostólicos y costumbres inmemoriales, y cuanto a Sicilia, la *Monarchia Sícula*. Tocante a ésta reiteró su queja de que el Papa hubiese destinado a Pablo Odescalchi para las Dos Sicilias, cuando en febrero de 1568 le nombró nuncio de Nápoles, en lugar de Pallavicini, malquisto del virrey. Otras quejas concernían al proceder de Odescalchi en los asuntos de los bienes eclesiásticos de Nápoles, así como a los privilegios de la Orden militar de San Lázaro y a la contienda de Milán.

Las declaraciones de Felipe II no dejaban lugar a duda de que, al igual que los otros gobiernos católicos, principalmente Venecia (2), quería mantener todas sus pretensiones políticorreligiosas, sin cuidarse de la bula *In cena Domini*. Lo que el monarca español llamaba costumbres, eran abusos, como lo advirtió el cardenal Bonelli con acerada dureza, por los cuales los obispos y los eclesiásticos eran peor tratados en España que en Alemania (3).

Respecto de la Orden de San Lázaro, Bonelli había hecho ya observar el 17 de agosto de 1568, que sus privilegios no habían

(1) V. Corresp. dipl., III, 2, nota. Cf. Catena, 87 s. y López, *Hist. de la bula In coena Domini*, Madrid, 1768, 94.

(2) Sobre la resistencia de Venecia y las negociaciones con Pío V v. Cecchetti, I, 448 s. Cf. también Mutinelli, I, 81 s. y Reusch, I, 79.

(3) Carta de 20 de diciembre de 1568, Corresp. dipl., II, 523.

sido acrecentados por Pío V, como pensaba el rey, sino disminuidos y reformados, y que al lado de las cuatro Órdenes militares reales de España, estaba también muy justificada una pontificia; pero tocante a la decisión siempre diferida en el negocio de Milán, había amenazado con un independiente proceder del Papa (1). Asimismo Bonelli, en una carta de 1.º de septiembre de 1568, puso otra vez de realce, que estaba enteramente lejos del Papa el querer con la bula menoscabar la autoridad y jurisdicción del rey; que todo su conato se dirigía solamente a la supresión de los abusos. Después de señalar las usurpaciones de la jurisdicción eclesiástica cometidas por los funcionarios reales en Nápoles y las contiendas de Milán, advirtió que la paciencia del Papa se acercaba a su término; que el nuncio rogase al rey en nombre de Su Santidad, que pusiera finalmente el solicitado remedio, que de lo contrario, se habrían de emplear aquellos medios de que la Iglesia suele echar mano contra los hijos desobedientes (2).

Hasta qué punto llegaban las intrusiones, principalmente en Nápoles, se ve por una relación del nuncio de aquel reino, de 21 de agosto de 1568, según la cual el virrey exigía que se pidiese permiso al Estado aun para la impresión de los breves pontificios que concernían a actos puramente religiosos, como, por ejemplo, procesiones (3). Felipe II mantenía este exequátur tanto más tenazmente, cuanto veía en él el mejor medio para sujetar en Nápoles todos los conatos de nacionalismo de aquel clero (4). El 30 de agosto de 1568 una real pragmática prohibió so graves penas publicar sin el acostumbrado exequátur regio cualquiera rescripto, breve u otra ordenación pontificia (5). A principios de octubre declaró don Felipe, que quería antes renunciar a su corona que dejarse arrancar lo que habían poseído sus antecesores (6). Tocante a los abusos no se cansaba de asegurar que tendría cuenta con las reclamaciones del Papa luego que hubiese tomado los informes correspondientes. Pero ¡los pedía a aquellos mismos que cometían los abusos! (7) El rey hubiera visto de la mejor gana que las

(1) V. Corresp. dipl., II, 445.

(2) Corresp. dipl., II, 451 s.

(3) V. *ibid.*, 452, nota 1.

(4) Cf. *ibid.*, III, XLII.

(5) \* Lett. di princ., XLII, 167, *Archivio segreto pontificio*.

(6) V. Corresp. dipl., II, 470.

(7) V. *ibid.*

negociaciones sobre las diferencias políticoeclesiásticas hubiesen cesado del todo, pues reconocía por una parte la justicia de las quejas del Papa, y por otra el daño que estas contiendas causaban a su intención de reponer su hacienda con la solicitada concesión de la Cruzada y de otros tributos eclesiásticos. Como Pío V pesó maduramente su respuesta a lo que se le expuso por medio de Requeséns, nació ya en don Felipe la esperanza de alcanzar los anhelados tributos. Encargóse a sus representantes que se guardasen cuidadosamente de tocar la cuestión de la jurisdicción (1). Muchos, especialmente los cardenales españoles, y también el embajador florentino conjuraron al Papa muy instantemente, que tratase con la mayor suavidad posible al paladín de la religión católica contra los herejes (2).

Atendiendo a la importancia y al valor que tenía la actitud de España respecto de los católicos tan gravemente amenazados en Francia, Inglaterra y Alemania, Pío V dió oídos a estas advertencias. A fin de mostrar su condescendencia, a principios de noviembre de 1568 constituyó una especial congregación de cardenales para examinar las objeciones puestas contra la bula (3). El resultado fué una extensa nota (4) que considera todas las quejas de Felipe II. En la introducción declara el Papa, que había creído deber contestar, no porque se tuviese por obligado a dar cuenta de su manera de obrar a los príncipes seculares, sino para dar a entender al rey, que había sido extraviado por las relaciones de consejeros que sólo querían justificar sus abusos. Luego se investigan y rebaten las diversas reconvenciones como sigue: Aunque la bula, que según antiquísima costumbre se promulga el jueves santo, se haya publicado por algunos Papas

(1) V. *ibid.*, 523.

(2) V. Legaz. di Serristori, 456 ss. A este lugar pertenece también la carta sin fecha del cardenal Correggio a Pío V, impresa en la edición de Catena de 1712, p. 339, la que empero se supone escrita en tiempo demasiado posterior al real. Como quiera que sea, la carta es anterior al envío de Giustiniani.

(3) V. la carta de Bonelli a Castagna, fechada en Roma a 7 de noviembre de 1568, Corresp. dipl., II, 502. En su \*relación fechada en Madrid a 29 de diciembre de 1568, alaba Castagna esta resolución del Papa. *Archivo segreto pontificio*.

(4) \*Risposta alla istruttione data al signor commendatore maggiore ambasciatore del Re Cattolico (sin fecha), Varia polit., 101 (ahora 102), p. 395 a 402, *Archivo segreto pontificio*; ahora está impresa en la Corresp. dipl., III, 1 s., según otra copia que se halla en el *Archivo segreto pontificio*.

anteriores sólo en Roma, sin embargo, lo mismo que todas las otras constituciones generales, ha tenido siempre fuerza obligatoria para todo el mundo cristiano. Esto se deduce aun de la misma generalidad de su contenido y de la solemnidad de la publicación en uno de los días más importantes del año eclesiástico. Conforme a esto también todos los cristianos de recta conciencia, altos y bajos, habían solicitado del Papa la absolución, cuando habían obrado contra las disposiciones de la bula. Esta ha sido mencionada como obligatoria en todas las indulgencias, jubileos y cédulas con extraordinarias facultades tocante a la confesión, y hasta en la bula de la Cruzada, concedida en otro tiempo al rey de España. No algunas veces, sino siempre habían los obispos recibido la orden de publicarla. A la noticia de que esto se omite en algunos reinos, y que allí por obrar contra lo mandado se ha incurrido en las penas establecidas en la bula, Pío como vigilante pastor ha creído ser deber suyo inculcar su difusión, no sólo en España, sino en todos los países, aun en Alemania, e instar a que el clero con cura de almas tenga conocimiento de la misma, para que los confesores supiesen cómo se habían de portar.

Adiciones a la bula se han hecho ya por Martín V, Clemente VII y Paulo III, según se ha manifestado la necesidad. En casos determinados también los príncipes seculares promulgaban nuevas leyes. Pero si se alega un derecho real a dar licencia para la publicación, hase de responder a esto que lo mismo que la predicación de la palabra de Dios, tampoco las ordenaciones eclesiásticas se podían sujetar al permiso de la autoridad civil; solicitarlo era tan indigno como ilícito. La publicación, que se ha acostumbrado hacer siempre el jueves santo, no se ha podido diferir hasta la llegada de las reclamaciones del Papa, enviadas a Madrid por Requeséns; con todo, han pasado ya cuatro meses sin que el gobierno español haya respondido a ellas.

Las disposiciones sobre tributos y derechos de entrada estaban en la bula, porque se han cometido faltas en este punto; pues los habían impuesto aun personas que no tenían para ello ningún derecho, o se exigían a personas que están exentas de ellos por las leyes, como, por ejemplo, a los eclesiásticos, o a aquellos en quienes no hay ninguna causa legal para exigirselos. Pero con esto en modo alguno se prohíbe por la bula a los príncipes legítimos cobrar de sus súbditos impuestos equitativos y tolera-

bles. Si en la bula se prohibían en general nuevos impuestos sin más declaración, la razón de ello es, porque no era necesaria una declaración; más aún, realmente tampoco se ha dado ninguna, cuando se trataba de peajes, pues en esta materia el estado del asunto fué ordenado hace ya mucho tiempo por las leyes eclesiásticas. Por eso, no hay que temer revueltas populares ni rebeliones por causa de la presente constitución; éstas se provocarían más bien por las cargas desmedidas impuestas por los príncipes. La intención del Papa ha sido indicar los medios y caminos por los cuales los pueblos se mantengan en tranquilidad y respeto a sus príncipes. Si el Papa se entera de que algún prelado intenta interpretar o ejecutar de otra suerte sus designios, procederá contra él.

La advertencia hecha a los confesores, de que no absolviesen de las infracciones cometidas contra las disposiciones de la bula, es obligación de un verdadero y legítimo pastor supremo, el cual ha de cuidar de que puedan distinguir una lepra de otra lepra y formar juicio exacto sobre qué pecados quedaban reservados al Papa. El reproche de que el Papa abusa en esto del sacramento de la penitencia, se rebate con las severas palabras de que era éste un lenguaje semejante al que usaban los modernos herejes. Añádese que se guardase el rey con su buen sentido católico, de consejeros que le sugerían tales opiniones y tan venenosa manera de expresarse (1).

Respecto de las contiendas sobre la jurisdicción exigía Pío V que se le presentasen los privilegios en que se apoyaba Felipe II. Los abusos y escándalos en esta materia, dice la nota, son tan

(1) A pesar de la resistencia de España y Venecia, Pío V no cambió la forma de la bula; en 1569 y 1570 se publicó exactamente con el mismo texto (v. los núms. 2-3 del apéndice). En Nápoles, donde Felipe II impedía por la fuerza la ulterior difusión de la bula, hizo el Papa entregarla a los confesores de las Órdenes religiosas por sus generales; en Milán permitió en 1569, que Borromeo publicase la bula sólo en presencia de los párrocos y confesores, porque el año anterior, la publicación había dado motivo a diversas interpretaciones (v. Bertani, 88 s. y Reusch, I, 78-79, donde hay aún más pormenores sobre la suerte que corrió la bula en los países católicos). Que también el archiduque Carlos, por otra parte buen católico, deseaba en 1568 ver suspendida la publicación de la bula, se saca de Rapicio-Scarlichio, Documenti in onore di Enea Silvio Piccolomini, Trieste, 1862. Braunsberger (Pío V, 46 s.) ha sido el primero en difundir luz sobre la notable concesión que hizo Pío V para Alemania con motivo de dicha bula.

notorios, que el Papa se siente obligado en conciencia a poner remedio. El dictar ordenaciones espirituales incumbe al Papa como a vicario de Cristo, no a los príncipes ni a sus funcionarios, porque no se ha dicho a éstos la palabra: «Apacienta mis corderos»; son ellos más bien corderos que están bajo el cargo pastoral de San Pedro; por él debían dejarse dirigir en las cosas espirituales, si no querían separarse de la grey y perturbar todo el orden jerárquico so pretexto de privilegios. Esto es tanto más necesario, cuanto por parte de España no se puede presentar ningún privilegio auténtico o fundado en pruebas. El Papa espera de un rey tan católico como Felipe II, que será el primero en reconocer esto, especialmente en lo tocante a la llamada Monarchia Sícula. Aun cuando haya tal privilegio, está con todo lleno de abusos. Por lo demás, ningún Papa ha podido conceder un privilegio, por el cual se menoscaba a los Papas posteriores la potestad que les ha sido dada por Dios. Que no existe la potestad de legado de los reyes de Sicilia, lo demuestra el repetido envío de legados apostólicos a dicha isla. Mas aun supuesto que exista la Monarchia Sícula como la entiende don Felipe, el Papa con todo puede siempre revocar semejante privilegio, pues se trata sólo de un favor, del cual empero, a la verdad, se ha abusado mucho. La legitimidad del nombramiento de Odescalchi para nuncio de las *Dos* Sicilias es indubitable. En tiempo de Carlos V fueron enviados frecuentemente a la isla nuncios y colectores. Aunque esto después no ha vuelto a tener efecto, el Papa sin embargo tiene el derecho de hacerlo de nuevo, si lo exige la necesidad de la cura de almas.

Respecto de los caballeros de San Lázaro dotados de privilegios por Pío IV, alegaba Pío V no sólo el derecho de la Santa Sede, sino también la necesidad de dar por medio de esta Orden a las costas de los Estados pontificios aquella protección que Felipe II no había prestado hasta entonces, a pesar de estar obligado a ello. En el asunto de Milán dice el Papa que persiste sólo en lo que es de derecho.

Al fin de la nota repetía otra vez Pío V, que no pretendía otra cosa sino reformar la Iglesia y suprimir indudables abusos. Terminaba trayendo a la memoria con energía la separación de los poderes eclesiástico y civil según las palabras de Cristo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

Las representaciones del Papa fueron ineficaces, ante todo porque el virrey de Nápoles, el duque de Alcalá, empleó toda su influencia para confirmar a Felipe II en su resistencia a la publicación de la bula *In cena Domini* (1). El virrey y sus consejeros Villani y Revertera sabían bien que se hundiría su gobierno arbitrario en el terreno eclesiástico, si la bula llegaba a alcanzar vigor en el reino de Nápoles. Por eso todos sus esfuerzos se enderezaron a impedirlo. Pero los obispos de Nápoles se hallaban en un estado sumamente difícil (2). En la misma España semejantes conflictos se evitaban, porque los canonistas de allí sabían conciliar con artificiosas interpretaciones jurídicas la prohibición del plácet expresada en la bula con la existencia de éste en su país (3). Felipe II hubiera visto de buena gana que se compusiesen las contiendas de Nápoles. A principios de diciembre de 1568 parecía también muy próximo un ajustamiento (4); pero por efecto de la actitud del duque de Alcalá desapareció muy presto esta probabilidad. A mediados de enero de 1569 las cosas habían empeorado tanto, que se esperaba generalmente en Roma que el Papa excomulgara al virrey (5). Pero éste no se dejó intimidar por tal amenaza; siguió como antes combatiendo la bula por todos los medios: hizo embargar todos los ejemplares que se hallaron en poder de los libreros, retiró sus temporalidades a los obispos que la publicaron e impidió la ejecución de sus disposiciones con grandísimo rigor (6).

También en las cuestiones del exequátur y de las contiendas jurisdiccionales trabajaba el virrey de Nápoles incesantemente por apartar a Felipe II de toda consideración a las quejas del Papa (7). A consecuencia de esto también el cuarto año de la nunciatura de Castagna fué sumamente espinoso. Con todo el nuncio no cejó en defender de palabra y por escrito la causa de la liber-

(1) V. Giannone, IV, 146 s.

(2) V. *ibid.* La Relazione di pregiudizi che ha potuto recare il concilio di Trento alla giurisdizione temporale di S. M. Catt. nel regno di Napoli per cui non fu dato il regio Exequatur, de Villani, se halla en el Cód. A. 6 del *Archivio Boncompagni de Roma*.

(3) Cf. Friedberg, 545, nota 2.

(4) V. las \*relaciones de Cusano de 2 y 6 de diciembre de 1568, *Archivio público de Viena*.

(5) V. la \*relación de Cusano de 15 de enero de 1569, *ibid.*

(6) V. Giannone, IV, 149 s.; Amabile, I, 293 s.

(7) V. *ibid.*, 166.

tad eclesiástica. A principios de febrero de 1569 reunió los principales abusos cometidos en el reino de Nápoles en una memoria destinada para el rey (1). Ante todo se quejaba de la extensión del exequátur. Decía que habiendo sido éste concedido primitivamente por los Papas, para que no recibieran obispados o beneficios personas ineptas en el reino desgarrado por los partidos, no sólo se había mantenido después que sobrevinieron tiempos más tranquilos, a pesar de haber cesado ahora su causa, sino también se había extendido todavía más aun a las visitas de monasterios y a las indulgencias y convertido en una carga opresiva, porque los funcionarios se hacían pagar su concesión. Juntamente se quejaba la memoria de otras intromisiones del poder civil en el reino de las Dos Sicilias. Indicábase en ella que allí los obispos eran citados por los jueces seculares por las menores cosas, y les estaba vedado obligar al pueblo a celebrar la fiesta del domingo, o castigar a los concubinarios públicos. Que se había prohibido al nuncio proceder contra los vendedores de indulgencias que se servían de bulas pontificias falsificadas. Que se había dado una nueva ley que prescribía a los obispos presentar sus ordenaciones espirituales antes de imprimirlas al poder civil para que las examinase. Que con esto se les impedía ejercer el cargo que les había sido confiado por Dios, celebrar sínodos diocesanos y castigar a los culpados. Que cuanto más instantemente había pedido el Papa la remoción de los obstáculos puestos en Nápoles a la jurisdicción eclesiástica, tanto más habían sido éstos aumentados por los funcionarios reales. Al fin indicaba Castagna el ningún resultado que habían tenido todas sus quejas, y que ni siquiera se había tomado en consideración la propuesta de enviar a Roma una comisión confidencial para allanar el camino a una avenencia.

Felipe II tampoco dió ahora más que respuestas evasivas y que daban largas al asunto. Siempre se decía de nuevo que su majestad debía primero pedir exactas relaciones al virrey, y que luego se pondría remedio, en caso de que se tratase realmente de abusos. Pero las relaciones del virrey negaban estos abusos. Si

(1) V. esta \*memoria en Borghese, I, 607, p. 14-19, *Archivio segreto pontificio*, como pieza adjunta a la relación de 9 de febrero de 1569, *Corresp. dipl.*, III, 40-41. Cf. *ibid.*, 64 s. una segunda memoria todavía más circunstanciada sobre abusos contra la jurisdicción eclesiástica, que había compuesto Odescalchi.



alguna vez el rey mostraba inclinación a acceder a las reclamaciones del Papa, precisamente era el virrey quien siempre le volvía a desviar de ello. De un modo especial sabía magistralmente el duque de Alcalá valerse del exequátur y persuadir a su soberano, que era el fundamento de su jurisdicción real, el privilegio más importante que poseía en el reino de Nápoles y al cual por ningún precio debía renunciar (1). Don Felipe creía tanto más en lo que le representaban, de que corrían peligro los derechos inalienables de su corona, cuanto no faltaban en España obsequiosos canonistas que le exponían que en las cuestiones controvertidas se trataba de cosas enteramente lícitas.

En Roma se conocía con plena claridad el estado del asunto. En febrero de 1569 había sido mandado volver el nuncio Odescalchi, pero esta condescendencia de Pío V tampoco produjo un mejoramiento de las circunstancias. El sucesor de Odescalchi, César Brumano, tuvo que luchar con las mismas dificultades (2). En 28 de mayo de 1569 escribía Bonelli a Castagna por especial encargo de Pío V, que los abusos diariamente crecientes en Nápoles procedían más de los funcionarios de allí que de la voluntad del rey. Que las usurpaciones de las autoridades de Nápoles en el terreno de la jurisdicción eclesiástica habían llegado a tal punto, que el Papa se veía algún día obligado a echar mano de las disposiciones más rigurosas; pues se había allí mismo prendido a los obispos y embargado sus bienes, sólo porque habían cumplido las ordenaciones del Papa y publicado la bula *In cena Domini* sin el exequátur. Que algunos funcionarios habían ido tan lejos, que habían destrozado los ejemplares de la bula fijados en las puertas de las iglesias. Luego se indica al nuncio que haga enérgicas representaciones a Felipe II, pues al fin el Papa tendrá que poner en entredicho el reino de Nápoles (3).

Para no dejar nada sin intentar, el 20 de junio dirigió Castagna una nueva memoria a Felipe II sobre el modo de tratarse los negocios eclesiásticos en el reino de Nápoles (4). En ella hizo resaltar especialmente tres puntos, respecto de los cuales debía el rey exigir inmediato remedio. El primero concernía al trato

(1) Cf. Giannone, IV, 166.

(2) V. Capece Galeota, *Nunzii apost. di Napoli*, 36. Cf. Giannone, IV, 172 s.

(3) *Corresp. dipl.*, III, 85 s.

(4) \*Borghese, I, 607, p. 71-75b, *Archivio segreto pontificio*.

indigno de los prelados y aun de los obispos, a los cuales recibía el virrey echado en cama o con la cabeza cubierta, posponía a todos los funcionarios civiles y hacía esperar en la última antesala entre el pueblo común. El punto segundo trataba de los impedimentos que se ponían a la jurisdicción episcopal. Si un obispo, se dice aquí, quiere castigar a un lego con multas por usura, concubinato o cosas semejantes, prohibémoselo; por efecto de esto no queda más que negar la sepultura eclesiástica e imponer la pena de excomunión; pero esta última, según las disposiciones del concilio tridentino, sólo se ha de fulminar en casos extremos. Por lo demás el empleo aun de estos castigos se hace imposible a los obispos, pues todo lego excomulgado puede acudir al poder civil, el cual sin circunstanciada averiguación, en vista sólo de la reclamación presentada, manda levantar el castigo y se arroga la decisión de la causa. Los obispos que no se acomodaban a esto, eran forzados a hacerlo con la supresión de las temporalidades u otros medios violentos. El tercer punto atañía al exequátur. Cuanto a éste se declara, que se había antes usado de suerte que los decretos pontificios se presentaban a un funcionario especial, el capellán mayor, el cual luego, después de haber conocido que el documento respectivo nada contenía contra el patronato real, otorgaba su visto bueno. Que ahora las disposiciones pontificias habían de pasar por las manos de toda una serie de funcionarios, con lo cual no solamente se aumentaban indebidamente los gastos, sino también frustrábase con frecuencia la misma ejecución, pues quedaba al culpado tiempo suficiente para huir. Que antes sólo se había hecho uso del exequátur en disposiciones que podían ser perjudiciales al patronato real o a otros derechos del gobierno; que ahora se extendía aun a las menores y más insignificantes ordenaciones del Papa y aun a las de índole puramente espiritual, como las indulgencias. Que ni siquiera respecto al nuncio se contentaban ya con la exhibición de sus credenciales, sino que le prohibían el ejercicio de su cargo hasta que hubiese obtenido para ello el exequátur.

Cuando Felipe II volvió a Madrid a principios de julio de 1569, Castagna pidió audiencia. Esta vez no trató sino de los asuntos de Nápoles, es a saber: de las tres quejas mencionadas, y además de otra nueva: de la encarcelación dispuesta por el virrey, de un vicario general que había publicado la bula *In cena Domini*. Cas-

tagna declaró con toda sinceridad, que si las cosas continuaban así, Su Santidad se vería forzado a poner en entredicho a todo el reino de Nápoles; que ya se habría hecho esto, si el Papa no estuviese persuadido de que aquellas violencias no procedían de su majestad, sino de sus representantes. Felipe II lamentó que el demonio sembrase discordia entre él y Su Santidad con estas contiendas de jurisdicción y nuevas pretensiones. Según su costumbre no dió aún inmediatamente una contestación determinada (1). Sólo a 17 de julio la hizo entregar al nuncio por el cardenal Espinosa. Decíase en ella que el rey escribiría al virrey para que éste diese satisfacción al Papa.

Con una respuesta tan general a quejas expresadas con toda precisión, no podía contentarse Castagna. Procuró por tanto obtener más concretas declaraciones por medio de Espinosa. Este le aseguró, que por lo que tocaba a la situación de los obispos, se satisfacerían enteramente las exigencias del Papa, y se les afianzaría también de algún modo el ejercicio de sus obligaciones espirituales; pero que no había que pensar en una renuncia del exequátur, que a lo sumo se podrían suprimir los abusos que con él iban unidos. Que los pormenores acerca de todo ello se comunicarían directamente al Papa. La amenaza del entredicho no había espantado al rey. Como supo Castagna, declaró don Felipe que, si el Papa llegaba a este extremo, él, para la conservación de sus antiguos privilegios, haría lo que en tales casos tocaba a un príncipe católico. Con esto se quería decir sin duda una apelación a un concilio general. Por la prisión del vicario general no se inquietaba tanto el nuncio; pues creía que si ya no se había levantado esta pena, pronto con todo se le pondría en libertad. Por lo demás escribió a Roma, que don Felipe estaba lleno de la aprensión de que por efecto de la bula *In cena Domini* sus vasallos se opondrían a la imposición de tributos y se lanzarían a la revolución. Que como se resistía a todo menoscabo de los privilegios que habían sido concedidos a su predecesor, nunca sufriría la formal publicación de la bula (2).

(1) V. la relación de Castagna, de 13 de julio de 1569, Corresp. dipl., III, 110 s.

(2) V. la relación de Castagna, fechada en Madrid a 17 de julio de 1569, Corresp. dipl., III, 114 s. Cf. *ibid.*, 115, nota 1, las instrucciones de Felipe II, de 17 de julio, dadas al virrey de Nápoles, respecto del modo de tratar a los obispos y del ejercicio del exequátur, con las cuales se esperaba contentar al Papa.

La prensa científica de todo el mundo ha dedicado a esta obra los elogios más calurosos. Como muestra, entre muchos, reproducimos los juicios siguientes :

Es indudablemente el mejor libro de su clase que se haya publicado en cualquier lengua. — *The Astrophysical Journal*.

No exageramos al decir que esta obra es la Astronomía popular por excelencia, y que ocupa el primer lugar en la literatura astronómica de vulgarización en Alemania. — *Kosmos*.

Es de lamentar que este admirable manual de Astronomía no haya sido traducido al francés, pues no poseemos nada que pueda comparársele. — *Journal de Genève*.

La Astronomía de Newcomb y Engelmann no sólo ocupa el primer rango en la literatura científica popular, sino que también tiene un puesto de honor en la biblioteca de los astrónomos profesionales. — *Literarisches Zentralblatt*.

Es esta obra de vulgarización de lo más completo y moderno que conocemos. Desgraciadamente, en su lengua original, en nuestra patria será de utilidad a un reducido número de personas. Nuestro fin primordial al darla a conocer es excitar el celo de nuestros editores de obras científicas para que sin pérdida de tiempo procuren hacer traducir cuidadosamente y publicar elegantemente esta obra meritísima. — *Ibérica*.

El libro publicado por el Prof. Lundendorff no es ningún tratado «a la Flammarion», a pesar de lo cual se lee sin fatiga; es técnicamente irreprochable y al mismo tiempo ameno, riguroso en su parte científica sin dejar ni un momento de ser popular. Maravilla ver cómo el autor ha sabido conservar la justa medida de la exposición didáctica desde la primera página hasta la última. Aunque va dirigido al gran público, da la impresión de que no tardaremos en ver la obra de Newcomb, en su nueva forma, en todas las bibliotecas de nuestros astrónomos. — *Natuurwetenschappelijk Tijdschrift*.

A fin de que el lector pueda formarse una idea de las materias tratadas en la obra, reproducimos a continuación el extracto del índice analítico de la misma.

## EXTRACTO DEL ÍNDICE

*Desarrollo histórico del sistema del mundo:* La astronomía antigua. — El movimiento aparente de los cuerpos celestes. — Sistema de Copérnico, o verdadero movimiento de los cuerpos celestes. — Gravitación universal.

*Astronomía práctica:* El anteojo. — Medidas astronómicas y aparatos para efectuarlas. — Medida de distancias en el espacio.

*El sistema solar:* Ojeada de conjunto sobre el sistema solar. — El Sol. — Los Planetas. — Cometas y meteoros cósmicos.

*Astronomía estelar:* Las estrellas fijas. — Constitución del Universo. — Cosmogonía.

*Bosquejos biográficos. Elementos. Tablas.*



A principios de agosto de 1569 se llegó a nuevas agitadas discusiones entre Castagna y Felipe II. La noticia de la protesta del Papa al recibir el censo por el reino de Nápoles en la fiesta de San Pedro y San Pablo (1), había puesto al rey en concebible irritación. Inútilmente procuró Castagna justificar al supremo jerarca de la Iglesia, diciendo que el rey no se dejase persuadir de que el Padre Santo pretendía fines temporales, o que falsos consejeros le inducían a estas contiendas con los príncipes; que obraba sólo conforme a su deber de supremo pastor. Que la causa de la discordia era el mandato dado desde Madrid a Nápoles, de oponer enérgica resistencia a todas las ordenaciones de la Santa Sede dirigidas contra los «privilegios y costumbres» españolas. Que con esto se habían hecho en Nápoles todavía más osados, de suerte que los abusos se acrecentaban de día en día. Que de hecho en el reino de Nápoles no se prestaba ya al Papa la debida obediencia, y toda la disciplina eclesiástica estaba impedida; que si se mantenían los abusos, que eran bien patentes y manifiestos, no debían dejar de aumentarse y crecer las dificultades. Finalmente hizo resaltar de nuevo Castagna con decisión, que el Papa no pretendía ningunos fines temporales, sino sólo intentaba conservar la jurisdicción, concedida por Dios a la Iglesia, sin la cual era imposible una buena dirección de las almas.

Dijese el nuncio lo que quisiera, el rey, que estaba muy irritado, persistió en que el Papa tenía la culpa de todo, y en que con su exagerada insistencia en la jurisdicción eclesiástica era el causante de todas estas disensiones. Castagna replicó que la culpa era del que se había permitido usurpaciones, no del que exigía su derecho. En la conversación que se hacía cada momento más viva, manifestó don Felipe, que si el Papa perseveraba en sus opiniones «extremas», sabría él defender su jurisdicción por los medios que estaban a disposición de los príncipes católicos. Inútilmente le recordó Castagna, que no se trataba de la jurisdicción civil, sino de la eclesiástica. Felipe II, que no pudo refutar esto, interrumpió al fin la audiencia diciendo que había expuesto suficientemente su modo de ver (2).

En octubre cedió el rey al menos en la contienda sobre la categoría del nuncio de Nápoles, y decidió que fuese tratado como los

(1) Cf. *Corresp. dipl.*, III, 97 s., 102.

(2) V. la relación de Castagna, de 12 de agosto de 1569, *ibid.*, 132 s.

nuncios de sus otros reinos, esto es, que ocupase el primer lugar, pero con la expresa declaración de que esto no menoscababa la jurisdicción (1). En todas las cuestiones de principios, don Felipe, siguiendo los consejos de sus embajadores y ministros (2), se mantuvo como antes firme en sus pretensiones regalistas.

### III

Los litigios entre Madrid y Roma, como también el asunto de Milán, entonces todavía pendiente, movieron a Pío V en octubre de 1569, a enviar a España al general de los dominicos, Vicente Giustiniani (3). Todavía antes que pudiese éste comenzar sus negociaciones, había declarado don Felipe por una pragmática real de 30 de noviembre de 1569, que mantenía el pláacet (4). Giustiniani había recibido del cardenal Bonelli el encargo de indicar en lo tocante a la contienda de Milán, que si caía la jurisdicción eclesiástica, caería también la civil. Escribiósele desde Roma, que el fin de los milaneses era indudablemente hacerse dueños de todos los negocios eclesiásticos (5). En una especial memoria sobre la cuestión de Milán (6) exigía Giustiniani que se revocase formalmente el escandaloso decreto (7) del gobernador de dicha ciudad. Además presentó memorias sobre la Monarchia Sicula y los abusos y violencias de los funcionarios reales en Nápoles y Sicilia (8).

(1) V. Meister en el Anuario Hist., XIV, 82. Cf. Corresp. dipl., III, 143.

(2) Cf. Corresp. dipl., III, 182 s.

(3) El breve credencial de 11 de octubre de 1569 puede verse en Tedeschis, 244; otros ocho breves, relativos a la misión de Giustiniani, de 11 de octubre, se hallan en Arm. 44, t. XIV, p. 250<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Corresp. dipl., III, 162 s. Las relaciones de Giustiniani hasta ahora no se han descubierto. Ofrecen una compensación de las mismas junto con los documentos del Archivo secreto pontificio: Borghese, I, 632 (instrucciones de Bonelli a Giustiniani) y Spagna, II (v. Hinojosa, 193); en el primer manuscrito están las cartas de Castagna. Cf. Corresp. dipl., III, xxxvii s., Lxi y Mortier, Hist. des Maîtres généraux de l'ordre de St. Dominique, V, 490 s.

(4) V. Tomo primero de las leyes de recopilación, Madrid, 1772, l. 1, tit. 10, ley 12.

(5) \*Bonelli a Giustiniani en carta fechada en Roma a 2 de noviembre de 1569, Borghese, I, 632, p. 66<sup>b</sup>, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Hinojosa, 195.

(6) \*Borghese, I, 607, p. 148 s., loco cit.

(7) \*Bonelli a Giustiniani en carta fechada en Roma a 10 de enero de 1570, ibid., p. 102 s.

(8) V. Hinojosa, 193, 196.



La memoria sobre la Monarchia Sícula (1) exponía que a pesar de una minuciosa investigación no se había podido demostrar ni una concesión jurídica ni una costumbre que pudiese asegurar la conciencia del rey o de sus ministros. Que todo lo que se presentaba como apoyo y fundamento, se reducía a cuatro palabras de un diploma, atribuido al Papa Urbano II, que parecía sospechoso de falsificación, más aún, que se podía probar ser antes supositicio que verdadero. Que al rey, por tanto, no le era permitido apoyarse en este documento, tanto menos cuanto no podía haber ninguna posesión ni costumbre que pudiese perjudicar a la suprema potestad pontificia. Que también el Padre Santo creía, después de haber tenido noticia de este hecho, que no podía abandonar con tranquila conciencia la jurisdicción eclesiástica al poder civil, mayormente cuando los predecesores del rey, como podía demostrarse, habían tenido hasta escrúpulos de conciencia sobre una tal usurpación. Que si él ahora ponía a discusión decididamente este negocio, la causa estaba en que, en los últimos tiempos, los abusos que se cometían bajo el nombre de la «Monarquía de Sicilia», se habían presentado en increíble número y de una manera intolerable, y todavía crecían diariamente. Para fundamentar esta afirmación se entregó un catálogo de los abusos y violencias junto con la memoria.

Giustiniani, que en la última semana de noviembre de 1569 llegó a Madrid (2), desempeñó con celo su comisión. Pero pronto hubo de notar que el gobierno español no tenía ninguna buena voluntad de componer las contiendas. Sus quejas tocantes a la Monarchia Sícula fueron presentadas al Consejo de Estado para Italia, y se pidieron relaciones a los gobernadores. Entre tanto supo que el gobierno en secreto se ocupaba diligentemente en hacer buscar todos los antiguos breves y bulas, donde esperaba hallar un apoyo para sus pretensiones (3). En el negocio de Milán

(1) Se halla impresa en Tedeschis, 246 s. Cf. Sentis, 119 s.

(2) V. la relación de Castagna, fechada en Madrid a 26 de noviembre de 1569, Corresp. dipl., III, 191 s. Según ella hay que corregir a Hinojosa, 193-196.

(3) V. la relación de Castagna, de 8 de enero de 1570, Corresp. dipl., III, 215 s. Ya antes había mandado el rey hacer investigaciones en los archivos en este respecto; v. \*Memoria para la busca y remision de todas las bulas y breves concedidos a Su M. en punto de patronato de materias consistoriales, el origen de estos y otros puntos, dat. Madrid, 1567, Dez. 3, Cód. I, 9 del *Archivo de la embajada española en Roma*.

las declaraciones de Felipe II fueron tales que los representantes del Papa, a fines de diciembre de 1569, creyeron poder alcanzar una solución satisfactoria (1). Cuando el rey en enero de 1570 se dirigió a Córdoba, siguióle en seguida Giustiniani, y más tarde también Castagna (2). Ambos permanecieron en Andalucía hasta el verano, después de lo cual se volvieron a Madrid (3). Lealmente afanosos por salir al cabo con sus encargos, tropezaron de nuevo con las mayores dificultades. Si eran ya un obstáculo los viajes del rey y la guerra de los moriscos (4), que demandaba la atención de don Felipe en creciente medida, todavía lo era más la manera como el gobierno sabía prolongar las negociaciones sin dar nunca una respuesta concreta. Cada día se hacía más claro, que no se quería una buena inteligencia. Cuando Giustiniani, que el 17 de mayo de 1570 había sido nombrado cardenal, salió de la capital de España el 5 de octubre, hubo de decir para sí que había alcanzado poca cosa durante los seis meses de su legación (5). En el asunto de Milán sólo consiguió que el rey dirigiese al duque de Alburquerque una floja exhortación a que ajustase buenamente el litigio (6). En los conflictos de Nápoles y Sicilia persistió Felipe II en que primero había de pedir informes a sus magistrados; provisionalmente les encargó tan sólo, como ya antes, que no traspasasen los límites de su autoridad, y les recomendó la supresión de los abusos en ciertos puntos determinados. Pero esto no significaba mucho. Sus representantes en Italia sabían bien, que tales generales prescripciones

(1) V. Corresp. dipl., III, 210 s.

(2) En 14 de enero de 1570 escribe Castagna desde Madrid, que Giustiniani se había partido a Córdoba, y que él mismo pronto le seguiría (Corresp. dipl., III, 218). Desde el 5 de febrero de 1570 envía también relaciones desde Córdoba. En 2 de marzo \*notifica, que las negociaciones acerca del asunto de Milán iban bien, y que esperaba un resultado final satisfactorio. Que la guerra contra los moriscos andaba mal, y que reinaba gran falta de dinero. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Castagna \*notifica en 14 de junio de 1570, que «hoy» se vuelve a Madrid; en 6 de julio \*escribe que también Giustiniani había llegado allí algunos días antes. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Philippon, Europa occidental, 2, 159 s.; Lea, The Moriscos of Spain, London, 1901; Boronat y Barrachina, Los moriscos españoles y su expulsión, 2 tomos, Valencia, 1901.

(5) V. las \*relaciones de Castagna, de 4 de octubre de 1570, al cardenal Borromeo y al cardenal Rusticucci, utilizadas por Hinojosa, 197. La \*Cifra, que falta en Hinojosa, muestra que Castagna no pudo ocultar su desengaño. *Archivo secreto pontificio*.

(6) V. la carta fechada a 28 de septiembre de 1570, en Hinojosa, 197, nota 2.

sólo habían de servir para sacar al rey del apuro del momento, y así continuaron en su acostumbrado modo de proceder (1).

En estas difíciles circunstancias, la atención del Papa, a quien Giustiniani apaciguó (2), fué desviada de las contiendas político-religiosas por la necesidad de emplear todos los medios para precaver los peligros con que amenazaban los turcos desde Oriente a la cristiandad. Ya en marzo de 1570, en vista de las noticias de los grandes armamentos de los turcos, había intentado preparar el camino para una liga entre Venecia y España y a este fin enviado a esta nación a Luis de Torres (3). La cuestión de los turcos fué, pues, la que ocasionó una aproximación política entre Madrid y Roma, y por ésta podía ser asimismo de favorable influjo para concertar los litigios eclesiásticos. Pío V no perdió en manera alguna de vista estos importantes negocios por mucho que le ocupase la cruzada. El 9 de febrero de 1571 Castagna entregó al rey una memoria (4), que se dirigía principalmente contra el exequátur de Nápoles, el cual, según se decía en la misma, se extendía a las más menudas ordenaciones del Papa, de suerte que hasta un pobrísimo beneficiado no podía obtener su prebenda, si antes no había pagado los derechos para la concesión del pláacet regio. A fines de junio de 1571 el cardenal Miguel Bonelli fué enviado a España como legado. Se le había encargado reanudar las negociaciones respecto de la Monarchia Sícula y las contiendas jurisdiccionales de Nápoles, además de la cuestión de la cruzada, el matrimonio del rey de Portugal con Margarita de Valois y el asunto del título de Cosme de Médicis (5).

Pío V hubiera podido esperar una final condescendencia en estas cuestiones, por cuanto el 21 de mayo de 1571 a causa de la liga que se acababa de ajustar con España y Venecia contra los turcos, no sólo prolongó por otros cinco años el subsidio impuesto al clero español, sino también concedió para dos años la bula de la Cruzada y para cinco el llamado Excusado (6). Esta extraordinaria

(1) V. Sentis, 120. Cf. Giannone, IV, 183.

(2) V. Corresp. dipl., IV, 20, nota 1.

(3) Cf. abajo, capítulo IX.

(4) V. \*Cód. 33-E-12 de la *Bibl. Corsini de Roma*. Un pasaje de ella puede verse en Lämmer, Para la historia eclesiástica, 134 s.

(5) V. Corresp. dipl., IV, 355 s.; cf. Carte Strozzi., I, 1, 224 s.

(6) Todas estas concesiones fueron hechas en 21 de mayo de 1571; v. \*Índice de las concesiones que han hecho los Papas de la Cruzada, Subs-

liberalidad del Papa hasta entonces tan reservado tenía por causa el que Felipe II, obligado a pelear en los Países Bajos contra los calvinistas y en España contra los moriscos, sólo se hallaría en estado de hacer la guerra a los turcos, si se le abrían nuevas importantes fuentes de ingresos. En vista de la defensa de la cristiandad cesaron todos los reparos que Pío V había tenido, especialmente respecto de la Cruzada. Cuán poco se supo apreciar la generosidad del Papa en la corte de España, mostró una irrespetuosa expresión del confesor de Felipe II, el obispo de Cuenca, hablando con Castagna (1), y todavía más la conducta del mismo rey. Después que se hubo alcanzado felizmente seguridad sobre las bulas en que se hacían grandes concesiones rentísticas, el representante de España en la curia mudó de tono. En la primera semana de junio se presentó al Papa y declaró que tenía orden de protestar en nombre de su rey contra la concesión del título a Cosme II. Pío V quedó por ello tanto más asombrado, cuanto que hasta entonces en esta cuestión se había mantenido Felipe II a la expectativa. Echó en cara al embajador la astucia de mala ley con que España le había sacado grandes concesiones so pretexto de la liga, y ahora en agradecimiento le suscitaba una grave dificultad en la cuestión del título. La protesta para la cual se había tomado la resolución en Madrid ya mucho tiempo antes, se hizo el 9 de junio, pero sólo en presencia de cuatro cardenales (2). A esta conducta correspondió el que don Felipe siguiese desatendiendo todas las quejas de la Santa Sede, dirigidas contra la política religiosa de España. El cardenal Bonelli las presentó en su segunda audiencia de 11 de octubre (3). No eran pocas en número: en primer lugar

dio y Excusado, *Archivo de la embajada española en Roma*. Cf. Borghese, I, 145-147, p. 35 s., *Archivo secreto pontificio*. V. también Corresp. dipl., IV, 295-296. Sobre el Excusado (Laderchi, 1571, n. 31, con falsa fecha) v. *Annuaire de l'université de Louvain*, 1909, 388 s.

(1) Según L. Donato (Albèri, I, 6, 380), las palabras del obispo con relación directa a Pío V eran, que [los estílicos mueren de cámaras]

(2) V. Corresp. dipl., IV, 87, 131, 223 s., 328 s. y Bibl. Elevación, 118 s. El texto de la protesta puede verse en Palandri, 240 s. Arco \* da cuenta en 16 de junio de 1571 del riguroso secreto que el Papa había dispuesto que se guardase acerca de esta protesta. *Archivo público de Viena*.

(3) Cf. la carta de Bonelli a Rusticucci de 12 de octubre de 1571 (en Tedeschis, 267 s., Caruso, 88 s. y de nuevo en la Corresp. dipl., IV, 480 s.), así como la relación compendiada de 17 de noviembre de 1571, utilizada por Sentis, 121 s., y publicada casi simultáneamente por Gachard, Bibl. Corsini, 152-161.

la Monarchia Sícula, luego el exequátur del reino de Nápoles y los abusos allí introducidos, además el negocio de Milán todavía no resuelto de un modo radical, y finalmente el empleo de las rentas del arzobispado de Toledo. Castagna, que asistió a la audiencia, atestigua que Bonelli presentó su exposición de un modo excelente. Fundamentóla con una circunstanciada memoria, que arrojaba muy viva luz sobre el Derecho canónico español cual se hacía valer en los perversos abusos del reino de las Dos Sicilias. Respecto de la Monarchia Sícula se hacía resaltar especialmente, que aun supuesta la legitimidad del diploma de Urbano II, la legación, según el texto del privilegio, no se había podido extender ciertamente más allá de los hijos del conde Roger, lo cual habían reconocido en los años 1512 y 1533 los mismos funcionarios reales. La memoria expresaba además la queja de que el concilio de Trento no era observado, se impedía de todas maneras la ejecución de los decretos pontificios, y con el exequátur regio se cometía un abuso que el rey estaba obligado a suprimir en virtud del juramento prestado en su investidura. Añadíase en el escrito que ya un año entero esperaba el Papa la respuesta a la memoria entregada por Giustiniani; que las facilidades entre tanto concedidas, muy pequeñas, no tocaban el punto esencial de la contienda sobre la jurisdicción: la inobservancia de las ordenaciones del concilio de Trento. Al fin se recordaba de nuevo al rey, que era para él cargo de conciencia poner remedio; que además estaba esto en su propio interés; pues donde se perjudica a la jurisdicción eclesiástica y a la autoridad del Papa, que estaban casi aniquiladas en Sicilia y frecuentemente impedidas en Nápoles, con el tiempo habían de nacer también herejías (1).

La respuesta del rey, al igual que las anteriores, fué otra vez del todo general. La decisión debía ahora correr a cargo de sus ministros. Por eso Bonelli procuró influir en éstos por medio de personas de confianza, especialmente por medio de San Francisco de Borja; también esperaba al principio poder tener las negociaciones con el cardenal Espinosa y Ruy Gómez solos. Sin

(1) Esta memoria, que conoció Catena (p. 171) y de la que Tedeschis (p. 264) dió a conocer una parte, la ha publicado íntegra Lämmer (Melet., 226 s.), tomándola del Cód. 505 de la *Bibl. Corsini de Roma*, pero con la falsa fecha de 21 de octubre; el jueves en 1571 cayó en 11 de octubre. Tampoco Lämmer ha advertido que este documento había sido publicado ya por Caruso (p. 86 s.), aunque con la falsa fecha de 12 de octubre.

embargo, pronto hubo de ver que se hacía intervenir a todo el llamado Consejo de Italia, el cual consideraba como su principal cometido defender todo cuanto ampliaba la jurisdicción civil (1). La respuesta que recibió Bonelli el 3 de noviembre, amenguó todavía más sus esperanzas. En ella se rechazaba decididamente la afirmación de que la Monarchia Sícula no subsistiese de derecho, y se alegaba para ello no sólo la bula de Urbano II, sino también la posesión inmemorial. En lo que tocaba a las diversas reclamaciones particulares, en parte se desestimaban o evadían, en parte se admitían, en cuanto que por lo menos se prometía la supresión de los abusos (2). Que por lo demás al mismo Felipe II le parecían exorbitantes los privilegios de la Monarchia, y por eso era atormentado de escrúpulos de conciencia, mostrólo la extraña demanda que hizo presentar a Bonelli por el cardenal Espinosa: que el Papa condescendiese de tal manera con él respecto de la Monarchia Sícula y el exequátur de Nápoles, que desapareciesen enteramente sus escrúpulos; en otras palabras, ¡que el Papa confirmase la cesáreoapapia española! (3)

En estas circunstancias reconoció Bonelli lo infructuoso de ulteriores negociaciones y la imposibilidad de permanecer aún más tiempo en Madrid sin perjuicio de su reputación. Aconsejóse con Castagna y compuso luego todavía otra nueva memoria sobre la Monarchia Sícula, la cual entregó al rey el 10 de noviembre de 1571. En ella rebatía muy diestramente la afirmada existencia del título jurídico, exponiendo que ni aun la más remota posesión inmemorial podía fundar semejante derecho, pues sin expresa concesión por parte del Papa, faltaba a los príncipes, por ser *legos*, la *capacidad* para poseer y ejercer poder espiritual; que la falta de esta concesión, absolutamente necesaria, nunca podía ser suplida por el efectivo ejercicio, por muy largo que fuese, y por tanto, nunca podía de él nacer un *derecho* de posesión. Que los exigidos privilegios de los reyes eran de tal índole que anulaban

(1) V. la relación de Bonelli, de 17 de noviembre de 1571, en Gachard, Bibl. Corsini, 155. Cf. Sentis, 121 y Corresp. dipl., IV, 522 s.

(2) V. Cód. N. 2, p. 6ª de la *Bibl. Vallicelliana de Roma*. Cf. Laderchi, 1571, n. 261 s. y Sentis, 121. V. También Hinojosa, 203, donde falta la fecha del documento que hay en Nunziat. di Spagna, II, 150; es el 30 de octubre de 1571. Cf. ahora también Corresp. dipl., IV, 522, nota 1.

(3) V. la relación de Bonelli, de 17 de noviembre de 1571, en Gachard, loco cit., 156. Cf. Sentis, 29.

el poder primacial pontificio, y por eso era imposible que los Papas hubiesen otorgado semejante potestad (1).

Cualquiera ulterior esperanza que se pudiese concebir por algunas expresiones de Espinosa, se desvaneció por la respuesta final que recibió Bonelli en la mañana del 12 de noviembre. Al día siguiente tuvo su audiencia de despedida. En ella alcanzó todavía lo que hasta entonces no habían conseguido Castagna y Giustini, que el rey diese por lo menos promesa de reanudar en Roma las negociaciones, especialmente acerca de la Monarchia Sícula (2).

El 18 de noviembre se encaminó Bonelli a Portugal a causa del mencionado asunto matrimonial, y el 28 de diciembre volvió de nuevo a Madrid. Este día envió Felipe II rescriptos a las autoridades de Nápoles con indicación de numerosos puntos particulares, en los que les prohibió ingerirse en los asuntos eclesiásticos. Pero estas ordenaciones no produjeron mudanza alguna en la práctica, porque los magistrados supieron eludirlas (3) y el mismo don Felipe mantuvo en todo lo esencial sus pretensiones, principalmente el *exequátur regio*, la Monarchia Sícula y la resistencia a la bula *In cena Domini* (4). En enero de 1572 el legado continuó su viaje a Francia. Había transmitido a Felipe II la enhorabuena del Papa por el nacimiento del príncipe don Fernando, ocurrido el 4 de diciembre de 1571. Pío V envió, sin embargo, todavía un embajador especial en la persona de su maestro de cámara, Casale, el cual debía llevar a la reina la rosa de oro. Casale recibió también el encargo de atajar las desavenencias en Milán, donde el presidente del senado quería «hacer el papel de arzobispo» (5). Llegó a principios de junio a Madrid, donde ya antes se había sabido la noticia de la muerte de Pío V. Castagna desempeñó todavía por este tiempo su espinoso cargo. Se sintió como

(1) V. el texto de la \*Réplica en el Cód. 505, p. 24 s. de la *Bibl. Corsini de Roma*, utilizado por Sentis, 121-122.

(2) V. la relación de Bonelli, de 17 de noviembre de 1571, loco cit., 159. La importancia de esta promesa tiene que reconocerla también P. Giannone (*Il tribunale della Monarchia di Sicilia*, ed. A. Pierantoni, Roma, 1892, 124).

(3) V. Tedeschis, 269 s.; Caruso, 283 s.; Sentis, 122. Cf. Hinojosa, 204. Sentis advierte con mucho acierto, loco cit., que los autores que hablan aquí de un «concordato», yerran enteramente. Cf. Laderchi, 1571, n. 279 s.

(4) Cf. Giannone, IV, 185.

(5) V. Hinojosa, 205 s.

libertado, cuando Gregorio XIII, cediendo al fin a sus ruegos, le retiró de Madrid a fines del verano de 1572. A este hombre eminente pertenece una gran parte del mérito de que se evitase un completo rompimiento entre Madrid y Roma. Conoció claramente cuán necesario era esto para los intereses de toda la Iglesia, y supo con mucha habilidad atribuir a los magistrados la culpa principal de los conflictos políticoreligiosos que se renovaban continuamente (1), descargando lo más posible a la persona del rey (2).

Esta apreciación por ventura no del todo exacta, que se apoyaba en la adhesión e indudable fidelidad de Felipe II a la fe católica y en su decidida hostilidad a todos los novadores en materia de religión (3), la compartía también Pío V. Ya cuando fraile y cardenal había tomado una actitud favorable a los españoles, por lo cual le señaló Requeséns como un deseable candidato para la tiara en la descripción que trazó del Sacro Colegio en 1565 (4). Como italiano hubiera ciertamente visto Ghislieri de mejor gana que su patria hubiese estado gobernada por sus naturales, pero prefería la dominación española a cualquiera otra extranjera. Que al principio de su pontificado estaba seriamente resuelto a conservar las buenas relaciones que hasta entonces había tenido con España, atestígualo nada menos que el representante de don Felipe en Roma, Juan de Zúñiga. En una carta muy notable de 23 de febrero de 1571 (5) expuso éste a su rey la actitud del Papa. Decía en ella que a los comienzos de su pontificado Pío V había sido enteramente amigo de España; que a la verdad había dado al punto pruebas de la firmeza de su carácter y manifestado su voluntad de hacer valer su autoridad. En lo que sigue describe luego Zúñiga las primeras desavenencias, a que dió ocasión principalmente el proceder de don Felipe en el asunto de Carranza. Zúñiga

(1) Además de los conflictos mayores mencionados, había muchos otros menores. Giannone (IV, 175 s., 180 s.) da cuenta de ellos con mucha parcialidad, como también constantemente de otras cosas.

(2) Así era seguramente muchas veces; pero que el rey de ningún modo era sabedor de estos conflictos, como afirma Laderchi (1566, n. 495), no puede admitirse.

(3) Cuánto reconocía Pío V esta conducta de Felipe II, lo atestigua Granvela; v. Corresp. de Granvelle, II, 169.

(4) V. Döllinger, Documentos, I, 579. Cf. vol. XVII, 37 ss.

(5) Publicada en los Docum. d. Arch. Alba, 261-263.



da también testimonio de que el Papa había manejado los negocios jurisdiccionales con santa y buena intención y mostrado siempre gran inclinación a la persona del rey (1), porque había tenido el convencimiento de que sus funcionarios habían sido los ocasionadores de las contiendas. Que los que le rodeaban, le habían confirmado en esta opinión y pintándole con tan negros colores la conducta de los funcionarios españoles en asuntos de la jurisdicción eclesiástica, que había impuesto duras exigencias. Que las negociaciones se habían hecho tan difíciles, no sólo por efecto de la firmeza de carácter de Pío V, sino también porque Su Santidad había estado persuadido de que los embajadores, para demostrar su celo, habían insistido en algunos negocios con más ahinco de lo que se les había ordenado. Al fin de su exposición expresa Zúñiga de nuevo su convencimiento de que el Papa, que siempre había llevado una vida ejemplar, estaba lleno de las más santas intenciones y tan firme en la defensa de sus principios y en el cumplimiento de su deber, que no permitiría ninguna ofensa de Dios, aunque por ello hubiera de hundirse el mundo. Juzga Zúñiga, que quizá de esto se originarían perturbaciones todavía mayores que las que ocasionaron otros Papas que pretendían fines harto mundanos.

Por más defectuosa que sea la inteligencia de las contiendas políticoeclesiásticas que en estas palabras se manifiesta, son con todo las declaraciones de Zúñiga un hermoso testimonio en favor de la pureza del celo que animaba a San Pío V.

---

(1) Esto lo atestigua también P. Tiépolo, *Relazione*, 188.

# **V. Los principios de la revolución políticorreligiosa en los Países Bajos y la intervención de Pío V en las guerras civiles y religiosas de Francia. Comienzo del fortalecimiento interior de los católicos franceses**

## **I**

El poderoso movimiento que arrancó de España la parte norte de los Países Bajos y produjo allí el dominio del protestantismo, llevó al principio un sello mucho más políticonacional que religioso. Aunque Felipe II al empezar su reinado siguió en los Países Bajos las tradiciones de su padre y nada cambió en los antiguos privilegios de las diecisiete provincias, sin embargo con su elevación al trono sobrevino una completa mudanza del estado de las cosas. Mientras Carlos V había sido tenido casi por flamenco, Felipe II era español hasta la médula de los huesos. Como tal sentía hacia sus vasallos de los Países Bajos tan poca inclinación como ellos hacia él. No era ya ahora soberano el político emperador que había conversado afablemente con los flamencos en su idioma, favoreciéndolos y tratándolos con gran miramiento, sino el serio, escaso de palabras e inaccesible rey de España, cuya personalidad y modo de gobernar eran de índole totalmente diversa. Felipe II consideraba a los Países Bajos, no como un Estado de por sí, sino sólo como una «posesión» que, como Milán y Nápoles en el sur, había de servir al poder español de punto de apoyo y base de operaciones en el norte; su inflexible absolutismo había de oponerse a todo conato de las provincias de Flandes por alcanzar autonomía política e independencia nacional (1). Agravóse esta difícil situa-

(1) V. Pirenne, III, 455 ss.; Blok, II, 395 s.

ción por la costumbre de Felipe II de reflexionar y deliberar en el momento decisivo, en vez de obrar. Tomás Perrenot puso de realce en una carta a Granvela este proceder indeciso con estas agudas palabras: la resolución principal del rey es permanecer eternamente irresoluto (1). A todo esto se agregaba todavía la incapacidad de Margarita de Parma, nombrada por Felipe II gobernadora general, y el estado desconsolador de la hacienda. Los Países Bajos, adonde en virtud de su comercio e industria aflúan riquezas de todo el mundo, habían tenido que costear especialmente los gastos de las guerras de Carlos V en Francia, Italia y Alemania; y asimismo Felipe II llevó sus armas contra Francia principalmente con dinero de Flandes. Los efectos fueron un grande agotamiento rentístico del país que el veneciano Soriano había designado como las Indias de España (2). También en otros respectos el estado material de las posesiones españolas del Mar del Norte era entonces mucho más desfavorable de lo que ordinariamente se supone; singularmente las provincias limítrofes habían padecido grandemente por los desoladores efectos de la guerra con Francia. Lo más peligroso había de ser la transformación efectuada en las circunstancias sociales. Se había levantado una nueva clase de grandes industriales y capitalistas, ante la cual estaba un numeroso proletariado de obreros cuya situación empeoraba continuamente por la subida incesante de los precios (3).

Estas circunstancias junto con el sentimiento de que se sacaba utilidad de los habitantes para una política extraña a sus propios intereses, engendraron en todas las clases sociales de la población flamenca amante de su libertad una agitación profunda (4). Felipe II tenía perfecto conocimiento de los peligros de la situación cuando se embarcó para España el 25 de agosto de 1569, después de una larga estancia en los Países Bajos. No se le ocultaba que propiamente sólo podía fiarse de la gobernadora y de su omnipotente consejero Granvela. Con recelo miraba los elementos revolucionarios que se habían acumulado ya en tiempo de Carlos V. Los esfuerzos encaminados a conseguir que los diputados de los Estados genera-

(1) V. Weiss, *Pap. d'état du card. Granvelle*, IX, 568.

(2) Cf. Gachard, *Relations des ambass. Vénitiens*, 102 s.; Marx, *Estudios*, 60 ss.

(3) V. Pirenne, III, 345 ss.

(4) V. Marx, *loco cit.*, 83 ss.

les deliberasen en común, y sobre **todo** la propaganda protestante, a que estaba singularmente expuesto el país por efecto de su situación y relaciones mercantiles, le causaban grandísima inquietud. Por esta causa dictó las ordenaciones correspondientes; principalmente exhortó, antes de su partida, a la regente, a los gobernadores, tribunales y obispos, a que ejerciesen la mayor vigilancia. En su solemne despedida recomendó a los comisionados de las provincias, congregados en Gante, la severa ejecución de los rigurosos edictos expedidos por el emperador contra las sectas, pues la experiencia de los tiempos pasados había demostrado que no se efectuaba ninguna mudanza de religión sin una revolución política simultánea (1).

Los temores de don Felipe a causa de las circunstancias religiosas de los Países Bajos, eran enteramente justificados. Aunque la población de estas abigarradas comarcas, muy diversas en nacionalidad y costumbres, estaba aún firmemente arraigada en la fe católica en su inmensa mayor parte, no se podía desconocer sin embargo una debilitación del sentimiento religioso (2). El pueblo sencillo tenía todavía por lo común una piedad genuina, y como antes continuaba asistiendo diligentemente a sus iglesias (3). En las personas instruidas y en el clero se hacía sentir en grande extensión la fatal influencia de los escritos de Erasmo. Como éste, así también los que estaban bajo su influjo, procuraban ciertamente evitar la separación exterior de la Iglesia, pero interiormente habían en gran número apostatado de sus principios (4). Semejante catolicismo a medias, con el que se podía gozar de la vida alegre y libremente, respondía al carácter amigo del bienestar del pueblo flamenco; y fácil es de ver que no era apropiado para mejorar sus costumbres. En efecto, una mirada a las circunstancias morales descubre profundas sombras. El lujo desenfrenado, la embriaguez y la inmoralidad estaban muy extendidos, y no en el

(1) V. Marx, loco cit., 41 s.; Rachfahl, II, 1, 19 s.

(2) V. Pirenne, III, 414.

(3) Lo que sobre esto había referido en 1517 A. de Beatis (v. Pastor, Viaje del cardenal d'Aragona, 73), lo notificaba todavía Badoero en 1557; v. Albèri, I, 3, 291.

(4) V. las excelentes explicaciones de Rachfahl, I, 448 s., 464. Las ideas de Erasmo las había difundido J. Casandro, que gozaba de gran reputación en los Países Bajos. Cf. sobre él Pastor en el *Léxico eclesiástico de Friburgo*, II, 2017 s.

menor grado entre la numerosa y poderosa nobleza. Una gran parte de la aristocracia flamenca con ideas religiosas confusas y llena de tibieza llevaba una vida licenciosa e inmoral y disipaba la hacienda heredada en brillantes fiestas, en desatinados juegos de dados y en crapulosas orgías (1).

En todos conceptos ocupaba el primer lugar entre la nobleza flamenca el príncipe Guillermo de Orange. De grandes dotes intelectuales, enérgico y tenaz, maestro en el arte de conocer a los hombres y ganar sus corazones, muy ambicioso, tenía este hombre fríamente reflexivo una mirada de águila para ver lo que podía ser útil o perjudicial para sus fines. Tocante a la moral, el de Orange seguía opiniones muy laxas y no lo ocultaba en lo más mínimo; en 1558 en la dieta de príncipes de Francfort calificó públicamente el adulterio de no pecaminoso (2). Estaba entregado al vicio nacional de la borrachera en tal grado, que a veces puso en peligro su robusto cuerpo (3). Enteramente lleno de sentimientos mundanos, miraba con indiferencia todo lo sobrenatural. De la enseñanza luterana que se le había dado hasta los once años, no le quedó seguramente mucho en la memoria. Cuando luego hubo de hacerse católico para poder aceptar la rica herencia de su primo Renato, recibió una educación conforme al espíritu de Erasmo. No es, pues, maravilla que sucumbiese al indiferentismo, predominante en la aristocracia flamenca (4). Hasta qué punto consideraba la religión sólo como medio de la política, demuéstranlo las negociaciones que precedieron en 1561 a su casamiento con Ana, hija del protestante elector Mauricio de Sajonia. Mientras aseguraba a Felipe II que había estipulado para su esposa la profesión de la religión católica y quería que viviese como verdadera católica, descubría al elector Augusto de Sajonia su propia profunda inclinación a la confesión protestante, y le decía que todavía no podía manifestarla públicamente en los Países Bajos; que su esposa en

(1) Cf. Marx, Estudios, 112 s.; Rachfahl, I, 273 s. V. también Pirenne, III, 498 s.

(2) V. Ritter en la Revista Hist., LVIII, 410, nota 2.

(3) V. Marx, loco cit., 116.

(4) V. Rachfahl, I, 153 s. Orange era entonces, dice muy bien Pirenne (III, 495), «tan católico, como posteriormente había de ser luterano y aun más tarde calvinista, esto es, carecía de todo fervor de espíritu o profunda convicción... Su actitud religiosa no era más que una consecuencia de su posición política».

cambio viviría sin obstáculo según su fe luterana y podría educar a los hijos en esta confesión (1). Del mismo año 1561 es una carta de Orange al Papa Pío IV, en la que asevera que deseaba extirpar la «peste herética» en su principado de Orange y que conforme a esto había dado órdenes a sus funcionarios (2). Todavía durante cinco años conservó esta máscara de católico por serle útil para sus fines. Son prueba de ello las dos cartas que dirigió al Papa Pío V en 1566. En la primera, fechada el 13 de mayo declaró: «Es mi deseo y mi voluntad ser durante toda mi vida el más humilde y obediente hijo de la Iglesia y de la Santa Sede, y perseverar en esta voluntad, en esta sumisión y obediencia, como lo han hecho mis predecesores». En la segunda carta, de 8 de junio, prometió que cuidaría según su deber, en adelante como hasta entonces, de la conservación de la antigua religión católica en su principado de Orange (3). Y todavía durante todo el verano se portó como católico. Pero en noviembre del mismo año escribió al luterano Guillermo de Hesse en una carta confidencial, que «siempre y enteramente había llevado y profesado» en su corazón la confesión de Augsburgo (4).

De tal carácter era el hombre que, aun siendo feudatario y consejero de Estado de Felipe II, empleó toda su genialidad para contrariar la política de su rey, tanto la exterior como la interior. En torno de él se agruparon todos los que estaban descontentos del gobierno español; y unieronse también a él estrechamente los de ideas protestantes (5). Felipe II prestaba ayuda sin saberlo a este mismo adversario suyo peligrosísimo, difiriendo cada vez más el alejar del país a las odiadas tropas españolas que en número

(1) Cf. Janssen-Pastor, IV 15-16, 267. V. también Kolligs, G. d. Orange, Bona, 1884, 8-20; Rachfahl, II, 1, 91 s., 100 s.

(2) V. Groen van Prinsterer, Archives de la maison d'Orange-Nassau, I, 72. Cf. Koch, Investigaciones sobre la rebelión y la apostasía de los Países Bajos, Leipzig, 1860, 9 s. Pío IV estaba muy tranquilo acerca de la conducta de Orange en su principado; v. A. Cauchie et L. Van der Essen, Invent. d. arch. Farnésiennes, Bruxelles, 1911, p. cxxi, y Brom, Archivalia, I, 191 s.

(3) Cf. Allard, Des zwiigers godsdiensten, en los Studien op Godsdienstig, Wettenschappelijk en Letterkundig Gebied, 13 jaarg., Utrecht, 1880, II, 65-90, donde se ha publicado por primera vez el texto original de estas cartas, que se conservan en la Bibl. Barberini.

(4) V. Groen van Prinsterer, loco cit., II, 497. Cf. también Blok, Willem de eerste (Amsterdam, 1919), quien opina (p. 62), que Orange hasta después de 1572 no fué verdadero calvinista.

(5) Cf. Ritter, I, 335 s.

de tres mil hombres lo guarnecian, según que de mala gana lo había prometido antes de su partida. Cuando finalmente se logró que las retirase, se halló presto otra apropiada materia de agitación en la nueva demarcación y aumento de los obispados de los Países Bajos que el Papa Paulo IV había ordenado poco antes de morir, conforme al deseo de Felipe II (1).

Esta ordenación, que tuvo por origen el justo conocimiento de la insuficiencia de meras disposiciones represivas para extirpar las novedades religiosas, era totalmente necesaria en vista de lo manifestamente insostenible del antiguo estado de cosas, y a la vez muy saludable para las necesidades espirituales de la población. Pero tenía también un aspecto político. El Papa hubo de conceder al rey católico el derecho de nombramiento para los catorce nuevos obispados, así como para Utrecht, Tournai y Arrás. No contenta con este fortalecimiento del poder real, la comisión constituida por Felipe II en 1559 para ejecutar la bula de la creación de los obispados, propuso para resolver la difícil cuestión de la dotación de las nuevas diócesis, unir con éstas las abadías situadas cerca de los obispados. Con tal providencia el gobierno obtenía nuevos votos de que disponer a su gusto, pues en las más de las provincias el clero formaba un miembro importante en las asambleas de los estamentos (2). Felipe II se expresó con mucha satisfacción acerca de este proyecto (3), el cual se decretó bajo el influjo y diligencia de Granvela (4). Como difería del contenido primitivo de la bula de Paulo IV, se tuvo que solicitar el consentimiento de su sucesor. Esto, así como la expedición de las bulas de erección de los nuevos obispados, se hizo entre tanto muy dificultoso. La causa del retardo que experimentó este asunto, no fué sólo la penosa cuestión del dinero, la paga de las acostumbradas tasas y la lentitud de la curia en despachar los negocios, sino también la tirantez de relaciones entre el embajador español Vargas y Pío IV, y la oposición de los prelados de cuyas diócesis se habían de separar considerables territorios. La curia se llenó materialmente de querellas. Como los obispos de Cambray, Lieja, Tour-

(1) Sobre esto, además de nuestros datos del vol. XIV, 276, cf. todavía Marx, Estudios, 51 s., 194 s., y Rachfahl, II, 1, 20 s. V. también Claessens, Sur l'établissement des évêchés dans les Pays-Bas, en la Rev. cathol., 1859.

(2) V. Marx, Estudios, 203; Rachfahl, II, 1, 131 s.

(3) V. Weiss, Pap. d'état du card. Granvelle, VI, 58 s.

(4) V. Rachfahl en la Revista de Alemania Occidental, XXIX, 369.

nón y el cabildo de Utrecht, así no menos protestaron el arzobispo de Colonia y el cardenal Guisa como arzobispo de Reims contra la bula sobre la nueva demarcación de las diócesis de los Países Bajos, porque perjudicaba a sus intereses materiales y jurisdiccionales (1). A pesar de todos los apremios contrarios de Felipe II, la suprema autoridad de la Iglesia no pudo menos de examinar estas quejas. El rey pudo contentarse con el resultado final. Pío IV mantuvo la disposición, porque era de grande interés para la religión; aprobó el nuevo plan de dotación por su bula de 7 de marzo de 1561, confirmó los obispos propuestos por don Felipe y fuera de esto intercedió para que se resarciese a los prelados perjudicados (2).

Mientras los obispos extranjeros hubieron de abandonar su resistencia, la oposición se encendió con tanto mayor violencia en los mismos Países Bajos. Sobre todo procedió de la nobleza. Al disgusto de la aristocracia flamenca por el largo tiempo en que se mantuvo secreto todo el proyecto, y por haber procedido Felipe II en este asunto por sola su autoridad, se asoció el profundo descontento por la solución de la cuestión de las dotaciones, que venía a robustecer el poder real y dificultaba el acceso a las sedes episcopales y canonicatos a los hijos de los grandes (3). Con completo desconocimiento de los verdaderos intereses de la Iglesia y atentas sólo con vista poco perspicaz a su inmediato provecho, también las abadías, en cuanto las alcanzaba la bula, se dejaron envolver en la oposición de la nobleza (4). Con la afirmación enteramente falsa de que por medio de la erección de los nuevos obispados se quería introducir la Inquisición española mortalmente odiada de todos los flamencos, se logró enredar finalmente también en aquel movimiento a las clases populares. No sólo los elementos adictos a las novedades religiosas, que habían de temer con razón que se aumentase la inspección de los obispos, sino también los flamencos

(1) Cf. de Ram en el *Annuaire de l'univ. de Louvain*, 1851, 302 s.; *Archief van het aartsbisdom Utrecht*, XII, 434 s.; Brom, *Archivalia*, I, 792; Steinherz, *Relaciones de nunciatura*, I, 320 s.; Holzwart, I, 77 s.; *Corresp. de Granvelle*, éd. Piot, IV, 3, nota; Marx, *Estudios*, 196 ss.; Rachfahl, II, 1, 132 s.

(2) V. Raynald, 1561, n. 69; *Archief van het aartsbisdom Utrecht*, IX, 314 s., XII, 444; Steinherz, loco cit., I, 321; Rachfahl, II, 1, 135; Brom, loco citato, 718 s.

(3) V. Marx, *Estudios*, 207 ss.; Rachfahl, II, 1, 147 s.

(4) Granvela manifestó que Douai y Bruselas habían así caído en el lazo. V. Holzwarth, I, 80 s.



fieles a la Iglesia se angustiaron, creyendo que se les quería imponer una institución española con perjuicio de los derechos de su país (1). Principalmente hicieron muy violenta oposición los estamentos de Brabante, los cuales declararon que la incorporación de las abadías iba contra su principal privilegio, la Joyeuse Entrée (2). Los «demonios de Brabante», como dijo Felipe II, hallaron pronto imitadores en las otras provincias. En muchos lugares se llegó a excesos. El mismo Granvela hubo de proceder con gran circunspección antes que pudiese hacer su entrada en Malinas como arzobispo. De los nuevos obispos algunos no pudieron en manera alguna llegar a tomar posesión de sus diócesis, y otros sólo lo consiguieron tras una lucha más o menos larga (3).

Granvela, nombrado cardenal el 25 de febrero de 1561, había tenido parte decisiva en la inconveniente solución de la cuestión de los obispados (4). Esto le acarreó tanto más el odio del partido de oposición de la nobleza, capitaneado por Orange, cuanto reconocía en él con razón al más prudente representante de las ideas monárquicas y al principal apoyo de Felipe II. Por tanto, su primer blanco fué procurar su caída. Los «señores» hallaron para ello un poderoso aliado en el movimiento calvinista que desde Francia invadía los Países Bajos. Se agitaron los ánimos por todos los medios. Hojas volantes en idioma francés y flamenco injuriaban al cardenal como a «demonio rojo», que quería aniquilar las libertades del país con la Inquisición y los nuevos obispados, y entregarlo «a los puercos españoles». Orange y sus nobles aliados promovían de todas maneras la lucha contra el aborrecido cardenal; pero no consiguieron su fin hasta que también la regente se separó de Granvela (5).

Felipe II había dicho en otro tiempo que quería antes jugarse sus Estados de Flandes, que sacrificar al cardenal (6). Pero para sostener a Granvela no había sino *un solo* medio: la presencia per-

(1) V. Marx, Estudios, 218 ss.

(2) V. Rachfahl, II, 1, 151 s., 155.

(3) En algunos lugares apenas estuvieron seguros de su vida, dice Havensio, Comment. de erectione novorum in Belgio episcopatum, Col. Agripp., 1609, 26 s. Cf. Holzwarth, I, 85 s.; Rachfahl, II, 1, 235 s.

(4) V. Rachfahl en la Revista de Alemania Occidental, XXII, 87 s., XXIX, 368 s.

(5) V. Pirenne, III, 506 s.; Rachfahl, II, 1, 248 s., 252 ss., 288 ss.

(6) V. Weiss, Pap. d'état du card. Granvelle, VII, 102.

sonal del rey en los Países Bajos (1). Todas las personas advertidas le aconsejaron también muy de veras este viaje. Sin embargo el siempre indeciso monarca no se pudo resolver a efectuarlo. En vez de esto despidió a su fiel servidor Granvela el 22 de enero de 1564. Entonces la gobernadora cayó enteramente en manos de los nobles de la oposición, los cuales se aprovecharon de su victoria tan inicua como que sobrevino un estado de anarquía (2).

Agitábase todavía furiosamente la contienda sobre los obispos, cuando se le añadió la oposición a la aceptación del concilio de Trento y complicó aún más la situación (3). Mientras Felipe II mostraba alguna condescendencia en estos dos asuntos, mantuvo con tanto mayor rigor su resistencia a otras dos demandas de la oposición: la deliberación en común de los diversos Estados y la modificación de los edictos vigentes contra los novadores en materia de religión. Que se habían de suavizar estos edictos, era opinión general en los Países Bajos; la cual expresaron también, en junio de 1565, los obispos de Yprés, Namur, Gante y Saint-Omer (4). Don Felipe no les dió oídos. Reales órdenes, expedidas en la segunda mitad de octubre de 1565 desde La Granja de Segovia, rechazaban enérgicamente las demandas de la oposición; los edictos debían ser ejecutados con el mayor rigor, mantenerse la Inquisición sin mudanza, y no se habían de convocar los Estados generales. La gobernadora no se atrevió al pronto a publicar esta resolución, y propuso el asunto al Consejo de Estado. Aquí Orange obtuvo que se publicasen los reales decretos. El mismo el 8 de enero de 1566 expidió una orden severa en favor de la Inquisición para las provincias que le estaban sometidas, Holanda, Zelanda y Frisia (5). «Ahora asistiremos, decía seguro de su victoria, al principio de una tragedia estremecedora.» Lo que había querido, viólo realizado de hecho muy pronto: el estallido de una tormenta revolucionaria que había de allanar el camino a sus planes.

(1) V. Corresp. de Granvelle, éd. Poulet, I, LXVII.

(2) V. Pirenne, III, 541; Rachfahl, II, 1, 421 s.; II, 2, 517.

(3) Cf. Rachfahl, II, 1, 446 ss., 451 s. V. también Holzwarth, I, 215 s. y de Ram, De promulgatione concilii Tridentini in Belgio. En el Franco Condado el arzobispo de Besançon, que no estaba ordenado, difundió hasta 1571 la publicación de los decretos del concilio, por lo cual Pío V procedió contra él; v. Revue hist., CIII, 227 s., 238 s.

(4) V. Kervyn de Lettenhove, I, 264.

(5) Publicada por Allard, Een Plakkaat des Zwiijgers ten gunste der Inquisitie, Utrecht, 1886, 5 s.

Ya en el verano de 1565 el hermano de Orange, el conde Luis de Nassau, que no negaba sus ideas protestantes, había comenzado a entablar secretamente negociaciones sobre la formación de una liga de la nobleza. A principios de diciembre de 1565 se ajustó muy ocultamente en Bruselas el llamado Compromiso de veinte nobles, que se dirigía contra la conservación de los edictos y el pretenso proyecto de introducir la Inquisición española. El acta del Compromiso evitaba cuidadosamente toda expresión ofensiva a los católicos. Así se explica que entre los muchos que se agregaron a la alianza, hubiese también numerosos católicos, que de ninguna manera pensaban en apostatar de la antigua fe, y sólo querían oponerse al modo de gobernar de la corona (1). Los verdaderos autores del Compromiso concibieron ciertamente de antemano planes que iban mucho más lejos: habían proyectado un levantamiento contra su soberano (2). Algunos de los conjurados querían lanzarse rápidamente, pero a su adalid Orange pareció que todavía no había llegado el momento oportuno. Para ejercer una fuerte presión se dispuso primeramente una petición en común. El 5 de abril de 1566 bajo la dirección de su hermano Luis y Brederode se presentaron cuatrocientos nobles ante el palacio de Bruselas y entregaron a la gobernadora un «memorial», en que para prevenir un levantamiento se pedía la suspensión de los edictos y de la Inquisición, hasta que los Estados generales que habían de ser convocados por el rey, diesen otras ordenaciones (3). La gobernadora se rindió a vista de esta manifestación, prometiendo suavizar los edictos. Influyó también en esta determinación el ver que las demandas de los nobles, de los *mendigos* (*gueux*), como se los llamaba, eran casi generalmente aprobadas. El que casi todo el país estuviese en favor del partido de la nobleza, era en gran parte efecto de una propaganda revolucionaria, tan hábil como poco escrupulosa, que en pasquines y libelos exageraba desmedidamente las víctimas de la Inquisición (4), y desnaturalizando el

(1) V. Pirenne, III, 557; Rachfahl, II, 2, 547 ss., 560 s., 565.

(2) V. Ritter en la Revista Hist., LVIII, 426.

(3) V. Blok, III, 41 s.

(4) El número de los ejecutados por la Inquisición en los Países Bajos fué apreciado en 50000 ó 100000, sobre la base de los datos de Guillermo de Orange en su apología, y a consecuencia de una expresión de Hugo Grocio. La moderna investigación ha corregido este supuesto, demostrando que aun el cómputo más elevado no sube todavía a 2000 personas que fueron muertas por